

DAD AU
CIÓN GE

CONST

IMPERIO

DC201

T5

1846

V. 13

c. 1

9(4A)



1080044072



C#7 C#162

9(44)

HISTORIA
DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca popular

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN
T. XIII. 1

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscriptor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

SE SUSCRIBE.

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicacion.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON ANTONIO FERREZ DEL RIO.

TOMO XIII.



Cepillo Alfonso
Biblioteca Universitaria

MADRID, 1857.

ESTAB. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR
CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

54700

17025

DC 204

TS

1846

V. 13



Cajilla Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRO CUARENTA Y UNO.

El concilio.

Nacimiento del rey de Roma el 20 de marzo de 1811.—Aplazamiento de la ceremonia del bautizo para el mes de junio.—Diversas circunstancias que a la sazón entristecen a Francia y comprimen el vuelo del público alborozo.—Aumento de desconfianza respecto de Rusia, aceleración de los armamentos y rigor con que se hace la quinta.—Crisis mercantil é industrial producida por el exceso de fabricación y la complicación de las leyes de aduanas.—Numerosas quiebras en las industrias de hilados y tejidos de algodón, de paños, de sedas, de azúcar refinada, etc.—Auxilios que Napoleón proporciona al comercio y la industria.—Agréganse á estas causas de malestar los disturbios religiosos.—Esfuerzos del papa y de parte del clero para imposibilitar la administración provisional de las diócesis.—Intrigas cerca de los cabildos para impedirles conferir á los nuevos prebendados la calidad de vicarios capitulares.—Breves del papa á los cabildos de París, de Florencia y de Asti.—Casualidad que hace descubrir estos breves.—Arresto de Mr. de Astros; expulsión violenta de Mr. de Portalis del consejo de Estado.—Rigores contra el clero y sumisión de los cabildos recalcitrantes.—Viéndose Napoleón expuesto á los peligros de un cisma, proyecta la reunión de un concilio, del cual espera servirse para vencer la resistencia del papa.—Exámen de las cuestiones

DC 204

TS

1846

V-13



Cabeza Autónoma
Universidad

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRO CUARENTA Y UNO.

El concilio.

Nacimiento del rey de Roma el 20 de marzo de 4811.—Aplazamiento de la ceremonia del bautizo para el mes de junio.—Diversas circunstancias que a la sazón entristecen a Francia y comprimen el vuelo del público alborozo.—Aumento de desconfianza respecto de Rusia, aceleración de los armamentos y rigor con que se hace la quinta.—Crisis mercantil é industrial producida por el exceso de fabricación y la complicación de las leyes de aduanas.—Numerosas quiebras en las industrias de hilados y tejidos de algodón, de paños, de sedas, de azúcar refinada, etc.—Auxilios que Napoleón proporciona al comercio y la industria.—Agréganse á estas causas de malestar los disturbios religiosos.—Esfuerzos del papa y de parte del clero para imposibilitar la administración provisional de las diócesis.—Intrigas cerca de los cabildos para impedirles conferir á los nuevos prebendados la calidad de vicarios capitulares.—Breves del papa á los cabildos de París, de Florencia y de Asti.—Casualidad que hace descubrir estos breves.—Arresto de Mr. de Astros; expulsión violenta de Mr. de Portalis del consejo de Estado.—Rigores contra el clero y sumisión de los cabildos recalcitrantes.—Viéndose Napoleón expuesto á los peligros de un cisma, proyecta la reunión de un concilio, del cual espera servirse para vencer la resistencia del papa.—Exámen de las cuestiones

á que da margen la reunion del concilio, y su convocatoria para el mes de junio y dia del bautizo del rey de Roma.—Curso de los asuntos exteriores hasta la época del bautizo y del concilio.—Napoleon retira al duque de Cadore la cartera de Negocios extranjeros para dársela al duque de Basano.—Partida de Mr. de Lauriston para reemplazar á Mr. de Caulaincourt en San Petersburgo.—Lentitudes calculadas de su viage.—Conferencias del emperador Alejandro con Mrs. de Caulaincourt y de Lauriston.—Sabido el emperador Alejandro que sus armamentos han ofuscado á Napoleon, explica el origen y extension de ellos, y se empeña en probar que han seguido y no precedido á los de Francia.—Su deseo sincero de la paz, bien que con la resolucion irrevocable de atenerse relativamente al bloqueo continental á las providencias ya adoptadas.—De las explicaciones del emperador Alejandro deduce Napoleon que la guerra es segura, aun cuando no antes de un año.—Consignientemente se toma para sus armamentos mas tiempo y les da mayores proporciones.—Lo prepara todo con el fin de emprender la guerra al asomar la primavera de 1812.—Miras y direccion de su diplomacia para con las diferentes potencias de Europa.—Estado de la corte de Viena despues del matrimonio de Napoleon con Maria Luisa: politica del emperador Francisco y de Mr. de Metternich.—Probabilidad de una alianza con Austria, sus condiciones, su grado de sinceridad.—Estado de la corte de Prusia.—El rey Federico Guillermo y Mr. de Hardenberg, sus inquietudes y su política.—Suecia y Dinamarca.—Celo de Dinamarca por cooperar al bloqueo continental.—Mala fé de Suecia.—Se aprovecha esta potencia de la paz concedida por Francia para constituirse en agente intermedio del comercio clandestino.—Establecimiento de Gothenburgo destinado á reemplazar al de Heligoland.—Dificultades relativas á la sucesion al trono.—Queda esta vacante de resultas de la muerte del principe real adoptado por el nuevo rey Carlos XIII.—Numerosos partidos en Suecia y sus diversas miras sobre la eleccion del sucesor al trono.—En su apuro se fijan de repente en el principe de Ponte-Corvo (mariscal Bernadotte), esperando grangearse el favor de Francia.—Ageno Napoleon á la eleccion, permite que el principe de Ponte-Corvo acepte.—No bien llegado el recien electo á Suecia, codicia la Noruega para lisonjear la ambicion de sus nuevos súbditos y propone á Napoleon que le facilite su conquista.—Fiel Napoleon á Dinamarca rechaza la propuesta.—Disposiciones generales de Alemania en el momento en que parece prepararse una guerra general en el Norte.—Al par que Napoleon combina sus ejércitos y sus alianzas, se ocupa activamente en sus asuntos interiores.—Bautizo del rey de Roma.—Grandes fiestas con que se solemniza.—Preparativos del concilio.—Causas de preferirse un concilio nacional á un concilio general.—Cuestiones que le serán propuestas.—Resumense todas en una, la eleccion canónica de los obispos.—Antes de reunirse el concilio son enviados tres prelados á Savona para tantear la manera de entenderse con

el papa y no hacer al concilio mas que proposiciones concertadas con la Santa Sede.—Estos prelados son el arzobispo de Tours y los obispos de Nantes y de Tréveris.—Su viage á Savona.—Recibimiento que les hace el papa.—Pío VII presta un consentimiento indirecto al sistema propuesto para la institucion canónica, y aplaza el arreglo general de los asuntos de la Iglesia para la época en que se le restituya la libertad y un consejo.—Vuelta de los tres prelados á Paris.—Reunion del concilio el 17 de junio.—Disposiciones de los diversos partidos que lo componen.—Ceremonial, discurso de apertura y juramento de fidelidad á la Santa Sede.—Apenas reunidos los prelados, les domina un sentimiento comun de simpatia hacia los infortunios de Pío VII y de aversion secreta al despotismo de Napoleon.—Les contiene el miedo.—Primeras sesiones del concilio.—Proyecto de contestacion al discurso imperial.—Dificultades de la redaccion.—Se inflaman los espíritus durante la sesion en que se discute, y un prelado propone dirigirse á Saint-Cloud en cuerpo y con el fin de solicitar la libertad del papa.—Ataja el presidente este movimiento suspendiendo la sesion.—Se adopta el proyecto de contestacion despues de muchas supresiones y Napoleon se niega á recibirlo.—Papel moderador de Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, y de Mr. de Barral, arzobispo de Tours.—Torpeza y orgullo del cardenal de Fesch.—Se somete á una comision la cuestion principal sobre la institucion canónica.—Divergencia de pareceres en el seno de esta comision.—A pesar de los esfuerzos de Mr. Duvoisin, se declara la mayoría de sus individuos contra la competencia del concilio.—Irritado Napoleon quiere disolverlo.—Se le exhorta á que espere el resultado definitivo.—Mr. Duvoisin compromete á la comision á que tome por base las proposiciones admitidas por el papa en Savona.—Se adopta este dictamen pronto, mas no se aprueba definitivamente, sin remitirse de nuevo al papa, suponiendo la incompetencia del concilio.—Este dictamen, presentado por el obispo de Tournay, excita una escena tempestuosa en el concilio y manifestaciones casi facciosas.—Napoleon disuelve el concilio y envía á Vincennes á los obispos de Gante, de Tournay y de Troyes.—Espantados los prelados se prestan á transacciones.—Se recogen los dictámenes individualmente y asegurada una mayoría, se vuelve á juntar el concilio el 5 de agosto.—Esta asamblea da un decreto casi conforme al que se deseaba de ella, pero con un recurso al papa que no envuelve á pesar de todo la idea de la incompetencia del concilio.—Nueva diputacion de algunos cardenales y prelados á Savona con el fin de obtener la adhesion del papa á los actos del concilio.—Cansado Napoleon de esta disputa religiosa, ya no propende mas que á desembarazarse de los prelados reunidos en Paris y á aprovechar la coyuntura de la diputacion enviada á Savona, para alcanzar la institucion de los veinte y siete prelados electos y no instituidos.—Fija de continuo la mente en la próxima guerra del Norte, se lisonjea de que, victorioso una vez mas, todo el mundo

cederá á su ascendiente.—Nuevas explicaciones con Rusia.— Conversacion de Napoleon con el principe Kourakin en la noche del 15 de agosto.—Esta conversacion deja pocas esperanzas de paz e incita á Napoleon á continuar con mayor actividad aun sus aprestos.—Marcha de los cuartos y sextos batallones.—Destino de los sesenta mil refractarios á quienes se ha obligado á reunirse de nuevo.—Modo de sujetarlos al servicio militar.—Formacion de cuatro ejércitos para la guerra de Rusia y preparacion de una reserva para España.—Viage de Napoleon á Holanda y á las provincias del Rin.—Plan de defensa de Holanda.—La presencia de Napoleon sirve de pretexto para juntar la caballeria de linea y encaminarla hacia el Elba.—Creacion de los lanceros.—Inspeccion de las tropas destinadas á la guerra de Rusia.—Permanencia en Wesel, en Colonia y en las ciudades del Rin.—Asuntos diversos en que se ocupa Napoleon durante su viage.—Arreglo con Prusia.—Es llamado de Estokolmo el ministro de Francia.—Continuacion y término aparente de la disputa religiosa.—Aceptacion por Pio VII del decreto del concilio con razones que no convienen á Napoleon.—Este acepta la parte dispositiva sin el considerando, y envia á sus diócesis á los preladós que habian compuesto el concilio.—Su regreso á Paris en noviembre y su aplicacion á despachar todos los asuntos interiores, á fin de no dejar nada atrasado al partir para Rusia.

En medio de los diferentes y complicados sucesos que acaban de ser referidos, Napoleon habia visto realizado su principal anhelo, obteniendo de la Providencia un heredero directo de su raza, un hijo que Francia deseaba, y que por su parte no habia cesado él de esperar con entera confianza en la fortuna.

A las nueve de la noche del 19 de marzo de 1811 la emperatriz Maria Luisa, despues de un embarazo feliz, habia sentido los primeros dolores de parto, acudiendo al punto el hábil comadron Dubois, seguido del gran médico de aquella época, Mr. Corvisart. Aunque la jóven emperatriz era de constitucion perfecta, no se habia anunciado el parto con circunstancias favorables del todo, lo cual hi-

zo que Mr. Dubois no pudiera desechar cierta zozobra, pensando en la responsabilidad que sobre él pesaba. Conociendo Napoleon, con su prevision habitual, que la turbacion del facultativo podria ser peligrosa á la madre y al hijo, esforzose por aligerarle el peso de aquella responsabilidad.—Figuraos, le dijo, que parteis á una tendera de la calle de San Dionisio, es cuanto podeis hacer, y en todo caso salvad primeramente á la madre.—A Mr. Corvisart le encargó no apartarse de Mr. Dubois, y personalmente no cesó de prodigar á la jóven emperatriz los mas tiernos cuidados y de ayudarla con palabras afectuosas á sobrellevar sus sufrimientos. Al cabo en la mañana del 20 de marzo vino al mundo, sin ninguno de los accidentes que se habian temido, aquella criatura á quien estaban prometidos destinos tan altos, y que despues no ha hallado en su camino mas que el destierro y en la flor de su edad la muerte. Napoleon recibióle en sus brazos con júbilo, con ternura, y al saber que era varon, experimentó un sentimiento de orgullo que brilló en su rostro, como si la Providencia le hubiera dado en circunstancia tan importante una nueva y señaladísima muestra de su patrocinio. Presentó el recién nacido á su familia, á su corte, y despues le entregó á madama de Montesquiou, nombrada aya de los hijos de Francia. Inmediatamente el cañon de los Inválidos empezó á anunciar á la capital el nacimiento del heredero destinado á reinar sobre la mayor parte de Europa. De antemano se habia dicho que si el recién nacido era varon, no se dispararian solo veinte y un cañonazos, sino ciento y uno. Salida de las casas la poblacion y desparramada por las calles,

contaba los estampidos del cañon con ansiedad extremada, y al pasar de los veinte y uno, experimentó casi tanto alborozo como en los mas bellos dias del reinado, y á pesar de muchas causas de tristeza, unas ya conocidas y otras que van á serlo, felicitóse de ver tal prenda de perpetuidad dada por la Providencia á la dinastia de Napoleon. Sin embargo, no era la efusion aquella de alegría y de entusiasmo de los primeros tiempos, cuando no se veia en Napoleon mas que al salvador de la sociedad, al restaurador de los altares, al autor de la grandeza nacional, al guerrero invencible y prudente, que no peleaba sino para obtener una paz gloriosa y duradera. Temores sombríos, inspirados por este genio inmoderado, habian resfriado el afecto, perturbado la quietud y alarmado la prevision: con todo hubo otra vez alegría y se cobró nueva confianza en el destino del grande hombre, á quien el cielo parecia favorecer tan visiblemente.

A tenor del decreto que habia clasificado á Roma como segunda ciudad del Imperio, y á imitacion de los antiguos usos germánicos, segun los cuales el principe destinado á suceder en el trono se denominaba rey de romanos antes de recibir el título de emperador, ahora el principe recién nacido fué llamado rey de Roma, y su bautizo, que se habia de celebrar con tanta pompa como la consagracion, se aplazó para el mes de junio. Por de pronto no se hizo mas que la ceremonia cristiana del agua de socorro, y todo se redujo á participar el fausto suceso á los diversos cuerpos del Estado, á los departamentos y á todas las córtes de Europa.

¡Singular irrisión de la fortuna! ¡Aquel heredero tan deseado, tan festejado, destinado á per-

petuar el Imperio, venia al mundo cuando este imperio gigantesco, minado por todas partes soradamente, se acercaba al término de su duracion! A la verdad pocos espíritus sabian descubrir las causas profundamente ocultas de su próxima ruina, de las masas se habian apoderado secretas zozobras, y el sentimiento de la seguridad habia desaparecido de ellas, bien que el de la sumision subsistiera en todo su auge. Divulgádose habia generalmente y causado universal inquietud el rumor de una vasta guerra en el Norte, guerra que todos temian instintivamente, y mas no estando concluida aun la de España. Por causa de esta nueva guerra se ejecutaba con extremado rigor la conscripcion ó quinta; ademas una violenta crisis trabajaba á la sazón al comercio y la industria, y por remate se envenenaba al parecer la disputa religiosa y hacia temer un nuevo cisma. Tales eran los motivos diversos que concurrían á perturbar harto gravemente el júbilo inspirado por el nacimiento del rey de Roma.

Súbito Napoleon habia pasado de un armamento de precaucion á un armamento de urgencia contra Rusia, como si la guerra hubiera debido estallar durante el verano ó el otoño del presente año de 1811. Con efecto, Rusia, que se habia limitado hasta ahora á algunos trabajos á orillas del Dwina y del Dnieper, á algunos movimientos de tropas de Finlandia á Lituania, de imposible ocultacion sin duda, pero fáciles de explicar de una manera especiosa, al ver por todas partes el desarrollo cada vez mas vasto y mas rápido de los armamentos de Napoleon, se habia resuelto al cabo á tomar la providencia mas grave, la mas penosa

para ella, la mas significativa á los ojos de Europa, la de debilitar sus ejércitos del Danubio, lo cual debia poner en cuestion la conquista tan ardentemente deseada de las provincias de Valaquia y Moldavia. De las nueve divisiones que operaban en Turquía hizo retroceder á cinco, tres de ellas hasta el Pruth y dos hasta el Dnieper. Trasmítida la noticia de este movimiento retrogrado por nuestros agentes diplomáticos acreditados en las provincias danubianas, produjo en el ánimo de Napoleon la impresion mas viva. En lugar de limitarse á ver en hecho semejante el miedo que infundia su persona, tuvo miedo él mismo, y creyó descubrir en esta conducta de Rusia la prueba de intenciones, no defensivas, sino agresivas. Se equivocaba del todo; pero habituado á los odios de Europa, á las perdidas que estos odios engendran á menudo, supuso un pacto secreto de Rusia con sus enemigos declarados ó encubiertos, especialmente con los ingleses, y creyó que no seria ir muy de prisa el aprestarse á la guerra para el mes de julio ó de agosto del presente año. Asi en vez de remediar el mal suspendiendo sus armamentos, sin perjuicio de volver á impulsarlos, si no obtenia una explicacion satisfactoria, agravólo multiplicando y acelerando sus preparativos de manera de no poder ya ocultarlos ni explicarlos.

Ya habia resuelto enviar hácia el Elba los cuartos batallones, pues, segun llevamos dicho, los regimientos del mariscal Davout no contaban mas que tres batallones sobre las armas; y se decidió á hacerlos partir inmediatamente y á formar un sexto batallon en estos regimientos, quedando de depósito el quinto, lo cual debia per-

mitir suministrarles cinco batallones de guerra. De tal modo se habia aplicado el mariscal Davout, desde que residia en el Norte, á proporcionar á sus tropas una instruccion teórica igual á su instruccion práctica, que era facil hallar entre ellas los cuadros de un sexto y hasta de un séptimo batallon por regimiento en sargentos que sabian leer y escribir y se habian batido en la Europa toda. Para acelerar la organizacion de estos sextos batallones, dispuso Napoleon que desde las orillas del Elba salieran los cuadros al encuentro de los reclutas partidos desde las orillas del Rhin: ademas envió uniformes, zapatos y armas, á Wesel, Colonia y Maguncia, para que al paso se pudieran proveer los soldados de todo su equipo. Asi esperaba elevar el cuerpo del mariscal Davout á cinco divisiones francesas, sin contar una sexta division que debia ser polaca y formarse de las tropas de Danzick, que iban á recibir aumento. Mandó hacer compras de caballos, particularmente en Alemania: queriendo mas agotar esta comarca que la Francia, sacó de sus cantones á los cazadores, á los coraceros y á los húsares, destinados a la guerra de Rusia, y encargó á los coroneles que se dispusieran á recibir caballos y hombres á fin de poner sus regimientos en pie de guerra. No creyendo que le alcanzara el tiempo para elevar á cinco, ni siquiera á cuatro batallones el cuerpo del Rhin, compuesto, segun se ha dicho, de las antiguas divisiones que habian servido á las órdenes de Lan-nes y Massena, y se hallaban desparramadas en Holanda y en Bélgica, hizo que en su seno se formaran batallones escogidos, donde ingresaran los mejores soldados de cada regimiento. La misma

orden expidió respecto del ejército de Italia, y prescribió la reunion y el equipo en pie de guerra de todos los cuerpos de la vieja y la joven guardia que no se hallaban en España: escribió á todos los príncipes de la Confederacion Germánica pidiéndoles sus contingentes, y se puso en aptitud de elevar para el mes de julio ó de agosto á setenta mil hombres de infanteria el cuerpo del Elba, á cuarenta y cinco mil el del Rhin, á cuarenta mil el de Italia, á mas de doce mil la guardia imperial (total ciento sesenta y siete mil infantes excelentes), á diez y siete ó diez y ocho mil los húsares y cazadores, á quince mil los coraceros, á seis mil las tropas de á caballo de la guardia (total treinta y nueve á cuarenta mil hombres de la más hermosa caballeria), y por último, á veinte y cuatro mil los soldados de artilleria, capaces de servir ochocientas bocas de fuego, sin contar cien mil polacos, sajones, bávaros, wurtembergeses, badeses, westfalianos, todos los cuales sumaban mas de trescientos mil hombres perfectamente preparados á entrar en campaña dentro de dos meses.

Napoleon llamó de España al mariscal Ney, á quien queria confiar el mando de parte de las tropas reunidas junto al Rhin, destinando el resto al mariscal Oudinot, que se encontraba ya en Holanda. De España llamó tambien al general Montbrun, que por su conducta en Fueates de Oñoro y en otra porcion de ocasiones, figuraba como uno de los primeros oficiales de caballeria de aquel tiempo.

Recelando una súbita invasion del ducado de Varsovia por los rusos, dió Napoleon al rey de Sajonia, y al príncipe de Poniatowski, lugarteniente de éste en Polonia, la instruccion de trasladar

toda la artilleria, todas las municiones, todos los objetos de equipo, de las plazas abiertas ó débilmente defendidas á las fortalezas del Vístula, tales como Modlin, Thorn, Danzick, con cuyo motivo citaba al uno y al otro el ejemplo de Baviera, donde siempre habian entrado los austriacos antes que los franceses, pero de donde se habian visto obligados á salir casi al punto, sin haber podido tomar ninguna parte del material de guerra. Al rey de Sajonia le recomendó que tuviera todas las tropas sajonas listas para estar en disposicion de llevarlas rápidamente junto al Elba al lado de las del príncipe de Poniatowski. Unas y otras debian estar á las órdenes del mariscal Davout, á quien se le tenia avisado que al primer peligro corriera hacia el Vístula con ciento cincuenta mil hombres, situando cien mil franceses de Danzick á Thorn y cincuenta mil polacos y sajones de Thorn á Varsovia. Con tales precauciones habia manera de responder á todo acto ofensivo de Rusia y hasta de prevenirlo.

Para llenar sus cuadros se habia visto obligado Napoleon á apresurar el sorteo de la quinta de 1841, decretada ya desde el mes de enero. Mas no se limitó á esta providencia, y antes bien quiso recuperar lo atrasado de las quintas anteriores, consistente lo menos en sesenta mil refractarios, que jamás se habian presentado. Aun la quinta no se habia ingerido en nuestras costumbres, como ha penetrado posteriormente, y el rigor con que se ejecutaba entonces, la triste suerte de los hombres llamados al servicio, que antes de la edad viril iban á perecer á España, y mas á menudo por la miseria que por el fuego, no eran á propósito para

predisponer á la poblacion á someterse á ella. En ciertas provincias y particularmente en las del Oeste, del centro y del Mediodía, donde no faltaba bravura, pero donde la sumision á la autoridad central se hallaba menos asentada, se oponia resistencia á la quinta, habiendo en todas las épocas masas de refractarios, que rehusaban acudir al llamamiento de la ley ó desertaban despues de haber acudido. Amparados por la poblacion en todas partes corrian bosques y montañas, y algunas veces hasta hacian guerra á los gendarmes. Lejos de ser cobardes ó impotentes estos hombres, formaban la parte mas briosa, mas atrevida, mas aventurera de la poblacion, y por causa de su misma energia ofrecia mas dificultades plegarlos al yugo de las nuevas leyes. Era la misma clase de hombres que en la Vendée habia suministrado soldados á la insurreccion realista. Mas fuertes por carácter, lo eran por la edad de igual modo, hallándose la mayor parte de ellos en estado de insubordinacion ya hacia muchos años. Por amnistias, por persecuciones y por batidas de los gendarmes, de ochenta mil se habian recuperado como veinte mil de estos hombres, pero cuando menos quedaban sesenta mil en las diversas provincias de Francia, é importaba hacerlos ingresar en las filas, tanto por su calidad como por quitarles la posibilidad de formar en lo interior una nueva chuaneria, pues casi todos pertenecian á los departamentos en que se conservaba un viejo fómes de realismo.

Napoleon que no economizaba los recursos cuando le convenia el logro de un objeto, formó diez ó doce columnas volantes, compuestas de caballeria é infanteria ligeras, y escogidas entre las

tropas mas veteranas, púsolas á las órdenes de generales muy seguros, agrególas pelotones de gendarmes para servir de guias y las hizo emprender la persecucion mas activa contra los refractarios. Estas columnas estaban autorizadas para tratar militarmente á las provincias que iban á recorrer y á poner soldados de guarnicion en las casas de las familias, cuyos hijos no habian acudido al llamamiento. Alojados, mantenidos y pagados habian de ser los soldados estos por los padres de los refractarios hasta que se hubiesen sometido. De aquí les vino el nombre, muy espantoso por aquel tiempo, de *garnisarios*. Si se considera que, por los elementos de que se componian estas columnas se inclinaba á mirar la resistencia al servicio militar como un delito vergonzoso, que hacia pesar exclusivamente sobre los veteranos las cargas de la guerra, si se considera que en los paises extranjeros habian contraido el hábito de vivir como tropas conquistadoras, se concebirá facilmente que debian cometer muchos excesos, aun cuando estuvieran en su patria, y que, recayendo sus correrias sobre el disgusto que excitaba el sorteo de 1811, habia de llegar en varias provincias hasta la desesperacion la pena que originaba la quinta.

A los prefectos, cuyo encargo era dirigir el espíritu de las poblaciones en sentido favorable al gobierno, alarmó bastante esta medida, y los hubo que se dolieran de plantearla: sin embargo, algunos, queriendo elevar á la altura de la dificultad su celo, exageraron aun mas en la ejecucion las órdenes de la autoridad suprema, y alentaron, en vez de contener, á las columnas ocupadas en dar caza á los refractarios. Otros tuvieron la idea hon-

rosa de hacer oír sus ruegos en favor de los pobres padres á quienes se arruinaba, y entre ellos, Mr. Lezay-Marnesia, tuvo en el Bajo Rhin el valor de resistir con todas sus fuerzas al general encargado de dirigir las columnas en su departamento, y de escribir al ministro de Policia cartas muy vehementes para que el mismo Napoleon las viera. Pero la mayor parte de estos altos funcionarios, deplorando las secretamente, y contentándose por única virtud con no añadir nada á los rigores prescriptos, ejecutaron las órdenes recibidas por no dimitir sus empleos.

Si la poblacion de los campos tenia sus penas, tampoco la de las ciudades carecia de las suyas. Causábalas una crisis mercantil é industrial de las mas graves. Ya hemos referido las providencias tan ingeniosas como violentas imaginadas por Napoleon para estorbar al comercio inglés el acceso del continente, ó para abrirselo á un precio ruinoso, del cual el tesoro imperial sacaba el provecho. Semejantes providencias habian originado, si no todo el efecto que Napoleon se prometia, al menos todo el que razonablemente se podia esperar de ellas, con especialidad cuando para lograrlo era menester contrariar los intereses, los gustos, las inclinaciones, no solo de un pueblo, sino casi de todo el mundo. Salvo algunas introducciones clandestinas hechas por los suecos, que trasportaban fraudulentamente las mercancías coloniales desde Gothenburgo hasta Stralsund; salvo algunas otras introducciones permitidas en la vieja Prusia, tanto por descuido como por malevolencia; salvo algunas otras verificadas en Rusia bajo el pabellon americano, unas y otras condenadas á bajar del Nor-

te al Mediodia por entre mil peligros de ser aprehendidas, recargándose con enormes gastos de transporte y pagando tarifas ruinosas; salvo, repetimos, estas raras excepciones, ninguna cantidad de azúcar, de café, de algodón, de añil, de palo de tinte, de mercancías exóticas en suma, podia salir de Inglaterra y disminuir la desastrosa acumulacion que se habia operado en Lóndres. Esta situacion, que ya hemos expuesto, no habia hecho mas que agravarse. Superando como siempre el objeto ofrecido á sus ávidos deseos, los fabricantes de Manchester, de Birmingham y de todas las ciudades manufactureras de Inglaterra, habian producido tres ó cuatro veces mas mercancías que las que hubieran podido consumir las colonias de todas las naciones. Obligados se habian visto los bageles expedidos de Liverpool á volver á Europa con parte de sus cargamentos, y los muy escasos que habian conseguido despacharlos, recibieron en trueque géneros coloniales, que se quedaban por vender en los almacenes de Lóndres, y se envilecian hasta el punto de que, segun ya hemos dicho, en gastos de custodia y de almacenage costaban mas de lo que valian. Sin embargo, sobre esta fianza descontaba el Banco el papel de los fabricantes, y les daba su valor en billetes, cuyo aumento creciente amenazaba con una catástrofe á todas horas. A tanto llegaron los ahogos en 1811 que, temeroso el parlamento británico de una general bancarota, hubo de votar 6.000,000 de libras esterlinas (150.000.000 de francos) para distribuirlos por via de socorro y á titulo de préstamo entre los fabricantes y comerciantes mas apurados. Semejante situacion, mantenida algun tiempo mas, debia venir á parar in-

vitablemente en una catástrofe rentística y comercial ó en un deseo de paz irresistible para el gobierno.

Pero no hay combate en este mundo, cualesquiera que sean las armas de que se haga uso, en que se pueda causar daño sin recibirlo. Napoleon no habia podido lograr que cesaran en Inglaterra tantos productos agradables ó útiles, ó necesarios á los pueblos del continente, sin originar muchas perturbaciones, y acababa de provocar en Francia y en los países vecinos una crisis mercantil é industrial tan violenta, aunque menos durable por fortuna, que la que afligia á Inglaterra. Véase aqui de que modo sobrevino esta crisis.

Habiendo reemplazado en gran parte los tejidos de algodón á los de cáñamo y de lino, y mas desde que por medios mecánicos se habia llegado á producirlos, ya constituian la mas vasta industria de Europa. Como los fabricantes franceses tenían que surtir á la antigua y la nueva Francia y á casi todo el continente, habian esperado inmensas salidas y proporcionado sus empresas á estas salidas imaginadas. Sin medida habian especulado sobre el surtido exclusivo del continente, como los ingleses sobre el de sus colonias, las francesas, las holandesas y las españolas. Tanto en Alsacia como en Flandes y Normandía los talleres de hilados, tejido y estampado del algodón, se habian multiplicado con una rapidez increíble. Siendo considerable el provecho, á este se habian proporcionado las empresas y aun lo habian superado infinitamente. No era sola la industria algodonera bajo todas sus formas la que habia tomado vuelo semejante; la de paños, contando con la exclusion de los

paños ingleses, con la posesion exclusiva de las lanas españolas, habia olvidado de igual modo toda reserva en la extension dada á su fabricacion. Tambien se habia desarrollado mucho la industria de los muebles, pues hechos á la sazón en Francia segun los modelos antiguos, eran objeto de predileccion general, y mas por la circunstancia de hallarse las maderas exóticas entre los géneros coloniales admitidos en virtud de licencias, y de poderlos producir de esta suerte con bastante baratura. Con admitirse en consecuencia de las licencias mismas los cueros, se habian fomentado á la par todas las industrias á que dá vida esta materia. Muy elegante la quincallería de Francia, aunque inferior entonces á la de Inglaterra, bajo el aspecto de los aceros, se habia aprovechado como las demas industrias de la exclusion de los ingleses. Notables beneficios habian estimulado y multiplicado estos desproporcionadísimos ensayos.

No solo se habia dirigido el ardor del momento hácia la fabricacion de los diversos productos, sino tambien hacia la introduccion de las primeras materias que servian para crearlos.

Se corria á todos los mercados, donde se sabia que se habian de vender azúcares, cafés, algodones, añiles, maderas, cueros; se compraban á porfía las mas pequeñas porciones introducidas en el continente, y se especulaba con furor sobre ellas. De los fondos públicos no se hacia caso, porque eran poco abundantes, y su valor no variaba apenas desde que Napoleon mantenía la renta del 5 por 100 á 80 francos de resultas de la intervencion secreta del tesoro extraordinario. Las acciones del Banco, único efecto público que figuraba á

lado de las rentas sobre el Estado, oscilaban entre 1,225 y 1,275, para una renta de 50 á 60 francos, y jamás subían ni bajaban de estos términos extremos. Nada había aquí propio á tentar á los especuladores, porque necesitando grandes eventualidades de ganancia aun á costa de grandes eventualidades de pérdida, se habían lanzado sobre los géneros coloniales, que presentaban estas condiciones en el mas alto grado. Se especulaba, pues, con pasión sobre el café, el azúcar, el añil, el algodón; se corría á Amberes, á Maguncia, á Francfort, á Milan, donde el gobierno hacia vender las mercancías llegadas en los carros de artillería, que habían conducido bombas y balas á orillas del Elba, trayendo azúcar y café al retorno. Hasta las maderas, por saberse que Napoleón las necesitaba indispensablemente para los numerosos navíos que se construían de su orden en todos los arsenales de Francia, vinieron á ser objeto de un agiotage desenfrenado, y sobre la base movediza y peligrosa de estas especulaciones se creaban brillantes edificios de fortuna, apareciendo y desapareciendo alternativamente á los ojos de un público sorprendido, atónito y celoso.

En tan grande empuje la prudencia había sido naturalmente la virtud menos observada, especulándose no solo mas allá de las necesidades por satisfacer, sino tambien mas lejos de los recursos para pagar. Mientras que la industria producía mucho mas de lo que estaba á su alcance vender, los agiotistas sobre las primeras materias pugaban por comprarlas en cantidad mucho mayor que la que podia emplear la industria, y haciendo subir su coste á precios exagerados como consecuen-

cia inevitable. Para sustentar estos mercados imprudentes se habían creado recursos de crédito artificiales. Así, entregándose una casa de París al comercio de maderas de construcción y de géneros coloniales, tomaba al mes de una casa de Amsterdam, que le prestaba su crédito, no menos de millon y medio de francos; esta tomaba de otras, y tomando estas últimas de París, para reembolsarse, se habían creado de esta manera recursos ficticios, que en el lenguaje familiar del comercio se llaman papel de circulación. Espiándolo, pero no comprendiéndolo todo la policía, había creído ver en artificio semejante una trama de los partidos, y apresuróse á denunciarlo al emperador. Ofuscado éste de pronto, tranquilizóse muy luego al saber por el ministro del Tesoro el secreto de la supuesta conjura (1).

Ni se usaba de mayor cautela en la manera de gozar de estos provechos que en los medios de proporcionárselos. Aquellos nuevos acaudalados se dieron prisa á ostentar sus fortunas adquiridas rápidamente, y á comprar de la caja de amortización los palacios y casas de campo de la antigua nobleza, que había heredado el Estado bajo el título de bienes nacionales. No se compraban como antes á vil precio y con asignados, sino por dinero, por mucho dinero y sin repugnancia, pues veinte años trascurridos desde la confiscación habían hecho perder el recuerdo de la injusticia del Estado y de la desventura de los antiguos dueños.

(1) He hallado toda una correspondencia entre el ministro de Policía y el del Tesoro sobre este hecho singular, que ofuscó á la autoridad por largo tiempo antes de que llegará á explicárselo.

De estos recursos de las enagenaciones de bienes se servía Napoleón de vez en cuando para completar sus presupuestos, sobre todo en los países conquistados, recurso que le había proporcionado la caja de amortización con vender oportunamente, poco á poco y con la conveniente prudencia, los inmuebles que le eran entregados. En París había fabricantes justamente enriquecidos con su trabajo, especuladores en géneros coloniales, enriquecidos de una manera menos honrosa, que poseían las mejores y las mas calificadas fincas (1).

Este desbordamiento de especulaciones, de súbitas fortunas, de goces immoderados, había echado raíz mucho antes, se había contenido un momento en 1809 por consecuencia de la guerra de Austria, había vuelto al celebrarse la paz de Viena, se había desarrollado sin obstáculo y sin tasa durante el curso del año de 1810, y al cabo á principios de 1811 había venido á parar á la catástrofe inevitable, que sigue siempre á las exageraciones industriales y mercantiles de esta naturaleza.

Tiempo había que no se vivía mas que de créditos ficticios que se prestaban unos á otros, especialmente entre Hamburgo, Amsterdam y París, cuando una última venta, ejecutada en Amberes por cuenta del gobierno y consistente en cargamentos americanos, atrajo gran número de compradores. Se trataba de comprar y pagar cerca de 60.000.000 de francos de mercancías. Notando Na-

(1) También en la correspondencia del ministro del Tesoro, analizando para Napoleón la causa de la mayor parte de las bancarrotas de aquel tiempo, he hallado la prueba de este hecho curioso y digno de nota.

pleón los ahogos, que empezaban á revelarse, concedió plazos para el pago; pero todos echaron de ver tal apuro y no se necesitaba mas para engendrar la desconfianza. Al propio tiempo casas importantes de Brema, de Hamburgo, de Lubeck, que se habían dedicado mas ó menos lícitamente al comercio de los géneros coloniales, embarazadas primero por el bloqueo continental, paralizadas en breve del todo por la incorporación de su país á la Francia, sucumbían, ó renunciaban espontáneamente á los negocios. Esta reunion de circunstancias produjo al fin la crisis. Una casa de Lubeck dió la señal de las quiebras: la mas antigua y respetable casa de Amsterdam, que con el cebo de comisiones de monta se había dejado arrastrar á prestar su crédito á los negociantes mas temerarios de París, siguió la señal dada en Lubeck: las casas de París, que vivían de los recursos debidos á esta casa holandesa, vieron puesto inmediatamente en claro el artificio de su existencia. Se lamentaron, pusieron el grito en el cielo y llegaron á implorar al gobierno su ayuda. Napoleón, que, sin confesarlo, conocía á fondo la parte que tenía en tal crisis, y que no quería que el nacimiento de un heredero del trono, que tanto se había deseado, y se acababa de conseguir, y se iba á solemnizar muy pronto, fuera acompañado de circunstancias aflictivas, se apresuró á anunciar que estaba dispuesto á auxiliar á las casas apuradas. Con razón quería hacerlo prestamente y sin ruido para ejecutarlo con mas eficacia. Por desgracia las opiniones personales de su ministro del Tesoro y la extraña vanidad de una de las casas socorridas, se opusieron á que estos designios se realizaran pun-

tualmente. Mr. Mollien, á quien repugnaban hasta los expedientes útiles, cuestionó en teoría sobre el principio de los socorros al comercio. Napoleon no hizo cuenta de sus observaciones y le ordenó que socorriera á cierto número de casas; pero el ministro se desquitó de su derrota disputando con estas casas, ora sobre la seguridad de las fianzas que ofrecían por los auxilios, ora sobre la posibilidad de salvarlas, de lo cual resultó una gran pérdida de tiempo. Además una de ellas, jactándose de un beneficio de que el mismo bienhechor no se jactaba, divulgó lo que el gobierno había hecho por ella, y malogróse así la ventaja de los socorros prontos y secretos: se supo que existía la crisis y todos se entregaron al pánico de costumbre. Brevemente sobrevino un caos de casas desmoronándose unas sobre otras, y arrastrándose recíprocamente en su caída. Napoleon, según su carácter de siempre, lejos de intimidarse ante la dificultad, socorrió pública y repetidamente á las principales casas apuradas, á pesar de cuanto pudiera decir el ministro del Tesoro; pero no se le logró la satisfacción de salvar más que á una mínima parte de los comerciantes y fabricantes por quienes se había interesado.

Las casas, que habían especulado sobre azúcares, café, algodones y maderas de construcción fueron las primeras en venirse abajo: siguiéronlas aquellas que no habían especulado sobre las primeras materias, pero que se dedicaron al hilado, al tejido, al estampado de las telas de algodón más allá de las necesidades del consumo, viviendo de los créditos que les facilitaban sus banqueros; no teniendo salvación después de faltarles. Las ciu-

dades de Rouen, Lila, San Quintin, Mulhouse, fueron destrozadas como por una plaga asoladora. Después de la industria algodonera tocó el turno á la de paños. Una opulenta casa de Orleans, dedicada al comercio de lanas hacia más de un siglo, quiso apoderarse de todas las que de España había sacado el gobierno y vendía en pública subasta; compró sin medida; revendió á fabricantes que manufacturaban también sin tasa; les prestó su crédito, valiéndose en cambio del suyo y creando una masa de papel moneda que sacaba de ellos, y que banqueros complacientes descontaban con enorme usura; habiendo hecho alto estos banqueros, todo el armazón se vino abajo, y una sola casa de provincia hizo así una quiebra de 12.000,000 de francos, suma crecidísima ahora y todavía más entonces. La exclusión de los paños franceses de Rusia fué un nuevo golpe para esta industria: la del refinado, que había especulado sobre los azúcares, la de las pieles preparadas, que había especulado sobre los cueros introducidos por medio de licencias, sufrieron también como las otras. Por último la sedería, que había fabricado mucho, aunque no cometiendo excesos á causa de ser una industria antigua, experimentada, menos deslumbradora por la novedad y exageración de las ganancias, recibió asimismo un golpe sensible de resultas de los nuevos reglamentos comerciales de Rusia y de la ruina de las casas de Hamburgo que, á falta de americanos, servían para la exportación de los productos lioneses. Agregándose el retraimiento de todos los créditos á la súbita privación de salidas, quedó en Lion la fabricación suspensa de todo.

Pronto se hallaron masas de jornaleros sin trabajo en Bretaña, en Normandía, en Picardía, en Flandes, en el Lionés, en el Forez, en el condado Venesino, en el Langüedoc. Solo en Lion, de catorce mil telares quedaron la mitad parados: en Lila, en San Quintin, en Reims, en Amiens, en Rouen, quedaron sin qué hacer lo menos las tres cuartas parte de los brazos durante la mitad del invierno y toda la primavera. Muy alligido Napoleón por estas ruinas acumuladas y mas particularmente por estos padecimientos populares, quería aliviarlos á toda costa, temiendo el efecto que podrian producir en el momento de las fiestas que preparaba para solemnizar el nacimiento de su hijo. Consejos celebraba sobre consejos, y aprendía harto tarde que existen tormentos contra los cuales el genio y la voluntad de un hombre, por grandes que sean, nada pueden. No era su sistema de exclusion respecto de los ingleses la causa del mal, pues se cometen excesos de produccion en los países lo mismo donde el comercio es completamente libre que donde no lo es, y aun quizá mas; pero sus combinaciones complicadas habian contribuido á las locas especulaciones sobre las primeras materias; la usurpacion de la soberanía de Hamburgo habia precipitado la ruina de casas indispensables para sostener la vasta armazon del crédito continental de aquel tiempo; sus últimas ventas habian apresurado la crisis, y sus socorros habian sido muy lentos y harto cuestionados á causa de las opiniones personales de su ministro; últimamente su famosa tarifa del 50 por 100 prolongaba el mal, pues los fabricantes que comenzaban á dar salida á sus manufacturas y hubieran

querido ponerse á trabajar de nuevo, no se atrevian por razon de la carestía de las primeras materias procedente de la subida de los derechos. Así el tejido, el hilado, el refinado, la tenería se hallaban en paralización absoluta. No es que se fabricaba menos, sino que no se fabricaba nada.

Rechazando las teorías de Mr. Mollien y celebrando frecuentes consejos con los ministros de lo Interior y de Hacienda, con el director general de aduanas y con muchos comerciantes ó fabricantes ilustrados, tales como Mrs. Fernaux y Hottinquer, imaginó Napoleón un medio que produjo algunos buenos efectos, y fué el de hacer muy secretamente y á su costa, aunque al parecer por cuenta de fuertes casas de banca, compras en Rouen, en San Quintin, en Lila, como para dar á entender que la venta volvia naturalmente á seguir su curso. En Amiens prestó muy á las calladas, á los fabricantes, que seguian manufacturando cosas de lana, sumas iguales al jornal de sus operarios. A Lion encargó por valor de muchos millones de sedería para las residencias imperiales. Sin duda que estos socorros no equivalian á la reposición efectiva de los negocios, pero no dejaron de ejercer influencia, sobre todo en Rouen, donde las compras de origen desconocido tomaron la apariencia de verdaderas compras é hicieron creer que el movimiento comercial ya volvia. De todas maneras permitieron esperar menos afanosamente el renacimiento positivo de los negocios.

Con especialidad se interesaba solícitamente Napoleón por la ciudad de Paris, cuyo pueblo vivo, entusiasta, patriota, se habia manifestado muy sensible á la gloria del reinado, y donde se

iban á juntar una porcion de príncipes para asistir al bautizo del rey de Roma. Ya habia experimentado que en Paris se ejecutaban muy bien las fabricaciones para el uso de las tropas. Inmediatamente encargó una inmensa construccion de cañones, de carros de artilleria, de arneses, de uniformes, de ropa blanca, de calzado, y de manufacturas de sombrereria y de guantes. A la par hizo comenzar mas pronto que de costumbre y en mas vastas proporciones las obras anuales de los grandes monumentos de su reinado.

Por lo demas esta situacion, aunque fuera muy penosa, tenia una ventaja esencial sobre la de Inglaterra. Brevemente mejoraria el tiempo, haciendo desaparecer la superabundancia de las manufacturas, trayendo á los americanos, que ya se aprestaban á volver é iban á reemplazar á los hamburgueses y á los rusos en nuestros mercados, y á proporcionarnos los algodones y los tintes de que la industria tenia necesidad apremiante. Al revés la situacion de los ingleses, si se persistia en bloquear su comercio, sin darles ningun aliado en el continente, debia ser intolerable dentro de poco.

Sin embargo, por el momento era extremadamente critica la situacion del comercio y la industria de Francia. Napoleon recibió diputaciones de los tribunales de comercio, y en su lenguaje original, familiar, vigoroso, les dirigió un discurso, del qual quiso que se divulgaran todo lo posible el sentido y las principales expresiones. Preguntando ó escuchando alternativamente, mezclando palabras carinosas á las mas vivas genialidades, habló á estas diputaciones poco mas ó menos en esta forma. Atentos tengo los oidos á lo que se dice en vues-

tros escritorios, y sé las especies que se os escapan en el seno de vuestras familias y entre vosotros sobre mi politica, sobre mis leyes, sobre mi persona. No conoce mas que su oficio de soldado, repetis á menudo, no entiende nada de comercio, y á su lado nadie hay que le pueda enseñar lo que ignora. Sus providencias son extravagantes y han causado nuestra actual ruina. Vosotros que decis todo esto, sois los que no entendeis nada de comercio ni industria. Ante todo vuestra actual ruina, no es culpa mia, sino vuestra. Habeis creído que se podia hacer fortuna en un dia solo, como se hace á veces en la guerra ganando una batalla, pero no sucede asi en la industria: trabajando toda la vida, obrando cuerdamente, reuniendo los productos del trabajo á las acumulaciones de la economia, es como se llega á la riqueza. Pero entre vosotros unos han querido especular sobre las repentinas variaciones del precio de las primeras materias, y se han engañado á menudo, labrando en vez de su fortuna la agena. Otros han querido fabricar diez varas de tela cuando no habia salida para cinco, y han perdido donde debieran haber ganado. ¿Tengo yo la culpa de que la codicia haya perturbado la razon á muchos de vosotros? Pero con paciencia se enmiendan hasta los propios errores, y trabajando mas sensatamente se recupera lo perdido. Comestis faltas este año, y sereis mas cautos y felices el año que viene. Por lo que hace á mis providencias ¿qué sabeis vosotros si son buenas ó malas? Encerrados en vuestros talleres, no conociendo unos mas que lo concerniente al algodón ó á la seda, otros nada mas que lo relativo al hierro, la madera, las pieles, no abarcando el conjunto de

las industrias, ignorando las vastas relaciones que tienen entre sí los Estados, ¿cómo podeis saber si los medios que empleo contra Inglaterra son eficaces ó dañosos? Sin embargo, preguntad á aquellos de vosotros que han ido furtivamente á Londres para entregarse al contrabando, preguntadles que es lo que han visto. Sé cual es su lenguaje como sé el vuestro, porque estoy informado de todos vuestros actos y de todos vuestros discursos. Asombrados han vuelto de la penuria de Inglaterra, de lo atestados que están sus almacenes, de la creciente baja de su cambio, de la ruina de su comercio, y muchos al regresar han dicho de mí y de mis providencias. «Podrá ser que tenga razon *este diablo de hombre!*» Ya se ve que sí, tengo razon y mucho antes de lo que habia imaginado, porque Inglaterra ha llegado á una situacion casi desesperada mucho mas pronto de lo que creí nunca. Con sus productos ha hartado á las colonias españolas, á las suyas, á las vuestras, para no sé cuantos años. No ha sido posible pagarla, ó se le ha pagado en azúcar, café, algodón, cuyo valor he destruido entre sus manos. Sobre este azúcar, este algodón, este café toman los negociantes letras de cambio que van al Banco y que se convierten allí en papel moneda. Para asalariar el gobierno á su ejército y su marina, saca tambien del Banco y origina nuevas emisiones de papel moneda. ¿Y qué os parece que resultará de esto dentro de poco? Forzoso es que se desplome el edificio. ¿Nos hallamos ya en este caso nosotros? No, ciertamente. Os he desembarazado del papel moneda, y apenas quedan algunas rentas para que situen sus economías los rentistas en corta escala. En numerario

me ha proporcionado la Europa mas de mil millones de francos de contribuciones de guerra: aun tengo doscientos en oro ó plata en mi tesoro: recaudo anualmente novecientos de impuestos bien repartidos, y vosotros poseeis todo el continente para colocar vuestros productos. No hay pues analogia de situacion entre la Inglaterra y nosotros. Fuerza es que ella sucumba tarde ó temprano. Verdad es que le quedan algunas salidas en Suecia, en Prusia, y *mas lejos* (alusion á Rusia), por las cuales continuan infiltrándose en Europa los productos ingleses; pero tranquilizaos, lo pondré en orden todo. Aun hay defraudadores, pero ya caerán en mis manos; los que se libren de los aduaneros, no se librarán de mis tropas; y los perseguiré, donde quiera; entendedlo bien, en todas partes.

Al pronunciar estas últimas palabras mostrábase Napoleon amenazante en grado sumo, y habia toda una nueva guerra en su gesticulación, en su acento y en su mirada. Volviendo á tomar el hilo del discurso, decia: Ya sé que es larga y penosa esta guerra á Inglaterra. ¿Pero que quereis que haga? ¿A qué medios quereis que apele? Aparentemente, puesto que tanto os lamentais de que el mar esté cerrado, anhelaís que esté abierto, que no domine en sus aguas una sola potencia á costa de las otras, y no quite sus colonias á todas las naciones, ó no se arrogue una especie de tiranía sobre todos los pabellones. Por lo que á mí hace, estoy fijo irrevocablemente en este punto; nunca abandonaré los derechos de los neutrales, ni permitiré que jamás prevalezca el principio de que el pabellon no cubre la mercancia y de que el neutral ha de ir á recalar á Inglaterra para pagar allí

tributo. Si cayera en la vileza de tolerar tales teorías, pronto no podríais salir de Rouen ó del Havre sin pasaporte de los ingleses. Mis decretos de Berlín y Milán serán leyes del imperio hasta que renuncie Inglaterra á sus desatentadas pretensiones. Ya los americanos solicitan reaparecer en nuestros puertos, y traer os su algodón y llevarse vuestra seda, lo cual será para vosotros un grande alivio. Pronto estoy á consentirlo, bien que á condicion de que en ellos han de hacer respetar los principios que yo sostengo y son los suyos como los de todas las naciones marítimas y de que, si no pudiesen conseguir que Inglaterra los respete en ellos mismos, le han de declarar la guerra; de lo contrario, por mucha necesidad que tengais de su concurrencia les trataré como á ingleses, les cerraré mis puertos, y mandaré que se les caiga encima. ¿Cual quereis que sea mi porte? Ciertamente si yo hubiese podido formar almirantes de la misma manera que he formado generales, hubiéramos batido á los ingleses, y se estableciera despues una buena y sólida paz; no calcada sobre la de Amiens, que oculte mil resentimientos implacables y mil intereses no reconciliados. Por desgracia no puedo hallarme en todas partes. No pudiendo batir por mar á los ingleses, los bato por tierra, los persigo á lo largo de las costas del viejo continente. A pesar de todo no renuncio á atacar los por mar, porque nuestros marineros son cuando menos tan valerosos como los suyos, y nuestros oficiales de mar valdrán tanto como los de la marina británica luego que estén ejercitados. Voy á poseer cien navios desde el Texel hasta Venecia; quiero tener doscientos. Quiero hacerlos salir á pesar su-

yo; perderán una, dos batallas, pero ganarán la tercera ó á lo menos la cuarta, porque al cabo saldrá un hombre de mar que haga triunfar nuestro pabellon, y entretanto yo tendré mi espada apuntada al pecho de todo el que quiera ir en auxilio de los ingleses. Forzoso será que sucumban, aun cuando el infierno se ponga de su parte. Convengo en que esto es largo; pero entretanto ganais con desarrollar vuestra industria, con haceros manufactureros, con reemplazar en el continente los tejidos, la quincalla y los paños de Inglaterra. Despues de todo no es mal lote el de tener un continente al cual proveer. Continuamente cambia el mundo; no hay un siglo que se parezca á otro: antes para ser rico se necesitaba tener colonias, poseer la América, la India, Santo Domingo; ya empiezan á pasar estos tiempos, ahora se necesita ser fabricantes, tener con que proveerse de lo que se iba á buscar á otras partes, hacer cada cual su azúcar, su añil, sus indianas. Si el tiempo no me falta, vosotros llegareis á fabricar todo esto, no porque yo desdeñe las colonias y las especulaciones marítimas, necesarias sin duda, sino porque la industria manufacturera tiene una importancia igual cuando menos, y mientras procuro ganar la causa de los mares, la industria francesa se crea y desarrolla. Cabe pues esperar en situacion semejante: entretanto padecen Burdeos y Hamburgo; pero, si padecen hoy, es para prosperar mañana con el restablecimiento de la libertad de los mares: todo tiene su lado bueno y malo: conviene saber sufrir para lograr un grande objeto, y en todo caso este año no habeis sufrido por causa de este objeto, sino por vuestros propios errores. Conozco

vuestros negocios mejor que vosotros mismos; preceded con cordura y perseverancia, y no os deis prisa á juzgarme, pues me censurais frecuentemente, cuando solo vosotros sois dignos de censura. A mayor abundamiento velo por vuestros intereses y se os proporcionará todo el alivio que sea posible (1).

Tales eran los discursos con que Napoleon es-

(1) Este discurso, como otros muchos de Napoleon ya citados, no se reproduce aquí, en sustancia, se entiende, sino porque es auténtico, y porque hemos podido hallar su sentido, ya que no sus mismas expresiones, y por consiguiente tiene toda la verdad deseable y posible. A pesar de la autoridad de los antiguos que pusieron discursos en boca de sus personajes históricos, y á quienes se les perdona en gracia de la verosimilitud moral de los tales discursos, no creemos semejante ejemplo admisible ni imitable entre los modernos. Mas cerca los antiguos del origen de las cosas, aun no habian separado completamente la historia de la poesia. Esto ya se ha efectuado entre nosotros, y no es lícito volver á lo antes practicado. No debe quedar en la historia mas poesia que la que pertenece á la verdad rigurosa inevitablemente: se puede analizar, resumir un discurso pronunciado de una manera cierta por un personaje, pero á condicion de que este discurso se haya verdaderamente pronunciado, de que su sentido sea exactamente el mismo y hasta la forma, cuando ha sido posible hallarla. Siempre he hecho en esta historia lo que con el discurso de que ahora se trata. Este discurso dirigido á los tribunales de comercio fué reproducido por una porcion de periódicos alemanes, comentado por todas las diplomacias, enviado á la corte de Rusia, recogido por la policia, y aunque disperso en la memoria de los contemporáneos, conservado de manera de recoger sus principales rasgos. Así no vacilamos en afirmar que es verdadero en la sustancia y hasta en la forma de la mayor parte de los ataques dirigidos por Napoleon á sus interlocutores industriales.

trechaba y sojuzgaba á sus interlocutores del comercio, y les deslumbraba sin convencerles, aunque tuviera razon contra ellos sobre casi todos los puntos. Pero es asunto de eterna sorpresa ver cuán prudente es uno cuando aconseja á los demas, siéndolo tan escasamente cuando se trata de aconsejarse á si propio. Napoleon tenia razon al decir á aquellos negociantes que sufrían por causa de sus propios errores, los unos por haber producido demasiado y los otros por haber especulado sin tasa; que estaba obligado á conquistar la libertad de los mares, para conquistarla á combatir á los ingleses; para combatir á los ingleses, á embarazar los movimientos del comercio, pero que entre tanto la industria de Francia y la del continente nacia de estas mismas trabas. No obstante, bien embarazado se hubiera visto si uno de aquellos especuladores sobre azúcares ó algodones le hubiera preguntado á él, especulador de otra especie, si para combatir á Inglaterra, le era absolutamente necesario conquistar las coronas de Nápoles, de España, de Portugal y dotar con ellas á sus hermanos; si esta dificultad de establecer su dinastía sobre tantos tronos no habia aumentado singularmente la de triunfar de las pretensiones marítimas de Inglaterra; si con los Borbones trémulos y sumisos en Madrid y Nápoles no hubiera obtenido tanta cooperacion á sus miras como con sus hermanos casi rebeldes; si los ejércitos franceses diseminados en Nápoles, Cádiz, Lisboa, no producirian mejor efecto arriesgándose entre Calais y Douvres; si, admitida en todo caso la necesidad de estas conquistas, no hubiera debido empezar por lanzar al mar á lord Wellington, contentándose con el

bloqueo continental de la manera que lo practicaba Rusia, en vez de cambiar súbito de sistema, dejar triunfantes en la península a los ingleses, para ir á buscar al Norte una nueva guerra de éxito dudoso, bajo pretexto de obtener en la observancia del bloqueo un grado de exactitud de que no habia necesidad indispensable para reducir el comercio británico; y si variar de plan de continuo, correr de un medio á otro sin completar plenamente ninguno, todo por vanidad, orgullo, deseo de someter el universo á su capricho, era manera directa y segura de dar al traste con la ambición tiránica de Inglaterra.

No se halló este preguntador, que pusiera á Napoleon en sumo aprieto, y quedó por decir la verdad; pero callar la verdad es ocultar el mal sin evitarlo. Sus estragos secretos son tanto mas peligrosos por revelarse todos á la par, y cuando no es tiempo de remediarlos.

A las dos causas de malestar, que hemos dado á conocer, la quinta y la crisis comercial, se agregaba otra, la disputa religiosa que se acababa de agravar de resultas de un nuevo estallido de la vehemente voluntad de Napoleon.

Se ha visto mas arriba á qué punto se habia llegado respecto del papa detenido en Savona. Napoleon le habia enviado los cardenales Spina y Caselli para obtener ante todo y por medio de conferencias benévolas la institucion canónica de todos los obispos nombrados, que constituía la principal dificultad con la Iglesia, y ademas para sondearle sobre un ajuste de todas las diferencias del imperio con el papado. Siempre queria Napoleon hacer aceptar á Pio VII la supresion del po-

der temporal de la Santa Sede, la incorporacion de Roma al territorio del imperio, el establecimiento de un papado dependiente de los nuevos emperadores de Occidente, con residencia en París ó Aviñon, disfrute de magnificos palacios, dotacion de 2.000.000 de francos, y con otras ventajas más, si bien debajo de la autoridad del emperador de los franceses, como la Iglesia rusa bajo la autoridad de los czares y el islamismo bajo la autoridad de los sultanes. Al pronto Pio VII hizo un recibimiento harto frio á los dos cardenales, bien que á poco suavizose respecto de ellos, no se manifestó absolutamente contrario á la institucion canónica de los obispos nombrados, aunque si poco propicio á conferirla pronto, con el fin de conservar un medio eficaz de constreñir á Napoleón á ocuparse en los asuntos de la Iglesia, y pareció resuelto á no admitir las ventajas materiales que se le ofrecian, pidiendo solamente las catacumbas por residencia y algunos cardenales para aconsejarle, y prometiendo, si le concedian la libertad, la pobreza y un consejo, sacar á luz todos los asuntos religiosos retrasados y no provocar á la rebeldia al pueblo en cuyo seno fuera á esconder su destitucion temporal.

Aunque vueltos los dos cardenales sin conseguir nada, llegaron á conceptuar que el papa no sería invencible, que con buen trato, concediéndole un consejo que le ayudara ó despachar los asuntos de la Iglesia, volvería á ejercer sus funciones pontificias hasta sin salir de Savona, resignándose á vivir allí porque allí estaba, y porque en aquella especie de careel nada consagraba con su adhesion, al par que dejándose trasladar á Avi-

ñon ó á Paris, aceptando dotaciones, sancionaria los decretos imperiales en el hecho de concurrir á que se pusieran en planta. De las entrevistas habidas posteriormente con el papa por Mr. de Chabrol, prefecto de Montenotte, se podian sacar las mismas consecuencias, y Napoleon buscaba el modo de conciliar las inclinaciones del papa con sus propias miras, cuando muchos incidentes sobrevenidos de golpe, le arrastraron á una exasperacion inaudita y á los actos mas violentos.

Sin duda se hace memoria del expediente imaginado para administrar provisionalmente las diócesis en las cuales habia preladados nombrados y no instituidos. No se contaban menos de veinte y siete diócesis en este caso, y entre el número se hallaban sillas como Florencia, Malinas, Paris, etc. Unos de voluntad propia y otros á la fuerza, todos los cabildos habian conferido la calidad de vicarios capitulares á los obispos nombrados, lo cual les permitia gobernar sus nuevas diócesis al menos como administradores. De esta suerte administraba la de Paris el cardenal Maury, nombrado para esta mitra arzobispal en reemplazo del cardenal Fesch, y no instituido todavía; solo que tenia que sufrir muchas contrariedades de su cabildo, y cuando, segun dejamos expuesto, queria llevar en ciertas ceremonias religiosas delante de sí la cruz, como signo esencial de la dignidad episcopal, no mas que algunos canónigos dóciles quedaban á su lado, y los demas, y Mr. de Astros á la cabeza, se escapaban con afectacion ofensiva.

A cada inconveniencia del clero hacia Napoleon oír el rugido del león, pero no se irritaba por largo tiempo, contando con arreglar todos los asuntos

eclesiásticos á la vez y dentro de un término breve. Sin embargo, relaciones llegadas de Florencia, de Turin, de Paris, le revelaron una trama urdida en la sombra por sacerdotes y devotos fervientes, á fin de hacer imposible el método provisional de administrar las iglesias. Secretamente habia escrito el papa á varios cabildos para comprometerles á no reconocer como vicarios capitulares á los preladados nombrados y no instituidos. Fundábase en ciertas reglas canónicas harto mal interpretadas, y sostenia que este método de administracion era contrario á los derechos de la Iglesia romana, porque conferia á los nuevos preladados la posesion anticipada de sus sillas. Al cabildo de Paris habia dirigido una prohibicion formal de reconocer al cardenal Maury como vicario capitular, y al mismo cardenal una amarguisima carta, en que le convenia por su ingratitud hácia la Santa Sede, que le habia acogido en su destierro, dotado con muchos beneficios, y especialmente con el obispado de Montefiascone (como si este cardenal no hubiera hecho por la Iglesia tanto cuando menos como la Iglesia por él), y le intimaba, bajo pena de desobediencia, que renunciara á la administracion de la diócesis de Paris. Por un extraño descuido, esta doble misiva fué dirigida al cabildo y al cardenal por la via del ministerio de Cultos, con otros muchos despachos relativos á asuntos de poca monta que de vez en cuando solia expedir el papa. Habiendo abierto el ministro estos pliegos sorprendióse de su contenido, nada quiso decir al cardenal por temor de afligirle y lo remitió al emperador todo, siendo facil de concebir su extremada irritacion al ver los esfuerzos del papa detenido,

para hacer que se desvaneciera en sus manos el unico medio de administrar las diócesis vacantes. Recomendó el secreto, y dispuso que se practicasen pesquisas para asegurarse de si existian otras remisiones de cartas del papa. Al mismo tiempo le llegaban de Toscana y del Piamonte informes exactamente semejantes. Mr. d'Osmond, nombrado arzobispo de Florencia y en camino á la sazón para dirigirse á su nueva diócesis, se encontró en Plasencia con una diputacion del cabildo de Florencia, encargada de declararle que habia ya vicario capitular en ejercicio, que no era posible elegir otro y que sobre esto se habian recibido órdenes apremiantes de Savona, estando resuelto no desobedecerlas. Este desgraciado arzobispo, tan prudente como tímido, se detuvo en Plasencia, luchando con las perplejidades mas crueles. La princesa Elisa, hermana de Napoleon, que gobernaba su ducado con una hábil mezcla de suavidad y energía, fué informada de esta trama, llamó á su presencia al principal agitador del cabildo, y ademas á cierto abogado que servia de medio de comunicacion con el papa, hizo que se le entregara la correspondencia de este y enviolo todo á Napoleon antes de adoptar ninguna providencia severa. En el Piamonte Mr. Dejean, nombrado para la mitra de Asti, fué recibido de igual modo, y aun con menos miramiento, pues sin previo aviso se le negó toda autoridad sobre su nueva diócesis, significándole que ninguna situacion podian concederle, ni aun la de administrador provisional. A imitacion de su cuñada, el príncipe Borghese, gobernador del Piamonte, despachó á París los documentos de este singular y osado conflicto.

Viendo Napoleon la simultaneidad de accidentes semejantes en puntos no poco distantes unos de otros, descubrió de seguida un sistema de resistencia harto bien combinado, y cuyo resultado debia ser obligarle á tratar inmediatamente con el papa ó suscitar un verdadero cisma. Su ira estalló al cabo. Casi al mismo tiempo, en los dias 29, 30 y 31 de diciembre de 1810, supo los sucesos que acaban de ser referidos. Su empeño fué atajar donde quiera la propagacion de las cartas del papa, y para conseguirlo se propuso infundir terror á los portadores de estas cartas, á los que las habian recibido y á los que todavia fueran depositarios de ellas. Al dia siguiente, 1.º de enero de 1811, debia recibir los homenajes del gran cuerpo del Estado, y especialmente del cabildo y el clero de París. No pronun- ciaba discursos de aparato en tales solemnidades, sino que solia hablar familiarmente á unos y á otros, segun el humor del dia, recompensando á estos por algunas atenciones lisongeras, castigando á aquellos con palabras en que el poder del talento se juntaba al poder del trono, para agobiar á los infelices que habian caído en su desagrado. Su sagacidad prodigiosa, penetrante como su mirada, parecia profundizar hasta el seno del alma. A la cabeza del cabildo de París se hallaba el abate de Astros, eclesiástico apasionado é imprudente, acerrimo parcial de todas las ideas del clero hostil al Imperio. Sabiendo Napoleon con quien se las habia, abordó instantaneamente los puntos mas arduos de la disputa religiosa, y de modo de provocar de parte de su interlocutor alguna imprudencia que sirviera para iluminarle. Salió á maravilla, y despues de haber hecho decir al abate de

Astros cuanto necesitaba y de tratarle con aspereza, llamó acto continuo al duque de Rovigo que estaba en palacio y le dijo: O mucho me engaño, ó este abate tiene las misivas del papa. Detenedle antes que salga de las Tullerías, interrogadle, disponed que se registren sus papeles al mismo tiempo, y de seguro se descubrirá en ellos todo lo que hace falta saber.

Para que el escándalo fuera menor, el duque de Rovigo suplicó al cardenal Maury que llevara al ministerio de Policía al abate de Astros, y al par dispuso que se registrara la casa. Como el duque de Rovigo había adquirido ya la dextreza necesaria para ejercer sus nuevas funciones, al interrogar al abate de Astros fingió saber lo que ignoraba, y así obtuvo noticia de todo lo que había pasado. Confesó el abate de Astros que había recibido los dos breves del papa, uno para el cabildo y otro para el cardenal, afirmando, sin embargo, que aun no los había propagado, y muy imprudentemente vino en haber hablado de ellos a su pariente Mr. Portalis, hijo del antiguo ministro de Cultos y miembro del consejo de Estado imperial. Inmediatamente los dos agentes enviados á casa del abate de Astros hallaron las dos cartas pontificias y otros muchos papeles que revelaron por completo la trama tras de cuyo descubrimiento se iba. Se supo que existía en París un pequeño consejo de sacerdotes franceses y romanos en frecuente comunicacion con el papa, concertando con élla conducta que se debía observar en cada circunstancia y correspondiéndose por medio de personas de confianza de París á Lion y de Lion á Savona. Cuando todo fué así descubierto, Napoleon que

deseaba imponer miedo, empezó por elegir la primera víctima y esta fué Mr. Portalis. Hijo del principal autor del concordato, sumiso á la Iglesia, bien que no menos sumiso al emperador, había creído conciliar los diversos deberes de su posición diciendo á Mr. Pasquier, prefecto de policía y amigo suyo, que circulaba un breve del papa muy de sentir y muy capaz de sembrar la discordia entre la Iglesia y el Estado y que se haría muy bien en recogerlo (1) pero se limitó á este aviso, y no designó á su pariente el abate de Astros, porque sus deberes de consejero de Estado no le obligaban de ninguna manera á ser denunciador de su propia familia.

Hallándose reunido el consejo de Estado el 4 de enero y asistiendo Mr. de Portalis á la sesion, empezó Napoleon por referir lo que acababa de pasar entre el papa y ciertos cabildos, expuso las tentativas descubiertas y encaminadas, en su concepto, á arrastrar á los súbditos á la desobediencia respecto de su soberano: despues afectando extremado dolor añadió que su mayor pena en tal circunstancia era hallar entre los delinquentes un hombre á quien había colmado de mercedes, el hijo de un antiguo ministro á quien había amado mucho, un miembro de su propio consejo allí presente, Mr. Portalis. De seguida y dirigiéndose á él brusca-

(1) Refiero estos pormenores con sujecion á los documentos, esto es, á las cartas de Napoleon, del ministro de Policía, del prefecto del propio ramo, de la princesa Elisa, del príncipe Borghese y del ministro de Cultos. Estoy, pues, muy seguro de cuanto digo: y no está demas advertir que la explosion de la cólera de Napoleon, de que fué víctima Mr. de Portalis, tuvo lugar, no con motivo de bula de excomunion, como se ha escrito otras veces, sino del breve al cabildo de París.

mente le preguntó á quema ropa, si habia conocido el breve del papa, si habiendolo conocido habia guardado secreto, si esto no era un verdadero desman, una traicion y una negra ingratitud á la vez, é interrogando asi á Mr. Portalis cosa tras cosa, no daba lugar á que le respondiera. Hemos visto las demasias de la muchedumbre, á la sazón corria el tiempo de las demasias del poder. Mr. Portalis, magistrado eminente, cuya energia no se hallaba por desgracia al nivel de sus altas luces, hubiera podido levantar la cabeza y responder á su señor de modo que le pusiera en aprieto; mas solo supo balbucear algunas palabras entrecortadas, y olvidando Napoleon lo que debia á un miembro de su consejo, al consejo mismo y á sí propio, le dirigió este apóstrofe fulminante. —Id fuera, id fuera, y no volvais aqui mas. —Tremulo se levantó el consejero de Estado tratado con tanta violencia, cruzó llorando el salon del consejo y se retiró casi anonadado entre sus colegas estupefactos.

Aunque en todos tiempos la malignidad humana experimenta una secreta satisfaccion ante el espectáculo de las desgracias ruidosas, no fué este el sentimiento que se despertó entonces. La compasion y el decoro herido dominaron al consejo de Estado, que se dió por ofendido de tal escena, y lo manifestó, no con murmullos, sino con una actitud glacial. No hay poder, por inmenso que impere, á quien sea dado ajar impunemente la dignidad de hombres reunidos. Bajo el imperio del miedo puede callar su boca, pero su rostro habla á pesar de ellos. Reconociendo Napoleon en la sola actitud de las presentes que habia estado inoportuno y cruel, experimentó indecible embarazo, y va-

namente trató de salir de él afectando un exceso de dolor casi ridiculo, diciendo lo mucho que le dolia verse obligado á tratar de tal modo al hijo de un hombre á quien habia amado; que el poder imponia penosas obligaciones; que de todos modos era menester cumplirlas por mucho que costara, y mil vaciedades de igual especie, que no conmovieron á nadie. Se le dejó que se agitara en este vacío, y se retiraron todos sin hablar palabra. Despues de Mr. Portalis el emperador fué el mas castigado.

A este arranque quiso añadir Napoleon providencias mas eficaces, á fin de intimidar á la parte hostil del clero y de precaver las consecuencias de las intrigas que acababan de ser descubiertas. Hizo prender á Mr. de Astros, detener ó alejar de París á varios eclesiásticos de los pertenecientes al conciliábulo de que se habia adquirido noticia: ordenó á su cuñado el principe Borghese y á su hermana Elisa que mandaran prender á los canónigos reputados por agitadores de los cabildos de Asti y Florencia, enviarlos á Fenestrelle, declarar á los citados cabildos que, si no se sometian al instante y no conferian inmediatamente á los nuevos preladados la calidad de vicarios capitulares, serian suprimidas las sillas, con las sillas los canonicatos, y los canónigos recalcitrantes encerrados en prisiones de Estado. Al cabildo de París le fué declarado lo propio.

Estas violencias fueron seguidas de otras disposiciones de indole todavia mas triste, porque llevaban el sello de una cólera mezquina. Napoleon hizo separar al papa de todos los que le habian rodeado hasta entonces, excepto uno ó dos domésticos de quienes estuviera seguro, no de-

jándole mas que un solo secretario; dispuso que se aprovechara la ocasion en que se hallara de paseo para quitarle todo medio de escribir, despojarle de sus papeles y enviarlos á Paris con objeto de que fueran examinados: á quince ó veinte mil francos anuales redujo los gastos, que hasta entonces siempre habian sido de príncipe, y encargó que se notificara al papa como le estaba expresamente prohibido escribir y recibir cartas. Un oficial de la gendarmeria fué enviado para vigilarle de dia y de noche y observar sus menores movimientos. El prefecto Mr. de Chabrol estaba encargado de asustar al papa no solo por su persona, sino por cuantos se hallaran comprometidos en las intrigas que se descubrieran en lo sucesivo. Debía decirle que por su conducta se colocaba en el caso de ser sometido á juicio y aun depuesto por un concilio y que exponia á sus cómplices á castigos aun mas severos.

Por fortuna la ejecucion de estas providencias iracundas estaba confiada á un hombre lleno de tacto y de cordura. Mr. de Chabrol habló al papa, no como ministro amenazante de un poder irritado, sino como ministro afligido que no se servia de la fuerza con que estaba armado mas que para dar á su augusto cautivo algunos consejos de sensatez y de prudencia. Sin embargo, no pudo ahorrar al papa la desazon de desviar á sus lados, de despojarle de sus papeles y de otras muchas precauciones tan humillantes como pueriles. Turbado el papa de pronto mas de lo que convenia (y lo referimos con sentimiento, porque es uno celoso de la dignidad del tal víctima), se repuso en breve, oyó con dulzura á Mr. de Chabrol, dijo que si se le hubieran pedido sus papeles los hubiera entrega-

do, sin que se necesitara recurrir á una supercheria como la de quitárselos mientras se hallaba de paseo, prometió no cartearse con nadie, no por él, sino por los que pudieran ser victimas de su adhesion á la Iglesia, y añadió, que ya viejo y abrumado por las vicisitudes se hallaba al fin de su carrera y burlaria pronto á sus perseguidores, no dejándoles entre las manos un papa, sino un cadáver inanimado.

Mr. de Chabrol le consoló al par que le hizo oír palabras de cordura útiles y necesarias, y con lo que escribió á Paris contribuyó á que se dulcificaran las providencias dadas antes. Materialmente no se hizo alteracion en los gastos del papa.

Por lo que hace á los cabildos de Asti y Florencia, se sometieron con innoble prisa. Los canónigos recalcitrantes, excepto uno ó dos puestos en las prisiones de Estado, cayeron de rodillas ante el poder temporal, se excusaron, gimieron, y sin la objecion mas leve confirieron á Mr. de Osmond para la diócesis de Florencia, á Mr. Dejean para la diócesis de Asti, casi todos los poderes, no solo de un administrador, sino de un prelado instituido. En Paris la prontitud de la sumision fue todavia mas notable. Todo se achacó á la imprudencia de Mr. de Astros, especie de fanático, se decia, por quien la diócesis estuvo á pique de perderse. No quedó al cardenal Maury mas sentimiento que el de obedecer á tal poder y el de mandar á tales subordinados. Con igual docilidad se sometieron las diócesis de Metz, de Aix y otras, donde se habia suscitado el propio conflicto. ¡No era este el tiempo del genio y del martirio para la Iglesia! ¡Solo su gefe, Pio VII, á pesar de algunos

momentos de debilidad inseparables de la naturaleza humana, á pesar de algunos arrebatos inseparables de su estado de sufrimiento, se mostraba aun digno de los hermosos siglos de la Iglesia romana!

Aunque se tranquilizó Napoleon, viéndose obedido tan pronto, resolvió poner término á tales resistencias, que le importunaban sin espantarle, y que le espantaban harto poco, pues eran mas graves de lo que creía. Fijóse pues en una idea que ya le habia ocurrido varias veces, la de un concilio, en que se lisongeaba ser el amo, y del cual esperaba servirse, ya para inducir al papa á que cediera, ya para prescindir de él, substituyendo á la autoridad del jefe de la Iglesia, la autoridad superior de la Iglesia reunida. Formada tenia ya una comision eclesiástica compuesta de muchos preladados y sacerdotes, y entre otros de Mr. de Emery, respetado superior de la congregacion de San Sulpicio. Convocóla de nuevo, modificándola algun tanto, lo cual hacia indispensable el reciente fallecimiento de Mr. de Emery, y sometió á su examen todas las cuestiones que originaba el proyecto de un concilio. ¿Seria general ó provincial? ¿Se compondria de todos los obispos de la cristiandad ó solo de los obispos del Imperio, del reino de Italia y de la Confederacion germanica, lo cual equivalia á la cristiandad casi entera? ¿Qué cuestiones habria que someterle, qué resoluciones pedirle, qué formas se habrian de observar en este siglo XIX tan distinto de los siglos en que los últimos concilios se habian congregado? Vivamente insistió Napoleon en que se acelerara el examen de estas diversas cuestiones, proponiéndose reu-

nir el concilio á principios del mes de junio el mismo dia del bautizo del rey de Roma.

Mientras llegaba este tiempo no apartaba Napoleon sus ojos de los asuntos del Norte y se ocupaba con igual actividad en la diplomacia y en los aprestos militares.

Relativamente á diplomacia acababa de hacer una eleccion que no debia tener influencia venturosa sobre su destino, que era la de Mr. Maret, duque de Basano, para el ministerio de Negocios extranjeros. Ya, segun se ha visto, se habia separado de los dos únicos personajes á quienes se pudiera á la sazón dividir por entre la aureola de gloria que le rodeaba, Mr. Fouché y de Talleyrand. Como hemos contado tambien, habia remplazado á Mr. Fouché con el duque de Rovigo, y nada mejor podia hacer una vez cometida la falta de desprenderse de Mr. Fouché. A Mr. de Talleyrand dió por sucesor á Mr. de Champagny, duque de Cadore, varon prudente y templado que nada ponía ni quitaba á la voluntad imperiosa de Napoleon, bien que la moderacion de su caracter sirviera para amortiguarla algun tanto. Sobre cada objeto escribia el duque de Cadore excelentes memorias, pero hablaba poco, y hablando poco no inducia á hablar á los diplomáticos extranjeros. Frecuentemente se quejaba Napoleon al principe Cambaceres de que su ministro de Negocios extranjeros carecia de conversacion, y acabó por ceder á los deseos de su secretario de Estado Mr. de Basano, quien suspiraba por el papel de ministro de Negocios extranjeros y representante del grande Imperio ante la Europa. Determinóse Napoleon á esta eleccion cabalmente por abril de 1811, época en que el estado

de Europa se complicaba y en que semejante nombramiento podia tener los mayores inconvenientes.

Ya hemos hablado de Mr. de Basano; pero el gran papel, que hizo con posterioridad, exige que hablemos todavía mas de su persona. Este ministro tenia exactamente todo lo que faltaba á Mr. de Cadore: tan modesto y hasta tímido como era este, dejaba aquel de serlo. Hombre de bien, como ya hemos dicho, muy adicto á Napoleon, si bien con aquella adhesion fatal á los príncipes á quienes se profesa, pulido, con gusto y talento para hacer figura, hablando bien, oyéndose hablar, vano hasta el exceso del brillo que de su señor tomaba, parecia como cortado para abultar los defectos de Napoleon, si cupiera en lo posible dar bulto á sus malas ó buenas cualidades. Cuando la voluntad imperiosa de Napoleon pasaba por la boca vacilante de Mr. de Cadore perdía algo de su violencia; cuando pasaba por la boca lenta y burlona de Mr. de Talleyrand perdía algo de su formalidad. A esta manera de transmitir sus órdenes daba Napoleon el nombre de torpeza respecto del primero y de traicion respecto del segundo ¡dichosa traicion que no revelaba mas que sus pasiones en provecho de sus intereses! Nada parecido habia que temer en Mr. de Basano, y seguro estaba el emperador de que ninguna de las manifestaciones de su voluntad ruda seria templada por la prudente reserva de su ministro. Iba el mas orgulloso de los soberanos á tener por agente al menos modesto de los ministros, y cabalmente á la hora en que, exasperada la Europa, hubiera necesitado de mas contemplaciones. Conviene añadir para excusa de Mr. de Basano, que miraba á Napoleon, no solo como

al mas gran capitán, sino como al mas sábio político, y que no hallaba casi nada que alterar en sus miras, buena fé que le hacia inocentemente el ministro mas peligroso.

Era el 17 de abril cuando Napoleon llamó al archicanciller Cambaceres, á quien solo consultaba de tarde en tarde, salvo en materia de legislacion, para escucharle casi siempre, salvo en materia de religion para no escucharle casi nunca, salvo en materia de personas para predisponerle á sus bruscos antojos. Le expuso lo que le parecia en Mr. de Cadore digno de censura, aun estimándole y amándole mucho, y su resolucion de reemplazarle con Mr. de Basano. Algunas palabras dijo el príncipe de Cambaceres en favor de Mr. de Cadore, callóse respecto de Mr. de Basano, silencio muy bastante para Napoleon que lo adivinaba todo, aunque no hacia caso de nada, y tomó la pluma para redactar el decreto. Napoleon lo firmó y acto continuo encargó al príncipe Cambaceres que fuera con Mr. de Basano á pedir á Mr. de Cadore la cartera de Negocios extrangeros. Con efecto, el príncipe Cambaceres fue en compañía de Mr. de Basano á casa de Mr. de Cadore, le sorprendió por extremo con su mensaje, porque este hombre excelente no habia adivinado en qué desagradaba á su señor, y solo halló en él una resignacion tranquila y silenciosa. Mr. de Cadore entregó á Mr. de Basano su cartera con pena disimulada, aunque visible, y Mr. de Basano recibióla con el ciego alborozo de la ambicion satisfecha, ignorando el primero cuan cruel carga se quitaba de encima, y el segundo en qué catástrofes tan espantosas iba á tomar parte ¡Feliz y terrible arcano del destino, en medio

del cual andamos como en el seno de una nube! Habiendo descubierto el príncipe Cambaceres la pena de Mr. de Cadore dió á Napoleon cuenta de ella, y éste pesaroso siempre que afligia á alguno de sus antiguos servidores, indemnizó al ministro destituido magníficamente y le nombró intendente general de la corona.

Mas felizmente inspirado estuvo Napoleon al elegir su nuevo embajador para San Petersburgo. Segun dejamos ya referido, nombró por sucesor del duque de Vicencio á Mr. de Lauriston, uno de sus ayudantes de campo, á quien ya habia empleado provechosamente en varias misiones delicadas, para las cuales se requerian tacto, reserva, talento de observacion, conocimientos administrativos y militares. Hombre sencillo y sensato era Mr. de Lauriston, amante de no desagradar á su soberano, pero queriendo mas de todas maneras desagradarle que engañarle. Ningun embajador era mas idóneo que él para conseguir que se avinieran los dos emperadores de Francia y de Rusia, si era posible la avenencia, contemplando al primero é inspirándole confianza, y persuadiendo al segundo de que la guerra no era inevitable y de que de su voluntad dependia todo. Seguramente habia pocas probabilidades de salir airoso en esta mision, y mas segun el estado á que eran llegadas las cosas, pero tambien se podia tener como positivo que por causa de Mr. de Lauriston no empeoraria nada.

Despues de apresurar Napoleon tanto sus armamentos al saber que habían sido llamadas las divisiones rusas de Turquía, conoció que no era ya tiempo de disimularlos, y previno que Mr. de Caulaincourt al tiempo de su partida y Mr. Lauris-

ton al tiempo de su llegada, no ocultaran cosa alguna, y antes bien confesaran de plano todos los preparativos que habia hecho, y que hicieran alarde de ellos con fruicion, para intimidar á Alejandro ya que no se podia adormecerle. Pero igualmente habia autorizado á uno y á otro para declarar formalmente que no deseaba la guerra por la guerra; que si la preparaba era únicamente por creer que se disponia en su contra, porque estaba convencido de que, terminados los asuntos de Turquía se armaria Rusia á Inglaterra, aunque no fuera mas que para restablecer con ella su comercio, y gozar asi á lo egoista de las ventajas que habria debido á la alianza francesa; que ya lo habia hecho á medias recibiendo en sus puertos á los americanos; que, segun su modo de ver, lo de recibir á los defraudadores era casi ponerse en guerra; que si era posible que se deseara por una miseria como la de Oldemburgo, no habia mas que pedir una compensacion, que daria por grande que fuera, pero que se necesitaba hablar francamente, no reservar nada de lo que hubiera en el corazon, á fin de deponer ó de empuñar las armas de seguida, y de no consumirse en inútiles preparativos. Todas estas cosas habia dicho al príncipe Kourakin y á Mr. Czernicheff con cierta mezcla de donaire, de altanería, de hombría de bien, que sabia emplear muy oportunamente, y habia estimulado á Mr. de Czernicheff para que fuera á repetirlo á San Petersburgo. Sin embargo, como no se queria explicar tan categóricamente sino cuando estuvieran bastante adelantados sus armamentos, habia recomendado á Mr. de Lauriston, al hacerle emprender por abril el viage, que no llegara á San Petersburgo hasta en-

trado mayo, momento en que podian ser conocidos sus mas significativos aprestos. Ni él mismo habló á Mrs. de Kourakin y de Czernicheff, sino poco antes de esta época tan á las claras.

Pero el esmero de Napoleon por establecer una habil gradacion en su lenguaje era supérfluo de todo punto, porque Alejandro estaba informado dia por dia y con rara exactitud de cuanto se hacia en Francia. Algunos polacos adictos á Rusia, muchos alemanes que nos aborrecian por extremo, la mayor parte de los arruinados habitantes de Danzick, de Lubeck, de Hamburgo, le habian avisado á porfia de todos los movimientos de nuestras tropas. Ultimamente un miserable empleado del ministerio de la Guerra, ganado á precio de oro por Mr. de Czernicheff, habia participado la fuerza efectiva de todos los cuerpos. Asi, á cada esfuerzo de Mr. de Caulaincourt para negar ó atenuar por lo menos los hechos, cuya noticia llegaba cotidianamente á San Petersburgo. Alejandro le respondia: — «No lo negueis, porque estoy cierto de lo que afirmo. Evidentemente se os oculta todo, porque no inspirais confianza. Inútil es todo el trabajo que me tomo para ilustraros sobre el asunto, y que me tomo de buena voluntad porque os estimo y amo. El emperador Napoleon no os cree, porque le decis la verdad; supone que os he ganado, y que sois mio y no suyo; lo propio sucederá con Mr. de Lauriston, que tambien es un hombre honrado, que no podrá menos de repetir las mismas cosas, y vuestro soberano dirá asi mismo que Mr. de Lauriston está ganado.»

Mr. de Caulaincourt, del cual efectivamente decia Napoleon todo esto, y sobre quien habia obra-

do la gracia seductora del emperador Alejandro, bien que no hasta el punto de hacerle escribir otra cosa que la verdad, habiendo á su vez respondido y manifestado á su augusto interlocutor que positivamente se armaba en Francia, pero solo porque se armaba en Rusia, habiéndole hablado de las obras que se ejecutaban junto al Dwina y al Dnieper, del movimiento de las tropas de Finlandia, del de las de Turquía, y viéndose descubierto Alejandro, habia desplegado la mas cabal franqueza, y lo podia hacer sin el mas mínimo inconveniente, porque era la verdad que no habia tomado las primeras precauciones sino á consecuencia de los numerosos avisos llegados de Polonia y de Alemania, y porque ademas no venia mal que se supiera que estaba preparado á batirse resueltamente. — «Suponeis que armo, dijo á Mr. de Caulaincourt, y estoy lejés de negarlo: armo efectivamente, estoy preparado del todo, y me hallareis dispuesto á defenderme con energia. ¿Y qué pensariais de mi si procediera de otro modo, si fuera tan simple, tan olvidizo de mis deberes que dejara expuesto mi pais á una voluntad tan pronta, tan exigente, tan formidable como la de vuestro soberano? Pero no he armado sino cuando por noticias seguras, infalibles, cuyo origen se entiene que no tengo necesidad de revelaros, he sabido que se ponía Danzick en estado de defensa, que se aumentaba la guarnicion de esta plaza, que las tropas del mariscal Davout se engrosaban y se reconcentraban, que los polacos y los sajones tenian ordenes de estar preparados, que se acababa á Modlin, se reparaba á Thorn y se abastecian finalmente todas las plazas. Recibidas estas noticias, ved aquí lo que he he-

cho...»—Llevando entonces de la mano á Mr. de Caulaincourt á un apartado gabinete, donde tenia extendidos sus mapas, añadió Alejandro lo que sigue.—«He mandado que se hagan trabajos defensivos no hácia delante sino muy detrás de mis fronteras junto al Dwina y al Dnieper, en Riga, Dunaburgo y Bovruisk, es decir, á una distancia del Niemen casi igual á la que separa á Estrasburgo de París. Si vuestro soberano fortificara su capital ¿podria yo quejarme de ello? Y cuando lleva sus preparativos tan adelante de sus fronteras ¿se me podra acusar de provocacion por que yo arme tan detrás de las mias? No he sacado divisiones enteras de Finlandia, sino que he devuelto á las de Lituania los regimientos que de ellas habia tomado para la guerra contra los suecos, he enviado al ejército los batallones de guarnicion y he cambiado la organizacion de mis depósitos. Aumento mi guardia, de lo cual no me hablais y yo os doy cuenta, y procuro hacerla digna de la guardia de Napoleon. Finalmente, he llamado á cinco de mis divisiones de Turquía, sobre lo cual disto mucho de querer hacer misterio, y antes bien hago asunto de queja contra vosotros, como que me estorbais así recoger el fruto convenido de nuestra alianza, fruto bien módico á la verdad en comparacion de vuestras conquistas: en suma, no quiero que se me coja desprevenido. No tengo tan buenos generales como los vuestros, y sobre todo yo no soy general, ni administrador como Napoleon; pero tengo buenos soldados, tengo una nacion muy adicta, y antes moriremos todos con la espada en la mano que permitir que se nos trate como á los holandeses ó los hamburgueses. Sin embargo, os declaro por mi

honor que no seré yo quien dispare el primer cañonazo. Os dejaré pasar el Niemen antes de pasarlo yo mismo. Creedme, no os engaño; no quiero la guerra: aunque mi nacion está ofendida del porte de vuestro emperador conmigo y alarmada por vuestras usurpaciones, por vuestros proyectos sobre Polonia, no quiere tampoco la guerra, porque conoce sus peligros; pero no retrocederá si se ve atacada.»

Habiendo replicado Mr. de Caulaincourt al czar que fuera de la guerra habia cosas capaces de igualar en gravedad á las mismas hostilidades; que el proyecto de aproximarse á Inglaterra despues de la conquista de las provincias danubianas, de restablecer el comercio ruso con ella, se consideraria por Napoleon como no menos peligroso que los cañonazos, se apresuró Alejandro á explicar este punto como los otros y dijo. «No pienso en aproximarme á Inglaterra despues del arreglo de las cosas de Turquía. Acabada esta guerra, incorporadas á mis dominios la Finlandia, la Moldavia, la Valaquia, tendré por consumada la tarea militar y politica de mi reinado. No quiero correr nuevos azares, quiero gozar en paz de lo que haya adquirido, quiero ocuparme en civilizar á mi imperio mejor que dedicarme á ensancharlo. Ahora bien, para aproximarme á Inglaterra tendria que alejarme de Francia, y que correr el riesgo de una guerra con ella, que miro como la mas peligrosa de todas. ¿Y para qué bueno? ¿Para servir á Inglaterra, para apovar sus teorías marítimas que no son las mias? Esto fuera una insensatez por mi parte. Terminada la guerra de Turquía, quiero permanecer en reposo, compensado de lo que ha-

yais adquirido con lo que yo adquiera, compensado muy mezquinamente, al decir de los adversarios de la política de Tilsit, pero lo bastante á mis ojos. Permaneceré fiel á esta política, continuaré hostil á Inglaterra, le tendré cerrados mis puertos, aunque en la medida que ya he dado á conocer y la cual no puedo alterar de ningun modo. Ya os he dicho y repito que no me es posible privar á mis súbditos de todo comercio, ni prohibirles que trafiquen con los americanos. Asi entran algunas mercancías inglesas en Rusia, pero tantas introducís vosotros en vuestros pais cuando menos, de resultas de vuestras licencias, y mas aun por vuestra tarifa que las admite mediante el pago del 50 por 100. No puedo ponerme mas trabas que las que os poneis vosotros: persistiendo en una alianza, que no os cuidais de popularizar en Rusia, necesito no hacerla intolerable á mis pueblos con un género de abnegacion de que ni vosotros dais ejemplo, y que tampoco es necesario para reducir á Inglaterra al último apuro, como se hallará reducida muy pronto, si vosotros mismos no la creais aliados en el continente. Forzoso es pues atenerse á estos términos, porque os declaró terminantemente que, aun cuando la guerra se hallara á mis puertas, no iré mas allá respecto de medidas comerciales. Sobre los demas puntos que nos dividen he tomado tambien mi partido. Muy bulliciosos y discoloros son los polacos, y sin recato anuncian la próxima reconstitucion de Polonia, pero cuento con la palabra del emperador sobre este asunto, aunque se haya negado al convenio que le he pedido. Relativamente á lo de Oldemburgo necesito algo que no sea irrisorio, no por mi familia, pues sobrado rico soy

para indemnizarla, sino por el decoro de mi corona; y sobre esto me remito tambien á lo que Napoleon determine. Os he dicho y repito que, aunque agraviado y comprometido de resultas de lo pasado en Oldemburgo, por este motivo no haré la guerra.»

Habiendo insistido Mr. de Caulaincourt para que el emperador Alejandro señalara la indemnizacion que pudiera convenirle, rehusó de nuevo explicarse. ¿Donde quereis, le dijo, que busque la indemnizacion? ¿En Polonia? Entonces diria Napoleon que le pido parte del ducado de Varsovia, y que por lo de Polonia hago la guerra. Aunque me ofreciera todo el ducado, lo rehusaria. ¿Pediré la indemnizacion en Alemania? Entonces iria á decir á los príncipes alemanes que trato de despojarles. De ninguna manera puedo tomar en esto la iniciativa, pero me fio en vuestro soberano. Salvense las apariencias, y quedaré satisfecho, y completaré con dinero la indemnizacion, si no fuese bastante.

A medida que la partida de Mr. de Caulaincourt se acercaba, habia procurado Alejandro tratar á este embajador con mas afecto, y fino como era, manifestó evidentemente sus verdaderos propósitos en las expresiones que con él tuvo. Mucho distaba de gustarle la grandeza de Napoleon, pero se resignaba á ella no obstante en cambio de la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia. Por aproximarse á Inglaterra, no queria arriesgar una lucha con Francia, cuya sola idea le hacia estremecerse, pero tampoco queria sacrificar los restos de su comercio, y solo por este motivo era capaz de arrostrar una ruptura. Su nacion, y por su nacion entendemos especialmente la nobleza y la alta clase del ejército, adivinándole sin que se explicara, apro-

bando esta vez lo que hacia del todo, no queriendo tampoco la guerra, sino en el caso en que no podia ser rehusada y bajo las mismas condiciones que el soberano, no hacia alarde de jactancia ni de animadversion alguna, y decia como su emperador en voz alta y con cierta modestia mezclada de noble energía, que sabia que la guerra con Francia tenia mucho de grave, pero que si se llegaba hasta el punto de violentarla en su independencia, se defenderia y sabia morir con las armas en la mano. Ya en todas las clases de la nacion se habia divulgado una idea, que, á imitacion de los ingleses en Portugal, se retirarian á las profundidades de Rusia, lo destruirian todo al retirarse, para que perecieran los franceses de miseria, ya que no bajo las armas rusas. Por lo demas nada habia de provocacion ni en la actitud, ni en el lenguaje, y tanto Mr. de Caulaincourt como los franceses que le rodeaban eran acogidos en todas partes con doble cortesía.

Habiéndose sabido en San Petersburgo, antes de que Mr. de Lauriston llegara, la noticia del nacimiento del rey de Roma, envió Alejandro á todos los magnates de su córte á cumplimentar al embajador de Francia, y se portó en esta coyuntura con tanta cordialidad como franqueza. Mr. de Caulaincourt deseaba terminar su brillante y utilísima embajada (y es justo calificarla así, pues habia contribuido á retardar la ruptura entre ambos imperios) con una fiesta magnífica en celebridad del nacimiento del rey de Roma. Naturalmente anhelaba que asistiera á ella el emperador Alejandro, y este, adivinando su deseo, le dijo estas terminantes palabras. Mirad, no me convideis, pues me

veré obligado á no admitir el convite, no siéndome posible ir á bailar á vuestra casa, mientras doscientos mil franceses se encaminan á mis fronteras. Me fingiré enfermo, para proporcionaros un motivo de no convidarme; pero os enviaré toda mi córte, hasta mi familia, porque quiero que vuestra fiesta sea brillante, tal como debe serlo por el suceso que celebráis y por vos que la dais. Vuestro sucesor está para llegar, y quizá traiga algo que nos tranquilice: entonces, si llegásemos á entendernos, prodigaré á vuestro soberano y á vos los testimonios de amistad mas significativos.

Con efecto sucedió en aquella gran fiesta lo anunciado por el emperador Alejandro y se salvaron todas las conveniencias. Mr. de Lauriston, aguardado impacientemente, llegó por fin el 9 de mayo de 1811 á San Petersburgo. Inmediatamente le presentó Mr. de Caulaincourt al emperador Alejandro, que le recibió con perfecta gracia y confianza lisongeras sabiendo que, bajo el aspecto de las disposiciones amistosas y verídicas, no perdía nada en el cambio. Despues de dedicar algunos dias á recepciones oficiales esplendorosas, tanto en presencia de Mr. de Caulaincourt como mano á mano, puso Alejandro á Mr. de Lauriston, por decirlo así, en tortura, para obtener algun esclarecimiento satisfactorio sobre los proyectos de Napoleón; pero nada supo que Mr. de Caulaincourt no le hubiera ya dicho y que Mr. de Czernicheff, recién llegado de París, no le hubiera llevado. Napoleón no deseaba una ruptura, pero se armaba porque habia sabido la llegada á Lithuania de las divisiones de Finlandia y Turquía, que se removía tierra junto al Dwina y el Dnieper, por que se le

anunciaba de todas partes la guerra, porque temia que se le declarara tan luego como se arreglaran las cosas de Turquía, porque los americanos eran admitidos en los puertos de Rusia, etc.... A estas réplicas no podía Alejandro oponer mas que otras réplicas para repetir que armaba sin duda, pero solo por responder á los armamentos de Napoleon; que de ningun modo pensaba en mover una nueva guerra despues del arreglo de los asuntos de Turquía; que no tomara las armas, si no se empuñaban en su contra; que empeñaba su palabra de hombre y de soberano de que no procedería de otro modo; que admitía á los americanos porque no podía prescindir de este residuo de comercio, y que comprometido en Tilsit, no á los decretos de Berlin ó Milan, que no le eran conocidos, sino al derecho de los neutrales, era fiel, mas fiel que Francia á este derecho, con admitir á los neutrales; que en suma estaba pronto á desarmar con tal de que se conviniera en que fuera reciproco el desarme.

Despues de estas repeticiones, que hizo oír á Mr. de Lauriston como á Mr. de Caulaincourt una vez y otra, recibió á este en audiencia de despedida, le estrechó en sus brazos, le suplicó que hiciera conocer á Napoleon la verdad toda, rogó á Mr. de Lauriston, que se hallaba presente, que la repitiera por su parte, añadiendo con tristeza estas características palabras. «Pero no sereis mas creído que Mr. de Caulaincourt.... Se dirá que os he ganado, que os he seducido, y que, caído en mis redes, os habeis hecho mas ruso que francés....»

Mr. de Caulaincourt partió para París, y á los pocos dias de estar Mr. de Lauriston en San Peters-

burgo escribió al ministerio francés que en su calidad de hombre honrado no podia menos de decir la verdad á su soberano; que estaba resuelto á decirle, y que así declaraba que el emperador Alejandro, preparado hasta cierto punto, no queria sin embargo la guerra, y en ningun caso tomara la iniciativa, y tan solo la haria si se la llevaban á su territorio, que respecto de lo de Oldemburgo aceptaria lo que se le diera, hasta Erfurt, aun cuando la indemnizacion fuera irrisoria, si bien seria bueno hallar algo mejor para satisfacer el amor propio ruso profundamente vulnerado; que en cuanto á la cuestion comercial se conseguiria mas rigor en el exámen de los papeles de los neutrales, á pesar de que ya se les trataba con cierta severidad, pues en el discurso de un año se habian apresado ciento cincuenta buques ingleses; pero que Rusia nunca llegaria hasta prescindir enteramente de los neutrales. Yo (añadia Mr. de Lauriston) no puedo ver ni decir mas que lo que veo. Tales como las expongo son las cosas, y de no darse por contentos con las concesiones que son posibles, habrá guerra, la habrá porque se haya querido, y será grave segun lo que he observado aquí y durante mi viage. Mr de Czernicheff fué enviado nuevamente á París para repetir en otros términos, si bien con las propias afirmaciones, exactamente las mismas cosas, y tambien para proseguir cerca del ministerio de la Guerra un genero de corrupcion, del cual solo él tenia el secreto en la legacion rusa, y al cual daba gran valor su gobierno, porque así obtenia los mas preciosos informes sobre los preparativos militares de Francia.

Cuando llegaron á París estas nuevas explica-

ciones de resultas del regreso de Mrs. de Czernicheff y de Caulaincourt y de las cartas de Mr. de Lauriston, dedujo Napoleon, no que la paz era posible, si él quería, sino que la guerra no estallaría antes de un año, porque evidentemente los rusos no tomarían la iniciativa, puesto que no la habían ya tomado a pesar de todo lo hecho para provocarles, y evidentemente asimismo tenían por terminar muchos aprestos y querían concluir la guerra de Turquía antes de emprender otra alguna; y como Napoleon había formado el propósito de no acometer esta nueva campaña del Norte sino con inmensos recursos, no le disgustó contar un año de plazo, ora para preparar sus tropas, ora para completar su material, que, según hemos dicho, constituía la principal dificultad de su próxima empresa. ¿Porqué su gran conocimiento de la situación no fué mas lejos? ¿Porqué no vió que le era posible, no solo diferir la ruptura, sino evitarla? Por la razón que hemos alegado anteriormente. Tantas veces había experimentado que al primer resfriamiento seguía inevitablemente la guerra: tantas veces había visto a sus enemigos encubiertos prontos á aliarse tan luego como osaba arrancarse la máscara un enemigo declarado: tan á las claras veía en Rusia al contrario vencido, pero no anonadado, en torno del cual se agruparían los resentimientos de la Europa, que tuvo por cierto que tarde ó temprano se hallaría en conflicto con ella, y descubriendo seguidamente en la guerra probable la guerra declarada, hasta el punto de que su propia prevision se le convertía en un lazo; leyendo profundamente en el corazón de los demás sin mirar siquiera al suyo; no parando la conside-

ración en que en el rápido encadenamiento de la frialdad á la clara ruptura entraba como causa principal su carácter flogoso; no viendo que de él dependía romper este círculo fatal, solo con que por un instante se mostrara moderado, paciente, tolerante respecto de los demás; no haciendo ninguna de estas saludables reflexiones; no teniendo á su lado á nadie para obligarle á hacerlas; no recibiendo ningún dictámen útil ni de sus ministros ni de los cuerpos del Estado, especies de fantasmas destinados á representar á la nación, sin atreverse á exponer á las claras sus mas crueles sufrimientos, entregado enteramente á sí propio, resolvió segunda vez, puede decirse que en mayo de 1811, la guerra con Rusia, abrazando no obstante el partido de diferirla. Prontamente resuelto siempre, adoptó desde fines de mayo sus disposiciones en consecuencia, y dió sus órdenes militares, sus instrucciones diplomáticas con la certidumbre absoluta de que la guerra de Rusia no tendría lugar hasta 1812, si bien entonces estallaría infaliblemente.

No ocultando nada al mariscal Davout, escribióle al punto que ya apremiaban menos los sucesos (1), aunque no renunciaba á ninguno de sus preparativos, solo que siempre que ofreciera ventaja de economía ó de buena ejecución el concluir una cosa en quince días, en vez de acabarla en ocho, convenía atenerse á los quince; que su designio era tener pronto el ejército del Norte

(1) Refiero estos hechos teniendo á la vista las cartas de Napoleon al mariscal Davout, al ministro de la Guerra, al rey de Sajonia y al principe Poniatowski.

para el comienzo de 1812, pero en proporciones de mucho mas bulto que las fijadas al principio. Ya no se trataba de trescientos mil hombres, sino de reunir doscientos mil á las órdenes del mariscal Davout junto al Vistula; de tener Napoleon otros doscientos mil junto al Oder bajo su mando; de tener una reserva de otros doscientos mil junto al Elba y el Rhin, una fuerza igual poco mas ó menos en lo interior para seguridad del Imperio, y de enviar tropas á España en vez de retirarlas de su territorio. Napoleon dispuso que no marcharan ya los cuartos y sextos batallones del mariscal Davout, resolviendo que se formaran en el depósito para que estuvieran mejor organizados, y hasta concibió la creacion de séptimos batallones para tener seis en estado de servicio: no llevó adelante la formacion decretada en momentos de urgencia de batallones selectos con las tropas estacionadas en Holanda é Italia, y hasta quiso que se creáran cuartos y sextos batallones en estos regimientos. Sin restringir la compra de caballos, y antes bien aumentándola, previno que se hiciera mas lentamente para hacerla mejor, y emprendió la organizacion de sus inmensos carros en mas vastas proporciones y con arreglo á un nuevo modelo, que describiremos mas adelante. Por último aprovechó el tiempo que le quedaba para componer de otro modo y mas en grande el ejército polaco, y envió caudales á Varsovia, para tener las plazas de Modlin, Thorn, Torgau, completamente acabadas y armadas al año siguiente. En suma, lejos de disminuir sus preparativos, les dió á la par mas lentitud y mas extension para que fueran mas perfectos y vastos.

Con sujecion á iguales designios fué dirigida la diplomacia. Tanteóse al Austria, obteniendo de ella respuestas propias á inspirar confianza por poca propension que hubiera á forjarse ilusiones. Desde la guerra de 1809 dirigia Mr. de Metteraich el gabinete de Viena. Su politica declarada era la paz con Francia: teniendo ambicion de que su pais sacara de ella algun resultado brillante, hubiera querido hacer salir de esta paz una alianza, y de la alianza la restitution de la Iliria que, á causa de Trieste y del Adriático, era lo que mas cuidado daba entonces al Austria. Por esto se habia allí acogido con anhelo el matrimonio de Napoleon con Maria Luisa. Pero esta politica hallaba contradictores en Viena. No creyéndose la corte mas encadenada que de costumbre á la voluntad del ministerio, obedeciendo como siempre á sus pasiones, recibia á los rusos y en general á los descontentos, cualesquiera que fuesen, muy favorablemente, usaba el lenguaje menos comedido respecto de Francia, y creyendo descubrir nuevas tempestades en las nubes que se iban condensando hácia el Norte, anhelaba muy de veras que estallaran al cabo, porque en las cortes, ni mas ni menos que en las calles, los descontentos, tienen la costumbre de desear las tempestades. Con una expansion, que no le era habitual, habia acogido la corte de Viena á los escritores, Mr. Schlegel, Goethe, Wieland y otros más, habian sido atraidos y recibidos en Viena con mucho brillo. Entonces habia una manera indirecta, y muy legitima sin duda, de decir que Alemania debia alzarse muy pronto contra Francia, y era celebrar, exaltar lo que se llamaba genio germánico, proclamar su superioridad sobre el genio de los de-

mas pueblos, añadir naturalmente que no era propio para vivir humillado, vencido y entre cadenas, y anunciar que despertaria fulminante y antes de mucho. Quemando no poco incienso delante de los escritores ilustres, que acaban de ser nombrados, no queria significar otra cosa la sociedad de Viena; y esta aristocracia, mas elegante que ilustrada, adulaba á los hombres de talento á fuerza de aborrecer á Francia. Cansada la nacion austriaca de guerra, desconfiando de las imprudencias de su aristocracia, queriendo con abinco ser vengada de los franceses, pero esperándolo poco, imitaba á su cuerdo y malicioso soberano, que, no pronunciándose entre los cortesanos y los ministros, dejaba hablar á los cortesanos, que hablaban segun su corazon, y obrar á los ministros, que obraban segun su prudencia. No se dudaba en Viena que tardaria poco en estallar la guerra entre Francia y Rusia y que seria menester optar por la una ó la otra; pero ya se habia abrazado por el gobierno el partido, si no podia permanecer neutral, de declararse por el mas fuerte, es decir por Napoleon. Asi se haria pagar esta opcion con la restitution de la Iliria, no se obraria en esto mas que como habia obrado Rusia en 1809 contra Austria; y se imitaria completamente su conducta siendo aliada de Francia, pero aliada poco activa, y se trataria, como por Rusia, de obtener algo al celebrarse la paz sin haberlo ganado durante la guerra. Estas miras sutiles del ministro director eran las del emperador mismo, que habiendo sido abandonado mas de una vez por sus aliados, se creia con derecho para salir del naufragio de la vieja Europa como pudiera, lo cual no le impedia querer á su

hija la emperatriz de los franceses y dirigir votos al cielo para que fuera venturosa. Pero como soberano ante todo de un estado vencido, mermado, aspiraba á restanrarle con el auxilio de la política, ya que no le habia salido bien la guerra contra su terrible yerno.

Asi el emperador dejaba á la corte proceder á su gusto, aunque sin tomar parte en ninguna de sus manifestaciones, escribia las cartas mas cariñosas á su hija, se congratulaba de saber que estaba contenta de su suerte, estimulaba á su ministro á tratar lenta y prudentemente con Francia, consentia desde luego en ayudar á esta en Turquía, porque se trataba allí de impedir á los rusos hacerse dueños de las provincias del Danubio, y permitia que se le hiciera esperar la alianza austriaca en el caso de nuevas complicaciones europeas, bien que á condicion de sólidas ventajas. Pero, aun entrando respecto de este punto en las intenciones de su yerno, queria que no se cesara de aconsejarle la paz, pues fuerza es reconocer en su alabanza que, habiendo visto este emperador prudente los muchos males que en el actual siglo traia la guerra, preferia la paz quedándose tal como estaba á la guerra que le pudiera restituir algo de lo perdido.

Por lo demas, Mr. de Metternich entraba en esta política profundamente, pero la accion empeña mas de lo que se quiere, y así quizá se inclinaba algo mas que el emperador á nosotros, porque obligado todos los dias á tener en su mano la nuestra, no era fácil tenerla á medias. No os inquiete, decia á Mr. de Otto, lo que se propala en la corte. Tales como las veis son las mugeres, necesitan hablar y hablan segun la moda del dia; dejémoslas

que hablen y obremos nosotros.—Y seguidamente explicaba lo que entendia por obrar con acierto. Este ministro, uno de los mas eminentes que han dirigido la politica austriaca, dado al lujo y á los placeres del mundo, con grande aficion á hablar, á disertar y enseñar, ocultando bajo formas dogmáticas una sagacidad profunda, blasonando de sincero, siéndolo á menudo, poseyendo entre muchas relevantes prendas la de no conceder á las pasiones que le rodeaban mas que satisfacciones en palabras, pero no dejándose llevar realmente sino por el interés de su pais entendido en extensa escala, espíritu superior en suma llamado á ejercer durante cuarenta años una influencia inmensa sobre Europa, decia á Mr. Otto con una singular mezcla de abandono, de cordialidad y de confianza en sí mismo.—Dejadme obrar y todo saldrá á maravilla. Vuestro soberano quiere ir demasiado á prisa en todo. En Constantinopla no haceis mas que cometer faltas, creyendo que los turcos son bestias á quienes se maneja á palos: estas bestias han llegado á ser tan sutiles como vosotros; ya ven las especulaciones de que son objeto por parte de todo el mundo, y de la vuestra especialmente: saben que los entregasteis á los rusos en 1807, que ahora deseais atraéroslos y serviros de ellos contra los rusos; es menester que os convenzais de que os detestan y de que cuanto les decis les suena en sentido contrario de vuestros deseos. Hacedos atras, sed reservados en Constantinopla, y nosotros arrancaremos de manos de los rusos la rica presa que tuvisteis la imprudencia de abandonarles. Fiaos de mí, y los turcos no cederán la Moldavia ni la Valaquia. Pero, por favor, mostraos lo menos posible. Todo conse-

jo vuestro es sospechoso en Constantinopla.—Estas amonestaciones tan prudentes como profundas revelaban un estado de cosas muy verdadero por desgracia. Cuando se llegaba á hablar de las probabilidades de guerra con Rusia, Mr. de Metternich aconsejaba la paz muy de plano, diciendo que, grande como era Napoleon, podia ser que le hiciera traicion la fortuna, pues se la habia hecho á muchos grandes hombres; que sin duda estaban en su favor todas las eventualidades; que sin embargo, convenia mejor no ponerse en juego de continuo; que si por dicha pensaba Napoleon del mismo modo nada deseaba mas que entremeterse, servir de mediador cerca de Rusia, y que probablemente saldría airoso; que Austria estaba obligada á mirar muy despacio lo que hacia, hallándose causada por extremo, necesitando de reposo, y que para arrastrarla á servir á Francia en una guerra que contrariaba las inclinaciones de la nacion austriaca, se requeria un galardón correspondiente á tal esfuerzo y capaz de cerrar la boca á todos los descreídos en la politica de entonces.

Estas palabras y otras intercaladas con las mas altas teorías indicaban claramente que al precio de una provincia se tendria un ejército austriaco, al modo que por la Finlandia se tuvo antes un ejército ruso. Pero Mr. Otto en Viena y Mr. de Basano en Paris tenian órdenes de envolverse en tantas nubes como Mr. de Metternich siempre que se trataba de Iliria y de Polonia, y de decir que la guerra era comunmente fecunda en consecuencias, que el botín no se podia repartir de antemano, pero que con Napoleon los aliados que le eran útiles nunca habian perdido su trabajo.

En Prusia no era la política tan calculada, sino triste y desanimada. Mr. de Hardenberg, reputado siempre por enemigo de Francia, había solicitado y obtenido de Napoleón la autorización para ser el primer ministro de Prusia. Le había pedido el rey que le dejara escoger este ministro, diciendo que era hombre de talento, el único de quien se podría valer útilmente en las actuales circunstancias, que con su auxilio se podrían realizar las reformas indispensables y pagar á Francia lo que se le debía. No considerando Napoleón como enemigo á un personaje que se hacia recomendar de este modo, y muy sensible sobre todo á la esperanza de ser pagado por la Prusia, consintió en dejar subir á Mr. de Hardenberg al ministerio, y este en efecto había ejecutado algunas útiles reformas, adoptado algunas providencias dictadas por el espíritu liberal, como igualar las contribuciones, abrir el camino de los grados á todos los oficiales del ejército, lo cual había ofuscado á unos, encantado á otros, satisfecho á la mayoría, y fué presentado por Mr. de Hardenberg á Napoleón como una imitación francesa, al partido germánico como una de aquellas reformas que debían adherir las masas al gobierno del rey y proporcionar algun día los medios rentísticos y militares de emancipar la Alemania. Mr. de Hardenberg y los ministros prusianos habían imaginado para el ejército un arbitrio, convertido despues en sistema permanente de Prusia, y consistía en tener muchos soldados, teniendo al parecer pocos. Se debe recordar que un artículo secreto del tratado de Tilsit prohibía que Prusia tuviera mas de cuarenta y dos mil hombres bajo banderas. Para eludir este artículo se eligió

lo mas selecto del ejército prusiano y se formaron cuadros; despues se hicieron pasar á estos cuadros los mas hombres que fué posible, instruyéndoles lo mas pronto y lo mejor que fué dado, y dándoles de seguida licencia para ir á sus campos, y llamando á otros con quienes se hacia lo propio. Así se contaba con tener en caso de necesidad ciento cincuenta mil hombres en vez de los cuarenta y dos mil permitidos por los tratados. En el depósito del regimiento se guardaban las armas y el equipo de los soldados licenciados temporalmente á sus campos, y se esperaba que por virtud del odio inspirado á la nacion prusiana á consecuencia de sus infortunios, estos soldados, retenidos apenas un año bajo banderas, se portarian cuando la ocasion lo requiriera como las tropas mas aguerridas. Lo por venir debía justificar esta esperanza. Efectivamente los corazones rebosaban en Prusia de odio inaudito contra Francia. Toda la juventud de las clases elevadas, toda la de las clases medias, nobles y hombres del estado llano, sacerdotes y filósofos, se juntaban en sociedades secretas que tomaban diversos nombres, *Liga de la virtud*, *Liga germánica*, sociedades en las cuales se prometía no amar mas que á Alemania, no vivir mas que para ella, olvidar toda diferencia de clase ó de provincia, no admitir que hubiera nobles y no nobles, sajones, bávaros, prusianos, wurtembergeses, westfalianos, rechazar todas estas distinciones, no reconocer mas que alemanes, no hablar mas que la lengua de Alemania, no usar telas mas que de sus fábricas, no consumir mas que productos salidos de su seno, no amar, no cultivar, no favorecer mas que el arte alemán, dedicar en fin todas sus facultades solo á Alemania.

Así el patriotismo exaltado de Alemania se sumía en la sombra y en el misterio, satisfaciendo en esto á la par una necesidad de la situación y una inclinación del génio germánico.

Colocados sobre este volcan el rey y Mr. de Hardenberg eran víctimas de perplejidades crueles. Por escrúpulo el monarca, al modo que el emperador de Austria por prudencia, propendia á no romper con Napoleon, pues estaba comprometido con él por las promesas de fidelidad mas solemnes, con la esperanza de salvar los restos de su monarquía. Mr. de Hardenberg en una situación harto semejante á la de Mr. de Metternich, buscaba por qué lado podría sacar para su país mayores ventajas. Mirándole el partido exaltado alemán de mal ojo por su aparente cambio de conducta y por algunos rigores obligados contra las asociaciones secretas, se hallaba no obstante dispuesto á perdonarle, á condición de que fuera instrumento de una perfidia patriótica del todo y de la cual nadie hacía en Berlín caso de conciencia. Esta perfidia consistía en tomar pretexto de la situación amenazante de Europa, para armarse y armarse muy activamente; en hablar á Napoleon de alianza con el fin de que tolerara estos armamentos; en ofrecer, en prometer y hasta en firmar esta alianza, si era necesario; y llegado el momento, en meterse en la vieja Prusia con cincuenta mil hombres y en juntarse á los rusos para abrumar á los franceses, mientras que la Alemania toda se levantara á sus espaldas. Sin examinar la legitimidad de política semejante, y admitiendo que al que aspira á la emancipación de su país le es lícito mucho, habría harto que decir en contra desde el punto de vista

de la prudencia. Efectivamente Prusia podía perder en este formidable juego los vestigios de su existencia. Temíanlo el rey, Mr. de Hardenberg y algunos espíritus sensatos, y llamaban locura á tal conducta. Procurando atraerlos á sus miras, los hombres ardientes del partido germánico divulgaban mil rumores alarmantes y procuraban inculcar la idea de que Napoleon intentaba apoderarse del rey y aun de la monarquía, cavando sobre Berlín de repente; lo cual era falso de todo punto, aunque se podía realizar sin embargo, si Prusia cometía alguna imprudencia, pues, recibiendo Napoleon noticias tales, estaba en guardia y había ordenado al mariscal Davout que se trasladara á Berlín al primer peligro.

Perseguidos así el rey y Mr. de Hardenberg por los mas siniestros fantasmas, adoptaron en parte el plan que se les aconsejaba, menos la perfidia, que repugnaba tanto á la rectitud del rey como á su prudencia. Resuelto habían armarse, y se armaron realmente por medio del arbitrio ya explicado, y bien que se hubieran atendido á la fuerza efectiva de cuarenta y dos mil hombres, les era dado reunir de ciento á ciento veinte mil en poco tiempo. Pero si podían engañar sobre el verdadero número de las tropas disponibles, no había manera de que ocultaran ciertos preparativos, como por ejemplo, los que se hacían en las plazas dejadas á Prusia. Napoleon poseía las fortalezas mas importantes del Oder, Glogau, Custring, Stetin, y además las dos plazas de mayor monta del Vistula, Thorn y Danzick, pero aun tenía en su poder el rey Federico Guillermo á Breslau, Neisse, Schweidnitz en la alta Silesia; Spandau hacia la confluencia del

Sprée y el Havel, Graudentz junto al Vistula, Colberg en el litoral de la Pomerania, Pillau junto al Frische-Haff, sin contar Koenigsberg, capital de la vieja Prusia, y habia desplegado grande actividad en la habilitacion de estas plazas, sobre todo en las de Colberg y Graudentz. Se empleaban mas particularmente con la denominacion de jornaleros los veteranos, cuya conservacion era importante, y asi se tenian bajo mano mas de los cuarenta y dos mil hombres permitidos por los tratados. Cuando el rey y Mr. de Hardenberg no pudieran disimular estos armamentos, su intencion era declararlos, explicar el motivo de hacerlos, que era el plan atribuido á Napoleon de comenzar la guerra contra Rusia por la supresion de los vestigios de la monarquía prusiana, hablar como gentes desesperadas, y colocar á Francia en la alternativa de admitir su alianza sincera al precio de una garantia solemne de su existencia y de diversas restituciones territoriales, ó tenerles por enemigos encarnizados, luchando hasta el último hombre por defender su independencia. A la verdad esta era la política menos aventurada, aun cuando tenia tambien sus peligros; y por lo que hace á la propuesta de alianza, se explica de parte del rey y de Mr. de Hardenberg por la opinion generalizada á la sazón en Europa de que aspirar á combatir á Napoleon era un delirio. Con tal manera de pensar, aun detestando á Napoleon como opresor de Alemania, creian mas prudente el rey y su ministro aliarse á él, rehacer, ayudándole, la situacion de Prusia, rehacerla á costa de quien quiera que fuese mas bien que exponerse á la destruccion definitiva.

A tal punto habian llegado las cosas que era

menester hablar claro, pues ya era imposible disimular por una parte y otra. Efectivamente, avisado Napoleon de todos puntos, habia prevenido al mariscal Davout que estuviera alerta y se preparara á dirigir la division de Friant hácia el Oder, con el fin de cortar al rey de Prusia y á su ejército sobre el Vistula, con el fin de coparle al primer acto hostil y juntamente á la mayor parte de sus tropas, y habia mandado tambien á este mariscal que tuviera prontos tres pequeños parques de sitio para apoderarse en algunos dias de Spandau, Graudentz, Colberg y Breslau. Expedidas estas órdenes, encargó mucho á Mr. de Saint Marsan, embajador de Francia, que tuviera una explicacion perentoria con el gabinete de Berlin, y le pidiera bajo forma de ultimatum el desarme inmediato y completo, y que se retirara, si este ultimatum no era aceptado, y entregara al brazo del mariscal Davout la monarquía del gran Federico. Estos pormenores bastan para demostrar cuanta gravedad tomaban los sucesos por todas partes.

Pasado habian y se preparaban otros no menos trascendentales á las inmediaciones de Prusia, esto es, en Suecia y en Dinamarca. Dinamarca, sujeta como todo el litoral europeo á las leyes del bloqueo continental, era fiel á ellas hasta donde se podia esperar de un estado aliado al defender la causa agena, pues aunque Dinamarca mirara la causa de los neutrales como propia, en el punto á que habian llegado las cosas la causa de los neutrales habia desaparecido por desgracia bajo otra, la ambicion de Napoleon. Compuesta Dinamarca de islas, teniendo parte de su fortuna en otras islas situadas allende el Océano, no podia vivir mas que

del mar, y aunque del mar se trataba en la cuestion suscitada, le parecia duro estar completamente privada de él ahora por tenerle libre algun dia. Pero la probidad característica del gobierno y del pais, el recuerdo del desastre de Copenhague, el odio contra los ingleses, el valor del principe reinante, su misma dureza, todo concurría á hacer de Dinamarca la aliada mas fiel de Francia en el asunto del bloqueo continental. Pero, aun cuando el espíritu general fuese en tal sentido, la infidelidad de algunos individuos, los sufrimientos de otros, daban margen á que se violara á veces. Altona sobre todo, situada á algunos pasos de Hamburgo, servia aun para comunicarse con Inglaterra. Convertidos los negociantes de Hamburgo en franceses a pesar suyo, y sujetos por tanto á las rigurosas leyes del bloqueo, expuestos á la severa inflexibilidad del mariscal Davout, temiendo que fuera á registrar sus libros de comercio (como acontecia en ocasiones) para inquirir si mantenian relaciones con Inglaterra, solo habian conservado en Hamburgo la residencia de sus familias, y tenian en Altona sus escritorios, sus libros y los registros de sus correspondencias. En Altona pasaban el dia para atender á sus negocios, y de noche tornaban á Hamburgo para vivir con sus familias. Sobre todo, se servian para sus correspondencias del correo de Altona, no osando fiarse del de Hamburgo, y aunque el rey de Dinamarca auxiliase á Napoleon francamente, no habia podido avenirse á que se introdujera en Dinamarca la policia francesa con sus ingeniosas persecuciones. Vanamente repetía el mariscal Davout las reclamaciones sobre esta materia, pues el celo del rey de Dinamarca no podia igualar al suyo,

aunque no distaba de semejarse el caracter de este rey al del mariscal ilustre. Por medio de los corsarios y del contrabando, á que la configuracion del pais tanto ayuda, se habia atestado el Holstein de géneros coloniales, y obrando Napoleon respecto de este territorio como respecto de Holanda, habia tratado de vaciar tal depósito, concediendo á los géneros coloniales dos meses de plazo para entrar en el imperio, mediante el pago de 50 por 100. Salióle bien la combinacion esta, recaudando de resultas hasta 30.000,000, con lo que el Holstein quedó vaciado y no sirvió de almacen á los productos coloniales ingleses, y por esta parte suprimiósese casi del todo el contrabando. Además Dinamarca nos habia proporcionado mas de tres mil excelentes hombres de mar para la escuadra de Amberes. No se podia pedir mas á este bravo pueblo para la causa maritima, hallándose complicada de resultas de la política conquistadora de Napoleon con intereses tan extraños.

Bueno es añadir que á su fidelidad contribuía una causa, el miedo á Suecia, y bajo este aspecto hallaba el galardón de su conducta en la fidelidad de Napoleon respecto de ella. Habiendo perdido Suecia la Finlandia, mas por la extravagancia de su rey que por la insuficiencia de las armas, abrigaba la culpable idea de resarcirse á costa del mas debil que ella, es decir, quitando la Noruega á Dinamarca. Inflexible se mostró Napoleon sobre este punto. Pero para comprender esta nueva complicacion europea, hay que explicar una nueva revolucion sobrevenida pocos meses antes en Suecia, país que, despues de Francia, era á la sazón el mas fecundo en revoluciones.

Anteriormente se ha visto cómo fatigado el pueblo sueco de las locuras de Gustavo IV, que le habían hecho perder la Finlandia, se había desembarazado por medio de una revolución militar de este monarca insensato. Era el tercer príncipe tocado de enagenación mental en aquel tiempo. Cada país había atendido a tenor de sus instituciones á esta incapacidad de la autoridad suprema. En Rusia había sido asesinado Pablo I; en Inglaterra se había colocado respetuosamente á Jorge III bajo una tutela de familia; en Suecia un cuerpo de ejército sublevado quitó á Gustavo IV la espada y el cetro. Desde entonces Gustavo IV andaba errante como maniaco por Europa, expuesto á la compasión de todos los países y obteniendo en todas partes los respetos debidos al infortunio, mientras su tío, el duque de Sudermania, ascendido á rey sin haberlo solicitado, reinaba en Estokolmo tan prudentemente como lo consentían las dificultades del tiempo. A petición suya concedió Napoleón la paz á Suecia bajo condición de que se declararía inmediatamente hostil á Inglaterra, cerraría al comercio británico sus puertos y adoptaría todos los reglamentos del bloqueo continental. Así, para tener paz con Rusia y con Francia, se veía obligada Suecia á abandonar la Finlandia á la primera y á sacrificar su comercio á la segunda. A este precio había recuperado la Pomerania sueca, la cual estimaba por una vieja preocupación nacional que le hacía ver en esta provincia su apeadero para el continente, como si un nuevo Gustavo Adolfo ó un nuevo Carlos XII hubieran debido bajar allí para vencer á Wallenstein ó á Pedro el Grande. A este precio había restablecido además sus relaciones

mercantiles con el continente. ¿Pero de qué servía recuperarlas, si adquiriendo la facultad de introducir mercancías de toda clase en la Europa continental, perdía la facultad de recibirlas, de resultas de las hostilidades con Inglaterra? Tras del inconveniente de ser bloqueada por tierra venía el de ser bloqueada por mar: no había hecho, pues, el enfermo más que volverse en su lecho de dolor del otro lado: verdad es que había mudado de sitio, especie de alivio momentáneo que engaña á la dolencia y hace pasar el tiempo al que padece.

Suecia había salido del apuro como los débiles tienen de costumbre, engañando. No hizo á Inglaterra más que una declaración ficticia de hostilidades: cerró sus puertos, pero dejando expedito el principal de todos, el mejor situado, el de Gothenburgo. Este puerto, situado en el Cattegat, frente por frente de las playas de la Gran Bretaña, á la entrada de un golfo profundo, ofrecía imponderables comodidades para el extraño sistema de contrabando imaginado en aquellos días. A este golfo de Gothenburgo y á las islas con que está sembrado se había retirado el contrabando inglés desde que abandonó la isla de Heligoland ante el amago de una expedición preparada por el mariscal Davout. La escuadra de guerra británica, á las órdenes del almirante Saumarez, estacionaba en la isla de Anholt ó en las diversas ensenadas del golfo de Gothenburgo. Al abrigo del pabellón británico centenares de buques de comercio descargaban sin ningún disimulo en la costa de Suecia sus mercancías de todas clases, azúcares, cafés, algodones, manufacturas de Birmingham y de Manchester. Depositadas allí estas mercancías se trocaban sucesiva-

mente por productos del Norte, tales como maderas, hierros, cáñamos, granos pertenecientes á Rusia, Suecia, Prusia, Alemania, y á veces por sedas de Italia en rama, y seguidamente se trasladaban al Báltico en buques, que se decian neutrales, y particularmente bajo el pabellon americano. Pequeñas divisiones inglesas, compuestas de fragatas y de navios de setenta y cuatro, escoltaban los buques dedicados á este comercio, los llevaban por entre las Beltz, á fin de evitar el paso del Sund, los libertaban de corsarios franceses, daneses, holandeses, y los convoyaban hasta las cercanías de Stralsund, de Riga, de Revel, de Cronstadt. Una señal convenida, que consistia en colocar una grimpola en el tope del palo mayor de estos buques, los hacia reconocer, como la voz de orden en una plaza de guerra, y los distinguia de cuantos hubieran querido deslizarse por medio de los convoyes. Bajo este aspecto, Napoleon tenia razon para decir que los neutrales, aun los que legitimamente llevaban el pabellon de los Estados-Unidos, eran cómplices de los ingleses. Pero el principal desemboque de este comercio sobre el continente era el puerto de Stralsund, en la Pomerania suca. Introducidos en este puerto como mercancías suecas los productos ingleses tenian libre acceso á Alemania despues de la paz de Francia con Suecia. Un fuerte consignatario del pais habia despachado hasta mil carros de estas mercancías.

Asi eludian los suecos las condiciones de su paz con Francia. A tal punto de esmero habian llevado este tráfico que hasta establecieron en torno de Gothenburgo un cordon de caballeria, que bajo pretexto de epidemia impedia acercarse á todos, y

que se vieran miles de fardos de contrabando extendidos debajo de tiendas, asi como gran número de oficiales ingleses que iban á comer viveres frescos y á consolarse en tierra del fastidio de sus largos cruceros. Diversos agentes, enviados por el mariscal Davout, lograron romper el cordon, que no preservaba de otra epidemia que la del contrabando, y oyeron hablar los idiomas ruso y aleman, pero sobre todo el inglés en aquel vasto establecimiento improvisado por el genio del comercio clandestino.

Tales hechos, ignorados un instante, no se podian ocultar á Napoleon por largo tiempo. Además, una complicacion reciente acababa de añadir nuevas singularidades á situacion tan extraña. El duque de Sudermania, tio de Gustavo IV, no tenia hijos; lo mas sencillo fuera adoptar por heredero al hijo del rey destronado. Pero los cortesanos del bando del principe destituido, y algunos de sus gefes sobre todo, habian tenido el arte de hacerle odioso á Suecia. Contábanse entre los principales el conde de Fersen, nombre que habia ya figurado en nuestra revolucion, la condesa de Piper, y en fin la reina esposa del principe reinante, que hacia alarde de pasiones poco propias de su nueva categoria. No habia idea mala, ni plan siniestro que no se imputara á este partido, y visto el odio que inspiraba, se habia hecho imposible restablecer la sucesion en la familia de los Wasas, tomando por futuro rey al hijo del rey destronado, niño inocente de las locuras de su padre. En tal apuro, el nuevo rey Carlos XIII adoptó á un principe danés, duque de Augustenburgo y cuñado del rey de Dinamarca. Tambien la corona de Dinamarca estaba

amenazada de no tener herederos, porque su rey no tenia sucesion directa. Muchas personas sensatas de Suecia, viendo en Estokolmo y en Copenhague dos tronos próximos á quedar vacantes, viendo la decadencia progresiva de su patria, amenazada á la parte de tierra por Rusia y á la del mar por Inglaterra, pensaban que para restaurarla era necesario volver á la famosa union de los tres reinos escandinavos, que pudo dejar en lo pasado tristes recuerdos, bien que para lo por venir no habia otro modo de asegurar la independenciam y la grandeza de estos tres reinos. Ademas pensaban que la reunion de las tres coronas y la alianza de Francia, harto distante para abrigar ningun mal designio contra Suecia y muy interesada en su independenciam continental y marítima, constituian la verdadera política sueca. Ciertamente esta política era la verdadera, la que debian desear los suecos, la que debia desear á los suecos toda la Europa. Por desgracia, aun cuando cierto instinto nacional ayudase á las gentes ilustradas que la habian abrazado, entre los miembros del estado llano, que formaban el bando liberal, la union de Calmar traia fatales recuerdos á la memoria, y la idea que se formaban del príncipe reinante en Dinamarca, severo y duro, ocupado enteramente en pormenores militares, no era adecuada á atraerlos á tales miras. Inclinandose del todo el duque de Sudermania, ascendido á rey de Suecia, á esta política tan prudente como profunda, se habia aproximado bordeando, por decirlo así, á ella. No atreviéndose efectivamente á adoptar por heredero al rey de Dinamarca, adoptó al cuñado de éste, llamado á subir mas tarde al mismo trono.

Nada tenia el duque de Augustenburgo, destinado así á ceñirse algun dia las tres coronas, propio á seducir las voluntades, mas si todo lo necesario para conseguir que se le estimara. Era frió, aplicado á los negocios y atendia mucho á lo concerniente á las tropas. No habiendo tenido aun tiempo bastante para conquistarse las inclinaciones del pueblo sueco, indeciso respecto de su persona, falleció de resultas de un accidente imprevisto y extraordinario. Se hallaba á caballo pasando una revista, y se le vió caer de repente y quedar sin ningun movimiento. Se le socorrió sin perder instante, mas habia pasado ya de esta vida. Nada anunciaba un atentado, y probóse que solo una causa natural produjo tal desgracia; pero el pueblo sueco, prendándose de pronto de viva simpatía hácia este príncipe tan tempranamente arrebatado, se persuadió de que un crimen interesado le habia robado á su amor naciente. Con la violencia comun de las pasiones populares se buscaron y designaron los criminales, bien inocentes á la verdad de este delito; eran, segun decia el vulgo, el conde de Fersen, la condesa de Piper, la reina y todo el partido de la antigua corte. En su contra se profirieron atroces amenazas, que por desdicha no quedaron sin efecto. Algunos dias despues presidiendo el conde de Fersen, por virtud de su cargo en la corte, el duelo del príncipe finado, suscitó con su presencia una tempestad horrorosa. Acometido y envuelto por la plebe, fué arrastrado por las calles y degollado.

Toda la Suecia se estremeció al saber este popular desafuero y conoció mas el peligro de la situacion de entonces. A medida que se agravaban

los sucesos, las personas ilustradas y Carlos XIII á su cabeza, se inclinaban mejor á la union de los tres reinos y estaban tentados por dar un paso mas en el sentido de esta política, ora adoptando al príncipe Cristian, primo del rey de Dinamarca y destinado á sucederle, ora yendo al objeto mas en derecho y adoptando al mismo rey de Dinamarca. Ir hasta el rey de Dinamarca era muy atrevido, á causa primeramente de su reputacion de aspereza, y á causa ademas del orgullo de Suecia, porque esta nacion hubiera querido imponer su rey á Dinamarca ó á la Noruega é incorporárselas, por decirlo asi, pero no entregarse á Dinamarca, entregándose á su soberano, añeja y perenne dificultad de esta union, pues cada uno de los tres Estados consiente en absorber á los otros dos, pero no en unirse fraternamente todos. Escoger al príncipe Cristian, llamado mas tarde á ocupar el trono de Dinamarca, parecia una política mas prudente y encaminada asimismo al fin deseado. Cabia hasta mantenerse á alguna mas distancia del objeto, adoptando al duque de Augustenburgo, hermano del príncipe finado, y menos cercano que el príncipe Cristian al trono; pero, en medio de este conflicto de ideas y de sentimientos, algunos espiritus cuyo número se aumentaba de dia en dia, tornaron sus miras á otro lado. Muchos suecos, propendiendo á Francia por afeccion á las ideas de su revolucion famosa, por entusiasmo militar y también por aquel antiguo instinto que habia hecho que Francia y Suecia se inclinaran una á otra, imaginaron que seria bien dirigirse al que levantaba y derruía tronos en Europa, á Napoleón. Se experimentaba respecto de él en Suecia algo semejante

á lo que se sentia en España antes de la revolucion de Bayona, es decir, una mezcla inaudita de admiracion, de vehemente simpatia, de confianza por su genio militar y civilizador. Todo agradaba en él, excepto su bloqueo continental, pero hasta se lisonjeaban de eludirlo ó de que serian dispensados de su observancia. Dirigirse al emperador de los franceses para obtener uno de sus deudos ó de sus capitanes, era un pensamiento aun mas popular que el de reunir los tres reinos escandinavos en uno solo, y que se acomodaba especialmente al genio belicoso de los suecos.

Inclinado el príncipe reinante al sistema de la union de las tres coronas, bien que conociendo profundamente la necesidad de apoyarse en Francia, habia despachado cerca de Napoleón á una persona de su confianza con una carta, en que le decia que su tendencia era trabajar por la union de las tres coronas; que esta era la mejor política á sus ojos; que sin embargo, nada queria hacer sin consultar al árbitro de Europa, al poderoso emperador de los franceses; que si este arbitro aprobaba tal manera de ver las cosas, adoptaria su sucesor en la familia de los príncipes de Dinamarca, aproximándose mas ó menos al objeto á que se propendia segun las circunstancias; pero que si, por el contrario, queria Napoleón alargar su mano tutelar á Suecia y concederle un príncipe de su familia ó uno de los guerreros ilustrados bajo su mando, la Suecia le adoptaria con alborozo. Este enviado secreto tenia encargo de insistir en que el mismo Napoleón diese rey á los suecos.

Napoleón quedó mas confuso que halagado por este mensaje. No le satisfacía lo bastante este sis-

tema renovador de coronas, que consistia en colocar en los tronos que vacaban ó iban á quedar vacantes á hermanos suyos ó cuñados, y despues de unos y otros á sus mariscales, para persistir en él, y sobre todo á tal distancia. Acababa de experimentar que exigia grandes dispendios el sostener estos monarcas de creacion reciente, que, á pesar de lo que costaban, resistian tanto por lo menos como los reyes antiguos, porque se veian obligados á hacerse instrumentos de la resistencia de sus pueblos, aumentada mas con la presencia de reyes extraños. No le agradaba, pues, echarse encima nuevas dificultades de esta especie. Ademas habia inspirado bastantes recelos á Europa con la creacion de departamentos franceses en Hamburgo y Lubeck, sin que añadiera la elevacion al trono de Suecia de un príncipe francés, que tal vez pronto se le declararia enemigo. Recobrando toda la rectitud y profundidad de su talento tan luego como no le extraviaban las pasiones, queria mejor ver que las tres coronas del Norte se reforzaran por virtud de su union contra Rusia y contra Inglaterra que proporcionarse el vano amor propio de levantar un nuevo trono francés en Europa. Por lo demas se habia insinuado tan poco el príncipe francés que podria ser llamado al trono de Suecia que la eleccion posible no habia ejercido influencia alguna sobre esta disposicion excelente.

De consiguiente Napoleon respondió de seguida que no tenia príncipe ni general que ofrecer á los suecos; que á la sazón nada ambicionaba para su familia, ni para sus lugartenientes; que ademas podria ofuscarse la Europa, y que la politica en-derezada á procurar para tiempo mas ó menos re-

moto la reunion de las tres coronas del Norte era la mejor á sus ojos y la mas digna del príncipe hábil que reinaba en Estokolmo; que á Suecia no le pedia más que el que fuera leal aliada de Francia, ayudándole á ejecutar las leyes del bloqueo continental contra Inglaterra.

Llegada esta respuesta, Carlos XIII no vacilo en seguir su inclinacion propia. Sin embargo, no atreviéndose á abandonarse del todo á ella, resolvió adoptar al duque de Augustenburgo, hermano del príncipe finado. No queriendo el partido revolucionario y militar, que habia derribado á los Wasas, ni un príncipe de esta familia ni al rey de Dinamarca, reputado como áspero y absoluto, inclinó á esta eleccion á Carlos XIII, no siendo realmente mas que una repeticion de la primera. Pero un nuevo incidente complicó otra vez mas esta eleccion tan llena de azares. Aspirando á la reunion de las tres coronas Federico VI, rey de Dinamarca, y especialmente á verla cumplida al punto y sobre su cabeza, prohibió al duque de Augustenburgo aceptar la adopcion con que acababa de ser honrado, y con un paso público dado en términos nobles é ingenuos solicitó la adopcion de Carlos XIII en interés de los tres pueblos.

La reunion tan atrevidamente presentada y con especialidad bajo los rasgos de un rey de Dinamarca, que no solo ofendia el orgullo sueco, sino que con su carácter efectivo ó supuesto asustaba á los numerosos parciales de las ideas nuevas, causó una especie de sublevacion general, y la confusion de los ánimos vino á ser mayor que nunca. En situacion tan extraña, que se prolongó todo el año de 1810, la opinion, cada vez mas fluc-

tuante y perpleja, volvióse de nuevo á Napoleon, sin llegar á penetrar sus designios. ¿Por qué, decían muchos suecos principalmente entre los militares, no quiere Napoleon alargarnos su mano poderosa? ¿Por qué no nos da un príncipe ó un general suyo? ¿No tiene al bravo pueblo sueco por merecedor de tal fortuna?... Hasta hablaban con cierta amargura de las gentes de comercio, que, esclavas de sus intereses, temían por las tristes razones sacadas del bloqueo continental, que lo hiciera mas completo la intimidad con Francia. Esta disposición, aumentada cada dia por lo que apuraban las circunstancias, vino á ser general en breve.

Pensando y hablando de tal modo, se buscaba el príncipe ó el general que Napoleon podria designar á la eleccion de los suecos. Uno habia, el mariscal Bernadotte, hombre de guerra y príncipe, entlazado con la familia imperial por su esposa, hermana de la reina de España, mariscal que habia estado algun tiempo en las fronteras de Suecia y contraido relaciones con muchos naturales. Por la época en que se hallaba junto á aquellas playas, tenia encargo de amenazar á Suecia con una expedicion que debia arrancar de Jutland y auxiliar á los rusos en Finlandia; pero secretamente recibió órdenes de no emprender ningun movimiento. Engalanándose de buen grado con méritos que no eran suyos, hizo valer su inaccion respecto de los suecos, como si hubiera sido voluntaria en vez de prescripta. Halagando donde quiera á todos, por un vago instinto de ambicion que despertaban todos los tronos vacantes ó próximos á estarlo, creóse amigos entre la nobleza sueca, cuyos gus-

tos eran militares. Hábil en el arte de halagar á los demas y de elogiarse á si propio, se grangeó algunos entusiastas que le miraban como príncipe cumplido. El nombre del antiguo general Bernadotte era pues el que pronunciaban algunos agitadores, como el de un pariente amado por Napoleon, de un militar que le habia prestado inmensos servicios, y que valdria á Suecia, además de un gran lustre, todo el favor de Francia.

Esta idea propagose rápidamente, y se hicieron nuevos esfuerzos para arrancar al oráculo mudo una respuesta que se negaba á darles. Recientemente habia sobrevenido otro incidente, singular como todos los que señalaron esta revolucion dinástica, y no era de índole propia á esclarecer las dudas de los suecos. Nuestro encargado de negocios Mr. Desaugiers, acababa de ser destituido, á causa de haber entrado con un personaje sueco en una conversacion, de la cual se podia inferir que Francia se inclinaba á la union de las tres coronas. Este esmero en desaprobare una idea, que era la suya á pesar de todo, probaba hasta qué punto Francia se empeñaba en que su opinion no fuera conocida. ¿Cuales eran pues sus deseos?

En tan cruel apuro, teniendo el rey que hacer una propuesta á la comision de los Estados reunidos, presentóles tres candidatos, el duque de Augustenburgo, el rey de Dinamarca y el príncipe de Ponte-Corvo (Bernadotte). Bajo la influencia de Mr. Adlesparre, gefe del partido revolucionario y militar que habia destronado á Gustavo IV, abrazó dicha comision por resolucion mas prudente y menos aventurada, aunque originada á las claras en el sentido de la buena política, la adopcion del

duque de Augustenburgo, hermano del príncipe finado, por once votos, no obteniendo el príncipe de Ponte-Corvo mas que uno. Así se esperaba del todo vencer la oposicion hecha por el rey de Dinamarca á la aceptacion del duque de Augustenburgo.

Tal era el estado de las cosas, cuando de súbito llegó un antiguo negociante francés, establecido de muy atrás en Gothenburgo, donde no habia sido afortunado en sus especulaciones, y que en ocasion semejante era un excelente agente de elecciones. Enviado por el príncipe de Ponte-Corvo con cartas y caudales tenia encargo de ponerlo todo por obra para sostener al candidato francés. Instantáneamente se divulgaron los mas extraños rumores. Sin que enseñara órdenes é instrucciones del gobierno francés, que no tenia, se dieron á decir por todas partes, que era necesario tener un espíritu poco penetrante para no comprender todo el pensamiento de Francia, pensamiento que se veia obligada á callar por miramientos políticos de fácil alcance; pero pensamiento evidente, positivo, de que habia que estar seguros, y que no era otro que el de la elevacion al trono de Suecia del príncipe de Ponte-Corvo, este general ilustre, consejero prudente, inspirador de Napoleon en sus mas brillantes campañas y en sus actos políticos mas insignes. Donde quiera se preguntaba cómo habia entendimiento tan tardo que no comprendiera este pensamiento y no viera el motivo del silencio aparente y hasta afectado á que se hallaba condenada Francia. Esta comedia, hábilmente representada, tuvo éxito completo: nadie quiso pasar por espíritu obtuso, incapaz de penetrar el profundo

pensamiento de Napoleon; todos creyeron que era el que se ha dicho, hasta el extremo de invadir al cabo de algunas horas la tal opinion el gobierno y los Estados, tanto que el rey hubo de retroceder de la presentacion que habia hecho y la comision de los Estados del voto que habia emitido, con lo que una noche fué presentado y elegido casi por unanimidad el príncipe de Ponte-Corvo príncipe real, heredero de la corona de Suecia. Este extraño fenómeno, que debia elevar al trono á la única dinastia napoleónica que se habia de conservar en Europa, demostraba dos cosas, hasta qué punto era poderosa la opinion en Suecia de tener monarca de origen francés y cuán poco tiempo se necesita para que una opinion estalle, cuando es general, aunque esté comprimida y momentáneamente disimulada.

Mas para que en esta revolucion fuera estu-
pendo todo, á tiempo en que el agente secreto, autor de esta súbita mudanza de rumbo electoral, partia de Paris, enterado Napoleon de su viage, y sospechando que abusaria del nombre de Francia, previno al ministro de Negocios extrangeros que le desmintiera, bien que el despacho en que lo hizo llegó tarde á Estokolmo (1). Elegido fué pues el príncipe destinado á ser aliado de Francia (pronto se verá de que manera fué aliado). Al saber Napoleon la eleccion esta, sonrióse con cierta especie de amargura, como si penetrara en las profundidades de lo futuro. Sin embargo, no habló de este

(1) Esto lo escribo con presencia de la carta en que fué desmentido y que existe en el archivo de Negocios extrangeros.

asunto mas que con indiferencia, teniendo en su fuerza una fé absoluta, y considerando la ingratitude que preveia como uno de los timbres de la carrera de un grande hombre. Con altanería y dulzura recibió al antiguo general Bernadotte, que le iba á pedir la aprobacion indispensable para Suecia; le dijo que era extraño á su elevacion al trono, porque su política no le permitia mezclarse en tal asunto, pero que veia con satisfaccion este homenaje rendido á la gloria de los ejércitos franceses; que además estaba muy seguro de que el mariscal Bernadotte, oficial de estos ejércitos, jamás olvidaria lo que debía á su patria; que en esta confianza le complacia la eleccion hecha por Suecia, y que, no queriendo que un francés hiciera en el extranjero mala figura, habia ordenado á Mr. Mollien que le diera todos los fondos que necesitara (1). Despues de este discurso, acompañó Napoleon al recién elegido con una dignidad graciosa, aunque fria, hasta la puerta de su gabinete.

El principe de Ponte-Corvo, que á la sazón no pensaba mas que en presentarse en Suecia rodeado del favor de Napoleon, recibió de Mr. Mollien un millon de francos, y marchó sin demora á Estokolmo, donde fué recibido con alegría extremada. Inmediatamente se dedicó á halagar á todos los partidos, tomando un semblante distinto á presencia de cada uno de ellos; con la antigua corte, haciendo gala de ser un rancio aristócrata del ejército del Rhin, que se hacia llamar señor cuando en todas partes se llamaba á todo individuo ciudada-

(1) Mr. de Taillierand, testigo de esta entrevista, me ha contado mas de una vez los pormenores que aqui pongo.

no; con el partido liberal blasonaba de ser antiguo general fiel á la república, á la cual habia servido; por último, con los secretos parciales de Inglaterra, que abundaban entre los comerciantes, dejando trascender todo el odio que nutria en el seno de su alma contra Napoleon, antes de su fortuna.

Por algun tiempo era posible hacer estos papeles contradictorios y debian lograr éxito hasta el instante en que cedieran el puesto á uno solo, el de un enemigo irreconciliable de Francia, último papel que por una deplorable oportunidad debia lograr éxito á su vez cuando la tormenta del odio universal estallara contra nosotros. Yendo muy de prisa buscando algo con que satisfacer el orgullo sueco, el principe real, con una precipitacion de advenedizo, discurrió hacer al ministro de Francia una singular abertura, y que probaba la idea que de la fidelidad política tenia formada.

Esta era la época en que, segun se ha dicho, preparaba Napoleon, aunque sin apresurarse, la campaña de Rusia. Se hablaba donde quiera de una grande guerra en el Norte; estos rumores debian en breve calmarse algo de resultados del aplazamiento de las hostilidades para otro año; pero á la sazón tenian toda su intensidad primitiva. Mostrando el principe real de Suecia en tal coyuntura una adhesion afectada á Francia, dijo á nuestro ministro que veia bien lo que se preparaba; que habria una gran guerra muy pronto; que se acordaba de la de 1807; que en ella habia prestado importantes servicios (lo cual nada tenia de verdad segun se ha probado); que seria difícil y arriesgada, y que Napoleon necesitaria de alianzas poderosas; que un ejército sueco lanzado á Finlandia,

casi á las puertas de San Petersburgo, podría ser de inmensa ayuda, pero que sin embargo era poco probable que se llegara á recuperar esta provincia; que en Suecia no se lisonjaban de tal cosa; y antes por el contrario todos veían en la Noruega como la compensacion natural, necesaria y única posible de la pérdida de Finlandia, y que si, por ejemplo, quisiera Napoleon asegurar de seguida la Noruega á Suecia, pondria todos los suecos á sus plantas, para que de ellos dispusiera á su antojo despues de ofrecer asi su auxilio. El nuevo principe real tuvo el atrevimiento harto poco decoroso de amenazar con su hostilidad inmediata, si su propuesta no era admitida, y de dedicarse á poner en claro hasta qué punto podia hacer daño, luego de expresar hasta que punto era capaz de servir de provecho. Hasta lo hizo con una falta de pudor que tenia algo de repugnante, siendo francés el uniforme que usaba pocos dias antes y el que le habia abierto paso al trono.

Asombrado el ministro de Francia, conmovido ante este espectáculo odioso, vista la gravedad de la propuesta, apresuróse á escribir á Paris con objeto de que le dictara Napoleon la respuesta á semejante abertura. Napoleon, lo decimos en su alabanza, sintió un movimiento de indignacion que tuvo grandes consecuencias, que hubiera debido proporcionarle mejor suerte; y de seguro se la hubiera deparado, si su prudencia en todas las cosas igualara á su lealtad en esta. Para ceder la Noruega á Suecia, tenia que despojar descaradamente á su mas fiel aliada, la Dinamarca, que, atormentada por las leyes del bloqueo continental, las soportaba sin embargo, con admirable paciencia, y sumi-

nistraba excelentes marineros á nuestras escuadras. Sonrojóse de indignacion y de menosprecio al oír tal propuesta, y dirigió á su ministro de Negocios estrangeros una de las mejores y honrosas cartas escritas de su puño. Veía y no extrañaba que la cabeza del nuevo principe real era desarreglada, bulliciosa, efervescente. En vez de estudiar el pais á donde llegaba, de hacerse allí estimar por una actitud tranquila, decorosa, formalmente ocupada, no trataba el principe mas que de halagar á éste, de acariciar á aquel, y suscitaba temerariamente cuestiones de las cuales podia nacer un incendio. Esta era una conducta lamentable y á la cual no habia que dar ayuda. Hacer traicion á Dinamarca era para Francia un crimen imposible, y que en proponérselo habia tan poca cordura como decencia. Todo aquel aparato de servicios prometidos á Francia ó de males que hacerla, no le movia cosa alguna, pues no estaba pendiente de ningun enemigo del mundo y menos aun de un aliado. No obraba sensatamente el principe al explicarse de tal modo; por fortuna el rey y el gobierno distaban mucho de usar este lenguaje, y de consiguiendo no habia que hacer ningun caso. Despues de estas reflexiones, recomendaba Napoleon á Mr. Alquier, nuestro ministro, que no agraviara al principe, sino que le hiciera entender que se extraviaba obrando y hablando tan precipitadamente, y sobre todo hablando en aquel tono; que no le respondiera sobre los asuntos que habia suscitado tan ligeramente, y le hablara poco de negocios, pues al cabo no era mas que heredero presunto; que no tuviera relaciones mas que con el rey y los ministros, y dijera á cada uno de ellos, sin reserva ó secreta-

mente, que lo que Francia esperaba de Suecia era fidelidad á los tratados, particularmente al último de paz escandalosamente violado en aquel momento; que esperaba mas que nada la supresion del depósito de Gothenburgo, sin lo cual volveria á empezar la guerra, y la Pomerania sueca, recientemente restituida, seria una vez mas la prenda de que se apoderara para obligar á Suecia á cumplir sus deberes. Por el mismo correo dispuso Napoleon que, sin explicar el motivo, se recomendase á Dinamarca que mantuviera siempre en Noruega muchas tropas.

De esta manera aparecian las disposiciones de Europa en visperas de la grande y última lucha á que Napoleon iba á retarla. Exteriormente la sumision mas completa con el odio mas implacable en el fondo, y por lo menos embarazo, en donde el odio no existia. Asi nuestros aliados alemanes, Baviera, Wurtemberg, Sajonia, Baden, hacian cuanto queríamos, y preparaban sus contingentes, pero temblaban en secreto al ver los odios que se albergaban en el corazon de sus súbditos, y la animadversion inspirada por la quinta. Adictos á la causa de Napoleon por miedo é interés, agraviados á menudo por sus exigencias y su lenguaje, bien que temerosos de perder el engrandecimiento que habian recibido de su mano, anhelaban que no se expusiera á nuevos riesgos, y por este motivo les intimidaba extremadamente la próxima guerra. Con especialidad el rey de Wurtemberg, poco escrupuloso en materia de alianzas, no teniendo por buena mas que la que aumentaba sus rentas y su territorio, no experimentando de consiguiente ningun remordimiento por haberse entregado á Napoleon,

y juntando mucho talento á una gran energia de carácter hasta el punto de decir siempre lo que pensaba al omnipotente protector de la Confederacion del Rin, dirigióle algunas objeciones relativas á los aprestos de la nueva guerra y al envio de un destacamento wurtembergés pedido para Danzick. Inmediatamente le respondió Napoleon una larga y curiosa carta, que revelaba al descuido la extraña fatalidad, bajo cuyo imperio corria á nuevas aventuras. En esta carta le decia que nada le importaba un regimiento mas ó menos, sino la ventaja de tener en Danzick alemanes mas bien que franceses, porque excitaban menos recelos; que deseando tener alemanes, los queria de todos los estados de la Confederacion; que le era imposible no tomar posicion en Danzick, siendo la verdadera base de operaciones para una campaña en el Norte; que esta campaña no la hacia por gusto, ni por capricho de jóven principe, belicoso y anhelante de un estreno brillante en el mundo; que se apresaba á hacerla; que lejos de agradarle le desplacia, (lo cual era verdad y hacia mas chocante la locura de su ambicion); pero que la consideraba inevitable; que si no estallaba en 1814, estallaria en 1812; que á lo sumo se podria retardar un año, y que muy mal agenciara sus asuntos y los de la Confederacion, si se dejara sorprender por un enemigo á quien permitiera prepararse impunemente; que por tanto obedecia á la necesidad, no á su inclinacion, é insistia en tener dos batallones wurtembergeses destinados á completar la guarnicion de Daazick. ¡Necesidad! Tal era, segun hemos dicho, la idea de Napoleon, necesidad efectiva sin duda, admitiendo como necesidad para él la de hacerse

obedecer sin dilacion, sin limite, sin una sola restriccion, por todas las potencias de Europa, las que estaban cerca y lejos, aquellas cuya concurrencia importaba á sus designios, y aquellas otras en que no siendo indispensable, aunque preciosa, se obtenia en bastante medida, y en ella nada dejaban que desear mas que á su orgullo. ¡Tal era la necesidad que se podia invocar para esta guerra! Al recibir esta carta el rey de Wurtemberg, que tenia á Napoleon verdadero afecto, y al reconocer la inutilidad de sus observaciones, cesó de oponer resistencia, y lleno el espíritu de los presentimientos mas fatales, envió sus dos batallones.

Se acababan de recibir algunas noticias de Oriente y de tener informes de cómo habian sido acogidas las primeras aberturas hechas en Constantinopla. Salvádose habian Moldavia y Valaquia, sin convertir desde luego á los turcos en aliados. Con efecto, estos, al ver obligada á Rusia á retirar parte de sus tropas, se prometieron no ceder nada para vivir en paz con ella, pero desconfiando tanto de nosotros como Mr. de Metternich habia dicho, se guardaron muy bien de oír de nuestra parte ninguna proposicion de alianza. Lejos de hallarse dispuestos á batirse á nuestro lado, estaban determinados á no batirse ni en contra ni en favor de nadie, convencidos de que se aspiraba á servirse de ellos un instante para abandonarlos en seguida. Asi aguardaban impacientes el dia en que, estrechada Rusia por Napoleon muy de cerca, se viera precisada á entrar en tratos, para celebrar con ellos una paz ventajosa, y no consideraban tal la que les costara la mas minima porcion de territorio. Mirando Rusia este porvenir muy cercano, les

habia dirigido una proposicion media, la de guardar para sí la Besarabia y la Moldavia, restituyéndoles la Valaquia. Ademas habia pedido la independencia de la Servia. Viendo los turcos llegar la hora en que Rusia no podria dejar sus tropas junto al Danubio, rechazaban todas sus ofertas y reclamaban pura y simplemente el *status ante bellum*. Pero tan astutos como acusaban á sus enemigos de serlo, disimulaban ante Francia su resentimiento oculto, afectaban haberlo olvidado todo y hasta mostrarse propicios á aliarse con ella, á condicion de que en prueba de anudarse la amistad sinceramente, pasarian sin tardanza el Vistula los ejércitos franceses. Hasta aquí fingian dudar del grande cambio político de que se les hablaba, aunque no tenian sobre este punto la menor duda. Su cuidado en no comprometerse era tanto, que hasta eludian las aberturas de Austria, no se mostraban menos evasivos con ella que con nosotros, y no vacilaban en decirle que tambien les habia abandonado cuando así le convino; que de consiguiente no se creian obligados á nadie, y que si volvia á ser su aliada, seria por obediencia á Napoleon y no por amistad hacia ellos. Al explicarse de este modo usaban en su lenguaje de cierta mofa que probaba, con todo lo demas de su conducta, que si perdian bajo el aspecto de aquella energia salvage, á la cual debieron algun dia su grandeza, ganaban cotidianamente bajo el aspecto de la sutileza política. ¡Triste progreso el suyo venir á ser griegos, griegos tales como aquellos á quienes despojaron el año 1453 de Constantinopla!

No gozaba, pues, Mr. de Metternich cerca de los turcos de mayor crédito que la diplomacia

francesa. Resultado adquirido era impedirlos entregar la Moldavia y la Valaquia á los rusos; pero era resultado improbable conseguir que se batieran contra los rusos y á favor de los franceses y los austriacos.

Mientras preparaba sus alianzas y sus ejércitos para la gran guerra del Norte, diferida, pero desgraciadamente inevitable, Napoleon, con su comun actividad de talento, trataba de despachar sus asuntos interiores, á fin de no dejar detrás de sí ningun embarazo, cuando se viera obligado á ausentarse por un tiempo, cuya duracion ignoraba. Segun ya hemos expuesto, quiso reunir el concilio, del cual aguardaba el término de las cuestiones religiosas, el mismo dia del bautizo del rey de Roma. Le parecia conveniente reunir á todos los cuerpos del Estado, convocados en torno de la cuna de su hijo, á la Iglesia católica misma, y hacer que esta consagrara el titulo de rey de Roma, dando al heredero del nuevo imperio. Ora porque repugnaba esta especie de compromiso á los prelados, ya dentro de París en su mayor parte, ora porque la razon alegada fuera sincera, expusieron que la mayoría de ellos eran de edad bastante avanzada para que pudieran resistir la fatiga de una doble ceremonia en el mismo dia, y así la reunion del concilio se aplazó para el domingo siguiente al bautizo. No pudieron, pues, los prelados asistir á esta solemnidad mas que individualmente, y no como cuerpo representante de la Iglesia.

Para la solemne ceremonia del bautizo del rey de Roma se eligió el dia 9 de junio. Todo se puso por obra á fin de que fuese digna de la grandeza del imperio y de los vastos des-

tinios á que estaba llamado el niño monarca. En la tarde del 8 de junio, se trasladó Napoleon de Saint-Cloud á Paris, rodeado de una magnifica comitiva, poco mas ó menos igual á aquella con que maravilló á los parisienses, cuando vino al Louvre á celebrar su matrimonio. Apenas habia pasado un año y ya tenia un heredero, y podia decir con orgullo que la Providencia le concedia todo lo que anhelaba con la puntualidad de una potestad sumisa. ¡Ah, no lo estaba, y se lo debia probar muy pronto! Pero parecia que le prodigaba todas las felicidades, como para que fuese de mayor bulto la falta de abusar de ellas, y mas terrible el castigo que trajera consigo esta falta. A Paris llegó la tarde del 8 de junio, rodeado de los reyes de su familia, de José que se habia valido de este pretexto para librarse de los horrores de la guerra de España; de Gerónimo, que habia abandonado su reino para asistir á esta solemnidad; del duque de Wurzburg, enviado por el emperador de Austria para representarle en el bautizo de su nieto. Efectivamente, Napoleon tuvo la atencion delicada de rogar á su suegro que fuera padrino del agosto infante, y muy deseoso el emperador Francisco de complacer á su terrible yerno, aceptó la calidad de padrino, y encargó al duque de Wurzburg que hiciera sus veces. Toda la poblacion de Paris se agolpó al paso de la soberbia comitiva, ya consolada en parte de los sufrimientos mercantiles de este año por la marcada restauracion de la actividad de la industria y por los inmensos pedidos de la lista civil y de la administracion de la guerra. Por otra parte, se congratulaba de esta nueva prenda de duracion otorgada

por el cielo á una grandeza inaudita, que era no solo la de un hombre, sino la de Francia, y tanto que los días que manifestaba contra Napoleon vivo descontento, se derivaba éste de que parecía poner en peligro la tal grandeza. Le aplaudió una vez mas, aunque el entusiasmo no fuera el de los primeros tiempos, le aplaudió dominada y seducida siempre que le veía, siempre maravillada de su fortuna y de su gloria, siempre arrastrada como toda grande poblacion por el movimiento de las festividades solemnes. Paris resplandecía con mil fuegos: todos los teatros estaban abiertos gratuitamente á la apiñada muchedumbre: las plazas públicas estaban llenas de regalos ofrecidos al pueblo de Paris por el venturoso padre del rey de Roma, y no contribuía poco á la satisfaccion general la circunstancia de que el aplazamiento de la guerra por un año hacia esperar que pudiera evitarse. Rumores de paz completaban el júbilo de estos hermosos festejos.

Al día siguiente que era domingo, acompañado Napoleon de su esposa y de su familia, llevó á su hijo á Nuestra Señora, templo de la consagracion de este soberano, y lo presentó á los ministros de la religion. Cien prelados y veinte cardenales, el Senado, el Cuerpo legislativo, los alcaldes de las buenas ciudades, llenaban el sagrado recinto donde el infante imperial iba á recibir las aguas bautismales. Cuando, acabada la ceremonia, volvió el prelado celebrante el rey de Roma á Mad. de Montesquiou, aya de los hijos de Francia, ésta le entregó á Napoleon, que, cogiéndole en sus brazos y levantándole sobre su cabeza, le presentó así á la lucidísima concurrencia, con

visible emocion que fué general muy en breve. Este espectáculo conmovió todos los corazones. ¡Qué profundidad en el misterio que rodea la vida humana! ¡Cuán dolorosa sorpresa, si detrás de esta escena de prosperidad y de grandeza se hubieran podido divisar de repente tantas ruinas, tanta sangre é incendios, y las llamas de Moscou, y los hielos del Berecina, y Leipzick, y Fontainebleau, y la isla de Elba, y Santa Elena, y, finalmente, la muerte de este augusto niño á los diez y ocho años, en el destierro, sin una sola de las coronas acumuladas á la sazón sobre su cabeza, y tantas otras revoluciones mas que debian encumbrar de nuevo á su familia despues de haberla abatido! ¡Cuán benéfica es la Providencia al ocultar al hombre su mañana! ¡Qué escollo tambien para su prudencia el prever este mañana y conjurarlo á fuerza de cordura!

Al salir Napoleon de la metrópoli entre inmensa muchedumbre, dirigióse á la casa de ayuntamiento, donde estaba preparado un banquete imperial. Bajo los gobiernos absolutos se halaga de buena voluntad al pueblo en ciertas ocasiones, y especialmente la ciudad de Paris ha recibido de sus soberanos á menudo caricias que no les comprometian nada. En su seno quiso celebrar Napoleon el nacimiento de su hijo, y en su seno pasó este día de consiguiente. Admitidos los habitantes de Paris á la fiesta, pudieron ver sentado á la mesa, con la corona en las sienas, rodeado de monarcas de su familia, y de una multitud de príncipes extrangeros, comiendo en público como los antiguos emperadores germánicos, sucesores de los emperadores de Occidente. Fascinados por

este espectáculo resplandeciente, aplaudieron los parisienses, lisonjeándose aun de que la duracion se juntaria á la grandeza y la cordura á la gloria. ¡Bien hacian en regocijarse, porque este júbilo era el postrero de aquel reinado! ¡Ah! A contar desde esta fecha nuestra relacion no será mas que un largo duelo.

Fiestas de todas clases sucedieron los dias siguientes á las del primero, pues en esta coyuntura quiso Napoleon prolongar todo lo posible las manifestaciones del público alborozo. Pero el terrible destino, que dispone de la vida de los mas altos y mas humildes mortales, y les impulsa sin tregua al fin señalado á su carrera, no quiso dejarle respiro por largo tiempo. Profundamente mezclados se hallaban los mas graves asuntos unos con otros, sucediéndose sin intermision y exigiendo su atencion toda sin un instante de retardo. Su hijo fué bautizado el 9 de junio, al domingo siguiente, dia 16, fué necesario juntar el concilio.

Al principio de este libro se han visto las causas que tuvo Napoleon para convocarle. Una comision eclesiástica compuesta de prelados, otra comision civil compuesta de hombres políticos de nota, el principe Cambaceres entre ellos, examinaron y resolvieron, como se verá á continuacion, las numerosas y graves cuestiones que se originaban de la convocatoria de semejante asamblea.

Ante todo ¿se podia celebrar un concilio sin la voluntad y presencia del papa? Sobre esto la historia de la Iglesia no permite la mas leve duda, pues hubo concilios convocados por los emperadores contra los papas, á fin de condenar á pontifices indignos, y otros convocados por los papas

contra los emperadores opresores de la Iglesia. Además, el buen sentido, que es la luz mas segura asi en materias religiosas como de cualquiera clase, decia en efecto que, teniendo la Iglesia que salvarse á si misma, y habiéndolo alcanzado con maravilloso discernimiento, ora contra papas prevaricadores, ora contra emperadores que abusaron de su poderío, se necesitaba que se pudiera constituir independientemente de aquellos á quienes debia de contener ó de castigar.

¿Convenia formar un concilio ecuménico, es decir, general, ó nacional tan solo? Un concilio general hubiera tenido mas autoridad y conviniera mas á la politica y á la imaginacion grandiosa de Napoleon; pero aunque abarcara la mayor parte de la cristiandad con su imperio y con sus aliados, quedaban fuera de su poder muchos prelados en Austria, en España, en algunos puntos de Alemania y Polonia, para arrostrar el inconveniente de su ausencia ó su oposicion. Probabilísimamente no hubieran acudido y protestaran contra la formacion de un concilio é invalidaran de resultas la legitimidad del que se celebrase. Convocando un concilio nacional exclusivamente, que comprendiera á los prelados del imperio francés, á los de Italia y parte de Alemania, se debia juntar una asamblea de las mas imponentes y que bastaria del todo para resolver las cuestiones que le fueran sometidas.

Si hubiera que consultarle sobre las inmensas cuestiones de la soberanía temporal de los papas, de su residencia en Roma ó en Aviñon, con una dotacion de 2.000.000 y su dependencia del nuevo imperio de Occidente, solo un concilio ecuménico

tenia poder para determinarlas, y de todas maneras es dudoso que jamas se hallara una asamblea de prelados, por muy aterrados que estuvieran, que aprobase el despojo del patrimonio de san Pedro, y consintiese en segregar al gefe de la Iglesia de la lista de los soberanos. Pero Napoleon se hubiera guardado muy bien de tocar estas cuestiones. ¿Que necesitaba segun el estado de las cosas? Proveer al gobierno de las diócesis, alcanzando la institucion canónica de los obispos que habia nombrado. Rehusando esta institucion y contrariando á falta de ella el arbitrio de los vicarios capitulares, tenia el papa á Napoleon en jaque hasta cierto punto, y embarazaba completamente la marcha de su gobierno. Si se llegaba á conseguir por medio de una resolucion impuesta al papa, ó aprobada por él, é impedir que fuese un arma en manos de la Iglesia romana, para estorbar la administracion de las diócesis, Napoleon salia de tantos embrazos, pues, no queriendo emprender nada contra los dogmas de la Iglesia, queriéndolo dejar todo como en lo antiguo bajo el aspecto espiritual, y hasta favorecer el desarrollo de la religion, no tenia que temer un cisma. Asi esperaba que, sacados por la regularizacion de la institucion canónica los asuntos religiosos del carril en que, por decirlo asi, estaban metidos, el papa cautivo, á la vista de que marchaba todo y marchaba bien sin su concurrencia, sin su soberania, acabaria por aceptar la nueva situacion que se le habia propuesto.

No siendo uniforme el método de nombramiento y de institucion canónica de los obispos en los diferentes paises, y habiendo variado especialmen-

te con el trascurso de los siglos, ocurría otra cuestion de disciplina local que un concilio nacional podia resolver, por supuesto para Francia é Italia, y ésta solucion bastaba á Napoleon, porque el papa quedaba asi privado del arma de que hacia uso para entorpecerlo todo.

Por estas diversas razones se convino en que se formaria un concilio compuesto de los obispos de Italia, de Francia, de Holanda, de parte de Alemania, los cuales constituirian una asamblea de las mas vastas y mas magestuosas; en que se juntaria en Paris á principios de junio; y en que se le consultaria sobre el grave conflicto suscitado entre el poder temporal y la Iglesia. En un mensaje imperial se debia presentar la cuestion y en los términos siguientes poco mas ó menos.

—Al ascender Napoleon al gobierno de Francia halló derruidos los altares, proscriptos los ministros del culto, y levantó los unos y llamó á los otros. Empleó su autoridad en vencer formidables preocupaciones nacidas de una revolución y de todo un siglo filosófico: triunfo y volvió á florecer la religion católica por él restablecida. Numerosos y patentes hechos probaban que desde su advenimiento al trono no se habia cometido un solo acto contrario á la fé, al par que se habian tomado muchas providencias para proteger la religion y extenderla; aunque á la verdad entre el papa y el emperador se habia suscitado un triste disentiemento.

—Contando Napoleon la Italia entre el número de sus conquistas, habia querido establecerse sólidamente en ella. Desde que restituyó el papa á Roma, lo cual hizo antes de que se celebrara el Concordato, encontró en el soberano temporal de

los Estados romanos un enemigo declarado ó encubierto, pero siempre intratable, y que nada perdonó por derribar el poder de los franceses en Italia. Asilo dió el papa á todos los cardenales hostiles al rey de Nápoles, á todos los bandidos que infestaban la frontera napolitana, y quiso continuar en relaciones con los ingleses, enemigos irreconciliables de Francia. Era, pues, no el soberano espiritual, sino el soberano temporal de Roma quien por una cuestion de interés material tan solo, se habia indispuerto con el soberano temporal del imperio francés. ¿Y qué arma habia empleado? La excomunion, que ó era impotente, en cuyo caso exponia la autoridad espiritual al descrédito, ó destructora de todo poder, y tendia no menos que á volver á sumir á Francia y á Europa en la anarquía.—

Aqui las quejas eran fáciles y debian encontrar eco, porque entre casi todo el clero, excepto la parte fanática, la bula de excomunion no habia hallado mas que desaprobadores; y entre las gentes ilustradas de todas clases no habia quien no dijese que el papado habia hecho asi uso de un medio ridiculo, si era impotente, culpable, si era eficaz, y digno de los anarquistas de 1793.

—Este era el primer caso que se habia realizado, se debia decir además, y el papa recurrió entonces á un segundo medio el de negar la institucion canónica á los obispos nombrados. Con esto, por intereses temporales, habia dejado perecer el episcopado en Alemania, hasta el punto de que de veinte y cuatro sillas germánicas no estaban provistas mas que ocho, lo cual debia engendrar una vehemente sensacion en los príncipes, la mayor

parte protestantes, de apoderarse de las rentas de las mitras. ¿Procederia el papa del mismo modo en Francia? De temer era, pues, habia ya veinte y siete sillas vacantes, que Napoleon habia provisto y se negaba á proveer por su parte el papa, negando la institucion canónica á los electos. ¿Por ventura se podia admitir que, para defender el papa sus ventajas temporales, pusiese la Iglesia en peligro y dejase perecer las ventajas espirituales?

A la Iglesia tocaba impedir que esto sucediese y medios tenia de conseguirlo. Al negar el papa la institucion, habia violado el concordato; y de consiguiente era ya un tratado abolido y cabia volverse á colocar en la condicion de los antiguos tiempos, en que el papa no instituia los obispos, en que, elegidos estos por los fieles, eran confirmados y consagrados por el metropolitano. Tal era la cuestion que el emperador no queria resolver por sí solo, pero se la presentaba á la Iglesia congregada, para que proveyese á su propia conservacion, y se salvase del peligro á que acababa de sucumbir casi toda la Iglesia de Alemania.—

Acordadas ya la forma del concilio y la cuestion que se habia de someterle, los principales personajes, que en los asuntos eclesiásticos ilustraban á Napoleon con sus luces, y le ayudaban con su apoyo, le suplicaron que tentara cerca del papa el último paso, que le enviara dos ó tres prelados de gran peso, para anunciarle la reunion del concilio y empeñarle en que hiciera mas fácil su tarea, adhiriéndose de antemano á ciertas soluciones que, una vez consentidas por él, hallarian una adhesion unánime. Asi se conjuraria la tempestad que amenazaba, y se proporcionaria á la Iglesia la paz, la

seguridad, la reconciliacion con el poder temporal y el fin del afflictivo cautiverio del pontífice.

Ya Napoleon habia enviado á Savona á los cardenales Spina y Caselli, y el poco éxito de esta mision le hacia considerar inútil toda tentativa de esta clase. Creía que los prelados reunidos en París y bajo su mano obedecerian á sus voluntades, que formularian, dictándola él, una resolucion que se enviaria despues á Savona, revestida con la autoridad del concilio, y que el papa no osaria oponerse á ella. Sin embargo, se insistió cerca de él con mucho ahinco, y al cabo se logró inclinarse á este paso.

Entre los eclesiásticos, á cuya ayuda se habia apelado, habia muchos de grande autoridad, de verdadero mérito y dignisimos de ser oidos. No era de estos su tio, el cardenal Fesch, que colocado por él á la cabeza del clero, se portaba como su hermano Luis en Holanda, exceptuando la buena fé: tampoco el cardenal Maury, hacia quien la Iglesia toda, por celos y por afectacion de austeridad, se mostraba cruelmente ingrata: tampoco el abate de Pradt, promovido al arzobispado de Malinas y uno de aquellos á quienes la institucion se habia negado, prelado de mucho talento, pero de una petulancia tal que formaba el contraste mas estrambótico con su ropa, especialmente en un siglo en que la Iglesia habia sustituido la gravedad al génio: tampoco eran el abate de Boulogne, obispo de Troyes, Mr. de Broglie, obispo de Gante, que, despues de haber sido los apoyos mas firmes y útiles de Napoleon al tiempo de celebrarse el Concordato, habian pasado de la adhesion mas calorosa á una irritacion violenta, naturalísima y muy legiti-

tima, bien que imprudente; eran sí Mr. de Barral, arzobispo de Tours, Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, Mr. Mannay, obispo de Tréveris, y algunos otros.

Mr. de Barral era uno de los prelados mas respetables, mas instruidos, mas versados en el conocimiento de las tradiciones de la Iglesia francesa y de los mas habituados al manejo de los negocios. Habia sido agente general del clero y gozaba de autoridad suma. Por lo que hace á Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, antiguo profesor de la Sorbona, y profesor de los mas afamados, unia á un conocimiento profundo de las materias eclesiásticas una razon eminente, fino tacto, el arte de tratar con los hombres, y finalmente un notable talento político, talento cada vez mas raro entre los gefes de la Iglesia, y que no consiste en el arte de captarse la confianza de los soberanos para dominarlos, sino en el buen sentido superior que ha impulsado á la Iglesia ha adaptarse al génio de los siglos en que ha vivido, haciéndoselos atravesar victoriosamente. Por último, Mr. Mannay, obispo de Tréveris, inferior á los primeros y tímido por extremo, era sin embargo, un varon prudente y sabio y á quien se podia consultar útilmente.

Mrs. de Barral, Duvoisin y Mannay no aspiraban á apoderarse de Napoleon para sus ventajas personales, porque Mr. Duvoisin, especialmente, no queriendo perder ningun medio de contribuir al bien sin que se le tachara de ambicioso, habia rehusado cuantas promociones le ofreció Napoleon una tras otra. Estos prelados, lamentándose del carácter dominante de Napoleon, que deseaba colocar la Iglesia bajo la dependencia del imperio,

profundamente afligidos de las violencias que se había permitido contra el Padre Santo, opinaban sin embargo, que, poderoso como era, destinado sin duda a fundar una dinastía, amigo de la Iglesia, aunque sin tener mas creencia que la de un filósofo, dotado de toda clase de talento, y manejable cuando se sabía no chocar con él, se necesitaba ver de calmarle y de dirigirle, en vez de irritarle con una oposición, cuyo designio se concebía fácilmente, pues no era religiosa ni menos liberal, sino realista. Para dominar había empleado la Iglesia la intriga á veces. ¿No podía emplear la prudencia, cuando se trataba, no de dominar, sino de existir, para dirigir á un hombre de genio y omnipotente? Además no pocas gentes temían ver en Napoleón á un nuevo Enrique VIII, pronto á empujar á su nación á una especie de independencia religiosa que acabara pronto por un verdadero protestantismo. Napoleón amenazaba con esto á menudo, y cuando se veían prefectos franceses administrando en Hamburgo y en Roma, á una archiduchesa casada con un oficial de artillería y dando á luz al heredero de uno de los mayores imperios de la tierra ¿se podía afirmar que á la sazón hubiera nada imposible?

Tales eran las razones de estos prelados para contemplar á Napoleón, aunque deplorasen el despotismo insensato que le impulsaba á querer alterar la constitucion de la Santa Sede y á poner la Iglesia bajo la dependencia de los emperadores, como pudo estarlo bajo Constantino y como no lo estuvo ya bajo Carlo Magno. Mr. Emery, el respetado director de San Sulpicio, había muerto. Era enemigo de Napoleón por realismo, pero profesaba

no obstante la opinion de que el papel de la Iglesia era tratar al César con miramiento, y participaba del dictámen de Mrs. de Barral y Duvoisin de seguro. Estos señores, ayudados por el cardenal Fesch y por muchos prelados reunidos en París, insistieron y Napoleón consintió en enviar á Savona una nueva diputacion compuesta de Mrs. de Barral, Duvoisin, Mannay, para dar antes de la apertura del concilio un paso conciliador cerca de Pio VII.

Debían estos prelados hablar, no en nombre del emperador, suponiéndose que conocia y permitía esta mision sin ordenarla, sino en nombre de porcion de obispos, ya juntos en París y deseosos de concertarse con el gefe de la Iglesia antes de constituirse en concilio, para obrar de acuerdo con él, si era posible. Despues de conferenciar entre si y con el cardenal Fesch, unos treinta prelados escribieron al Padre Santo cartas en las cuales, protestando serle muy adictos y querer mantener la unidad católica, le suplicaban que restituyera la paz á la Iglesia, amenazada con un nuevo cisma por la potestad del hombre que la había restablecido y era él único que aun podía salvarla.

Los señores arzobispo de Tours y obispos de Nantes y de Tréveris debían de entregar estas cartas al papa y de proponerle en seguida en nombre del clero francés, primero, que confiriera la institucion canónica á los veinte y siete prelados, nombrados por el emperador, á fin de que cesara la viudez de tan gran número de iglesias y de poner término á los conflictos suscitados de resultas de la creacion de los vicarios capitulares: segundo, que

añadiera al Concordato una cláusula relativa á la institucion canónica. Nadie habia en el clero á quien se ocultara el abuso que de la institucion canónica podia hacer un papa, negándola á individuos, cuya idoneidad no tuviera tacha bajo el aspecto de las costumbres, ni del saber, ni de la ortodoxia, por querer castigar ó contrariar, ó ejercer coaccion sobre el soberano, deteniendo en sus estados el curso de los asuntos religiosos, siendo así un arma en sus manos para servir un interés ó satisfacer un resentimiento. Por tanto los tres prelados enviados á Savona debian proponer una cláusula, segun cuyo tenor se obligara el papa á conferir la institucion canónica dentro del plazo de tres meses, sino hacia valer alguna razon de indignidad contra los elegidos. Pasados estos tres meses se hallaria autorizado para conferir la institucion canónica el metropolitano, ó en su defecto el prelado mas antiguo de la provincia eclesiástica.

Si algo puede probar hasta que punto la iglesia francesa, tan anhelante luego por sacrificar á la Santa Sede hasta sus tradiciones nacionales, ha sido inconsistente de opiniones en este siglo, seguramente se halla en lo que pasaba entonces. No eran solo los moderados del clero, inclinados á transigir con Napoleon, los que opinaban por precaver el abuso que de la institucion canónica puede hacer un papa y por limitar bajo tal aspecto las prerogativas de la Santa Sede, sino que eran del propio dictámen los enemigos del emperador mas fogosos entre los prelados, ardientes realistas, que se iban á exponer muy pronto á ser encerrados en Vincennes. Ahora bien, la mas sencilla reflexion basta para descubrir toda la debilidad de la doc-

trina que semejante error suponía en el clero de aquel tiempo.

Ninguna disposicion hay mas conforme al buen sentido, á la política, á los derechos respectivos de la Iglesia y del Estado que la que confiere la eleccion de los obispos al soberano temporal de cada pais y la confirmacion de esta eleccion al gefe de la Iglesia universal bajo forma de institucion canónica. Efectivamente, un poder como el de los obispos no puede emanar mas que de dos autoridades, del soberano temporal primero, porque el solo debe conferir en la extension del territorio nacional poderes eficaces y puede juzgar ademas del mérito de los individuos en el pais que gobierna, y despues el soberano espiritual que debe intervenir para asegurarse si están en conformidad con la fé católica los electos. Sin intervencion de la primera autoridad, el Estado no es dueño en su casa; sin la intervencion de la segunda, la unidad católica está en peligro. Verdad es que un papa puede abusar de la institucion canónica, ni mas ni menos que un soberano temporal puede abusar del nombramiento. Posibles son uno y otro abuso y se han realizado en tiempos infelices, de los cuales á pesar de todo, salieron sin perecer la Iglesia y el Estado. Pero la destruccion del doble vinculo que une los pastores al gefe del estado y al gefe de la Iglesia, seria el trastorno del excelente sistema que en la extension de la cristiandad ha permitido que existieran dos gobiernos, uno al lado de otro, sin choque, sin confusion, sin usurpaciones, gobierno religioso encargado de elevar las almas hacia el cielo, gobierno civil encargado de plegarlas á todos los deberes de la sociedad política.

Los parciales de la opinion contraria, profesada en este momento por Napoleon, el cual habia pensado de otro modo en la época del Concordato, hacian valer las tradiciones antiguas y recordaban los primeros tiempos de la Iglesia, cuando los papas no instituian los obispos, pues en Francia la facultad de instituirlos no fué reconocida á la Santa Sede hasta el concordato entre Francisco I y Leon X. A esto habia una sencillísima respuesta, y era que si el concordato celebrado entre Leon X y Francisco I reconoció á la Santa Sede el poder de instituir, tambien reconoció á la corona el poder de nombrar, y remontándose aun mas arriba, no se hallaba nombrando los obispos al gefe del Estado, ni instituyéndolos al papa, sino la sencillez de los tiempos primitivos, es decir, á los fieles eligiendo sus pastores, y al metropolitano consagrándolos. Con los siglos habian ido mudando de lugar estos poderes: la facultad de elegir fué sucesivamente transmitida de los fieles congregados á los cabildos, de los cabildos á los reyes, y la facultad de confirmar la eleccion fué transmitida por interés religioso del simple metropolitano, al metropolitano del metropolitano, esto es, al papa. Asi se hizo por atender á un gran interés moral y religioso, pues fuerza es reconocer que en nuestros dias produciria extraños efectos la eleccion aplicada al nombramiento de obispos. No se podia pues volver á una tradicion mas que á la otra; si se volvía á una de ellas, menester era volver á ambas, y restablecer la eleccion por tanto, lo cual equivaliera á hacer retrogradar los siglos y la razon misma.

Se pedia, pues, al papa una concesion extraña,

al exigirle que abandonara la institucion canónica. Verdad es que no se trataba de disputársela en principio, dado que el papa tenia tres meses para instituir á los prelados ó negarles por razon de indignidad la institucion. ¿Pero quién debia ser en definitiva juez de estas razones? Evidentemente el emperador, segun el proyecto propuesto, dado que si insistia, debia acabar por conferir la institucion el metropolitano; asi que dejaba de pertenecer esta prerogativa al papa. Pero en este momento se hallaban los ánimos vivamente impresionados por la destruccion de la Iglesia germánica de resultas de estar vacantes casi todas las sillas, del peligro que amenazaba á la Iglesia francesa por estarlo la cuarta parte de las existentes, y finalmente, por el espectáculo de hacer Pio VII de la institucion canónica un arma ofensiva en causa muy legítima sin duda, pero un arma á pesar de todo, y nadie estaba dispuesto á sostener que la institucion pudiera ser otra cosa que un medio de mantener la unidad de la fé, rechazando á los prelados indignos bajo el aspecto de las costumbres, del saber ó la ortodoxia.

Lo mas cuerdo fuera procurar conseguir del papa, de su dulzura, de su prudencia, la institucion de los veinte y siete prelados nombrados por el emperador, pedírsela en interés de la religion y no exigirle ningun sacrificio del principio. De esta suerte se le desarmara para lo presente de un arma peligrosa, pues montando en ira Napoleon podia romper esta arma y otras mas, y llegar respecto de la Iglesia á las últimas extremidades. Entonces no se preveía ni un Moscou, ni un Leipsick, y ciertamente no se hallaban entre el clero los políticos

harto previsores para adivinar tan grandes mudanzas de fortuna. Necesario fuera arrancar al papa una concesion de hecho, no de principio, dejando que obraran sobre Napoleon la razon y el tiempo para el arreglo general de todos los asuntos de la Iglesia.

Sea como quiera, los prelados, que habian encargado á los tres enviados hablar en su nombre, apoyaban ni mas ni menos que Napoleon la cláusula adicional al Concordato. Lo que es Napoleon solo bajo esta condicion queria mantenerlo, y como de la palabra concordato se habia hecho una especie de palabra mágica que significaba restablecimiento de los altares, cesacion de la persecucion de los sacerdotes y otros mil preciosos bienes, al hablar Napoleon de abolir el Concordato, parecia como que anunciaba implícitamente que del mismo golpe vendrian abajo todas las garantias dadas á la religion, al culto, á los sacerdotes, y que seria posible tornar á ver todo lo que se habia ya visto respecto de estas cosas. Asi esperaba producir y producía un grande efecto con la amenaza de abolir el Concordato, en el caso de que la nueva cláusula sobre la institucion canónica no fuese admitida.

Si los tres prelados hallaban al papa mas tratable de lo que se le habia hallado hasta entonces, estaban autorizados por Napoleon para ampliar poco á poco el objeto de su mision restringido al comienzo, para hablar al Padre Santo de la institucion de la Santa Sede, del futuro establecimiento de los papas, y hasta para firmar con él una convencion provisional sobre este asunto bajo las condiciones siguientes: A su voluntad podria residir el papa en Roma, Aviñon ó París; en uno solo

de estos puntos ó en los tres alternativamente se le aseguraria á expensas del emperador un magnífico establecimiento: alli gozaria de 2.000,000 de renta el papa, sin ninguno de los cargos de su dignidad pontificia, pues los cardenales y todos los ministros del gobierno espiritual serian ricamente sostenidos por el tesoro del imperio francés. Tendria el papa facultad para recibir embajadores de todas las potencias y mantener representantes cerca de todas las córtes: seria enteramente libre en el gobierno de los asuntos espirituales y solo de su albedrío dependeria respecto de ellos: se mantendria, ó extenderia, ó restableceria cuanto pudiera contribuir á la prosperidad, al lustre y á la propagacion del catolicismo. Serian restauradas las misiones extranjeras con todo el apoyo del nombre de Francia; protegidos los religiosos de la Tierra Santa, y restaurados en Jerusalem los latinos en todos los honores del culto. Pero Napoleon ponía una condicion á este estado suntuoso, al cual no faltaba mas que la independencía. Si prefería el papa la residencia de Roma, prestaria al emperador el juramento que le prestaban todos los prelados de su imperio, lo cual envolvia evidentemente la renuncia del papa al patrimonio de San Pedro, y si esta condicion le repugnaba mucho y se acomodaba á residir en Aviñon, prometeria simplemente no ejecutar nada contra los principios contenidos en la declaracion de 1682.

Asi, pues, si trataba de volver á Roma, juramento que significaba la cesion de los Estados romanos al imperio, si trataba de vivir libre y bien dotado en Aviñon, reconocimiento de las libertades galicanas: tales eran las condiciones que exigía Na-

poleón para poner término al cautiverio de Pio VII y concederle un establecimiento magnífico, aunque dependiente. En secreto iban provistos los tres enviados de los poderes necesarios para firmar una convención sobre estas bases, pero lo debían ocultar á todo el mundo y especialmente al papa, hasta que tuviesen la certidumbre de salir airosos de su misión, tanto relativamente á la institución canónica como al nuevo establecimiento del papado.

Como mediaban pocos días desde el momento en que Napoleón resolvió enviar esta diputación hasta el fijado para la reunión del concilio, los tres prelados partieron sin demora, pues solo se les concedieron diez días para desempeñar su misión en Savona.

Allí llegaron el arzobispo de Tours (de Barral), y los obispos de Nantes (Duvoisin) y de Tréveris (Mannay), tan pronto como lo permitieron los medios de comunicación que había entonces. Aunque resignado el papa con rara dulzura á un cautiverio, agravado había algún tiempo, como que se hallaba sin papel, plumas, tinta y secretario, y vigilado de continuo por un oficial de gendarmes, sentía la pesadez de sus cadenas, y aunque tuviera zozobra de lo que se le podía ir á anunciar sobre el objeto del concilio, aunque temiera por ejemplo, que según se había visto en siglos anteriores, lo convocará Napoleón para hacerle comparecer allí y ser juzgado, experimentó una especie de consuelo al saber que tres prelados revestidos con la confianza imperial le iban á hablar sobre el asunto. Sabía la autoridad y el mérito de estos varones; sabía también que eran contrarios á las opiniones llamadas ultramontanas en Francia,

lo cual equivalía para él al bando enemigo; pero nada de esto tenía importancia á sus ojos. Lo trascendental á su ver era que tenían la misión de visitarle y algo que decirle. Hallábase el infortunado pontífice en la situación del preso que siente un estremecimiento de placer cuando oye abrir la puerta de su calabozo, aunque no se abra para restituirle la libertad.

Pio VII no tenía comunicación mas que con el prefecto de Montenotte, que le había agradado, como va ya dicho, por sus miramientos, su tacto, su cabal manera. Habiendo sabido por éste la llegada y el nombre de los tres prelados, consintió en admitirlos acto continuo á su presencia. Presentáronse los tres con el respeto en la boca, la frente inclinada, mas inclinada que si el papa se hallara sobre el trono de los Césares en Roma, casi pidiéndole perdón de no estar cautivos en su compañía, y suplicándole que pusiera colmo á sus virtudes con añadir á sus antiguos sacrificios algunos nuevos é indispensables, con abandonar en obsequio de la religión ciertas prerogativas que le eran caras. El tono, el noble lenguaje, el profundo respeto de estos dignos prelados, conmovieron vivamente á Pio VII, é instantáneamente volvió á aparecer toda la magia de su carácter bajo la impresión del gozo que sentía. Se mostró lleno de dulzura, de bondad, casi de jovialidad, tan luego como entró en confianza con ellos, y especialmente apenas supo que, en vez de reunirse para juzgarle, quería el concilio concertarse con él sobre el modo de poner término á los disturbios religiosos, y le suplicaba de antemano que buscarse medios de acomodo con la potestad que había restablecido los al-

tares y que, pudiendo destruirlos, no lo quería por dicha, con tal de que en el dominio temporal no hallase oposicion alguna.

Despues de una primera sesion empleada en verse, conocerse y apreciarse, el papa y los tres prelados se juntaron todos los dias, y hasta en uno mismo varias veces, aunque los enviados, contemplando la delicada salud de Pio VII, se abstuvieran discretamente de provocar nuevas entrevistas. Solo el papa era quien les enviaba á buscar cuando ellos no se atrevian á presentarse por respeto. El obispo de Faenza, nombrado patriarca de Venecia y de paso á la sazón en Savona para dirigirse al concilio, preguntó si se le consideraria de mas en aquella especie de congreso eclesiástico, y consintióse por ambas partes en admitirle, pues agradaba al papa como italiano de mucho talento, y no desagradaba á los tres enviados imperiales como italiano deseoso de la pronta pacificacion de la Iglesia. Sin embargo de que el papa entendia perfectamente el francés, no quería hablar mas que italiano, valiase á menudo del obispo de Faenza para expresar sus ideas, y se hallaba mas á sus anchas teniendo al lado á un ultramontano de nacimiento y educado en sus mismas doctrinas, aunque no participase de todas.

Despues de hacer notar el papa con dignidad y con dultura el odioso cautiverio en que el gefe de la Iglesia estaba sumido, el profundo aislamiento en que se le condenaba á vivir, la privacion absoluta en que se le tenia de todo consejo y de todo medio de comunicacion, refirió á su manera, como solia á menudo, lo extremadamente que en otro tiempo estimaba al general Bonaparte, hoy

omnipotente emperador de los franceses, expresó cuan atrevido paso habia dado yendo á Paris á consagrarle, y señalando acto continuo las paredes dentro de las cuales estaba metido, hizo resaltar sin arrebato el extraño contraste entre los servicios prestados y la recompensa que se le daba. Dicho esto, hasta entró en el pormenor de las cuestiones que los representantes del concilio estaban encargados de tratar en Savona.

Sobre la institucion canónica de los veinte y siete obispos nombrados, pareció dispuesto á ceder, declarando de algun modo, sin decirlo, que su negativa de conferirle era mas bien un arma empleada contra Napoleon, que una justa cuestion en obsequio de la fé sobre el mérito de los promovidos; bien que preguntando, si al cabo no eran de interés de la fé la independencian y la libertad del pontífice, el respeto á la Santa Sede, la conservacion del patrimonio de San Pedro, el sostenimiento del poder temporal de los papas, y si el arma que le servia para defender cosas de tanta monta se podia considerar como mal y abusivamente empleada. No obstante, se hallaba dispuesto á ceder hasta sobre un detalle de forma, y consentia en instituir á los veinte y siete prelados de que se trataba, omitiendo en el acta el nombre de Napoleon, como este quería, y ademas en no alegar el motu proprio, que le hubiera dado apariencias de nombrar por si mismo, en vez de limitarse á confirmar el nombramiento emanado de la autoridad imperial. Efectivamente, ya habia acordado la institucion canónica en esta forma de motu proprio á algunos de los veinte y siete prelados electos, entre otros al arzobispo de Malinas; pero Napoleon no se avino á

esto, por consentir en que no se hiciera mención de su autoridad en las bulas, pero no en que fuera sustituida por la del papa.

Sobre estos diversos puntos Pio VII estaba propenso á rendirse y á poner término á la interrupción del gobierno eclesiástico en Francia, para que no se le acusase de que por interés personal lo interrumpía, mas no se podía resignar á ceder sobre la cláusula adicional del Concordato relativa á limitar el tiempo dentro del cual la institución canónica debía de ser otorgada. Desde luego le parecía muy corto el plazo de tres meses; pero decía que cualquiera que fuese este plazo, si en definitiva luego de trascurrido podía ser conferida la institución por el metropolitano, se le despojaba y privaba de una de sus prerogativas mas preciosas. A esto los tres prelados respondían apelando á los recuerdos de los siglos antiguos. Decían que no siempre el papa había gozado de la facultad de instituir á los obispos; que si tres meses eran pocos, seis podían bastar para que se examinase la idoneidad de los promovidos á la mitra, criticarla si merecía ser criticada, y entenderse en suma con el poder temporal sobre las elecciones que necesitaran reforma; que además no había porqué suponer á este poder demente, dedicándose á nombrar prelados indignos y de fé dudosa por el gusto de componer mal su clero; que si no se consideraban suficientes estas garantías, era porque se quería hacer de la institución otro uso que el de asegurar la buena elección de sujetos y convertirla en medio de acción sobre lo temporal, á fin de tenerlo bajo mayor ó menor dependencia; y añadían que en ningún partido había nadie que estuviese pronto á

admitir que la prerogativa de la institución pudiese llegar á ser un arma en manos del papa, sobre cuyo punto había que renunciar á tener apoyo en ninguna porción del clero.

El infortunado Pio VII, á pesar de su talento eminente, no tenía toda la fuerza de razón necesaria para remontarse á los grandes principios sobre los cuales descansa la doble investidura de los pastores por el poder temporal y el poder espiritual, y por otra parte, cuando se manifestaba que la institución no podía ser un arma en manos del papa, creía que se le dirigía un cargo con este argumento, pues realmente muchas gentes le habían comunicado que se le acusaba de sacrificar, con la negativa de las bulas, los intereses de su religión á los de la Santa Sede. Así no sabía qué responder, reconocía no convenir que se pudiese abusar de la facultad de la institución en Roma, y sin embargo, no se rendía, porque se trataba de abandonar una de las prerogativas con que había hallado revestida á la Santa Sede. Ahora bien, transmitir la Santa Sede á sus sucesores menos rica de prerogativas que la había hallado, era á sus ojos una debilidad, una vileza, con que á ningún precio quería manchar su memoria. Sensibilísimo á la opinión pública, temía ser acusado por la cristiandad de ceder al miedo ó al cansancio de estar cautivo; y cuando se le hacía presente que se engañaba sobre el juicio que de su persona formaría el mundo católico en cediendo (lo cual era positivo, pues no era entonces tan romano como ahora aparenta serlo) replicaba: ¿Pero cómo queréis que pueda juzgar sobre esto, solo, cautivo, privado de todo consejo, no sabiendo sobre el dictámen de quien me

apoye para dictar providencias tan importantes? Y á este argumento, tan verdadero como doloroso, indignados los tres prelados de su cautiverio, aunque enviados por Napoleon, no sabian qué responder á su vez, y enmudecian con los ojos arrasados de lagrimas, ó le hablaban de consultar á un cardenal que estaba en las cercanias de Savona, el cardenal Spinelli, único purpurado, cuya asistencia estaban autorizados para ofrecerle.

Sobre el establecimiento del papado en general era la cuestion mucho mas árdua. Proponer al papa que sancionara con su consentimiento la abolicion del poder temporal de la Santa Sede, al precio de una rica dotacion y de suntuosos palacios en las capitales imperiales, era proponerle la abdicacion mas triste e ignominiosa. Sin embargo, conocia el decreto de la agregacion de los Estados Romanos al Imperio, y fuerza era dar por supuesta la caida de Napoleon, cosa que pocos espíritus preveian entonces, para no considerar tal decreto como irrevocable. De consiguiente se podia, y lo intentaron así los prelados, aconsejarle que, por prudencia y por el mismo interés de la Santa Sede, aceptara una compensacion que tal vez no se lograria mas tarde, compensacion acompañada ademas de tantas ventajas para la proteccion y propagacion de la fé católica. Aun expresando Mres. de Barral y Duvoisin un dolor sincero por las empresas de Napoleon, insistieron mucho sobre la necesidad de contemplar á un hombre que tan facilmente podia representar en Francia el papel de Enrique VIII en Inglaterra; sobre la cordura que habria acaso en aprovechar las indemnizaciones que se creia obligado á ofrecer en el momen-

to en que despojaba á la Iglesia, y que probablemente no pensaria en concederle, cuando la abolicion del poder temporal no fuera mas que una de aquellas catástrofes á que el mundo se habia acostumbrado durante los veinte últimos años; sobre todos los auxilios que de él se alcanzarian para el sostenimiento y la propagacion de la fé, cuando se hubiera satisfecho su ambicion desordenada. Conmovido el papa del tono, del lenguaje con que le eran sometidos tales consejos, no los recibió mal, y habló con los enviados de Napoleon como con amigos á quienes se abria en confianza, no como ministros de un adversario ante quienes debiera componer la actitud y el semblante. Convino en la dificultad de hacer que retrocediera Napoleon de sus resoluciones; no puso en cuestion la duracion probable de su poderio, aunque no le mirara como imperecedero, pues á veces manifestaba dudas singulares sobre este asunto, ya fuese por inspiracion ardiente de papa tan vivaz como piadoso, ó cierta luz que esclarecia súbito su mente de vez en cuando; pero fuera de estas consideraciones, por decirlo así, mundanas, desde el punto de vista de la conciencia y del honor, manifestó una repugancia absolutamente invencible á conceder lo que se le pedia. Ir á residir pontificalmente á Paris era un oprobio insoportable á sus ojos. Napoleon, decia, quiere convertir al sucesor de los apóstoles en su primer limosnero, pero jamás alcanzara de mí esta humillacion de la Santa Sede. Cree vencerme porque me tiene bajo sus cerrojos, pero se engaña: ya soy viejo, y dentro de poco no tendrá en sus manos mas que el cadáver de un pobre sacerdote muerto entre sus cadenas.

Mas hubiera convenido á Pio VII ir á fijarse en Aviñon, á causa de los precedentes que hicieron de esta ciudad para los tiempos de persecucion una residencia de los papas; mas reconocer la declaracion de 1682 impuesta por condicion de tal establecimiento, le era menos odioso, aunque penosísimo todavía, lleno como estaba de las preocupaciones romanas. Sin cesar repetía que Alejandro VIII, antes de morir, habia pronunciado la condenacion de las proposiciones de Bossuet, y que reconocerlas, acomodarse á ellas, se consideraria como una debilidad arrancada á su cautiverio. No obstante, entre las proposiciones de Bossuet distinguía unas de otras, y estaba pronto á admitir la que negaba á los papas el poder de derrar á los soberanos temporales, relevando á los súbditos de su deber de obediencia; pero abrigaba escrúpulos relativamente á las otras, que establecen, como es sabido, que la Iglesia no es un gobierno arbitrario, que tiene sus cánones por leyes, que la autoridad del papa, aun cuando comunmente superior á cualquiera otra, la halla sin embargo, á veces superior á la suya, cuando la misma Iglesia se congrega en concilios ecuménicos, esto es, universales. Estas máximas, que no son mas que un excelente resumen de la historia eclesiástica hecha por Bossuet, y que colocan á la Iglesia al frente de los gobiernos regulares y legales, en vez de hacerla descender á la clase de los gobiernos despóticos y arbitrarios, agitaban á Pio VII y le sumian en turbacion profunda. Yo, decia, nada emprenderé contra esas máximas, empeño mi palabra de honor, y ya se sabe que soy hombre de bien; pero no se me obligue á sancionarlas por formal compro-

miso, pues mas quiero permanecer encarcelado que caer en debilidad semejante. A Pio VII le satisficiera del todo el partido de volver á Roma, aun despojado de su corona temporal. Tornar á Roma sin dinero, sin córte, sin soldados, sin ninguno de los honores de un soberano, le hubiera parecido casi equivalente á su restablecimiento sobre la catedral de San Pedro. Pero ir allá á costa del juramento que le constituia súbdito de Napoleon, y le forzaba á reconocer el despojo del patrimonio de San Pedro, era mas imposible para él que todo cuanto se le pedia. No deseo, decia, ni necesito dotacion alguna: se disputa el poder temporal á los papas, dispúteseles mas bien su riqueza, pero no se les quite á Roma. Desde alli deben gobernar y santificar las almas; yo no demando el Vaticano, sino las Catacumbas. Permitaseme volver alli con algunos sacerdotes ancianos para ilustrarme con sus consejos, y desde alli continuaré mis funciones pontificias, sometiéndome á la autoridad del César, como los primeros apóstoles, y no haciendo nada para trastornar ó destruir esta autoridad. Se enardecia el santo papa, mostrabase elocuente, despedia luz de sus dulces y vivaces ojos á la sola perspectiva de hallarse en Roma, despojado de toda renta, comiendo el pan de la limosna, bien vencido, fuerza es declararlo, á pesar de la sinceridad de su humildad, de que este papa humillado seria mas poderoso que sobre el trono de San Pedro, tendria en jaque á Napoleon desde el fondo de las Catacumbas y quizá sobreviviria á su colosal imperio.

Sus deseos en este punto eran evidentes, y hasta los declaraba con ardor sencillo. Mas Mrs. de

Barral, Duvoisin y Mannay no le consintieron que acariciara ilusion semejante, haciéndole comprender á las claras que nunca Napoleon le concederia la libertad de volver como príncipe destituido á la capital donde habia reinado como soberano, sino que habia de volver indemnizado y sometido; que era forzoso renunciar á esta pobreza de las Galacumbas, tan envidiable para un ambicioso como para un sensato, y escoger entre Savona, donde estaba cautivo y privado de ejercer sus funciones pontificias, y Aviñon, Paris ó Roma, ciudades donde estaria libre, coronado con la tiara, ejerciendo la autoridad espiritual de lleno, ricamente dotado, pero súbdito, prestase ó no prestase juramento.

Estas explicaciones duraron muchos dias. Mrs. de Barral, Duvoisin y Mannay, á quienes se agregó el obispo de Faenza, acabaron por ablandar mucho á Pio VII, y lo que era aun mas importante respecto de un pontifice de delicada conciencia y muy sensible al juicio que se formara sobre su conducta, obraron sobre su convicción patentizándole que, si por su propia cuenta pudiera preferir el cautiverio á la concesion mas leve, en obsequio de la Iglesia debia de mirarse mucho en sacrificar ventajas que acaso no volveria á hallar nunca. Le hicieron entender que llegados los últimos dias de mayo, se veian obligados á partir para asistir á la apertura del concilio, que tendria lugar á principios de junio, y que era menester que fijara su pensamiento y les suministrara el arbitrio de ilustrar á los prelados reunidos sobre sus definitivas disposiciones.

Despues de enumerar las cuestiones una á una

y de haberle hecho repetir su opinion sobre todas, despues de haberle atraído á decir que no le repugnaba instituir los veinte y siete prelados nombrados, y que deseando dar á la iglesia de Francia, aun á costa de un gran sacrificio, claro testimonio de confianza y de afecto, reconocia, sin renunciar á la institucion canónica, que se necesitaba precaver el abuso que un pontifice mal aconsejado ó mal intencionado podia hacer de ella; despues de haberle arrancado por último la declaracion de que tendria que deliberar sobre el nuevo establecimiento ofrecido á la Iglesia, aunque solo cuando se viera libre y asistido de sus consejeros legitimos y naturales, le pidieron que les permitiera escribir estas diversas declaraciones, las cuales se abstendria de firmar para que no tuvieran carácter de convenio, si bien servirian para testificar, no sus voluntades pontificias, que no podria significar mas que rodeado de cardenales, si no sus disposiciones personales, de manera que no se las pudiera poner ni quitar nada.

Estrechado por las instancias de los cuatro prelados, por el anuncio de su partida, consintió en dejarlos escribir una declaracion no firmada, que contenia en sustancia las proposiciones que acaban de ser expuestas: 1.^a consentimiento por esta vez en instituir los veinte y siete prelados nombrados, sin mencionar el motu proprio: 2.^a obligacion para la Santa Sede de instituir en lo venidero dentro del término de seis meses á los obispos nombrados por el poder temporal, reconociéndose que, de no hacerlo, se entenderia estar autorizado el metropolitano por el papa para instituir en su nombre: 3.^a en fin, disposicion de prestar

oidos cuando el papa estuviera libre y rodeado de sus cardenales, á los acomodados que se le sometieran sobre el establecimiento definitivo de la Santa Sede. Ni siquiera se indicaba la índole de estos acomodados.

Generalizada así esta declaración y atendidas las opiniones á la sazón reinantes sobre la institución canónica, nada tenía que no fuera muy admisible y muy decoroso, y nada encerraba que pudiera ser de compromiso. Después de acordarla el papa, se separó con sentimiento de aquellos prelados tan prudentes, tan indignamente calumniados cerca de él por una porción del clero, y les bendijo con efusión grande. De allí partieron el 20 de mayo.

Con todo, Pío VII estaba agitado interiormente, y la noche que siguió á su partida no pudo reconciliar el sueño. Tan susceptible como concienzudo, temiendo el juicio de la opinión pública punto menos que el de Dios, no teniendo á nadie cuyo dictamen le consolara, se dejaba arrastrar poco á poco, después de una noche de insomnio, hasta creer que había incurrido en una insignificante flaqueza; que toda la cristiandad la calificaría de este modo; que le acusaría de haber abandonado los intereses de la fé por miedo á Napoleón ó por hastio de su cautiverio, y concibió este temor menos por las dos primeras proposiciones que por la postrera, aquella por la cual se comprometía eventualmente, cuando se hallara libre y rodeado de su consejo á examinar las proposiciones que se le pudiesen hacer respecto del establecimiento pontificio. Recelaba haber manifestado así un principio de adhesión á la supresión del poder temporal de

la Santa Sede y á la incorporación al imperio francés de los Estados romanos. Semejante visión le puso tan confuso y desesperado que hizo llamar sin demora al prefecto, preguntóle al verle llegar si los prelados habían salido ya de Savona, le suplicó, luego que supo que habían partido la noche antes, que despachara un correo para que les dijese que volvieran ó les significase, si no querían volver, que la declaración se debía considerar como no hecha; que era fruto de su debilidad, de su cansancio, de su salud quebrantada; que había caído en una especie de embriaguez de resultados de las instancias que se le habían dirigido, y que, cediendo, se había deshonrado, y añadía: —Véase lo que es privar á un pobre sacerdote, viejo, extenuado, con tan buena voluntad como insuficiencia; véase lo que es privarle de consejos que puedan ilustrarle. Así se le expone á cubrirse de ignominia.... Al decir estas cosas el pontífice infortunado, injusto consigo propio, se calumniaba de todas maneras para excusar su acto.

Dichosamente el día, la luz, la vista de los objetos reales influyen de buena manera sobre los espíritus agitados por la exaltación de las noches. El prefecto de Montenotte, que había adquirido cierto ascendiente sobre el pontífice de resultados de la calma, la afabilidad, la cordura de sus conversaciones, logró tranquilizarle algún tanto, y probarle que, después de todo, las dos primeras proposiciones eran conformes á lo que siempre había pensado y dicho, y que la tercera no era más que una promesa de examen, que ni siquiera indicaba solución alguna, y sobre todo ni aun mencionaba ningún sistema de ajuste. No obstante, para

sosegar á Pio VII respecto de este último punto, hizo el prefecto partir un correo con encargo de decir á los prelados que se debía borrar el párrafo relativo á la declaracion postrera, y borrar absolutamente; y que lo demas lo mantenía el papa, á tal de que no se considerase como un tratado, ni como un compromiso, sino solo como un preliminar que pudiera servir de base á las negociaciones. Conseguido esto, se tranquilizó Pio VII, y escribió al cardenal Fesch una carta en la cual, elogiando mucho á los tres prelados, y autorizando al concilio para creer lo que dijese, expresaba poco mas ó menos las disposiciones de que acabamos de dar cuenta.

Cuando estuvieron de vuelta en Paris los prelados enviados á Savona, mos róse Napoleon bastante satisfecho de las resultas de su mision, pues aunque se distara mucho de estar de acuerdo con Pio VII sobre el establecimiento definitivo del papado, se habia obtenido cuanto cabia desear relativamente á la institucion canónica, y en particular á la de los veinte y siete prelados electos, y no estaba amenazado de interrupcion el gobierno de la Iglesia. Todo temor de un cisma quedaba desvanecido del todo. Efectivamente, bajo el aspecto de la institucion canónica no podia menos el concilio de adoptar una solucion á que el mismo pontífice se acomodaba; y en cuanto al establecimiento pontificio el acuerdo naceria del tiempo, de la necesidad, de la omnipotencia de Napoleon y de la impotencia del infeliz Pio VII.

Casi todos los prelados habian ya llegado y ascendian á unos ciento, entre los cuales como treinta eran de Italia. Tanto los que faltaban de los

franceses como de los italianos, eran viejos achacosos, incapaces de viajar á largas distancias, ó bien algunos obispos romanos que habian negado el juramento á causa de la destruccion del gobierno pontificio. De todas maneras, la reunion de los prelados llegados era bastante para que el concilio tuviese el esplendor y la autoridad convenientes, pues, con muy raras excepciones, cuantos podian asistir habian asistido.

Las disposiciones de los prelados eran de indole adecuada á engañar á Napoleon y á engañarse á sí propios sobre las resultas del concilio. Aunque llenos en el fondo del alma de respetuosa compasion hácia los infortunios de Pio VII, desaprobadores por completo de la abolicion del poder temporal de la Santa Sede, impulsados al descontento por los círculos de los realistas devotos, entre los cuales tenian la costumbre de vivir la mayor parte de ellos, se hubieran guardado muy bien de manifestar sus sentimientos á las claras y, sobretudo, despues de la catástrofe de los cardenales negros. Hasta tal punto les espantaba la reputacion del duque de Rovigo que muchos de ellos hicieron testamento antes de abandonar sus diócesis y abrazaron á sus principales fieles, como si ya no los debieran ver nunca. Y en general los mas hostiles aparecian mas sumisos, pues aterrados como estaban creian á Napoleon tan sabedor de su secreto como á Dios mismo, y no le tenian por tan elemente. Acostumbrados los moderados á pensar algo menos mal de Napoleon, mostraban algo menos de sobresalto, hubieran querido aplacar el disturbio sobrevenido entre el emperador y el papa, hallar con este fin un término medio que contenta-

se á ambos y salir así de apuros, la Iglesia salva, el papa libre y Napoleon satisfecho. Sin embargo, si una chispa llegaba á inflamar los sentimientos ocultos en el fondo de los corazones, podia estallar una explosion terrible. Nadie lo sospechaba, y nadie en el gobierno de Napoleon era capaz de preverlo. Mr. Bigot de Preameneu, ministro honrado y apacible, no tenia idea alguna de las asambleas deliberantes, y aun el mismo Napoleon, habituado á adivinar todo lo que ignoraba, creia, juzgando por su Cuerpo legislativo, que dominaria á los obispos como á sus legisladores mudos y asalariados. No le daba mas cuidado su disputa con el papa que la que le diera con el gran duque de Baden, aunque le importunara esta *querrela de sacerdotes*, como él la llamaba, querrela que se hacia demasiado larga y tenaz para su gusto. Solo el duque de Rovigo, aun cuando jamas aprendiera por experiencia lo que podia llegar á ser una asamblea deliberante, muy avisado, habiéndose ganado diestramente la confianza de mas de un obispo, y sabiendo cuanto se atareaban los realistas de Paris por asediar á los miembros del concilio, concibió algunas aprensiones y dió á Napoleon cuenta de ellas. Este, contando siempre con Vincennes, con sus granaderos, con su fortuna, y embelesado ademas con el efecto producido por el nacimiento del rey de Roma, efecto que igualaba al brillo de sus mas insignes victorias, no habia hecho caso alguno de los temores que procuraban infundirle.

Al principio debió reunirse el concilio el dia del bautizo, mas no habiéndose congregado por la razon verdadera ó fingida de la imposibilidad para ancianos de asistir el mismo dia á dos grandes ce-

remonias, juntóse la semana siguiente, lunes 17 de junio, en el templo de Nuestra Señora. De resultas de las vivas instancias del cardenal Fesch, que aspiraba á la presidencia del concilio por razon de su silla (como arzobispo de Lyon que era) consintióse en una junta preparatoria celebrada en su casa en discernirle esta honra. Semejante resolucion fué adoptada por los obispos, no en consideracion á la calidad de primado de las Galias, que no reconocian, sino por empezar las operaciones del concilio con un acto de deferencia respecto del tio del emperador. Igualmente determinaron que se observara el ceremonial adoptado por el concilio de Embrun en 1727, y que se prestara á la Santa Sede el juramento, que despues del concilio de Trento se imponia á toda reunion provincial, nacional ó general de prelados.

Cardenales, arzobispos, obispos, en número de mas de ciento se dirigieron procesionalmente el 17 de junio por la mañana, desde el Arzobispado á Nuestra Señora, observando el ceremonial usado en los concilios. Aunque no conociendo Napoleon otra precaucion contra la libertad que el silencio, hubiera ordenado severamente la exclusion del público, y sobre todo de los periodistas, acudió á las puertas gran número de curiosos, unos para recoger cuanto pudiera llegar á sus oidos, otros para apacentar sus ojos en un espectáculo tan imponente.

Celebróse misa con mucha pompa, y seguidamente el abate de Boulogne, obispo de Troves, encargado de predicar el sermón de costumbre á la apertura de los concilios, habló á la larga y con muy adecuada elocuencia. En su plática sostuvo bastante al igual la balanza entre el pontifice y el

emperador, trató respetuosamente de las dos potestades, de la importancia de su concordia, no con la grandeza de Bossuet en 1682, pero con cierto brillo de lenguaje que cautivó al auditorio. Formalmente explicó su adhesión á las doctrinas de Bossuet, dijo asimismo que en caso de necesidad debía hallar una Iglesia en sí misma con que salvarse, doctrina que era la imperial encaminada á prescindir del papa, pero al propio tiempo hizo grande alarde de adhesión y de amor al pontífice cautivo. Singular síntoma de los sentimientos que rebosaban en todos los corazones! Cuanto dijo de las doctrinas de 1682, de la necesidad en que podía encontrarse una iglesia de salvarse á sí misma, pasó como doctrina acomodada á las exigencias del momento, y cuanto expuso acerca del respeto al poder pontificio produjo por el contrario una sensación profunda. Así su discurso, aunque revisado y censurado por el cardenal Fesch, tuvo todas las apariencias de un manifiesto secretamente hostil al emperador.

Inmediatamente despues del sermón, el cardenal Fesch, con la mitra en la cabeza y subiéndolo á un trono erigido para este acto, prestó el juramento prescrito por Pio IV: *Reconozco á la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, por madre y señora de todas las demas iglesias; prometo y juro verdadera obediencia al pontífice romano, sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles y vicario de Jesucristo.*

A pesar de no ser estas palabras mas que una fórmula convenida, conmovieron hondamente á los circunstantes, pues jurar obediencia al pontífice encarcelado á algunos pasos del palacio del emperador

que le tenia en cautiverio, podia parecer extraña osadía. Tal sucede siempre en las asambleas: todo lo que toca indirectamente al sentimiento secreto que las anima, sobre todo cuando este sentimiento se halla comprimido, las hace estremecerse. Se retiraron todos conmovidos, asombrados de lo que se habia sentido, y todo hombre experimentado que viera aquella asamblea, no dejara de prever que iba á emanciparse de los que pretendian manejarla, del gobierno y de sí propia.

Informado Napoleón por algunos avisos, de cómo habian pasado las cosas, quiso conocer el discurso de Mr. de Boulogne así como el juramento prestado, lamentóse vivamente de no haberlos conocido; lo cual atestiguaba tanto en él como en sus ministros la falta de atención de gentes ajenas á la conducta de las asambleas deliberantes, reconvinó á todos por una incuria de que él era mas culpable que nadie, riñó particularmente al cardenal Fesch, á quien respetaba muy poco, y de quien no podia tomar en serio, ni la ciencia, ni la virtud, ni la gravedad, y solo oyó á Mr. Duvoisin, que le explicó el origen y el sentido de este juramento establecido en 1564, inmediatamente despues del concilio de Trento, para responder á los protestantes con una fórmula solemne de adhesión á la Iglesia romana. Logróse al fin calmarle, demostrándole que en visperas de una resolución, que podia mermar algo la autoridad de la Santa Sede, era necesario que al blasonar de independiente la Iglesia de Francia, prestara tambien homenaje de fidelidad para no hacerse sospechosa y para no ser calumniada y para que su autoridad moral no padeciera menoscabo.

Por mas que Napoleon se apaciguara, desde este instante manifestóse algo menos confiado acerca de las resultas del concilio. Quiso que la direccion de la asamblea se fiara á manos seguras, y así decretó que esta direccion correspondiese á una mesa compuesta del presidente, de tres prelados nombrados por el concilio y de los dos ministros de Cultos de Francia é Italia, Mrs. Bigot de Preameneu y Bovara. En este decreto confirmó la resolucion que habia discernido al cardenal Fesch la presidencia.

Ademas se habia preparado un mensaje redactado por Mr. Daunou en un lenguaje tan literario como impolítico, muy enmendado por Napoleon, pero no lo bastante para que fuera conveniente, mensaje en que exponia toda la historia del conflicto con Roma, muy á la larga y con dureza, y en que se presentaba la cuestion que se habia de resolver de una manera harto imperativa. Tanto el decreto que regulaba la direccion de la asamblea como el mensaje, fueron llevados al concilio el jueves 20 de junio. Los dos dias trascurridos entre el lunes y el jueves, se pasaron en entrevistas secretas, mucho mas activas por parte de los descontentos que de los adictos al poder. Siempre que la libertad asoma en cualquiera parte, halla al poder novicio, torpe, irritable por lo mismo que es torpe, y le turba tanto como le desagrada. Aqui se debia experimentar una prueba, y de irritarse inhábilmente contra lo que no se habia sabido evitar.

Tuvo, pues, el concilio una sesion general el dia 20. Los dos ministros, llevados á Nuestra Señora en carruages de la corte y escoltados por la

guardia imperial, llegaron allí con gran pompa y llevando en la mano el decreto relativo á la formacion de la mesa y el mensaje. Sentáronse al lado del presidente y ante todo leyeron el decreto, cada cual en su idioma. Esta autoridad, que recordaba la que los emperadores romanos ejercieron cerca de los primeros concilios, cuando el cristianismo no habia aun instituido su gobierno y tratado de igual á igual con los soberanos de la tierra, causó una sensacion muy viva, aunque solo se manifestó en los semblantes. Dejose que el moderno César confirmara el nombramiento de presidente y estableciera sus dos comisarios imperiales á derecha é izquierda de la silla presidencial, y luego todos empezaron á depositar en una urna los nombres de los tres prelados que debian completar la mesa. En una asamblea bien dirigida se dividieran los votos en dos porciones, una representando la opinion dominante, y otra la contraria, condicion indispensable para que toda reunion de hombres llegue al fin para que se ha formado. No estando bien dirigida, fué extremado el desparramamiento de votos. De cien individuos presentes, el candidato que mas votos obtuvo apenas llegó á treinta. Se dieron al arzobispo de Ravena, que llegó á juntar este número, porque se queria hacer á los italianos la corte de llamar á la mesa á uno de sus prelados. Despues de este, Mr. de Aviau, arzobispo de Burdeos, eclesiástico respetable aunque de cortas luces, y que nada hacia por ocultar la indignacion que le causaba el cautiverio del Padre Santo, obtuvo veinte y siete, Mr. de Barral, arzobispo de Tours, Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, bien conocidos ambos por su mérito, por su papel conciliar.

liador y su reciente mision á Savona, sacaron cada uno diez y nueve. Como no faltaba mas que un miembro para completar los tres nombramientos que habian de efectuarse, se echaron suertes entre Mrs. de Barral y Duvoisin, y á este último tocó ser individuo de la mesa. Despues de formada esta, leyóse el mensaje, y su redaccion dura, altanera, produjo la impresion mas penosa. Todos los agravios respecto de la Iglesia, se hallaban allí recordados con estremada amargura, lo cual no se armonizaba con la mision pacifica de Savona, que parecia haber sido determinada con el deseo de un ajuste amistoso, y de la cual afectaba el gobierno mostrarse satisfecho para disponer los ánimos favorablemente. Se separaron los prelados tristes y confusos.

Primer síntoma deplorable eran las elecciones del concilio. Efectivamente en la eleccion de personas revelan hasta las asambleas mas secretas sus verdaderas inclinaciones, porque así tienen la ventaja de poner sus opiniones en claro sin exponerse al trabajo ó al peligro de explicarlas. Ahora bien, aquí en medio del desparramamiento de votos resultante de la falta de direccion, el único miembro que tuviera mayoría despues del arzobispo de Ravena, elegido por cortesía, fuera el arzobispo de Burdeos, notoriamente desaprobador de la política religiosa del gobierno.

Otro síntoma no menos triste se habia notado, debiéndose en gran parte á las tergiversaciones del cardenal Fesch, y era la situacion en que se colocó á los prelados electos y no instituidos. De veinte y siete que se hallaban en este caso, no se podia disputar la calidad episcopal á diez y ocho, aun-

que se les pudiera disputar su sede; eran los que promovidos de unas diócesis á otras no tenían título cuestionable mas que respecto de la diócesis nueva, aunque lo tenían incontestable relativamente á la antigua. Así el cardenal Maury podria no ser aun arzobispo de París á los ojos del papa, mas era sin duda obispo de Montefiascone. Nueve eclesiásticos, de los veinte y siete promovidos por vez primera á la misma, no eran todavía obispos para la Iglesia, aunque lo fueran para el poder que los habia nombrado. Puesto que se les habia convocado, era poco decoroso negarles voto deliberativo, especialmente ofreciendo ejemplo los concilios antiguos de miembros deliberantes que no eran obispos. Habiendo querido el cardenal Maury introducir en una de las juntas preparatorias celebradas en casa del cardenal Fesch á un obispo no instituido, Mr. de Boulogne, autor del discurso de apertura, exclamó que ya era un escándalo la presencia de estos prelados en sus diócesis y que seria aun mayor y hasta intolerable en la asamblea donde se iba á decidir de su suerte. Este vehemente apóstrofe, sufrido en casa del presidente del concilio, en casa del tío del emperador, hubiera debido recibir en el mismo instante una respuesta, mas, por el contrario, todos se inclinaron con cierta especie de sumision ante las palabras de Mr. de Boulogne, lo mismo el cardenal Maury que el cardenal Fesch, y los *no instituidos*, segun se les llamaba, fueron excluidos sin oposicion de las juntas preparatorias. En el escrutinio para la votacion de la mesa concedióseles voto deliberativo, bien que especificando que seria por aquella vez sola y sin que sirviera de precedente. Nadie osa-

ba combatir la opinion que segregaba á los prelados *no instituidos*. Evidentemente se veia que si fuera del concilio se temblaba delante del soberano que dominaba al imperio, dentro del concilio se temblaba mas todavía si cabe, á otro soberano ya muy aparente, á la opinion pública que condenaba las violencias despóticas de Napoleon contra la Santa Sede, y condenaba estas violencias mucho mas que sus doctrinas teológicas, fuerza es decirlo, puesto que el mismo Mr. de Boulogne parecia dispuesto á admitir limites á la institucion canónica. Sin duda para excitar esta opinion se agitaban los realistas antiguos, ocultándose en la sombra; pero la opinion artificialmente formada se conoce pronto; es menester impulsarla para que estalle. Al revés la opinion espontánea, verdadera, natural, procura contenerse, estalla de improviso y á pesar suyo, como la pasion, con el sentimiento de haberse abandonado á sus arranques. Tal se veia aqui y tal se vió todavía mas á las claras á cada sesion de esta singular asamblea.

Despues de estas juntas preliminares, manifestóse cierta especie de ansiedad donde quiera. Los prelados parciales del gobierno, y no eran los mas numerosos, hubieran querido que se les diese mas apoyo y que no se abandonase á sus colegas no instituidos. Se lamentaban de no verse sustentados ni por el cardenal Fesch, ni por el ministro de Cultos, ágenos uno y otro al arte de regir una asamblea, y doblándose alternativamente delante del emperador ó delante del concilio. Los prelados en mayor número que, sin ser precisamente parciales del gobierno, deseaban un acomodo entre el emperador y la Iglesia, por amor del bien, por te-

mor de una colision, mostrábanse desconsolados de resultas de la forma del mensaje. Se les habia asegurado y habian creido que los enviados á Savona volvieron ya acordes con el papa. ¿Era verdad? ¿Era mentira? No sabian á que atenerse, despues de oir mensaje tan acre, tan duro, y hasta se podia decir, tan brutal. ¿A qué venia por ejemplo aquella vehemente salida sobre la bula de excomunion? Se convenia en que esta bula constituia una falta, pues nadie aprobaba que se tratase de derrocar la autoridad establecida despues de una revolucion sangrienta, cuyo recuerdo no se habia borrado. Pero si el papa usara de la palabra ¿qué no pudiera decir asimismo de su palacio forzado, de su sacra persona arrebatada por gendarmes y encarcelada como la de un reo de Estado? ¿A qué ademas las recriminaciones, si habia proposito de entenderse y reconciliarse?.... ¿Habia probabilidad de conseguirlo?.... ¿Se esperaba aun?.... ¿Por qué no se explicaban sobre esto?.... ¿por qué no se hacia saber si habia ó no acuerdo con la Santa Sede?

Esto repetian los prelados moderados, que formaban la mayoría, y deseaban un término pacífico á todos los disturbios. Entre ellos con especialidad los de Italia parecian estupefactos. De su país habian partido con la idea de que donde quiera se admiraba á Napoleon y se le temia, y en París, en el seno de la capital de Francia, hallaban que sin duda se le temia mucho, pero que, á pesar de este temor, la poblacion parisiense, siempre iadomable, juzgaba, criticaba á su soberano, le censuraba á veces con violencia, y distaba mucho de someterse á quien, sin embargo, deseaba que estuviese sumiso el mundo. Aquellos pobres italianos pedian

que se les explicara tal contraste y á la ansiedad general juntaban el mas extraño asombro.

En cuanto á los prelados resueltamente hostiles al gobierno, tan poco numerosos como los que le eran resueltamente adictos, estaban dominados unos por la indignacion sincera de los atentados cometidos contra el papa, otros por las pasiones del antiguo realismo que empezaba á despertarse por efecto de las faltas del poder. Con todo, cualquiera que fuese el motivo de su hostilidad, estaban muy satisfechos del espíritu que manifestaba el concilio, aunque les asustasen las consecuencias que podian seguirse, y se dejaban arrastrar á su inclinacion con inexperiencia completa del mundo y de los hombres, porque la santidad no es siempre la prudencia.

Una ocasion nueva é importante se iba á ofrecer al concilio para revelar las disposiciones de que se sentía animado, y era la de la contestacion que al mensaje imperial debía darse. Habiendo enunciado el gobierno desde su punto de vista los hechos y las cuestiones que se derivaban de ellos, debía á su vez el concilio exponer desde el punto de vista suyo unos y otras. De aqui resultaba la necesidad de un informe: una comision habia de redactarlo naturalmente; y esta comision, formada segun el espíritu del concilio, se componía de los cardenales Spina y Caselli, personajes muy ilustrados aunque aspirasen como todos los italianos, individuos de esta asamblea, á eludir las dificultades mas bien que á resolverlas; de los arzobispos de Burdeos y de Tours, el primero honrado, pero ciego por la pasion, segun hemos dicho, el segundo, Mr. de Barral, vuelto de Savona y ya harto

conocido; de los obispos de Gante y de Troyes, Mrs. de Broglie y de Boulogne, prelados respetables, que del entusiasmo hácia el primer consul habian pasado á un odio imprudente contra el emperador; del obispo de Nantes, Mr. Duvoisin, de quien nada hay ya que decir para que se le conozca; y finalmente de los obispos de Comacchio y de Ivrea, italianos, que trataban de pasar por entre los escollos de la situacion sanos y salvos. Reunióse la comision en casa del cardenal Fesch que debía presidirla.

Allí se debatieron todas las cuestiones generales que la situacion engendraba mas bien que la cuestion especial de la institucion canónica. Difícil era ponerse de acuerdo sobre asuntos tales como las proposiciones de Bossuet y mas delante de obispos italianos; sobre la bula de excomunion, generalmente deplorada, aunque no se hablara de ella en el mismo tono; sobre las relaciones de la Santa Sede con el poder temporal en el momento en que un soberano omnipotente queria quitar su existencia de principes á los papas; sobre las prerogativas del papado y sobre la facultad que podia tener de desprenderse de ellas en tales ó cuales casos. Hubo sí acuerdo en punto á reconocer la necesidad de avenencia entre el emperador y Pio VII; y aun doblándose bajo la mano de ambos, reconociendo los grandes servicios que habia prestado á la Iglesia, todos se inclinaban de corazón (sentimiento que honra al concilio) hácia el que estaba proscrito y preso. El texto del proyecto de contestacion al mensaje, prudente respecto de Napoleon, estaba lleno de efusion hácia Pio VII. Finalmente despues de modificar este texto en diversos

sentidos, siendo el autor Mr. Duvoisin, presentóse al concilio el 26 de junio.

A pesar de que el proyecto, redactado por un hombre juicioso, enmendado despues por muchos personajes de opuestas inclinaciones, hubiera perdido las asperezas que podian ofender las susceptibilidades contrarias, produjo en los prelados conmovidos por su reunion en gran cuerpo, las mismas sensaciones que en el seno de la comision habia producido. A los italianos chocaban las doctrinas de Bossuet demasiado claramente significadas: en general los moderados oian con pena que la bula de excomunion se trajera á la memoria, gran falta del papa, que embarazaba á todos, excepto á los partidarios decididos del gobierno. Estos creian que los derechos del poder temporal debieron ser formulados de una manera mas terminante y la competencia del concilio enunciada mas á las claras. Al revés sus adversarios no querian que sobre esta última cuestion se contrajeran compromisos de antemano y deseaba que no se pasara de generalidades, expresando la buena voluntad de poner término á los males de la Iglesia.

Estas son las vacilaciones comunes de las asambleas deliberantes, á menos que, formadas por una larga práctica, no tengan abrazado su partido y adquirido el talento de gobernarse. No podia ser este el caso de una reunion tan nueva y llamada á tratar de materias tan arduas. Pero allí acontecia un fenómeno, extraño á los ojos de los hombres inexpertos, muy comun á los ojos de los hombres acostumbrados al regimen de los paises libres. Apenas estos prelados, tan tímidos en París, se congregaban en concilio, sentianse como trasfor-

mados; les abandonaba el miedo; poniase de manifiesto el sentimiento que dominaba á la mayoría, y este sentimiento era un dolor profundo por la situacion de Pio VII, sentimiento que se podia convertir en indignacion al primer choque. Efecto de las grandes reuniones de hombres es borrarse los sentimientos particulares para dar vuelo al sentimiento general que las anima, sentimiento que alternativamente violento, si es contrariado, y pacificamente dominador, si no lo es, arrastra á menudo hasta á los que ven que lleva mas lejos de lo que ellos quisieran ir. Por esto en las asambleas deliberantes se necesitan tanto carácter y sangre fria para saber gobernarse á si mismo y á los demas, y por esto las tales asambleas son, segun el uso que de ellas se haga, instrumentos tan útiles ó tan peligrosos.

Ni uno de los prelados presentes á la discusion de este mensaje habia pensado en las emociones que experimentaria ni en las resoluciones que adoptaria en la sesion de que se trata. Intimidados los mas de los miembros del concilio antes de entrar en el salon de las sesiones, sintiéndose enardecidos y envalentonados ya juntos, aprobaban por una parte, censuraban por otra, se interrumpian como los legos, y reclamaban estos tal enmienda, aquellos tal otra, reclamaciones á las cuales Mr. Duvoisin, redactor del dictámen, respondia con mucha paciencia y mesura, á fin de llegar á un resultado. Cinco horas hacia que tanta agitacion duraba, cuando el obispo de Chambéry, prelado respetable, hermano de un general al servicio de Napoleon, Mr. Dessoles, se levanta y con los ojos animados por la indole de la proposicion que le bulle en la

mente, dice que los prelados reunidos en concilio no pueden deliberar allí como miembros de la Iglesia, mientras el jefe de la Iglesia universal, el venerable Pio VII, se halla aherrojado; y propone al concilio ir en cuerpo á Saint Cloud á pedir al emperador la libertad de Pio VII, añadiendo que, dado este paso, y alcanzada la libertad del pontífice, se podrían resolver las cuestiones propuestas y probablemente llegar á entenderse. A estas palabras se siente que todos los corazones vibran de ternura, de compasion respetuosa y hasta de remordimiento, pues habia poca dignidad en deliberar tranquilamente bajo las bóvedas de la basilica metropolitana, mientras cautivo el papa no tenia un amigo con quien franquearse, ni un pedazo de papel para trascribir los pensamientos que agitaban su alma. Gran parte de los prelados, hasta los mas moderados, se levantan gritando. ¡si, si, á Saint Cloud! Todos aquellos ancianos se encuentran arrebatados de entusiasmo. Conociendo los mas reservados el peligro de paso semejante, quieren y no osan oponer á los impulsos de la generosidad las consideraciones de la prudencia: mayor miedo tienen al sentimiento que domina las almas dentro del concilio que al terrible poder que fuera de allí lo avasalla todo. Aturdido el cardenal Fesch, no sabiendo qué hacer, consulta á la mesa, y no halla quien le dé luz alguna entre los dos ministros, cuya presencia irrita al concilio sin dirigirle, y siguiendo el parecer de Mr. Duvoisin, único capaz de dar un consejo provechoso, levanta la sesion y cita para el dia siguiente. Cuerda era la resolucion y se ejecutó al punto, apresurándose los prelados mejor avisados á abandonar sus sillas para arras-

trar á los demas con el ejemplo; y dejando á los mas animados que pidieran no separarse hasta que se hubiese deliberado.

A pesar del silencio de los periódicos, el efecto de esta sesion fué en París muy grande, y vivo el gozo de los enemigos de Napoleon, poco numerosos antes y que ya empezaban por culpa suya á serlo mucho. Se agolpaban los hombres de partido en torno de los padres del concilio, les halagaban, les alentaban á ir todavía mas lejos. Pero estos infelices obispos, ajenos á la política, aunque algunos fueran antiguos partidarios de los Borbones, estaban pasmados al considerar lo mucho á que se habian atrevido, y al salir de Nuestra Señora sintieron renacer el terror que el duque de Rovigo les inspiraba. Este, en efecto, no habia dejado de hacerles saber por prelados de su confianza, que era menester que reflexionasen bien sobre su conducta, pues no era hombre para contemplarlos y permitirles que renovaran las escenas de la revolucion con hábito religioso.

Reunido el Cuerpo legislativo en este momento, por haberse deseado que asistiera al bautizo, y cuya reunion se aprovechaba para hacerle que autorizara el presupuesto, estaba sorprendido, confuso, celoso. Cuerpo sin vida, ocioso, asalariado, no teniendo que resolver ninguna cuestion seria, avergonzabase de su nulidad, y oíase á sus individuos decir donde quiera, que si no se andaba con cuidado, la convocatoria de estos prelados vendria á ser la convocatoria de los Estados generales del imperio y á producir sabe Dios cuáles consecuencias; pero que sin duda el emperador les pondria á raya, y que ellos estaban prontos á votar las leyes

que se necesitasen para terminar aquellas disputas dignas de otro tiempo. No carecia de verdad el aserto de estos tristes legisladores. Con efecto, el concilio se asemejaba á los Estados generales, sobre todo en un punto, el de que la primera reunion de ciudadanos, formada bajo este reinado, hacia estallar de repente, y con una violencia que no se habia previsto y á que no se podia poner freno, los sentimientos que animaban á todos los corazones.

Napoleon, que, con toda su perspicacia, no sospechaba que tal explosion hubiese, estaba sorprendido, irritado, se paseaba con agitacion en su gabinete, proferia amenazas, pero no se desbordaba todavia, conteniéndole Mrs. Duvoisin y de Barral que le prometian un feliz desenlace de la convocacion del concilio, si sabia tener paciencia y mesura.

Al dia siguiente el concilio apareció en calma, segun costumbre de las asambleas que, semejantes en esto á los individuos, tras de un dia de agitacion se muestran apacibles, y alteradas tras de un dia de reposo. Mrs. Duvoisin y de Barral, todos los hombres sensatos que temian violencias y que no desesperaban aun de un desenlace venturoso, se esparcieron por las filas de la santa asamblea, diciendo que luego que se adoptara el proyecto de contestacion al mensaje, y se dieran garantías al poder temporal contra el papal, que tenia tambien sus abusos, como la bula de excomunion lo testificaba; luego que se pusiera de manifiesto la disposicion del concilio á hacer que cesaran las negativas de institucion canónica, sosegado Napoleon seria mas condescendiente y restituiria el papa á los fieles. Gracias á muchas explicaciones de

esta clase, dadas mano á mano, gracias á nuevas enmiendas que quitaron todo carácter al mensaje, fué votado este casi por la totalidad de los miembros del concilio, excepto los italianos, que no pudieron asociar su voto á causa de las proposiciones de 1682, bien que tampoco se pronunciaran en contra, á fin de probar que se abstendian y no se oponian.

Fué, pues, adoptado el proyecto de contestacion despues de las dificultades y las discusiones, cuya relacion acaba de leerse. Hondamente ofendido Napoleon de resultas de las enmiendas que habia sufrido, hizo declarar que no lo recibiria, lo cual intimidó al concilio sin templarle, pues se puede infundir sobresalto á los corazones poseidos de un sentimiento, pero no se le extingue, y resalta de nuevo á la primera coyuntura.

En estas sesiones los prelados no instituidos fueron definitivamente sacrificados, ó mas bien se sacrificaron ellos mismos, renunciando á la facultad de votar, por desesperar de obtenerla. El principe primado, canceller de la Confederacion del Rhin, gefe de la iglesia alemana, habia sido recibido en el concilio con sumo trabajo, porque aquellos obispos, muy poco al nivel de los hombres y de las cosas de su tiempo, se figuraron, por lo que se les habia referido, que este principe eclesiástico era un filósofo, un iluminado, un incrédulo, y no imaginaban que pudiera ser otra cosa un noble, un sacerdote que se atrevia á blasonar de amigo de Napoleon y de Francia. Sin embargo, oyeron con curiosidad y con algun fruto sus pesares sobre el estado de la iglesia alemana, estado que era prueba patente del abuso de la institucion canónica.

ca, cuando en vez de ser garantía de las buenas elecciones, se trasforma en arma de guerra. Oyendo á este príncipe le juzgaron mejor y admitiéronle en el concilio con uno de sus sufragáneos.

Al cabo había que entrar en la cuestión magna para que se convocaba al concilio, y Mr. Duvoisin anunció que el emperador exigía que se ventilara sin demora. Con efecto, esta reunión molestaba á Napoleon y no quería que siguiese no haciendo nada. Agregóse á la comisión que había redactado el dictámen, al obispo de Tréveris, uno de los enviados á Savona, al obispo de Tournay, alsaciano de costumbres relajadas y de opiniones violentas, y se encargó á la misma la cuestión espionosa de la institución canónica. Por la negativa de ella había declarado el gobierno que el concordato estaba violado á sus ojos, pues dejaba veinte y siete sedes vacantes; que por consiguiente se creía exento de la observancia de este tratado, y no lo podría admitir de nuevo, si no se adoptaban las modificaciones que evitaran la repetición de los abusos que se estaban tocando. Al concilio incumbe discurrir y votar estas modificaciones.

En casa del cardenal Fesch se reunió la comisión compuesta de doce miembros. Al cabo se hallaba en lo esencial de la tarea: ya era menester renunciar á todas las tergiversaciones y explicarse sobre el grave asunto sometido á los padres congregados. Si alguno hubiera sido por sí solo la prudencia armada, lo cual es raro por desgracia, debiera fallar á la vez que el principio de la institución canónica había de quedar inviolable y que el papa debía instituir los veinte y siete prelados nombrados: si además hubiera sido la prudencia

poderosamente armada, indujera á Napoleon á restituir á Pio VII la ciudad de Roma, ó á darle al menos la de Aviñon sin compromiso contrario á las susceptibilidades de este pontífice, por ejemplo, le concediera Aviñon, sus cardenales, su gobierno, la dotación conveniente, sin hacerle sancionar el abandono del territorio romano, sin hacerle reconocer aquella declaración de 1082, tan verdadera sin duda, bien que tan embarazosa para el jefe de la Iglesia romana, y tan indecorosa para aceptada en la posición en que se le tenía. Así el papado hubiera residido en lugar histórico para la Santa Sede, libre y honrado, quedando á cargo de Dios lo por venir como conviene á su poder y no al nuestro. Esto era todo lo que el tiempo consentía entonces; pero no pudiendo nadie hacer que prevaleciera esta solución media, que existe casi siempre en cualesquiera circunstancias, y que es la mejor con mucha frecuencia, disputábase violentamente, teniendo cada uno un fragmento de la verdad en sus manos.

Ante todo era necesario exponer lo convenido en Savona entre el Padre Santo y los tres prelados que allí fueron enviados, lo cual por otra parte se aproximaba mucho á las conclusiones que acabamos de enunciar como las más aceptables. Mr. de Barral lo hizo con oportunidad suma, con respeto mezclado de viva simpatía hacia el papa y con sinceridad completa. Comunicó la nota consentida por Pio VII, teniendo cuidado de suprimir el último artículo sobre cuyo texto había manifestado tantos escrúpulos el papa. Esta nota contenía por sí sola un cabal ajuste, y por esto precisamente no correspondía á las disposiciones hostiles de la comisión. Se le

preguntó porqué no estaba firmada esta nota; monsieur de Barral lo dijo, y el cardenal Fesch leyó la carta del papa, que daba á la nota una autenticidad verdadera. De todo se prescindió, así de la carta como de la nota: no se quiso ver en este papel sin firma mas que un documento sin significacion, obtenido por sorpresa de la religion del papa, arrancado quizá por efecto de su cautiverio, y al cabo nada mas que un principio de ajuste y no un ajuste exacto y definitivo. Todo estaba de consiguiente por hacer, en sentir de los miembros de la comision, como si no se hubiera visto al papa.

Segregada la sencillísima solucion á que se habia atraído á Pio VII por espíritus mal dispuestos á buscar las facilidades de la cuestion, habia que tratar del asunto de plano, y el primer punto que se debia examinar era el de la competencia del concilio. Entonces Mr. Duvoisin estableció con tanta claridad como vigor de lógica la tal competencia. Con efecto no habia ni el menor asomo de duda en que, incompetente para cuestiones de dogma y de disciplina general que solo hubiera podido resolver la Iglesia universal, el concilio era competente del todo para una cuestion de disciplina nacional que no tocaba mas que á la Iglesia francesa; y la prueba de que se trataba de una cuestion de disciplina particular es que el método de nombramiento y de institucion de los prelados varia de pais á pais y se arregla por tratados especiales entre los diversos gobiernos y la Iglesia. Al oír estas razones, el obispo de Gante (Mr. de Broglie), el obispo de Tournay (Mr. d'Hirn), el arzobispo de Burdeos (Mr. de Aviau) pataleaban de impaciencia y anhelaban responder al sabio profesor de la Sor-

bona, á quien llamaban su maestro en ciencia eclesiástica y á quien, sin embargo, todos querian enseñar á pensar rectamente sobre la cuestion suscitada. Tamaña dificultad, segun ellos, no podia ser resuelta sin el papa, y de no mediar su concierto el concilio era incompetente para resolverla por sí solo. Sin duda hubiera valido mas que así fuera, replicaba Mr. Duvoisin, pero se trataba del caso de extrema necesidad únicamente, y habia que admitir que para estos casos muy raros poseia cada Iglesia en sí misma el medio de salvarse; habia que admitir que si por una fuerza mayor cualquiera se verificaba el vivir separados del papa durante años, que si durante años no hubiere papa y la cátedra de San Pedro se hallara vacante, ó si, como ya habia sucedido, estuviera ocupada por un pontífice indigno, era indispensable que el metropolitano volviera á ejercer la facultad que tuvo en otro tiempo de instituir á los obispos. Hasta el cardenal Caselli exclamaba que, aun cuando no hubiera mas que un obispo en el mundo, este poseeria el derecho de instituir á los restantes. Tal hipótesis ponía fuera de sí al arzobispo de Burdeos, diciendo que era contraria á las promesas de Jesucristo, que habia prometido la eternidad á su Iglesia. Cabalmente para que la Iglesia sea eterna, se le contestaba, debe tener el medio de perpetuarse, ajustándose á las reglas del buen sentido y salvándose en caso de necesidad. Los espíritus cuerdos descaban que se saliera de estas quiméricas suposiciones y que, fijándose en la realidad, se examinara si, por ejemplo, se podia en las circunstancias presentes prescindir del papa en la institucion de los obispos. Y con efecto, colocándose en la hipó-

tesis verdadera, de un papa obstinado en servirse de la negativa á la institucion como de un arma, era imposible sostener que una Iglesia no tuviese el derecho de salvarse á sí misma y de sustraerse al abuso de una facultad destinada á otro objeto.

De todos modos era menester dar de mano á las sutilezas y determinar á las claras. Asi se hizo al cabo y no hubo mas votos á favor de la competencia del concilio que los de los tres prelados enviados á Savona. Ni el cardenal Caselli, que habia planteado la cuestion de la propia manera que Mr. Duvoisin, se atrevió á ser de su dictámen, y en la misma debilidad incurrió el cardenal Fesch, siempre contemplativo con el partido adversario de su sobrino. De esta suerte aconteció que de doce votos, no más que tres osaron declarar la competencia del concilio. Se concibe que se usara con suma discrecion de esta competencia para pesar sobre el papa y sobre Napoleon mismo, y arrancar de sus escrúpulos al uno y de su humor despótico al otro; pero negar en un caso de disciplina particular la competencia del concilio, equivalia á desarmarse y á dejar al papa y á Napoleon frente á frente, sin ningun poder intermedio para procurar su avenencia.

Desde entonces el objeto de la convocatoria se podia considerar frustrado, y quedaba todo á merced de las eventualidades de la cólera de Napoleon, que todo lo queria determinar sin el auxilio del papa ni del concilio, acabando en suma por violencias. Se apresuraron á ir á Saint-Cloud para informarle de lo acontecido, y manifestóse exasperado. La presencia de su tío, que tambien llegó á comunicarle tal noticia y á deplorar el resultado, que

no habia tenido valor de precaver, acrecentó aun mas su ira, exhalada en palabras de desprecio y de injuria. Afectando el cardenal defender á la comision con consideraciones teológicas, interrumpióle Napoleon y le preguntó desdeñosamente dónde habia aprendido lo que le estaba relatando, que á pesar de ser soldado sabia él mas de esta materia; que á la verdad la mayor parte de sus colegas de la Iglesia francesa no eran mas doctos; que habia querido restaurar su importancia, restituir á la Iglesia galicana la grandeza que bajo Bossuet tuvo; pero que no eran dignos de mision tan alta; que en vez de ser los príncipes de la Iglesia no eran mas que los bedeles, y que se encargaria de sacarla del conflicto por sí solo; que iba á hacer una ley declarando que el metropolitano bastaba para instituir á los obispos electos; que al instante se ejecutaria en todo el imperio, y que ya se veria si la Iglesia no se podia salvar sin el papa. Todo esto cabia en lo posible de seguro, pero era volver á la constitucion civil del clero, de la cual Napoleon se habia burlado tanto tiempos antes y de la cual tuvo la gloria de salir por medio del Concordato.

En esto apareció Mr. Duvoisin, que fué por su parte á calmar una cólera fácil de prever y á evitar sus resultas. La presencia de este prelado sacó á Napoleon de la irritacion á que la presencia del cardenal Fesch le excitaba casi siempre, y recordando su sangre fria, dijo: —Oigamos á Mr. Duvoisin, que éste sabe lo que se habla. — Deplorando Mr. Duvoisin con razon que se hubiese desarmado el concilio al declarar su incompetencia, sostuvo, no obstante, que no convenia obrar como si estuviera perdido todo, y que tomando otra base

que la competencia del concilio, apoyándose en la misma nota de Savona, habia posibilidad de llegar al mismo fin por otro camino. En su concepto se podia hacer una declaracion donde se estipulase, por ejemplo, que las sedes no estarian vacantes mas de un año, dándose al poder temporal seis meses para el nombramiento y otros seis meses para la institucion al papa, y que, trascurridos estos seis meses, se entendiera que el papa habia delegado en el metropolitano la facultad de instituir á los súbditos promovidos al episcopado. Ademas se podia terminar la declaracion esta dando gracias al papa por haber puesto fin con este ajuste, emanado de su santidad, á los males que sufría la Iglesia. Mr. Duvoisin añadió que no se le alcanba que la comision no accediera á una solucion que el mismo papa habia aceptado.

Napoleon consintió en hacer esta nueva tentativa y en remitir al dia siguiente el uso de su autoridad suprema, que á sus ojos era bastante para resolverlo todo, sucediera lo que sucediera y dijérase lo que se dijese. MM. Fesch y Duvoisin se retiraron, pues, con el encargo de hacer que la comision adoptara este plan nuevo.

Flotando la comision, segun costumbre de este malhadado concilio, entre dos amos y dos temores, entre Napoleon exigiendo ser obedecido y la opinion exigiendo ser respetada, recalcitrante la vispera apareció trémula al dia siguiente. Muy al vivo pinto el cardenal Fesch la cólera de su sobrino. Mr. Duvoisin no disimuló que, si no se sabia adoptar un partido, iba á quedar expuesta la Iglesia á contingencias peligrosas; que de cierto era digno de lástima el papa; pero que era menester

sacarle de su situacion horrorosa, colocándose entre él y el emperador; que ofrecia el medio de llegar á este fin la nota aceptada por él en Savona; que no habia mas que convertirla por un decreto del concilio en ley del Estado, y dar en seguida gracias á Pio VII por haber prestado su consentimiento á esta solucion y salvado de consiguiente por sí propio á la Iglesia de un abismo; que terminada así una parte de las controversias religiosas, ya se hallaria para las demas el oportuno desenlace, pues satisfecho Napoleon se mostraria mas condescendiente, y sin duda podria fin al cautiverio del padre santo. Habiendo decidido á la comision las sensatas palabras de Mr. Duvoisin, fué su dictámen adoptado, y la declaracion de Savona quedó convertida en decreto del concilio por todos los votos menos dos, que fueron el arzobispo de Burdeos y el obispo de Gante, siempre muy tenaces y muy vehementes.

Aunque en principio debiese de pertenecer la institucion pura y simplemente á la Santa Sede, se acababa de hacer lo mas razonable en la situacion de entonces, terminando con el consentimiento del papa uno de los mas tremendos conflictos. Este resultado produjo satisfaccion verdadera entre las personas juiciosas; y la hubo en la pequeña córte del cardenal Fesch sobre todo, pues aunque blasonase el cardenal de continuo del heroismo de que ante su sobrino tenia que hacer alarde, sus familiares preferian no verle condenado á acreditar este heroismo, hallando mas cómodo gozar con él de los honores de la resistencia y de las ventajas del parentesco. Y aun se regocijaron muy alto, pues noticiosos de este triunfo los hombres de par-

tido, realistas ó devotos, se agitaron toda la tarde y toda la noche, asediaron á los miembros de la comision, les asustaron por lo que habian hecho, les sostuvieron que se habian llenado de oprobio, que habian entregado la Iglesia á su tirano; que todo estaba perdido, y que era forzoso que se retractasen explicando en la sesion próxima su voto. Estos pios intrigantes ganaron al fin su causa, y despues de haber procurado salvarse de Napoleon aquel dia, se comprometieron á salvarse de la deshonra al siguiente.

Vino en efecto, y reunida la comision nuevamente, apareció cambiada del todo; ya no dominaba el miedo á Napoleon, sino al partido católico. Los cardenales Caselli y Spina, espíritus sensatos bien que débiles, fueron los primeros en retractarse. Pretendieron que al votar la vispera, ignoraban el verdadero carácter de las leyes del Estado, que despues se habian persuadido de que eran irrevocables por su naturaleza, una vez sancionadas por el Senado, y que así, perseverando en la adopcion del decreto, se veian obligados á solicitar de antemano la vènia del papa, lo cual era una recaida en el carril antiguo, la incompetencia del concilio. El obispo de Tournay, este individuo del partido extremo, cuyas costumbres hacian singularísimo contraste con sus opiniones, no tomó en su retractacion las mismas precauciones; en todo retrocedió de la opinion que habia adoptado el dia antes y declaró que de ninguna manera queria el decreto. Vacilantes los obispos de Comacchio é Ivrea, como no habian cesado de estarlo los eclesiásticos italianos en este asunto, explicaron y retiraron á su vez su voto. Mr. de Boulogne, más firme que

de costumbre, se retrajo tambien del suyo, y de la obra de la vispera no quedó nada. Entonces se cayó en una extraña confusion, y finalmente, para salir de ella, admitióse lo sustancial del decreto, que estaba basado sobre la indispensable nota de Savona, á condicion de que recibiria el asentimiento del papa, con el fin de obtener la firma que faltaba á la nota que servia de fundamento. Sin salvar en principio esta solucion equivoca la institucion canónica que, limitada muy estrechamente, dejaba en pie todas las dificultades políticas del momento, pues, aboliendo la autoridad del concilio, hacia que dependiera todo de un segundo paso cerca del papa, exponia á éste á nuevas perplejidades, á nuevos escrúpulos, y si carecia de fuerza para superarlos, á toda clase de peligros.

Obtenido este voto tal como era, el cardenal Fesch instó vivamente á Mr. de Barral y despues á Mr. Duvoisin para que uno ú otro extendiese la resolucion adoptada. Estos, no habiendo prevalecido su dictamen, creyeron que no se podian encargar de redactar el informe, en lo cual erraron sin duda, pues quizá importaban menos las conclusiones adoptadas que el lenguaje que se iba á usar ante el concilio. Ya que sustancialmente se admitian límites á la institucion canónica por unos y por otros, salvo el recurso al papa, con el fin de dar validez al nuevo sistema, lo que importaba, tanto á Pio VII como á Napoleon, era el modo con que se presentara el asunto, y mas valia fiar este cuidado á personas que de buena fé querian la solucion pacífica de la dificultad, que á enemigos deseosos de turbulencia y confusion. Pero monseñores Duvoisin y de Barral se habian á su vez

irritado, pues las pasiones son de todas las clases, de todas las profesiones, y despues de contradicciones prolijas, se apoderan hasta de los corazones mas moderados. Asi estos dos prelados rehusaron obstinadamente el encargo que habia empeño en confiarles. A consecuencia de su negativa, recurrióse al fogoso obispo de Tournay, quien aceptó á pesar de que no sabia francés, y se rogó á Mr. de Boulogne que diera al informe la correccion gramatical de que debia carecer probablemente. Se necesitaba que el cardenal Fesch, mas obligado que otro alguno á impedir que las cosas no fueran á dar en abismos, tuviera muy poco seso para consentir en semejantes elecciones.

Bien tenian con qué regocijarse las gentes exaltadas que nada ansiaban mas que escándalos. En su exposicion intercaló el informante las opiniones todas de su partido: Mr. de Boulogne quitó de allí todo lo que repugnaba á su hábil retórica, pero dejó todo lo que hubiera quitado una politica sensata. El dictámen debió ser leído al concilio el 10 de julio.

Se habia guardado cuidadosamente el secreto como se guardan por lo comun los secretos de partido. Con extremada curiosidad y ansiedad visible se reunió el 10 de julio el concilio. Apenas se acabó la lectura del dictámen, hecha con acento extranjero, llegó á su colmo la emocion en todas las filas de la augusta asamblea. Una redaccion hábil hubiera podido calmar todas las opiniones, concediendo satisfacciones razonables á cada una de ellas, y hacer aceptable para el emperador una solucion que de cierto era aceptable para la parte hostil del concilio, pues de ella emanaba; pero redac-

tado exclusivamente el informe para un partido á quien exaltó satisfaciéndole, aguijoneó la cólera del partido opuesto que se sintió profundamente ofendido. Entre todos aquellos prelados no habia un hombre capaz de apoderarse de aquella asamblea irritada y desunida, de inclinarla hácia una resolucion prudente y de traerla á la razon en suma; y asi aquello fué un caos de interpelaciones, de réplicas y de reciprocas acusaciones. Los partidarios del poder decian que declarar la incompetencia del concilio, equivalia á poner de nuevo toda la cuestion en manos del papa, y que asi no se acabaria nunca. Los otros replicaban que, aun cuando fuera competente el concilio, sus mismos actos necesitaban de la sancion del papa, pues las decisiones de un concilio no eran válidas si no las aprobaba la Santa Sede. Esta omnipotencia del papa, sostenida por algunos, impulsaba á otros á recordar el uso reciente que habia hecho de ella, á citar la bula de excomunion y á calificarla de atentado, de obra de anarquía, pues, como decian, si hubiera hecho efecto ¿dónde estaríamos ahora?

Al oír estas palabras el arzobispo de Burdeos, se lanza en medio de la asamblea con un libro en la mano, el de las actas del concilio Trento, abierto por el mismo articulo que confiere al papa el poder de excomulgar á los soberanos cuando atentan á los derechos de la Iglesia. Vanamente se procura contener á aquel prelado vacilante, pero testarudo: achacoso de sordera, oyendo apenas lo que se le dice, y no escuchando sino á sí mismo y á su pasion: se adelanta y arroja sobre la mesa el libro, exclamando: Vosotros pretendéis que no pueden ser excomulgados los soberanos; pues condenad

á la Iglesia que así lo ha establecido. Inmenso es el efecto de estas palabras sobre los que las aprueban y sobre los que temen sus resultas, pues casi era esto renovar la excomunion y renovarla á la faz de Napoleon, cerca de su palacio y bajo su mano formidable.

Aquí, recobrando el cardenal Fesch algo de presencia de ánimo, declara que es imposible deliberar en el estado en que se halla el concilio, y aplaza para el día siguiente la votacion definitiva del punto en cuestion. De consiguiente se separan apenas gozosos los unos, vivamente indignados los otros, y todos turbados y generalmente aterrizados, no comprendiendo el sentimiento irresistible á que acaban de someterse.

Aun cuando no había público, ni tribuna, ni periódicos, mil ecos habían llevado ya al Trianon, donde el emperador residia, la noticia de esta sesion. Allá fueron el duque de Rovigo, el arzobispo de Malinas, el cardenal Fesch. Al saber Napoleon tales pormenores, había creído que toda la revolucion se alzaba en su presencia. ¡Quién no veía efectivamente algo de revolucion, bien que de revolucion por el buen lado, el de la opinion pública, estallando sin saberlo, á pesar suyo en cierto modo, y acusándole, no por el empeño de emancipar el Estado de la dominacion de la Iglesia, sino de oprimir las conciencias, y sobre todo de atormentar á un pontífice venerable, su amigo en otro tiempo, su cooperador para realizar sus mejores obras y de arrastrarle de prision en prision como á un reo de Estado! ¡Quién no veía la leccion portentosa de no poder reunir algunos hombres, algunos sacerdotes ancianos, débiles, trémulos, ajenos á

todo designio político, sin que, una vez reunidos, se sintiesen impulsados á estallar y á pronunciar una enérgica reprobacion contra sus actos! Ciertamente había preocupaciones, miras estrechas, doctrinas teológicas mezquinas, y finalmente, debilidades entre los miembros de este concilio; pero su emocion era honrosa y patentizaba un gran hecho, la libertad renaciendo sin quererlo, sin saberlo, y lo que era mas extraordinario, renaciendo en ancianos sacerdotes, enemigos y victimas la mayor parte de la revolucion francesa, y sin la mas remota intencion de reproducir sus desórdenes.

En todo esto no vió Napoleon mas que lo que podia ver el despotismo, la necesidad de emplear la fuerza, para atajar manifestaciones desagradables, como si se extirpara el mal atacando los efectos en vez de atacar la causa. Muy duramente trató Napoleon á su tío, le reconvino por sus debilidades, por sus ilusiones, hasta le hizo cometer la grande imprudencia de descargar toda la culpa sobre los obispos de Troyes, de Tournay, de Gante, que habían sido en la comision harto molestos; imprudencia sin embargo, cometida muy inocentemente; luego mandó redactar sin demora un decreto providenciando la disolucion inmediata del concilio, y dió órdenes de extremada violencia contra los individuos que habían estado al frente de la oposicion. El obispo de Tournay (Mr. d'Hira), por haber redactado con el peor espíritu el informe; el obispo de Troyes (Mr. de Boulogne), por haberlo tan mal retocado; el obispo de Gante (Mr. de Broglie) por haber influido con su autoridad moral sobre la comision mas que otro alguno, fueron designados como los principales delinquentes

y como quienes debian ser las primeras víctimas de esta especie de insurreccion episcopal. Tambien habia merecido esta distincion el arzobispo de Burdeos; pero un eclesiástico recientemente nombrado para la silla de Metz, y que gozaba de la confianza del gobierno, hizo valer la sordera y la falta de talento del prelado, y se contentó con tres víctimas de resultas de estas prudentes instancias. De orden de Napoleon hizo prender el duque de Rovigo á los tres obispos aquella noche y llevarlos á Vincennes, por supuesto sin preceder juicio ni explicacion alguna. Al público tocaba averiguar la causa y á ellos no mas que someterse.

A otro dia se supo, bien que sin gran ruido, gracias á la privacion de toda publicidad, que el concilio estaba disuelto, y que se hallaban metidos en Vincennes tres de los principales prelados. Muy sensible era el clero á estos actos extraordinarios, pero desgraciadamente hay que añadir que su susto y su indignacion corrian parejas. Para excusar estos rigores los parciales del gobierno decian muy bajo, por miedo de provocar á que se les desmintiera, que se habia descubierto que los tres prelados se hallaban comprometidos en una trama tenebrosa, la que habia producido el encarcelamiento de Mr. d'Astros y la exclusion de Mr. Portalis del consejo de Estado. Por lo demas no habia que emplear gran trabajo en hacer frente á la mayoría del concilio, pues temblaban casi todos sus miembros, y mas trataban de justificarse que de formular recriminaciones. Separados por otra parte unos de otros de resultas de la disolucion, carecian de la fuerza que su reunion les comunicaba y se hallaban abandonados á su timidez

individual. Entre los mas llenos de susto é inclinados á pedir perdon se contaban los italianos, considerando todo esto como una querrela que no les atañia, que pasaba entre Napoleon y la Iglesia galicana, y no queriendo, ya que habian conservado sus sillas aun despues del cautiverio de Savona, ir á zozobrar en el puerto y por un asunto de pura forma, como la institucion canónica. Decian que los prelados franceses eran imprudentes y locos, que los italianos se habian abstenido generalmente en estas cuestiones, porque no les interesaban nada, pero que, si en algo se necesitaba de su adhesion, estaban prontos á darla sin reserva. El cardenal Maury, que no queria asistir á nuevas revoluciones, y cuyo corazon rebotaba de gratitud hácia Napoleon y de resentimiento contra la Iglesia tan ingrata respecto de su persona, no dejó de transmitir estas palabras al ministro de Cultos y á Napoleon mismo. Diez y nueve italianos se habian ofrecido y se podia contar hasta con cincuenta ó sesenta prelados franceses, menos indiferentes á la solucion que los italianos, pero casi tan llenos de susto y deseosos de acabar del modo que agradara al gobierno. Tomadlos uno á uno, dijo el cardenal Maury, y saldreis airoso mas facilmente que si los tomais en masa. Expresando esta observacion misma con la original familiaridad que le era propia, añadió: *Es un excelente vino, pero que saldrá mejor en botellas que en tonel.* Aprovechóse el dictámen y se redactó un decreto muy semejante al que en la comision habia prevalecido, el cual limitaba á un año el plazo para proveer las sedes vacantes, seis meses para el nombramiento por el poder temporal, y otros seis para la institucion ca-

nónica por el papa, tras de lo cual el metropolitano de la provincia eclesiástica estaria encargado de instituir á los electos. A este decreto se añadió la cláusula de un nuevo recurso al papa, á fin de pedirle su sancion, bien que en sentido totalmente contrario á las conclusiones del obispo de Tournay. Se entendia en efecto que, de no adherirse el papa, el concilio adoptaria una resolucion independiente, votaria el nuevo decreto, y le enviaria al emperador para que fuera convertido en ley del Estado. Hasta se convino en que mientras una diputacion fuera á Savona para obtener el beneplácito del papa, se retuviera en París á los principales miembros del concilio, para hacerles emitir un segundo voto en el caso de la negativa del Padre Santo. Acordado este plan, llamó el ministro de Cultos á los prelados, con quienes se podia contar, uno tras de otro. Diez y nueve obispos italianos se adherieron como á porfia: sesenta y seis obispos franceses siguieron su ejemplo, y así sumaban ochenta y cinco adherentes de los ciento y seis miembros admitidos en el concilio. Entre los que no se habian adherido no eran todos opositores determinados; y la mitad de ellos se limitaba á reservas mas que á negativas.

Cuando se obtuvo este resultado, el príncipe Cambaceres, que era siempre llamado para buscar los medios términos, los expedientes ingeniosos, y que habia contribuido mucho á que esta solucion pacifica se adoptase, aconsejó que se juntara de nuevo el concilio, y se le presentara el acta, cuya adopcion no podia ya ofrecer duda. Napoleon consintió en ello, y decretó la nueva convocatoria para el 5 de agosto.

En efecto, llegado este dia, se reunió el concilio en el local ordinario de sus sesiones. Nadie preguntó por qué habia sido tan súbitamente disuelto y tan súbitamente otra vez llamado, ni por qué tres miembros se hallaban en Vincennes en vez de asistir al concilio: oyóse la lectura del decreto, y casi por unanimidad fué votado.

Faltaba obtener la sancion del papa, no porque se reconociese la incompetencia del concilio, sino porque era forzoso atemperarse al uso natural y necesario de someter al gefe supremo de la Iglesia los actos de toda asamblea de prelados. Napoleon consintió en enviar una diputacion compuesta de arzobispos y obispos con el fin de solicitar la aprobacion pontificia, y en incorporar á ella algunos cardenales para que hicieran cerca de Pio VII de consejo, del cual se decia privado siempre que se le instaba á adoptar una resolucion cualquiera. Elegidos fueron los cardenales de Bayana, Fabricio Rufo, Roverella, Doria, Dugnani, y ademas el arzobispo de Edesa, limosnero del papa. Los prelados designados fueron los arzobispos de Tours, de Malinas y de Pavía, y los obispos de Nantes, de Tréveris, de Evreux, de Placencia, de Feltre, de Faenza. Debian partir al punto, para no hacer aguardar á sus colegas retenidos en París con el fin de emitir un nuevo voto en el caso de negativa por parte del papa. Mas no se creia en esta negativa, sobre todo haciendo memoria de la nota llevada de Savona por Mrs. de Barral, Duvoisin y Mannay. Napoleon habia aceptado este fin del concilio en primer lugar porque era un fin, y en segundo porque habia casi conseguido su objeto, obteniendo la limitacion muy estrecha de la institucion canónica.

Pero moralmente sentíase batido, porque una oposición tanto mas significativa cuanto que era involuntaria, y por decirlo así trémula, se habia manifestado en el clero, y le habia presentado á las claras como opresor del pontífice. ¡Y ademas habia hallado mil ecos en los corazones! Se consolaba lisonjeandose de que muy pronto se le llevaria de Savona, si no el decreto mismo, al menos la institucion de los veinte y siete prelados electos, lo cual bastaba para completar al fin la Iglesia de Francia y salvar las dificultades que se oponian á su administracion; y respecto de la cuestion de principio ya procuraria mas tarde salir de ella como pudiese. Ademas en aquel momento todas las cuestiones morales, materiales, políticas, militares, se compendiaban para él en una sola, la de la gran guerra del Norte. Vencedor por última vez de Rusia, que era la única que parecia, si no hacerle frente, á lo menos contrariar algunas de sus voluntades, abatiria en ella todas las especies de oposicion públicas ú ocultas, que hallaba todavía en Europa. ¿Y que seria entonces aquel pobre sacerdote cautivo que le queria disputar á Roma? Nada ó casi nada, y la Iglesia reconoceria el poder de César como habia hecho tantas veces. El concordato de Fontainebleau, obtenido á la vuelta de Moscou, prueba que, si Napoleon se obcecaba á menudo, no era ahora cuando padecia mas de este achaque.

Marcharon pues los cardenales y los prelados elegidos á Savona, y él, enojado de esta disputa de sacerdotes, segun la llamaba desde que se habia dado á menospreciar el concordato, su mas excelente obra, se volvió á dedicar de plano á sus grandes negocios políticos y militares.

Aunque privado de periódicos libres, al menos en Francia, el público europeo seguia con atencion curiosa é inquieta el altercado ya harto ruidoso del emperador Napoleon y del emperador Alejandro. Ya se decia que la guerra era inevitable y estallaria al punto y que los franceses iban á pasar el Vistula y los rusos el Niemen, ya que la querella se habia aplacado y que cada cual se retiraria muy atrás de sus fronteras. Especialmente desde la llegada de Mr. de Caulaincourt á Paris y de Mr. de Lauriston á San Petersburgo, parecia que se esperaba que la paz seria mantenida. Por lo que hace á los espíritus sensatos de todos los paises, no sabiendo cual seria el desenlace de una nueva lucha, ciertos en todo caso de que correria la sangre á torrentes, deseaban la paz con ardimiento, y aplaudian todo lo que presagiaba que no se alteraria. Pero los continuos movimientos de tropas del Rhin al Elba, no eran á propósito para tranquilizarles, y destruian el buen efecto de los rumores pacíficos que habian circulado durante dos ó tres meses. Sobrada razon tenian los amigos de la paz para mostrarse inquietos, pues Napoleon, resuelto á diferir la guerra, bien que siempre decidido á hacerla, habia continuado sus preparativos, tomando solamente la precaucion de disimularlos lo bastante para no provocar el año de 1811 la ruptura, que solo deseaba, segun sus cálculos, para el año de 1812. Así, por ejemplo, despues de haber retardado por de pronto la marcha de los cuartos y sextos batallones del mariscal Davout, y de mantenerlos en el depósito, mudó de dictámen, y reflexionando que en ninguna parte se formarían mejor que á las órdenes de este instructor vigilante y severo, encaminólos há-

cia el Elba. Y no eran menos de treinta y dos batallones los enviados de una vez mas allá del Rhin, lo cual no se podia hacer á escondidas. Para oponer á este efecto de tanto bulto un efecto contrario, dispuso que retrocedieran dos batallones westfalianos, que iban á completar el contingente alemán de la guarnicion de Danzick, y recomendó que se metiera gran ruido con este movimiento retrógrado, y que respecto de los batallones franceses dirigidos al Elba se dijera que no hacian mas que poner término á una marcha comenzada mucho antes. Disponiendo de los periódicos franceses y de parte de los periódicos alemanes, podia con este arbitrio enganar al público por un momento, pero centenares de espías rusos de todas las naciones debian restablecer la verdad muy pronto, y hasta exagerar los hechos en sentido contrario.

Así el gabinete ruso no se habia engañado, y el emperador Alejandro habia dicho á Mr. de Lauriston que verdaderamente retrogradaban dos batallones alemanes, si bien al mismo tiempo mas de treinta batallones franceses avanzaban desde Wesel á Hamburgo. Sin embargo, habia añadido el emperador Alejandro, no quiero que me aventaje el emperador Napoleon bajo el aspecto de las manifestaciones pacíficas: ha hecho retrogradar dos batallones, pues yo voy á hacer que retroceda una division entera. Con efecto aproximó algo al bajo Danubio una de las cinco divisiones que habia trasladado primero con el fin de llevarlas á Polonia. Fuerza es reconocer que en esta coyuntura su sinceridad empezaba á valer ni mas ni menos que la de Napoleon, pues, habiendo disminuido mucho sus fuerzas delante de los turcos, conocia la nece-

sidad de aumentarlas, volviendo á llevar junto al Danubio una de las divisiones que de allí habia alejado.

Mr. de Lauriston, que temia mucho una nueva guerra del Norte y que veia con desesperacion que, armando así los unos en represalia de los otros, se acabaria en breve por ponerse reciprocamente la espada al cuello, rogaba, suplicaba al emperador Alejandro que fuera entre los dos el mas cuerdo y tomara la iniciativa de las explicaciones, que se diferian por ambas partes de resultados de un falso amor propio de un calculo mal entendido. Pedid pues, decia al emperador Alejandro, una indemnizacion por Oldenburgo, y no pongo en duda que os será concedida. Enviad alguno á Paris que ponga de manifesto vuestros agravios, y abrigo la conviccion de que será recibido con anhelo. Entonces cabran las explicaciones, y se podrá saber al cabo por qué se está en visperas de pasarse á cuchillo. A estas apremiantes instancias oponia el emperador Alejandro una negativa absoluta. Nada queria pedir por Oldenburgo, segun tenia ya dicho, ni en Alemania, ni en Polonia, porque en Alemania no se desperdiciaria la ocasion de denunciarle como codicioso de despojar á los principes alemanes, y porque en Polonia le acusaria Napoleon de aspirar al desmembramiento del gran ducado de Varsovia, y sacaria de aqui un argumento cerca de los polacos. Tampoco el emperador Alejandro queria aparecer como un principe intimidado que enviaba á pedir la paz á las Tullerías. Por otra parte estaba intimamente convencido de que no la obtendria, y hasta recelaba precipitar la guerra, explicándose sobre ciertos puntos, tales como los mercantiles por

ejemplo. Si en efecto se le estrechaba, resuelto estaba a decir formalmente que nunca cerraría sus puertos á los que él llamaba neutrales y Napoleón llamaba ingleses, y temía que una declaración tan plana produjera una instantánea ruptura. La guerra, que Napoleón deseaba á un año de distancia, la preveía él también para igual fecha, y preferíala mas diferida que inmediata. Por esto se atenia á una extremada reserva, afirmando sinceramente que deseaba la paz, y ofreciendo en prueba que desarmaría al instante, si Napoleón desarmaba, y declarando que el agravio resultante del despojo del príncipe de Oldenburgo no constituía un asunto urgente; que esperaba una indemnización, pero no exigiéndola al punto; que sabría tener espera, y que obrando así no entendía reservarse un agravio, pues sin vacilaciones manifestaba que por este motivo no haría la guerra (1).

En situación tan delicada y grave, se hubieran necesitado muchos cuidados, muchos miramientos para evitar la guerra, al par que una sola palabra imprudente bastaba para hacerla inevitable y aun quizá inmediata; y con el carácter bullicioso de Napoleón y especialmente con la osadía de su lenguaje, era de temer que se le escapase esta palabra.

El 15 de agosto, día de su santo y de gran recepción, tuvo corte. Como se le reconocía pronto á decir lo que tenía en el corazón, se le seguía, se

(1) Todo esto lo refiero á tenor de documentos de tanta autenticidad como las cartas de Mr. de Lauriston, de Napoleón, del mariscal Davout, etc., de consiguiente se pueden considerar estos pormenores, no como conjeturas, sino como certidumbres absolutas.

le escuchaba para recoger cualquier palabra concerniente á la importante cuestion del momento. Este día se hallaba de buen temple, jovial, verboso. Su soberbio rostro estaba radiante de buen humor, de perspicacia, y hubiera atraído á hombres menos curiosos, menos interesados en oírle que los que le rodeaban. Ya había partido la mayor parte de los convidados, y solo quedaban en torno suyo los embajadores de Rusia y Austria, príncipes Kourakin y de Schwarzenberg, los embajadores de España y Nápoles, y uno ó dos de esos ministros de las pequeñas cortes alemanas, siempre en acecho para saber lo que preparan los gigantes que tienen costumbre de hollarlos con sus plantas (1). Seguido de estos personajes, yendo, vinien-

(1) También aquí habló en vista de los documentos mas seguros. Hago poco caso de los discursos inventados, y todavía menos de las conversaciones supuestas, mas inverosímiles que los discursos, porque son mas difíciles de recoger y de transmitir. Pero la conversacion de que doy cuenta, así como dos ó tres de Napoleón, que ya he reproducido, fué cogida por muchos testigos, por el embajador de Austria, por el ministro de Wurtemberg, y repetida por Napoleón á Mr. de Bassano, para que la comunicase á todas las cortes. Estas tres versiones, de las cuales ninguna contradice las otras dos absolutamente, pero que se completan, reproduciendo una lo descuidado por otra, son los documentos de que me he servido, para compendiar, por supuesto, esta conversacion curiosa. Solo la forma me pertenece, y aun así he puesto el esmero en reproducir el carácter exacto del lenguaje de Napoleón en lo posible. He estado en mi derecho de historiador, pues necesidad del arte es recoger lo que merece la pena y compendiarlo, pues de otro modo una historia seria tan larga de leer como lo fué de consumarse, y se necesitarían veinte años para leer lo que duró igual tiempo.

do, discurrendo sobre todo, Napoleon dijo al embajador de España que la estacion era mala en su pais para las operaciones militares, que nada podia marchar á la sazón de prisa, pero que, llegado el otoño, aceleraria los sucesos, y envolveria á paso rápido á españoles, portugueses é ingleses. Tornándose de seguida al principe Kourakin, habló de un despacho inventado por los ingleses, despacho muy arrogante y como dirigido por Francia á Rusia, y dijo que no tenia verosimilitud de ninguna especie; á lo cual el principe Kourakin repuso que efectivamente era inverosímil de todo punto, pues jamás Rusia hubiera podido recibir despacho semejante. Sonrióse Napoleon con dulzura al notar este arranque de orgullo del principe Kourakin, y luego, para vengarse algun tanto, hizo rodar la conversacion sobre los sucesos de Turquía, acerca de los cuales habia mucho que decir realmente. Durante la última campaña habian quedado los rusos dueños de todas las plazas del Danubio desde Widin hasta el mar Negro; menos felices este año, no habian podido cruzar el Danubio; teniendo ademas cerca de Rutschuk un encuentro, que ellos decian haberles sido ventajoso, al par que los turcos lo celebraban por favorable á sus armas, y de cuyas resultas estos habian entrado en Rutschuk positivamente. No cabia duda en que las divisiones retiradas de allí habian hecho falta á los rusos. Interpretando el principe Kourakin las cosas á su modo, procuraba paliar las desventajas de la campaña, y naturalmente encomiaba sobremanera la bizarría del soldado ruso. Durante estas explicaciones miraba Napoleon al principe de Kourakin con extremada malicia, y complaciase en ver á es-

te personage, cuya rectitud de espíritu no igualaba á la de su cuerpo, embarazado en sus relatos, y no sabiendo cómo salir de ellos. Si, si, le dijo, vuestros soldados son muy valerosos; nosotros los franceses, no tenemos inconveniente en confesarlo: sin embargo, vuestros generales no valen lo que vuestros soldados. Imposible es disimular que han maniobrado inhábilmente. Es una gran dificultad la de tener que defender una línea tan larga como la del Danubio desde Widin hasta el mar Negro. Ademas no se puede disputar la orilla de un río sino siendo dueño de trasladarse á la otra, teniendo gran número de puentes y cabezas de puente, porque el verdadero arte de defenderse consiste en saber atacar. Vuestros generales han obrado contra todas las reglas. Aquí, hablando Napoleon de la guerra tan perfectamente como la hacia, tuvo por largo tiempo á sus oyentes atentos y maravillados. Queriendo el principe Kourakin excusar á los generales rusos, dijo que les habian faltado las fuerzas, por la necesidad de alejar parte de ellas del teatro de las hostilidades, y penetrado de la torpeza que cometia, añadió que la situación rentística del imperio lo habia exigido así. Napoleon se sonrió al punto de la torpeza de su interlocutor, y continuando en burlarse de él con tanto talento como donaire, le dijo: Vuestra situación rentística os ha obligado á alejaros del Danubio.... ¿Estais muy seguro de ello?... Siendo así, habeis hecho una operacion rentística muy mala. Generalmente conviene enviar al territorio enemigo todas las tropas, cuyo sostenimiento es muy gravoso. De esta manera lo hago yo y mi tesoro está desahogado. Luego de repente, y sin dejar el

tono de benevolencia que habia tomado en esta conversacion, pero con la petulancia del que no sabe contenerse, dijo Napoleon al principe Kourakin. Vaya, principe, ¿hablamos formalmente? ¿Estamos dictando aqui despachos, ó escribiendo para los periódicos? Si así es, convendré con vos en que vuestros generales han salido constantemente victoriosos, en que la mala situacion de vuestra hacienda os ha obligado á retirar parte de vuestras tropas, que vivian á expensas de los turcos, para hacerlas vivir á costa del tesoro de Rusia, concederé todo esto; pero si hablamos con lisura delante de tres ó cuatro de vuestros colegas, que lo saben todo, diré que habeis sido batidos, muy batidos; que por culpa vuestra habeis perdido la línea del Danubio; que ha sucedido así, menos por error de vuestros generales, aunque hayan maniobrado mal, que por error de vuestro gobierno, el cual les quitó las fuerzas de que tenian necesidad indispensable, trasladando del Danubio al Dnieper cinco divisiones ¿y para qué? Para armarse en contra de mi persona, que soy vuestro aliado, segun decís; en contra de mi persona, que no queria haceros la guerra, y que hoy no quiero hacéroslo todavia. Habeis cometido faltas sobre faltas. Si yo os inspiraba alguna inquietud, menester era que os explicárais; y en todo caso, lejos de llevar á otra parte vuestras fuerzas, habia necesidad de acumularlas contra Turquía, abrumarla y arrancarle la paz, bastando una sola campaña para obtenerla tan ventajosa como la de Finlandia, y tiempo os quedaba de tomar precauciones en contra mia. Pero política, militarmente, no habeis hecho cosa acertada.... ¿Y todo esto por qué? Por el príncipe de

Oldenburgo, por algunos contrabandistas.... Por gentes como estas os exponéis á una guerra conmigo. Y sin embargo, bien sabeis que tengo seis-cientos mil hombres que oponeros, que tengo cuatrocientos mil en España, que sé mi oficio, que no me habeis vencido hasta ahora, y Dios mediante, espero que no me vencereis nunca.... Pero preferís dar oídos á los ingleses, quienes os dicen que quiero haceros la guerra; preferís contemplar á algunos contrabandistas, á quienes enriquecen vuestras providencias comerciales, y os dedicais á hacer armamentos; obligado estoy yo tambien á armarme, y hénos aqui frente á frente, prontos á empezar de nuevo.... os pareccis á una liebre que, habiendo recibido una perdigonada en la cola, se endereza sobre sus patas para mirar, y se expone así á recibirla en la cabeza.... Yo soy desconfiado como el hombre de la naturaleza.... observo... veo que se dirigen hácia mí, desconfío, requiero mis armas.... Y sin embargo, es menester que esta situacion acabe. Expresándose Napoleon con volubilidad extremada, sin dejar espacio para que su interlocutor le replicase, bien que no cesando tampoco de mostrarse benévolo y hasta amigable en el tono, dió aqui un momento al principe Kourakin para que le respondiese. A éste, que tenia poca memoria, escaso conocimiento de los hechos, aunque no careciese de sutileza ni de costumbre de tratar los grandes negocios, no le ocurrió traer á la memoria de Napoleon que, en la serie de los aprestos militares, Francia habia precedido á Rusia, y se confundió en protestas de amistad y adhesion, afirmando que aun se hallaban en los mismos buenos términos que en Tilsit, y que si alguien se debia

hacer de nuevas era Rusia, que no habia dejado de ser fiel á la alianza; que le habia debido afectar mucho la conducta usada respecto del príncipe de Oldenburgo, como pariente cercano del emperador y á quien era muy adicta la corte de Rusia; que nada se podia hacer que hiriese mas al emperador Alejandro que tocar á los estados de este príncipe; que á mayor abundamiento en este asunto se habia limitado Rusia á expresar quejas y reservas....

Reservas, interrumpió Napoleon, reservas! Mas bien habeis hecho una protesta en forma, (y era verdad), me habeis denunciado ante Alemania, ante la Confederacion del Rhin, como un expoliador.... No sabeis que vuestro príncipe de Oldenburgo era un gran hacedor de contrabando, que faltaba á vuestros tratados con vosotros y conmigo; que violaba el pacto que liga á los miembros de la Confederacion del Rhin unos con otros; que segun el antiguo derecho germánico hubiera podido hacerle comparecer en mi tribunal, ponerle fuera de la ley del imperio y destituirle, sin que me hubierais tenido que decir nada. En lugar de esto me he anticipado á vosotros: os he ofrecido una indemnizacion.... Al decirlo asi Napoleon se sonreia como sino tomase estas palabras en serio, y parecia querer declarar que habia obrado mas listamente. Despues añadió en tono de sentimiento y de dulzura. Convengo en que, si hubiera sabido cuanto estimábais al príncipe de Oldenburgo, mi proceder fuera otro, pero ignoraba el grande interés que os inspira. ¿Cómo remediarlo ahora? ¿Os restituiria el territorio de Oldenburgo todo cargado de mis aduaneros, pues de otro modo no habia de restituirlo? No lo querriais de tal manera.... En

Polonia no os daré nada.... nada.... Y Napoleon pronunció esta frase con un acento que probaba que Alejandro tenia razon en no querer suministrar esta arma en su contra.... ¿Dónde tomaríamos, pues, la indemnizacion?... Pero eso no importa; hablad y procuraré satisfaceros... ¿Por qué habeis dejado partir á Mr. de Nesselrode en semejante coyuntura?... (Con efecto, Mr. de Nesselrode, principal director de los negocios de la legacion, acababa de marchar de Paris). Menester es que vuestro soberano envíe á él ó á otro con poder bastante para explicarse y celebrar un convenio que abrace todos vuestros agravios y todos los míos, sin lo cual proseguiré mis armamentos, sacaré probablemente muy pronto la conscripcion de 1812, y ya sabeis que no suelo dejarme batir.... ¿Acaso contais con aliados! ¿Dónde están? ¿Quizá es el Austria, á la cual hicistes la guerra en 1809, y á quien tomasteis al tiempo de la paz una provincia?... Y al decir estas palabras miraba Napoleon fijamente al príncipe de Schwazemberg, que guardaba silencio y tenia los ojos clavados en el suelo. ¿Es la Suecia, á quien tomasteis la Finlandia?... ¿Es la Prusia, cuyos despojos aceptasteis en Tilsit despues de haber tenido alianza con ella?... Os engañais, no tendreis á nadie. Explicaos conmigo y no tornemos á empezar la guerra.... Al terminar esta entrevista, Napoleon cogió la mano del príncipe de Kourakin de la manera mas amistosa, y seguidamente despidió á aquel círculo, confundido no menos de su talento que de su imprudente osadia, y riéndose jovialmente del apuro del embajador de Rusia que, al salir de las Tullerías, se sentia sofocado y exclamaba que hacia mucho calor en

los salones del emperador. Esta conversacion recordaba las que Napoleon tuvo con lord Whitworth en visperas de la ruptura de la paz de Amiens, con Mr. de Metternich en visperas de la campaña de Wagram, y aunque no tuviese la violencia de la primera, ni la gravedad calculada de la segunda, se debia prestar á exageraciones peligrosísimas y muy embarazosas, sobre todo para el emperador Alejandro, ya muy comprometido á los ojos de su nacion bajo el aspecto de la dignidad ultrajada.

Al día siguiente los aduladores de Napoleon, acostumbrados á celebrar las proezas de su lengua como las de su espada, no omitieron referir que habia abrumado al embajador de Rusia; y sus detractores, acostumbrados á desfigurar sus mas insignificantes actos, pusieron por su parte el esmero en divulgar que habia violado todas las conveniencias respecto del representante de una de las principales potencias de Europa. Nada parecido escribió el príncipe Kourakin á San Petersburgo, antes bien fué sencillo y moderado en su despacho; y el emperador Alejandro hubiera dejado pasar desapercibido este nuevo arranque de su temible aliado, si porcion de cartas, escritas á San Petersburgo, unas desde Paris, otras desde Viena y Berlin, no hubieran desfigurado extrañamente la conversacion del 13 de agosto. Retado hasta cierto punto ante su nacion y ante Europa, debia hacerse mas susceptible, esperando de consiguiente explicaciones en vez de ofrecerlas.—Bien hubiera querido, dijo á Mr. de Lauriston, no hacer caso de conversacion semejante, pero en todos los salones de San Petersburgo resuena, y esta nueva circunstancia hace todavía mas firme la resolucion de mi

nacion de defender su dignidad, su independencia hasta derramar la última gota de sangre, aun no provocando la guerra. Por lo demas, Napoleon no habla de tal modo sino cuando está resuelto á las lides; entonces no se pone freno alguno. Memoria hago de su conversacion con lord Whitworth en 1803, con Mr. de Metternich en 1809, y por lo tanto no puedo menos de ver en lo que acaba de pasar un funesto augurio respecto del mantenimiento de la paz.

De resultas de estas observaciones apareció el emperador Alejandro sumamente triste: su ministro, Mr. de Romanzoff, cuya existencia política se cifraba en la paz, apareció estarlo de igual modo; pero ambos repitieron nuevamente que no tomarian la iniciativa. Sin embargo, era evidente que no dudaban de la guerra, lo mas tarde para el año inmediato; que se habian desvanecido completamente las impresiones algo mas favorables producidas por la presencia de Mr. de Lauriston y por su lenguaje en San Petersburgo, y que se iban á emplear aun mas activamente el otoño y el invierno en ponerse en aptitud de sostener una lucha decisiva y terrible.

Tal era tambien la disposicion de Napoleon con corta diferencia, solo que, sacando de sí propio los motivos de la guerra, no habia cesado de tenerla por segura y de aprestarse á ella. De enviar acababa hácia el Elba los cuartos y sextos batallones, lo cual debia formar cinco batallones de guerra por regimiento, y como los regimientos del mariscal Davout ascendian á diez y seis, se elevaba el total á ochenta batallones de la mas hermosa infanteria. Agregando á esta suma los cazadores cor-

sos y los del Pó, y algunos destacamentos españoles y portugueses, Napoleon se proponia hacer subir á noventa batallones el cuerpo del Elba, distribuyéndolos en cinco divisiones de igual fuerza. Una excelente division polaca, otra compuesta de veteranos de las ciudades anseáticas, licenciados ahora, y otra formada de habitantes de Iliria, habian de aumentar el número de las divisiones del mariscal Davout hasta ocho. Muchos oficiales franceses, unos procedentes del servicio extranjero desde la incorporacion de su país natal á la Francia, otros salidos de la escuela de los generales Friand, Morand y Gudin, debian contribuir á realzar el espíritu de estas tropas de origen extranjero. Napoleon se lisonjaba de que bajo la mano de hierro del mariscal Davout y cerca del foco de patriotismo y honor militar encendido en su ejército, estos españoles, portugueses, ilirios y anseáticos, llegarían á valer lo que los franceses.

Segun va hemos dicho, Napoleon trabajaba por formar detrás del Elba su segundo ejército, llamado cuerpo del Rhin, con una docena de regimientos, que habian peleado en Essling á las ordenes de Lannes y Masena, y á los cuales queria agregar las tropas holandesas. Proponíase hacer que estos regimientos constaran de cuatro y aun cinco batallones de guerra, despues de haber renunciado á los batallones de preferencia, seguro como estaba de tener un año mas para dar cima á sus preparativos.

Aquí es la ocasion de patentizar la increíble fecundidad del talento que desplegaba en la creacion de sus recursos, fecundidad que, Nevada como todas las grandes dotes hasta el abuso, le debia ar-

rastrar á veces á creaciones artificiales, y cuya debilidad se echó harto de ver en la campaña siguiente. Se ha visto que á la conscripcion de 1811, sacada del todo, quiso añadir un suplemento considerable por el número y la calidad de los hombres, y era el que se podia proporcionar con los prófugos de los años anteriores. Once ó doce columnas movilizadas, cruzando la Francia en todas direcciones, obligaron á cincuenta ó sesenta mil de estos prófugos á someterse. Tan dura como eficaz era la providencia: sin embargo, habia que temer que solo se hubiera conseguido incorporarlos para que desertaran de nuevo, cuando supieran que sus padres estaban ya libres de los *garnisarios*. Prenderlos era poner su salud en peligro y atestar las cárceles; enviarlos á los depósitos era abrirles la puerta para que se escaparan. Napoleon tuvo el pensamiento de instruirlos en las islas adyacentes á Francia, y desde las cuales no podian apelar á la fuga. Para esto creó en dichas islas y con buenos cuadros regimientos de instruccion, cuyo efectivo era indeterminado y podia subir hasta quince mil hombres. Uno formó en la isla de Walcheren, otro en la isla de Ré, otro en Belle-Isle, y dos en el Mediterráneo, uno en Córcega y otro en la isla de Elba.

A cuanto concernia á estos regimientos dedicaba Napoleon una atencion continua. Finalmente, creyéndolos ya en sazón, trató de enviar algunos miles de hombres, sacados del regimiento de Walcheren, para completar los cuartos y sextos batallones del mariscal Davout. Su proyecto, si salia bien este ensayo, era proporcionar á este mariscal fuerza suficiente para elevar cada batallon á mil hombres.

Con el fin de trasladarlos de las bocas del Escalda á las orillas del Elba, ideó Napoleon hacerles pasar por las islas que se extienden á lo largo de Holanda, ya en bateles por las aguas interiores, ya á pie por entre los matorrales de Gueldra y la Frisia, y que, cuando llegaran al continente, les escoltara la caballería ligera del mariscal Davout, nada propicia á tratar con miramiento á los desertores y con la orden de hacerlos andar á sablazos.

Bien salieron las primeras expediciones. De los enviados no se perdieron por la desercion mas que una sexta parte, la cual para volver á Francia, andaba por los bosques de día, por los caminos de noche, cruzaba los rios como podia y hallaba asilo entre los alemanes, quienes á impulsos del odio que les inspirábamos, se hacian hospitalarios con nuestros soldados desertores. Las otras cinco sextas partes ingresadas en filas, presentaban hombres robustos y de edad ya hecha, de quienes se podia esperar, tratándolos bien, excelente servicio.

El mariscal Davout, que en caso de necesidad sabia aliojar de su severidad extremada, habia ordenado que se les habituara á la disciplina con dulzura. Asi se hizo y no sin fruto. Entonces de todas las islas del Océano fueron enviados á miles, conduciéndolos por bandas y á paso de carrera, para disminuir las deserciones. Por desgracia muchos llevaron las calenturas de Walcheren y las esparcieron en torno suyo. Pero el camino adoptado no podia convenir á todos y menos á los que pertenecian á las provincias del Este, los cuales fueron dirigidos al Rhin, desde donde se les embarcó

en bateles, que les trasladaron á Wesel sin tocar en tierra. Estos contrajeron en la travesía, y por consecuencia de la acumulacion y la inmovilidad, enfermedades muy peligrosas. Se les condujo en seguida por la Westfalia, enfermos á menudo, y siempre rebeldes al servicio militar, que empezaba para ellos bajo tales auspicios. Al principio se tuvo tiempo de uniformarlos y de instruirlos; pronto se les envió en trage de paisanos, sin instruccion alguna, contando siempre con el mariscal Davout para convertir en soldados estos hombres llevados y tratados como rebaños.

Todo su esmero dedicó el mariscal á reparar parte de estos males (1), á tratar con miramientos á los infelices que le eran enviados, á calmarlos, á proveerlos de lo necesario, á comunicarles el espíritu de sus antiguas bandas, á aprovechar hasta las inclinaciones aventureras contraídas durante su vida de prófugos para inspirarles afición á la vida del campamento, para disponerlos, en fin, á hallar en la heroica y ruda profesion de las armas los placeres que sabian saborear él y sus soldados. Mas ¡qué corazones los que habia que domar! ¡Qué tarea la de convertir en franceses á corsos, toscanos, lombardos, ilirios, españoles, portugueses, holandeses, anséatas, y aun la de trasformar á franceses, arrebatados á sus familias en la edad mas tierna, en soldados robustos, disciplinados, exclusivamente adictos á su bandera y arrancarles de las orillas del Pó, del Arno, del Ródano, del Rhin, del

(1) Aquí hablo, no á tenor de los folletos de 1815, sino de la correspondencia administrativa de los agentes del gobierno.

Gironde, del Loira, para hacerles vivaquear, helarse, morir de hambre ó de frio á orillas del Elba, del Vistula ó del Boristenes! ¡Y qué peligro, después de un éxito feliz de veinte años, el de fracasar por fin en el momento en que serian arrastrados á la desesperacion todos los sentimientos mas naturales, ajados sin medida!

Interin no llegaba este dia tremendo era soberbia la exterioridad de las cosas, y bajo la mano del mariscal Davout habia adquirido esta máquina belicosa un aspecto formidable. Uno tras otro le enviaba Napoleon los regimientos de caballeria para montarlos en Alemania y para instruir á los reclutas. Temiendo que agotase á Francia de caballos, pues era necesario que los suministrase en extraordinaria cantidad á los ejércitos de España, se hallaba decidido á tomar cuantos pudiera sacar del Norte del continente. Los hizo pedir para la caballeria ligera en Polonia y en Austria, para la caballeria de linea y la pesada en Wurtemberg, en Franconia y en Hanover. Donde quiera ofreció pagar al contado, y dispuso que se compraran treinta ó cuarenta mil caballos de todas armas, si era posible encontrarlos. Iguales órdenes expidió respecto de los caballos de tiro. Además prescribió la formacion de la caballeria en divisiones, é hizo partir á los generales con el fin de que velaran por el equipo y la instruccion de sus respectivos cuerpos.

No le ocupaba menos el material que la organizacion de las tropas. Su proyecto era, segun hemos dicho, tener en Danzick, además de las subsistencias para una guarnicion de veinte mil hombres durante un año, las provisiones de un ejército

de cuatrocientos á quinientos mil hombres para igual tiempo. Con objeto de conseguirlo, previno ante todo al general Rapp que estuviese á la mira del movimiento de granos en esta ciudad, que es uno de los mas vastos depósitos de cereales que se conocen en Europa, y que nunca ignorase las cantidades almacenadas, para no hacer las compras mas que en tiempo oportuno. Adoptado ya su partido, dispuso al cabo que se comenzaran las compras, que subieran hasta seiscientos ó setecientos mil quintales de trigo, hasta muchos millones de fanegas de avena y hasta el acaparamiento de todos los forrages existentes. Tres cajas, la primera en Danzick, la segunda en Magdeburgo, la tercera en Maguncia, conocidas solo por él, para que no se contrajese el habito de contar con ellas, debian suministrar los fondos necesarios para las compras.

No bastaba tener estas grandes porciones de viveres sin proporcionarse los medios de llevarlas consigo. Como se ha visto, Napoleon habia prescripto la reorganizacion de cierto número de batallones de parque, que podian enganchar y conducir mil quinientos carros de galleta. Pensando de continuo en el objeto que le ocupaba, y hallando combinaciones nuevas á cada paso, desde el año precedente habia inventado medios de transporte, aun mas poderosos é ingeniosos que los que le ocurrieron al principio. Para llevar el pan cotidiano detrás de los cuerpos era bueno el cajon ordinario tirado por cuatro caballos y conducido por dos hombres. Así un cajon podia asegurar el sustento de un batallon durante un dia, y otra cosa necesitaba Napoleon al pretender que le siguieran viveres para todo el ejército durante cincuenta dias ó

dos meses. De resultas concibió el pensamiento de grandes carretas, tiradas por ocho caballos, conducidas por cuatro y aun por tres hombres, y capaces de recibir una carga diez veces mayor que el cajon ordinario. De esta suerte decuplicaba el resultado, doblando apenas el gasto de conduccion y de acarreo. Sin embargo, despues de nuevas reflexiones, y pareciéndole muy pesadas tales carretas para los lodazales de Polonia y de Lithuania, se atuvo Napoleon á un carro, tirado por cuatro caballos y guiado por dos hombres, lo cual mantenía la organizacion ordinaria del parque, y debía trasportar lo que cuatro cajones ordinarios, ó lo que tres si se quería evitar la exposicion de que la carga fuera pesada en demasia. Al punto hizo construir carros según este modelo en Francia, en Italia, en Alemania, y en cuantas partes residian los depositos del parque, á fin de que los cuerpos tuviesen á la vez los cajones antiguos para trasportar el pan cotidiano, y los carros nuevos para trasportar las provisiones de uno ó dos meses. Poniendo por decirlo así la mente en tortura, con el objeto de precaver todos los casos posibles, quiso añadir á su material carros de violin y carros de bueyes. Sabido es que los carros de violin son ligeros y ruedan facilmente, tirados por un solo caballo acostumbrado á seguir al que le precede, de modo que un solo hombre puede dirigir muchos. Lentos son los carros de bueyes, pero el animal que los arrastra, tenaz y vigoroso, los arranca de los lodazales mas profundos, y atado durante los instantes de descanso á una rueda, paciendo el musgo que está bajo sus patas, no da nada que hacer despues de haber servido utilísimamente todo el dia; y hasta

puede servir de alimento mucho mejor que el caballo, propio para la manutencion no mas que en las últimas extremidades. Por estas razones decidióse Napoleon á añadir á los ocho batallones de parque, destinados al ejército de Rusia, cuatro batallones para los carros de violin y cinco para los de bueyes, determinando él mismo el método de organizacion que permitia á estos carreteros convertirse de pronto en soldados para defender el convoy dirigido por ellos. La organizacion de los unos se debía hacer en el Franco Condado, la de los otros en Lombardia, en Alemania y en Polonia. Así se podia lisonjear de reunir el pan y la carne en los mismos convoyes.

Napoleon calculaba que estos diez y siete batallones, dirigiendo de cinco á seis mil carros, le asegurarían víveres para doscientos mil hombres por dos meses ó para trescientos mil por cuarenta dias. Este resultado le bastaba, pues se proponía embarcar en Danzick sus provisiones por el Vistula, y llevarlas por este rio al Frische-Haff, del Frische-Haff al Pregel, y del Pregel al Niemen por canales interiores. Hasta había enviado algunos oficiales de su marina para estudiar el plan de esta navegacion á las calladas. Ya junto al Niemen con quinientos ó seiscientos mil hombres, se internaría en Rusia con doscientos mil á lo sumo, y teniendo entonces, según el cálculo precedente víveres para cuarenta dias en los carros, esperaba tener medios de subsistir con lo que hallara sobre el terreno, pues, á pesar de los planes de destruccion de los rusos, podía acontecer que les faltara espacio para acabar con todo. Destruir es abominable tarea, pero tarea que exige tiempo como cualquiera otra, y hasta el ejem-

plo de Portugal demostraba que podia carecer de este tiempo el enemigo mas determinado á no conservar nada. Sobre estas razones y estos inmensos preparativos fundaba Napoleon su esperanza de vivir en las vastas llanuras del Norte, que pensaba encontrar alternativamente desiertas ó taladas.

Pero estos cinco ó seis mil carros suponian por sí solo ocho ó diez mil hombres para conducirlos, diez y ocho ó veinte mil caballos ó bueyes para arrastrarlos, y si se añaden treinta mil caballos de artilleria, y probablemente ochenta mil de los ginetes, se puede formar idea de los obstáculos que era menester superar en materia de provisiones, pues estos animales, destinados á hacer vivir á las tropas, tambien necesitaban que se cuidase de mantenerlos. A esta necesidad esperaba atender Napoleon, no comenzando las operaciones ofensivas hasta que brotase la yerba en los campos.

Sabiendo que el soldado prefiere en mucho el pan á la galleta, y habiendo reconocido que para proporcionarse pan la dificultad no está en cocerlo, sino en convertir el grano en harina, mandó que se moliera en Danzick la mayor cantidad de granos, que se guardara la harina que resultase en barriles adaptados á los nuevos carros, y que en todas partes se alistaran albañiles por dinero, para construir hornos en cualquiera de los lugares donde se hiciese alto. Estos albañiles debian ser incorporados á las tropas de operarios de todas las profesiones que trataba de llevar consigo, como taboneros, carpinteros, herreros, pontoneros, etc.

Por último los trenes de puente, objeto no menos grave de sus atenciones, recibieron nuevos perfeccionamientos en este segundo año de sus pre-

parativos. Habia ordenado la construccion de dos trenes en Danzick de cien barcas cada uno, capaces de servir para echar dos puentes sobre los rios mas anchos y llevados segun costumbre en carromatos. Como rara vez falta madera, sobre todo en la region donde iban á tener lugar las hostilidades, y como los herrages y las cuerdas constituyen la única parte difícil de juntar, Napoleon mandó reunir cables, anclas, ganchos y ensambles de toda clase para otro nuevo tren de puente, prescindiendo no mas que de las maderas, pues aguardaba hallarlas sobre el terreno. Queriendo asimismo tener puentes fijos, hizo preparar en Danzick cabezas de estacas de hierro, herrages para unir estas estacas, mazas para sumergirlas, de modo que los pontoneros estuvieran provistos de cuanto necesitasen para echar, ademas de los puentes de barcas, puentes sobre caballetes ó sobre estacas. Todo este material debia seguir al ejército en numerosos carros. El general Eblé, que casi sin recursos habia ejecutado á orillas del Tajo tantas maravillas de esta especie, fué colocado al frente del cuerpo de pontoneros. Dos mil caballos fueron destinados á este nuevo parque. *Con tales medios, escribia Napoleon, devoraremos todos los obstáculos* (1).

Aunque Napoleon hubiese confiado al mariscal Davout la organizacion de la mayor parte del ejér-

(1) No necesito repetir que doy estos pormenores, vagamente conocidos hasta ahora nunca enumerados con la puntualidad y la exactitud necesarias, á tenor de la correspondencia de Napoleon, admirable para esta clase de provision sobre todo, á tenor de las del mariscal Davout, del general Rapp, del ministro de la administracion de guerra, de los gefes de los pontoneros y de la artilleria.

cito, porque le consideraba como un organizador consumado, un administrador probo y severo, no le destinaba todo el mando, que naturalmente reservaba para sí solo. Pero quería que, en caso de repentinas hostilidades, hubiese junto al Elba y el Oder y bajo una sola mano un ejército de ciento cincuenta mil franceses y de cincuenta mil polacos, pronto á dirigirse al Vistula á paso de carrera. Mas tarde, cuando hubieran comenzado las operaciones, se proponia destacar de él una porcion que, unida al cuerpo del Rhin, se repartiera entre los mariscales Oudinot y Ney. El mariscal Oudinot debia reunir en Munster los regimientoe acantonados en Holanda, el mariscal Ney en Maguncia los que estaban acantonados junto al Rhin. A uno y otro habia prevenido que se unieran inmediatamente á sus cuerpos, y que empezaran la organizacion de su infanteria y su artilleria. En cuanto á la caballeria cada cual la recibiria por su parte al entrar en Alemania, donde ya habian sido enviadas á fin de montarse todas las tropas de á caballo. Independientemente de estas fuerzas, ya tan considerables, debian estar repartidos entre los diferentes cuerpos de nuestro ejército cien mil aliados de todas las naciones. Orden tenian de ir á establecerse en los puntos de reunion los generales franceses destinados á mandar estas tropas aliadas.

Napoleon mandó al príncipe Eugenio que estuviera pronto á fines del próximo invierno para pasar los Alpes con el ejército de Italia. Segun se ha visto, gracias á la confianza que á la sazón le inspiraba el Austria, habia reunido en Lombardia casi la totalidad de los ejércitos de Iliria y de Nápoles. De cada uno de los regimientos, de cinco

batallones todos, habia elegido tres batallones preferentes para llevarlos á Rusia. Se proponia formar con ellos un ejército de cuarenta mil franceses, reforzado con veinte mil italianos, que á las órdenes del príncipe Eugenio cruzara los Alpes en marzo. Los cuartos y quintos batallones retenidos en los depósitos, con muchos regimientos enteros y el ejército de Murat, estaban encargados de guardar la Italia contra los ingleses y contra los descontentos. Los quintos de 1811 y los prófugos de la isla de Elba, sometidos á una ruda disciplina, debian completar sucesivamente durante el invierno los cuartos y quintos batallones, mermados para llenar el contingente de los tres primeros. Ademas Napoleon habia tomado de las tropas de Iliria y de Italia diez á doce regimientos enteros, para crear un ejército de reserva, que debia dirigirse á España á reemplazar á la guardia imperial y á los polacos, cuya marcha á Rusia estaba resuelta. Asi, aun preparándose Napoleon á descargar un golpe terrible en el Norte, no renunciaba á descargar otro en el Mediodia, yendo en pos de todos los objetos á la vez segun su costumbre. Un año antes hubiérase hallado establecido este ejército de reserva en España mejor que en parte alguna, pues allí era el teatro de los sucesos decisivos; por el contrario, ahora siendo la cuestion trasladada al Norte, allá se necesitaba que refluyesen todas las fuerzas, reduciéndose en España á una defensiva enérgica junto á los limites de Castilla la Vieja y de Andalucía. Pero Napoleon en su ardimiento, tomando por efectivo cuanto concebía su imaginacion vasta, creia poder vibrar el rayo en Cádiz y en Moscou al propio tiempo.

Mientras se entregaba Napoleón á estas inmensas concepciones, cuya ejecución estaba fijada irrevocablemente para la próxima primavera, pensaba en ir á visitar en persona un país recién incorporado al imperio, un país que estimaba mucho, sobre cuyo espíritu se prometía ejercer un favorable influjo con su presencia, y desde donde le era posible inspeccionar por sí mismo una parte de sus aprestos militares; este país era la Holanda. Muchas veces había aplazado el proyecto de este viage, y tenía empeño en realizarlo ántes de la gran guerra del Norte, no queriendo que, cuando se hallara junto al Dwina ó el Boristenes, le pudieran causar los ingleses respecto del Texel ó de Amsterdam alguna inquietud grave, como la que le hicieron experimentar respecto de Amberes durante la campaña de 1809.

Otro motivo para emprender este viage era el de dar impulso á sus combinaciones marítimas. Persistiendo en abarcarlo todo á la vez, no había renunciado de ninguna manera á sus creaciones navales, y con tanta actividad se ocupaba en lo concerniente á ellas como si no pensara en la guerra de Rusia. Principalmente se proponía tener zozobrosos á los ingleses, impedirles con inquietudes continuas desguarnecer la Inglaterra, y retirar de allí tropas para enviarlas á la Península. Con este fin había resuelto hacerles vivir bajo la amenaza de expediciones prevenidas siempre contra Irlanda, Sicilia y aun Egipto, y así esperaba en el caso poco probable, si bien posible, de que la guerra se evitase, tener medios para embarcar cerca de cien mil hombres.

Ahora que tenía enteramente á su disposición

el Escalda, había combinado de otra manera su flotilla de Boloña. Después de haberla reducido de modo que solo constaba de los mejores buques, podía embarcar en ella, no ya ciento cincuenta mil hombres como antes, sino cuarenta mil tan solo. Limitada de esta suerte, la partida, la travesía y el arribo eran perfectamente practicables. Además sobre el Escalda tenía diez y seis buques en Flesinga, que se debían aumentar hasta veinte y dos muy pronto. Agregando á estos una escuadrilla de bergantines, de corbetas, de fragatas, de grandes lanchas cañoneras, contaba con medios de embarque para treinta mil hombres, independientemente de una escuadra de guerra capaz de mantenerse en el mar y de dar cima á una navegación bastante larga. También contaba en el Texel con ocho ó diez navíos, tantas veces y tan en vano pedidos á su hermano Luis, y ya aprestados desde que administraba la Holanda. Escoltando esta escuadra á una flotilla, estaba en proporción de llevar á bordo unos veinte mil hombres. Algunas fragatas existían en Cherburgo, dos navíos en Brest, cuatro en Lorient, siete en Rocherfort, y con estos elementos, y por medio de incorporaciones diestramente llevadas á cabo, se prometía Napoleón recomponer la escuadra de Brest. De ella se quería servir para enviar algunas tropas á las islas de Jersey y de Guernesey, de las que aspiraba á apoderarse. Por último tenía en Tolon diez y ocho navíos, que con la concurrencia de Génova y Nápoles esperaba elevar á veinte y cuatro, no contando muchas fragatas, gabarras y bateles de nuevo modelo. Así había preparado en el Mediterráneo medios de embarque para cuarenta mil hombres, y sobre cerca de treinta

mil podia hacer sus cálculos empleando el auxilio de cierto número de buques viejos armados como urcas. Esta expedicion debia amenazar alternativamente á Cádiz, Argel, Sicilia, Egipto. Ademas tres navios y algunas fragatas habia en Venecia, y sobre camellos iban á salir de las lagunas con direccion á Ancona. Muy pronto debian seguirles otros dos navios y muchas fragatas, de manera de dominar el Adriático.

Aumentar queria Napoleon estos recursos, ya tan vastos, en los años de 1812 y de 1813, y esperaba llegar á ochenta y aun á cien navios, y juntar así medios de embarque para cerca de ciento cincuenta mil hombres. Lo que es para cien mil ya los poseia, y aun sin tentar una invasion en Inglaterra, podia lanzar treinta mil hombres á Irlanda, veinte mil á Sicilia, treinta mil á Egipto y causar gran disturbio entre los ingleses. Ademas podia recuperar el Cabo, perdido mucho antes, la Isla de Francia y la Martinica, perdidas hacia poco. Por consiguiente, si la paz del continente se consolidaba sin proporcionarle la paz marítima, tenia medios de herir directamente á la Inglaterra. Para estos diversos objetos y para algunos de los preparativos de la guerra de Rusia, le era indispensable un viage á las costas.

Partiendo de Compiègne el 19 de setiembre, y parando sucesivamente en Amberes y en Flesinga, inspeccionó los trabajos proyectados para hacer inaccesible el Escalda, se ocupó especialmente de la artillería de grande alcance, necesaria en estas posiciones, se embarcó en la escuadra de Flesinga bajo el pabellon del almirante Missiery, la hizo poner á la vela, fué sorprendido por un temporal,

estuvo en el mar treinta y seis horas, sin poderse comunicar con tierra, y quedó muy contento de la instruccion y el aspecto de sus tripulaciones. Aunque bloqueado, el oficial prudente y de peso que los mandaba, se aprovechó de las aguas del Escalda para entrar y salir á menudo, y para dar, navegando por aquellos bajos, un notable grado de instruccion á sus marineros. Napoleon concedió recompensas á todos, hizo grandes elogios de su almirante, y dejó á la marina de esta region tan satisfecha como alentada.

Pero, como la vista de los objetos secundaba siempre su espíritu, halló procedimientos muy ingeniosos para perfeccionar ciertas cosas ó para corregir otras. Ya se ha visto cómo su ejército empezaba á mezclarse con soldados de todas las naciones, ilirios, toscanos, romanos, españoles, portugueses, holandeses, anseatas etc., y lo mismo sucedia en la escuadra. Ademas de antiguos franceses contaba hambúrgueses, genoveses, catalanes, napolitanos, venecianos, dálmatas. A bordo de los navios no se estaba sin zozobra en punto á la fidelidad de estos marineros de orígenes tan diferentes, y si servian bien en los puertos, podia temer que en el mar contrariasen las maniobras á fin de hacerse apresar por los ingleses, lo cual era el cautiverio de los franceses, pero la libertad de ellos. En buques salidos de los puertos se habian echado de ver destrozos en las jarcias evidentemente producidos por la malevolencia é imputables por tanto á una infidelidad oculta, que podia llegar á ser peligrosa. Napoleon tuvo la idea de poner á bordo de cada navio una guarnicion compuesta de una compañía de ciento cincuenta hom-

bres de infantería, todos antiguos franceses. Independientemente de la guardia imperial y de los regimientos extranjeros, había ciento y treinta regimientos de infantería, unos de cinco y otros de seis batallones, y resolvió que de los de depósito mejor organizados se tomara una compañía de infantería para situarla á bordo de los navíos de línea y para que residiera allí habitualmente. Ascendiendo á la sazón los navíos armados á cerca de ochenta, bastaba añadir una compañía en ochenta de estos batallones de depósito para llenar el vacío que se dejara y proporcionarse una fuerza utilísima en la escuadra, ya para afianzar la seguridad de ella, ya para contribuir al combate en caso de encuentro con el enemigo.

Segun su costumbre de ejecutar sus proyectos sin demora una vez concebidos, Napoleon expidió inmediatamente las órdenes necesarias para el envío de estas compañías de guarnición á todos los puertos de mar donde estaban reunidas las escuadras. Siempre impaciente en la prosecución de sus fines, había insistido mucho en Amberes para que las construcciones se sucediesen sin descanso, y para que al punto de ser botado un buque al agua se le remplazara con otro en los astilleros. Estando las maderas de construcción, imaginó para proporcionárselas un vasto sistema de trasportes desde Hamburgo á Amsterdam por medio de pequeños bastimentos que pasaran entre la tierra y las islas, que guarnecen la playa del mar del Norte desde las bocas del Elba hasta el Zuiderzeo. No se satisfizo con esto. Un verano muy seco y que había dado vinos excelentes (los llamados de la Cometa) fué dañoso al desarrollo de cereales. Donde

quiera se anunciaba la carestía, y á cada instante subían de precio los granos. Napoleon revisó las licencias concedidas para su exportación, y ordeno comprar en Hamburgo trigos que debían ser transportados á Francia á lo largo de las costas, ó bien siguiendo los ríos y los canales, y allí donde no se enlazaban los unos á los otros, ejecutando algunas cortas travesías por tierra, para ir por ejemplo del Elba al Weser, del Weser al Ems, del Ems al Zuiderzeo. Veinte mil caballos de artillería y del parque, ociosos hasta la ruptura de las hostilidades con Rusia, fueron empleados en estas travesías cortas, no haciendo más que medio trabajo para tenerlos en movimiento y sin rendirlos á la fatiga.

Después de haber inspeccionado el regimiento de Walcheren, y prescripto diferentes medidas relativas á la salud de los hombres y á su equipo, Napoleon pasó á Holanda y se dirigió á Amsterdam. Aflicidísimo el pueblo holandés por haber perdido su independencia, esperaba no obstante hallar algun resarcimiento en su incorporación á un grande imperio y en la administración vivificante de Napoleon. Poco tiempo antes había habido ejecuciones sangrientas en Ost-Frisia con motivo del sorteo de la quinta: sin embargo, ya fuese por el prestigio de la gloria, ya por el atractivo de las fiestas hasta entre los pueblos mas fríos, los holandeses recibieron con aclamaciones al conquistador que les había arrebatado su independencia, y á quien no amaban, como se verá muy en breve. Tal fué la acogida, que el mismo Napoleon tuvo motivo para engañarse. A la vista de un país tan rico, tan felizmente situado para las operaciones marítimas y que le acogía con tan halagüeñas demostraciones,

concebido mil combinaciones nuevas, le otorgó facilidades para la pesca, suprimió diversas trabas, que embarazaban la navegacion interior del Zuiderzeo, y le dejó por el momento lleno de esperanzas y de ilusiones.

Entre otros cuidados, que habian atraído á Napoleón á la Holanda, á pesar de la mala estacion, no era el menor el de la defensa de nuestras nuevas fronteras. Con el admirable golpe de vista que, al simple aspecto de un mapa, le hacia discernir cómo se podía defender ó atacar un país, descubrió al punto el mejor sistema de defensa para la Holanda. Ante todo determinó, en vista de los peligros que podian amenazarla por parte de los ingleses, que el depósito del material de guerra no estuviera en el Texel, ni en Amsterdam, ni aun en Rotterdam, sino en Amberes, y dispuso que inmediatamente se trasladaran allá todas las riquezas de los arsenales holandeses. Decidió que la primera línea de defensa pasase por el Wesel, Kœwerden y Gróninga, abarcando no solo la Holanda propiamente dicha, sino tambien los Gueldras, el Over-Issel y la Frisia. Pero estableció que la verdadera línea de defensa era la que, abandonando el Rhin, ó Wahal, solo en Gorcum, fuese á pasar á Naarden junto al Zuiderzeo. Efectivamente esta línea cubria la parte mas holandesa de la Holanda, compuesta de fértiles tierras, de ciudades florecientes, situadas todas

por bajo del nivel de las aguas y que podian ser convertidas por medio de inundaciones en islas inexpugnables, que se enlazarian al Rhin por el poderoso brazo del Wahal, de modo que la nueva Francia, defendida por la magnífica línea del Rhin desde Basilea á Nimega, debia al partir de este punto cambiarse en islas inaccesibles del todo para el enemigo, aun siendo enemigo marítimo, mediante las excelentes obras del Texel que formarian su punta extrema é invencible.

Auxiliado en la ejecucion de sus planes por el hábil general de ingenieros Chasseloup, dispuso Napoleón que en el mismo Texel se hicieran soberbios trabajos, cuyo objeto era dar abrigo á una inmensa escuadra con sus almacenes, proporcionar la que entrase y saliese con todos los vientos, y cerrar completamente el Zuiderzeo.

Dadas estas órdenes, siempre concebidas bajo la hipótesis de una lucha suprema y formidable que no cesaba de tener ante la mente, sin que le intimidara, se dirigió á Wesel, donde prescribió otros trabajos para asegurar la defensa de esta ciudad, y proporcionarle una importancia administrativa que no tenia. Quería hacer de ella el Estrasburgo del Rhin inferior. Acababa de decretar el magnífico camino de Amberes á Amsterdam; proyectó el de Wesel á Hamburgo, y al mismo tiempo tomó pretexto de su presencia en aquellos lugares para pasar revista á dos excelentes divisiones de coraceros. Inspeccionólos entre Dusseldorf y Colonia, proveyó á lo que les faltaba bajo el aspecto de la organizacion y del equipo, y aprovechóse de su llegada al Rhin para encaminarlos sin ruido hacia el Elba. Era una manera cómoda

de hacer que avanzara sin llamar casi la atención su caballería pesada, de la cual formaban alrededor de la mitad estas dos divisiones. A la sazón ocupóse en la creación de los lanceros. Ya en Polonia había podido enterarse de la utilidad de la lanza: resolvió aprovecharla en la próxima guerra, y se determinó á convertir en regimientos de lanceros seis de dragones, uno de cazadores y dos de caballería polaca, con lo cual subiría esta arma á nueve regimientos. De Polonia hizo venir instructores, amaestrados en su país en el manejo de la lanza, y repartiólos en los regimientos nuevamente creados. Después de dedicar la atención necesaria á estos diversos objetos, marchó á Colonia, y fijó la clase de defensa de que era capaz esta plaza.

Mientras se ocupaba al paso en estos pormenores numerosos, tuvo que adoptar muchas determinaciones relativas á la política exterior é interior del imperio. Hondamente inquieta la Prusia, según se ha visto, de la próxima guerra, perdía el reposo. Se le alcanzaba perfectamente que, siendo el territorio prusiano el camino forzoso de los ejércitos beligerantes, le sería imposible permanecer neutral, y no debiendo nada á Rusia, que en 1807 celebró la paz á sus expensas, y hasta aceptó una parte de su territorio (el distrito de Bialistock) propendía á aliarse con Napoleón, siempre que le garantizase el resto de sus estados, y una indemnización territorial, si le servía bien. Por desgracia Napoleón se mostraba sordo á sus insinuaciones, para no revelar demasiado pronto sus designios, y en el error de que estaba poseída, achacaba esta reserva al proyecto de arrebatarle un día dado el

trono, el ejército y la monarquía de Prusia. Ase- diando al rey de continuo este desolador pensamiento, no perdía instante en armarse, y en vez de los cuarenta y dos mil hombres fijados por los tratados, tenía mas de cien mil, con licencia la mitad de ellos, bien que prontos á reunirse por medio de una combinación ya antes explicada.

Como ya hemos expuesto, el plan de la corte de Prusia era obligar á Napoleón á que se declarara, cuando los sucesos estuviesen maduros, y si rehusaba su alianza, lanzarse más allá del Vístula con ciento ó ciento cincuenta mil hombres, é ir á juntarse por Koenigsberg á los rusos. Por disimulados que fuesen estos preparativos, no se podían escapar á un observador tan experimentado como el mariscal Davout, presente en el terreno y muy vigilante. Además Mr. de Hardenberg, tratando cotidianamente de hacer que se explicara Mr. de Saint-Marsan, ministro de Francia, y empeñándose, para conseguirlo, en ponerle de manifiesto los recursos que podía ofrecer al aliado, cuya causa abrazara, avanzó hasta decirle que, aun cuando solo tuviera sobre las armas unos cuarenta mil hombres, en caso de necesidad podía armar cincuenta mil mas en pocos dias. Estas palabras escapadas al primer ministro prusiano, fueron un rayo de luz, y Napoleón ordenó á Mr. de Saint-Marsan que se presentara inmediatamente al rey y al ministro y les declarase á uno y á otro que al fin había abierto los ojos relativamente á los planes de Prusia, que era menester que desarmase sin demora, fiando en su palabra de honor que le admitiría á su alianza bajo condiciones satisfactorias, cuando la prudencia permitiera explicarse, ó que

esperase ver marchar al mariscal Davout con cien mil hombres sobre Berlin y borrar del mapa de Europa los últimos restos de la monarquía prusiana. En consecuencia comunicáronse órdenes al mariscal Davout para que se trasladase junto al Oder desde luego, y cortase al ejército prusiano el camino del Vístula, y en caso de necesidad se apoderase en el mismo Postdam de la corte.

También adoptó Napoleon resoluciones muy importantes respecto de Suecia. Ya hemos referido la elección del nuevo príncipe real: éste no había podido perdonar á Napoleon que cerrase los oídos á la proposición de cederle la Noruega. Recien llegado á Suecia, no debiendo su elección sino á circunstancias transitorias y especialmente á la gloria de los ejércitos franceses, no teniendo en realidad ningun partido que le fuera personalmente adicto, y ganando poco en ser visto de cerca, porque muy luego se le hallaba arrogante, jactancioso, prodigo de locas promesas, menos militar que pretendia serlo, había pensado recomendarse á los suecos con una adquisición brillante que halagara su patriotismo. Ahora bien, aun cuando se sintieran desconsolados los suecos por la pérdida de Finlandia, se les alcanzaba á pesar de todo que esta provincia, tan necesaria para Rusia, seria perenne objeto de sus deseos y de sus esfuerzos; que tomando definitivamente por línea divisoria de los dos estados el golfo de Bothnia, se adoptaria una frontera mas verdadera (salvo las islas de Aland, indispensables para la seguridad de Estokolmo, y particularmente en invierno), y que en Noruega era donde se debía buscar mas bien el resarcimiento de lo que Suecia había perdido. Esta era la razon

por la cual el príncipe Bernadotte había solicitado de Napoleon en su agitacion febril la Noruega y no la Finlandia, segun se ha visto. Y á la verdad Napoleon podia prometer, y hasta dar, la Finlandia, en la hipótesis de una guerra feliz contra Rusia, pero hubiera cometido una verdadera traicion respecto de una aliada fiel como Dinamarca, solo con vacilar respecto de Noruega. Su significativo silencio había iluminado al príncipe real, y desde entonces éste empezó á abandonarse á un odio, cuyo gérmen había prendido en su corazon mucho tiempo antes. Debilitado por la edad y los achaques el monarca reinante, le había confiado la regencia de su monarquía, al menos interinamente. De ella se había aprovechado Bernadotte para acariciar al partido ruso y al partido inglés, sin abandonar á pesar de todo ostensiblemente al partido francés, al cual debía su eleccion. No explicándose todavía á las claras contra la Francia, no cesaba de blasonar de sueco ante todo, de manifestar que estaba dispuesto á sacrificarse por su nueva patria, y de repetir que Suecia no era patrimonio de nadie, y solo tendria por aliados á los que atendieran y sirvieran á sus intereses. Mientras en público sostenia este lenguaje, favorecia mas que nunca el comercio clandestino, hacia decir bajo mano á los ingleses, que podian seguir frecuentando los alrededores de Gothenburgo, á pesar de la aparente declaración de guerra, é insinuaba á la legacion rusa que sin duda la pérdida de Finlandia era una desventura para el orgullo de la nacion sueca, pero que perdido estaba lo perdido, y que en otra parte se hallaba la indemnizacion que pretendia. Además había mantenido la orden dada á la mari-

na sueca de rechazar á nuestros corsarios, y protegido sin rebozo á los soldados que en Stralsund maltrataron á los marineros franceses hasta el punto de derramar su sangre.

Mr. Alquier era nuestro ministro en Estokolmo y como habia tenido la desgracia de hallarse en Madrid poco antes de la caída de Carlos IV, y en Roma al tiempo de la prision de Pio VII, se le acusaba muy injustamente de ser donde quiera que aparecia el precursor siniestro de los designios de Napoleon. Todo lo que se le podia echar en cara se reducía á unir á una verdadera rectitud y una notable perspicacia una aspereza peligrosa á veces en ocasiones delicadas. Con este hubo de explicarse el nuevo principe de Suecia sobre los agravios alegados por Francia, y empeñóse entre ellos una conferencia, cuya relacion pareciera increíble, si Mr. Alquier, que se la comunicó á Napoleon, no hubiera sido un testigo digno de toda confianza. Despues de inútiles y poco satisfactorias explicaciones sobre el establecimiento inglés de Gothenburgo, sobre la inobservancia de las principales cláusulas del último tratado, y sobre la sangre francesa derramada en Stralsund, el antiguo general Bernadotte preguntó insolentemente cómo era que Francia, á quien tanto habia servido y que le era deudora de tan grandes obligaciones, se portaba tan mal respecto de su persona, hasta el extremo de que en Constantinopla, en Stralsund y hasta en Estokolmo, tenia que lamentarse de los malos procederes de sus agentes. Al escuchar Mr. Alquier estas palabras, dando apenas crédito á sus oídos, respondió al nuevo sueco, que se quejaba de la ingratitude de Francia, que si Francia le debía

obligaciones muy bien se las habia pagado elevándole al trono de Suecia.

Indudablemente, si hubiera sido posible advenir lo porvenir en aquel momento, conviniera contemplar tan insensato orgullo; pero ya se comprende la indignacion del ministro de Francia, porque hay cosas que no se deben aguantar aun á riesgo de perder al punto la vida. Prosiguiendo esta conferencia, el principe advenedizo se espació en prodigiosas jactancias, trajo á la memoria todas las batallas á las cuales habia asistido, y pretendió, como tenia de costumbre con sus familiares, que se le debía la victoria de Austerlitz, en la cual no quemó un solo cartucho, la de Friedland, donde no estuvo, la de Wagram, donde siguió la derrota de sus soldados. Luego dijo que en Paris se le tenía mala voluntad, y lo sabia muy de cierto, pero que no se le derribaria del trono que en Suecia tenia un pueblo denodado que le seria fiel hasta la muerte; que recientemente este pueblo habia querido desengañar sus caballos y tirar de su coche, por lo cual estuvo á pique de desmayarse de emocion; que los soldados suecos al verle se poseian de entusiasmo; que acababa de pasarlos revista y eran hombres soberbios, colosos; que con ellos no necesitaba disparar un tiro; que con solo decirles: *Adelante, marchen*, arrollarian á cualquier enemigo que fuese, y que á sus órdenes serian lo que en Wagram los sajones, es decir, los primeros soldados del ejército francés. ¡Ah! eso es demasiado, exclamó Mr. Alquier sin poder contenerse, si esos colosos son opuestos alguna vez á nuestros soldados, ya les harán el honor de disparar tiros, pues no bastará que se presenten para romper las

filas de tropas francesas. Bernadotte, en un estado de exaltacion febril, repuso entonces á gritos, como un loco, que era soberano de un pais independiente, que no se le envilecerla, y que antes moriria que lo sufriera. Y habiendo entrado casualmente su hijo, todavia niño, en el gabinete donde se celebraba esta conferencia, le tomó en sus brazos, diciéndole. ¿No es verdad, hijo mio, que harás como tu padre, y que morirás antes que dejarte envilecer?... Despues, no sabiendo como salir de esta escena ridicula, deseando en el fondo de su corazon que permaneciera secreta, llevó no obstante la fanfarroneria hasta decir á Mr. Alquier. Os ruego que comuniquéis á Napoleon todo lo que acabais de ver y oir. ¿Lo quereis asi? respondió Mr. Alquier; pues bien, se cumplirá vuestro deseo. Y se retiró sin añadir palabra. En boca de un personaje tan poco veraz como el príncipe real, sus últimas palabras significaban: no digais nada de lo que habeis oido. Pero Mr. Alquier, que hubiera sido mas útil á su soberano omitiendo esta escena, no se atrevió á faltar al estricto deber de su cargo, y lo comunicó á Paris todo (1). Napoleon, que no preveia entonces los crueles castigos que le reservaba la Providencia, que no preveia como para mas humillarle haria partir de abajo los golpes que le heririan muy en breve, se sonrió de lástima al leer esta relacion peligrosa; se dijo que habia comprendido bien este corazon devorado por la envidia, considerándole desde mucho antes capaz de las mas negras traiciones, y no quiso res-

(1) Escribo estas líneas teniendo el despacho de Mr. Alquier á la vista.

ponder sino con alto desden á tan ridiculos arrebatos. Ordenó á Mr. Alquier que abandonase á Estokolmo sin decir nada, sin despedirse del príncipe real, y que se dirigiera á Copenhague. Comisionó á Mr. de Cabre, secretario de la legacion, para encargarse de los negocios, intimándole que nunca visitara al príncipe real y no tener relaciones mas que con los ministros suecos, y solo para los negocios indispensables de su cargo. Hizo saber al ministro de Suecia en Paris que, si no se daba satisfaccion, especialmente por el asunto de Stralsund, se tendria por nulo el tratado de paz con Suecia y se restablecerian las relaciones como en tiempo de Gustavo IV, esto es, bajo pie de guerra. Esto equivalia á anunciar desde luego la suerte de la Pomerania sueca.

Aun tuvo Napoleon ordenes que expedir durante este viage sobre los asuntos religiosos.

La diputacion de prelados y cardenales enviada á Savona halló á Pio VII dulce y benévolo como de costumbre, aunque agitado por la gravedad de los sucesos, y sin mucho trabajo llegó á persuadirle de que el decreto del concilio era aceptable. Este nuevo decreto, segun se debe hacer memoria, obligaba al papa á conferir á los obispos nombrados la institucion canónica en el término de medio año, pasado el cual tocaba al metropolitano conferirla. Aunque estas disposiciones vulneraran evidentemente el principio de la institucion canónica, del que nadie se cuidaba entonces, por hallarse la generalidad poseida exclusivamente del abuso que un papa, aun siendo excelente, podia hacer de ella, todos insistieron cerca de Pio VII en que aprobara el decreto del concilio. En cuanto á

la gran cuestion de la posesion de Roma y de la situacion futura del papado, se le repitió que, zanjada la urgente cuestion de la institucion canónica, la otra seria á su vez resuelta, y probablemente de una manera satisfactoria. Pío VII, á quien el recurso del concilio á su autoridad hacia grande efecto, por considerarlo como un reconocimiento implícito de los derechos de la Santa Sede, rindióse á las instancias de la diputacion y aceptó el nuevo decreto, y aun prometió instituir sin demora á los veinte y siete nuevos prelados. Solo que quiso redactar la resolucion en un lenguaje suyo propio, lenguaje romano, que tenia por objeto, no salvar el principio de la institucion canónica, el solo que estaba aqui en peligro, sino guardarse de los grandes y nobles principios de Bossuet, que constituyen á pesar de todo el lustre y la dignidad de la Iglesia francesa, sin atentar á la autoridad de la Iglesia universal de ningun modo.

Conseguidos estos resultados, los prelados y los cardenales partieron de Savona, dejando al papa mas tranquilo y dispuesto á una reconciliacion con el emperador. Se lisonjaban de que al llegar á Paris obtendrian, en cambio de las concesiones de que eran portadores, una suerte menos dura para el pontífice y mas digna para la Iglesia.

A Napoleon se envió la noticia de lo acontecido en Savona durante su viage á Holanda, y la gran cuestion de la Iglesia era una de aquellas sobre las cuales tenia que resolver sobre la marcha. Cosa singular, la querella con el sumo pontífice le cansaba y hastiaba casi tanto como la guerra de España. En una y otra hallaba esa tenacidad de la naturaleza de las cosas, contra la cual son impoten-

tes las estocadas, y contra la cual son únicamente eficaces la verdad y el tiempo, esto es, la razon y la constancia; y tanto como le complacia aquello á que se podia dar un corte, le desagradaba lo que solo cabia terminar con un desenlace. Por otra parte creia haber hallado el medio de reunir todas estas cuestiones árdas molestas, resistentes, que á la sazón le importunaban en una sola, y que la podria cortar con un golpe de su terrible acero, agobiando á Rusia en la próxima guerra. Segun su manera de ver las cosas, vencedor en esta última lucha, triunfaria de todas las resistencias asi materiales como morales que aun le opusiera el mundo; triunfaria de las resistencias interesadas del comercio, de las resistencias patrióticas de los españoles, de las resistencias marítimas de los ingleses, de las resistencias religiosas del clero, y, por decirlo asi, de las resistencias del mismo espíritu humano. Asi anhelaba que le dejaran en sosiego, no molestándole con estos mil negocios que no eran el magno, es decir, la guerra de Rusia, única que ocupaba su mente; y cuando á mitad de su vuelta por Holanda le llegaron á llamar la atencion los despachos del ministro de Cultos sobre una nueva fase de la cuestion religiosa, dióse por singularmente contrariado, y respondió mas bien con un grito de impaciencia que con una solucion al asunto.

Le agradó la aceptacion del decreto del concilio, bien que no dándole tanto valor como cuando los obispos estaban congregados y se mostraban bulliciosos. En julio hubiera sido un triunfo; ahora no lo tenia mas que por una ventaja algo atenuada como la impresion producida por los suce-

sos del concilio. Mas que nada le satisfizo la promesa de instituir á los veinte y siete nuevos preladados, pues así se restablecería el curso interrumpido de la administracion de la Iglesia. Pero el breve que acompañaba y motivaba estas concesiones le disgustó mucho, porque estaba en oposicion con las doctrinas de Bossuet; y Napoleon que no amaba la libertad allí donde podia dominar, amábala por el contrario donde no dominaba, lo cual acontecia en el seno de la Iglesia; de consiguiente figuraba como ardiente discípulo de Bossuet, discípulo que sin duda halagara tanto como espantara al ilustre legislador de la Iglesia francesa. Así Napoleon resolvió establecer una division en lo que le llevaban de Savona, admitiendo la parte dispositiva del breve pontificio y rechazando la considerativa. Prescribió pues que se presentara al consejo de Estado el decreto del concilio aprobado por el papa, á fin de que este decreto se registrara en el Boletín de las leyes. Respecto del breve, que contenia doctrinas ultramontanas, Napoleon dispuso que se pasara á una comision del consejo de Estado, á fin de que examinara lentamente, muy lentamente, la conformidad de este breve con las doctrinas galicanas, y tuviera las cosas en suspenso hasta la ocasion oportuna. En cuanto á la promocion de los veinte y siete nuevos preladados, ordenó Napoleon que se enviaran inmediatamente á Savona los documentos relativos á cada uno de ellos, para que la institucion canónica fuese solicitada y obtenida sin tardanza. Por último, apremiado á reducir á la nada todo este negocio, encargó al duque de Rovigo que hiciera partir de Paris á los preladados que allí habian permanecido

en espera de la resolucion del papa. Efectivamente no se habian quedado allí sino para ver si despues de esta resolucion se necesitaba de su ayuda. Hallándose Napoleon satisfecho, su papel estaba concluido, y aproximándose el invierno, y exigiendo la edad de la mayor parte de ellos que se pusiesen en camino, antes de que la mala estacion avanzase, era natural y nada ofensivo que se les despediera. El duque de Rovigo poseia los necesarios medios de autoridad y aun de dulzura para activar la marcha de todos, y ademas sabia mezclar bastante hombría de bien al terror que inspiraba, para desempeñar su encargo á toda la satisfaccion de su soberano y de aquellos á quienes trataba de alejar. Napoleon le dió la órden para ello, no queriendo entrar en Paris y hallar lo que llamaba una *convencion de devotos*.

Adoptadas estas resoluciones, siguió Napoleon su viage, terminó la inspeccion de las tropas y del material que se encaminaban del Rin al Elba, y luego retornó á Paris á principios de noviembre. Allí le aguardaban otras series de grandes negocios. Prusia y Suecia habian respondido á sus imperiosas intimaciones. Debiendo optar Prusia entre suspender sus armamentos ó ver marchar de seguida al mariscal Davout sobre Berlin, se habia sometido. Ademas la palabra solemne, empeñada por Napoleon, habia tranquilizado al rey de Prusia, y este principe habia pedido únicamente que se procediera desde luego á la discusion del tratado de alianza, que debia garantizarle sus actuales estados y mayor engrandecimiento, cuando la paz se concluyese. Napoleon consintió en que esta negociacion se entablase, pero ordenando que se la

diera largas, para que Rusia, al creer la guerra inevitable, no la creyese tan cercana.

La orden expedida á Mr. Alquier para trasladarse á Copenhague, habia aterrado al principe real de Suecia, que no era arrogante mas que aparentemente; y dióse á propalar que, acostumbrado Mr. Alquier á indisponer á su gobierno con todos los gabinetes donde residia, habia desfigurado las escenas que habian pasado. No era asi de manera alguna, y Mr. Alquier habia dicho la verdad estricta. Pero este nuevo sueco, tan enamorado de su nueva patria, y que habia exigido que se trasmitiese todo á Napoleon, hallábase ahora muy embarazado por lo que habia dicho, pues por una imprudencia, y no por prevision, observaba tan mala conducta respecto de su país nativo. No queriendo el monarca todavía reinante que echase mas á perder las relaciones con Francia, volvió á encargarse de la direccion de los negocios, pero, quedando algo mas recondito el ódio del principe imperial, vino á ser aun mas peligroso. Desde este momento dió principio á sordas intrigas para que se aviniesen Inglaterra y Rusia, y obligado á explicarse con los que le habian nombrado por inclinacion á Francia, salió del apuro diciendo que la desavenencia que se deploraba y deploraba él mismo, provenia de una desgracia particular de su vida, desgracia que se veia obligado á confesar, y era haber inspirado á Napoleon ardientes celos.

Ya se comprende con cuanto desden acogeria Napoleon tales fanfarronadas: recomendó de nuevo una abstencion absoluta de relaciones con el principe real y la continuacion moderada, si bien inflexible, de las reclamaciones de Francia sobre

el contrabando y la efusion de sangre de los marinos franceses.

Vuelto á París, ordenó Napoleon á sus ministros que investigaran con esmero los asuntos administrativos, de cualquiera indole que fuesen, que pudieran exigir una solucion, á fin de no dejar ninguno atrasado cuando por la primavera marchara á Rusia, y se puso á despacharlos todos sin cesar de dedicar á sus aprestos militares la atencion mas asidua. Efectivamente su organizacion vigorosa podia atender tanto á lo uno como á lo otro. Desgraciadamente, por grande y prepotente que sea el genio de un hombre, hay algo que le supera, el universo que se le escapa, cuando lo quiere abarcar todo entero. Antes de seguir á Napoleon hacia el abismo donde se iba á empeñar muy pronto, conviene bosquejar los últimos sucesos que acababan de pasar en España, y cuya importancia dista mucho de ser escasa, tanto por los mismos sucesos como por su relacion con el conjunto de los negocios. Esta relacion será objeto del libro siguiente.

LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tarragona.

Continuación de los sucesos de la Península.—Regreso de José á Madrid, y condiciones con las cuales regresa.—Estado de España, fatiga de los ánimos y posibilidad de someterlos, concediendo á José algunos socorros pecuniarios y enviándole nuevas fuerzas.—Situación crítica de Badajoz después de la batalla de la Albuera.—Prisa del mariscal Marmont, sucesor de Massena, en correr al socorro de esta plaza.—Marcha de este mariscal, su unión al mariscal Soult y salvación de Badajoz después de una vigorosa resistencia por parte de la guarnición.—Reunión de estos dos mariscales, seguida de su separación casi inmediata.—Se dirige el mariscal Soult á reprimir á las bandas *insurgentes* de Andalucía y el mariscal Marmont viene á establecerse junto al Tajo, de manera de acudir en socorro de Ciudad-Rodrigo ó Badajoz según las circunstancias.—Después de fracasar lord Wellington en su empresa delante de Badajoz, se ve obligado por las enfermedades á tomar cuarteles de verano, si bien se dispone á atacar á Badajoz ó á Ciudad-Rodrigo al primer falso movimiento de los ejércitos franceses.—Operaciones en Aragón y Cataluña.—Encargado el general Suchet del mando de la baja Cataluña y de parte de las fuerzas de esta provincia, se traslada delante de Tarragona.—Memorable sitio y toma de esta importante plaza.—Es elevado el general Suchet á mariscal.—Recuperación de Figueras ocupada un momento por los españoles.—Habiendo hecho lord Wellington sus aprestos para sitiar á Ciudad-Rodrigo y aproximándose á esta plaza, abandona el mariscal Marmont las orillas del Tajo en setiembre y reunido al general Dorsenne, que había reemplazado al mariscal Bessières

en Castilla, marcha sobre Ciudad-Rodrigo y consigue avituallarla de nuevo.—Estremado peligro del ejército inglés.—Mas unidos los dos caudillos franceses le hubieran hecho sufrir una gran derrota.—Pacífico fin del verano en España y resolución tomada por Napoleón de señorear á Valencia antes del invierno.—Partida del mariscal Suchet el 15 de setiembre y su marcha por medio del reino de Valencia.—Resistencia de Murviedro y vanos esfuerzos para tomar esta fortaleza por asalto.—Queriendo el general Blake salvar á Murviedro, llega á presentar batalla á los franceses.—Victoria de Murviedro ganada el 25 de octubre de 1811.—Rendición de Murviedro.—Aunque victorioso el mariscal Suchet, no tiene fuerzas suficientes para tomar á Valencia y pide refuerzos.—Napoleón hace convergir hácia él todas las tropas disponibles en España á las órdenes de los generales Caffarelli, Reille y Montbrun.—Embustida y toma de Valencia el 9 de enero de 1812 con el socorro de dos divisiones llevadas por el general Reille.—Inutilidad del movimiento prescrito al general Montbrun y correría de éste hasta Alicante.—Aprovechándose lord Wellington de la concentración en torno de Valencia de todas las fuerzas disponibles de los franceses, se apresura á embestir á Ciudad-Rodrigo.—Toma esta plaza el 19 de enero de 1812 antes de que el mariscal Marmont haya podido socorrerla.—Injustos cargos dirigidos al mariscal Marmont.—A la sazón Napoleón, en vez de enviar nuevas tropas á España, retira de allí su guardia, los polacos, la mitad de los dragones y cierto número de cuartos batallones.—Dispone que el mariscal Marmont se traslade del Tajo al Duero, encargándole exclusivamente defender el Norte de la Península contra los ingleses.—Aprovechándose lord Wellington de estas circunstancias, corre á Badajoz y toma esta plaza por asalto el 7 de abril de 1812, á pesar de una conducta heroica por parte de la guarnición.—Con Ciudad-Rodrigo y Badajoz caen los dos baluartes de la frontera de España contra los ingleses.—Preparándose Napoleón á partir para Rusia, nombra al cabo á José general en jefe de todos los ejércitos de la Península, dándole fuerzas insuficientes y dispersas.—Resumen de los sucesos de España durante los años de 1810 y 1811, y los primeros meses de 1812.

Esta es la ocasión de exponer lo acaecido en España, después de la batalla indecisa de Fuentes de Oñoro y de la batalla perdida de la Albuera, dada una y otra en mayo de 1811. El ejército de Portugal, á quien se había quitado el único jefe capaz de guiarle, el ilustre Massena, se hallaba

desparramado en un estado de miseria, de descontento y de desorganizacion difícil de describir al rededor de Salamanca. Como administrador solícito é inteligente se habia aplicado el mariscal Marmont desde su llegada á dedicarle todo su esmero; mas la evacuacion de Portugal, la imposibilidad aparente de expulsar á los ingleses de la Peninsula, aumentaba la confianza y la osadía de los *insurgentes*, hacian mas indóciles á las provincias del Norte, y agravaban asi las escaseces de nuestras tropas no ménos que las de los habitantes. Un accidente reciente acababa por desgracia de dar bulto á semejante estado de cosas.

Con fecha 25 de mayo, el célebre Mina, sucesor de su sobrino que estaba encerrado en Vincennes, habiendo conseguido formar una banda de tres mil hombres, que tenia el arte de trasladar alternativamente de Navarra á las provincias Vascongadas y de las provincias Vascongadas á Navarra, asaltó un convoy compuesto de unos mil prisioneros españoles y de unos cien carros de trigo franceses. Este convoy regresaba á Francia bajo la custodia de cuatrocientos fusileros de la Joven Guardia, y de ciento cincuenta hombres, entre sargentos y soldados, que formaban los cuadros del 28.º de ligeros y del 65.º de linea. Ya el coronel Dentzel, gefe de la escolta, habia representado al general Caffarelli sobre lo insuficiente de ella; pero éste no hizo caso de sus observaciones, y el convoy partió de Vitoria con direccion á Bayona. Mina, siempre exactamente informado, se habia escondido en los bosques, á derecha é izquierda del camino de Tolosa, y cuando la columna de prisioneros y de heridos, ocupando mas de una le-

gua, habia trepado la montaña que se alza á la salida de Vitoria, y estaba empeñada en el desfiladero de Salinas, cayó sobre ella como un buitre, empleóse primero en soltar á los prisioneros españoles, y despues con su ayuda, en pasar á cuchillo á nuestros heridos y prisioneros. Dividida en tres pelotones la escolta, uno á la cabeza, otro en el centro y otro á la cola, y asaltada á la vez por el enemigo y los prisioneros, hizo esfuerzos heroicos sin poder retener sus prisioneros ni salvar los heridos. A mas de ciento cincuenta hombres de la escolta costó la vida este fatal encuentro, y muchos de nuestros heridos infelices la acabaron en el camino á manos de un feroz contrario. Si algo pudo consolarnos de esta horrible escena, fue que los prisioneros españoles, colocados entre el fuego de nuestros soldados y el de Mina, expiaron en no corto número la crueldad de su salvaje libertador.

Al ruido de la fusileria acudió el general Caffarelli con refuerzos para acometer á su vez á Mina, pero halló que los prisioneros españoles estaban libres, nuestros heridos y enfermos degollados y Mina en fuga. En lugar de acusarse á si propio, y á nadie mas, acusó á aquellos valientes, que acababan de sostener una lucha desesperada, y que, á prestarle crédito, no habian adquirido buenos informes. ¡Y sin embargo el general Caffarelli era un hombre de bien, digno de su ilustre hermano! Mas esto ofrecia un ejemplo mas entre mil del estado de lastimosa confusion á que todo habia llegado en España.

En Madrid, la ausencia del rey, á quien ya no se esperaba ver nunca, la miseria de los empleados, la carestia de las subsistencias arrebatadas á las

mismas puertas de la capital por las guerrillas, la fatiga, la desnudez, la diseminacion del ejército del centro, consumiéndose en correr de Guadalupe á Talavera, de Segovia á Toledo, sin lograr proteger las comunicaciones, llevaban el desaliento y la desesperacion hasta el corazon del reino.

No presentaban mejor semblante los negocios en Extremadura y Andalucía. Despues de la batalla de la Albuera, dada para salvar á Badajoz, se habia retirado el mariscal Soult á Llerena, y establecido sobre la pendiente de las montañas que separan á Andalucía de Extremadura. Desde estas alturas imponía á los ingleses con su presencia, daba á los infelices sitiados todo el apoyo moral que estaba á su alcance, y pedia con instancía y con fundamento que se acudiera en su socorro. Aun cuando no hubiera prestado oídos á la voz de Massena el año precedente, convenia que á la sazón se escuchara la suya y se le ayudara siquiera por la guarnicion bizarra que defendía á Badajoz, y que, rodeada de murallas derruidas por el fuego del enemigo, habia precipitado muchas veces á los ingleses al pie de las brechas por donde se lanzaban al asalto. Si no llegaba el socorro pedido, si, olvidado de sus agravios, no bajaba el ejército de Portugal prontamente sobre el Guadiana, á pesar de las dificultades que oponía el calor á la marcha de las tropas, Badajoz iba á sucumbir y el poderoso ejército de Andalucía, partido de Madrid el año anterior en número de ochenta mil hombres y ya muy mermado, iba á ver cómo se le arrebatava el trofeo que habia obtenido por única recompensa de su sufrimiento y bizarria.

Aunque menos peligrosa, era harto triste la si-

tuacion de Andalucía. El sitio de Cádiz, que hubiera debido ser la única ocupacion del ejército invasor de aquel territorio, mientras el sitio de Badajoz, imaginado por el mariscal Soult para dispensarse de ir á Portugal, no habia hecho mas que dividir sus fuerzas y crearlas inútiles peligros, no avanzaba poco ni mucho. Reducido el mariscal Victor de tres á dos divisiones, solo tenia doce mil hombres que presentar en batalla y apenas podia guardar sus líneas, lejos de hacer el menor progreso. Delante de la isla de Leon perseveraba con la escuadrilla que habia creado y los morteros de grueso calibre que habia fundido, sin marineros para tripular la una, ni municiones para hacer uso de los otros. Humillado y descontento del papel á que le habia destinado el mariscal Soult, pedia ser relevado inmediatamente por único premio de sus servicios en España. No eran menos incómodos los *insurgentes* de Ronda para el general Sebastiani, siempre ocupado en mantenerse en Granada contra los ingleses por una parte y contra las tropas de Murcia y Valencia por otra. Este general, administrador moderado y prudente, era denunciado por el mariscal Soult como inhábil para gobernar la provincia de Granada, aun rigiéndola mejor que el mariscal la Andalucía, y solicitaba que se le relevase con instancias no menos vivas que las del duque de Bellune.

Solo una provincia, como ya hemos dicho, solo un ejército se hallaban en estado satisfactorio, y eran la provincia y el ejército de Aragon bajo el mando del general Suchet. Hábil era y no menos afortunado, pues existencias hay en que cierta prudencia parece atraer cierta ventura. Bueno es re-

cordar que había tomado sucesivamente á Lérida, Mequinenza, Tortosa, y hecho reinar el orden y la buena administracion en su provincia, que, por otra especie de buena fortuna no era cruzada por los ejércitos franceses, á quienes no servia de camino, ni estaba amenazada por los ingleses, de quienes no era blanco, de modo que blasonaba casi de feliz en medio de las horribles convulsiones de España y casi amaba á su vencedor en medio de los odios desencadenados contra los franceses.

Donde el general Suchet encontraba serias dificultades era en las fronteras del país puesto á su cargo. Sin cesar se veía asaltado por las guerrillas en el límite de los territorios de Valencia, de Guadalajara, de Soria, de Navarra, de Cataluña. Villacampa cerca de Calatayud, el Empecinado hacia Guadalajara, Mina en Navarra, y los migueletes en la frontera de Cataluña, no consentían día de reposo á sus tropas. Pero este afortunado general mandaba á lugartenientes y soldados dignos de él y no tenía escaramuza con las guerrillas que no le proporcionara un pequeño triunfo.

Al revés en Cataluña, se hallaba en combustion todo: apoyados y excitados los migueletes por el ejército español de Cataluña, que tenía su base en Tarragona, desolaban esta provincia. No había desfiladero, donde no aguardaran á los convoyes para atacar á las escoltas harto débiles, arrancarles los prisioneros, pasar á cuchillo entre sus brazos á los enfermos y los heridos, y arrebatárles los viveres que tenían encargo de introducir en las plazas, y especialmente en Barcelona. Mientras los migueletes hacían los caminos del interior impracticables, las escuadrillas inglesas hacían no menos peligrosos

los que se extendían á lo largo de la costa. Con trabajo se sustentaba Barcelona, donde era preciso mantener á la guarnición y á los habitantes, sin embargo de que un ejército entero, el del mariscal Macdonald, se hallaba exclusivamente dedicado á abastecerla y de que se aventuraran muchas expediciones marítimas para proveerla por mar de viveres y municiones. Generalmente entraba allí poco más ó menos la sexta parte de lo que se le destinaba. El general Maurice Mathieu, que era su gobernador, desplegaba tanta inteligencia como energía para sostenerse en situación tan azarosa, y para intimidar á los habitantes sin desesperarlos. Recientemente acababa de hallarse en un gran peligro, del cual escapó con harta fortuna. Se descubrió que en el seno de la ciudad se urdía una trama por los enemigos de dentro para entregarla á los enemigos de fuera. Informado el general oportunamente, fingió no estarlo, dejó á los conjurados avanzar sin infundirles recelo alguno, y sacudiendo después este sueño simulado, hizo en los asaltadores de fuera una verdadera carnicería y en los conjurados de dentro una justicia severa. Este acto vigoroso, unido á una administracion íntegra y firme, hacia que inspirara temor y respeto; pero escribía que era imposible mantener aun por largo tiempo una poblacion tan numerosa en semejantes estrecheces.

Hallando el ejército catalán en Tarragona una sólida base, viveres, municiones, socorros de toda especie suministrados por la marina inglesa, y en caso de necesidad refugio seguro, osaba á veces trasladarse desde las orillas del mar, donde se halla situada Tarragona, hasta la falda de los Pirineos, y con gran asombro de todo el mundo, llegaba á in-

troducir socorros en el importante castillo de Figueras, que nos habia arrebatado una traicion, segun se ha explicado. Aprovechando el momento en que los franceses, á las órdenes del general Baraguey de Hilliers, no habian tenido aun tiempo de llevar bastante tropa delante de la fortaleza, para empezar el sitio, Campoverde rompió por medio de nuestra débil línea de bloqueo, é introdujo socorros de viveres y hombres en el castillo con grande aplauso de toda Cataluña.

Ya hemos dicho cuál era en medio de todas estas miserias la situacion de nuestros oficiales y nuestras tropas, padeciendo males mayores que los que causaban á sus enemigos, á veces impulsados á lamentables excesos en vista de las crueldades cometidas contra sus camaradas, pero siempre los menos inhumanos de todas las gentes de guerra de todas las naciones que atacaban ó defendian á la Península. Cuando los soldados se podian proporcionar algunos granos y algun ganado en aquellos campos que habian quedado incultos ó despoblados, cuando se habilitaban algun calzado con la piel de los animales de que se habian mantenido, ya estaban satisfechos. Al revés los oficiales, habituados y obligados á vivir de otra manera, para sostener el decoro de su categoría, soportaban crueles sufrimientos de cuerpo y de alma. Faltos de paga, no tenian botas para sus pies. Concediendo Napoleon para los sueldos cuatro millones mensuales, esto es, cuarenta y ocho millones de francos al año, y dejando al pais el cuidado de suministrar pan, carne, arroz, creia haber hecho lo suficiente. Pero solamente los sueldos hubieran exigido ciento sesenta y cinco millones para 1810 y 1811, es decir, mas de ochenta mi-

llones al año en vez de cuarenta y ocho; de las sumas debidas habia enviado veinte y nueve millones en 1810, cuarenta y ocho en 1811, ó, lo que es lo mismo, sesenta y siete millones en vez de ciento sesenta y cinco. Lo demas, que sumaba ochenta y ocho millones, ó habia quedado sin pagar, ó se habia sacado del pais por medio de los gobiernos militares: de los sesenta y siete millones remitidos por Napoleon, parte habian sido saqueados en el camino, parte dedicados á compras urgentes ó á reparos indispensables de artillería, y parte habia quedado tambien en ciertos depósitos. Casi nada habia recibido el ejército de Andalucía: sin embargo se hallaba en un pais rico, y si el mariscal Soult hubiera administrado como el general Suchet, no hubiera carecido de nada. Relativamente al ejército de Portugal, condenado á hacer la guerra en los pedregosos campos de aquel pais ó de Salamanca, se hallaba privado de las cosas mas necesarias para la vida. Lástima daba ver á los oficiales, y sufrían casi sin esperanza de resarcimiento, pues por un lado el emperador estaba lejos, y por otro no tenían para con él otros títulos que reveses, á pesar de haberse portado de manera propia á obtener las mas señaladas victorias. Véase, despues de las esperanzas concebidas en 1810, despues de dos años de nuevas lides, despues de doscientos mil hombres de refuerzo enviados al celebrarse la paz de Viena, despues de comprometidos tantos ilustres renombres, los de Massena, de Ney, de Jourdan, de Angereau, de Soult, de Victor, de Saint-Cyr, véase el estado en que se hallaba la conquista de España.

¿Era acaso invencible esta funesta comarca, segun el mérito que le atribuye una tradicion anti-

gua, según se complace en suponerlo en su legítimo orgullo, según la opinión divulgada por todas partes desde la gran invasión tentada por Napoleón? No lo creían así jueces excelentes como Saint-Cyr, Jourdan y el mismo José, teniendo horror á la guerra de España y habiéndola visto de cerca; antes bien juzgaban que se hubiera podido triunfar con medios mas completos, con mas paciencia y mas perseverancia: sin duda se hacia mucho, mas de lo que se hubiera necesitado para un objeto que no fuera el principal de la política imperial, pero en todas partes quedaban sin efecto los grandes medios empleados por falta del complemento indispensable. El ejército de Portugal por falta de cuarenta mil hombres de refuerzo y de algunos millones para equiparse y mantenerse, el ejército de Andalucía por falta de veinte y cinco mil hombres, de marinceros, de municiones y de una escuadra que se hallaba en Tolón ociosa, la corte de Madrid por falta de algunos millones para pagar á sus empleados y á los españoles adheridos á su servicio, los ejércitos del Norte por falta de unos veinte mil hombres y de algunos millones para crearse almacenes, conseguían llegar á la impotencia y la desventura. En suma cerca de cuatrocientos mil hombres venían á ser inútiles por falta de otros cien mil y de cien millones. En todas las cosas los mayores sacrificios resultan estériles sin el último que debe completarlos. Seguramente era cruel imponerse tales sacrificios para España, ¿mas por qué haberse allí comprometido? ¿No valia mas proporcionarle otros cien mil hombres que preparar quinientos mil para Rusia?

Sin duda para que los cien mil hombres que se

trataba de añadir ahora fueran inútiles como los cuatrocientos mil ya enviados, no era razon que se hicieran mas sacrificios, pero se notaban con facilidad en varias provincias sintomas de un cansancio de que se debiera sacar provecho. Violento, unánime y legitimo habia sido el sentimiento que sublevó á la España toda: sin embargo despues de cuatro años de guerra, á la vista de tanta sangre y de tantas ruinas ¿no era posible que se preguntara la nacion por qué y por quién sufría tantos males? Efectivamente, apenas renaciera en alguna parte un poco de calma y dejara lugar á la reflexion como en Zaragoza, por ejemplo, en Madrid, en Sevilla y en algunas otras grandes ciudades, se convendria en que los principes por quienes se lidiaba eran muy poco dignos de la adhesion que se les tenia y en que en esta ilustre y augusta familia de los Borbones la rama de España era la verdaderamente degenerada, la que merecia ser entregada al hierro destructor del tiempo, porque el principal descendiente de Felipe V, el honrado é inepto Carlos IV vivia en Marsella entre el príncipe de la Paz y su muger Maria Luisa, tan esclavo de ambos como cuando ocupaba el trono; su primogénito, preso en Valenzey demandaba todos los dias al conquistador, que le habia destronado, la concesion de la mano de una princesa de la familia de los Bonapartes, y de miedo de que le comprometieran los que intentaban libertarle, les denunciaba á la policía imperial; y finalmente entre todos, ni un solo vástago varon ó hembra, pensaba en alargar la mano á la heroica nacion cuya sangre corria abundantemente por la causa de ellos. Las cortes de Cádiz, despues de proclamar algunos principios irrefutables, si bien

harto precoces para España, habían venido á parar á cierta especie de anarquía; vivían dentro de Cádiz en la miseria, la discordia y las eternas disputas con los ingleses. Todas estas cosas las sabía España y las avaloraba tan luego como el cañón se alejaba un poco de sus oídos. En contraposición, José era á los ojos de cuantos podían acercársele un príncipe, afable, ilustrado, representante moderado de la revolución francesa, que prometía y hacía esperar un gobierno prudentemente reformador. Éra un príncipe nuevo, usurpador si se quiere, impuesto por otro usurpador, pero ¿no era tradición histórica en España que el país fuera regenerado por dinastías extranjeras? ¿No había llegado Felipe V á rejuvenecer la España, reemplazando á los degenerados descendientes de Carlos V? Y el mismo Carlos V, aunque legítimo sucesor de la corona ¿no había sido un príncipe extranjero, portador de la brillante civilización de Flandes á España, donde de Fernando é Isabel no quedaba más que Juana la Loca? ¿No se podían concebir de José esperanzas semejantes? En Madrid, donde se le veía de cerca, se había acabado por estimarle y por aplacarse respecto de él algun tanto. En Aragón, donde el general Suchet estaba por representante del nuevo gobierno, se adquiría la costumbre de pensar bien del mismo y de decir que, á no ser por la guerra, valía más que el de la Inquisición, del príncipe de la Paz y María Luisa. Solamente la guerra inacabable, la miseria, los incendios, los saqueos, la idea generalmente divulgada de que si Napoleón no tomaba la España toda, tomaría, al menos las provincias del Ebro, sublevaban á los españoles más templados. Pero fácil era des-

cubrir en Madrid y en torno de este centro que, si José hubiera podido pagar á sus empleados, asalariar su ejército, mantenerle de sus propios almacenes y no á costa del país, sostener el orden y la disciplina como en Aragón, alcanzar de Napoleón y de los generales los respetos debidos á todo soberano é indispensables en una nación tan altiva como la española, si más que todo se hubiera podido desvanecer el temor de ver segregarse de la España las provincias del Ebro, se hubiera llegado á conseguir un principio de sumisión. Este sentimiento producido en la capital, donde se manifestaba siempre que iban menos mal las cosas, se hubiera comunicado á las grandes ciudades, donde ya se insinuaba de vez en cuando, y es digno de nota que los soldados españoles, que al principio desertaban inmediatamente si se les alistaba al servicio de José, empezaban, fuese por cansancio ó por rivalidad con los guerrilleros, á mostrarse fieles con tal de que se cuidara de pagarlos. José contaba cuatro ó cinco mil que servían bien y perseveraban en las filas mediante la puntualidad de la paga. Evidentemente con dinero se hubieran podido reunir veinte ó treinta mil y cuantos se hubieran querido, y hubieran llegado á ser excelentes tropas en la escuela de los franceses. Hasta los guerrilleros, verdaderos bandidos, que no deseaban más que pillage, se dejaban atraer poco á poco con el cebo del salario. Amnistiados habían sido cierto número de ellos en la Mancha, al rededor de Toledo y hácia Guadalajara, y se habían sometido y hasta ingresado en el servicio del nuevo monarca. ®

Sin duda estos síntomas favorables no se nota-

ban cerca de los focos de insurreccion, donde las pasiones eran vivas y persistentes, donde los ingleses excitaban y sostenian los sentimientos hostiles á Francia, donde se mantenian en todo su fervor las esperanzas de triunfo, donde era lucrativo el pillage; pero en los demas puntos acontecia de muy distinto modo, y aunque la situacion de los franceses en la Península era difícil por extremo, es la verdad que el cansancio, muy grande en las clases acomodadas, inmenso entre los que vivían de sus manos, la carencia de un objeto razonable, pues no lo era la restauracion de los Borbones de Marsella ó de Valenzey, iban á decidir sobre la sumision de los españoles, si se tentaba un nuevo y último esfuerzo, si ante todo se expulsaba á los ingleses, si se dedicaban á este fin esencial las fuerzas necesarias, si se tomaban Lisboa y Cádiz, que podian ser tomadas, si se pugnaba por reprimir á los guerrilleros sin imitar sus destrozos, si á las fuerzas existentes se agregaban las que se requerian para estos distintos objetos, si se hacian por cuenta propia los gastos de su sostenimiento, si se ahorraban de esta suerte al pais las principales miserias de la guerra, por último si se añadía á estos medios una direccion superior, imposible desde lejos, lo cual equivale á decir que si se hubieran destinado á España, no la mitad sino casi todos los recursos del imperio, y viniera el emperador en persona, casi es cierto que se alcanzara el triunfo. Solo con parte de lo que se preparaba á fin de penetrar en Rusia hubiera bastado para zanjarse victoriosamente la cuestion que se habia suscitado al invadir la España. ¡Y cabalmente á esto no queria el emperador decidirse!—España, es-

cribia á José, me devoraria si no me fuera muy á la mano.—¡Frase de inconsecuencia deplorable y que pronto habia de producir funestas resultas! Ya lo hemos dicho, puesto que Napoleon habia cometido el error de trasladar la cuestion europea á España, menester era resolverla donde la habia planteado y no buscar la resolucion en otra parte. Ya que, favoreciéndole aun la fortuna en sus errores, como si quisiera consentirle espacio para enmendarlos, le llevaba los ingleses al continente, los ingleses á quienes no podia dar caza en los mares, á toda costa convenia vencerlos en el elemento donde dominábamos, pues, vencidos ellos, se rindiera tambien el mundo. Pero tenerlos á alcance de nuestros ejércitos y no batirlos, y antes bien dejarse batir por ellos, equivalia á renunciar voluntariamente al prestigio de nuestra invencibilidad en tierra, é inspirar al continente el pensamiento de vencernos, resucitando la esperanza de conseguirlo. Expulsar por un grande esfuerzo militar á los ingleses, sojuzgar á los españoles á fuerza de perseverancia y dulzura, era la doble tarea impuesta desde el atentado de Bayona, y cuya consumacion hubiera producido el fin, no solo de los asuntos de España, sino de los asuntos europeos (á lo menos en lo que hay finito para las dominaciones exorbitantes); y desviarse de esta tarea obligada, por disgusto de las dificultades, por disgusto especialmente de las lentitudes de esta guerra para ir á buscar á otros lugares una solucion de las mas aventuradas, solo con la mitad de las fuerzas, dejando la otra mitad en España sin hacer cosa de provecho, es una falta que por donde quiera se echa de ver en esta historia, y que no se puede prescindir de señalar de continuo, porque

persigue al espíritu con la tenacidad y la amargura de un remordimiento horroroso.

Quando arrastrado á la desesperacion abandonó José á Madrid para ir á solicitar de Napoleon otra direccion para los negocios españoles ó permiso para retirarse á la vida privada, tanto en Madrid, como en Valladolid, Burgos y Vitoria se le presentaron muchos hombres honrados y le hablaron de esta manera.—Ya veis lo que sufrimos y juzgad si con tal régimen se puede esperar atraernos. Somos saqueados, incendiados, asesinados á menudo por vuestros soldados y por los que se dicen nuestros; así nuestras haciendas y nuestras vidas están á merced de bandidos de todas las naciones. Nada esperamos del gobierno anárquico de Cadiz, del gobierno corrompido de Fernando, y nos resignamos á recibirlo todo del vuestro. Pero privados quizá para siempre de nuestras colonias, estamos amenazados además de perder nuestras provincias del Ebro, y no se quiere hacer honrosa nuestra adhesion á vuestra persona. Se os desprecia, se os insulta públicamente al par que se trabaja por haceros nuestro monarca. ¿Cómo quereis que nos sometamos? Vuestros empleados, escarnecidos por los generales, casi muertos de hambre, se ven reducidos á alimentarse con la racion del soldado ¿cómo han de poder gozar de la consideracion mas pequeña? Vais á Paris, transmitid nuestras palabras al emperador. Vuestro viage se interpreta de dos maneras; por vuestros enemigos como la hora en que se va á descubrir el velo, en que España va á ser declarada provincia francesa, al modo que Lubeck, Hamburgo, Florencia y Roma; por vuestros amigos, todavia

escasos, como un recurso al genio superior de vuestro hermano para informarle de lo que ignora, quizá para traerle acá y para que se arregle todo con su presencia. Procurad que esta última suposicion se realice. Corred á Paris, hablad, haced oír la verdad, insistid en traer algunas nuevas fuerzas, venid con la autoridad para vos, y para nosotros con la declaracion tranquilizadora de la integridad de nuestro territorio, traed medios de disciplina, esto es, con que pagar á vuestras tropas y á las nuestras, y estad seguro de que si esto cuesta dinero á Francia, pronto España satisfará con usura cuanto se le anticipe. Propicia es la ocasion, porque á pesar, de vuestras aparentes derrotas, á pesar de los momentáneos triunfos de vuestros enemigos, la laxitud es general y se puede convertir de sumision en desesperacion, desesperacion que será terrible para quien la haya provocado.

Estas palabras, pronunciadas por bocas honradas y fidedignas fueron llevadas á Paris por José, que, yendo á Francia al bautizo del rey de Roma, pasó allí los meses de mayo, de junio y de julio. Por desgracia, aun teniendo razon José, no le faltaban debilidades, excusables sin duda, pero suficientes para quitarle á los ojos de Napoleon la autoridad de que hubiera necesitado. Segun ya lo hemos dicho era bueno, juicioso, honrado, pero indolente, amigo de los placeres, de gastos y de aduladores, (en lo cual no se diferencian los reyes modernos de los antiguos), persuadido hasta lo infinito de sus talentos militares y muy celoso de su autoridad. Cortos defectos eran estos sin duda, pero cuando llegó á decir que necesitaba dinero, mu-

cho mas aun que soldados franceses, por que con españoles bien pagados conquistaria á España y se haria adorar en ella; que, sin embargo, necesitaba tambien soldados franceses, sobre todo contra los ingleses; que le hacia tambien falta mas poder y con especialidad el mando superior de los ejércitos, para refrenar los desmanes y obtener el respeto debido á su calidad de monarca; estas cosas verdaderas en mucha parte, pero sospechosas en boca suya, fueron tan mal acogidas que hubo necesidad de un mediador para impedir escenas lamentables entre los dos hermanos. Fué elegido con este fin el principe Berthier, como mayor general de los ejércitos de España, y por cierto que no se podia encontrar uno mas juicioso, mas discreto y mejor informado de todo. Por desgracia no tenia tanta influencia como razon y, si era incapaz de hacer traicion á la verdad, no era bastante atrevido para decirla por entero. Ademas Napoleon se hallaba exasperado á la sazón contra sus hermanos. Recientemente Luis habia arrojado á sus pies la corona de Holanda; Gerónimo, que habia recibido el Hanover como aditamento á la Westfalia, á condicion de soportar ciertas cargas, no habia satisfecho sus compromisos, y habia sido castigado con la segregacion de parte de Hanover; Murat, bueno aunque ligero y bullicioso, excitado por su viva y ambiciosa esposa, habia desagradado cruelmente, gastando de una manera enorme y desatendiendo su marina. Ademas se le acusaba de haber parlamentado bajo diferentes pretextos con los ingleses á lo largo de las costas de sus dominios. Napoleon irritóse hasta el punto de enviar instrucciones reservadas al general Grenier para que siempre tu-

viera en Nápoles fijos los ojos y se encaminara allí con el cuerpo de reserva que tenia bajo su mando. Por último ya se han visto los arrebatos inspirados á Napoleon por las semi-traiciones del cardenal Fesch. Llegaba pues el infeliz José inoportunísimamente para expresar en tales circunstancias verdades enojosas. Napoleon habia hecho que le dijeran que si queria abdicar á semejanza de Luis era muy dueño de efectuarlo; que todos sus hermanos podian dejar los tronos que les habia dado; que no le hacian falta alguna; que esta misma conducta por parte de ellos simplificaria muchos asuntos de Europa; que, sin embargo, hasta entonces eran, no solo reyes, sino generales bajo su mando, y que no creia que desertaran de su puesto sin darle aviso, sin que precediera autorizacion suya; que si José se presentaba en Bayona sin este preliminar indispensable, seria preso.—Tales eran las primeras explosiones del vivo enojo de Napoleon: pasado este instante, se habia venido á parar por mediacion del principe Berthier á explicaciones mas precisas y sosegadas. Ante todo dijo José que era menester que se respetara en su persona al hermano del emperador y al rey de España; que no se permitiera á los generales tratarle como le trataban con el último desprecio; que ademas estaban divididos entre sí y sacrificaban á sus rivalidades la sangre de sus soldados; que si se queria restituirle la dignidad correspondiente, establecer unidad en las operaciones militares, impedir los desmanes y los saqueos, forzoso era investirle con el mando superior, bien que le nombraran por gefe de estado mayor un mariscal de confianza y le remitieran de Paris las órdenes á las cuales se atendria escri-

pulosamente; que convenia no dejar en las provincias mas que lugartenientes hábiles y probos, como en el ejército francés los habia, y á menudo muy superiores á los mariscales que les tenian bajo su mando; que no era menos urgente, si se quería atajar la exasperacion de los españoles, renunciar al sistema devastador de alimentar la guerra con la guerra; que en vez de pretender sacar dinero de España, se debia empezar por enviarlo, pues mas adelante se reembolsaria abundantemente lo que se anticipara; que si se le otorgaba un subsidio de tres á cuatro millones de francos mensuales, tendria funcionarios bien retribuidos y leales, un ejército español muy adicto y mas idóneo que los franceses para la represion de las partidas; que, hasta tendria á su servicio á parte de estas bandas que se pasarían á sus banderas, estando seguras de la paga; que si se preferia un préstamo al subsidio, él se comprometia á pagarlo dentro de pocos años; que por cada millon que se le anticipara daria mil hombres de tropas francesas; que si ademas se queria pagar á estas, alimentarlas con auxilio de almacenes, emplearlas sobre todo en expulsar á los ingleses, y tranquilizar á los españoles en punto á la conservacion de las provincias del Ebro, se veria como se formaba en Madrid y sus contornos una region de calma y apaciguamiento, que iria cundiendo de la capital á las provincias, y que antes de mucho, sumisa España, restituiria á Francia sus ejércitos y tesoros, y soportaria segunda vez la política de Luis XIV en ventaja de ambas naciones; que, por el contrario, si se persistia en el actual sistema, España seria el sepulcro de los ejércitos de Napoleon, la confusion de su poli-

tica, quizá hasta el término de su grandeza, y la ruina de su familia.

Todas estas alegaciones eran verdaderas, salvo algunos errores, que debian servir de pretexto á Napoleon para negarse á las solicitudes mejor fundadas. Lo que acontecia en Aragon y alrededor de Madrid suministraba la prueba de que se habia llegado á un momento favorable para sojuzgar á la España agotada, pues expulsados los ingleses, debia perder toda esperanza, y unida la fatiga á este desengaño, al restablecimiento de la disciplina y á la supresion de sus devastaciones, no parecia ilusorio creer que los españoles depusieran al fin las armas. Tambien lo que se veia en Madrid autorizaba á suponer que con algunos millones se podia crear una administracion con personal adicto al nuevo orden de cosas, y un ejército español y bueno para el orden interior. Sin mover á Napoleon de su puesto, lo cual era difícil, se podia suplir su presencia con un jefe de estado mayor inteligente y firme, tal como el general Suchet por ejemplo: dando á este una autoridad absoluta sobre los demas generales, tropas en número suficiente y dinero, cabia que conquistara á Cadiz y pacificara la España, al modo que logró muy en breve conquistar á Tarragona y pacificar á Valencia; que dejando fuera de su direccion una operacion sola, la de expulsar á los ingleses, se le confiase á Massena, proporcionándole un ejército de cien mil hombres y medios de transporte bastantes, y no hay duda que el prudente Suchet y el enérgico Massena se hubieran entendido, y que, reunido el genio de ambos, se terminara la cruel guerra que, mal dirigida, iba á ser el abismo donde se hundieran muy

pronto la fortuna de Napoleón y la de Francia. Pero era un error de José creer que solo necesitaba millones de francos y no miles de hombres, pues le hacían falta dinero y soldados; era ilusión suya creer que podía ejercer el mando con un jefe de estado mayor complaciente, pues hubiera tenido que acomodarse á un verdadero jefe de ejército, á un jefe como el general Suchet, hábil para mezclar la guerra cuerdamente dirigida á la administración recta y á la política conciliadora; hubiera tenido en suma que acomodarse á un Vendoma, es decir á Massena, haciendo la guerra á los ingleses para expulsarlos, mientras Suchet la hiciera á los españoles para sojuzgarlos y atraerlos.

Habia, pues, mucha verdad y algo de error en el sistema de José, y esto bastaba para que Napoleón tornara á comenzar sus implacables burlas contra las pretensiones de su hermano (1), para que repitiera, como lo habia dicho tantas veces, que José se empeñaba en tener el mando, que se creía general, que se figuraba que para serlo bastaba no estar desprovisto de talento, montar á caballo y hacer algunas señales de mando; que sin embargo

(1) Tampoco aquí forjo discursos á mi antojo. Cuando Mr. Roederer volvió de Madrid tuvo Napoleón con él conversaciones chispeantes de talento y de genio, en las cuales dijo mas injuriosamente y mas á la larga lo que vamos á presentar en compendio. Mr. Roederer que escribia cotidianamente cuanto veía y oía, trasladó al papel estas conversaciones en el momento en que se verificaron, y cotejándolas, gracias á habérmelas proporcionado su familia, con las cartas de Napoleón, podemos puntualizar las ideas de este. Además hizo escribir á Mr. de Laforet, nuestro ministro en Madrid, las mas de estas cosas.

se engañaba mucho; que podia suceder asi respecto de muchos generales estúpidos puestos al frente de los ejércitos para su baldon y su ruina, pero no de generales verdaderamente idóneos para guiar soldados; que para mandar era menester reunir, á una inteligencia vasta y profunda, un gran carácter, un trabajo obstinado y una atención continua á los mas minimos detalles; que él tenia los estados de sus tropas sobre su mesa y los tenia siempre; que estas eran sus lecturas favoritas; que, al acostarse los dejaba á alcance de su mano, y de noche los hojeaba cuando no dormía; que, gracias á esta disposición natural de espíritu y de carácter, á esta aplicación incesante, á una experiencia inmensa, podia mandar y ser obedecido, porque tenían confianza en él sus soldados; pero que á José no le habia hecho Dios general; que era afable é ilustrado, pero indolente; que necesitaba placeres y poco trabajo; que los hombres adivinaban instintivamente estas disposiciones, y si se le confiaba la dirección de los ejércitos franceses, nadie se creeria mandado por tal caudillo; que detrás de él se veria siempre al oficial encargado de aconsejarle, y que nadie obedecería porque se reirian del rey general y se tendrían zelos del general rey que ejerciera realmente la autoridad suprema; que de consiguiente nada mas podia conferirle que el mando del ejército del centro, extendiendo su acción á veinte ó treinta leguas de Madrid; que lo que es dinero no tenia, y sus hermanos no cesaban de pedirselo á pesar de reinar en los países mas ricos de Europa; que España tenia bastante para suministrar á todo el mundo; que si José sabia administrar, hallaría recursos de sobra; que

bien habia sabido proporcionarse dinero para darlo á sus favoritos, para construir residencias reales y para ostentar un lujo inútil segun el estado de sus negocios; que, si España padecía, infortunio era contra el cual no tenia remedio; que tambien padecian los soldados franceses, y que la guerra era guerra; que si los españoles estaban cansados de padecer, no tenian mas que rendirse; que eran ridiculas las pretensiones de José respecto de la bondad y el arte de seducir á los pueblos; que no lo era menos la esperanza de hacer con millones de francos lo que no hacia con miles de hombres; que, si le enviaba dinero y retiraba las tropas, muy pronto el dinero seria comido, y José llevado con su corte vergonzosamente á Bayona por algunas bandadas armadas; que se necesitaban muchos soldados, mucha energia y hasta terror para vencer la resistencia de España; que el terror produciria la sumision y que, efectuada esta, se seguiria la buena administracion debida á todos los pueblos; que, unida España á su nuevo rey por estos medios, seria llegada la hora de que José se hiciera adorar, si era tan hábil como presumia, etc.

No mirando Napoleon sino por el lado ridiculo las pretensiones de su hermano, no respondia de buena fé, pues era sobrado perspicaz para no conocer lo que habia de verdad en lo que se le ponía de manifiesto; pero no podia cambiar de sistema, ni conceder á la guerra de España lo que se habia puesto en la necesidad de dedicar á la guerra de Rusia; de consiguiente queria seguir sosteniendo la guerra de España poco mas ó menos con los mismos recursos, esperando que con exigir mucho de los hombres harian quizá como el

caballo á quien se obliga, y darian mas de lo ordinario; que con menos recursos se triunfaria mas lentamente, pero se triunfaria al cabo, y que en todo caso, si no se triunfaba, triunfaria él por todos, y que sus victorias á orillas del Boristenes suplirian á las que no se alcanzaran junto á las márgenes del Tajo. ¡Pensamiento funesto, nacido en su mente por hallarse á distancia de los lugares sobre los cuales versaban sus ratiocinios y del aturdimiento algo voluntario de su harto grande fortuna!

Siendo tal la disposicion de ánimo de Napoleon, el viage de José, realizado para persuadirle de lo indispensable de adoptar otra conducta respecto de España, no debia producir ningun resultado, pudiendo á lo sumo proporcionar algunos paliativos que nada alteraran lo sustancial de las cosas. Pasados los primeros arranques, Napoleon, que no era duro sino de pronto y que por otra parte queria á sus hermanos, se acomodó á ciertos cambios mas bien de forma que de esencia. Siempre quedó José reducido al mando del ejército del centro, aunque ejerciendo la autoridad civil, judicial y política en todas las provincias. A los generales ordenó que le respetaran como rey y como soberano, cuyas provincias estaban ocupadas temporalmente por las necesidades de la guerra. Solo si José tenia la tentacion, poco probable, de ir á donde se hallara cualquiera de los ejércitos de la Peninsula, se le reconoceria por gefe. Ademas, reconociendo la utilidad de acrecentar su influencia sobre las provincias del Norte, por entre las cuales pasaba la línea de comunicacion con Francia y donde habia muchas gentes cansadas de su-

frir y dispuestas á rendirse, ofreció Napoleón á José que el mariscal Jourdan iria en reemplazo del mariscal Bessieres, duque de Istria. Toda la dificultad estribaba en inducir al mariscal Jourdan á volver á España y á recibir un cargo de Napoleón, por quien no era amado y á quien no amaba, rechazando su inmoderado sistema en todo.

Relativamente á dinero, José hubiera necesitado para pagar á sus empleados en la capital y en las provincias del centro, para proveer á los gastos de su casa y de su guardia española, cuatro millones mensuales, y esto sin prodigalidad, pues ya nada le quedaba del papel del Estado que habia tenido á su disposicion á los principios de su reinado, y del cual habia destinado algunas partidas (á decir verdad poco importantes) á sus hechuras y á una de las residencias reales. Una vez se vió obligado á vender la plata de su capilla para pagar su casa. De los cuatro millones mensuales que le hacian falta, apenas recibia uno viéndose reducido á los arbitrios de Madrid por toda renta, y faltándole de consiguiente cuatro. Napoleón consintió en otorgarle un subsidio de un millon al mes y en cederle la cuarta parte de las contribuciones impuestas por los generales en todas las provincias de España. Con esta cuarta parte debia bastar al parecer para completar los cuatro millones de que José tenia necesidad imprescindible. Pero, dejando á menudo los generales sin sueldo á sus tropas, y costándoles el mayor trabajo abrir paso á un correo ¿qué probabilidad habia de que quisieran distraer millones de sus cajas y pudieran despacharlos por medio de España? En rigor, el general Suchet podia hacerlo, aunque despues

de sustentar ampliamente á sus soldados necesitara dedicar el remanente de las rentas del país á las necesidades de su provincia: lo podia hacer sin embargo, y se verá que lo hizo en efecto, pero él solo, porque ninguno de los demas quiso ni pudo (1).

Sea como quiera, estos fueron los recursos rentísticos con que se gratificó á José. Respecto de la integridad territorial de España, hizo uso Napoleón del lenguaje mas evasivo. Dijo á José que deseaba mucho dejarle su reino tal como era, si bien habia necesidad de intimidar á los españoles, inspirándoles el temor de perder algunas provincias, si persistian en la resistencia, y que por lo demás Francia, si la guerra llegaba á ser mas larga y mas costosa, queria naturalmente una indemnizacion de sus sacrificios. Hasta le aconsejó que, lejos de procurar que se tranquilizaran los españoles, debia mas bien valerse de este temor como de un recurso; recurso bien extraño para con gentes que mas necesitaban ser aplacadas que asustadas. A mayor abundamiento, no queriendo que se renovara otra escena de familia con el rey de España como la ocurrida con el de Holanda, que tuviera una abdicacion por desenfance, Napoleón procuró dulcificar las penas de José, animarle, darle esperanzas; le dijo que enviaba á la Península una reserva imponente; que despues de haber tomado Suchet á Lérida, Mequinenza y Tortosa, se apoderaria de Tarragona y de Valencia; que, terminada esta conquista, se podria llevar un ejército al

(1) Todo esto está extractado de la correspondencia del mismo José con el príncipe Berthier y con Mr. de Laforet.

Mediodía; que entonces el ejército de Andalucía podría dar ayuda al de Portugal, actualmente ocupado en reorganizarse, y que uno y otro, aumentados con la reserva que estaba pasando á la sazón los Pirineos, volverían á empezar por el otoño una campaña contra los ingleses, que sería mas feliz que la anterior segun todas las probabilidades; que así dentro de breve plazo podría ser la Península conquistada; que por sí mismos cesarian los mandos militares; que entonces volvería José á poseer la plenitud de la autoridad real para ejercerla como le pareciese; extrañas y funestas ilusiones, que Napoleon acariciaba sin duda, pero no tanto como decia, porque en su sentir la España importaba poco, y todo lo que no saliera bien al Mediodía del continente, hallaría su reparacion en el Norte.

Aunque disgustado José de este trono, donde sus ojos no veían mas que espantosas miserias, no queriendo tampoco una escena de familia, de cuyas resultas abandonara nuevamente Napoleon á uno de sus hermanos y volviera él á la vida privada, de la cual amaba la calma, pero no la modestia, pagóse de lo que se le ofrecía y tomó la vuelta de España, menos apesadumbrado sin duda de lo que fué, bien que poco alentado con las promesas de Napoleon vagas hasta lo sumo.

Al cruzar Vitoria, Burgos, Valladolid, halló á los habitantes mas infelices aun de lo que les habia dejado, nada que les tranquilizara pudo decirles sobre las provincias del Ebro ni sobre los demas asuntos de sus preocupaciones habituales, les dió no mas que lo que á él se le habia dado, promesas insignificantes, y para librarse de cuestiones ino-

portunas, aceleró su viage á Madrid, donde habia empeorado todo desde su partida. La única ventaja real traída de Paris era la promesa de un millon mensual en metálico enviado de Francia. Dos de estos millones habian ya vencido: uno se habia consumido en Paris en gastos de representacion y de viage, otro debia llegar con los convoyes militares, y no habia llegado: la cesion hecha á José de la cuarta parte de las contribuciones impuestas por los generales no podia pasar de una quimera, y como de costumbre no le quedaban mas que los arbitrios de Madrid cada dia mas mermados. Así la casa real, la guardia española, los empleados no habian recibido un maravedi durante la ausencia de José. Para colmo de desventura la horrible sequía que tan mala cosecha produjo en todo el continente, se hizo tambien sentir en España, y el pan en Madrid estaba tan caro que reducía al pueblo á una verdadera hambre. Así que José no regresó á su capital mas que para presenciar el espectáculo mas aflictivo. A Paris comunicó sus penas en términos mas amargos aun que los que rebotaban en su correspondencia anterior á su viage. Pero ocupado entonces Napoleon en el objeto que absorbía su atencion toda, no queria oír cosa alguna, y el único recurso que pensaba conceder á la España, se reducía á la reserva de Italia, en marcha ya hacia los Pirineos.

Siendo tal el estado de las cosas, lo mejor fuera emplear esta reserva en consolidar la posición de los franceses y en formar, reuniéndola al ejército de Portugal, una masa capaz de contener á los ingleses, de disputarles alternativamente Badajoz ó Ciudad-Rodrigo, y de impedirles hacer en la Pe-

ínsula progreso alguno, mientras Napoleon resolvía en el Norte todas las cuestiones que habia trasladado á aquel punto. La fatal expedicion de Andalucía, que el mariscal Soult habia deseado tanto para borrar el recuerdo de la de Oporto, y José para extender su autoridad real á un país nuevo, que nos habia frustrado la toma de Cádiz y de Lisboa por Badajoz, cuya conquista no decidia nada, que nos habia hecho descuidar el objeto principal de esta guerra, dispersando inutilmente los ochenta mil hombres que hubieran bastado para expulsar á los ingleses, nos hubiera debido servir de leccion, y ya que no se retrocediera de Andalucía á la Mancha, lo cual de cierto fuera mas prudente mientras Napoleon iba á engolfarse por el Norte, se necesitara contenerse en el limite del país conquistado y establecerse allí sólidamente. Hubiera podido el general Suchet conservar á Aragon y hasta tomar á Tarragona, de donde sacaba sus recursos la insurrección de Cataluña: hubiera podido el mariscal Soult, sin apoderarse de Cádiz, conservar la Andalucía: finalmente el ejército de Portugal, reforzado con la reserva ya en marcha, hubiera podido seguir todos los movimientos de lord Wellington sobre Ciudad-Rodrigo ó Badajoz para frustrarlos. Pero Napoleon no lo entendia de este modo: juzgando siempre las cosas desde lejos; suponiéndolas como le placia imaginarlas; creyendo que José pedia dinero no mas que para disiparlo, que sus generales no pedian refuerzos mas que por la costumbre de pedir siempre mas de lo que les hacia falta, se habia persuadido de que, cediendo al general Suchet parte de la reserva, éste se hallaria en proporción de conquistar á Va-

lencia, luego de tomada Tarragona y que, despues de conquistada Valencia, le seria fácil adelantarse hasta Granada, y que desembarazado así el mariscal Soult por esta parte quedaria libre para trasladarse á Extremadura y que, unido al ejército de Portugal, reforzado con el resto de la reserva, podria contribuir á arrollar á los ingleses hácia Lisboa. Como Napoleon no pensaba llamar á la guardia ni á los polacos hasta entrado el invierno, creia que, llegando la reserva á España á principios de verano, habria tiempo, durante el otoño de adelantar mucho los negocios de España y de conquistar casi toda la Península, excepto Portugal, antes que él partiera para Rusia. Tales fueron las nuevas ilusiones sobre las cuales fundó el plan de operaciones para fines de 1814.

Pero mientras llegaba á España la reserva y el general Suchet trataba de apoderarse de Tarragona, situado el mariscal Soult en Llerena, á la vista de Badajoz, pedia auxilio para salvar esta plaza que se hallaba á punto de sucumbir á pesar de su heroica defensa.

Compañero de armas generoso el mariscal Marmont, y anheloso ademas por distinguirse á la cabeza del ejército de Portugal, nada perdonaba por volar en socorro de Badajoz. Aun cuando Napoleon le hubiese encargado especialmente que no emprendiera cosa alguna hasta que su ejército se hallase repuesto, medianamente equipado y provisto de caballos, no vaciló en emprender la marcha tan luego como satisfizo las necesidades mas urgentes de los soldados. Sabiendo que, unido al mariscal Soult seria siempre numericamente fuerte de sobra, cuidóse mas de la calidad que de la can-

tidad de las tropas que llevaba consigo. A setecientos hombres hizo subir todos sus batallones, haciendo ingresar en ellos lo mejor de los cuadros, y dejando los cuadros vacíos en Salamanca para que allí se rehicieran con los enfermos restablecidos y los reclutas que llegaran de Francia. Así redujo su ejército, que después de la batalla de Fuentes de Oñoro no pasaba de cuarenta mil hombres, á unos treinta mil combatientes, tres mil de ellos de caballería. Con los caballos que pudo proporcionarse reunió tiros para treinta y seis bocas de fuego. Poco era, pero no se podía más en el estado de las cosas. Suprimió la distribución en cuerpos de ejército, huela bajo Napoleón, que podía confiarlos á mariscales y hacerse obedecer de estos grandes dignatarios; pero mala, embarazosa, poco manejable para un simple mariscal que solo tenía á su disposición unos treinta mil hombres. Se substituyó la formación en divisiones y confiálas á los mejores lugartenientes generales; no conservó más que á Reynier de los antiguos gefes de cuerpo, á fin de tener en caso necesario un lugar-teniente capaz de suplirle, dió además licencia á todos los oficiales cansados ó de mala voluntad, y después de dar algo de disciplina y de vigor físico á sus tropas con un mes de descanso y buen alimento, determinó responder á las apremiantes instancias del mariscal Soult y ejecutar su movimiento sobre Extremadura, bajando por el puerto de Baños al Tajo, cruzando el río por Almaraz y adelantándose por Trujillo hácia el Guadiana. Previendo el trabajo con que habria de vivir en el empobrecido valle del Tajo, sobre todo en el mes de junio, hizo que se pidiera al Estado mayor de José el envío por el Tajo

á Almaraz de tres á cuatrocientas mil raciones de galleta, con un tren de puente, que sabia que se guardaba en Madrid, á fin de que no le detuviera el río.

Tomadas estas precauciones, recurrió á una estratagema para deslumbrar á los ingleses y detenerlos delante de Ciudad-Rodrigo, mientras marchaba á Badajoz. Con este designio dispuso que se prepararan algunos viveres como si quisiera únicamente avituallar á Ciudad-Rodrigo, y se trasladó allá en efecto el 5 de junio con su vanguardia y parte de su cuerpo de batalla, mientras que Reynier, con el resto del ejército, que eran dos divisiones, trasponia el puerto de Baños, bajaba al Tajo, y por medio del material enviado de Madrid, preparaba en Almaraz el paso del río. El general Spencer, que habia quedado junto al Agueda con algunas tropas inglesas y portuguesas en ausencia de lord Wellington, el cual habia llevado bajo los muros de Badajoz tres divisiones, era incapaz de hacer frente al ejército francés, y ni siquiera pensó en ello. Replegóse, pues, á la vista de las avanzadas del mariscal Marmont, quien se pudo comunicar sin dificultad con Ciudad-Rodrigo é introducir allí los pocos viveres que habia llevado. Terminada esta operacion felizmente, retrocedió el mariscal al punto y unióse al general Reynier junto al Tajo, sin que le detuvieran las objeciones del mariscal Bessieres, á cuyos ojos este movimiento del ejército de Portugal era prematuro, muy peligroso hasta para el Norte de la Península, interin no entrara en Castilla una gran parte del cuerpo de reserva. A pesar de todo, el mariscal Marmont persistió en sus resoluciones y siguió su marcha hácia Extremadura.

Hora era de que asomara delante de Badajoz, porque esta plaza iba á sucumbir si no se acudia prestamente en su ayuda. Aun cuando el general Drouet con el noveno cuerpo, que recibió orden para trasladarse á Extremadura despues de la batalla de Fuentes de Oñoro, se habia incorporado al mariscal Soult, no contaba éste aun con tal refuerzo mas de veinte y cinco mil hombres sobre las armas, y no se atrevia á aventurar un combate con el ejército inglés, que ascendia lo menos á cuarenta mil soldados despues de la llegada de lord Wellington con tres divisiones. Ni aun siquiera podia hacer llegar á los infelices sitiados la noticia de que iban á ser socorridos, hallándose muy bloqueados; pero éstos, resueltos á perecer con las armas en la mano, no querian ceder ni á las amenazas de asalto, ni á los asaltos mismos, y antes que rendirse habian adoptado el partido de sepultarse bajo las ruinas de la plaza, sumiendo tambien á cuantos ingleses pudieran en ellas. Realmente en la guerra de asedios, tan fecunda para los franceses en hechos admirables, nada supera á la conducta de la guarnicion de Badajoz durante los meses de abril, mayo y junio de 1811.

Despues de sostener el primer asedio desde el 26 de abril al 16 de mayo, fecha de la batalla de la Albuera, y de haber estorbado durante este tiempo con un fuego siempre superior los apróches del enemigo, que habia perdido mil hombres sin lograr abrir brecha; despues de haber sido embestidos nuevamente de resultas de la batalla de la Albuera, sin haber podido recibir un hombre, ni un saco de grano, esta valerosa guarnicion fué asediada desde el 20 de mayo por un ejército de cua-

renta mil hombres y atacada á muerte. Lamare, gefe de batallon de ingenieros, que dirigia los trabajos de defensa, cuidó de restaurar y de completar las obras del puente de Pardaleras, de cerrarlo por la gola, y de abrir galerías de minas delante de los frentes que eligieron los franceses, cuando conquistaron á Badajoz por punto de ataque.

Avisados los ingleses, no osaron impulsar sus esfuerzos por este lado, y los dirigieron hácia el Este contra el castillo, y hácia el Norte contra el fuerte de San Cristóbal, situado, segun se ha dicho, á la orilla derecha del Guadiana. Retenidas por una presa las aguas del Rivillas, fueron un poderoso medio de defensa para el castillo. Por desgracia se hallaba construido en una parte saliente del terreno y presentaba sus flancos al descubierto á la artillería inglesa. Batiéndolo ésta sin descanso con mas de veinte bocas de fuego, habia demolido sus almenas y su revestimiento exterior del todo; pero teniendo en aquella parte mucha consistencia las tierras, se habia conservado el escarpe, y quitando escombros del pie de las brechas bajo un fuego continuo de metralla, granadas y bombas, las hicieron impracticables. Además, el comandante Serrate habia levantado una trinchera interior detrás de la brecha, y dispuesto en los flancos artillería cargada de metralla, mientras el general Philippon, apostado en este punto con sus mejores tropas, aguardaba á los asaltadores para recibirlos con las puntas de sus bayonetas. A vista de esto, cambiaron de plan los ingleses y concentraron contra el fuerte de San Cristóbal toda su furia hácia el otro lado del Guadiana. Atacando este fuerte por el bastion de la derecha, abrieron

alli dos anchas brechas y resolvieron asaltarlas antes de llevar sus aproches hasta el borde del foso. Ciento cincuenta hombres de infantería y algunos soldados de artillería y de ingenieros defendian a las órdenes del capitán Chaubin del 88.º el bastion amenazado. Despues de limpiar de escombros los sitiados, á imitacion de los del castillo, el pie de sus muros con singular arrojó bajo el fuego de los contrarios, erizaron el fondo del foso con obstáculos de toda clase, dispusieron una linea de bombas en lo alto de cada brecha, asestaron sobre los flancos muchas bocas de fuego cargadas de metralla, y detrás colocaron una linea de granaderos, cada uno con tres fusiles. Saliendo atrevidamente de sus trincheras setecientos u ochocientos ingleses la noche del 6 de junio, y atravesando algunos centenares de toesas al descubierto, avanzaron hasta el foso, viéronse obligados á saltar dentro, por no estar demolida la contraescarpa, y trataron de escalar la brecha; mas cogidos de frente por el fuego de la fusilería, y de flanco por el de la metralla, y rodando por entre sus pies las bombas, no pudieron vencer tantos obstáculos y se declararon en fuga, dejando en los fosos del fuerte de San Cristóbal trescientos hombres entre muertos y heridos.

Como la valerosa guarnicion apenas tuvo mas que cinco ó seis heridos, se hallaba entusiasmada y deseaba ardientemente la ocasion de empezar de nuevo. Llena de asombro estaba la poblacion, cruelmente tratada por el fuego del enemigo, y habiendo casi acabado por adherirse á los franceses, cuyo triunfo podia únicamente salvarla de los horrores de la toma de la ciudad por asalto. Ven-

gáronse los confusos é irritados ingleses abrumando los días siguientes á la poblacion con proyectiles incendiarios y tratando de agrandar las brechas del fuerte de San Cristóbal con poderoso refuerzo de artillería. Efectivamente, el 9 de junio intentaron de nuevo y con igual bizarria asaltar las dos brechas. Doscientos hombres del 23.º las defendian á las órdenes del capitán Joudion y el sargento de artillería Brette, y se tomaron las mismas precauciones para imposibilitar el acceso. A media noche se lanzaron los ingleses de sus trincheras á los fosos y escalaron los escombros de las murallas; pero derribándoles nuestros granaderos á fusilazos hasta el pie de las brechas, y cayendo en seguida á la bayoneta sobre ellos, hicieron una espantosa carniceria. Algunos centenares mas de ingleses pagaron con la vida esta tentativa infructuosa.

No habia peligro que intimidase á esta guarnicion exaltada. Por desgracia los viveres la iban faltando, se hallaba extenuada por la fatiga y las privaciones, y se temia que sucumbiera á la necesidad, ya que no á los golpes del enemigo. Pero la aproximacion de un ejército de socorro, de que no pudo tener noticia, fué conocida por lord Wellington, siempre exactamente enterado de nuestros movimientos, y sabedor el 10 de junio de la marcha del general Reynier sobre el Tajo, resolvió levantar el sitio y comenzó á alejarse de la plaza. Una razon especial contribuia á que se doblara á tal sacrificio. Se le habian agotado las municiones de guerra que juntó en Elvas, y necesitaba emplear sin demora todos sus medios de trasporte para ir las á buscar á veinte y cinco leguas de dis-

tancia, es decir, á Abrantes, principal depósito del ejército británico.

Muy despechado lord Wellington de haber perdido inútilmente dos mil hombres de sus mejores tropas junto á Badajoz, y de haber salido mal dos veces delante de esta plaza, defendida por un puñado de franceses, levantó sucesivamente todos sus campamentos el 13 y 14 de junio, se retiró el 17 sobre el Caya, y fué á arrimarse á las montañas de Portalegre en una posición defensiva bien elegida, como tenía costumbre de hacerlo delante de los impetuosos soldados franceses.

Viendo la valiente guarnición desaparecer los diversos campamentos del enemigo uno tras otro, sospechó lo que acontecía, y pronto supo con transportes de júbilo, en que la población tomó parte, que gracias á su denuedo y á los socorros que estaban á punto de llegarle, iba á salir vencedora de este segundo sitio como del primero. Efectivamente, el mariscal Marmont, despues de perder algunos dias junto al Tajo, por la escasez de medios para cruzarlo, no habiéndosele podido enviar mas que parte de lo que habia pedido, atravesó al fin, traspuso las montañas de Trujillo y entró en Mérida el 4 de junio, incorporándose al mariscal Soult el mismo día. Este le dió gracias con mucha efusion por el socorro que le llevaba, y sin el cual hubiera pasado por la afrenta de ver como le quitaban á Badajoz, único y peligroso trofeo de dos años de guerra en Andalucía.

Contando los dos mariscales mas de cincuenta mil hombres, entraron en Badajoz el 20 de junio, felicitaron á la heroica guarnición, que tan valerosamente habia defendido la plaza fiada á su de-

nuedo, distribuyeron recompensas, harto merecidas, y llevaron sus avanzadas hasta muy cerca de donde estaban los ingleses, que á la vista del ejército combinado, se encerraron cuidadosamente en su campamento. Si este hermoso ejército, que, exceptuando el del mariscal Davout, no tenia par en Europa, pues se componia de los veteranos de Austerlitz, de Jena, de Friedland, y á sus largas campañas acababa de añadir tres años de formidables pruebas en España; si este hermoso ejército, desgraciado únicamente por culpa de sus gefes, estuviera mandado, no por dos mariscales, sino por uno, y este fuera Massena, de seguro marchara en busca de los ingleses é hiciera expiar á lord Wellington tantas victorias, debidas sin duda á su mérito indisputable, pero tambien á los errores y á las pasiones de sus contrarios. Mas dándose por venturoso el mariscal Soult con haberse librado del bochorno de que Badajoz cayera á su vista, no se hallaba dispuesto á arrostrar nuevos azares. Hacia su colega tenia el mariscal Marmont una incurable desconfianza (1), estando poco propicio á acometer en su compañía ninguna empresa. Por otra parte consideraba la marcha que habia ejecutado como un triunfo, y no lo queria comprometer exponiéndose á las contingencias de una batalla decisiva. Entonces no habia en el ejército francés otro Massena, en quien la presencia del enemigo inflamase aquel ardiente patriotismo militar que lo

(1) Las Memorias manuscritas del mariscal Marmont, destinadas á ver la luz pública algun dia, daran sobre este punto pormenores que creemos inútil reproducir ahora.

hace olvidar todo, para no pensar mas que en morir ó en aniquilar al adversario que se tiene delante.

De esta suerte los dos mariscales cometieron una de las faltas más graves de aquel tiempo, deteniéndose con cincuenta mil hombres delante de cuarenta mil enemigos, entre los cuales solo veinte y cinco mil eran ingleses, no yendo á combatirlos. Algunos dias permanecieron en las cercanías de Badajoz antes de cubrir las necesidades de la plaza, de reforzar la guarnicion, de reparar las brechas abiertas en sus muros, de llenar los almacenes que habian quedado vacíos del todo. Notando el mariscal Marmont que el mariscal Soult no se ocupaba muy activamente en este último cuidado, dispuso que sus regimientos recolectasen el trigo ya maduro y lo llevasen á la plaza. Ya muchos habitantes se habian alejado de alli en la época del primer sitio; en visperas del segundo imitaron otros su ejemplo: el temor de que se renovara hizo que otros mas huyeran asimismo, y así la ciudad se halló desierta en mucha parte. No fuera este gran perjuicio, si la parte de poblacion allí permanente no figurara como la mas pobre, la menos capaz de alimentarse y la mas difícil de ser contenida. A mayor abundamiento, si el tercer sitio era probable, no estaba cercano segun todas las verosimilitudes, y la guarnicion, reforzada, tenia espacio para tomar sus precauciones y aprestarse á sostener una nueva prueba.

Pocos dias habia que estaban juntos los dos mariscales, cuando faltó poco para que hubiera una colision entre ellos. Ya hacia tiempo que el mariscal Soult se hallaba ausente de Andalucia.

Habiendo partido de Sevilla para venir á dar la batalla de la Albuera, obstinándose luego, y con razon, en mantenerse en posicion en Llerena, desde donde consiguió atraer una concentracion de fuerzas en Extremadura, hubiera querido circunscribir definitivamente el ejército de Portugal al círculo ordinario de sus operaciones, dejarle en custodia de Badajoz, descargarse así de esta parte difícil de su tarea, y finalmente, dedicarse con todas sus fuerzas al sitio de Cádiz, tan malamente abandonado, por emprender el de Badajoz. Natural era este deseo, pero, colocándose en el punto de vista elevado del conjunto de las cosas, no era razonable, pues el ejército de Portugal tenia por residencia precisa á Salamanca, por conquista que conservar á Ciudad-Rodrigo, por tarea esencial la defensa contra los ingleses de Castilla la Vieja, base de operaciones de todos los ejércitos franceses. Dentro de su órbita giraba, aunque en la extremidad de ella, cuando, siguiendo á los ingleses del Norte al Mediodia, llegó á disputarles la plaza de Badajoz; pero exigirle una residencia permanente en Extremadura, equivalia á hacer que descuidara lo principal de su tarea por lo accesorio. Con efecto, mientras custodiara á Badajoz y el mariscal Soult fuera contra Cádiz, no dejara lord Wellington de caer sobre Ciudad-Rodrigo (como lo hizo posteriormente de resultas de una falta harto semejante á la que se le aconsejaba en este momento), y cortara despues, sin mas que dirigirse á Valladolid, todas las comunicaciones de los franceses. Hay que añadir, que confinar al ejército de Portugal en torno de Badajoz, dejándole alli solo, era reducirle á la impotencia en que se

halló el mariscal Soult dentro de Llerena, y condenarle á la ignominia de ver á Badajoz caer en poder de los contrarios. Reducido á treinta mil hombres, como lo estaba actualmente, nada podia, y no tenia probabilidades de subir de este efectivo al de cuarenta ó cuarenta y cinco mil hombres, sino retrocediendo al Norte y poniéndose en aptitud de juntar sus enfermos, heridos y fatigados que dejó en Salamanca. No era, pues, justo ni razonable exigir que se fijase en Badajoz ó en sus cercanías.

Estrechado el mariscal Soult por las cartas que recibia de Sevilla, presentóse una mañana en el cuartel general del mariscal Marmont á comunicarle sus apuros y sus deseos, causándole gran sorpresa y excesiva desconfianza. Dejar al mariscal Marmont solo en Badajoz, era exponerle al peligro de que le asaltaran por todos lados cuarenta mil hombres, sin mas que treinta mil que oponerles. Nada deseaba mas ardientemente lord Wellington, que aguardaba junto al Caya que uno de los dos mariscales se separara del otro para caerle encima. El mariscal Marmont, cuyo espíritu se hallaba muy prevenido contra el carácter de su colega, creyó ver en esta propuesta, además de una ingratitud inaudita, el deseo pérfido de exponer al ejército de Portugal á un descabro, y de resultas de este designio, supuesto muy gratuitamente, concibió un resentimiento profundo. Mucho exageraba los verros de su colega, y como acontece á menudo, le atribuia cálculos que distaban de su mente. A la verdad, el mariscal Soult no pensaba ni por asomo en comprometer el ejército de Portugal, pues se comprometiera él

mismo, sino que deseaba descargar sobre él la parte mas ingrata de su tarea, sucediera lo que sucediere, y en seguida dedicarse de lleno á cuidar de sus propios negocios. Respondióle el mariscal Marmont, con acritud extremada, que si queria alejarse personalmente, dejando en Badajoz el grueso del ejército de Andalucía, nada era mas fácil, pues él quedaria para mandar los dos ejércitos reunidos, y que de lo contrario, partiria al punto, y no volveria á las márgenes del Guadiana hasta que estuviera seguro de hallar allí fuerza bastante para que, reunida á la suya, pudiera batir á los ingleses. Despues de decir esto al mariscal Soult, le escribió en términos secos y perentorios, é hizo sus preparativos de marcha.

Ya que no permanecieran juntos los mariscales para batir á los ingleses, nada mejor podian efectuar que poner á Badajoz en estado respetable de defensa, é ir despues cada uno por su lado á ocuparse en sus deberes esenciales. Con efecto, la presencia del mariscal Soult en Andalucía era urgente de todo punto, y solo pudiera excusarle de marchar allá sin demora una gran batalla ganada á los ingleses. Tambien el Norte de la Península exigia que el mariscal Marmont se aproximara hácia aquella parte. Por consecuencia de todo el mariscal Soult salió de Badajoz el 27 de junio con lo mas fuerte de su ejército para dirigirse á Sevilla, dejando solo al general Drouet de Erlon con dos divisiones y alguna caballeria para servir de cuerpo de observacion en rededor de aquella plaza. Falta fué y no pequeña, pues este cuerpo, inútil si se alejaban los ingleses, insuficiente si permanecian hácia aquel punto, no podia menos de

hallarse comprometido, como tardaron poco en acreditarlo las resultas, y mas valiera limitarse á dejar en Badajoz una guarnicion, no de cinco mil, sino de diez mil hombres, con los viveres correspondientes, y llevar todo el ejército á Andalucia; y así Badajoz se hallara en mejor situacion para defenderse, y estuviera el mariscal Soutl en proporcion de cumplir la tarea que en otra parte le estaba asignada.

Sea como quiera, partió de Badajoz para Sevilla, y el mariscal Marmont se puso en camino para remontarse hácia el Tajo. Fatigados los ingleses de dos sitios infructuosos, sin el material necesario para emprender el tercero, con muchos enfermos en sus tropas, atacados á orillas del Guadiana de las calenturas de Extremadura, se establecieron en la sierra de Portalegre, necesitando tambien de algun reposo, y fomarón sus cuarteles de verano, equivalentes en aquellos países ardorosos á los que se llaman en el Norte cuarteles de invierno.

El mariscal Marmont, cuyo encargo como general en jefe del ejército de Portugal, era oponerse á las empresas de los ingleses, en primer lugar las que intentaran hácia el Norte, donde nuestra principal linea de comunicacion se hallaba, y en segundo las que tentaran asimismo hácia el Mediodía, escogió con mucho discernimiento la posicion del Tajo, entre Talavera y Alcántara, como la mas adecuada á que atendiera á sus diferentes obligaciones. Con efecto, desde las orillas del Tajo podia ir por el puerto de Baños en cuatro marchas á Salamanca, unirse al ejército del Norte y acudir concertado con él al socorro de Ciudad-Rodrigo. Desde esta posicion podia tambien descender por

Trujillo en poco tiempo hácia Mérida y Badajoz, juntarse, como acababa de hacerlo, al ejército de Andalucia, y correr así alternativamente en socorro de Ciudad-Rodrigo ó de Badajoz, las dos puestas por las cuales tenian los ingleses el medio de penetrar desde Portugal en España. Adoptada esta determinacion, escogió el puente de Almaráz como centro de las comunicaciones que debia guardar: escogió por cuartel general la aldea de Naval-moral, situada entre el Tajo y el Tietar y cubierta por estas dos vias fluviales. Empezó por dar al puente de Almaráz la mayor solidez posible, le proveyó de dos fuertes cabezas de puente, y como la meseta de Extremadura hácia el puerto de Mirabel proporcionaba posiciones dominantes y desde las obras de Almaráz podian ser atacadas ventajosamente, construyó muchos fuertes sobre ellas y dotólos con pequeñas guarniciones. Sobre el Tietar echó tambien un puente y una cabeza de puente de manera de poder desembocar fácilmente lo mismo por un lado que por otro contra el enemigo, á cuyo encuentro fuera preciso ir con su tropa.

Tomadas estas precauciones, acantonó á una de sus divisiones en Almaráz y dispuso su caballería ligera en escalones sobre el camino de Trujillo para recorrer la Extremadura, recoger pan y tener noticias de Badajoz: en Naval-moral estableció á otra de sus divisiones para guardar su cuartel general; y tuvo dos en Plasencia, prontas siempre á trasponer los montes y á bajar sobre Salamanca, y otra en el mismo puerto de Baños para que todavía estuviera mas pronta á desembocar en Castilla la Vieja. Por último dejó á su espalda la sexta para que defendiera la rica provincia de

Avila contra los *insurgentes*. Despues de hacer esta prudente y bien entendida distribucion de sus fuerzas, que le permitia trasladarse con igual rapidez á Extremadura ó á Castilla, el mariscal Marmont se apresuró á formar sus almacenes, á reparar su material de artilleria, á cuidar sus enfermos y heridos existentes en rededor de Salamanca. Situado en el límite del ejército del centro y cuestionando sobre la distancia á que podria extender sus requisiciones de víveres, se dirigió á Madrid para entenderse con José, á quien habia conocido mucho, y con quien, por una fatalidad peculiar de España, tuvo no pocos vivísimos altercados, aunque uno y otro fueran de carácter dulce por extremo y aunque ambos en el fondo estuvieran animados de las mas benévolas disposiciones.

De seguro no se ha olvidado que el mariscal Bessieres temió el efecto que el alejamiento del ejército de Portugal debía producir en las provincias del Norte, y que de consiguiente instó mucho para impedir su partida. Por su parte los ingleses habian concebido la esperanza de ver insurreccionadas estas provincias tan luego como el ejército de Portugal dejara de estar en medio de ellas. De fundamento carecian estos temores y estas esperanzas, y á pesar de las excitaciones de la regencia de Cádiz, permanecieron tranquilos los castellanos, casi tan descontentos de los guerrilleros como de los franceses. Realmente las partidas aprovecharon la coyuntura para acometer algunas empresas: el Marquesito sorprendió á Santander é hizo en esta provincia grandes destrozos: los *insurgentes* de Leon trajeron desasosegado al general Seras; pero corriendo hácia ellos el mariscal Bes-

sieres con algunos regimientos de la Joven Guardia, logró dispersarlos. Temiendo este mariscal no poder ocupar á la vez á Burgos, Valladolid, Salamanca, Leon, Astorga, hizo saltar las obras de este último punto y retiró al general Bonnet de Asturias. Tres años hacia que tal caudillo se mantenía en aquellas difíciles provincias con tanta habilidad como denuedo, y hasta contenía á Galicia, que no osaba agitarse de miedo de ser cogida por la espalda. De consiguiente se cometía una falta llamándole de Asturias, pues era dejar á asturianos y gallegos la libertad de bajar á Castilla. Con todo, á pesar de estas dificultades, el mariscal Bessieres se hallaba holgadamente en disposicion de señorear á Castilla, y ademas acababa de ser reforzado por la division de Souham, una de las tres que componian el cuerpo de reserva actualmente en marcha hácia las fronteras españolas.

Sucesos mas graves, al par que mas gloriosos para nuestras armas, aunque infructuosos para nuestra dominacion, ocurrian en Cataluña y en Aragon al ejército del general Suchet. Sin duda se hace memoria del acierto y la bizzarria con que dirigió éste los sitios de Lérida, de Mequinenza, de Tortosa, cuyo triunfo, despues de la toma de Girona, remataba casi la conquista de Aragon y de Cataluña. Sin embargo, quedaba Tarragona, plaza la mas importante de esta comarca, pues reunia á su propia fuerza, que era grande, el apoyo del mar y de las escuadras inglesas. Segun se ha visto, servia de sosten, de asilo, de almacen, de arsenal inagotable al ejército *insurreccional* de Cataluña. Por tanto era urgente asediarla y tomarla, y con este fin habia hecho el general Suchet inmen-

sos preparativos. Provisiones considerables juntó en Lérida y un soberbio parque de artillería en Tortosa, con mil y quinientos caballos de tiro, recurso muy precioso en España, sobre todo en estas provincias faltas de agua, donde los forrages escaseaban mas que en otros puntos. Todo esto se lo pudo proporcionar el general Suchet sin arruinar al país, merced al reposo de que hacia disfrutar á su provincia, merced al sistema de contribuciones regulares que habia sustituido al de las exacciones á mano armada.

Ademas de los almacenes reunidos en Aragon y en la parte de Cataluña que le habia sido adjudicada, formó parques de animales, ora comprando bueyes y pagándolos al contado á los habitantes de los Pirineos, ora conservando cuidadosamente los rebaños cogidos á los *insurgentes* de Calatayud y de Soria. Ya preparado su material, distribuyó sus tropas de modo de no dejar á Aragon abierto al enemigo mientras fuera á la baja Cataluña para intentar la conquista de Tarragona. Al desprender Napoleón de Cataluña la parte extrema del territorio para incorporarla á Aragon y conferir al general Suchet el mando, le dió al propio tiempo de diez y seis á diez y siete mil hombres del ejército de Cataluña, y reemplazólos en esta con una de las tres divisiones del cuerpo de reserva. Entre estos diez y seis ó diez y siete mil hombres se hallaban el 7.^o de línea, que servia con gloria en España hacia muchos años, el 16.^o de línea, uno de los regimientos que se habian inmortalizado en Essling á las órdenes del general Molitor, y por último los italianos del general Pino, tropa que se habia hecho excelente y tan valerosa como disciplinada. Con

este refuerzo contaba el general Suchet cerca de cuarenta mil hombres sobre las armas. Veinte mil dejó en custodia de Aragon y destinó al gran sitio que iba á emprender otros tantos. No le desvió de su objeto la utilidad de recuperar á Figueras, y juzgando que Napoleon proveyeria directamente con medios sacados de Francia á la reconquista de esta fortaleza, marchó en dos columnas sobre Tarragona. Una á las órdenes del general Harispe bajó de Lérida, y otra á las órdenes del general Habert subió de Tortosa; esta llevaba el tren de sitio: las dos encerraron á los españoles dentro de las obras de la plaza, que ademas de una guarnicion casi igual en número al ejército de los sitiadores, presentaba una situacion y una defensa formidables.

Tarragona, asentada sobre una roca, bañada por el Mediterraneo á un lado, y por el rio Francolí al otro, que pasa bajo sus muros para lanzarse al mar, se divide en ciudad alta y baja: la parte alta estaba ceñida de antiguos muros romanos y de obras modernas de gran relieve: la parte baja, situada al pie de la alta, sobre los terrenos llanos regados por el Francolí, y á orillas del mar, tenia por defensa un muro con bastiones, regular y poderosamente fortificado. Por encima del anfiteatro que forma la parte alta y baja, se veia un fuerte denominado del Olivo, construido sobre una roca, dominando en su rededor todos los fuegos, y comunicándose con la ciudad por un acueducto. Cuatrocientas piezas de grueso calibre guarnecian estos tres pisos de fortificaciones, y formaban su guarnicion diez y ocho mil hombres de tropas excelentes, con un buen gobernador, el general Con-

treras, á quien estaba resuelto á auxiliar con todas sus fuerzas una poblacion fanática y llena de denuevo. De continuo podia la escuadra inglesa renovar el material de la plaza, tanto en viveres como en municiones, y reemplazar á los hombres muertos ó cansados por otros llevados de Cataluña y de Valencia. Nunca hubo sitio que se presentara bajo aspecto mas espantoso.

Por cualquier lado que se embistiera á Tarragona presentábase difficilísimo el ataque. Por el Sur y el Este, á lo largo del mar, se encontraban el escarpe de la roca, una serie de lunetas bien construidas que enlazaban la parte alta y baja de la ciudad al mar, y las escuadras inglesas. Traslándose al Norte, se hallaba, no el escarpe de la roca, porque hacia allí se une el asiento de la plaza á las montañas de Cataluña, y se puede llegar á pie llano siguiendo las cumbres, sino un suelo árido y pedregoso, y el fuerte del Olivo, que por sí solo requería un asedio. Finalmente, bajando por el Oeste al Sur, se hallaban las dos partes de la ciudad, construidas una sobre otra, delante dos pisos de fortificaciones, en los terrenos bajos y pantanosos del Francoli, con el grave inconveniente de las lanchas cañoneras inglesas á la derecha. Todas las avenidas eran, pues, extremadamente difíciles por cualquier lado que se tomara, y obligaban á un largo sitio, que sin duda perturbarian con frecuentes apariciones los catalanes y valencianos llevados y sostenidos por los ingleses.

No desalentaron tantas dificultades al general Suchet, que miraba á Tarragona como la prenda mas positiva de la seguridad de Aragon y de Ca-

taluña, y como la llave de Valencia. De su opinion participaban sus dos primeros lugartenientes, de quienes ya hemos hablado. y estaban prontos á favorecer todos sus esfuerzos: eran el general de ingenieros Rogniat, espíritu poco justo, pero sagaz, obstinado, profundo en su arte; y el general de artilleria, Valey, talento exacto, fino, eminente, y que juntaba al golpe de vista del campo de batalla la prevision administrativa indispensable á los oficiales de su arma. Despues de conferenciar con ellos, resolvió el general Suchet atacar la plaza por dos lados al mismo tiempo; por el Sudoeste, es decir, por los terrenos bajos del Francoli, en torno de la parte baja de la ciudad, y de que era forzoso hacerse dueños antes de embestir la parte alta; y por el Norte, esto es, por el fuerte del Olivo, que era menester tomar absolutamente, si se queria triunfar de todo este conjunto de obras.

Mientras se comenzaban los trabajos de aproche delante de la ciudad baja, dos de los regimientos mas bizarros del ejército, el 7.º y el 16.º de línea, á las órdenes de un jóven caudillo de grandísimas esperanzas, el general Salme, emprendieron el ataque del Olivo, y abrieron la trinchera delante de este fuerte en la noche del 21 al 22 de mayo. Menester era caminar sobre áridas cumbres, por un suelo pedregoso, sin abrigo contra el relente de las noches, contra el calor de los dias, contra el fuego de la plaza. Delante del Olivo habia una obra avanzada que molestaba á nuestras trincheras, y que, pasando á nuestras manos, debía servirles de apoyo. Nuestros soldados se precipitaron sobre la posicion y la tomaron á la bayoneta. Pero los españoles, que tenían el orgu-

llo de ser invencibles en la defensa de las plazas, y que justificaban este orgullo, tornaron á aparecer en número de ochocientos, lanzando gritos furiosos y guiados por intrépidos oficiales, que llegaron á plantar su bandera al pie mismo de la obra de cuya reconquista se trataba. Los soldados del 7.º y del 16.º de línea abatieron á fusilazos á aquellos valientes oficiales, y cayendo luego sobre la atrevida columna que les quería arrebatar su conquista, la hicieron retroceder, picándola con la bayoneta hasta bajo los muros del Olivo.

Este fuerte presentaba una ancha superficie sin profundidad, componiéndole una línea de bastiones contruidos sobre la roca, con fosos abiertos igualmente en ella, y teniendo detrás un muro almeado que se comunicaba con la plaza por una poterna. Dentro habia un reducto mas elevado que el fuerte mismo, y capaz de oponer una segunda resistencia al asaltador victorioso. Mil doscientos hombres de guarnición, y cincuenta piezas de grueso calibre contaban los españoles en estas obras formidables, y estaban siempre en aptitud de recibir refuerzos de la ciudad, que tambien por sus comunicaciones marítimas los podía recibir de continuo.

Muchos dias hubo que trabajar bajo un fuego no interrumpido y experimentando pérdidas sensibles, pues todas las noches se contaban de cincuenta á sesenta muertos ó heridos entre los dos valientes regimientos que habian alcanzado el honor de este primer asedio. Se adelantaba en ziz zag hacia una cuesta que se enlazaba al Olivo, y se caminaba por el medio de los sacos de tierra, á causa de no ser posible hendir la dura roca sobre

la cual se trabajaba. Por último, queriendo abreviar estos mortíferos aproches, se apresuraron á establecer la batería de brecha á muy corta distancia del fuerte, y estuvo ya en disposición de recibir la artillería el 27 por la noche. Siendo imposible el uso de los caballos en aquel terreno, se uncieron los hombres á las piezas y las arrastraron entre una horrible metralla, que derribaba á gran número sin enfriar el ardor de los otros. Como, á pesar de la noche, descubriese el enemigo desde la plaza lo que hacian aquellos grupos, á quienes asestaba sus disparos, quiso impedirles mas directamente que lograsen su objeto, é intentó acometerles con una repentina salida. Al frente de una reserva del 7.º de línea, marchó el joven y bizarro general Salme contra los españoles, y en el momento de dar el grito de ¡adelante! fué derribado por una bala de fusil y murió de golpe. Le adoraban los soldados, y lo merecía por su valor y su talento. Deseosos de vengarle, se arrojaron sobre los españoles, á quienes persiguieron á la bayoneta hasta el borde de los fosos del Olivo, y no retrocedieron si no á impulsos de la metralla y de la evidente imposibilidad de la escalada.

Durante este tiempo las piezas de á veinte y cuatro fueron puestas en batería, y al dia siguiente al asomar la aurora, se rompió el fuego contra el bastión de la derecha, que daba frente á nuestra izquierda.

A la distancia á que se habia llegado eran terribles los efectos de la artillería por ambas partes. En pocas horas fué abierta la brecha; pero el enemigo echó abajo diversas veces nuestros espalones, y en medio de nuestros sacos de tierra derri-

bados, un intrépido oficial de artillería, el jefe de escuadron, Duchand, hizo reparar de continuo los destrozos causados en nuestra batería. Todo el día siguiente, 29, continuóse batiendo en brecha, y se resolvió dar el asalto, cualquiera que fuese el efecto de nuestra artillería, pues no hacía menos de dos semanas que estaban delante de Tarragona, y si una sola obra costaba tanto tiempo y tantos hombres, había que desesperar de apoderarse de la plaza.

A pesar de haber experimentado ya pérdidas de consideración el 7.º y el 16.º de línea no abandonaron á otros el honor de tomar por asalto el fuerte, contra el cual habían ejecutado los apaches. Una columna del 7.º, fuerte de trescientos hombres, á las órdenes del jefe de batallon Míoque, debía marchar en derecha sobre la brecha; otra de la misma fuerza del 16.º, á las órdenes del comandante Revel, debía torcer por nuestra izquierda, aproximarse á la derecha del fuerte, y procurar meterse allí por la gola. Pronto estaba el general Harispe á apoyar á estas dos columnas con reservas. Todo el ejército había recibido orden de estar sobre las armas y de fingir un ataque general.

Con efecto, á media noche se da la señal y empieza la acción. En torno de la ciudad alta y baja rompen nuestros tiradores un vivísimo fuego, como si fueran á lanzarse sobre el recinto. Inquietos los sitiados responden con todas sus baterías sin saber á quien hacen los disparos. Se une á ellos la escuadra inglesa, disparando al acaso á lo largo de la playa. Para enterarse los españoles del peligro que les amenaza, arrojan centenares de frascos de

fuego, y mezclan sus gritos de furor á los prolongados hurras de nuestros soldados.

Durante este tumulto, calculado por nuestra parte, se lanzan las dos columnas de asalto fuera de las trincheras, y dan sesenta ú ochenta pasos al descubierto bajo los fuegos del Olivo. Llegan al borde del foso abierto en la roca, saltan dentro, y mientras la columna del comandante Míoque, armada con sus escalas, corre derechamente á la brecha imperfectamente practicable, la del comandante Revel tuerce á la izquierda para asaltar el fuerte por la gola. En este momento acaban de entrar mil doscientos españoles enviados por la plaza en socorro del Olivo, cerrándose la puerta al punto. La ataca el capitán de ingenieros Papiigny al frente de treinta y zapadores y á hachazos: resiste, pero el capitán se apodera de una escala para pasar por encima; mas cae herido de una bala, y expira pronunciando el nombre de su madre. aprovechándose Revel de la circunstancia de no haber foso hácia la parte que mira á la plaza, hace que su columna aplique las escalas contra el escarpe. Zapadores y granaderos escalan el muro, saltan el fuerte y abren la puerta á la columna, que entra á bayoneta calada. En este mismo momento el comandante Míoque, dirigido contra la brecha, y no encontrándola practicable, se sirve de sus escalas. Siendo estas cortas, el sargento de minadores Meunier presta sus robustos hombros á los cazadores, que subiendo encima, penetran en el fuerte y alargan la mano á sus camaradas. Pero siendo este medio harto lento y mortífero, parte de la misma columna busca para penetrar allí otro camino. Por fortuna el oficial de ingenieros Vacani acaba de

descubrir á nuestra izquierda una avenida, que es la extremidad del acueducto que lleva el agua al Olivo, cerrada no mas que por empalizadas. Las echa abajo con algunos zapadores y proporciona á nuestros soldados, impacientes de entrar, este nuevo paso. Habiendo penetrado las dos columnas de Revel y Moque por estas varias avenidas, caen sobre los españoles, que abandonan el fuerte y se retiran al reduto. Se les sigue, sosteniendo contra ellos un horrible combate cuerpo á cuerpo, ya á la bayoneta, ya á fusilazos. Casi sin esperanza de salvacion los españoles, se defienden á la desesperada, y como son dobles en número que nosotros, y el escarpe del reduto apoya su resistencia, nos disputan el Olivo de manera de hacer el éxito dudoso. Pero el bizarro general Harispe, despues de haber estado á punto de ser aplastado por una bomba, acude con sus reservas. Quinientos italianos á las órdenes de los gefes de batallon Marcogna y Sacchini reaniman con su presencia el ardor y la confianza de los asaltadores. Todos juntos escalan el reduto, y arrebatados de furia pasan á cuchillo á los tenaces defensores del Olivo. Llegados á tiempo el general Suchet y sus oficiales, pueden salvar aun á unos mil hombres; pero cerca de novecientos españoles han sucumbido en este horrible combate. Gritos de victoria anuncian á sitiadores y sitiados este importante triunfo.

En el Olivo se hallaron unas cincuenta bocas de fuego con muchos cartuchos, y al punto se pusieron manos á la obra para volver las defensas del fuerte contra la plaza, para impedir que lo tomaran de nuevo los españoles, y para hacer útil á los sitiadores una artilleria que les acababa de ser tan

perniciosa. Tranquilizado respecto del éxito del asedio con el triunfo que acababa de obtener, pero asustado de las pérdidas que le hacia presagiar este éxito mismo, quiso el general Suchet aprovecharse del efecto moral producido en ambos ejércitos para tentar á la guarnicion con palabras conciliadoras, y con la proposicion de una tregua bajo pretexto de enterrar á los muertos. Asombrada la guarnicion de nuestra audacia, bien que cuidándose poco de haber perdido dos mil hombres, no respondió sino con acentos de desden y de cólera á las insinuaciones del general Suchet, y fué necesario resignarse á no obtener nada mas que á la fuerza. Estando la tierra dura por efecto de la estacion y siendo difícil excavarla y peligrosas las exhalaciones, hubo que quemar los muertos en vez de enterrarlos. Desgraciadamente su número era ya considerable.

Dueños ya los sitiadores del Olivo, empezaron los trabajos de aproche delante de la ciudad baja. De las márgenes del Francolí arrancaban las obras, y avanzaban de Oeste á Este, dejando á la izquierda el Olivo que, lejos de molestarnos con sus fuegos, los dirigia contra los españoles, y a la derecha el mar, que exigia grandes precauciones á causa de la escuadra inglesa. Efectivamente á lo largo de la playa se levantó una serie de redutos, armados con artilleria de grueso calibre, para mantener á los ingleses á distancia, y alejar sobre todo sus lanchas cañoneras. Abrióse la trinchera á ciento y treinta toesas del recinto, que hacia esta parte formaba una punta saliente á propósito para el ataque. Dos bastiones presentaba tambien cerca uno de otro, el de los Canónigos á nuestra

izquierda, y el de San Carlos á nuestra derecha. Este último se enlazaba con el muro del puerto y el muelle de embarque. La masa de fuegos que habia que aguantar no inquietaba mucho, pues solo se podian recibir de los dos bastiones hácia los cuales se caminaba. Verdad es que encima, y algo detrás de estos bastiones, se hallaba el Fuerte Real, obra de elevacion bastante, y que á nuestra derecha, orillas del mar, habia otro pequeño fuerte, llamado Francoli, por estar junto á la embocadura del riachuelo de tal nombre. Esta última obra se unia á la plaza por una muralla con bastiones. Decidióse que, á la par de proseguir los aproches contra los bastiones de los Canónigos y de San Carlos, se dirigiera una batería de brecha contra el fuerte de Francoli para tomarlo por asalto.

Habréndose distribuido veinte y cinco cañones entre muchas baterías, que disparaban á la vez sobre la plaza y el fuerte de Francoli, éste, á pesar del vivísimo fuego del enemigo, fué prontamente batido en brecha y accesible á la audacia de nuestras columnas de asalto. Aunque tuviera escarpa y contraescarpa de mampostería, y ademas fosos llenos de agua, determinóse atacarlo al punto, y el respetable Saint-Cyr Nuques, gefe de estado mayor del general Suchet, lo asaltó en la noche del 7 al 8 de junio, al frente de tres pequeñas columnas de infantería. Nuestros infantes se lanzaron á los fosos con el agua hasta el pecho, y treparon á la brecha por entre un vivísimo fuego. Al principio resistieron con su teson habitual los españoles, pero no teniendo la obra con la ciudad mas que una comunicacion larga y estrecha pegada al mar, temieron quedar cortados y se refugiaron á

la plaza. Se les perseguia gritando. ¡A la ciudad, á la ciudad! con la esperanza de concluir el sitio por efecto de un golpe de mano, mas hubieron de contenerse ante un fuego espantoso, y obras tan imponentes que era imposible toda sorpresa. El coronel Saint-Cyr Nuques condujó al fuerte de Francoli sus soldados, se apresuró á establecerse allí de seguida, á trasportar la tierra de los parapetos hácia la plaza, á fin de ponerse á cubierto, y á volver contra la rada la artillería que se acababa de conquistar.

Esta era la segunda obra tomada por asalto; pero habia hartas mas de que apoderarse por igual medio. Restaba una luneta llamada del Principe y pegada al mar y situada en el centro del muro que unia el Francoli á la plaza. Abrióse allí brecha y fué tomada el dia 16 despues de nuevo asalto, que fué largo y mortífero. Ya no quedaba obstáculo intermedio que vencer para atacar los dos bastiones de San Carlos y de los Canónigos, que se nos presentaban como la cabeza del toro. A la derecha el de San Carlos, como se ha dicho, se apoyaba en el mar y cubria el muro del puerto; á la izquierda el de los Canónigos cubria el ángulo formado por el frente Oeste y el frente Norte del recinto. Encima se levantaba el Fuerte Real con cuatro bastiones: si en latitud no ocupaban grande espacio los fuegos del enemigo, eran formidabilísimos por su altura, y este ataque nos debia costar mucha gente, ya para los aproches, ya para el servicio de las baterías, ya para el asalto, que no podia menos de encontrar una enérgica resistencia, pues de su éxito dependia la suerte de la ciudad baja y del mismo puerto.

Vivamente anhelaba el general Suchet acelerar el asedio, pues además de las pérdidas cotidianas, que en una veintena de días se elevaban ya á dos mil quinientos hombres, veía multiplicarse las dificultades dentro y fuera de la plaza. Escoltando la escuadra inglesa un inmenso convoy, había llevado á la guarnición dos mil hombres de refuerzo, víveres, municiones, y un bizarro oficial, el general Sarsfield, encargado de defender la ciudad baja. Después había desembarcado en el camino de Barcelona la división valenciana, fuerte de seis mil hombres, la cual debía juntarse al jefe del ejército catalán, general Campoverde. Este á la cabeza de quince mil hombres, se mantenía en el campo, con la esperanza de sorprender nuestros convoyes, ó de arrojarse sobre nuestras trincheras por un movimiento concertado con la guarnición y la escuadra.

El general Harispe, situado con dos divisiones, una francesa y otra italiana hacia el camino de Barcelona, estaba á la mira de los ataques que podían venir por este lado. Apostado el general Habert con una división francesa á las orillas del Francolí, guardaba el camino de Tortosa, por el cual nos llegaban nuestros convoyes de artillería, y el de Reus, por el cual nos llegaban nuestros convoyes de víveres. El resto de las tropas se empleaba en los trabajos de sitio. Se hallaban pues tomadas las precauciones todas contra los ataques interiores y exteriores, y el general Suchet contaba con el valor de sus soldados para resistir á un tiempo mismo al enemigo de dentro y al de fuera. Pero nuestros puestos escalonados en el camino de nuestros convoyes tenían que sostener cotidia-

namente choques encarnizados contra los destacamentos de Campoverde, y éste se vanagloriaba de haber recibido refuerzos numerosos, y de estar en vísperas de recibirlos todavía de mayor monta. A riesgo de debilitar su línea de defensa hacia el lado de los insurgentes de Teruel y de Calayutud mandados por Villacampa, resolvió el general Suchet que se le incorporase el general Abbé con una brigada. Dependiendo la suerte de la comarca del sitio de Tarragona, menester era que á este objeto esencial se sacrificase todo.

Excitado por semejantes razones, y auxiliado por la ilimitada adhesión de sus tropas, no perdía el general Suchet día ni hora. De la primera paralela se había pasado á la segunda, disponiéndose una serie de baterías que, abarcando en su vasto circuito los bastiones de los Canónigos y de San Carlos, debían abrir brecha en el uno y en el otro, y hasta en el fuerte Real asimismo. Por un asalto simultáneo y enérgico deseaba el general apoderarse de la ciudad baja y todas sus defensas. Después de este esfuerzo supremo, se lisonjaba de haber llevado punto menos que á remate la conquista de Tarragona.

Cuarenta y cuatro piezas de sitio puestas en batería sustentaban el fuego mientras se proseguían los trabajos de las paralelas, y hallaban á la verdad una respuesta enérgica en la artillería de la plaza, que por esta parte era lo menos doble que la nuestra. Así nuestros espolones eran destruidos de continuo, y se veía á nuestros denodados artilleros impasibles en medio de la destrucción de las baterías, volver á levantar las obras, y á menudo disparar á cuerpo descubierto con una san-

gre fria y una puntería admirables. La infantería dedicaba á auxiliarles un celo digno de su adhesión.

Ya el 18 se terminó la tercera paralela: se bajó por una galería subterránea á los fosos de los bastiones, se echó abajo la contraescarpa, se perfeccionaron de seguida los desemboques, por los cuales las columnas de asalto debían desparramarse en los fosos y de lanzarse á las brechas. Y hasta se procuró, con el auxilio de nuevas baterías, ensanchar las brechas y suavizar su pendiente.

En la mañana del 20 de junio, á la hora en que mostraban alborozo los defensores de Badajoz, á causa de haberles salvado los dos mariscales reunidos, se preparaba una escena espantable debajo de los muros de l'arragona. A una señal dada comenzaron sus disparos todas las baterías, tanto antiguas como modernas, y la plaza respondió con un fuego de los mas vigorosos. No agita el aire la mas ruda batalla con ruido tan terrible como el que á la sazón resuena delante de una plaza sitiada. Nuestra batería principal fué derruida por la explosión de su almacen de pólvora. Casi quedó sepultado el coronel Ricci bajo la tierra, mas, prontamente desembarazado, hizo reconstruir la batería y volver á empezar el fuego. Impaciente la infantería por correr al asalto, aguijoneaba con sus gritos á la artillería, que procuraba satisfacer sus deseos duplicando su actividad y sus sacrificios.

Se juzgaron practicables las tres brechas, una en el bastion de los Canónigos, otra en el bastion de San Carlos, y la última en el fuerte Real, por encima de ellos. Decididos estaban el general Su-

chet y los oficiales que le auxiliaban con sus consejos á arriesgar en un asalto general la suerte del sitio, y á sucumbir ó á señorear la ciudad baja, que, una vez tomada, aseguraria la conquista de la ciudad alta. Dió el general Suchet el mando del asalto al general Palombini, de servicio de trincheras este dia, y puso á sus órdenes mil quinientos granaderos y cazadores, con zapadores provistos de escalas. Ya para servir de reserva, ya para resistir alguna salida de la plaza, se mantenía el general Montmarie algo á la izquierda con el 5.º de ligeros y el 116.º de línea. Todavía mas á la izquierda, dos batallones del 7.º de línea apoyaban á este gefe. Convenido estaba que el Olivo lanzaria una masa de proyectiles sobre las dos ciudades, y que por el otro lado las amenazaria el general Harrispe con su division toda. Por su parte los españoles habian colocado en la ciudad baja al general Sarsfield con sus mejores soldados. Al punto de furor á que se habia llegado de un lado y otro, se habia renunciado á la costumbre de hacer las intimaciones antes de dar el asalto.

A las siete de la tarde, resplandeciente aun de luz el cielo, tres columnas se arrojan á la vez sobre las tres brechas. La primera, compuesta de hombres escogidos de los regimientos 116.º, 117.º y del 121.º de línea, á las órdenes del coronel de ingenieros Bouvier, se dirige hácia la brecha del bastion de los Canónigos, y trata de tomarla á pesar de los españoles, que le oponen, ora fuegos á boca de jarro, ora sus bayonetas. Despues de una lucha de las mas vivas, llega á lo alto de la brecha, rechaza á los españoles, y es á su vez repelida; pero vuelve á la carga y se sostiene lidiando

con encarnizamiento. Unos cien granaderos, lanzados contra una luneta situada á la derecha, se hacen dueños de esta obra, y de seguida corren al bastion de los Canónigos para sostener á la tropa del coronel Bouvier. Entretanto otra columna, á las órdenes del comandante polaco, Fondzelski, compuesta de hombres escogidos del 4.º y 5.º de ligeros, y del 42.º de línea, despues de haberse precipitado sobre el bastion de San Carlos, encuentra allí una tenaz resistencia. Pero apoyada por una tercera columna, que manda el coronel Bourgeois, se sostiene sobre la brecha y acaba por señorearla. Entonces el comandante Fondzelski persigue á los españoles á través de la ciudad baja; toma las cortaduras de las calles y se bate de casa en casa, mientras el coronel Bourgeois, que le sigue, echa por la izquierda y va á alargar la mano al coronel Bouvier y á ayudarle á conquistar el bastion de los Canónigos. Gracias á este socorro, queda al fin el bastion ganado, y se lanzan sobre el fuerte Real las dos tropas juntas. Escalan la brecha y saltan dentro; allí se defienden los españoles á la desesperada hasta no quedar uno vivo.

En esto el general Sarsfield, llegado á la cabeza de una reserva, se precipita con furor sobre la columna de Fondzelski, que habia ya invadido la mitad de la ciudad baja. Esta columna, conforme á las instrucciones que habia recibido, se refugia entonces á las casas y se defiende allí con teson mientras le llega algun socorro. Por fortuna el coronel Robert, del 417.º, en union del ayudante de campo del general en jefe, Mr. de Bigny, que lleva consigo una reserva del 5.º de ligeros y del 42.º y el 421.º de línea, sostiene á la columna de

Fondzelski, rechaza á los soldados de Sarsfield, pasa por las armas ó tira al mar á parte de ellos, y rechaza á los demas hácia las puertas de la ciudad baja. Algunos de nuestros soldados fueron allí á hacerse matar por exceso de audacia.

Comenzado el asalto á las siete, estaba concluido á las ocho. Teniamos en nuestro poder cerca de cien bocas de fuego, una inmensidad de municiones, pocos prisioneros vivos, pero muchos heridos y muertos; los bastiones de San Carlos y de los Canónigos, el fuerte Real, toda la ciudad baja, el puerto y las baterías que lo cerraban. Sin demora se empezó á hacer fuego á la escuadra inglesa, que al instante levó anclas, saludándonos con sus disparos. Despues de este rudo combate se enumeraron las pérdidas resultantes. Habiamos tenido que lidiar contra cinco mil españoles, les habiamos muerto mil trescientos hombres, y no pudimos coger prisioneros mas que doscientos, heridos la mayor parte; nos dejaron quinientos hombres fuera de combate, y necesario fué quemar mil cuatrocientos cadáveres entre franceses y españoles.

Ya habiamos dado cuatro mortíferos asaltos, y no era este el último que debia costarnos el sitio de Tarragona, ejemplo extraordinario de heroísmo en la defensa y en el ataque. Menester era llevar la obra á cabo, pues remontando segunda vez la escuadra inglesa del Mediodia al Norte las costas de Cataluña, trajo al general Campoverde un nuevo destacamento español, y ademas un cuerpo de dos mil ingleses. Todavía quedaban en la ciudad alta lo menos doce mil hombres con una inmensa artillería, y una salida de la plaza, combinada con

un ataque de fuera, podía sorprendernos á todas horas. Efectivamente, el 24 se manifestó en la guarnicion una agitacion grande, y asomaron corredores de caballería en direccion de Barcelona. El general en jefe situó al general Harispe, á quien fiaba de buen grado las operaciones mas árduas, delante de Tarragona, y camino de Barcelona, con dos divisiones y toda la caballería. Mantúvose él entre la plaza, donde se aceleraban los trabajos de apóche, y las tropas del general Harispe, pronto á acudir al punto donde mas se necesitara su ayuda, y pasó estos últimos dias entre la trinchera y sus campamentos exteriores.

Abierta estaba la trinchera sobre una especie de meseta algo inclinada, que sirve de base á la ciudad alta y se halla á nivel de los tejados de la ciudad baja. Nuestra primera y única paralela abarcaba casi todo el frente de la ciudad alta, compuesto hácia esta parte de cuatro bastiones, y tenia por objeto principal el establecimiento de las dos baterías de brecha dirigidas contra el bastion de San Pablo, el último á la izquierda. Este bastion cubria el ángulo formado por el frente Oeste, que atacábamos, y el frente Norte, contra el cual se proyectaba una escalada. Acelerábanse vivamente los trabajos con el fin de abrir pronto la brecha, pues no se esperaba que aquella guarnicion exaltada, despues de haber sufrido cuatro asaltos, quisiera ahorrarse el postrero, sin embargo de exponerse á ser pasada á cuchillo. Como se presentase un parlamentario nuestro fuera de las trincheras, agitando un pañuelo blanco, no recibió por respuesta mas que injurias. Anunciando la relacion de un desertor un ataque de fuera para

el 29, el general en jefe lo dispuso todo para dar el último asalto el 28 por la noche. Se apresuró la construccion de la batería de brecha, quedando armada completamente en la noche del 27 al 28, no sin tener los soldados que arrastrar entusiastas los cañones, por la dificultad de subirlos á terreno tan escarpado. El 28 de junio, que debia ser el último día de este sitio memorable, rompióse el fuego desde la aurora con cierta ansiedad, pues era urgente hacer practicable la brecha aquel dia mismo. Trescientos buenos tiradores, apostados en las partes salientes del terreno, disparaban contra las troneras del enemigo para desmontar sus cañones, y los españoles, presentándose atrevidamente sobre la brecha, disparaban á su vez contra nuestros artilleros. Nada era capaz de alterarlos: los que caian eran al punto reemplazados por otros, quienes continuaban no menos resueltamente la obra de demolicion, que nos debia abrir los muros de Tarragona. Finalmente, á cosa de medio dia pareció ensancharse la brecha á vista de ojo, y abatirse en cierto modo bajo nuestras balas, que acumulando los escombros, hacian menos rápida la pendiente. Nuestros soldados, procedentes de todos puntos, asistian á este espectáculo con anhelo, mientras la guarnicion española nos provocaba con gritos é injurias desde lo alto de los baluartes.

A eso de las cinco de la tarde quiso el general Suchet dar el asalto, para evitar un combate de noche, si, segun se anunciaba, nos halláramos la calle mayor de la Rambla, que corta trasversalmente la parte alta de la ciudad de Tarragona, con barricadas y defensas. El general Habert, que to-

mó la ciudad de Lérida, debía mandar el asalto. Mil quinientos hombres, divididos en dos destacamentos, y tomados de las compañías de preferencia de los regimientos 3.º y 5.º de ligeros, y del 44.º, 42.º, 114.º, 415.º, 416.º, 417.º y 421.º de línea, y del primer regimiento polaco del Vístula, fueron puestos bajo su mando. Otra columna casi de igual fuerza, sacada de los regimientos franceses é italianos que asistian al sitio, fué puesta á las órdenes del general Ficatier y mantenida en reserva. A la izquierda, y sobre el frente Norte, que formaba ángulo con el frente Oeste, atacado por nosotros, debía el general Montmarie hacer lo posible por escalar, á la cabeza de los regimientos 416.º y 417.º, la puerta del Rosario, muy próxima al bastion batido en brecha, y correspondiente á la misma extremidad de la Rambla. Terminadas estas disposiciones á las cinco y media, dió la señal el general en jefe, y lanzándose la primera columna á paso de carrera, cruzó cierto espacio al descubierto, toma un rodeo por evitar los aloes que crecen al pie del baluarte, y luego torna á marchar en derechura hácia la brecha y empieza á trepar á su cima por entre un fuego horroroso. Armados de fusiles, de picas, de hachas, y lanzando furiosos gritos, aguardan los mas osados combatientes españoles á los asaltadores en lo alto de la brecha. Sobre este movedizo terreno, bajo el fuego de fusilería á boca de jarro, bajo las puntas de las picas y las bayonetas, caen nuestros soldados, vuelven á levantarse, combaten cuerpo á cuerpo, y ya avanzan, ya retroceden, bajo el doble impulso que por delante les rechaza y por detrás les sostiene y empuja. Un momento es-

tán á punto de ceder al furor patriótico de los españoles, cuando á una nueva señal del general en jefe, se lanza la segunda columna, guiada por el general Habert, por el coronel Pepe, por el gefe de batallon Ceroni, y por todos los ayudantes de campo del general Suchet, Mrs. de Saint Joseph, Rigny, d'Aramon, Mayer, Desaix, Ricard, Aubray. A ellos se habia unido un sargento italiano, llamado Bianchini, el cual, por recompensa de sus prodigios de valor en el ataque al fuerte del Olivo, habia pedido y alcanzado el honor de ir á la cabeza en el último asalto de Tarragona. Este refuerzo comunica un nuevo y vigoroso impulso á nuestra primera columna, la empuja hasta lo alto de la brecha, y llega allí con ella. Despues de haber recibido el bizarro Bianchini muchos tiros, cae todavía avanzando: el jóven d'Aramon viene á tierra herido en un muslo: finalmente, se abren paso por entre la masa de defensores, penetran en la ciudad y se lanzan unos á la derecha, otros á la izquierda, para evitar por la ronda las calles barreadas, y especialmente la Rambla. Al punto el general en jefe hace entrar la reserva del general Ficatier para este segundo combate, que puede ser muy mortífero y muy azaroso, porque la guarnicion, compuesta aun de diez ó doce mil hombres, ha resuelto defenderse hasta exhalar el último aliento. Durante este espacio, el general Montmarie avanza hácia la puerta del Rosario con los regimientos 416.º y 417.º de línea, toma las empalizadas del camino cubierto, y se lanza al foso por entre un horrible fuego de fusilería. Quiere aplicar las escalas á la puerta, mas la halla minada y barreada. Entonces nuestros cazadores des-

cubren una cuerda con nudos colgada de una tronera y puesta allí para la subida de los españoles; la echan mano, y trepan por ella uno tras de otro, mientras los dos regimientos que han quedado en el foso sufren el fuego de las murallas. Pero apenas han penetrado de tal modo en la plaza algunos de nuestros atrevidos cazadores, se echan los españoles sobre ellos. A punto de sucumbir se encuentran, cuando el oficial de ingenieros Vaccani, entrando en la ciudad con un destacamento de zapadores detrás de las primeras columnas, abre á hachazos la puerta del Rosario, y da acceso á las tropas del general Montmarie. Este se lanza entonces á lo interior de la ciudad alta y ataca la Rambla con las tropas de los generales Habert y Ficatier. Exasperadas nuestras tropas no oyen nada é inmolan á bayonetazos á todos aquellos á quienes dan alcance. Encarnizados contra una tropa enemiga, que huye hácia la catedral, la persiguen con dirección á este edificio, al cual se llega por sesenta escalones (1); los suben á pesar del fuego horroso que se les hace, penetran en el templo, y sin remision pasan á cuchillo á los infelices que han disparado contra ellos. Sin embargo, hallando en esta catedral algunos centenares de heridos, se detienen y los perdonan. En este momento, ocho mil hombres, unico resto vivo de la guarnicion, salidos por la puerta de Barcelona, aspiran á salvarse hácia el lado del mar. Se les empuja hácia donde está el general Harispe, que obstruyéndolos el cami-

(1) No son tantos ni con mucho; en esta parte el autor equivoca sin duda la catedral de Tarragona con la de Gerona.

(N. del T.)

no, les obliga á rendir las armas: desde entonces quedan en nuestro poder asi la ciudad alta como la baja, asi el Francoli como el Olivo.

Tal fué este horrible asalto, quizá el mas furioso que se diera nunca, al menos hasta entonces. Cubiertas estaban las brechas de cadáveres franceses, pero la ciudad se hallaba mucho mas atestada de cadáveres españoles. Increible desórden reinaba en las incendiadas calles, donde á cada rato se hacian matar algunos españoles fanatizados á trueque de tener la satisfaccion de pasar á cuchillo á algunos mas franceses. Cediendo nuestros soldados á un sentimiento comun á todas las tropas que toman una ciudad por asalto, consideraban á Tarragona como propiedad suya, y se habian esparcido por las casas, donde hacian mas estrago que saqueo. Pero el general Suchet y sus oficiales corrieron tras ellos para persuadirles que aquel era un uso extremo y bárbaro del derecho de la guerra, y no les costó gran trabajo traerlos á buenas, sobre todo luego que terminó el combate, y dejó de embriagarles de furor el fuego de la fusileria. Poco á poco se restableció el órden, se apagaron las llamas, y se pudo empezar á contar los trofeos, asi como las pérdidas. Se tomaron mas de trescientas bocas de fuego; inmensa cantidad de fusiles, de proyectiles, de municiones de todas clases, unas veinte banderas, diez mil prisioneros y á la cabeza el mismo gobernador Contreras, á quien el general Suchet trató con las mayores contemplaciones, á pesar de haber sido el último asalto un acto de desesperacion inútil, que se hubiera podido ahorrar asi á las tropas españolas como á las francesas. Pero es menester honrar el patriotismo por arrebatado que sea.

Fuera de los diez mil prisioneros, no perdió la guarnición menos de seis á siete mil hombres por el hierro y el fuego. Con especialidad este último asalto fué de los mas mortíferos. Tampoco nuestras pérdidas dejaban de ser muy considerables; pues tuvimos no menos de cuatro mil trescientos sesenta hombres fuera de combate, de mil á mil doscientos sin vida, y de mil quinientos á mil ochocientos ya inválidos para el servicio por lo muy mutilados. Perdimos cerca de veinte oficiales de ingenieros, porque este cuerpo, admirable en Francia, habia prodigado tanto el valor como la inteligencia en este memorable sitio, que duró cerca de dos meses, y durante el cual abrimos nueve brechas, operamos cuatro bajadas al foso, dimos cinco asaltos, tres de los cuales, los del Olivo, la ciudad baja y la ciudad alta, se hallaban en la categoría de los mas furiosos que se han visto nunca.

Proeza era la toma de Tarragona de la mas alta importancia: se quitaba á la insurrección catalana su principal apoyo, se la separaba de la insurrección valenciana, y debia producir en toda la Península un efecto inmenso moral, de que se hubiera podido sacar gran partido si todo estuviera aprestado á la sazón para abrumar á los españoles con un gran concurso de fuerzas. Desgraciadamente nada habia á punto, y con la preocupacion exclusiva que llevaba el espíritu de Napoleon á otros desigñios, este asedio trascendental no debia producir mas resultados que abrimos las puertas de Valencia. Orden tenia el general Suchet para volar á Tarragona, pues fundadamente queria Napoleon reducir no mas que á Tortosa las plazas ocupadas en esta parte de España, y si consentia conservar á Torto-

sa solo era por razon de la embocadura del Ebro. Pero habiendo reconocido Suchet, de acuerdo con el general Rogniat, que limitándose á conservar la ciudad alta, se podria mantener con mil hombres hizo volar las obras de la ciudad baja, dejó en la ciudad alta una guarnición bien provista de viveres y municiones, procuró tranquilizar y atraerse á los habitantes, depositó su parque de sitio y sus municiones en Tortosa, envió sus principales destacamentos á los puntos de donde los habian sacado, con el fin de reprimir á las bandas envalentonadas durante el asedio, y con una brigada de infanteria corrió detrás del marqués de Campoverde para dispersar su cuerpo antes de que se reembarcase. A pesar de perseguirle con grande actividad no pudo alcanzarle. En Villanueva encontró unos mil heridos, procedentes del sitio de Tarragona y enviados por mar á esta plaza, formando el complemento de la guarnición de diez y ocho mil hombres, de los cuales diez mil fueron cogidos prisioneros y seis ó siete mil muertos. Despues siguió las huellas del marqués de Campoverde por el camino de Barcelona. Habiéndosele sublevado al marqués los valencianos, deseosos de volver á su tierra, hubo de separarse de ellos y embarcólos en Mataró á bordo de la escuadra inglesa. Allí llegó el general Suchet en union del general Maurice-Mathieu, que habia salido de Barcelona, al punto en que se terminaba el embarque. Desde entonces se dedicó á perseguir á Campoverde y á apoderarse del célebre monasterio de Monserrate, que tomaron sus tropas despues de una increíble audacia. Asi prestó cuantos servicios pudo al ejército de Cataluña, siempre absorbido por el bloqueo de Figueras y por el abasteci-

miento periódico de Barcelona, y despues volvió á Zaragoza para poner en orden los asuntos de su gobierno. Allí halló el baston de mariscal, justo premio de sus servicios, pues, si los memorables sitios de Aragon y de Cataluña, los mas famosos que desde Vauban se llevaran á cabo, se debian en gran parte á los oficiales de ingenieros y á los valerosos soldados del ejército de Aragon, tambien se debian en parte no pequeña á la prudencia militar del general en gefe y á la profunda habilidad de su administracion.

En España tenian que ser de inaccion los meses de julio y agosto, y á veces el de setiembre. Durante estos meses abrasadores eran incapaces de operar los ingleses; y aun nuestros mismos soldados, mas ágiles, mas habituados á las privaciones, necesitaban que se les dejase descansar algo de sus marchas continuas, y hasta los españoles sentian debilitarse en esta estacion su inclinacion á correr el campo, aun cuando no fuése mas que para levantar la cosecha. Sin embargo en Andalucia el mariscal Soult habia dejado tantos asuntos atrasados de resultas de su mansion forzada en Llerena, que se vió obligado á emplear activamente estos dos meses dedicados por lo comun al reposo. Dos divisiones españolas, que á las órdenes del general Blake habian concurrido á la batalla de la Albuera, se destacaron de lord Wellington para ir á inquietar á Sevilla. Pero en vez de marchar directamente á este objeto, que merecia la pena de diversion semejante, se encaminaron al condado de Niebla, hácia la embocadura del Guadiana. Seguirles hizo el mariscal Soult á una de sus divisiones, y con las demas fuerzas dirigióse á Sevilla para atender

sin levantar mano á los asuntos de su gobierno. A los insurgentes de Ronda siempre activos, hallólos ocupados en asediar la misma ciudad de Ronda, y á los de Murcia, despues de haber obligado al cuarto cuerpo á encerrarse en Granada, atreviéndose á avanzar á Baeza y á Jaen, cerca de los desfiladeros de la Carolina, en una posicion donde podian interceptar las comunicaciones de Andalucia con la córte. De consiguiente habia que marchar á la vez sobre Ronda, Granada, Jaen y Baeza, para reprimir la audacia de estas diversas reuniones. Aprovechándose el mariscal Soult de la partida del mariscal Victor y del general Sebastiani, suprimió la organizacion en cuerpos de ejército, mala donde quiera que Napoleon no se hallaba, persistió en no dejar delante de Cadiz mas que unos doce mil hombres, incluso los artilleros y los marinos, y llamando al destacamento enviado al condado de Niebla, y cuya presencia bastó para obligar á las dos divisiones del general Blake á reembarcarse, se dirigió con cuantas tropas pudo reunir al reino de Granada.

Hizo que el general Godinot le precediera, llevando consigo un destacamento formado por tres regimientos excelentes, el 6.º de ligeros, el 55.º y 58.º de linea, y ademas el 27.º de dragones. Este destacamento debia ahuyentar á los insurgentes de Jaen y Baeza, mientras el cuerpo principal iba en derecha á Granada. Aunque numerosos, no se mantuvieron los insurgentes mas que de costumbre en campo raso, y abandonaron sucesivamente á Jaen y Baeza para tornar á Murcia. El mariscal entró en Granada, juntó allí parte del cuarto cuerpo, y el 8 de agosto dejó la ciudad para continuar su

movimiento. Durante este intervalo los insurgentes de Murcia se unieron á los generales Blake y Ballesteros, que á bordo de naves inglesas se habian trasladado desde las bocas del Guadiana á Almería, y tomaron una fuerte posicion en la venta de Baral. Todos juntos ascendian á veinte mil hombres. La posicion escarpada y casi inaccesible que ocupaban, presentaba un obstáculo difícil de superar, y al principio perdimos algunos hombres en ataques infructuosos. Pero el general Godinot que habia rechazado de Jaen á los insurgentes de Murcia, y los llevaba por delante batidos, avanzaba para salvarla, y apenas se le vió aparecer por la izquierda del mariscal Soult, se retiraron en tropel los españoles á la provincia de Murcia. Una vez en retirada, no se pararon en ningun punto, y llenaron los caminos de soldados dispersos, que la caballería del general Latour Maubourg cogió ó acuchilló en grande copia. La pronta y entera dispersion de este cuerpo daba la seguridad no de que no se le volveria á ver, sino de no tenerle encima durante algunos meses. Despues de haber restablecido el mariscal Soult en Granada parte de las tropas del antiguo cuarto cuerpo y enviado refuerzos á Ronda á las órdenes del general Leval, retornó á Sevilla, para ocuparse allí al cabo en lo referente al sitio de Cádiz y al material que aun faltaba para darlo cima.

Todo el resto del mes de agosto se pasó en una inaccion casi completa, haciendo descansar el mariscal Soult algo á sus tropas, que de ochenta mil hombres se hallaban reducidas por las fatigas y por el fuego á cuarenta mil á lo sumo, y disputando al rey José algunos destacamentos, que el ejército del centro reclamaba al de Andalucía; acampando

siempre el mariscal Marmont junto al Tajo hácia la parte de Almaráz, y quejándose tambien de José con motivo de los forrages de su ejército, que pretendia llevarse hasta Toledo; no cesando nunca José de lamentarse de su miseria, rogando que, á falta de la cuarta parte de las contribuciones, debida por los generales y siempre negada, le enviase Napoleon un millon mas todos los meses, y alcanzando por todo consuelo que se le devolviese para gefe de estado mayor el mariscal Jourdan, su amigo; soberano el mariscal Soult en su gobierno, no teniendo que disputar con nadie, preparando á la callada la expedicion de Valencia, que Napoleon le habia prescripto como consecuencia necesaria de la conquista de Tarragona; encargado especialmente el general Baraguay d'Hilliers del bloqueo de Figueras, rechazando adentro á los españoles que pretendian fugarse, obligándolos al fin á rendirse prisioneros y á expiar asi la sorpresa de esta plaza fronteriza.

Durante este mes de inaccion concertaba lord Wellington sus proyectos para emprender de nuevo las operaciones en setiembre, y sus proyectos no propendian menos que á la reconquista de Badajoz y Ciudad-Rodrigo. Con efecto, despues de haber logrado libertar á Portugal de la presencia de los franceses, nada le convenia mas que tomar la plaza de Badajoz ó de Ciudad-Rodrigo, y las dos si podia, pues eran las llaves de España, la una al Norte y la otra al Mediodía. Dueño de estas plazas, impedía á los franceses invadir la Beira ó el Alentejo, y le era fácil invadir á Andalucía ó Castilla á la primera coyuntura. Tomarlas era pues el medio de cerrar la puerta propia y de tener siempre abier-

ta la agena. Otro motivo habia para proceder de este modo y era el de hacer algo, pues desde que reconquistó á Portugal seis meses antes no habia añadido ningun acto notable á sus precedentes hazañas. Mucho se habian encomiado sus operaciones en Inglaterra, con fundamento, si bien quizá mas allá de lo justo, lo cual acontece siempre que se hace esperar demasiado á un personaje cualquiera la justicia que le es debida. Con su movilidad ordinaria ensalza la opinion súbito hasta las nubes al mismo á quien no se dignaba distinguir siquiera. Ademas quedaba la oposicion, que en parte de buena fé y en parte por hostilidad sistemática, estaba pronta á repetir que sin duda se habia podido conservar á Portugal á lo menos por cierto tiempo, mas no se pasaria de aqui, sosteniéndose en la Península una guerra ruinosa, sin resultado probable, sin resultado equivalente al terrible azar á que se hallaban expuestos de continuo, el de ser lanzados un dia al mar por los franceses. No se necesitaba de una inaccion larga, ni de una prolija privacion de noticias significativas, para traer de nuevo á muchas personas juiciosas á esta manera de pensar de que participaron sinceramente; sobre todo no se necesitaban muchos sucesos como el último levantamiento del sitio de Badajoz. De consiguiente lord Wellington por infinidad de razones, unas militares, políticas otras, estaba obligado á señalarse con algun nuevo acto, y por tanto á tomar á Badajoz ó á Ciudad-Rodrigo, dos obstáculos que le imposibilitaban toda operacion ulterior de alguna importancia.

Mas no era fácil tarea, pues, si se presentaba delante de Badajoz, era de presumir que aun en-

contrara allí á los mariscales Soult y Marmont reunidos; si se presentaba delante de Ciudad-Rodrigo allí hallaria al mariscal Marmont con cuantos soldados hubiera podido allegar de los ejércitos del centro y del Norte. En ambos casos corria el riesgo de tropezar con fuerzas harto considerables para poder dar cima á un gran sitio delante de ellas, pues, segun su costumbre, solo queria combatir á golpe seguro, esto es, en posiciones defensivas casi invencibles, y con una superioridad numérica, que agregada á la buena eleccion de los lugares, hiciese el resultado tan cierto como puede serlo en la guerra. Sin embargo, si estaba condenado á encontrar ora en el Mediodía, ora en el Norte, concentraciones de fuerzas superiores al ejército de que disponia, lord Wellington tenia tambien incontestables ventajas de su parte. El camino que se habia creado dentro de las fronteras portuguesas, del Norte al Mediodía, camino que habia recorrido ya tantas veces, y que bajaba de la Guardia al Espinhal, de Espinhal á Abrantes, de Abrantes á Elbas, estaba abierto con cuidado, tenia numerosos almacenes de trecho en trecho y de puentes sobre el Mondego y el Tajo. Allí hacia que le siguieran cargadas de viveres seis mil mulas españolas; mandaba solo; no dependia de nadie; una orden suya bastaba para que se le obedeciese, y para darla oportunamente le asistia la ventaja, á que atribuia parte de sus triunfos, de estar informado con toda puntualidad por los españoles de los movimientos de los contrarios. Al revés los generales franceses, independientes unos de otros, situados á grandes distancias, divididos, desprovistos de todo, no informados de nada, por milagro se halla-

ban juntos una vez con un objeto comun y el material necesario á una operacion de alguna importancia. Para que el mariscal Soult recibiese el auxilio del mariscal Marmont, se necesitaba que éste, olvidando los resentimientos del ejército de Portugal, llegase precipitadamente en su ayuda, que quisiese y pudiese prestarla, y que tuviese, con especialidad en Almaráz, viveres y un puente. Para que el mariscal Marmont pudiese proteger á Ciudad-Rodrigo en tiempo oportuno se necesitaba que el gefe del ejército del Norte quisiera ayudarle á ello, que con esta mira, se aviniese á dejar la persecucion de las bandas, á reunir doce ó quince mil hombres en un solo punto, á descuidar por tanto la mayor parte de los otros y á preparar con esta prevision vastos almacenes en Salamanca, ó bien que el ejército del centro, que apenas tenia con que guardar á Toledo, Madrid y Guadalajara, descuidase uno de estos puestos tan importantes para la salvacion de otro que no le estaba confiado, y finalmente que, sin celos uno de otro, marchasen estas diversos generales sobre Ciudad-Rodrigo. Y aun cuando quisiesen y pudiesen todo esto, forzoso era que conociesen con oportunidad los movimientos del enemigo que originaran estas concentraciones de fuerzas. Mucho les habia recomendado Napoleon que se socorrieran mutuamente, si bien, no pudiendo prever los casos, se lo prescribiese de un modo general tan solo, y ya se ha visto como ejecutaban las órdenes mas terminantes, expedidas para un caso determinado y urgente. Asi no era imposible á lord Wellington, haciendo sus aprestos á la callada y ocultando hábilmente sus movimientos hallar un espacio de veinte y cinco ó treinta dias

para emprender un grande sitio y darle cima antes de que los franceses llegasen á socorrer la plaza asediada. En esta eventualidad fundaba lord Wellington sus planes de operaciones para el otoño de 1811 y el invierno de 1811 á 1812.

Por de pronto, hallándose sus soldados algo desanimados de resultas de la resistencia de Badajoz, quiso cambiar el objeto á que se habian de dirigir sus esfuerzos, y pensó por esta razon en ir sobre Ciudad-Rodrigo. Ademas habia reparado muy juiciosamente que, al subir el mariscal Marmont de Naval-moral á Salamanca para socorrer á Ciudad-Rodrigo, tenia menos probabilidades de que se le unieran fuerzas suficientes que al bajar á Extremadura para socorrer á Badajoz, pues en este último caso siempre estaba seguro de hallar allí al mariscal Soult disponiendo de muchos mas medios que el mariscal Bessieres en Castilla, y teniendo en defender á Badajoz un interés personal de primera clase. De consiguiente valia mas tentar una empresa sobre Ciudad-Rodrigo que sobre Badajoz: solo existia una dificultad por este lado, y era no tener parque de sitio, ni lugar cerrado para guardarle, lo cual hacia que lord Wellington no se consolase de haber visto á Almeida destruida por los franceses casi ante sus ojos. Al revés para el ataque de Badajoz poseia dos vastos almacenes cerrados, primeramente Abrantes, á donde la marina inglesa habia llevado un inmenso material por agua, y despues Elvas, á donde se iba desde Abrantes por un buen camino, y donde se podia poner en seguridad todo el aparato de un gran sitio.

Con todo, no doblándose ante esta dificultad,
Biblioteca popular. T. XIII. 20

hizo trasladar lord Wellington secretamente á las inmediaciones de Ciudad-Rodrigo un parque de artillería de grueso calibre, enviando pieza tras pieza, y seguidamente tuvo la precaucion de esconderlo en muchos lugares. Ademas llevó sucesivamente sus divisiones todas á la alta Beira, exceptuando no mas que la del general Hill dejada en observacion junto al Guadiana, y acampó sus tropas detrás del Agueda, encargando al partidario don Julian de apretar por hambre á Ciudad-Rodrigo con incesantes correrías por los campos del contorno.

Mejor informado esta vez el mariscal Marmont que lo estabamos habitualmente acerca de los movimientos del enemigo, supo hácia fines de agosto ó principios de setiembre la mudanza de posicion del ejército inglés, y recibió del general Reynaud, gefe en Ciudad-Rodrigo, el aviso de que la plaza iba á ser reducida á las últimas extremidades; que la guarnicion, puesta ya á media racion, no tendria carne mas que hasta el 15 de setiembre, pan hasta el 23, y que pasado este plazo no podria menos de rendirse. Con aviso semejante no se podia perder tiempo. Al ejército de Portugal tocaba entonces avituallar á Ciudad-Rodrigo. Se puso de acuerdo el mariscal Marmont con el general Dorsenne, que acababa de relevar al duque de Istria, llamado á Paris, y quedó convenido que este general prepararia un fuerte convoy de viveres en las cercanías de Salamanca y se trasladaria allí con parte de sus tropas, y que el mariscal Marmont se alejaria de las orillas del Tajo, repasaría el Guadarrama por el puerto de Baños ó de Perales, y bajaria á Salamanca para concurrir al avituallamiento de Ciudad-Rodrigo, sucediera lo que sucediere.

Estos acuerdos bien entendidos fueron exactamente observados. El mariscal Marmont concentró sus divisiones y las hizo pasar sucesivamente el Guadarrama. Todas seis quiso llevarlas hacia Ciudad-Rodrigo, lo cual le hubiera proporcionado mas de treinta mil hombres, habiendo vuelto á ingresar en su cuerpo una parte de sus enfermos y sus heridos. Mas para esto hubiera sido necesario que José le enviara una division del ejército del centro, á fin de guardar el establecimiento del ejército de Portugal entre el Tietar y el Tajo, cosa que este principe no pudiera hacer sino molestándose mucho, y descubriendo la capital por el lado de Guadalajara ó de la Mancha. No atreviéndose José á esto, hubo de dejar el mariscal Marmont junto al Tajo una division entera para custodiar sus depositos y sus puentes, y destinó á este cuidado la que fué situada sobre el camino de Trujillo en observacion hacia la parte de Extremadura. Con las otras cinco pasó el Guadarrama, y á principios de setiembre hallóse en las cercanías de Salamanca á la cabeza de veinte y seis mil combatientes. Por su parte el general Dorsenne se trasladó á Astorga con quince mil hombres de excelentes tropas, incluyendo la Joven Guardia, y una de las divisiones de reserva, llegada á la Península recientemente. Sobre todo la caballería era soberbia. Al paso halló un número casi igual de insurgentes gallegos, mandados por el general español Abadia, empujólos hácia adelante hasta Villafranca, les cogió ó les mató algunos hombres, y de seguida torció á la izquierda sobre Zamora y Salamanca.

Reunieronse los dos ejércitos del Norte y de Portugal el 20 de setiembre. Se hallaban en buen

estado uno y otro, perfectamente descansados, provistos del material necesario, y contaban por lo menos seis mil soldados de la mejor caballería. Su efectivo total pasaba de cuarenta mil hombres. El ejército inglés, puntualísimamente informado de costumbre, no esperaba tan pronta y grande concentración de fuerzas. Casi era tan numeroso como el ejército francés, pero devorado por enfermedades, no se hallaba de ningún modo preparado á una batalla, diseminado en acantonamientos distantes hasta el extremo de que la division ligera de Crawford se hallaba delante del Aguéda ocupada en el bloqueo de Ciudad-Rodrigo, mientras el grueso del ejército estaba mucho mas allá de este riachuelo. Además el efectivo total de lord Wellington no constaba mas que de veinte y cinco mil hombres de tropas inglesas, componiéndose el resto de portugueses.

Si los generales franceses se esmeraran en adquirir informes, hubieran debido conocer estos hechos y aprovecharlos para descargar sobre el general inglés un golpe decisivo, que hasta entonces pudo evitar por su buena fortuna, no menos que por su prudencia. Informados ó no informados debieran pensar que podian encontrarse con el ejército inglés á cada hora, reunido ó disperso, y que en el primer caso convenia estar prontos á recibirle y en el segundo á anonadarle.

Por consecuencia su deber era marchar como si á cada momento hubieran de entrar en combate. Mas no hicieron nada de esto, y ni aun se pusieron acordes relativamente á la determinacion de dar batalla, si la necesidad ó al menos la conveniencia se la ofrecia. Únicamente se convino en

que, dirigiéndose el general Dorsenne por la derecha sobre Ciudad-Rodrigo, introduciría allí el convoy, y en que, avanzando el mariscal Marmont por la izquierda con su caballería, ejecutaría un fuerte reconocimiento sobre Fuente Aguilnaldo y Espeja. No habiendo aun llegado la infantería del ejército de Portugal, prestó el general Dorsenne al mariscal Marmont la division de Thiebault para que se sirviese de ella en caso necesario. Empeñóse, pues, la marcha antes de que todo el ejército estuviese junto y en disposicion de recibir al enemigo; si llegaba á presentarse. A la verdad era poco probable que quisieran combatir los ingleses, pues en este momento su posicion junto al Aguéda no era buena, pero, cualquiera que esta fuese, no convenia aproximarse tanto á ellos, sin estar nosotros en aptitud de aprovecharnos de las eventualidades propicias y de hacer frente á las adversas.

Con esta especie de desbarahuste avanzaron á Ciudad-Rodrigo nuestras tropas, y el 23 de setiembre tuvieron la satisfaccion de meter allí un gran convoy de víveres sin disparar un tiro. Logrado este objeto, los dos generales habian desempeñado sin duda su principal tarea, pero anhelaban saber qué era de los ingleses, y el mariscal Marmont, declinando á la izquierda, resolvió ejecutar el reconocimiento proyectado. Avanzando con su caballería, que aun mandaba el bizarro general Montbrun, descubrió la division ligera de Crawford, dividida en dos brigadas y muy distantes una de otra, y en estado tal que fuera fácil destruirlas sucesivamente, cargándolas con una fuerte vanguardia. Además lord Wellington, con un

ejército mal reunido, privado de una de sus divisiones, fuera de los lugares escogidos donde le gustaba la pelea, probablemente quedara vencido, si acudiera en ayuda de las dos brigadas de Crawford, y una vez derrotado, quizá destruido.

Desgraciadamente, no teniendo mas que la caballería, nada se pudo llevar á cabo. Sobre la infantería inglesa se lanzó el mariscal Marmont con su vigor acostumbrado, arrollóla aunque estaba bien situada, la quitó cuatro piezas de artillería, pero no pudo conservarlas, pues llevando un batallón tan solo, cuando le cayó encima la infantería, ya rehecha, no pudo resistirla. Presente el mariscal Marmont en esta jornada, pedía á voz en grito la division de Thiebault que le fué destinada; pero el general Dorsenne, de carácter mal contentadizo y preocupado de sí propio, aunque por lo demas oficial muy valiente, por mala voluntad ó por falta de espacio, no hizo llegar esta division, sino cuando ya no era de provecho. Efectivamente cuando se presentó en aquel punto, las brigadas inglesas, rehechas y unidas, se hallaban ya fuera de alcance.

Al día siguiente toda la infantería del ejército se hallaba en línea, pero los ingleses estaban en plena retirada, y llevaban bastante delantera para que fuera posible darles alcance, á lo menos en una sola marcha; y vino á quedar de manifiesto que, si se les atacara en el orden conveniente el día antes, se les destruyera acaso. Aun era operacion practicable la de seguirlos, alcanzarlos y batirlos, si los soldados llevaran víveres para tres ó cuatro días. No los llevaban, y fué forzoso volver atrás, con la única satisfaccion de haber avituallado á Ciudad-Rodrigo, y el amargo sentimiento de

haber dejado escapar al ejército inglés en ocasion en que fuera posible abrumarle. Asi la irreflexion del principal de nuestros gefes, la falta de concurrencia del otro proporcionaron al feliz lord Wellington una nueva fortuna, le libraron de un peligro inmenso, y nos hicieron perder la coyuntura de destruir á un enemigo peligroso, coyuntura que mas de una vez se presentó en vano. Esta era una nueva prueba entre otras muchas de los inconvenientes anejos á la falta de unidad en el mando, y á la imposibilidad de suplir esta falta de unidad con la autoridad de Napoleon ejercida á la distancia de Paris á Madrid.

Persistiendo Napoleon en creer, segun se ha visto, que bastaba con la reserva enviada recientemente para las necesidades de la guerra de España, con tal de que se emplease bien durante el otoño y el invierno, despues de lo cual seria posible retirar de allí la Guardia imperial por la primavera, queria que las operaciones importantes comenzaran por setiembre. A sus ojos la primera de todas era la ocupacion de Valencia, y por considerar como camino hácia esta conquista la de Tarragona, habia recibido la última proeza de Suchet con tanto agrado y remunerádola tan espléndidamente. De consiguiente previno a este mariscal que se pusiera en movimiento á mas tardar para el 15 de setiembre, prometiéndole despues que estuviera en camino un fuerte apoyo á sus espaldas, ya por parte del general Decaen, que habia relevado al mariscal Macdonald en Cataluña y se hallaba desembarazado de Figueras, ya por parte del general Reille, gefe en Navarra, y que iba á recibir dos divisiones de la reserva. Tomada Valencia, lison-

jeábase Napoleón de que el mariscal Suchet extendería su acción hasta Granada; de que el ejército de Andalucía podría entonces trasladarse casi entero hácia Extremadura, de que reuniéndose por lo menos la mitad de este ejército al de Portugal, fuerte ya otra vez de cincuenta mil hombres con el ingreso de los heridos, enfermos y destacadas, se podría penetrar con setenta mil hombres en el Alentejo, mientras el ejército del Norte, ya reforzado con las dos divisiones de la reserva, descendería por su parte sobre el Tajo por el camino que habia seguido Massena, é iria á incorporarse á estos setenta mil hombres. No desesperaba Napoleón de empujar entonces vivamente á los ingleses y de arrastrarlos muy cerca del precipicio que tenían detrás de ellos, obstinándose en permanecer en Lisboa. Hasta esperaba, aun aspirando á tan vastos resultados, poder retirar su Joven Guardia, si bien á condicion de reemplazarla por medio de los cuartos batallones de Drouet, vueltos á llevar á Bayona y completados ya con los quintos de 1811 y 1812, lo cual debería compensar, al menos con referencia al número, la partida de los regimientos de la Guardia. Por las resultas se va á juzgar, si este gran genio, asombroso y todo, podia prescindir de ver las cosas de cerca para avalorarlas juiciosamente.

No se inclinaba menos Suchet que Napoleón á la conquista de Valencia. Pero de los cuarenta mil hombres útiles que poseía de los sesenta mil que formaban el nominal efectivo, habia perdido cuatro ó cinco mil tanto en el sitio de Tarragona como en las operaciones subsiguientes, y de los treinta y cinco mil restantes necesitaba destacar

doce ó trece mil cuando menos para custodiar á Aragon y la baja Cataluña. No podía pues emprender la marcha con mas de veinte y dos ó veinte y tres mil hombres, y eran muy pocos para dar cima á la conquista de Valencia. Se habia adelantado ya hasta las puertas de esta gran ciudad y pudo juzgar de lo árduo de la empresa, pues habia que tomar de paso á Peñíscola, Oropesa, Sagunto, y que ocupar despues á Valencia á viva fuerza, á Valencia defendida por todo el ejército de los valencianos, por el de los insurgentes de Murcia, y hasta por el ejército de Blake, que se componia de las dos divisiones de Zayas y de Lardizabal, llevadas el mes anterior de las orillas del Albuera á Granada. Sin embargo, cualesquiera que fuesen las dificultades, el mariscal Suchet abrazó su partido, dejó una division entre Lérida, Tarragona y Tortosa á las órdenes del general Frere, para guardar la baja Cataluña, otra junto al Ebro á las órdenes del general Musnier, para guardar á Aragon, y marchó con veinte y dos mil hombres sobre Valencia. Segun su costumbre, esmeróse en acopiar á su espalda municiones de boca y guerra. Su gran depósito fué Tortosa junto á la embocadura del Ebro. Allí juntó, despues de repararlo, el parque de sitio de que se sirvió en Tarragona; allí formó vastos almacenes, abastecidos con excelentes trigos de Aragon por catorce barcas bien escoltadas, que iban y venian por el Ebro de Mequinenza á Tortosa: allí se debia ir á tomar las municiones de guerra y de boca, siguiendo el camino á lo largo del mar desde Tortosa hasta Valencia. Por lo que hace á la carne, cada regimiento debia transportarla, llevando consigo un rebaño de carneros.

Tomadas estas precauciones, el mariscal Suchet partió el 15 de setiembre de 1811 para Valencia, marchando en tres columnas. Con la principal de ellas, compuesta de la division de infanteria de Habert, de la brigada de Robert, de la caballeria y de la artilleria, siguió el camino real de Tortosa á Valencia: con la division italiana de Palombini tomó á la derecha por las montañas de Morella á San Mateo; y con la division francesa de Harispe á través de las montañas de Teruel mas á la derecha. Despues de barrer de contrarios estos diversos caminos, debian operar su union delante de Murviedro, á la entrada de la hermosa llanura, que lleva el nombre de Huerta de Valencia.

No encontró el ejército obstáculo formal en ninguna parte, y ahuyentó por delante á cuantos corredores infestaban el territorio. Siguiendo la principal columna el camino real de Tortosa, tuvo que vencer sola diversas dificultades, como las de los castillos de Peñíscola y de Oropesa, que dominan á la vez el mar y la calzada. Respecto del castillo de Peñíscola, como forma hácia el mar la punta saliente, y se halla á alguna distancia del camino, limitóse á repeler hácia el recinto á la guarnicion, que intentó una salida, y siguió adelante, dejando un destacamento para ocupar el paso. No se podia proceder de igual modo delante de Oropesa, que batia á la vez la rada y el camino. Para evitarlo, se dió un rodeo de dos ó tres leguas, difícil para la artilleria de campaña, é imposible para la artilleria de sitio. Pero como esta se habia dejado en Tortosa, con el proyecto de hacerla venir cuando se estuviera en posesion de la llanura de Valencia, se resolvió continuar la marcha, sin per-

juicio de enviar despues algunos batallones sobre Oropesa, para abrir el camino real al parque de sitio.

Ya el 20 de setiembre se hallaron juntas las tres columnas en las cercanías de Castellon de la Plana. Al paso del Minjares, torrente que baja de las montañas al mar, hallaron el 21 algunos centenares de españoles. Los ahuyentaron los dragones, y el 22 llegaron á la entrada de esa maguifica llanura semicircular de Valencia, cuya circunferencia está formada por vistosas montañas, cuyo centro, cruzado por numerosos canales, sembrado de palmeras, de olivos, de naranjos, se halla cubierto de abundosos cultivos, y cuyo diámetro está formado por un mar resplandeciente, á cuya orilla se alza Valencia con sus numerosas torres. Entrando allí por el Norte (con efecto el ejército bajaba del Norte al Mediodia) el primer obstáculo que se ofrecia era la ciudad de Murviedro, poblacion abierta, pero edificada al pie de la roca donde existió la antigua Sagunto, y donde quedaba un castillo, compuesto de una mezcla de construcciones romanas, árabes y españolas. Tres mil hombres con viveres y municiones ocupaban este castillo, y no se les podía dejar á la espalda, yendo á embestir á Valencia, defendida por un ejército completo. Efectivamente el general Blake se acababa de juntar á los valencianos con las dos divisiones de Zayas y de Lardizabal.

Llegado el dia 23 hizo el mariscal Suchet que el general Habert ocupara la ciudad de Murviedro, lo cual no fué muy difícil, aunque la guarnicion bajara de su guarida para salvar la ciudad situada á sus plantas. Se hizo dueño de Murviedro, y á

pesar del fuego vivísimo del castillo, se estableció en las casas que le daban frente, barreándolas, almenándolas y obligando así por todas partes á la guarnición á encerrarse en su reducto, pero no se podía ir allí en su busca, porque era casi inaccesible.

Después de examinar atentamente este castillo, tan incómodo para el ejército, hallóse que era inabordable por todas partes, salvo una, la del Oeste, por donde se unía á las montañas que forman el contorno de la llanura de Valencia. Por este lado conducía á las primeras obras una pendiente bastante suave. Estas obras consistían en una torre alta y sólida, que obstruía la roca larga y estrecha sobre la cual se halla edificada la fortaleza, y que se enlazaba á las otras torres que componían el recinto por fuertes murallas. Largo y mortífero pareció el plan de avanzar con aproches regulares sobre este terreno enteramente escueto, donde no había medio de cubrirse mas que con sacos de tierra, y adonde debía costar sumo trabajo que subiera la artillería de grueso calibre. Se tenía extremada confianza en las tropas, que habían dado tantos asaltos extraordinarios, y resolvióse improvisar el ataque por medio de la escalada. A la media noche del 28 de setiembre, dos columnas de trescientos hombres escogidos, armados de escalas, sostenidos por reservas, se aproximaron á la fortaleza, escogiendo el punto por donde parecía mas fácil su escalamiento. Por una singular coincidencia la guarnición había elegido aquella misma noche para efectuar una salida. Se la rechazó vigorosamente, pero estaba alerta, y no era ocasión de intentar sorprenderla. Por desgracia las columnas de

asalto se hallaban en movimiento, llenas de un ardor difícil de contener, y en medio de la confusión de una salida rechazada, no fué posible enviarlas contraórden. Sus escalas plantó la primera y tentó osadamente trepar á lo alto de los muros: pero no alcanzaban las escalas, ni había bastantes, y además la tentativa era conocida por el enemigo, de manera que, donde remataba cada escala, había hombres furiosos, disparando á quema-ropa, y derribando á golpes de pica y de hacha á los asaltadores bastante atrevidos para intentar traspasar los muros. Imposible fué de consiguiente la escalada. Habiéndose obstinado la segunda columna en renovar el ataque, fué repelida de igual modo, y esta tentativa azarosa, ideada para ahorrar tiempo y sangre, nos costó cerca de trescientos hombres muertos ó heridos sin ningun fruto.

Muy alligido el mariscal Suchet por este descalabro, se vió de resultas en la necesidad de volver á las vías ordinarias. Indispensable parecía un sitio en regla para señorear la roca de Sagunto. A algunos ocurría como preferible cubrir este obstáculo con un simple destacamento, y marchar sobre Valencia; pero, habiendo ya descuidado el mariscal á Peñíscola y Oropesa, no se atrevió á dejar á la espalda un tercer puesto cerrado, que contenía una guarnición de tres mil hombres, y quiso poseerlo antes de llevar mas adelante sus operaciones.

Habia que mandar traer de Tortosa la artillería de grueso calibre de sitio, y que tomar con este fin á Oropesa, que interceptaba el camino del todo. Por consiguiente se dispuso que el general Compe-re se trasladara con los napolitanos en número de

mil quinientos hombres delante de Oropesa, y que se dirigiera á este punto desde Tortosa el convoy de la artillería de grueso calibre. Guiados los napolitanos por soldados franceses del arma de ingenieros comenzaron los trabajos de aproche, y adelantaron con mucho ardor y gran intrepidez en ellos. Ya el 9 de octubre pudieron establecer la artillería de brecha, armarla con algunas piezas de grueso calibre, y abrirse una entrada en la principal torre de Oropesa. No queriendo arrostrar la escasa guarnicion que la guardaba las eventualidades del asalto, rindióse el 10 de octubre. Allí se encontraron algunas municiones, se estableció un puesto, y se pudo llevar sin obstáculo hasta el campo, debajo de Murviedro, el parque de la artillería gruesa.

Vueltos al ejército, del cual se habian alejado con licencia temporal algunos dias, los generales Valeé y Rogniat, fijaron el plan de ataque contra el castillo de Sagunto. Decidieron que fuera embestido por el Oeste, es decir por las cuestas que lo unen á las montañas. Se necesitaba abrir la trinchera en un terreno muy duro y á las veces en roca viva, empleando la mina al efecto, y caminar hácia un grupo de murallas y de altas torres y tan dominantes que desde lo alto de ellas se nos abrumaba terriblemente, dejándonos cada dia treinta ó cuarenta hombres fuera de combate. Además todo habia que llevarlo á la tal altura, hasta los escombros que llenaban nuestros sacos de tierra, lo cual nos impedía dar á nuestros espolones el espesor que era de desear, otro inconveniente grave, pues no ofrecían mas que un abrigo muy insuficiente. Mientras se llevaban á cabo estos trabajos peno-

sos, los gefes de partidas, que infestaban las montañas de Teruel, de Calatayud, de Cuenca, situadas entre la provincia de Aragon y la de Valencia, se movian mas activamente que nunca, atacaban nuestros puestos, nos quitaban nuestros ganados, y no se podia diferir el envio de columnas hácia la espalda para reprimir su osadia.

Impaciente por superar el molesto obstáculo que le detenía, anhelaba el ejército que se le permitiese el asalto tan luego como fuera posible. Nada se deseaba con mas vehemencia, pero el establecimiento de baterías bajo el continuo fuego de los españoles, habia costado penas infinitas y pérdidas sensibles, y no se pudo batir en brecha hasta el 17 de octubre. Nuestra artillería, hábilmente dirigida, destruyó los primeros revestimientos. Pero en el exterior de las murallas se hallaban antiguas mamposterías duras como peñas, y los españoles, animados de una energía, que apenas les habiamos visto en Tarragona, presentándose al descubierto ante el fuego de la artillería de brecha, apuntaban á nuestros artilleros, los derribaban hombre á hombre, y entibiaban nuestros esfuerzos.

Por último el 18 por la tarde fué declarada practicable la brecha, aunque presentaba un escarpe difícil de trasponer todavía, y se dispuso el asalto. En pie los españoles sobre la brecha, y sobre la cima de la torre, en que habia sido practicada, se hallaban armados de fusiles y de hachas y lanzaban gritos feroces. Con cuatrocientos hombres escogidos y sacados de los regimientos 5.º de ligeros y 114.º y 117.º de línea y de la division italiana, se adelantó el coronel Matis osadamente bajo un violentísimo fuego. A pesar de la audacia de

los asaltadores, tan escarpada estaba la brecha y tan vivo era el fuego de la fusilería que fueron derribados los soldados que intentaron trepar por aquellos escombros, y fué menester renunciar á la tentativa despues de una nueva pérdida de doscientos hombres muertos ó heridos. Asi esta aciaga ciudadela de Sagunto, contando la primera escalada fallida y las pérdidas experimentadas durante los trabajos, nos costaba ya de setecientos ú ochocientos hombres sin fruto alguno. Asistiendo á este espectáculo el ejército valenciano desde el centro de la llanura, sentia aumentársele de hora en hora la confianza en sus murallas propias, y despues de haber visto fracasar los esfuerzos del mariscal Monecy contra Valencia en 1808, y los del general Suchet en 1810, se lisonjeaba de que lo mismo resultaria de la teatativa de ahora.

Sobre este ejército tan lleno de alborozo pensaba el mariscal Suchet descargar su venganza: yendo á batirle á todo trance esperaba reparar los descalabros que le habia hecho sufrir la obstinadísima guarnición de Sagunto. Con efecto discurria que, si lograba batir al ejército valenciano en campo raso, se desalentaria la tropa que defendía aquel castillo, y quizá tomaria á la vez á Sagunto y Valencia por el solo influjo de los efectos morales. Mas para encontrar al ejército enemigo no hubiera querido desviarse mucho de Sagunto, ni acercarse demasiado á Valencia, y trataba de descubrir un terreno por donde le pudiera salir al frente, cuando el mismo general Blake vino á ofrecerle la ocasion que apetecia.

Si nos habia causado perdidas la guarnición de Sagunto, también las habia experimentado: ya to-

caban á su término sus fuerzas morales, descaba ser socorrida, y lo pedia por señales hechas á los barcos que cruzaban á lo largo de la playa. No menos de treinta mil hombres que presentar en línea contaba el general Blake, incluidas las divisiones de Zayas y de Lardizabal, las mejores de España. Se le unieron además los murcianos á las órdenes del general Maby y el bizarro guerrillero Villacampa.

De consiguiente avanzó por medio de la llanura, alejándose de Valencia y aproximándose á Sagunto, en ademan de un caudillo dispuesto á presentar batalla. Vivo gozo sintió el mariscal Suchet y se aprestó asimismo á la pelea. Ambos ejércitos se ballaron uno en frente de otro el 23 de octubre por la mañana.

Situóse el general Blake á la derecha, mas allá de un barranco llamado del Picador y á lo largo del mar la division de Zayas, á quien debia apoyar con sus fuegos la escuadrilla española: en el centro la division de Lardizabal con toda la caballería de los españoles á las órdenes del general Caro, á su izquierda la division valenciana de Miranda, la del guerrillero Villacampa, y últimamente y mas á la izquierda la division de Maby, con el designio de rebasarnos por las montañas. Segun acabamos de indicar debia tener alrededor de treinta mil hombres, tan buenos como á la sazón los podía suministrar España. Los demas habian quedado en custodia de Valencia.

No contaba el mariscal Suchet con mas de diez y siete ó diez y ocho mil soldados, obligado como estaba á dejar alguna gente delante de Sagunto; pero estos diez y siete ó diez y ocho mil hombres suplian ampliamente la falta de número con su

dennedo. A su izquierda á la parte del mar situó á la division de Habert en frente de la de Zayas; en el centro opuso la division de Harispe, la division italiana de Palombini, el 4.º de húsares, el 33.º de coraceros, el 24.º de dragones á la division de Lardizabal: últimamente hacia la izquierda, en el desemboque de las montañas, encargó á las brigadas de Robert y Chlopiski, y á los dragones italianos de Napoleón, que hicieran frente á las tropas de Miranda, de Villacampa y de Mahy, las cuales amenazaban cortarnos por el camino de Tortosa, nuestro único punto de retirada. Nuestras compañías de ingenieros con la infanteria napolitana debian proseguir batiendo los muros de Sagunto mientras durase la batalla.

Efectivamente, no bien asomó la aurora comenzaron el cañoneo las tropas empleadas en el sitio, interin el ejército del general Blake se movia en toda su linea, adelantándose hacia la nuestra. En este momento el mariscal Suchet recorría el campo de batalla con un escuadron del 4.º de húsares, cuando á la parte del centro descubrió á los españoles de Lardizabal avanzando con órden y aplomo hacia una loma, que podia servir de punto de apoyo á toda nuestra linea. Al descubrirlo mandó que la division de Harispe corriera allí á toda prisa, y como los españoles nos llevaban la delantera, lanzó en contra de ellos los húsares para que atajaran su movimiento. Aunque los húsares atacaron con grande brio, fueron rechazados por los españoles, quienes treparon bravamente á la loma y se establecieron en su cima. Llegando el general Harispe cuando ya estaba ocupada la loma, no se turbó por ello, antes bien siguió adelante á la cabeza del 7.º

de linea formado en columnas por batallon, dejando en reserva al 17.º de linea con el 3.º del Vistula. Los españoles hicieron un fuego extremadamente vivo, y sostuvieron el choque con mas firmeza que de costumbre. Pero el 7.º de linea los acometió á la bayoneta y los puso en fuga. De seguida toda la division de Harispe se desplegó delante de la division de Lardizabal, que se detuvo mientras las dos alas del ejército español continuaron ganando terreno. Inmediatamente resolvió Suchet aprovecharse de esta situacion para cortar al ejército español por el centro; de consiguiente hizo avanzar á la division de Harispe, y moderó por el contrario el movimiento de la division de Habert á su izquierda, y el de las brigadas de Robert y Chlopiski á su derecha. Mientras estas órdenes eran ejecutadas, habiendo llevado hacia adelante el comandante del escuadron de artilleros Duchanet con mucha audacia toda la artilleria de la division de Harispe, á fin de disparar á metralla contra la infanteria de Lardizabal, fué atacado por toda la caballeria del general Caro. Tambien fueron repelidos los húsares que trataron de sostenerle, y muchas de nuestras piezas quedaron en poder de los españoles, quienes, poco acostumbrados á cogérnoslas, prorumpieron en gritos de alborozo. A la misma hora marchó toda la infanteria de Lardizabal en contra nuestra con extremada confianza; pero el regimiento 116.º enviado á su encuentro detuvo con su aplomo á la caballeria del general Caro, y luego el bravo 43.º de coraceros lanzado á toda rienda por el general Broussard sobre la infanteria española rompió por medio de ella á sablazos. Desde este instante, cortado por la

mitad el centro del enemigo, vióse obligado á declararse en retirada. No solamente se recuperó la artillería francesa, sino que se tomó parte de la artillería española, y se cogieron muchos prisioneros, y especialmente al mismo general Caro.

Brevemente las dos alas del ejército, retenidas al principio, llevadas luego por el mariscal Suchet adelante, pues aunque acababa de ser herido en un hombro no abandonó el campo de batalla, se hallaron en línea con el centro. Opuesto el general Habert á la división de Zayas, empujóla del primer choque al pueblo de Pozzol, la rechazó despues hácia las alturas de Puig, de las cuales se apoderó á la bayoneta, mientras enlazando el coronel Defort la izquierda con el centro, cargaba al frente del 24.º de dragones á los restos de la infantería de Lardizabal. A la derecha los generales Robert y Chlopiski repelían á las tropas de Mahy, á las cuales acabaron de poner en derrota los dragones italianos de Napoleón á impulsos de una carga vigorosa.

Destrozados así en todos los puntos, se retiraron desordenadamente los españoles, dejando en nuestras manos doce bocas de fuego, cuatro mil setecientos prisioneros, unos mil muertos y cuatro banderas. Esta lucha, mas viva que lo eran comunmente los combates en campo raso contra los españoles, costónos alrededor de setecientos hombres entre muertos y heridos. El resultado mas importante consistía en haber abatido la fuerza moral del ejército valenciano, desalentado á la guarnición de Sagunto, y destruido la orgullosa confianza que los habitantes de Valencia tenían en sus murallas.

Despues de recoger el mariscal los trofeos de esta jornada, hizo que se intimara la rendición al castillo de Sagunto, á quien la derrota del ejército español arrebatava toda esperanza de socorro. Efectivamente consintió en capitular y nos entregó dos mil quinientos prisioneros, resto de la guarnición de tres mil hombres, que al principio de la defensa ocupaba el castillo. Este primer resultado de la batalla de Sagunto causó una viva satisfacción al mariscal Suchet, que se veía así dueño de la llanura de Valencia con el sólido punto de apoyo que acababa de adquirir en ella, y que tenía además en la ciudad de Múrviedro un abrigo seguro para su artillería de sitio, sus enfermos y sus municiones. Poseyendo además en el camino real de Tortosa el fuerte de Oropesa, que solo tenía acción sobre la calzada, el de Peñíscola que solo sobre el mar la tenía, se hallaba del todo tranquilo en punto á su línea de comunicacion hasta el Ebro.

Sin embargo, no veía la hora de desembarazarse de sus prisioneros que, en número de siete u ocho mil, le incomodaban mucho: no tenía menos anhelo por limpiar el territorio que dejaba á la espalda, pues las partidas se habían aprovechado de su ausencia para asaltar el círculo entero de las fronteras de Aragón. El Empecinado y Duran, reemplazando á Villacampa, habían forzado á la guarnición de Calatayud á rendirse; Mina, saliendo de Navarra, aunque perseguido por muchas columnas, había copado un batallón entero de italianos; y los catalanes, recuperando á Monserrate, habían hecho difficilísima la posición de la división de Frere, encargada de velar sobre Lérida, Tarragona y Tortosa. El mariscal ordenó diversos mo-

vimientos á retaguardia, encaminó sus prisioneros á los Pirineos bajo la escolta de una fuerte brigada y despachó correos detrás de correos á Paris para dar á conocer la situacion en que se hallaba, y la necesidad que tenia de ser socorrido al instante.

Le faltaba pasar el Guadalaviar, riachuelo torrencioso, á orillas del cual está situada Valencia, para embestir esta vasta ciudad que se hallaba ocupada por un ejército numeroso, y que, independientemente de su antiguo recinto, estaba además protegida por una linea continua de trincheras de tierra, todas erizadas de artilleria y formando un vasto campo atrincherado. A estas defensas se añadan los innumerables canales de riego, anchos, hondos, llenos de agua corriente, que formaban la riqueza de Valencia durante la paz y su seguridad durante la guerra. Obstáculos eran estos difíciles de superar y contra los cuales los diez y siete mil hombres que conservaba el mariscal, después de desprenderse de la brigada enviada á escoltar á los prisioneros, no eran una fuerza suficiente.

Interin le llegaban los socorros que habia pedido, y que se le podian enviar de Navarra, empleó Suchet el mes de noviembre en estrechar á Valencia, trasladándose á las márgenes del Guadalaviar. Por la izquierda hizo avanzar la division de Harispe hasta el Grao, puerto de Valencia, y ordenó la construccion de tres reductos cerrados para que sirvieran á esta division de apoyo. Hacia el centro hizo tomar el arrabal de Serranos, á pesar de la visísima resistencia de los españoles que lo defendieron palmo á palmo. Este arrabal se halla separado por el Guadalaviar de la ciudad misma. Por

medio de la zapa y la mina se introdujeron los sitiadores en tres grandes conventos que lo dominaban, y así pudieron señorearlo. Remontándose hacia la derecha á lo largo del Guadalaviar, se ocuparon todos los lugares que se encuentran á la izquierda de este rio, que era la que ocupábamos, y nos fortificamos en ellos. De esta suerte se habia creado una larga linea de circunvalacion desde el mar hasta mas arriba de Valencia, y para cercar la ciudad por completo, solo faltaba cruzar el Guadalaviar delante del general Blake, forzar los canales que sureaban la llanura, y encerrar dentro del mismo recinto al ejército de socorro. El mariscal retardaba esta operacion, que no era la postrema, pues luego habia que tomar el campo atrincherado y el antiguo recinto, hasta la llegada de los socorros que se le habian prometido y se le anunciaban como muy cercanos.

Efectivamente, al saber Napoleon la noticia de la batalla de Sagunto, creyó concentrados en torno de Valencia todos los asuntos de España, y enlazado el destino de la Peninsula hasta cierto punto con la toma de esta ciudad importante. Verdad es que, sucediendo su conquista, vanamente intentada por nuestros ataques durante muchos años, á la de Tarragona, debia producir en la Peninsula un efecto moral casi tan grande como el que pudiera causar la conquista de Cádiz, no comparable, sin embargo, al que resultara de la ocupacion de Lisboa, pues esta última suponía la ruina de los ingleses. Así Napoleon quiso que todo se subordinara y casi se sacrificara á este objeto de tanta monta.

Por despacho de 20 de noviembre prescribió al

general Reille que abandonara inmediatamente la Navarra, por urgente que fuera oponerse allí á Mina, y entrara en Aragon con las dos divisiones de reserva que tenia bajo su mando; al general Cafarelli que reemplazara en Navarra al general Reille para perseguir á Mina á todo trance; al general Dorsenne que supliera en Vizcaya al general Cafarelli; á José que se privara de una division para hacerla avanzar sobre Cuenca; á Marmont, distante como estaba de Valencia, que destacara á las órdenes del general Montbrun una division de infanteria y otra de caballeria que fueran á unirse por Cuenca á la que José enviase; y finalmente al mariscal Soult que llevara un cuerpo de ejército hasta Murcia. A todos escribió, y era cierto aunque exagerado, que los ingleses tenian un inmenso número de enfermos, diez y ocho mil, segun su dicho, incapaces de emprender cosa alguna; que sin peligro se podian desguarnecer las Castillas, Extremadura y Andalucía; que Valencia era á la sazón el unico punto de importancia; que tomada esta ciudad quedarian disponibles una porcion de tropas, y mas tarde podrian ser trasladadas del Este al Oeste, para atacar vigorosamente á los ingleses, todas las fuerzas que ahora se hicieran afluir sobre Valencia.

Expresadas estas órdenes con exactitud suma (1) y formas de mando muy imperiosas, dirigidas además á lugartenientes que, por rareza, se

(1) Escribo teniendo á la vista las cartas emanadas del mismo Napoleon, lo cual no era frecuente un año hacia por haber encargado al mayor general Berthier de la correspondencia con España.

prestaban de muy buen grado á socorrer á sus vecinos, fueron ejecutadas mejor que de costumbre, y por una especie de fatalidad inherente á los asuntos de España, esta puntualidad en obedecer se obtuvo cuando no era deseable, pues el general Reille hubiera bastado para poner al mariscal Suchet en aptitud de dar cima á su empresa, y las fuerzas que se aprestaban á abandonar inútilmente sus posiciones, iban muy pronto á hacer falta en otra parte. Sea como quiera, el general Reille, que ya habia hecho avanzar á Aragon á la division de Severoli para contener á las partidas, siguió el mismo rumbo con una division francesa, y al frente de ambas marchó por el camino de Teruel á Valencia. El general Cafarelli le reemplazó en Navarra. José, que tenia mucho empeño en la conquista de Valencia, se privó sin vacilar de parte del ejército del centro, y dirigió la division de Darnagnac hacia Cuenca. El mariscal Marmont, que se hastiaba de su inaccion junto al Tago y hubiera querido marchar personalmente sobre Valencia, no autorizado para efectuarlo, envió allí, no sin sentimiento, al general Montbrun con dos divisiones, una de infanteria y otra de caballeria. El mariscal Soult respondió que desde el fondo de Andalucía no podia socorrer al mariscal Suchet en el reino de Valencia, y tenia razon, y procediendo en consecuencia no envió nada.

Sucesivamente vió llegar el afortunado mariscal Suchet mas socorros que habia pedido, y hacia los últimos dias de diciembre supo que el general Reille, oficial tan entendido como vigoroso, se aproximaba á Segorbe con la division italiana de Severoli, y con una division francesa compuesta

de los mejores regimientos del antiguo ejército de Nápoles. Su fuerza total ascendía á catorce ó quince mil hombres y á cuarenta bocas de fuego. Después de pasarlos personalmente revista el 24 de diciembre en Segorbe, volvió bajo los muros de Valencia y resolvió cruzar inmediatamente el Guadalaviar, para completar la acometida á la ciudad antes de que el general Blake pudiera salir de ella, ó atraer, si no salía, á una nueva division del general Freire, que se susurraba haber aparecido por aquellos contornos. Para el 26 de diciembre fijó la ejecución de este proyecto, lo cual debía permitir al general Reille ocupar á tiempo la orilla izquierda del rio que iba á ser abandonada, y apoyar el fin de la operacion.

Efectivamente el 26 de diciembre, mientras parte de la division de Habert cubria el arrabal de Serranos, trasladándose el resto á la izquierda, pasaba el rio hácia su embocadura, acababa de desplegarse en torno de Valencia, á la cual envolvia por el lado del mar, y tomaba posicion frente por frente de una altura denominada el monte Olivete. En el centro y algo mas arriba de Valencia, entrando en el agua hasta la cintura los italianos de la division de Palombini, vadeaban el Guadalaviar, y bajo el mas vivo fuego atacaban la villa de Mislata, fuertemente defendida, y sobre todo resguardada por un hondo canal de mas difícil paso que el mismo rio. Este canal es el que los habitantes llaman *Acequia de Favara*. Para apoyar este movimiento y envolver enteramente á Valencia, cruzó el general Harispe el Guadalaviar con su division por mas arriba del lugar de Manisses, punto donde se hallan establecidas las presas de agua para

torcer el curso del Guadalaviar con objeto de deramarlo por mil canales en la llanura de Valencia. Habia calculado el mariscal Suchet que, evitando así el general Harispe el obstáculo de los canales, podria cercar mas rapidamente á Valencia y llegar á embestirla por la parte del Sur.

Algo se retardó el movimiento del general Harispe, porque aguardaba la llegada del general Reille, no queriendo dejar á las escasas tropas, que habian quedado á la orilla izquierda del Guadalaviar, sin apoyo. Efectivamente, de no dárselo, el general Blake, á quien se iba á bloquear á la orilla derecha, se hubiera podido salvar por la orilla izquierda, arrollando los débiles destacamentos que encontrara. Tan luego como se vió asomar la cabeza de las tropas del general Reille, que llegaban extenuadas de fatiga, avanzó el general Harispe. se apoderó de Manisses, cayó por la espalda sobre Mislata, libertó á los italianos que sostenian el combate mas penoso, les facilitó la ocupacion de las posiciones disputadas, bajó despues al Sur de Valencia, y terminó la embestida de la ciudad al acabar el mismo dia. Durante este movimiento circular en torno de Valencia, el general Mahy, á la cabeza de los *insurgentes* de Murcia y Villacampa con su division se retiraron sobre el Júcar y Alcira, no queriendo ser encerrados dentro de Valencia, y juzgando con razon que bastaba el general Blake para defenderla, si podia ser defendida, y que de quedarse, eran muchos para rendir las armas, si habia de capitular al cabo. El general en jefe destacó á los dragones para perseguir á estas tropas que iban de retirada, mas solo pudo quitarles algunos hombres y acelerar su fuga.

Esta operacion venturosamente ejecutada nos costó cerca de cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, italianos la mayor parte, pues no hubo fuerte resistencia mas que en Mislata, completaba la embestida de Valencia, y nos daba la seguridad de que, tomada la plaza, tambien cogieramos al general Blake con cerca de veinte mil hombres. Cierramente si la poblacion valenciana, que no ascendia á menos de sesenta mil almas, apoyada por veinte mil hombres de tropas regulares, con viveres y defensas numerosas y bien entendidas, estuviera aun animada por los sentimientos que la inflamaban en 1808 y en 1809, pudiera resistir largo tiempo y hacernos pagar su sumision muy cara. Pero los hombres exaltados y sanguinarios, que habian degollado á los franceses en 1808, se habian calmado ó estaban dispersos ó atemorizados. Tres años de guerra civil y extranjerá, de correrías lejanas ya á Murcia, ya á Cataluña, habian fatigado á la poblacion activa y ardiente y gastado sus pasiones. Valencia habia llegado al mismo punto que Zaragoza, al mismo punto que otras partes de España. Con tal de que se desarmase á los que habian contraido el gusto y el hábito de las armas, ó las conservaban por amor al pillaje, cansados los demas de una tiranía insoportable y ejercida alternativamente por todos los partidos, se hallaban prontos á rendirse á un vencedor elemento, reputado por hombre de bien, y llevando, mas bien que la esclavitud, el reposo. El recuerdo de las matanzas ejecutadas contra los franceses el año de 1808, que pudiera ser un motivo para resistir de muerte á un asaltador implacable, era por el contrario una razon para rendirse

lo mas pronto posible á un enemigo, cuya blandura era notoria, y á quien no convenia obligar á mostrarse mas severo de lo que estaba dispuesto á serlo.

Obrando estos sentimientos sobre el mismo ejército del general Blake, impedian que de ninguna parte naciese la resolucion de destruir á Valencia, como fué destruida Zaragoza, antes que entregarla al enemigo. Informado el mariscal Suchet de esta disposicion de los ánimos, queria apresurar los aproches lo mas posible, con el fin de lograr la rendicion muy pronto, dado que la concentracion de fuerzas, que habia conseguido, no le estaba asegurada mas que pasageramente. Por tanto resolvió comenzar los trabajos sobre dos puntos del recinto, que presentaban circunstancias favorables al ataque. En los primeros dias de enero de 1812, el coronel de ingenieros Henri, que se habia distinguido en todos los sitios memorables de Aragon y de Cataluña, abrió la trinchera hácia el Sur de la ciudad, delante de una punta formada por la linea de obras exteriores y hácia el Sudoeste por el barrio de San Vicente. A los pocos dias fueron llevados los trabajos hasta el pie de la trinchera, si bien con pérdida del coronel Henri, justamente sentido por el ejército todo, condecorado de su valor y de su talento. No viendo el general Blake en torno suyo nada preparado para una defensa á todo trance, abandonó la linea de las defensas exteriores y se retiró al mismo recinto.

Penetrando el mariscal Suchet perfectamente tal estado de cosas, trasladóse al punto bajo los muros de la plaza, y dispuso allí una bateria de morteros para acelerar el fin de una resistencia agoni-

zante; pero, si trataba de espantar á la poblacion, distaba mucho de querer destruir una ciudad, cuyas riquezas iban á formar el principal recurso de su ejército. Despues de algunas bombas, que causaron mas ruido que estrago, intimó la rendición al general Blake. Este dió una respuesta negativa, pero ambigua. Se siguió bombardeando sin interrumpir los parlamentos. Al cabo el 9 de enero de 1812, el ejército del general Blake se rindió prisionero de guerra en número de diez y ocho mil hombres. El mariscal Suchet hizo una entrada triunfal en Valencia, justo premio de combinaciones prudentemente concebidas, enérgicamente ejecutadas, y felizmente auxiliadas por las circunstancias. Con calma y casi con satisfaccion acogió la poblacion á un gefe, cuyo buen gobierno encomiaba Aragon todo, y no se mostró apesurada de ver concluida una guerra horrorosa, que, en la ignorancia en que á la sazón se estaba de lo futuro no parecia ya ofrecer ventajas mas que á los ingleses, tan odiosos para los españoles como los franceses.

Dióse el mariscal Suchet prisa á introducir en la administracion del reino de Valencia el mismo orden que estableció en la de Aragon, á fin de asegurar á su ejército aquella continuacion de bienestar que permitia sacar de él tan eminentes servicios. Disposicion mostraban tanto Valencia como los pueblos comarcanos á prestarse á la accion de su autoridad, y podia prometerse una sumision tan completa como la que en Aragon habia obtenido. Sin embargo convenia que conservase bastantes tropas, con el fin de tener á raya á la parte turbulenta de la poblacion, que ya se habia lanzado á

las montañas, y se preparaba á aprovecharse del desparramamiento de nuestras fuerzas, necesariamente producido por la extension del territorio ocupado, para tratar de perturbar á Murcia, Cuenca, Aragon y la baja Cataluña. Aqui no dependian de él los acontecimientos, sino de una autoridad muy superior á la suya, y que era la única que se hallaba en posicion de sacar del último triunfo las últimas consecuencias que podian ser sacadas.

La toma de Valencia, sucediendo á la de Taragona, era sin contradiccion un hecho feliz y brillante, capaz de ejercer en la Peninsula una influencia moral de importancia, si bien con ciertas condiciones; por ejemplo, que, lejos de disminuir las fuerzas, se las proporcionara á la extension de lo ocupado; que la precipitacion con que se habia trasladado tan gran porcion de ellas al Este, y que dejaba libre el campo á los ingleses hacia el Oeste, fuera prontamente reparada; que no se diera á estos espacio para aprovecharse de ella, y que por el contrario no se desperdiciara esta coyuntura para obrar en contra suya con vigor extremado. Si efectivamente se aumentaba lo bastante el ejército del Norte, para que, no solo pudiera contener á las partidas, sino cubrir á Ciudad-Rodrigo; si se aumentaba lo bastante el ejército de Portugal para que pudiera invadir la Beira ó el Alentejo, ó al menos contener á lord Wellington; si finalmente se reforzaba lo bastante el ejército de Andalucía para que pudiera tomar á Cádiz y añadir el lustre de esta conquista al de la de Valencia, entonces la mitad del ejército de Andalucía, unido á todo el ejército de Portugal y á un destacamento del ejército del Norte, podia empujar á los ingleses hacia

Lisbon, y bloquearlos en sus líneas hasta el momento en que se tentara un esfuerzo supremo para forzarlos en ellas. Por desgracia era difícil que se llenaran estas condiciones en la situación presente, con el movimiento que trasladaba todas las cosas hacia el Vistula en vez de trasladarlas hacia el Tajo. De pronto acababa Napoleon de prescribir que, tomada Valencia, volviese el general Reille á entrar en Aragon con sus dos divisiones, para dejar al general Caffarelli en libertad de volver á Castilla y á la Guardia imperial la de entrar en Francia. Asi, apenas se tomó posesion de Valencia el general Reille retrocedió camino, y el mariscal Suchet se halló reducido á sus solas fuerzas, con las cuales bastaba para gobernar pacíficamente á Valencia, mas no ciertamente para operar lejos, y sobre todo hasta Murcia ó Granada. No obstante se aprovechó de las fuerzas que retrogradaban para desembarazarse de sus prisioneros y dirigirlos á Francia.

Napoleon que al principio se propuso que, despues de la toma de Valencia, relluyera contra los ingleses una masa decisiva de fuerzas y que por esta razon se quedase en Castilla su guardia todo el invierno cuando menos, ya no pensaba en tal cosa, apremiado como estaba por ciertas circunstancias, que referirémos en breve, á trasladar sus ejércitos junto al Vistula, y se habia decidido á llamar inmediatamente á su Guardia, á los polacos, á los cuadros de cierto número de cuartos batallones y á parte de sus dragones.

Efectivamente en los últimos dias de diciembre acababa de volver á pedir al general Dorsenne su Joven Guardia, lo cual traia consigo una disminu-

cion de doce mil hombres por lo menos; de volver á pedir al mariscal Soult y al mariscal Suchet los regimientos del Vistula, lo cual significaba una nueva disminucion de siete ú ocho mil polacos, soldados excelentes, disminucion funesta sobre todo para el mariscal Suchet, que se quedaba con quince mil hombres en el reino de Valencia. Ademas acababa de llamar á los cuartos batallones, que habian formado el 9.º cuerpo, y pertenecientes casi todos á los regimientos del ejército de Andalucía. Previno que el efectivo de estos cuartos batallones se derramase en los tres primeros, y que los cuadros se encaminasen á Bayona, donde se debia formar una nueva reserva, llenándolos de quintos. Pero esta partida iba aun á producir otra reduccion inmediata de doce ó trece mil hombres que por su calidad se debian echar de menos. Finalmente Napoleon acababa de llamar á doce regimientos de dragones de los veinte y cuatro empleados en España. Verdad es que todo esto se hacia con muchas precauciones, pues inmediatamente no habia llamado mas que á cuatro regimientos completos de dragones, no debiéndose retirar los escuadrones de los otros ocho sino sucesivamente y á medida que perdieran su efectivo. Asi se iba á empezar por llevarse el tercer escuadron tan solo, dejando en los dos primeros todos sus hombres y haciendo marchar no mas que los cuadros; luego se practicaria lo mismo respecto del segundo, y asi sucesivamente, dejando todos los soldados y llevándose únicamente los oficiales y sargentos. De este modo se debia disminuir muy poco en España el efectivo de caballeria, porque la experiencia habia acreditado la casi imposibilidad de mante-

ner aquí en buen estado veinte y cuatro regimientos de caballería, con especialidad por el consumo de caballos, y en interés del servicio convenia mejor tener doce regimientos atendidos del todo, que veinte y cuatro siempre incompletos y no teniendo á menudo cada escuadrón mas que treinta ó cuarenta hombres montados.

A pesar de estas hábiles combinaciones, las nuevas providencias iban á sacar de España veinte y cinco mil hombres y de los mas excelentes. No pensando ya Napoleon en la marcha combinada de dos ejércitos sobre Lisboa, adelantándose uno por la Beira y el otro por el Alentejo, sino pensando solo en guardarse de un movimiento ofensivo de los ingleses sobre Castilla, que pusiera en peligro nuestra línea de comunicaciones, acababa de cambiar de destino al mariscal Marmont y de trasladarle de las orillas del Tago á las del Duero y haciéndole por tanto repasar el Guadarrama, todo mientras se tomaba á Valencia. Le previno que abandonara á Almaraz y fuera á establecerse á Salamanca con las seis divisiones del ejército de Portugal, á las cuales añadió otra, la del general Souham, que era la cuarta de la reserva. La division de Bonnet debia de formar la octava, si bien quedándose hasta nuevas órdenes en Asturias. Siete contaba pues el mariscal Marmont para Castilla. Vuelto de Navarra el general Caffarelli y de ocuparla momentáneamente durante el movimiento del general Reille sobre Valencia, sucedió al general Dorsenne en el mando del ejército del Norte. Para reemplazar á la Guardia debia recibir una de las cuatro divisiones de la reserva, y tenia orden para suministrar al mariscal Marmont doce mil

hombres cuando menos en caso de una operacion ofensiva de los ingleses. José debia prestarle cuatro mil hombres del ejército del centro. Suponiendo Napoleon á este mariscal fuerte de cincuenta ó sesenta mil hombres por consecuencia de estas combinaciones, le encargaba que hiciera frente á los ingleses, que protegiera contra ellos nuestra línea de comunicaciones y que al mismo tiempo cubriera á Madrid, si trataban de dirigirse á este punto, como lo hicieron en la época de la batalla de Talavera. Finalmente como la partida de la Guardia era la que determinaba la nueva posicion señalada al ejército de Portugal, se prescribió al mariscal Marmont que se atuviera desde luego á las instrucciones que le acababan de ser comunicadas.

Pero á la hora en que le llegaban estas órdenes en los primeros dias de enero de 1812, se hallaba el mariscal Marmont en el mayor apuro para obedecerlas, porque á causa de la precipitacion extremada con que se habia procedido á la concentracion de fuerzas sobre Valencia, intimósele que destacara hácia esta ciudad al general Montbrun con dos divisiones, una de infantería y otra de caballería. Y el general Montbrun, en vez de detenerse en Cuenca, á semejanza de la division de Darnagnac enviada por José, y de aguardar allí á que se necesitase de ella, obró de otro modo. Aprovechándose de su libertad y de la estacion que facilitaba las correrías por España, se adelantó hasta las puertas de Alicante que, prontas á abrirse al mariscal Suchet, le fueron á él cerradas.

Podia el general Montbrun haber cometido una falta, bien excusable con su carácter y bien ligera

en comparacion de sus eminentes servicios; pero errase ó no errase, lo positivo era que se hallaba á ochenta leguas de Almaráz ó ciento, y mientras con una tercera parte del ejército de Portugal se encontraba á tanta distancia, era difícil para el mariscal Marmont abandonar el Tajo con las otras dos terceras partes y establecer así distancias nuevas entre él y su principal lugarteniente. Sin embargo, el mariscal Marmont, aunque muy capaz de juzgar sobre el mérito de las órdenes que recibía, las ejecutaba porque era obediente y se sentía menos animado que la mayor parte de sus demas camaradas por las pasiones personales. A mayor abundamiento había recibido informes de que, rechazados los ingleses de Ciudad-Rodrigo á fines del anterior setiembre, preparaban una nueva tentativa, y se puso en movimiento con el fin de trasladarse de las márgenes del Tajo á las del Duero y llevar su cuartel general de Navalnoral á Salamanca. Para obviar los inconvenientes de esta situación extraña, de pronto no envió mas que sus hospitales, su material y dos divisiones, y dejó otras dos en el Tajo para alargar la mano al general Montbrun. Llevando la prevision mas lejos de lo que por lo comun se acostumbra preparó en Salamanca otro material de artillería para las tropas dejadas junto al Tajo, á fin de que en caso apremiante se le pudiesen unir por caminos muy cortos, pero impracticables para la artillería. Estas tropas tenían órdenes para abandonar sus cañones y no llevarse mas que los tiros, si fuese urgente su llegada.

Vese pues qué situación tan singular como peligrosa produjo la precipitación en llevarlo todo á

Valencia, seguida de la otra precipitación de llevarlo todo á Castilla, á fin de preparar la partida de las tropas destinadas á Rusia. Muy indolentes ó muy mal informados habían de ser los ingleses para que desaprovecharan tales ocasiones. Aunque poco fecundo lord Wellington en combinaciones ingeniosas y atrevidas, estaba atento á las ocasiones que la fortuna le presentara. No las creaba, pero las asía, y en lo general esto basta, porque siempre son mas seguras las que la fortuna ofrece, al par que nunca las crea uno por sí propio mas que á costa de muchos azares y peligros.

Ya hemos explicado cómo, obligado á hacer algo, y no siendo nada preferible á intentar la conquista de Ciudad-Rodrigo ó de Badajoz, lord Wellington estaba en acecho, sobre un camino bien desembarazado, pronto á lanzarse sobre una de las dos plazas, tan luego como creyera contar veinte ó veinte y cinco dias para dar cima al asedio. Ahora bien, la concurrencia de todos los franceses hácia Valencia, lo cual le constaba que produjo en Madrid sumo cuidado (1) era una coyuntura que le aseguraba de cierto los veinte y cinco dias de que necesitaba. Antes de que este mariscal lo supiese, antes de que pudiera llamar al general Montbrun á su lado, antes de que pudiese volver de Navarra para reforzar al ejército de Portugal, y antes de que todas estas reuniones pudiesen llevar cuarenta mil hombres bajo los muros de Ciudad-Rodrigo, de seguro tenía lord Wellington espacio para acometer y tomar esta plaza. Agréguese que todo

(1) Nada digo por conjetura, sino con los despachos de lord Wellington á la vista.

lo habia trasladado á este punto; que no habia abandonado los contornos desde que el mariscal Marmon, y el general Dorsenne avituallaron á Ciudad-Rodrigo; que empleó el tiempo en curar á sus enfermos, en juntar sin ruido su parque de artillería de grueso calibre; que ninguna operacion preliminar tenia que ejecutar en suma, y que podia comenzar el sitio, objeto de su ambicion, al dia siguiente de su primera marcha. De consiguiente resolvió emprenderlo sin demora.

Aun antes de la cruel sorpresa que nos preparaba en castigo de nuestros errores, causónos un disgusto de los mas amargos con la refriega sufrida por el general Girard cerca de Arroyo Molinos. Háse visto que el mariscal Soult dejó al general Drouet en Mérida para observar á Extremadura. Este no mandaba ya el 9.º cuerpo disuelto y distribuido en las divisiones del ejército de Andalucía, sino el 5.º, vacante por la vuelta del mariscal Mortier á Francia. Se habia autorizado el mariscal Soult para extender hasta los alrededores de Cáceres la exaccion de las contribuciones, y colocado el general Girard, enérgico si bien poco vigilante, á la cabeza de una de las divisiones de este cuerpo, se adelantó hasta la misma ciudad de Cáceres en la cuenca del Tajo, mientras el cuerpo á que pertenecía se hallaba en Mérida junto al Guadiana. Muy imprudente era enviarle tan lejos, y no menos imprudente en él no guardarse mejor en posicion tan aventurada. El general inglés Hill estaba cerca de allí en Portalegre. Excitado por lord Wellington á no estar inactivo, aprovechóse anhelosamente de la coyuntura que se ofrecia y era de las mas favorables, pues no tenia mas que remon-

tar secretamente la cuenca del Tajo para cortar al muy confiado general Girard su línea de comunicacion con el Guadiana. Asi lo hizo y llegó por la espalda muy cerca del general Girard el 27 de octubre por la noche. Avisósele del peligro que le amenazaba; pero con la seca prontitud del valor incauto, respondió al general Briche que se lo advertia: *Donde quiera no veis mas que ingleses*; respuesta de las mas ofensivas y de las menos merecidas por el general que la recibia. No obstante, reconociendo el general Girard la urgencia de retroceder camino, ya habia puesto en marcha á una de sus brigadas, y con la segunda esperaba la mañana del 28 cerca de Arroyo Molinos al alcalde de Cáceres, que habia prometido llevarle mil onzas de oro, que á esta ciudad se habian impuesto, cuando se convenció de su injusticia respecto del general Briche aunque tarde. Envuelto por mas de diez mil hombres, seis mil ingleses y cuatro mil portugueses, trató de compensar su imprevision con su arrojo, y llegó á abrirse paso, si bien sacrificando un batallon de retaguardia, compuesto de compañías de preferencia, y teniendo á su cabeza un oficial que ya se habia portado bien en la Albuera, el comandante Voirol. Este batallon cercado por todas partes, defendióse con heroica bravura, pero fué abrumado y quedó prisionero todo. Esta cruel refriega nos costó cerca de dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y fué para los ingleses un verdadero motivo de gozo, pues les proporcionaba un hecho notable para llenar con alguna cosa el largo vacio del verano, y para ocupar con una relacion halagüeña á la opinion pública de Inglaterra, detenida ante los dos asaltos á Ba-

dajoz rechazados y el último avituallamiento de Ciudad-Rodrigo por los franceses. El general Girard fué enviado por el general Dronet al mariscal Soult, por el mariscal Soult al emperador, para que diese cuenta de su conducta. Para ser justos sus gefes, despues de acusarle de imprevisión, debieron acusarse á sí mismos de una imprevisión igual cuando menos.

Desgraciadamente algo peor nos habia de suceder muy pronto, siempre por falta de vigilancia, tan frecuente en toda guerra, si bien mas en la de España que en otra alguna, á causa de la variedad infinita de accidentes, y sobre todo de la extremada division del mando. Ciudad-Rodrigo, en cuyo asedio, según se acaba de decir, pensaba lord Wellington durante la convergencia de nuestras fuerzas hácia Valencia, iba á suministrar un nuevo y triste ejemplo. Esta plaza, situada entre el ejército del Norte y el ejército de Portugal estaba puesta bajo la responsabilidad de dos gefes, lo cual equivale á decir que bajo la de ninguno, el mariscal Marmont y el general Dorsenne. Sin embargo, este último, á quien se impuso el cuidado de avituallar á la guarnición de Ciudad-Rodrigo (providencia dictada para disminuir las cargas del ejército de Portugal) debia haberse ocupado mas particularmente en la custodia de la plaza. Pero, muy capaz de mandar una division en campo raso, no entendia nada el general Dorsenne de la defensa de las plazas, y fió al general Barrié, no mas entendido en la materia, que atendiese á la de Ciudad-Rodrigo. Le dió mil ochocientos hombres para guardar una plaza que, para ser defendida con éxito venturoso, necesitara cinco mil por lo

menos. Solo veinte y cuatro dias tardaron los franceses en tomarla contra seis mil españoles provistos de todo y tan valientes como fanatizados. ¿Cuánto tiempo se podrian mantener allí los franceses, sin ninguno de los medios de que disponian los españoles y considerándose como sacrificados de antemano por negligencia de sus gefes? No hubo de ocurrirle al general Dorsenne esta pregunta, y haciendo memoria de haber llevado víveres á Ciudad-Rodrigo en compañía del mariscal Marmont algunos meses antes, ya no pensaba ó pensaba poco en esta plaza.

Sin embargo, el general Barrié, que se hizo cargo de la situación, desde fines de diciembre no dejó de dar parte al gefe del ejército del Norte de los movimientos del enemigo, que, aun cuando esmeradamente ocultos, eran muy perceptibles; de anunciarle que sus víveres se acabarian por febrero; que su guarnición era insuficiente; y que sucumbiria muy pronto, si era formalmente atacada. Estos avisos fueron recibidos como los del general Briche al general Girard, como importunidades de oficiales que se quejan siempre, y piden mas de lo que necesitan y de lo que es posible darles. En todos tiempos se modelan todos por el gefe, y tratando Napoleon á menudo por ilusion ó por cálculo de este modo á sus generales, no habia á la sazón oficial mediocre que no hiciera lo mismo respecto de sus subordinados.

De consiguiente quedó entregada la plaza á sí misma con una guarnición de mil ochocientos hombres, reducida á mil quinientos por las enfermedades, la deserción y las escaramuzas cotidianas con los corredores españoles de fuera. Se re-

paró la brecha por donde entraron los franceses, si bien con piedra seca, á falta de materiales para repararla de otro modo. Sobre la loma, llamada el gran Teso, de donde partieron los aproches del mariscal Ney, construyóse un reducto de fuerza insignificante, y extramuros se ocuparon los conventos de San Francisco y de Santa Cruz lo mas con doscientos hombres, lo cual reducía á mil trescientos la guarnicion encargada de guardar el recinto.

Despues de traer lord Wellington muy á las calladas su parque de sitio cerca de la frontera, traspúsola el 8 de enero de 1812, esperando que, antes de la vuelta de las tropas enviadas por el ejército de Portugal á Valencia, y por el ejército del Norte á Navarra, tendria tiempo de señorear una plaza tan desprovista de medios de defensa como á la sazón parecia estarlo Ciudad-Rodrigo. Para mayor seguridad resolvió llevar de prisa todos los ataques, lo cual la debilidad de la guarnicion debia hacer poco peligroso.

Habiendo pasado el mismo día 8 el Aguada y embestido la plaza, quiso apoderarse aquella misma tarde de la luneta establecida sobre el gran Teso. Armada de tres bocas de fuego, sostenida por cincuenta hombres, no podia oponer gran resistencia, y efectivamente, asaltado el infeliz destacamento de pronto, cuantos lo componian perdieron la libertad ó la existencia. Imediatamente despues, lord Wellington, que no contaba menos de cuarenta mil hombres, empezó los trabajos con inmensa porción de brazos, y envolvió con sus trincheras toda la plaza desde el convento de Santa Cruz hasta el de San Francisco. Lo indicado era

batir las murallas donde abrieron los franceses las brechas, y por este lado fueron dirigidos los aproches. Como los conventos de Santa Cruz y de San Francisco cogian las trincheras inglesas de flanco, determinóse tomarlos á fuerza de gente. No era difícil porque no teniamos mas que cincuenta soldados en uno y ciento cincuenta en otro. Lord Wellington hizo tomar el de Santa Cruz en la noche del 13 al 14, y los cincuenta hombres que lo ocupaban, insuficientes para sostenerlo, se retiraron despues de portarse lo mejor que les fué posible. Una salida hizo el general Barrié para recuperar este puesto, y logrólo efectivamente, mas lo tuvo que evacuar de nuevo ante la muchedumbre de asaltadores. Todavía mas importaba á los contrarios el convento de San Francisco, pues molestaba con sus fuego la izquierda de las trincheras inglesas, por la cual lord Wellington queria emprender un segundo ataque. Asaltados por fuerzas tremendas los ciento cincuenta hombres, que custodiaban este edificio, amenazados con ser cortados de la plaza, se retiraron despues de clavar sus cañones. Con mayor experiencia de la defensa de las plazas hubiera sabido el general Barrié que empeñarse en conservar puestos destacados con tan poca gente era comprometer hombres sin fruto. Por lo demas, aun sabiendo lo que ignoraba, no podiera hacerlo mucho mejor con las tropas de que disponia, y conviene tambien añadir que, encerrándose en la plaza para limitarse á la defensa del recinto, no prolongara mucho la resistencia.

Tomadas todas las obras exteriores, dirigió lord Wellington veinte y seis bocas de fuego contra la antigua brecha, y en pocas horas las piedras sin

argamasa se desmoronaron con facilidad espantosa, y vino á ser practicable el asalto. Aqui lo mismo que en Badajoz, aprovechándose de la costumbre que tenian los ingleses de batir en brecha antes de destruir la contraescarpa, probaron valerosamente los sitiados á limpiar de escombros el pie de los muros. Pero, poco numerosos, mal cubiertos por la contraescarpa y el glasis, fueron rechazados en breve por el fuego enemigo, y amontonando escombros la artillería inglesa al pie de la brecha pudo rehacer la subida. Lord Wellington habia aprendido en Badajoz cuánta empresa era asaltar plazas defendidas por franceses, y conoció que para darla cima se necesitaba un segundo ataque, no fingido, sino formal, para dividir la atención de los sitiados, y turbarles con dos asaltos dados al mismo tiempo. Por tanto hizo establecer una nueva batería de brecha á la izquierda de sus trincheras hácia el convento de San Francisco, y gracias al material de que disponia, pudo batir el recinto á muerte. Bien servida la artillería de la plaza, contrarió mucho sus nuevos trabajos, pero nada pudo contra el gran número de operarios, y pronto en este segundo punto, se consideró practicable la brecha, aunque menos ancha que en el otro.

Decidido á morir el general Barrié con las armas en la mano, empleó los medios ordinarios del arte para resistir el asalto. Dispuso levantar una doble trinchera detrás de las brechas, situada á los costados con cañones cargados de metralla, bombas de mano para arrojárlas desde la cima, y tropas escogidas á la espalda. No teniendo mas que unos mil hombres para defenderse, necesitando guardar dos brechas y vigilar toda la circunferen-

cia de la plaza, le quedaban por sola reserva unos cien hombres contra una columna que hubiera forzado el recinto. Sin embargo, intimado por el general inglés, respondió como hombre de honor que moriria sobre el baluarte, y no capitularia de modo alguno. Meritoria era la respuesta, pues en el estado á que se hallaba reducido, las reglas de la defensa de las plazas, aun honrosamente entendidas, le hubieran permitido entrar en ajustes.

Durante la noche del 48 al 49 de enero, lord Wellington lanzó dos columnas de asalto sobre el recinto y dispuso reservas para apoyarlas. La columna dirigida sobre la gran brecha á la derecha, despues de correr al descubierto hasta el borde del foso, despues de precipitarse dentro, probó á trepar los escombros del muro y fué detenida muchas veces por la metralla, por las granadas y por el fuego de fusilería á quema ropa. El general Barrié, que se hallaba en este punto como el mas amenazado, pudo lisonjearse un momento de alcanzar la victoria. Llamado por los gritos á la pequeña brecha, creyó que estaba tomada y acudió allí con la reserva, si bien reconociendo que era una falsa alarma, volvió á la grande. Pero la segunda columna, despues de ser repelida de la pequeña brecha, volvió allá reforzada, venció el puesto de cazadores que la defendia, y penetró en la ciudad. Suponiendo ahora el general Barrié que era otra falsa alarma, no acudió tan pronto, y cogida por detrás su columna, que defendia la gran brecha, se vió obligada á rendir las armas. Hasta el último extremo habia llevado la defensa la guarnicion y su caudillo; no se les podia reprimir mas que por

algunas faltas materiales, y conviene añadir que, aun evitándolas, no salváramos la plaza. Aunque aliada la ciudad, fué entregada al saqueo, hallándose obligado lord Wellington á conceder este acto de barbarie al espíritu de sus tropas. Profundamente respetamos á la nacion inglesa y á su ejército valeroso, pero séanos lícito hacer notar que no se necesita semejante estímulo para los soldados franceses.

Así atacada la plaza el 8 de enero, sucumbió el 18 por la noche, y de consiguiente fué tomada en diez días. Semejante resultado podría parecer extraordinario; pero el estado de ruina de las fortificaciones, la escasa guarnicion, el gran número de sitiadores, y fuerza es decirlo, la prodigalidad con que lord Wellington gastó hombres, el que tanto se esmeraba en economizarlos en campo raso, explicaban la celeridad del triunfo. Este sitio no le costó menos de mil trescientos á mil cuatrocientos soldados, muertos ó heridos, y algunos de sus mas distinguidos oficiales, especialmente el bizarro y atrevido Crawford, gefe de la division ligera. No teniendo los ingleses tropas especiales de ingenieros, siendo los que hacian de tales poco versados en el arte profundo de Vauban, aunque fuesen muy entendidos, atropellaban los aproches, descuidaban el establecimiento al borde del foso, dejaban subsistente la contraescarpa, y en seguida daban los asaltos á fuerza de hombres. Despues de fracasar delante de Badajoz este sistema, no triunfó en Ciudad-Rodrigo, sino por medio de muchos ataques simultáneos, modo de proceder que exige un ejército considerable, inmenso sacrificio de hombres y finalmente mucha energia, y que tam-

bien puede fracasar delante de guarniciones numerosas y resueltas (1).

Sea lo que fuere de esta cuestion puramente técnica, la prontitud de la toma de Ciudad-Rodrigo, fué como un rayo para los gefes del ejército del Norte y de Portugal y para el estado mayor de Madrid. Este último debió experimentar menos sorpresa, puesto que censuró la convergencia de todas las fuerzas hácia Valencia, de la cual se supo aprovechar lord Wellington tan á maravilla. El mariscal Marmont fué quien se mostró mas afligido. En el momento en que supo el principio del asedio de Ciudad-Rodrigo, esto es hácia el 10 de enero, se hallaba ocupado en trasladarse de las márgenes del Tajo á las del Duero, contando lo menos con una defensa de veinte dias y esperando reunir para esta época cinco de sus divisiones, y aun quizá seis de las siete, y obtener del ejército del Norte mil doscientos ó mil quinientos hombres de tropas auxiliares, lo cual le permitiera ir con mas de cuarenta mil soldados en auxilio de la plaza sitiada. Pero la negligencia del general Dorsenne, encargado de proveer á la seguridad de Ciudad-Rodrigo, habia acertado mucho la duracion de la resistencia posible, y fuerza es añadir tambien que el mariscal Marmont, tomándose veinte dias para socorrer la plaza, aunque no excediese en este cálculo el limite de una defensa ordinaria, no habia pensado en los accidentes que desbaratan á menudo las provisiones mejor fundadas. Sin embargo, aunque de carácter muy generoso, el mariscal Marmont se-

(1) No hacemos mas que reproducir el dictámen de lord Wellington sobre la manera de proceder de los ingenieros ingleses.

dió á decir que el general Barrié era un miserable, porque no habia sabido defender el puesto que se le tenia confiado. De igual modo salió el general Dorsenne del trance, y como acontece á menudo los mas culpables acusaron al que lo era menos de todos, y que no lo era nada en las actuales circunstancias, porque resistir á las amenazas del asalto, recibirle y no rendirse mas que al asaltador victorioso, es el último término de las obligaciones impuestas á los gobernadores de las plazas.

Por lo demas ya se concibe la desesperacion de los generales en jefe de los ejércitos del Norte y de Portugal, pues Castilla la Vieja quedaba descubierta del todo, y nuestra linea de comunicacion estaba expuesta á las tentativas de un ejército sólido, al cual nunca habiamos batido verdaderamente y que empezaba á salir de su circunspeccion acostumbrada; de qué serviria en lo venidero ocupar á Valencia, á Sevilla, á Badajoz, si podian penetrar hasta Valladolid los ingleses?

Muy vigilante el mariscal Marmont respecto de lo que le concernia directamente, conoció el peligro de posicion semejante, y viendo á Ciudad-Rodrigo perdida trató de suplir su falta, ejecutando en Salamanca algunas obras de defensa, pues habia venido á ser la capital del territorio de su mando, como fué teatro despues de una sangrienta batalla. Mucha actividad é inteligencia acreditó en la eleccion de las obras que habian de ser construidas; sirvióse de tres grandes conventos extramuros de Salamanca, para suplir la falta de fortificaciones regulares; y estableció alli cierta especie de campo atrincherado que una tropa resuelta podia defender por largo tiempo. Seguidamente se ocupó

en crear almacenes y hospitales, en instalar su ejército lo mejor posible, género de cuidado á que en la escuela de Napoleon habia contraido el gusto, y hasta cierto punto el talento.

Al fin las tropas del general Montbrun se hallaron de vuelta, pero aun cuando el mariscal Marmont tuviera á sus órdenes inmediatas seis bermosas divisiones de infanteria y dos de caballeria, no se mostraba tranquilo al considerar la extension de su tarea. Solo contaba cuarenta y cuatro mil hombres de infanteria, y necesitaba no menos de diez mil para guardar el puente de Almaráz sobre el Tajo, los puertos de Baños y de Perales sobre el Guadarrama, Zamora junto al Duero, y Leon y Astorga á la parte de Asturias. De consiguiente no le quedaban reunidos mas que treinta y cuatro mil infantes, y agregando su caballeria y su artilleria cuarenta mil hombres á lo sumo. Ahora bien el ejército anglo-lusitano podia actualmente presentar en linea sesenta mil hombres, mitad ingleses y mitad portugueses y buenos soldados. No era cuerdo luchar ni aun con cincuenta mil hombres contra ejército semejante, á menos que se les tuviera bajo la mano, bien vestidos, bien armados, bien alimentados, y no destacados para una porcion de servicios accesorios, como se necesita en un pais donde se tiene á la poblacion entera en contra. Por lo que hace al socorro de cuatro mil hombres sacados del ejército del centro, con razon le consideraba el mariscal Marmont como una quimera, atendida la situacion de la corte. No contaba mas que con los doce mil hombres del general Caffarelli, que habia reemplazado al general Dorsenne, y que en el estado de las provincias del Norte debia hallar

muchas razones plausibles para hacer esperar, y hasta para negar su contingente. Asi pues no dormia sosegadamente, pensando en todos los peligros que se le podian venir encima. Otra parte habia de su tarea que no le espantaba menos, y era la defensa de Badajoz. Un presentimiento recóndito, que hacia mucho honor á su talento, le decia que lord Wellington era muy capaz de ir á sorprender á Badajoz despues de haber tomado á Ciudad-Rodrigo, y se preguntaba cómo haria para dejar á Castilla casi al descubierto, y para volver en auxilio de Badajoz á quince marchas cuando menos de Salamanca. En medio de estas perplejidades envió á París aun ayudante de campo de su confianza para que expusiera á Napoleon estos peligros, y le dijera que en su concepto el único medio de hacerlos frente se limitaba á reunir los ejércitos del Norte, del centro y de Portugal bajo un solo mando. Seguro entonces de ser obedecido y de tener siempre á la mano cincuenta ó sesenta mil hombres por virtud de una buena distribucion de fuerzas, creia hallarse en estado de resistir á los ingleses. Aunque para él fuera considerable tal mando y ni su reputacion ni sus servicios estuvieran al nivel de pretension semejante, sin embargo lo que proponia era mejor que la actual division de fuerzas, y quizá evitara muchas desdichas. A falta de esta concentracion de mando solicitaba el mariscal Marmont que se le enviara á servir á otro punto.

Gran desventaja era para Napoleon, propenso á la desconfianza por carácter y por su largo manejo de los hombres, hacer que se traslucieran pretensiones personales, aun dándole un consejo provechoso. Amaba al mariscal Marmont, á quien

tuvo por ayudante de campo y cuyas dotes apreciaba por lo estimables y brillantes, pero de resultas de una larga familiaridad contrajo el hábito de tratarle ligeramente y no hizo gran caso de sus pareceres, diciendo que la ambicion se le subia á la cabeza y que no era capaz de tal mando; que para satisfacerle habria que desposeer á José del ejército del centro, lo cual era imposible; que por otra parte se mezclaba el mariscal en lo que no le incumbia; que Badajoz no estaba ya confiado á sus cuidados; que no tenia que hacer mas que guardar bien el Norte de la Península contra los ingleses; que no se le pedia mas que esto; que la defensa de Badajoz tocaba al ejército de Andalucía, y que este bastaba si los ingleses no atacaban la plaza mas que con dos divisiones, á saber, el cuerpo de Hill reforzado; pero que si la atacaban con cinco, á saber, casi la totalidad del ejército y lord Wellington á su frente, entonces habia para el ejército de Portugal un medio seguro de hacerle soltar la presa, y era el de arrollar los destacamentos dejados á lo largo del Agueda, meterse por Coimbra y marchar hasta sobre Thomar, en cuyo caso lord Wellington se veria muy obligado á retroceder camino y á renunciar á Badajoz; que era forzoso atender á esta manera de maniobrar si llegaba tal caso, no abandonar ya la custodia de Castilla, y si venia á ser urgente socorrer al ejército de Andalucía, hacerlo adelantándose por la Beira y la izquierda del Tajo hasta Coimbra ó hasta Thomar, cuidando siempre de cubrir nuestra linea de comunicacion con los Pirineos.

Estas miras eran juiciosas como todas las de Napoleon en materia de guerra, pero juiciosas de una manera generalisima, no siendo imposible que

en la aplicacion perdieran su sensatez y hasta vieran á ser funestas, si las circunstancias, que Napoleon no podia avalorar desde lejos con el grado de exactitud necesaria, no concordaban con las hipótesis en que fundaba sus raciocinios. Si Badajoz, por ejemplo, en vez de hallarse en estado de prolongar la defensa dos meses, solo estaba en aptitud de sostenerla uno, la diversion ordenada sobre el Tajo, por especiosa que fuese, no debia figurar como razon decisiva para que lord Wellington levantara un sitio próximo á terminarse. Por otra parte se necesitaba que la marcha sobre el Tajo se emprendiera con fuerzas suficientes, y para esto convenia de todos modos que á lo menos las fuerzas del ejército del Norte y del de Portugal se renniesen bajo un mando, si no se podia conseguir lo propio del ejército del centro. Ahora bien, el mariscal Marmont valia mas solo que contrariado por el general Caffarelli, aun siendo este muy honrado y adicto; lo cual no quiso Napoleon admitir por desgracia.

El secreto presentimiento del mariscal Marmont sobre los planes de lord Wellington no era sino muy fundado. Alentado éste por la rápida conquista de Ciudad-Rodrigo, mas convencido cada vez de que los franceses en sus movimientos desbarahustados le dejarian tiempo de llevar á remate sitios cortos é imprevistos, desde el dia siguiente de la toma de Ciudad-Rodrigo, preparólo todo para hacer sobre Badajoz una tentativa violenta, con inmensos medios, y prodigando la sangre de los hombres. Ya con esta mira habia dirigido un vasto material de Abrantes á Elvas, y encaaminado sucesivamente todas sus divisiones sobre

el Alentejo, teniendo cuidado de permanecer en persona junto al Coa, para que no se sospechase su designio. Le salió á maravilla, en el sentido de comprenderse en Badajoz que se trataba de los preparativos de un asedio, pero no de la reunion del ejército inglés entero delante de esta plaza, y de ignorarse todo asi en Castilla como en Andalucía.

La guarnicion de Badajoz no habia cesado de lanzar el grito de alarma cerca del mariscal Soult y de pedirle prontos socorros. Razonando el mariscal á semejanza de la mayor parte de los hombres, pensando que las circunstancias sobrevenidas una vez sobrevendrian otra, no haciéndose cargo de las variaciones efectuadas, creyó que Badajoz, que ya habia resistido cerca de dos meses, contendria al enemigo un mes cuando menos, sobre todo habiendo sido perfeccionadas sus defensas; que asi tendria tiempo de acudir en su ayuda; que tambien el mariscal Marmont acudiria por su parte y que no debia inquietar seriamente la amenaza de un nuevo sitio.

Sin embargo, hubiera debido calcular que los socorros esperados de lejos eran una cosa con que prudentemente no debia contarse; que los ingleses habian sido muy inhabiles en el primer sitio de Badajoz, pero que acaso procedieran mejor en el segundo y con mayores medios, y que por tanto convenia poner á lo menos esta plaza en perfecto estado de defensa. Y una guarnicion de cinco mil hombres, reducidos á cuatro mil cuatrocientos algo antes del sitio, y á cuatro mil á la hora de la embestida, era insuficiente del todo. Para desbaratar una vez mas los proyectos de los ingleses se necesitaran diez mil hombres que tuvieran en pro-

porcion de su número los víveres y las municiones. Por ejemplo, mucho mas valiera elevar la guarnicion de Badajoz á este guarismo que dejar en Extremadura el cuerpo del general Drouet en la imposibilidad de hacer otra cosa que retirarse á la primera aparicion de los ingleses. Despues de destacar las tropas que á Badajoz hubieran de ser destinadas, conviniera agregarse el resto, y aumentada la guarnicion con cinco mil hombres y alguna caballeria, se hallara en disposicion de extender sus correrias á lo lejos, sirviera mejor que la tropa del general Drouet de cuerpo de observacion en Extremadura, y llegara á mostrarse casi invencible si era sitiada. Además se hubiera podido proveer á si misma tanto de víveres como de maderas. Ahora bien, á fines de febrero, cuando se cumplia un mes de la toma de Ciudad-Rodrigo y el plan de un nuevo asedio era ya ostensible, sólo contaba la guarnicion con subsistencias para alrededor de dos meses, carecia de pólvora para un largo sitio, carecia sobre todo de maderas adecuadas para hacer empalizadas y blindages, y no cesaba de pedir los objetos de que se hallaba desprovista. Aun los víveres que tenia se los proporcionó la mayor parte, levantando por sus propias manos los panes á una distancia de tres leguas. A la verdad las defensas de la plaza habian sido mejoradas tanto á la derecha como á la izquierda del Guadiana. A la orilla derecha habian sido reparadas las brechas del fuerte de San Cristóbal, vueltas á levantar las contraescarpas, ahondados los fosos en la peña viva. A la orilla izquierda fué puesto en estado de defensa el castillo, escarpado el pie de la roca sobre cuya cumbre se alzaba, perfeccionada la luneta de la

Picurina que lo cubria, considerablemente aumentada la inundacion del Rivillas por medio de una grande retencion de aguas, y finalmente enteramente cercado á la gola el fuerte de Pardaleras. Siempre la parte mas expuesta era la de los frentes del Sudoeste, formando salida, pero se practicaron minas delante de ellos para ahuyentar de alli al enemigo. Desgraciadamente faltó maderas para empalizar los fosos y para establecer los blindages; pero el heroismo de la guarnicion permitia prescindir de tales resguardos, y permanecer al descubierto bajo las bombas y las granadas. Por último, segun acaba de ser manifestado, no habia pólvora en cantidad bastante, y los víveres, que por febrero hubieran alcanzado á una resistencia de dos meses, no daban ya de si mas que para marzo.

Tal era el estado de la plaza cuando los ingleses aparecieron bajo sus muros el 46 de marzo de 1812, contando como en Ciudad-Rodrigo terminar el asedio antes de que se lo pudiera impedir la concentracion de nuestras fuerzas. Cincuenta mil hombres llevaban por lo menos, un inmenso material, y no siendo mas hábiles en el arte de sitiarse las plazas que al tiempo de la toma de Ciudad-Rodrigo, se hallaban resueltos á avanzar con los aproches nada mas que hasta establecer las baterías de brecha, luego á abrir á la vez muchas, y á aprovecharse de su superioridad numérica para dar simultáneamente dos ó tres asaltos, medio costoso, pero probabilisimo de acabar con una guarnicion poco numerosa, por muy denodada que fuese.

Desde el primer día la embestida de Badajoz fué completa, y sin pérdida alguna de tiempo quedó elegido el punto de ataque. Disgustados de toda

tentativa contra el fuerte de San Cristóbal de resultas de los escarmientos del año precedente, dirigieron sus esfuerzos hácia la orilla izquierda del Guadiana, esto es, contra la plaza misma. Aunque mas fácil el ataque por el lado del Sudoeste, fué una vez mas descuidado, si bien ahora por el temor que inspiraban los hornos de mina practicados en esta parte del terreno. Se trasladaron los ingleses al Este hácia el castillo, y hácia los frentes contiguos a la puerta de la Trinidad, á pesar de la inundacion del Rivillas y á pesar de la luneta de la Picurina. Delante de esta obra no acabada, de muy débil relieve, cerrada á la gola por una simple empalizada y que sin dificultad podia ser tomada por asalto, abrieron la trinchera al dia siguiente de la acometida, que fué el 17. Tomada esta luneta, era fácil formar allí un establecimiento para batir en brecha los frentes contra los cuales se dirigia el nuevo ataque. Dos dias despues quisieron los sitiados emplear un medio muy usual y eficacísimo, cuando la guarnicion es bizarra y resuelta, á saber, las salidas que, destruyendo las obras de los sitiadores, prolongan la duracion de los aproches, y de consiguiente la de la resistencia. Una salida, ejecutada con vigor, alejó á los ingleses de sus trincheras, permitió cegar parte de ellas, pero, segun costumbre, siguióse una carga ofensiva del enemigo, y nuestros soldados, en vez de retirarse sin falso orgullo, puesto que estaba cumplido su objeto, se empeñaron en disputar el terreno, y tuvieron veinte muertos y ciento sesenta heridos. No perdieron los ingleses menos de trescientos hombres. Para ellos no era nada, contando cincuenta mil combatientes, al paso que para nosotros era

mucho, que apenas teniamos cuatro mil en estado de esgrimir las armas. Asi se hubo de renunciar á este medio poderoso de prolongar la defensa, bien que peligrosísimo cuando la guarnicion es escasa.

Impulsados los trabajos con actividad extrema, ya el 25 de marzo pudieron los ingleses batir en brecha la luneta de la Picurina con veinte y tres bocas de fuego, demolieron la punta saliente, y empezaron á deruir los costados. Por la noche sin mas tardanza la asaltaron con tres fuertes columnas y reservas. No estaba defendida la luneta mas que por doscientos soldados, sacados de todos los regimientos, por ser imposible en el estado de la guarnicion destinarla mas gente; pero mas valiera tomar hombres pertenecientes á un batallon mismo, y prontos á portarse como individuos que se conocen unos á otros. Al foso se lanzaron las tres columnas (pues los ingleses persistian en el sistema de no avanzar con los aproches hasta el borde del mismo foso), una se trasladó hasta el respaldo de la obra, trató de arrancar las empalizadas para entrar por la gola, pero retrocedió á consecuencia del vivo fuego de fusilería: otra, queriendo penetrar por la brecha, fué igualmente rechazada; pero la última, aplicando las escalas al frente menos resguardado llegó hasta el parapeto á la hora en que, rehecha la segunda columna, escalaba la punta saliente medio demolida. Teniendo que hacer frente la pequeña guarnicion al mismo tiempo á dos invasiones, no pudo efectuarlo, y hubo de rendir las armas á los pocos instantes. Ochenta y tres hombres fueron muertos ó heridos y ochenta y seis quedaron prisioneros. El enemigo perdió cerca de trescientos cincuenta soldados.

Nuestra artillería hizo al punto un fuego terrible contra los vencedores posesionados de la Picurina, logrando que su permanencia allí les fuera dañosa. Mucho tardaron en volver las tierras para ponerse á cubierto del lado de la plaza, pero á fuerza de operarios y de medios materiales y sacrificando mucha gente, acabaron por crearse un abrigo en la obra conquistada, y emprendieron establecer baterías de brecha contra los dos bastiones correspondientes á la luneta de la Picurina. Desde entonces abandonaron casi todas sus baterías, cuyo sitio fué mal escogido, y se atuvieron exclusivamente á las nuevas, que, por lo inmediatas, les permitían ver hasta el pie del muro del recinto. Admirablemente servida la artillería francesa, les hacia pagar cara esta temeraria conducta, pero la pólvora empezaba á estar escasa, y la guarnición suplía el fuego de los cañones por el de fusilería, que dirigian los mejores tiradores de cada regimiento contra los artilleros ingleses. Si la guarnición tuviera bastante pólvora y bastante gente, este fuera el caso de juntar á un gran fuego de artillería una salida vigorosa contra el establecimiento formado en la gola de la Picurina. Una salida venturosa sobre punto tan inmediato, probablemente destruyera todas las ventajas adquiridas por los sitiadores, haciéndoles retroceder á donde se hallaban á los principios del asedio. Mas fuera necesario emprender esta salida con mil y ciento ó mil doscientos hombres, y sacrificar acaso trescientos ó cuatrocientos, y la guarnición debia reservar su pólvora y sus soldados para el día supremo y decisivo del asalto.

Este momento no podia tardar á la vista de los

rápidos progresos de los sitiadores, que ya no podían ser contenidos por los sitiados. Sin embargo ya la guarnición habia ganado quince dias, verdad es que sacrificando setecientos de cuatro mil hombres, sin que todavía lograra el enemigo batir en brecha los dos bastiones por los cuales estaba resuelto á penetrar en la plaza. Contra ellos y para derribarlos consiguió establecer el día 31 diversas baterías, conteniendo veinte bocas de fuego de grueso calibre. Prolongó sus trincheras á derecha é izquierda para levantar otras muchas baterías, cuyo objeto era responder á la artillería de la plaza, enlazar las defensas y abrir hasta tres brechas. A poco tiempo hubo en posición cincuenta y dos piezas de grueso calibre con las cuales se rompió un fuego espantoso. La guarnición, que habia reservado sus municiones para al postrer instante, respondió con un fuego no menos violento. Desmontó muchas piezas, pero, rebosando los ingleses de material y acreditando grande arrojo, reemplazaban las piezas desmontadas en medio de sus derruidos espolones y bajo una granizada de proyectiles. Nuestros artilleros, que no consentían ser superados, ni igualados siquiera, se mantenían en las destruidas troneras de sus cañones, y redoblaban sus esfuerzos, bajo las bombas, balas y granadas. Ya la guarnición habia llegado á ese estado de exaltación en que no se hace caso de los peligros, y todos habian jurado perecer antes que rendir su bandera, é ir á podrirse á los infectos pontones donde Inglaterra, con mengua de su civilización, hacia morir á nuestros prisioneros. En esta formidable lucha los habitantes salían peor librados que todos: de quince mil habian quedado cinco mil á lo sumo, indigentes la

mayor parte. Los alimentaba la guarnicion con sus economias, pues tuvo la humanidad de componerles, con las sobres de su carne y de sus legumbres, un alimento que les impedia morir de hambre. Pero, no teniendo casamatas, ni blindages para ella misma, y sabiendo prescindir de este resguardo, no les podia librar de los estallidos de las bombas, entre los cuales vivian con audacia. Asi gemidos horrorosos llenaban esta ciudad desolada y desgarraban el alma de nuestros soldados, insensibles á sus propios peligros, si bien llenos de compasion hacia los infelices, á quienes al cabo de quince meses se habian acostumbrado á considerar como compatriotas.

Finalmente se acercaba el instante supremo. Tres anchas brechas habian sido practicadas en la mamposteria de los bastiones atacados. Despues de desparramar el sitiador sus fuegos, habialos concentrado ahora sobre dos bastiones, llegando á disminuir el nivel de la inundacion por el medio de destruir parte de las retenidas y hacer abordables las brechas, sin imponerse á pesar de todo la precaucion, que, omitida, le debia de costar caro, de derribar la contraescarpa, conforme á las reglas comunes del arte.

Lord Wellington hizo á la guarnicion el honor de no dirigirla intimaciones, sabiendo que toda proposicion de capitular seria infructuosa. Efectivamente, habiendo reunido el gobernador á sus principales oficiales, todos estuvieron contestes y con reiteradas aclamaciones de las tropas, en que se aguardaria el asalto y perecerian todos con las armas en la mano antes que rendirse. Al punto corrieron á las brechas para emplear allí todos los

recursos que el arte mas ingenioso puede ofrecer para reprimir á un enemigo resuelto. El hábil é intrépido comandante de ingenieros indicó y trazó las obras, que los soldados ejecutaban con entusiasmo. Mientras la mitad de ellos guardaban los baluartes, la otra mitad trabajaba en el foso, limpiaba el pie de las brechas, lo cual es peligrosísimo, aunque posible, cuando el enemigo no ha tomado posesion del borde del foso. Los hombres caian bajo las bombas y las granadas, pero otros continuaban haciendo desaparecer la subida formada por los escombros. Desgraciadamente la artilleria inglesa, prosiguiendo su obra de demolicion restablecia pronto aquellas subidas. Asi el recurso mas positivo era el creado sobre el mismo baluarte, donde se construyó una segunda trinchera detrás de las brechas, teniendo delante caballos de frisa, á los costados barriles de explosion, barreándose ademas las calles que desembocaban en los puntos de ataque. Se habia preparado otro formidable recurso. Persistiendo el enemigo en no avanzar con los aproches hasta el bordé del foso, y no derribando, por consiguiente la contraescarpa (que es la pared del foso opuesta á la plaza) se podia trabajar al pie de esta contraescarpa como se quisiera. El comandante de ingenieros Lamare hizo colocar allí una larga cadena de bombas cargadas y de barriles llenos de artificios y enlazados unos á otros por un regnero de pólvora, al cual el bravo oficial de ingenieros Maithet, escondido en el foso, debia prender fuego en el instante del asalto.

Dispuesto asi todo, situadas las tropas escogidas sobre la cima de las brechas con tres fusiles para cada hombre, hallándose armadas á los costa-

dos piezas cargadas de metralla, y á las órdenes del gobernador en la plaza mayor de la poblacion una reserva tan numerosa como fué posible, aguardóse el asalto. Todo lo habia prevenido lord Wellington para darle el 6 de abril por la noche, á los veinte y un dias de su llegada delante de Badajoz; pero habia resuelto darle con tal masa de fuerzas que el éxito fuera casi infalible, aunque hubiera de sacrificar una mitad mas de hombres que los que habia perdido en las mas reñidas batallas.

Con efecto el 6 de abril y como á las nueve de la noche vomitó sobre la plaza torrentes de fuego la artillería de los sitiadores. Dos divisiones á las órdenes del general Coleville se encaminaron directamente á las brechas, mientras la division de Picton se trasladaba con escalas á la derecha para ver de escalar el castillo por un lado, cuya debilidad estaba reconocida, y mientras torciendo á la izquierda la division de Leith iba á intentar otra escalada á la extremidad del Sudoeste, descuidada por los ingleses hasta entonces. Las dos columnas mandadas por el general Coleville llegaron al borde del foso, saltaron dentro y corrieron de seguida á las brechas. Su aparicion fué señalada por un grito general de nuestros soldados; se les dejó venir, y cuando empezaron á trepar los escombros, el fuego de fusilería les recibió de frente y á quemarropa, la metralla les cogió de flanco y les hizo rodar en tropel sobre la brecha. Al tiempo de quedar sostenidos á la cabeza de la columna su cola la estaba reservada otra prueba. Descendido al foso el teniente de ingenieros Mailhet en medio de esta refriega horrorosa, y aguardando el momento propicio con la mecha en la mano, puso fuego al largo

rosario de bombas y de barriles de artificios dispuesto al pie de la contraescarpa. Entonces comenzó á espaldas de las columnas y bajo las plantas de los que las sostenian una serie de formidables explosiones, que sucediéndose de segundo en segundo lanzaban alternativamente metralla, cascos de bombas y torrentes de luz siniestra. Por momentos esta luz mortífera brotaba de la oscuridad, era reemplazada por las tinieblas, brotaba nuevamente, y siempre se escapaba de ella la muerte bajo mil formas. Desgraciadamente el intrépido Mailhet fué tambien herido por un casco de bomba. A pesar de su bravura, las dos divisiones inglesas enviadas á las tres brechas hubieron de ceder á lo violento de la resistencia, y de perder su empuje bajo el fuego continuo de fusilería y de metralla que les abrumaba. Ya habian sucumbido cerca de tres mil ingleses y lord Wellington iba á ordenar la retirada, cuando la escena cambió en otros puntos. A la derecha del ataque, el general Picton con rara intrepidez hizo arrimar las escalas á uno de los flancos del castillo. Hesseses tenian á cargo su custodia; ora por sorpresa, ora por turbacion, ora por infidelidad, dejaron invadir el precioso reducto fiado á su lealtad y á su denuedo, y lanzándose al punto un oficial inglés sobre las puertas que daban á la ciudad, apresuróse á cerrarlas, con el fin de establecerse sólidamente en el castillo antes de que los franceses tuvieran tiempo de acudir en su ayuda. El gobernador Philippon, que habia sido engañado muchas veces por falsos gritos de alarma y que conservaba su reserva para un peligro extremo, negóse de pronto á creer la noticia de la invasion del castillo. Convencido, aunque tarde,

de la realidad del hecho, determinóse á enviar allí cuatrocientos hombres. Recibidos estos con un fuego mortífero se detuvieron delante de la primera puerta. Se presentaron en la segunda é hicieron inútiles esfuerzos por forzarla. Con el deseo de abrirse la entrada del castillo y de expulsar de allí á los ingleses, se apresuraron á ir en busca de parte de las fuerzas que defendían los frentes del Sudoeste, descuidados por el enemigo hasta ahora y al parecer poco amenazados. De consiguiente quedaron desguarnecidos del todo para tentar la reconquista del castillo. Entonces la division de Leith, que meditaba una escalada por este lado, hallando abandonado el baluarte y echando una porcion de escalas, logró trepar al muro, gracias á su elevacion corta. De seguida corrieron los asaltadores á lo largo del baluarte con el fin de coger por la espalda á las tropas que hasta entonces habian defendido victoriosamente las tres brechas. Al verlos el puesto que defendía el frente mas inmediato corrió á su encuentro á la bayoneta y los detuvo, pero muy luego tornando á cargar en masa, recuperaron la ventaja sobre nuestros soldados poco numerosos y se derramaron en la ciudad por todas partes. Entonces se introdujo una confusion indecible en la guarnicion heroica que disputaba los restos de Badajoz al enemigo. Cogidos por la espalda los defensores de las brechas se vieron obligados á la rendicion ó á la fuga. El gobernador, el comandante de ingenieros y el estado mayor, despues de hacer cuanto se podia esperar de ellos, corriendo al puente del Guadiana, trataron de retirarse con algunas reliquias de la guarnicion al fuerte de San Cristóbal para continuar allí la de-

ensa; pero perdieron la libertad ó la vida. No quedaba mas arbitrio que someterse al vencedor tras resistencia tan prodigiosa.

Al dia siguiente fueron llevados al campo de lord Wellington, que, aun recibiéndoles con cortesía, negóse á dar oidos á sus instancias en favor de la desgraciada ciudad de Badajoz. De cierto ni á nosotros nos tocaba interceder por los españoles, ni á los ingleses castigarles por nuestra resistencia; pero lord Wellington, despues de recibir cortesmente á nuestros oficiales, entregó sin piedad la ciudad de Badajoz al saqueo. ¡No necesitaban menos las tropas que tan bizarramente habian subido al asalto!

Nos costó el sitio de Badajoz cerca de mil quinientos muertos ó heridos y tres mil prisioneros, si bien á lord Wellington le costó mas de seis mil hombres fuera de combate, es decir muchos mas que ninguna de sus batallas. Tres mil le hizo perder solamente el asalto. ¡Triste compensacion para nuestro doble infortunio! No por esto lord Wellington dejó de conseguir su objeto, realizando la idea de emplear algunos dias, que nuestros movimientos descosidos le dejaron, para apoderarse de Ciudad-Rodrigo y de Badajoz, plaza tras plaza. ¡Ciudad-Rodrigo y Badajoz nos eran arrebatadas, Portugal se nos habia cerrado, y ya toda España quedaba abierta á los ingleses!

Al saber el mariscal Soult el peligro de Badajoz, que se le habia señalado hartas veces, abandonó tardíamente las lineas de Cádiz, donde se ocupaba en disparar sobre la rada bombas de poco efecto, y se puso al fin en marcha para socorrer á la plaza situada. Llevaba consigo veinte y cuatro

mil hombres, única tropa activa de que le fué lícito disponer, obstinandose en conservar á Granada y Sevilla, y corria á Llerena con la esperanza de encontrar allí al mariscal Marmont como el anterior verano con treinta mil hombres. ¡Vana esperanza! El mariscal Marmont no estaba en aquel punto! La noticia del desastre de Badajoz consternó al mariscal Soult de veras, pues se le habia despojado del único trofeo de su campaña de Andalucía, y lord Wellington tenia abiertas todas las puertas para operar en su territorio y el de Extremadura, si tal era su intento.

Por su parte el mariscal Marmont no estuvo ocioso. Fijo en Castilla la Vieja por órdenes formales de Napoleon, al saber la extremidad á que la plaza de Badajoz se hallaba reducida, apeló á la maniobra que se le habia prescripto. Pasó el Agueda con cinco divisiones, no pudiendo llevar mas consigo, dispersó á las partidas que infestaban el pais; rechazó á los destacamentos de las tropas inglesas que guardaban las fronteras de Portugal, y luego se detuvo por miedo de carecer de víveres, y tambien por conviccion de que nada hacia de provecho. Sin embargo, su maniobra no quedó absolutamente sin fruto, pues, al saber su aparicion lord Wellington, que pudiera lanzarse sobre el mariscal Soult, constándole que no tenia mas de veinte y cuatro mil hombres, suspendió inmediatamente su marcha, y volvió á tomar el camino del Norte de Portugal.

Viendo Napoleon caer una tras otra las dos plazas que habian costado tanta sangre y tantos esfuerzos, y que eran los principales obstáculos situados en el camino de los ingleses, ya hacia el

Norte, ya hacia el Mediodia, mostróse tan alligido como irritado, achacando la culpa á todos; al mariscal Soult, porque, segun su dicho, con ochenta mil hombres no hacia nada; al mariscal Marmont por no haber modificado sus órdenes expedidas á trescientas leguas del teatro de la guerra. Estos cargos no eran completamente merecidos. A la sazón el mariscal Soult no tenia mas que cincuenta mil hombres disponibles, y no se pudiera oponer seriamente á las empresas de los ingleses sino sacrificando á Granada. Su error verdadero consistió en dejar inútilmente al general Drouet en Extremadura, donde este cuerpo nada podia, y en no agregársele simplemente, dejando en Badajoz diez mil hombres y alguna caballeria con municiones bastantes de boca y de guerra. Así Badajoz se sostuviera muchos meses, dando lugar á que se le llevara socorro. Por lo que hace al mariscal Marmont, la orden de permanecer en Castilla la Vieja, de no bajar á Extremadura y de no ir en auxilio de Badajoz mas que por medio de una diversion operada en la provincia de Beira, era tan terminante, que ningun general, por atrevido que fuera, osara infringirla.

La posicion que este mariscal tomó desde el principio en Almaráz junto al Tajo era la única conveniente, la única que le hubiera permitido trasladarse alternativamente á Ciudad-Rodrigo ó Badajoz con socorros. Efectivamente, si se le concediera un refuerzo de veinte mil hombres que situara en Salamanca, hubiera podido marchar sobre Badajoz con los treinta mil que tenia junto al Tajo, y reunido al ejército de Andalucía presentara á lord Wellington cincuenta y cinco mil hom-

bres, muy bastantes para salvar aquella plaza. Si por el contrario el peligro amenazara hácia el Norte, hubiera podido repasar el Guadarrama, y encontrando los veinte mil hombres establecidos en Salamanca, presentara tambien á lord Wellington cincuenta mil soldados en torno de Ciudad-Rodrigo, y desbaratara así todas sus tentativas. Negándole Napoleon un refuerzo de veinte mil hombres y fijándole en Castilla la Vieja, hizo la caída de Badajoz casi inevitable. Ciertamente era oportuno el pensamiento de una diversion operada desde Salamanca hácia Beira, como debia serlo todo pensamiento de Napoleon sobre cosas de guerra, y las resultas acababan de demostrarlo, puesto que atrajo á lord Wellington hácia el Norte de Portugal al dia siguiente de la toma de Badajoz; pero le atrajo al dia siguiente y no el dia antes. Este pensamiento era oportuno, bien que de una oportunidad general, que en la ejecucion no basta, pues sin una exactitud rigurosa en los calculos de las distancias, de los tiempos y de las fuerzas, los pensamientos mas oportunos vienen á ser ó quiméricos ó fatales. Sin duda, si Badajoz contuviera diez mil hombres de guarnicion y viveres y municiones en cantidad suficiente; si el duque de Ragusa contara con cincuenta mil hombres suyos ó tomados del ejército del general Caffarelli, puesto bajo su mando; si tuviera además almacenes siempre abastecidos, y con estas condiciones marchara formalmente sobre Coimbra, por segunda vez soltara lord Wellington la presa, abandonando el sitio de Badajoz. Pero teniendo apenas con que defenderse esta plaza, y no pudiendo el duque de Ragusa hacer más que una vana amenaza con los medios de que disponia,

era imposible con una simple demostracion sobre Beira desviar de su objeto á un espíritu tan sensato y tan firme como el de lord Wellington.

Asi en 1814 como en 1810 abortaron todas las combinaciones y vinieron á ser impotentes todos los refuerzos en España. Antes de bosquejar sucesos todavía mas tristes que los que acaban de leerse, resumamos lo acaecido en la Península durante dos años. Ya se ha visto en el libro cuarenta de la presente historia, como fracasó la campaña de 1810; cómo en esta época, con la idea juiciosa de emplear todas sus fuerzas disponibles en España, para resolver la cuestion europea que él mismo habia allí trasladado, con la idea no menos juiciosa de dirigir su principal esfuerzo contra los ingleses, cedió Napoleon á desviarse de su objeto por virtud de las instancias de José y del mariscal Soult, consintiendo en la expedicion de Andalucía, la cual produjo la dispersion de ochenta mil soldados, los mas aguerridos que en la Península habia entonces; cómo Massena, enviado á Lisboa con setenta mil combatientes, reducidos á cincuenta mil por las circunstancias locales, halló delante de Torres-Vedras un obstáculo casi insuperable, que pudiera vencer á pesar de todo con un refuerzo de veinte y cinco mil hombres procedente de Andalucía, con un socorro semejante procedente de Castilla; cómo el mariscal Soult no pudo, ni quiso prestarle este socorro; cómo el general Drouot no pudo tampoco; cómo Napoleon, arrebatado por una versatilidad desastrosa hácia otros designios, le negó los cincuenta mil hombres que lo hubieran decidido todo; y como en fin una campaña, que debiera descargar el golpe mortal sobre los ingleses, fué

desgraciada para nosotros y consumió inútilmente los ciento cincuenta mil hombres enviados despues de la paz de Viena. Sin duda estas relaciones asfictivas se hallan grabadas en la mente de cuantos han leído esta historia. No son menos dolorosas ni menos significativas las relaciones de fines de 1812, segun se demuestra en el libro presente.

Puesto que desde mediados de 1811 estaba Napoleón resuelto á llevar sus ejércitos y su persona al Norte, es decir, á Rusia, hubiera debido contentarse en el Mediodía, es decir, en España, con una defensiva imponente hasta que por sí mismo lo decidiera todo entre el Vistula y el Boristenes, si es que podia terminar algo en aquellas regiones. Dejando al mariscal Suchet en Aragon y en Cataluña sin concederle nuevas fuerzas, bien que sin imponerle ninguna nueva tarea, éste, sobre todo despues de la conquista de Tarragona, quedara dueño pacífico é indisputable de estas provincias; dejando al mariscal Soult en Sevilla, al mariscal Marmont junto al Tajo, sin obligarles á ninguna traslacion de fuerzas hácia Valencia, con orden á uno y otro de correr sobre Badajoz al primer peligro, segun lo habian hecho ya con éxito venturoso; dando ademas al mariscal Marmont la facultad de atraer á sí el ejército del Norte, é incorporándole exclusivamente la mayor parte de la reserva, es probable que se inutilizaran por largo tiempo los esfuerzos de los ingleses contra Badajoz y Ciudad-Rodrigo, y se redujera á lord Wellington, quizá durante un año, á una inaccion embarazosa para él ante la opinion pública de su patria. Pero, no queriendo renunciar á cosa alguna, y aspirando, mientras se preparaba la gigantesca expedicion

de Rusia, á dar vivo impulso á los asuntos de España, lisonjeándose de adelantarlos mucho en el otoño y en el invierno de 1811, al ordenar la expedicion sobre Valencia renovó Napoleon la falta cometida al permitir la expedicion de Andalucía: condenó al mariscal Suchet á extenderse sin reforzarle, y mientras por un momento hacia convergir á él todas las fuerzas disponibles, siempre alerta lord Wellington se apoderaba de Ciudad-Rodrigo, y nos cerraba la Beira, al par que se abria la Castilla. No dejó el mariscal Marmont de correr sobre Ciudad-Rodrigo, pero, obligado á juntar sus fuerzas dispersas hasta las cercanias de Alicante, llegó muy tarde, y este único trofeo de la campaña de Portugal nos fué arrebatado. Quedaba aun Badajoz, trofeo tambien único de la campaña de Andalucía, si bien nos lo debia hacer perder igual causa. Obligado Napoleon, mas pronto de lo que al principio supuso, á llamar de España á su Guardia, á los polacos, á los dragones, á los cuartos batallones, y atrayéndolo todo hácia el Norte de la Península, con el fin de poderlo atraer todo al Norte de Europa, llevó á Marmont de las márgenes del Tajo á las del Duero, le fijó allí, y de esta suerte descubrió á Badajoz, de cuya plaza se apoderó Wellington siempre en acecho, como se habia apoderado de Ciudad-Rodrigo, aprovechándose del vacío dejado delante de esta plaza por nuestros falsos movimientos. Así, para tomar á Valencia, que nos debilitaba obligándonos á extendernos, se perdieron Badajoz y Ciudad-Rodrigo, único fruto de dos árduas campañas, único obstáculo formal que se podia oponer á una marcha ofensiva de los ingleses. Tal era, tal debia ser el resultado de este

desgraciada para nosotros y consumió inútilmente los ciento cincuenta mil hombres enviados despues de la paz de Viena. Sin duda estas relaciones asfictivas se hallan grabadas en la mente de cuantos han leído esta historia. No son menos dolorosas ni menos significativas las relaciones de fines de 1812, segun se demuestra en el libro presente.

Puesto que desde mediados de 1811 estaba Napoleón resuelto á llevar sus ejércitos y su persona al Norte, es decir, á Rusia, hubiera debido contentarse en el Mediodía, es decir, en España, con una defensiva imponente hasta que por sí mismo lo decidiera todo entre el Vistula y el Boristenes, si es que podia terminar algo en aquellas regiones. Dejando al mariscal Suchet en Aragon y en Cataluña sin concederle nuevas fuerzas, bien que sin imponerle ninguna nueva tarea, éste, sobre todo despues de la conquista de Tarragona, quedara dueño pacífico é indisputable de estas provincias; dejando al mariscal Soult en Sevilla, al mariscal Marmont junto al Tajo, sin obligarles á ninguna traslacion de fuerzas hácia Valencia, con orden á uno y otro de correr sobre Badajoz al primer peligro, segun lo habian hecho ya con éxito venturoso; dando ademas al mariscal Marmont la facultad de atraer á sí el ejército del Norte, é incorporándole exclusivamente la mayor parte de la reserva, es probable que se inutilizaran por largo tiempo los esfuerzos de los ingleses contra Badajoz y Ciudad-Rodrigo, y se redujera á lord Wellington, quizá durante un año, á una inaccion embarazosa para él ante la opinion pública de su patria. Pero, no queriendo renunciar á cosa alguna, y aspirando, mientras se preparaba la gigantesca expedicion

de Rusia, á dar vivo impulso á los asuntos de España, lisonjeándose de adelantarlos mucho en el otoño y en el invierno de 1811, al ordenar la expedicion sobre Valencia renovó Napoleon la falta cometida al permitir la expedicion de Andalucía: condenó al mariscal Suchet á extenderse sin reforzarle, y mientras por un momento hacia convergir á él todas las fuerzas disponibles, siempre alerta lord Wellington se apoderaba de Ciudad-Rodrigo, y nos cerraba la Beira, al par que se abria la Castilla. No dejó el mariscal Marmont de correr sobre Ciudad-Rodrigo, pero, obligado á juntar sus fuerzas dispersas hasta las cercanias de Alicante, llegó muy tarde, y este único trofeo de la campaña de Portugal nos fué arrebatado. Quedaba aun Badajoz, trofeo tambien único de la campaña de Andalucía, si bien nos lo debia hacer perder igual causa. Obligado Napoleon, mas pronto de lo que al principio supuso, á llamar de España á su Guardia, á los polacos, á los dragones, á los cuartos batallones, y atrayéndolo todo hácia el Norte de la Península, con el fin de poderlo atraer todo al Norte de Europa, llevó á Marmont de las márgenes del Tajo á las del Duero, le fijó allí, y de esta suerte descubrió á Badajoz, de cuya plaza se apoderó Wellington siempre en acecho, como se habia apoderado de Ciudad-Rodrigo, aprovechándose del vacío dejado delante de esta plaza por nuestros falsos movimientos. Así, para tomar á Valencia, que nos debilitaba obligándonos á extendernos, se perdieron Badajoz y Ciudad-Rodrigo, único fruto de dos árduas campañas, único obstáculo formal que se podia oponer á una marcha ofensiva de los ingleses. Tal era, tal debia ser el resultado de este

modo de mandar desde lejos, de mandar pensando en otra cosa, y de no dedicar á cada objeto mas que la mitad de los recursos y de la atencion que fueran menester para el buen suceso.

Ya estas faltas cometidas, véase lo que era de España. En Valencia permanecía el mariscal Suchet con medios tasados para contener el pais, pero sin ninguno para operar á la mas minima distancia: se hallaba el mariscal Soult cabalmente en el centro de Andalucía con una fuerza insuficiente para tomar á Cádiz y en la impotencia de presentar batalla á los ingleses, si estos, despues de la toma de Badajoz, querian marchar en contra suya, lo cual á pesar de todo no era muy probable: finalmente el mariscal Marmont hacía el Norte, por donde en realidad querian descargar un golpe decisivo los ingleses, ora sobre Madrid, ora sobre la linea de comunicacion de los ejércitos franceses, privado de Ciudad-Rodrigo, si José, si el general Caffarelli le reforzaban en tiempo oportuno podia presentar cuarenta mil hombres á lord Wellington que tenia sesenta mil. Véase el punto á que habian llegado las cosas de España, despues de enviar alli ciento cincuenta mil hombres de refuerzo en 1810, cuarenta mil hombres de buenas tropas y veinte mil quintos en 1811, sin contar mas de cuatrocientos mil hombres que entraron en la Peninsula desde 1808 hasta 1810. De estos seiscientos mil hombres solo sobrevivian la mitad de ellos, los cuales podian suministrar á lo sumo ciento setenta mil soldados en estado de obrar activamente, y por último conviene añadir que de estos ciento setenta mil soldados, operando con acierto, solo cuarenta mil estaban prontos á cubrir á Madrid y á Valla-

dolid, esto es, la capital y nuestra linea de comunicaciones.

Habiendo aprendido Napoleon por numerosas experiencias la dificultad de mandar bien desde lejos, á la hora de abandonar á París, tomó el partido de conferir á José el mando de todos los ejércitos que militaban en España, sin prescribirle á pesar de todo la única conducta que hubiera podido salvarlo todo, la de dejar al mariscal Suchet en Valencia, puesto que estaba alli, y replegar el ejército de Andalucía sobre el Tajo, unirle al ejército de Portugal bajo una mano, establecer estos ejércitos, que juntos presentaban una masa compacta de ochenta mil hombres, en una posicion bien escogida, desde donde pudieran trasladarse hácia Madrid ó Valladolid al primer peligro, segun la marcha adoptada por los ingleses. Pero Napoleon se contentó con dar á todos la orden de obedecer á José, sin saber cómo el mariscal Suchet, habituado á gobernarse por sí solo en el territorio de su mando y á gobernarse perfectamente, cómo el mariscal Soult, resuelto á reinar exclusivamente en Andalucía, cómo el mariscal Marmont, no habiendo dejado de estar en disputa con la corte de Madrid sobre los intereses del ejército de Portugal, podrian ó querrian conducirse respecto de esta autoridad de José, tan largo tiempo denegada, objeto de mofa, desconceptuada por Napoleon mismo, y proclamada en el ultimo instante como un remedio extremo, en el cual habia que cifrar de súbito una esperanza que jamás habia inspirado. Llamado el mariscal Jourdan á ser gefe de estado mayor de José, compuso sobre esta situacion una memoria llena de razon y de sensatez, que revelaba todos los

inconvenientes que acabamos de señalar, y fué enviada á París. Antes de decir como fué contestada por Napoleón, y, lo que es más grave, por los sucesos, menester es trasladarnos al Norte, hácia aquel otro abismo donde Napoleón, arrastrado por su genio fogoso, se iba á hundir con su fortuna y desgraciadamente con la de Francia.

LIBRO CUARENTA Y TRES.

Paso del Niemen.

Continuación de los sucesos del Norte.—Disipando una victoria de los rusos junto al Danubio toda apariencia de debilidad por su parte, dispone el emperador Alejandro enviar á Mr. de Nesselrode á París, á fin de ajustar amistosamente las diferencias suscitadas con Francia.—Al saberlo Napoleón y no estando por esta misión pacífica trata al príncipe Kourakín con frialdad extremada, y manifiesta respecto de la misión de Mr. de Nesselrode disposiciones, que obligan á la Rusia á renunciar á ella. Últimos y vastos preparativos de guerra.—Inmensidad y distribución de las fuerzas reunidas por Napoleón.—Movimiento de todos sus ejércitos sobre una línea que se extiende desde los Alpes hasta las bocas del Rhin y avanza hácia el Vístula.—Sus precauciones para llegar insensiblemente hasta el Niemen sin provocar á los rusos á invadir la Polonia y la Vieja Prusia.—Orden expedida á Mr. de Lauriston para usar de lenguaje pacífico, y envío de Mr. de Czernicheff para persuadir al emperador Alejandro de que solo se trata de una negociación apoyada por una demostración armada.—Alianzas políticas de Napoleón.—Tratados de cooperación con la Prusia y el Austria.—Negociaciones para anudar una alianza con Suecia y la Puerta.—Esfuerzos para que estallen las hostilidades entre América é Inglaterra, y probabilidad de conseguirlo.—Últimas disposiciones de Napoleón antes de dejar á París.—Situación interior del imperio: carestía, rentas, estado de los ánimos.—Situación de San Petersburgo.—Modo con que la misión de Mr. de Czernicheff es acogida por el emperador Alejandro.—Ilustrado este por los movimientos del ejército francés y por los tratados de alianza concluidos con Prusia y Austria, se decide á ir á su

inconvenientes que acabamos de señalar, y fué enviada á París. Antes de decir como fué contestada por Napoleón, y, lo que es más grave, por los sucesos, menester es trasladarnos al Norte, hácia aquel otro abismo donde Napoleón, arrastrado por su genio fogoso, se iba á hundir con su fortuna y desgraciadamente con la de Francia.

LIBRO CUARENTA Y TRES.

Paso del Niemen.

Continuación de los sucesos del Norte.—Disipando una victoria de los rusos junto al Danubio toda apariencia de debilidad por su parte, dispone el emperador Alejandro enviar á Mr. de Nesselrode á París, á fin de ajustar amistosamente las diferencias suscitadas con Francia.—Al saberlo Napoleón y no estando por esta misión pacífica trata al príncipe Kourakín con frialdad extremada, y manifiesta respecto de la misión de Mr. de Nesselrode disposiciones, que obligan á la Rusia á renunciar á ella. Últimos y vastos preparativos de guerra.—Inmensidad y distribución de las fuerzas reunidas por Napoleón.—Movimiento de todos sus ejércitos sobre una línea que se extiende desde los Alpes hasta las bocas del Rhin y avanza hácia el Vístula.—Sus precauciones para llegar insensiblemente hasta el Niemen sin provocar á los rusos á invadir la Polonia y la Vieja Prusia.—Orden expedida á Mr. de Lauriston para usar de lenguaje pacífico, y envío de Mr. de Czernicheff para persuadir al emperador Alejandro de que solo se trata de una negociación apoyada por una demostración armada.—Alianzas políticas de Napoleón.—Tratados de cooperación con la Prusia y el Austria.—Negociaciones para anudar una alianza con Suecia y la Puerta.—Esfuerzos para que estallen las hostilidades entre América é Inglaterra, y probabilidad de conseguirlo.—Últimas disposiciones de Napoleón antes de dejar á París.—Situación interior del imperio: carestía, rentas, estado de los ánimos.—Situación de San Petersburgo.—Modo con que la misión de Mr. de Czernicheff es acogida por el emperador Alejandro.—Ilustrado este por los movimientos del ejército francés y por los tratados de alianza concluidos con Prusia y Austria, se decide á ir á su

cuartel general, afirmando siempre que está pronto á entrar en negociaciones. — Al enterarse Napoleón de esta marcha ordena un nuevo movimiento á sus tropas, envia á Mr. de Narbonne á Wilna para atenuar el efecto que debe producir este movimiento, y sale de Paris el 9 de mayo de 1812, acompañado de la emperatriz y de toda su corte. — Llegada de Napoleón á Dresde. — Reunion en esta capital de casi todos los soberanos del continente. — Espectáculo prodigioso de poderio. — Advertido Napoleón de que el principe Kourakin ha pedido sus pasaportes encarga á Mr. de Lauriston dar un nuevo paso cerca del emperador Alejandro, con el fin de precaver hostilidades prematuras. — Insuasivas esperanzas respecto de Suecia y Turquía. — Miras relativamente á Polonia. — Probabilidades de ser reconstituida. — Envío de Mr. de Pradt como embajador de Francia á Varsovia. — Regreso de Mr. de Narbonne á Dresde despues de haber desempeñado su mision en Wilna. — Resultados de esta mision. — Ya trascurrido el mes de mayo, sale Napoleón de Dresde para dirigirse á su cuartel general. — Horribles sufrimientos de los pueblos hollados por nuestras tropas. — Napoleón en Thorn — Inmenso aparato del ejército y excesivo desarrollo de los estados mayores. — Providencias de Napoleón para poner remedio. — Su acogida al mariscal Doyout y al rey Murat. — Su permanencia en Danzick. — Vasto sistema de navegacion interior para transportar nuestros convoyes hasta el centro de Lituania. — Llegada á Konigsberg. — Ruptura definitiva con Bernadotte á consecuencia de noticias que se reciben de Suecia. — Declaracion de guerra á Rusia, fundada en un pretexto especioso. — Plan de campaña. — Llegada á las orillas del Niemen. — Paso de este rio el 24 de junio. — Contraste de los proyectos de Napoleón en 1810 y de sus empresas en 1812. — Funestos presentimientos.

Desde el mes de noviembre último habian permanecido Napoleón y Alejandro en actitud de observacion, armando el uno en represalias del otro y de continuo, Alejandro no deseando la guerra, temiéndola por el contrario, resuelto no obstante á hacerla mas bien que á sacrificar el decoro y el comercio de su nacion, y entretanto no descuidando nada para terminar su lucha con Turquía, ya por las armas, ya por las negociaciones; Napoleón por su parte no deseando precisamente la guerra, decidido á hacerla por ambicion mucho mas que por

gusto, y preparándola con actividad extremada, porque estaba fatalmente convencido de que estallaria tarde ó temprano, lo cual era cierto, si de Rusia exigia una sumision absoluta, como la de Prusia y la de Austria. En situacion semejante, estando ya dicho todo sobre la toma de posesion del territorio de Oldenburgo, sobre la admision de los neutrales en los puertos rusos, sobre el origen de los reciprocos armamentos de Francia y de Rusia, y no teniendo nada que comunicarse sobre estos asuntos ya cansados, se callaban y obraban uno y otro. Ora se organizaba este, ora aquel cuerpo: se dirigia el uno hácia el Dwina ó el Dnieper, ó el otro hácia el Oder ó el Vistula. Pero, siguiendo de esta suerte, pronto se iban á hallar unos frente á otros, con la espada al pecho y dispuestos á degollarse. Todos los hombres juiciosos y honrados en Rusia, en Francia, en Europa, unos por razon y humanidad, otros por motivos honrosamente interesados de patriotismo, se decian con dolor que persistiendo algunos dias mas en silencio y actividad tales, correrian torrentes de sangre desde el Rhin hasta el Volga. Mr. de Lauriston, el mas activo de los que experimentaban tan notables sentimientos, no se daba mano á escribir á Paris que no se queria la guerra en San Petersburgo, que solo á mas no poder se haria y de una manera terrible, y que sin embargo, si Francia se prestaba á contemplar algo la susceptibilidad rusa, á conceder alguna cosa al príncipe de Oldenburgo, á acomodarse á un poco mas de rigor contra el pabellon de Inglaterra, podria estar segura de conservar la paz, sucediera lo que sucediere en los otros puntos de Europa. A fuerza de insistir en esto, acabó por ha-

cer que se le escaparan á Napoleon algunos arranques, bien que sin amargura, como este: *Lauriston se deja atrapar*; arranques á los cuales añadió Mr. de Basano por su cuenta despachos llenos de ceguedad y de arrogancia. Con el desconsuelo de que en Paris no le dieran oídos, se esforzaba Mr. de Lauriston porque se le oyera en San Petersburgo, aplicándose á demostrar la inutilidad y el peligro de lanzarse contra Napoleon á una nueva lucha, (de lo cual estaba perfectamente convencido), y repitiendo que al cabo de algunos días mas de este silencio estirado y torpe, unos y otros acabarían por hallarse al borde de un abismo. Con instancia y con la dignidad de una conviccion sincera, pedía que se enviaran á Paris instrucciones al principe Kourakin, para procurar á todos los asuntos cuestionados una explicacion satisfactoria, persistiendo hasta la saciedad en que nada de lo que al parecer dividia á las dos naciones valia la pena de una guerra. En el mismo sentido obraban los dos gabinetes de Berlin y el de Viena, el uno de buena fé, el otro por prudencia. Prusia descubria nuevos azares en una nueva conflagracion europea, en la cual se veria obligada á tomar parte, y su sesudo rey Federico Guillermo no era de los que pensaban que, cuando se hallaba mal, necesitaba agitarse, á riesgo de quedar peor todavia. Ademas la obligacion de ponerse al lado de Napoleon, si estallaba la guerra, heria su sentimiento germánico, que, por estar reprimido, no era menos sincero. Anhelaba, pues, la paz con ardor, y habia hecho llegar á San Petersburgo vivas instancias, y propuesto hasta sus buenos oficios, pasos que se recibieron desdeñosamente, ofendidos como estaban en Ru-

sia de no contar á Prusia de su parte. Aunque presintiese Austria que una nueva lucha de Francia y de Rusia le proporcionara ocasion de restablecer sus asuntos á expensas de la una ó la otra, no temia menos la guerra, sobre todo previendo la necesidad de ser aliada de Francia, y así no cesaba de predicar la paz en San Petersburgo. Su intervencion habia ofrecido, y fué tan mal acogida como la de Prusia. Importunada Rusia á consecuencia de instancias que daban á entender que de ella dependia el reposo, respondió á los ministros de ambas potencias. Aconsejad la paz á otros, puesto que tanto os importa, aconsejadla especialmente á los que quieren la guerra, y me obligan á prepararla á pesar mio (1).

A fuerza de oír repetir que era menester explicarse antes de pasarse á cuchillo, que cerca de Napoleon estaba el principe Kourakin gastado, y siendo mas idóneo para la representacion que para los negocios, no alcanzaba á aplacar la querrela, se acabó en San Petersburgo por volver los ojos á un hombre muy capaz de restablecer la buena inteligencia, si podia ser restablecida, á Mr. de Nesselrode, secretario principal de la legacion de Paris, muy jóven entonces, pero ya muy notable, talento delicado, perspicaz y prudente, que desde esta época inspiraba grande confianza al emperador Alejandro, de quien Napoleon hacia mucho mas caso que del principe Kourakin, y que á la sazón se hallaba en San Petersburgo con licencia. Se le habia oído decir despues de su vuelta de la capital de Francia que, en queriendo aun se podia

(1) Hablo á tenor de los mismos despachos prusianos y austriacos.

arreglar todo; que Napoleon no era tan apasionado por la guerra como se creia generalmente; que con él habia necesidad de explicarse directamente, de hablar claro y sin ambages, y que procediendo de esta suerte se podia lograr satisfaccion y llegar a un honroso ajuste. De consiguiente se habia pensado en Mr. de Nesselrode é intentado enviarle á Paris con instrucciones y poderes para tratar todas las cuestiones recientemente suscitadas, y menos envenenadas por lo que se habia dicho que por lo que se habia callado. Halagado se mostraba Mr. de Nesselrode de que se le eligiera para tal mision á su edad, y dispuesto á no perdonar nada para salir airoso. Desgraciadamente lo mismo que le halagaba así hacia sombra á Mr. de Romanzoff que, muy interesado en precaver la guerra, experimentaba celos de resultados de los adelantos del jóven diplomático y de la confianza que Alejandro parecia manifestarle. Por tanto oponia á esta mision ciertas objeciones, bien que por otra parte estuviese pronto á hacer muchos sacrificios en obsequio de la paz y hasta de la alianza con Francia. Una objecion de Mr. de Romanzoff, que influia sobre el ánimo de Alejandro á causa de la susceptibilidad rusa, era que parecia que imploraba la paz enviando un diplomático con mision especial de negociarla, sobre todo no siendo los rusos los primeros autores de las providencias consideradas justamente como provocadoras.

Sin embargo, un suceso feliz para los rusos, sobrevenido en Turquía, proporcionó una coyuntura, que se resolvió no desperdiciar, para enviar á Mr. de Nesselrode á Paris sin apariéncia de flaqueza. El general Kutusoff, encargado á la sazón de

dirigir la guerra, se habia aprovechado de la incurria de los turcos, que despues de recuperar á Rutschuk quedaron inactivos, les habia atraído cerca de Nicopolis fingiendo intencion de pasar por allí el Danubio, y despues lo habia cruzado por cerca de Rutschuk, sorprendido el campamento del visir, dispersado parte de sus tropas, y tenían á las demas estrechamente bloqueadas en una isla del rio. Esta victoria, que al parecer debia obligar á la Puerta á entrar en tratos, produjo grande alborozo en San Petersburgo, donde se supo en noviembre de 1811. Autorizóse inmediatamente al general Kutusoff para abrir una negociacion y proponer la paz desistiendo de las primeras pretensiones rusas. Así no se pedian ya las provincias del Danubio, esto es, la Besarabia, la Moldavia y la Valaquia, sino la Besarabia y la Moldavia tan solo, é esta última hasta Sereth, una especie de independencia para la Valaquia y la Servia, un pequeño territorio á la parte del Caucazo, en la embocadura del Phase y una suma de veinte millones de piastras á título de indemnizacion de guerra. Sobre estas bases comenzaron las conferencias en Giurgewo, conviniéndose en un armisticio de muchos meses. A cada instante se esperaba en San Petersburgo ver llegar un correo con la noticia de la conclusion de la paz.

Aunque estos resultados fueran menos brillantes que los soñados por Alejandro, pues se habia lisonjeado de añadir de un mismo golpe á su imperio la Besarabia, la Moldavia y la Valaquia, además de Finlandia, no dejaban de ser excelentes, y la sola adquisicion de la Finlandia y la Besarabia señalaba de una manera harto ruidosa los princi-

pios de un reinado, que prometia ser no corto. Pero estos resultados le convenian mas bajo otro aspecto, el de poder enviar á Mr. de Nesselrode á París, sin que se achacase á debilidad en los salones de San Petersburgo. Dueño de todas sus fuerzas con el término de la guerra junto al Danubio, tanto parecia dar la paz como recibirla, aun prescindiendo de que se hallaba en aptitud de obtenerla mucho mas ventajosa.

Preparáronse pues las instrucciones para Mr. de Nesselrode: Alejandro se tomó el trabajo de redactarlas de su puño, y autorizó á Mr. de Lauriston para anunciar la proxima partida del nuevo plenipotenciario. Un grado mas se dió á Mr. de Nesselrode en la diplomacia rusa, para que se presentara revestido con todas las señales de la confianza imperial. Impacientemente se aguardaba un último correo de las márgenes del Danubio. á fin de que Mr. de Nesselrode partiera justamente en el momento de ser conocido el término de la guerra de Turquía, y de tener á la vez al tratar mas dignidad y mas fuerza.

Informadas fueron de estas disposiciones las diversas córtes del continente, y con especialidad las de Prusia y Austria. Mr. de Lauriston escribiólo todo á Paris con la visible satisfaccion de un buen ciudadano, mas encantado de haber obrado bien que seguro de que fuera aprobada su conducta, pues harto se traslucia en su lenguaje que dudaba mucho de agradar á su córte, trabajando por el mantenimiento de la paz con tanto abinco.

A pesar de despacharse muchas veces la noticia de la partida de Mr. de Nesselrode no llegó á Paris con todos los caracteres de certidumbre hasta me-

diados de diciembre. Mucho desconcertó á Napoleón, y contrarióle por mas de un motivo. Ya habia tenido conocimiento de los reveses de los turcos, de quienes dijo *que habian obrado como bestias*, y miraba el fin de la guerra de Turquía como el principio de la guerra de Francia. Efectivamente siempre habia creído que los rusos no aguardaban mas que esta ocasion para declararse en su contra, y colocarle entre condiciones inaceptables ó la guerra, alternativa para la cual su eleccion estaba hecha de antemano. Sobre esto la noticia del viage de Mr. de Nesselrode no le dejó la menor duda, y conjeturó que Rusia juzgaba punto menos que terminada la guerra con Turquía, y se apresuraba á aprovechar la coyuntura para dictarle condiciones. Motivo habia aqui para irritarse hasta lo sumo y sentirse impulsado á un estallido, á lo cual estaba muy inclinado, si no hubiera concebido un plan vasto, que exigia por su parte el mas profundo disimulo. Protestando siempre de su deseo de la paz, repitiendo que no se armaba sino por pura precaucion, queria llegar sucesivamente al Oder, luego al Vistula, antes que hubieran cruzado el Niemen los rusos, á fin de salvar los inmensos recursos en granos y forrages, que se hallaban en Polonia y la Vieja Prusia, recursos que no dejarian de destruir los rusos, si les dejaban tiempo, pues se vanagloriaban sin recato de estar prontos á convertir sus provincias en un desierto, al modo que en Portugal lo habian ejecutado los ingleses. Así cuanto mas lejos comenzara este desierto, menos grande seria la masa de lo que se necesitara llevar consigo. Por esto, despues de asegurarse Napoleón en Danzick, pensaba ahora en asegurar

la navegacion del Frische-Haff de resultas de sus negociaciones con Prusia, á fin de pasar por agua desde Danzick á Koenigsberg, y luego desde Koenigsberg á Tilsit. Solo desde el Niemen pensaba servirse de los trasportes por tierra, y se lisonjeaba de que, llevando viveres consigo á distancia de doscientas leguas, podria hundir el acero en el corazon de la Rusia. Todo este plan iba á quedar desbaratado si los rusos le tomaban la delantera, si cavando sobre la Vieja Prusia de improviso y sobre Polonia las convertian en un desierto, quemando los graneros y llevándose consigo los ganados. Se necesitaba, pues, llegar poco á poco, sin ruido, sin ruptura al Vistula, y despues al Pregel antes que el enemigo: se necesitaba tambien, y esto no importaba menos, retardar las hostilidades hasta el verano de 1812, pues la condicion de los inmensos trasportes que Napoleon habia preparado, exigia la reunion y el mantenimiento de una gran porcion de caballos, y si ellos habian de trasportar su alimento, valia mas desembarazarse de llevarlos, pues no se podria acarrear el alimento de los hombres. Con efecto, si los seis mil carros con sus tiros correspondientes habian de ir cargados de avena y no de trigo, no habia para que llevar consigo tan vasto aparato. Con el fin de evitar el inconveniente, se debia empezar la campaña por junio. Entonces se cubria la tierra hácia el Norte de forrages y mieses, y apacentando á los caballos de la caballeria, de la artilleria y del tren, que pasaban ya de cien mil y debian elevarse á ciento cincuenta mil muy pronto, con las cosechas de los rusos todavia en yerba, se aseguraba el mantenimiento de todos los animales que se llevaran en el

territorio enemigo. Habia pues necesidad de estos animales para el mantenimiento de los hombres, y de la llegada del verano para el mantenimiento de estos animales. Por afanosos que los rusos prendieran fuego á sus campos, no quemarian las yerbas. Añádase que con los inmensos preparativos que habia que llevar á remate, aun tomándolos con anticipacion de dos años, no eran de desperdiciar dos meses, como Napoleon lo sabia por experiencia, y que teniendo los rusos por arma la destruccion, y el la creacion de los recursos, no era el tiempo un elemento necesario para ellos, al paso que para él era indispensable.

Por estas profundas razones era menester deslizarse en cierto modo hácia el Vistula, y ganar, no solo terreno, sino tiempo sin producir una ruptura. Para salir airoso en este designio, nada mejor que el estado de la querrela oscura, indecisa, en que se repetia indefinidamente..... Armis..... Yo tambien..... Vos habeis empezado..... No tal, sino vos..... No queremos la guerra..... Ni nosotros tampoco, y otros propósitos de esta especie, muy insignificantes en apariencia, pero muy calculados por parte del que con estas réplicas enojosas ocupaba meses enteros, ganaba de diciembre á enero, de enero á febrero, y esperaba ganar todavia hasta junio de 1812. Como una explicacion clara y categórica debia poner término á esta situacion tan útil á los designios de Napoleon, y como la llegada de Mr. de Nesselrode iba á provocarla, no le convenia de ningun modo (1). Por mucha destreza que

(1) En materia tan grave, como en la que lo fuera menos, me desagradaria suponer nada. Pero las cartas más

Napoleon empleara, por mucho que supiera dominarse á sí mismo cuando en tal cosa ponía el empeño, con la penetracion de un hombre como Mr. de Nesselrode, era imposible no venir á un cabal esclarecimiento, á una solucion afirmativa ó negativa sin ambages, despues de la cual no habria mas que marchar de seguida unos contra otros. Pero, según acaba de verse, le importaba que los rusos llegaran al Niemen y los franceses al Pregel antes de declararse la guerra, y diciendo de continuo que era necesario explicarse, sin explicarse nunca á pesar de todo.

De consiguiente formó la resolucion de dar al punto sus últimas órdenes militares y al par se dedicó de la manera mas conveniente á impedir el viage de Mr. de Nesselrode á París, guardándose no obstante de ofender á la Rusia y de impulsarla á una ruptura inmediata. Veía al príncipe Kourakin muy á menudo; sabia, á causa de haberse esparcido el rumor por Europa, que el envio de Mr. de Nesselrode á París estaba cercano, y no dijo al príncipe Kourakin ni una palabra sobre este punto, silencio inexplicable del todo si no era desaprobador de la mision proyectada. No se limitó á esto, sino que, explicándose sobre el asunto con el ministro de Prusia, que debia necesariamente de recoger sus palabras y de trasmitirlas á Berlin, desde donde el deseo de ser útil á la causa de la

terminantes de Napoleon á las tres ó cuatro personas investidas con su confianza, el príncipe Eugenio, el mariscal Davout, Mr. de Cessac, y el mismo Mr. de Lauriston no dejan duda alguna sobre la realidad de este cálculo. Mas adelante se citarán pruebas materiales irrefragables.

paz podria hacerlas llegar hasta San Petersburgo, no dijo nada precisamente que se pareciera á la intencion de no recibir á Mr. de Nesselrode, pero mostróse frio, remiso, casi descontento, y pareció desaprobador el ruido que se metía con esta especie de mision extraordinaria, pues, en su concepto, así se empeñaba el amor propio de las dos potencias, haciéndolas mas exigentes é inclinándolas á escatimar las concesiones. A esta desaprobacion indirecta de la mision de Mr. de Nesselrode añadió en ocasion muy importante una marcada frialdad hácia la legacion rusa. El primero de año, dia destinado á las recepciones, apenas dirigió la palabra al príncipe Kourakin, que muy atento á las pequeñeces, no dejó de notarlo y dedujo que la mision de Mr. de Nesselrode no tenia probabilidad de buen suceso, ó por llegar tarde ó por mover á desagrado. Mas grave fué aun el ruido de las órdenes expedidas por Napoleon, ruido siempre bastante, por pequeño que sea, para llegar á los oidos del embajador peor informado de lo que ocurre. Napoleon habia encargado la discrecion mas absoluta, pero tantas gentes estaban en el secreto, tan difícil era ocultar algunas de las órdenes aquellas por su índole y su gravedad, que el arcano, posible para el vulgo, no lo era para una diplomacia que pagaba muy bien las traiciones. Con efecto Mr. de Czernicheff, ayudante del emperador Alejandro, con mision en París á menudo, habia ganado á un empleado, que le revelaba los secretos mas importantes del ministerio de la Guerra. Por estas diversas causas el príncipe Kourakin llegó á saber todo lo que Napoleon habia mandado, y lo que habia mandado no podia dejar duda alguna acerca de la

resolucion irrevocable de las próximas hostilidades.

Ante todo habia prescrito á Mr. de Cessac, ascendido á intendente de ejército, que preparara el senatus-consulto para el sorteo de la quinta de 1812, providencia necesariamente muy significativa, puesto que, habiendo ya recibido los cuadros toda la quinta de 1811 estaban sobradamente llenos para un aumento de pura precaucion. Ademas habia pedido á los gobiernos alemanes que suministraran su contingente completo, y lo habia exigido no solo á los principales, como los de Baviera, Sajonia, Wurtemberg, capaces de guardar un secreto, sino á todos los pequeños príncipes, á los cuales no habia manera de dirigirse sin que se divulgara pronto el hecho. A los mariscales Suchet y Soult habia escrito en cifra para que le enviaran sin demora los regimientos llamados del Vistula, regimientos excelentes de que se podia servir en Polonia. Ordenes habia comunicado para el pronto regreso de la Joven Guardia, acantonada en Castilla, y para el de los dragones, destinados á volver á Francia regimiento por regimiento. Esto explica cómo despues de haber hecho convergir todo en España sobre Valencia, con la idea de hacerlo refluir sobre Portugal de seguida, habia concentrado de improviso hácia Castilla las fuerzas disponibles, en vez de concentrarlas hácia Portugal, de modo que aprovechándose los ingleses del movimiento hácia Valencia para tomar á Ciudad-Rodrigo, se aprovecharon poco despues del movimiento hácia Castilla para tomar á Badajoz.

Independientemente de estas órdenes, Napoleon dirigió hácia el Rhin, no los destacamentos de la

Guardia, que se hallaba en París mismo, lo cual produjera harta sensacion, sino los que estaban acantonados en sus alrededores, tales por ejemplo como los regimientos de la Guardia holandesa. De nuevo apremió para las compras de caballos en Alemania, las cuales no se hacian tan de prisa como era de su agrado, y puso en marcha los batallones de los trenes, cuya organizacion estaba ya concluida, haciéndoles trasportar zapatos, aguardientes y en general diversos objetos de equipo. Ultimamente expidió la primera orden de movimiento al ejército de Italia, teniendo que atravesar este la Lombardia, el Tirol, la Baviera, la Sajonia para hallarse en linea junto al Vistula con el ejército del mariscal Davout, debia estar en movimiento lo menos con un mes de anticipacion á los otros, si se queria que no produjese retraso. Sin embargo, como de todas las providencias que tenia que adoptar era esta la mas ruidosa, pues no cabia hacer que este ejército evacuara la Italia, arrancándole de sus cantones para andar media Europa, sin ser cosa decidida la guerra, aplicóse á guardar bien su secreto, y escribió al príncipe Eugenio directamente, cuidando de evitar que intervinieran las oficinas. A este príncipe recomendó que aprestara sus divisiones en Brescia, Verona, y Trieste para mediados de enero, á fin de que en los últimos dias del propio mes se hallaran prontas á marchar con el material todo. Aunque para enero las pedia, no contaba con ellas hasta febrero, sabiendo con su experiencia suma que no es mucho conceder un mes á los retrasos inevitables. Tenia el proyecto de hacer partir las tropas de Italia á fines de febrero, y de no mover las del maris-

cal Davout sino en todo marzo, llevándolas no obstante de un modo rápido hácia el Vistula en el caso de que la noticia del movimiento del ejército de Italia indujera á los rusos á adelantarse sobre el Niemen. De no ser así proponíase empujar lentamente sus columnas hácia el Vistula, donde no deseaba tenerlas antes de mediados de abril, para llevarlas de seguida junto al Pregel á mediados de mayo, y junto al Niemen á mediados de junio. Empleando así tres meses en trasladarlas á este último río desde el Elba, hombres y caballos debían llegar descansados; hallándose en el teatro de la guerra con todo su contingente y equipo.

De todas estas providencias no ignoró la legación rusa más que la partida del ejército de Italia, fiada solo al príncipe Eugenio, y el llamamiento de los polacos de España, pedido á los mariscales Soult y Suchet por despachos en cifra. Pero conocía todas las otras y bastaban para desvanecer cualesquiera dudas, si vestigios podían quedar de ellas en punto á principiar las hostilidades para el presente año de 1812. Con efecto el príncipe Kourakin no abrigó ya ninguna desde los primeros días de enero. El silencio evidentemente voluntario, guardado con él acerca de la misión de Mr. de Nesselrode, la frialdad inusitada á todas luces que se le había manifestado, y que contrastaba con las atenciones de que comunmente era objeto, y por último todas las disposiciones divulgadas por el público susurro, equivalían á una demostración completa. Así el príncipe Kourakin despachó el 13 de enero un correo extraordinario á su corte, para enterarla de cuanto había sabido y observado por sí propio, y declararla que en su concepto la guer-

ra estaba decidida, y que era menester aprestarse al punto para sostenerla. Ordenes pedía también para los casos extremos, como el de abandonar á París por obligarle las circunstancias. Quizá lo sensible que fué á las frialdades de la corte dió más vivacidad á su convencimiento, pero si su disgusto personal le había impulsado á decir que la guerra estaba decidida, este disgusto había servido para ilustrarle, pues lo estaba de veras ya entonces de un modo irrevocable.

Cuando los despachos del príncipe Kourakin llegaron á San Petersburgo, se pensaba todavía en enviar á Mr. de Nesselrode á París, y solo se aguardaba la circunstancia determinante de un correo de Constantinopla para ordenar su partida. Desgraciadamente no llegaba el correo, y Mr. de Romanzoff, por celos del joven negociador, abusaba de este retraso. Partido el 13 de enero el correo del príncipe Kourakin, llegó el 27 á San Petersburgo, y produjo la sensación más viva. Al leer los despachos que llevaba, dióse asenso al dictamen del embajador y se tuvo por inevitable la guerra. Ya había mucha propensión á creer que la actual crisis no tendría otro desenlace, y antes que someterse á todas las voluntades de Napoleón como Prusia y Austria, antes que sacrificar las reliquias del comercio ruso, se había resuelto arrostrar las últimas extremidades. Con todo, de la prevision del hecho al hecho mismo, siempre existe una diferencia que los hombres sienten de una manera muy viva, y así tan profundamente afectó la seguridad de la guerra en San Petersburgo que Mr. de Lauriston pudo decir con fundamento que estaban allí consternados. Entonces la

opinión general de Europa era que se exponía á tanto peligro el que hiciera frente á Napoleón, á su genio, á sus ejércitos valerosos; tan formidables recuerdos eran los de Austerlitz, de Jena, de Bileau, de Friedland, que, aun con el mas noble sentimiento de patriotismo, con los odios ardientes de la aristocracia europea contra nosotros, inspiraba cierta especie de terror la idea de volver á comenzar una lucha que tan mal habia salido siempre. Además si esta vez se repetía tan adversa fortuna, podia muy bien suceder que se consolidara del todo la dominacion que se trataba de echar abajo, y que Rusia cayera en el segundo orden á que habian descendido Prusia y Austria, y á que tanto horror se tenia. La Providencia, que tan bien guardaba sus arcanos, aun no habia revelado el suyo, y los rusos ignoraban que estaban en visperas de su grandeza, y Napoleón todavia ignoraba mas que estaba en visperas de su caída. Sin embargo, de estos arcanos providenciales siempre se trasluce algo por el genio y aun por la pasion á las veces.

La pasion, que tan frecuentemente ciega y que por rareza ilustra, habia esta vez revelado parte de la verdad á los rusos. Se decian que habia derrotado á sus ejércitos en 1807, pero que estuvo á pique de hundirse en sus lodazales, ó de morir de hambre ó de frio en medio de sus escarchas. Se les venia á la memoria la catástrofe de Carlos XII: asimismo les ocupaba la reciente miseria á que se redujo á Massena en Portugal á fuerza de devastaciones, y que se divulgó por toda Europa con una especie de bárbara jactancia: y donde quiera repetian que, sin quemar los campos agenos

á semejanza de los ingleses, sino incendiando las propias campiñas, reducirian á Napoleón á una situacion todavia mas horrorosa que la de Massena. Así en todas las filas del ejército ruso oíase decir que habria necesidad de quemarlo y destruirlo todo, y de retirarse en seguida al fondo de Rusia sin empeñar batalla, que entonces se veria lo que podia el terrible emperador de los franceses en llanuras taladas, desprovistas de granos para sus soldados, de yerba para sus caballos, y que, nuevo Faraon, pereceria en la inmensidad del vacio, como el otro en la inmensidad de las olas. Este plan de evitar los grandes encuentros y de retirarse aniquilando, germinaba en la mente de todos, y cabe decir que no hubo quien no fuera general en tan solemnes circunstancias.

Entre los oficiales del emperador Alejandro habia tambien caracteres mas fogosos que otros que le aconsejaban convertir en desierto mas territorio, no aguardando á Napoleón junto al Niemen, no dejándole así los ricos graneros de Polonia y la Vieja Prusia, sino invadiendo al punto estas comarcas, pertenecientes unas á la odiosa Polonia, por la cual venia la guerra, otras á Prusia, que por debilidad se iba á aliar con Napoleón, ocupándolas no mas que algunos dias, destruyéndolas todo, y evacuándolas sin mas tardanza.

Pensando Alejandro lo mismo que todos los oficiales y soldados de su ejército sobre este punto, era muy de parecer que se opusieran á Napoleón las distancias y la ruina, que se rehusaran las batallas, y que se engolfaran en lo interior de Rusia, sin perjuicio de hacer alto y de pelear cuando estuvieran los franceses, abrumados por la fatiga y

por el hambre, pero no opinaba con los que pretendían invadir desde luego la Polonia y la Vieja Prusia para talarlas. Tomar la ofensiva, adelantarse, equivalía á proporcionar al gran ganador de batallas la eventualidad de un triunfo en los mismos países adonde se iba á contenerle, equivalía también á compartir la responsabilidad de la agresión cuando menos á los ojos de los pueblos, y Alejandro, antes de pedir á su nación los últimos sacrificios, deseaba que el universo todo se convenciese de que la agresión no era suya. Por último había otra razón de que Alejandro hablaba menos, si bien influía en su ánimo fuertemente, y era que mientras se pudiese armonizar la paz con el decoro quería conservarla, y no comprometerla de resultas de una imprudente iniciativa. Por su parte Mr. de Romanzoff, cuya política se había fundado en la alianza francesa, y que iba á perder con la guerra la base de su sistema y el verdadero motivo de su presencia en los consejos del imperio, se lisonjaba todavía de que, cuando Napoleón se hallara junto al Vistula y Alejandro sobre el Niemen, se podría entablar una especie de negociacion armada, y de que en visperas de engolfarse en vías espantosas habría quizá mas condescendencia por ambas partes, de que Napoleón mismo, después de haber tocado mas de cerca las dificultades de una guerra tan lejana, se mostraria menos exigente, y de que acabarían por entenderse en el último instante por medio de un compromiso que salvara el honor de todos; débil esperanza sin duda, pero á la cual no se podían decidir á renunciar ni Mr. de Romanzoff ni Alejandro.

Sobre estas bases el emperador de Rusia de-

terminó el sistema de guerra que convenia adoptar en union de su ministro y de algunos generales investidos con su confianza. Decidióse que se tendrían dos ejércitos numerosos, todos los elementos de los cuales estaban ya reunidos, uno junto al Dwina, otro junto al Dnieper, dos rios que, naciendo á algunas leguas el uno del otro, corren aquel hácia Riga y el Báltico, este hácia Odesa y el Mar Negro, y describen así una línea transversal del Noroeste al Sudeste, constituyendo, por decirlo de tal modo, la frontera interior del grande imperio ruso. Teniendo estos dos ejércitos junto al Niemen sus avanzadas, se retirarian concéntricamente á la aproximacion del enemigo, le presentarian una masa compacta que seria lo menos de doscientos cincuenta mil hombres, y á la cual se esperaba poder añadir muy en breve el número de cien mil en reservas. Otro tercer ejército de unos cuarenta mil hombres se mantendria en observacion hácia el lado de Austria y se daría la mano con el del Danubio, que ascendía á sesenta mil soldados, y estos dos ejércitos, segun los sucesos de Turquía, se encaminarian al teatro de la guerra, y de esta suerte harían subir á cuatrocientos mil hombres la suma total de las fuerzas rusas.

Estos medios, independientemente del clima, de las distancias y de los destrozos proyectados, tenían un valor considerable y alimentaban la confianza de los rusos; pero otros motivos contribuían además á fortificarla. Segun pensaban los rusos, la opinion representaria un importante papel en esta lucha, y los que lograsen ponerla de su parte obtendrian una grande ventaja. No se

les ocultaba que la misma Francia, aun cuando condenada á guardar silencio, no aprobaba estas guerras continuas, en las cuales se derramaba su sangre á torrentes por objetos que no se hallaban á su alcance, desde que sus fronteras no solo habían llegado sino dejado atrás á los Alpes, al Rhin y á los Pirineos. No ignoraban que, despues de un inmenso entusiasmo hácia la persona de Napoleon, empezaba á nacer un odio sordo en su contra y podia estallar al primer descalabro; que este odio en Alemania no tenia el carácter de sordo y oculto, sino de público y ardiente, mas violento aun que en España, donde el agotamiento de fuerzas lo habia amortiguado algun tanto; que en los Estados aliados, como Baviera, Wurtemberg, Sajonia, los pueblos se irritaban cruelmente contra sus principes de resultas de sacrificarlos á un soberano extranjero por el puro interés de un ensanche de territorio, y que entre ellos figuraba la quinta como la mas odiosa de las instituciones; que en Prusia, ademas de todos los males inherentes á las continuas guerras, se experimentaba el desconsuelo de la grandeza ya perdida; que en Austria, calmada algun tanto despues de la paz y del matrimonio, nutria la corte mas aversion que nunca contra Francia, y se echaba amargamente de menos la Italia y sobre todo la Iliria; que por último en el Norte, y en la misma Polonia, se sentian padecimientos que aminoraban mucho el entusiasmo hácia Napoleon, y aumentaban adictos á la opinion de algunos magnates polacos, los cuales entendian que la Polonia debia reconstituirse, mas no por Francia, sino por Rusia, poniendo la corona de los Jagelones en las sienas de Alejandro ó de algun principe de su familia. Y

era verdad que la infortunada Polonia, no teniendo otra riqueza que sus trigos, sus maderas, y sus cañamos, que no podian cruzar el puerto de Danzick desde que el bloqueo continental fué establecido, padecía de un modo horrible; que allí la nobleza estaba arruinada, el pueblo abrumado por las contribuciones, la ciudad de Danzick, de rica poblacion comercial transformada en poblacion belicosa, reducida á la última miseria. Tanto habia conmovido el espectáculo de estos males al general Rapp, sino cortesano, si bien de corazon excelente, que se atrevió á ponerlos en noticia del mariscal Davout, diciendo que, si el ejército francés sufría una sola derrota, e-tallaría una insurreccion general desde el Rhin hasta el Niemen y al punto. A pesar de distinguirse el mariscal Davout por frio y severo, de atender poco á los padecimientos de que participaba antes que nadie con sus soldados, y de guardar el silencio que imponía á los demas sobre públicos negocios, transmitió á Napoleon las cartas que el general Rapp le habia escrito, acompañándolas con estas notables palabras. — «Con efecto, señor, recuerdo que el año de 1709, á no ser por los milagros de V. M. en Ratisbona, nuestra situacion hubiera sido muy apurada en Alemania.»

Tales verdades harto tristes para nosotros eran las que, agregándose al convencimiento de sus fuerzas efectivas, inspiraban á los rusos la confianza de emprender una lucha formidable. Se decian por tanto que, si la guerra ofrece azares crueles, tambien los presenta ventajosos; que, si Napoleon encontraba en Rusia las llanuras de Pultawa, á semejanza de Carlos XII, toda la Alemania se levantaria á su espalda; que los principes aliados

se verian obligados por sus respetivos pueblos á desprenderse de su alianza; que la misma Polonia acogeria la idea de reconstituirse de otro modo que por mano de Napoleon, y que Francia exangüe, cansada de los sacrificios que le costaba una ambicion sin limites y sin objeto razonable, no haria ya los esfuerzos de que en otro tiempo se mostrara capaz con el fin de sostener su grandeza.

Estos motivos confirmaban á Alejandro en la resolucion de poner todos los desmanes de parte de Napoleon y ninguno de la suya, de no tomar la iniciativa de la agresion, de plantarse á las márgenes del Niemen sin cruzarlo, y de aguardar al enemigo, sin salirle al encuentro, en una actitud formidable, pero reservada. Esta conducta le parecia preferible de todo punto, militar y políticamente, sin contar que así salvaba la última eventualidad de la paz, siendo siempre posible que una negociacion venturosa hiciera caer en el último instante las armas de manos de todos. Este sistema fué llevado hasta el extremo de dejar al contrario la iniciativa de todos los actos evidentemente provocativos, como la partida de la Guardia imperial y la del emperador para el ejército. Así se resolvió no hacer salir la Guardia imperial rusa de San Petersburgo hasta que hubiera salido de París la Guardia imperial francesa, y el mismo Alejandro proyectó no abandonar su capital hasta que Napoleon hubiera abandonado la suya. Mas tarde se verá que solo en este punto no llevó hasta lo último su sistema.

En el propio sentido fué dirigida la diplomacia. Evidentemente nada habia que esperar de Prusia, ni de Austria. Todo lo que se podía obtener

de estas potencias era la neutralidad, y eso si Napoleon se la consentia; pero no habia que pensar en una cooperacion por su parte. Sin embargo, ciertas alianzas se brindaban con ardor y casi con importunidad, como la de Inglaterra, y ¿podria creerse? la de Suecia. La alianza de Inglaterra era natural, legitima, é inevitable al primer cañonazo que se disparara entre Francia y Rusia. En su afan por anudarla, el gabinete británico habia elegido el pretexto de una demanda de salitre, hecha por Rusia al comercio neutral, para despachar á Riga unos doce buques cargados de pólvora. Ademas envió á Suecia un agente, Mr. Thorton, quien á la menor esperanza de ser acogido, debia lanzarse al primer puerto ruso que le fuera abierto. Entretanto Mr. Thorton debia procurar en Estokolmo abocarse con la legacion rusa, valiéndose del gabinete sueco para que se pusiera buena cara á sus aberturas.

Conviene repetir que nada mas natural que esta impaciencia del gabinete británico, solo cabe afirmar que era harto petulante, y que, adelantándose tan pronto, se exponia á proporcionar la avenencia, si aun era posible, de aquellos á quienes queria desunir para siempre. Pero Suecia, ó, por hablar con mas exactitud, el príncipe que debia á Francia su ascenso á las gradas de aquel trono, se empleaba con ardimiento en buscarnos enemigos y en anudar alianzas en nuestra contra. Esto, que es capaz de sorprender y aun de sublevar á todo corazon honrado, era lo que se veia entonces, y formaba una de las partes que mas resaltaban en el cuadro extraordinario que se ofrecia á la sazón á los ojos del mundo.

El príncipe Bernadotte, elegido heredero del trono de Suecia en la ocasión, con el designio, y de la manera que se ha visto, se acababa de constituir definitivamente como el enemigo mas activo y ménos disfrazado de Napoleon. La negativa de la Noruega, acto tan honrado de una política que no lo era siempre, el desdenoso silencio prescripto á la legacion francesa, habian despertado en su corazon el odio antiguo que contra Napoleon abrigaba, y este odio ¿podria creerse? tenia por raiz la envidia. Envidioso por naturaleza, osaba tener celos del que siempre hubiera debido quedar fuera de alcance para su envidia, tanto la superioridad de gloria y de situacion imposibilitaba que el general Bonaparte y el general Bernadotte pudieran ser parangonados de ninguna manera. Se concebiria que este último tuviera celos de Moreau, de Massena, de Lannes, de Davout, aunque le superaban mil veces; pero para tenerlos de Napoleon se necesitaba la locura de la envidia en un espíritu y un corazon pequeños. Investido un momento con la regencia, de resultas de la salud intercadente del monarca reinante, privado luego de este papel á causa de que el monarca habia temido una alteracion demasiado grande en las relaciones con Francia, pero continuando en secreto como el principal motor de los negocios, repentinamente habia fijado su vista en los partidos, que al principio no le habian llamado al trono, en el partido inglés, compuesto de comerciantes y propietarios que vivian del contrabando, en el partido de la aristocracia, que detestaba á Francia y sus revoluciones, diciéndoles por todos los tonos, segun las circunstancias y casi siempre con singular impruden-

cia, que no pensaba ser esclavo de Napoleon; que era sueco y no francés; que si convenia á Francia arruinar á Suecia privándola de su comercio, no se prestaria á tal cosa, y que ante cómo pensaba en la prosperidad de su nueva patria. Respecto de los que le habian elegido y eran parciales de Francia, apasionados por la revolucion de 1789, por la antigua grandeza sueca, por la gloria de las armas, todo lo cual les habia inducido á elegir un general francés, hablábales de honor, de patria, de valor militar, y sin indicar dónde ni cómo, prometia guiarles á la victoria y restaurar la grandeza de Suecia. Halagando asi á todos los partidos por el lado que mas les tocaba, habia procurado asimismo atraerse las legaciones inglesa y rusa, existente la primera de un modo clandestino y la segunda oficialmente en Estokolmo, haciendo oír á cada uno lo que mejor podia convenirle. A una y otra dijo que estaba resuelto á sacudir el yugo de Francia; que si las principales potencias estaban determinadas á dar la señal él la seguiria; que conocia el lado flaco del genio y del poder de Napoleon, y enseñaria el secreto de batirle; que ya era mucho el general Bernadotte de menos en los ejércitos franceses; y que si Inglaterra y Rusia querian entenderse con Suecia, les podria ser de inmenso auxilio; que cuando Napoleon se hallara engolfado en Polonia, donde estuvo á punto de perecer en 1807, y donde pereciera á no ser por los servicios del general Bernadotte, podria él, príncipe real de Suecia, bajar al continente con treinta mil suecos, y aun con cincuenta mil si se le daban subsidios, é insurreccionaria toda la Alemania á espaldas del ejército francés. Por galardón de este socorro pe-

dia, no la Finlandia, pues conocia ser necesaria á Rusia, sino la Noruega, que era poco razonable dejar á Dinamarca, constante aliada de Napoleon y traidora á la causa de Europa.

Estas revelaciones, hechas con indiscrecion increíble á Inglaterra y Rusia, habian excitado cierta especie de desconfianza, tanto movian á asombro, y tan poca estimacion inspiraban hacia el autor de ellas. Dirigidas hasta al rey de Prusia en una entrevista secreta pedida á su embajador, habian sublevado la honradez de este monarca, el cual no se atrevió á denunciarnos este infiel hijo de Francia, si bien nos hizo ver harto claramente la necesidad de vigilarle. Por lo que hace á las potencias ya en lucha con nosotros como Inglaterra, ó próximas á estarlo como Rusia, habian contemplado á un enemigo de Napoleon de quien podian sacar partido, sin fiarse de él á pesar de todo. A fin de acercarse mejor de una á otra, el nuevo príncipe sueco habia tratado de valerse de la antigua influencia sueca en Turquía, para negociar la paz entre turcos y rusos, y hasta entabló negociaciones encaminadas á este objeto ora en San Petersburgo, ora en Constantinopla. Asi este personaje, tan nuevo en la escena del mundo, y tan inesperado enemigo de Francia, se brindaba á venir á Rusia ó Inglaterra, á Rusia y la Puerta, y queria ser á toda costa el púdo de todos estos lazos, la espada de todas estas coaliciones.

Alejandro, en su sistema de reserva que, segun acabamos de decir, tenia por objeto poner todos los desafueros de parte de su adversario y mantenerse libre de todo compromiso, á fin de hallarse en aptitud de optar por la paz hasta el último ins-

tante, no queria prestarse á las impaciencias de Inglaterra, ni á las intrigas de Suecia, cuya conversion le parecia demasiado rápida para merecer confianza. Una reflexion hizo muy natural y muy sencilla, la de que, una vez consumada la ruptura con Francia, la paz con Inglaterra seria asunto de una hora; que se establecerian las condiciones que él quisiese; que, hechos sus aprestos militares durante un año y durante diez los de Inglaterra, un retraso de dos ó tres meses en la avenencia no perjudicaria á la organizacion de sus recursos; y que el empleo de estos recursos no se podria regularizar bien hasta el momento mismo de las hostilidades; que así no tenia por que darse prisa, y que en anticiparse algun tanto nada ganaria mas que comprometerse con Napoleon y sacrificar las últimas esperanzas de paz de una manera definitiva. Consiguientemente rehusó los bageles cargados de pólvora, obligolos á salir de las aguas de Riga, con la amenaza de alejarlos á cañonazos si oponian resistencia, y dió á entender á Mr. Thorton que todavía no era tiempo de presentarse en San Petersburgo. En cuanto á Suecia, como estaba menos seguro de tenerla á su lado, porque al modo que esta potencia, en su movilidad ambiciosa, habia abandonado á Napoleon por un desengaño, podia abandonar á Rusia por las aberturas rechazadas, Alejandro resolvió escuchar sus increíbles designios, y aparentar que les daba oídos con la atencion de que eran merecedores, y que reflexionaba sobre ellos con la madurez que exigia su importancia. Alejandro envió al príncipe Bernadotte magnificas pieles, y le prodigo las manifestaciones personales mas lisonjeras. Respecto de Turquía,

la cual rechazaba obstinadamente las condiciones propuestas, y de ninguno modo queria ceder la Moldavia hasta Sereth, ni consentir en el protectorado de los rusos sobre la Valaquia y la Servia, ni desprenderse de la menor porcion de territorio á lo largo del Cáucaso por pequeña que fuese, ni pagar ninguna indemnizacion de guerra, con la persuasion de que, resistiendo algunos dias más, estrechada Rusia por las armas de Francia se veria obligada á desistir de todas sus pretensiones, modificó Alejandro una vez mas las condiciones propuestas, renunciando al protectorado sobre la Servia y la Valaquia, al territorio exigido á lo largo del Cáucaso, á la indemnizacion de guerra, pero insistió en obtener toda la Besarabia y la Moldavia hasta Sereth, y se lisonjeó de obtener la paz mediante estas nuevas condiciones, lo cual le debia dejar libre para disponer de todas sus fuerzas contra Francia.

Tales eran los planes de Rusia, planes, como se vé, muy bien entendidos, y muy adaptados á su situacion sobre todo. Segun el estado á que habian llegado las cosas, no se podia ya pensar en enviar á Mr. de Nesselrode á Paris, pues no valia la pena de darse apariencias de implorar la paz para no obtenerla. Asi el proyecto de este paso fué abandonado, con satisfaccion de Mr. de Romanzoff, harto irreflexiva. Alejandro dió parte de esta nueva resolucion á Mr. de Lauriston con un dolor no disimulado: dijole que el correo partido de Paris el 13 de enero no dejaba ni una sola esperanza de salvar la paz; que le pesaba mucho, porque no habia cesado de desearla sinceramente; que, para conservarla, habia resuelto atenerse á las con-

diciones de Tilsit, esto es, á continuar hostil á Inglaterra, hasta á sufrir el despojo de los Estados de Oldenburgo, salvo una indemnizacion que Francia fijaria á su gusto, y á consentir la existencia del gran ducado de Varsovia, con tal de que no se quisiera hacer de este ducado un principio de reino de Polonia. Ademas dijo que siempre estaba resignado á concurrir al bloqueo continental, cerrando sus puertos al pabellon británico, y buscando este pabellon bajo todas las denominaciones que usurpara; pero que le era imposible llevar este esmero hasta excluir el comercio americano totalmente, pues equivaldria á reducir su pais al estado de miseria en que se encontraba Polonia; que los americanos á quienes recibia se comunicaban sin duda con los ingleses, y así lo reconocia, pero que de su nacionalidad estaba seguro, y no los admitia cuando inspiraban la mas leve duda, que si se negaba á admitirlos despues de haberse comunicado con los ingleses no podria recibir á ninguno de ellos, lo cual seria ruinoso para Rusia, y por otra parte no podia ser obligatorio sino por efecto de los decretos de Berlin y Milan, en los cuales no tuvo participacion alguna; que cien veces habia repetido estas cosas y por última vez las repetia, para testificar bien lo que llamaba *su inocencia*; pero que ningun poder del mundo le haria salir de los terminos que habia fijado y aun fijaba; que sosten-dria una guerra de diez años, si era forzoso, y se retiraria al fondo de la Siberia antes que descender á la situacion de Austria y Prusia; que, provocando Napoleon esta ruptura, apreciaba muy mal sus verdaderos intereses; que ya Inglaterra tocaba casi al término de sus recursos, que si-

guiendo en mantenerla incomunicada, cual lo estaba entonces, y volviendo contra lord Wellington las fuerzas preparadas contra Rusia, se lograría la paz antes de un año; que, procediendo de otro modo, se iba á lanzar Napoleon á sucesos desconocidos é incalculables, y á devolver á Inglaterra todas las eventualidades de triunfo que habia perdido. Alejandro añadió que perseveraría incontrastable en la linea que se habia trazado; que sus tropas permanecerian detrás del Niemen, y no serian las primeras en cruzarlo; que queria que su nacion y el universo fueran testigos de que la agresion no era suya; que llevaba este escrúpulo hasta el extremo de negarse á oír una sola proposicion de Inglaterra; que habia despedido su pólvara; que despidiria á Mr. Thorton de igual manera, si Mr. Thorton se presentaba, sobre lo cual empeñaba su palabra de honor de hombre y de soberano. Por último dijo Alejandro que en semejante estado de cosas, el envio de Mr. de Nesselrode no era posible; que su dignidad se lo prohibia igualmente que el buen sentido, pues esta mision no conduciria á nada. Insistiendo Mr. de Lauriston en sostener que Mr. de Nesselrode seria en Paris bien acogido, expresóle entonces Alejandro lo que ya hemos referido del significativo silencio de Napoleon acerca de la mision de Mr. de Nesselrode, de su frialdad para con el principe Kourakin, datando precisamente desde que de esta mision se tuvo noticia, y acabó por declarar cómo se habia sabido por otra via que Napoleon lo desaprobaba. Esta via, que Alejandro indicaba sin nombrarla, era la de Prusia, la cual con intencion muy sana, creyendo ser útil al mantenimiento de la paz, ha-

bia comunicado las reflexiones de Napoleon sobre el inconveniente de meter demasiado ruido con el viage de Mr. de Nesselrode. Asi, por desear honradamente la paz esta potencia, habia dañado á tal causa en vez de servirla.

Al usar Alejandro de este lenguaje, mostrósese mas conmovido que nunca, bien que no menos resuelto que conmovido, y evidentemente habló como hombre que no temia manifestar el sentimiento que le ocasionaba la guerra, por lo determinado que estaba á hacerla, y á hacerla terrible. Dejó á Mr. de Lauriston tan afectado como él lo estaba, porque este ciudadano excelente sentíase como desesperado ante la idea de las hostilidades previendo lo que podria resultar de ellas. Por lo demas debia á Alejandro una acogida amigable del todo y habia sido colmado de atenciones. Solo por corresponder á las frialdades de que el principe Kourakin habia sido objeto, se le convidaba menos á menudo á comer en la corte, y la intimidad de la familia imperial; mas donde quiera que se le encontrase, eran las mismas las atenciones á su persona. Comprendido fué por la sociedad de San Petersburgo el ejemplo que le daba Alejandro. Mr. de Lauriston hallaba en todas partes infinitas contemplaciones, reservada cortesania, resolucion tranquila sin jactancia, y dolor sin debilidad en suma. No habia punto donde no viese personas que temieran la guerra, bien que decididas á aceptarla mas bien que retroceder un ápice de los límites que el emperador habia trazado. Ni injurias, ni malos tratamientos experimentaban los franceses en parte alguna. Esperábase con calma el momento de lanzarse á los furores del patriotismo y del encono.

Mr. de Lauriston, que habia recibido del 25 de enero al 3 de febrero todas las comunicaciones, de que acabamos de dar cuenta, trasmitiolas á su corte por un correo despachado el 3 de febrero con exactitud escrupulosa, añadiendo á ellas una pintura tan fiel como persuasiva del estado de los animos en San Petersburgo. Su correo llegó á París del 15 al 17 de febrero. Precedido habia sido por otros que anunciaban poco mas ó menos el mismo estado de cosas, y que hacian presumir que Mr. de Nesselrode ya no partiria, lo cual declaraba el último de un modo indudable.

Seguro Napoleon de que Mr. de Nesselrode ya no iria á Paris, habia logrado sus fines, mas hallaba á Rusia demasiado resuelta, y aunque le pareciese bastante intimidada para no tomar la ofensiva, siempre recelaba que la arrastrasen á cruzar el Niemen espíritus fogosos, y á tomar la delantera en Koenigsberg y Danzick á los franceses. De consiguiente resolvió concluir sin demora sus alianzas y poner desde luego en marcha sus tropas, á fin de no llegar el último al Vistula, y cuidó de acompañar estos actos decisivos con algunos pasos políticos de índole propia á calmar las emociones del gabinete ruso, haciéndole concebir ciertas esperanzas de paz.

Hasta ahora no habia querido Napoleon concluir sus alianzas por miedo de que Rusia estuviese demasiado alerta, y hacia esperar particularmente á la infeliz Prusia, temerosa de continuo de que se ocultara algun abominable lazo en tan prolijas dilaciones. Se debió hacer memoria de que Napoleon habia exigido imperiosamente de ella la interrupcion de sus armamentos, amenazándola

con quitarle á Berlin, Spandau, Grandentz, Colberg, el rey, el ejército, y cuanto quedaba de la monarquía del gran Federico, si no ponía fin á sus aprestos, y empeñándola por el contrario su palabra, si cedía, de concluir con ella un tratado de alianza, por cuyo primer artículo se estipularia la integridad del territorio prusiano. Desde el mes de octubre último la tenia en suspenso bajo pretextos diferentes, hasta que al cabo explicó el motivo de sus aplazamientos, muy sostenible y satisfactorio. Llegado el mes de febrero, y las cosas á punto de no haber ya dilaciones, tomó su partido, y causó un ostensible movimiento de alegría al monarca y á Mr. de Hardenberg, anunciándoles que se iba á firmar el tratado de alianza. El monarca prusiano, á quien Prusia habia empujado tanto á la guerra en 1805, y abandonado tan por completo en 1807, no se creia con deberes mas que respecto de su pais y su corona, y persuadido ademas, como todo el mundo, de que otra vez seria de Napoleon la victoria, no pudiendo permanecer neutral, se declaraba aliado suyo. Su política á la sazón era, puesto que daba á Napoleon un contingente, dársele todo lo fuerte que estuviere á su alcance, á fin de que al celebrarse la paz hubiera de concederle una gran recompensa en restituciones de plazas fuertes, en disminuciones de contribuciones de guerra, en extension de territorio. Hasta cien mil hombres ofrecia, si se consideraban necesarios, buenos soldados todos, mandados por el respetable general de Grawert, y prontos á prestar muy buenos servicios tan luego como vieren en la alianza francesa la certidumbre de la restauracion de su patria. Por galardón del socorro solcita-

ba el rey de Prusia una de las plazas del Oder quedadas en manos de Napoleon como prenda, la de Glogau, por ejemplo, que no estando como Sietin o Custrin en el camino que habian de llevar sus tropas, importaba menos á Francia; además la exención de los 50 ó 60.000.000 que aun debía al tesoro francés el tesoro prusiano, y por último al tiempo de la paz un ensanche de territorio, proporcionado á los servicios que prestara el ejército de Prusia. A mayor abundamiento el rey Federico Guillermo hubiera deseado que se neutralizara para él y su corte un territorio, especialmente el de Silesia, adonde se retiraria, lejos del tumulto de las armas, pues Berlin, situado al paso de todos los ejércitos de Europa, no iba a ser mas que una ciudad de guerra.

Otra era la política de Napoleon, y no entendia destruir la Prusia, ni restaurarla. Bastábale hallarla sumisa y desarmada en su camino, y no contaba lo bastante con los soldados prusianos para permitir que volviera á armar un gran número de ellos. No desconfiaba precisamente de su valor, ni de su lealtad, pero se figuraba con razon que en un dia de adversa fortuna para sus armas, se sentirian arrastrados por el espíritu germanico todos. No queria, pues, que Prusia tuviera mas soldados que los permitidos segun los tratados vigentes (cuarenta y dos mil), ni que hiciese excesivos gastos, y sacase de aqui pretexto para no cumplir sus compromisos pecuniarios respecto de Francia. Por estos motivos rechazó de plano sus proposiciones, diciendo que le bastaban veinte mil prusianos, y que no eran soldados los que necesitaba para batir á Rusia, sino viveres y caballos

con que trasportarlos. De consiguiente negóse á disminuir las contribuciones de Prusia, puesto que no tendria que soportar enormes dispendios, y solo consintió en tomar caballos, bueyes, granos, en compensacion del dinero que aun debía. Igualmente se negó á la restitucion de Glogau, manifestando que esta plaza se hallaba en su linea de operaciones, y que además, una vez admitida la alianza, todo venia á ser comun entre Francia y Prusia, y no tenia el rey por que echar de menos ninguna de sus fortalezas. En cuanto á la solicitud de neutralizar la Silesia, respondió fundadamente que estaba pronto á admitirla, pero que para garantizar esta neutralidad no bastaba Francia, necesitándose sobre todo obtenerla de Rusia. Respecto de la integridad del actual territorio prusiano y de una mejora de fronteras al tiempo de la paz, no opuso dificultad á empeñar promesas.

Ninguna cuestion podia suscitar, Prusia, caida como estaba, y de consiguiente el 24 de febrero firmóse un tratado, cuyas condiciones se reducian á lo siguiente. Prusia se comprometia á presentar veinte mil hombres, puestos inmediatamente á las órdenes de un general prusiano, pero obligados á obedecer al jefe del cuerpo de ejército francés, en donde estuvieran sirviendo. Los veinte y dos mil hombres restantes de Prusia debian estar distribuidos de este modo: cuatro mil en Colberg, tres mil en Graudentz, plazas que se reservaba exclusivamente el rey de Prusia, dos mil en Postdam para custodia de la real residencia, y el resto en Silesia. Exceptuando Colberg y Graudentz, en las ciudades cerradas ó abiertas no debia haber mas que milicias urbanas. La contribucion de guerra, de que Prusia

habia quedado deudora á Francia, se fijaba definitivamente en cuarenta y ocho millones, pagaderos veinte y seis de ellos en cédulas hipotecarias ya entregadas, catorce en suministros, ocho en dinero, pagaderos estos últimos al fin de la actual guerra. De los catorce millones, pagaderos en especie, se debian suministrar quince mil caballos, cuarenta y cuatro mil bueyes, y una considerable cantidad de cebada, avena y forrages. Convino en que á orillas del Vístula y del Oder se reunirian estos suministros.

Bajo estas condiciones Napoleon garantizó á Prusia su actual territorio, y para el caso de una guerra feliz contra Rusia, le prometió una extension de fronteras en resarcimiento de sus pérdidas anteriores. A pesar de las quejas de los prusianos contra Francia, este tratado debia merecer la aprobacion de las personas juiciosas, pues, no teniendo el rey de Prusia por que guardar consideraciones á Rusia, hacia bien de buscar sus seguridades, donde esperaba hallarlas. Respecto de Napoleon, no volviendo á la politica, ya tardía entonces, de reconstituir una Prusia grande y fuerte, que teniendo todo de él, le fuera fiel con perseverancia, nada mejor que proceder como procedia, esto es desarmándola, dispersando parte de sus soldados, llevando otra parte consigo para no dejarlos á espaldas del ejército francés, comiéndose por último sus géneros y sus ganados y haciendo uso de sus caballos.

Con Austria la posicion era muy diferente, como que no temia por su existencia, ni tenia necesidad alguna de ser aliada de Napoleon, pues, lejos de estar como Prusia bajo la mano de cuatrocientos

mil franceses, iba á tener casi á su discrecion la Italia, tan luego como partiera de allí el príncipe Eugenio. Asi hubiera querido eludir la alianza francesa, permanecer espectadora de la lucha, y sacar despues algunos provechos del vencedor á costa del vencido. Se inclinaba á creer que Napoleon alcanzaria la victoria, y bajo este aspecto pensaba que mas tendria que ganar con él que con el emperador Alejandro; pero para mayor seguridad, hubiera preferido no comprometerse con ninguno de ellos, y ahorrarse de hacer en San Petersburgo la declaracion desagradable de unirse á Francia contra Rusia. Pero no habia medio de librarse de la mano de hierro de Napoleon. Con él era forzoso pronunciarse en pró ó en contra; y al cabo, siendo su triunfo mas probable que el de Alejandro, en declararse á favor suyo habia la ventaja probable de recobrar la Iliria, es decir Trieste, que de todas sus pérdidas era la que sentia mas vivamente el Austria. Por lo demas, despues de dar su hija á Napoleon en matrimonio, la alianza francesa era para el emperador de Austria natural y facilmente explicable.

Portanto la corte de Viena consintió en un tratado de alianza con Francia, bien que exigiendo el mayor secreto, y reclamando que este tratado solo fuera conocido lo mas tarde posible, pues como decia Mr. de Metternick, en Austria nadie mas que el emperador y él eran parciales de esta alianza, y si se voceaba tal negociacion demasiado pronto, quizá surgieran desde luego oposiciones insuperables. Ademas era preferible sorprender á Rusia, presentándole de improviso un cuerpo de ejército con quien no pensaba habérselas en Volhynia.

Este cuerpo se hallaria completamente listo en Galitzia, donde ya se estaba juntando, bajo pretexto de tener tropas de observacion en la frontera. Por consiguiente en el secreto nada se perdia, y antes bien se ganaba todo.

Napoleon se prestó á guardar el secreto, porque lo que le importaba era contar con Austria, siéndole indiferente el dia en que se conociera esta alianza. Además participaba de la idea de tenerla oculta, con el designio siempre fijo en su mente de no apurar la paciencia de los rusos sino lo mas tarde posible.

Se convino pues, por tratado autentico, firmado el 16 de marzo, en que Francia y Austria se garantizarian reciprocamente la integridad de sus estados actuales; en que para la presente guerra suministraría el Austria un cuerpo de treinta mil hombres; en que se habria dirigido á Lemberg para el 15 de mayo, á condicion de que por esta época ya el ejército francés, de resultas de su movimiento ofensivo, hubiera atraído á si las fuerzas rusas; en que este cuerpo, mandado por un general austriaco (el principe de Schwarzenberg) estaria bajo las órdenes directas de Napoleon; y por último en que si el reino de Polonia era restablecido, Francia en compensacion del auxilio prestado por Austria la indemnizaria en Iliria, y en que de todos modos, si era feliz la guerra, trataria al emperador Francisco en la nueva division de territorios conforme á la amistad que debia unir á un yerno y á un suegro.

Segun se ve, este tratado comprometia al Austria á una débil ayuda, y le dejaba la facilidad de decir en San Petersburgo que era aliada solo por mera

forma, y á fin de evitar con Francia una guerra, para la cual no estaba preparada. Por otra parte derecho tenia para manifestar que, obrando de este modo, no hacia mas que lo que hizo Rusia en 1809.

Tocante á Napoleon cabe decir que habia logrado del Austria cuanto era posible sacar de ella, obligandola á contraer un compromiso formal por cuya virtud una traicion era inverosímil, ya que no imposible, y apelando escasamente á la actividad de los soldados austriacos, teniéndolos por cooperadores muy flojos, capaces en determinadas circunstancias de ser contrarios muy activos. Al propio tiempo habia hecho resplandecer ante los ojos de Austria una esperanza que podia ser prenda de la sinceridad de esta potencia, la esperanza de recobrar la Iliria.

Después de haber concluido estos tratados de alianza, sobre los cuales se estaba de acuerdo cuatro ó cinco semanas antes de firmarlos, dedicóse Napoleon definitivamente á poner en movimiento sus tropas. Ya habia prescripto al ejército de Italia que se concentrara al pie de los Alpes, y al mariscal Davout que estuviera pronto á volar sobre el Vistula, si contra todas las verosimilitudes, se anticipaban á pasar el Niemen los rusos. Preparado ya todo ordenó las primeras marchas, bien que de modo de no estar junto al Niemen antes de mayo. Véase como distribuyó su ejército numeroso, el mayor que se haya visto desde los conquistadores bárbaros que hacian mudar de lugar á pueblos enteros, el mayor de seguro entre todos los ejércitos regulares que han existido nunca, pues era la mas vasta reunion conocida de guerreros útiles, disciplinados é instruidos, sin aquella mezcla de mu-

geres, de niños y de criados que constituían en lo antiguo las tres cuartas partes de los ejércitos invasores. A reproducir vamos los guarismos exactos recogidos en los estados particulares de Napoleón, mucho más puntuales que los que tenía el ministerio de la Guerra.

Aunque Napoleón había delegado en el mariscal Davout, á causa de la especialidad de su talento, la organización de la mayor parte del ejército de operaciones, no le dió á mandar tantas tropas como había organizado, reservándose disponer de las grandes masas. Solo quiso, que hallándose el mariscal más próximo al teatro de la guerra, mas á la mano para obrar en el caso de que pasaran el Niemen los rusos, tuviese una fuerza bastante para contenerlos. Fióle, pues, cinco divisiones francesas sin rivales, como que eran las tres antiguas de Morand, Friant y Gudin, trasformadas en cinco, llevando cada regimiento de tres á cinco batallones de guerra. Para completarlos se habían añadido algunos batallones badeses, españoles, holandeses, anseáticos, encerrados en excelentes cuadros. Dos gefes de mérito sumo, los generales Compans y Déssaix, debían mandar las dos nuevas divisiones. Una polaca, la que estaba en Danzick y de su guarnición no formaba parte, era la sexta, y se componía de buenos soldados que en 1809 hicieron con éxito la campaña contra los austriacos.

Napoleón había conservado la antigua distribución de sus tropas de á caballo en caballería ligera destinada á los reconocimientos, en caballería de reserva para los ataques en línea. Esta se componía en proporción determinada también de caballería ligera, pero sobre todo de caballería

pesada y media, es decir, de coraceros, de lanceros y de dragones. A causa de su fuerza hallábase dividida esta reserva en cuatro cuerpos. Cinco regimientos de caballería ligera y dos divisiones de coraceros formaban el primero, que fué incorporado al ejército del mariscal Davout. Este reunió pues cerca de ochenta y dos mil hombres de infantería y de artillería, tres mil quinientos hombres de caballería ligera, particularmente agregada á su cuerpo, y once ó doce mil de caballería de reserva, es decir, de noventa y cinco á noventa y siete mil hombres de las mejores tropas que existían en Europa. Debían llevar el título de primer cuerpo, y su cuartel general era Hamburgo.

Además Napoleón confió al mariscal Davout la división prusiana de diez y seis á diez y siete mil hombres, que estaba puesta bajo las órdenes inmediatas del general Grawert, con lo cual llegó á reunir este mariscal muy cerca de ciento catorce mil soldados bajo su mando.

Al mariscal Oudinot dió Napoleón el segundo cuerpo, formado de las divisiones estacionadas en Holanda y del resto de las tropas organizadas por el mariscal Davout y no puestas á sus órdenes. Constaba de las dos divisiones francesas de Le-grand y Verdier, compuestas de parte de las antiguas divisiones de Massena y de Lannes, y de una hermosa división suiza, á la cual se habían añadido algunos batallones croatas y holandeses. Con la caballería ligera, la artillería y una división de coraceros, sacada de la reserva de caballería, se elevaba este cuerpo á cerca de cuarenta mil hombres de tropas no menos excelentes. Su cuar-

tel general estaba en Munster. Tres ó cuatro mil prusianos, resto de los que debia suministrar Prusia, y destinados al segundo cuerpo, custodiaban los puestos de Pillau, de Nehrung, y todos los que cierran el Frisch-Haff.

Con el título de tercer cuerpo fué Napoleon al mariscal Ney, cuya energia anhelaba utilizar especialmente en esta campaña, el resto de las antiguas tropas de Massena y de Lannes, reunidas en dos hermosas divisiones francesas á las órdenes de los generales Ledru y Razout. A estas añadió los wurtembergeses que ya habian servido á las órdenes del mariscal Ney, sumando así un total de treinta y nueve mil hombres de infantería, de artillería y de caballería ligera. Proponiéndose Napoleon valerse del mariscal Ney para los golpes vigorosos, le agregó un cuerpo entero de caballería de reserva, que fué el segundo y ascendia como á diez mil ginetes, la mayor parte coraceros. A Ney se le habia señalado por cuartel general á Maguncia.

El ejército del príncipe Eugenio recibió el título de cuarto cuerpo. Se componia de dos divisiones de infantería francesa de lo mejor que habia en el antiguo ejército de Italia, de una division italiana, que habia llegado á ser excelente, y de la Guardia Real. En totalidad podia subir á unos cuarenta y cinco mil soldados de todas armas, de los cuales era gefe natural el príncipe Eugenio, con el general Junot por principal lugarteniente.

De quinto cuerpo dió Napoleon el título al ejército polaco. Se acaba de ver que una division polaca, á sueldo de Francia, habia sido ya dada al mariscal Davout: otras dos divisiones, una de ellas

especialmente compuesta de los regimientos del Vistula, se hallaban tambien á sueldo de Francia, y debian mezclarse con las tropas francesas. Bajo sus órdenes especiales tuvo el príncipe Poniatowski el ejército polaco propiamente dicho, que estaba á sueldo del gran ducado de Varsovia y habia ya hecho á sus órdenes la campaña de 1809, campaña tan honorífica para los soldados como para el general en gefe. Este quinto cuerpo, fuerte de cerca de treinta y seis mil hombres de todas armas, tenia su cuartel general en Varsovia.

Los bavaros en número de veinte y cinco mil hombres, que servian con los franceses desde 1803, tomaron el título de sexto cuerpo, y fueron confiados al general Saint-Cyr, á quien Napoleon por causa de su mérito restituyó á su gracia, á pesar de una indocilidad de carácter molesta á menudo. Barentz era el punto de reunion de los bávaros, y allí debian encontrar al ejército de Italia para pelear á su lado. Procurando Napoleon compensar las diferencias de nacionalidad por contemplaciones particulares, habia resuelto unir á los bávaros y los italianos, á causa de las relaciones, no solo de parentesco, sino de cariño, que unian al príncipe Eugenio y á la corte de Baviera.

En número de diez y siete mil los sajones, tambien buenos soldados, y de entre los alemanes los menos hostiles á Francia, porque habia restituido á su rey la Polonia, fueron puestos á las órdenes del general Reynier, sabio oficial, muy idóneo para mandar á alemanes, y ya conocido por sus servicios tanto en España como en otras partes. Todos estos tomaron el título de séptimo cuerpo, y debian servir naturalmente con los polacos. Orden

tuvieron de juntarse en Glogau junto al Oder, y de dirigirse lo mas rápidamente posible á Kalisch, á fin de correr hácia el Vistula, si los polacos necesitaban de su socorro.

Ultimamente los westfalianos, organizados por el rey Gerónimo con esmero, bien que contándose entre ellos muchos hessoses, soldados mas briosos que adictos á su nuevo soberano, formaron el octavo cuerpo, y debieron concentrarse alrededor de Magdeburgo en número de diez y ocho mil hombres.

Dos tropas admirables quedaban, la caballería de reserva y la Guardia imperial. De los cuatro cuerpos que componian la caballería de reserva, dos habian sido agregados, al mariscal Davout uno, al mariscal Ney otro, y ademas una division de coraceros habia sido momentáneamente incorporada al mariscal Oudinot. Napoleon se reservaba volverlos á tomar segun las circunstancias y los lugares, y reunirlos en caso de necesidad bajo su mano. La porcion de esta caballería magnífica, no agregada todavía á cuerpo alguno de ejército, constaba de quince mil soberbios ginetes, que juntamente con la Guardia imperial seguian entretanto su marcha. Por lo que hace á esta habia llegado á formar un ejército verdadero, pues ella sola contaba no menos de cuarenta y siete mil hombres, entre los cuales habia seis mil ginetes escogidos y algunos miles de artilleros para servir una reserva de doscientas bocas de fuego. Dividida habia sido en dos cuerpos, uno de Jóven Guardia compuesto de los tiradores y cazadores, otro de Vieja Guardia compuesto de los fusileros y granaderos, de la caballería, la reserva de la artillería, y los regimien-

tos del Vistula, dignos por sus sentimientos de servir en la Guardia imperial.

El primer cuerpo de la Guardia estaba á las órdenes del mariscal Mortier, el segundo á las del viejo mariscal Lefebvre. No se podian dar gefes de mas peso á soldados mas valerosos. Ningún punto de reunion tenia la Guardia hasta que el cuartel general se fijara en alguna parte. Por el momento partia clandestinamente de París y sus alrededores, regimiento tras regimiento, con dos destinos provisionales, Berlin y Dresde. Una vez llegado Napoleon al ejército se debia agrupar completa en torno suyo. A esta larga enumeracion hay que añadir el gran parque de ingenieros, comprensivo de los zapadores y minadores, de los pontoneros y operarios de todas clases; el parque de artillería, comprensivo de todos los útiles propios de este arma; finalmente el tren de equipages, comprensivo de todos los carros, lo cual presentaba todavía una masa de diez y ocho mil hombres, guiando una inmensidad de caballos.

Tal era el ejército activo tan solo, el que debia cruzar el Niemen y penetrar en lo interior de Rusia. Sin contar los enfermos, los destacados, cuyo número considerable se va á ver en breve, los austriacos, distantes del teatro de las operaciones, este ejército activo presentaba en hombres, positivamente reunidos bajo bandera, la masa enorme de cuatrocientos veinte y tres mil soldados, todos válidos y perfectamente instruidos, de los cuales trescientos mil eran de infantería, setenta mil de caballería, treinta mil de artillería, arrastrando consigo mil bocas de fuego de campaña, seis trenes de puentes y viveres para un mes llevados en

carros. En vez de tener viveres para un mes solo, debíanlos juntar para dos en breve, si las órdenes de Napoleón se ejecutaban en tiempo útil.

Confundese la imaginación cuando se reflexiona que estos son guarismos reales, de los cuales se han excluido los no valores, y no guarismos ficticios como los que dan la mayor parte de los historiadores antiguos y modernos, hablando casi siempre a tenor de los rumores populares, casi nunca según los documentos de Estado, y no metiendo jamás en cuenta los enfermos, los destacadados, los desertores. Sin embargo, no son estas las fuerzas todas que Napoleón había aprestado para tan gigantesca lucha, después de la cual se decía con razón que sería el soberano real del mundo ó el mayor vencido de todos los tiempos. No desconociendo los terribles resentimientos de que su camino estaba, por decirlo así, sembrado desde el Rhin hasta el Niemen, había preparado á su espalda un poderoso ejército de reserva, cuyas fuerzas, diversas nacionalidades y distribución se van a enumerar ahora (1).

Empleando Napoleón con mucho tacto los buenos oficiales, vueltos de España por haberse hecho incompatibles con los que dirigían las operaciones en esta comarca, había elegido al mariscal Víctor, duque de Bellune, para confiarle el mando

(1) No necesito repetir que escribo teniendo á la vista los estados particulares del emperador, mucho más exactos que los del ministro de la Guerra, porque estaban rectificadas en los mismos lugares, y establecidos según las listas pasadas á los cuerpos en cada época de la campaña, estados que jamás han visto la luz desde que salieron de manos de Napoleón para pasar á los archivos.

de Berlín tan luego como el ejército pasara de esta capital. Le reservaba una división francesa, la duodécima, compuesta de dos hermosos regimientos ligeros y de muchos cuartos batallones, á las órdenes del general Partouneaux, las tropas de Berg y de Baden, una nueva división polaca, y además parte de los depósitos de los mariscales Davout y Oudinot, destinados á la custodia de la importante plaza de Magdeburgo. El total se elevaba á treinta y ocho ó treinta y nueve mil hombres y debía formar el noveno cuerpo, con el encargo de guardar desde el Elba hasta el Oder la Alemania.

Aun había diez mil hombres de tropas destacadas en plazas tales como Stettin, Custrin, Glogau, Erfurt. En Hanover había un depósito inmenso de caballería, donde se iban á montar en caballos alemanes nueve mil ginetes que iban á pie de Francia. Napoleón había determinado que parte de los cuartos batallones sacados de España, y algunos sextos batallones de los regimientos destinados á tener seis, formaran un cuerpo de reserva fiado al mariscal Augereau, y sumando actualmente treinta y siete mil hombres. Por último había llevado la prevision hasta el extremo de hacer ya partir de los depósitos de quince á diez y ocho mil reclutas, para reparar las pérdidas que resultaren de las primeras marchas y juntarse á sus cuerpos como batallones provisionales, al modo que en las campañas anteriores. Todavía quedaba la división de los pequeños príncipes alemanes, fuerte de cinco mil hombres y una división danesa de diez mil, que Dinamarca, por cuyos intereses habíamos caído en la enemistad de Suecia, se había ofrecido á

suministrarnos para el caso en que el príncipe Bernadotte ejecutara sus proyectos de bajar á espaldas del ejército francés. Esta division se hallaba reunida en la frontera del Holstein.

Estos diferentes cuerpos presentaban una nueva masa de ciento treinta mil hombres, destinados á mantener siempre completo el ejército activo, y en aptitud de proporcionar al primer peligro que sobreviniese lo menos cincuenta ó sesenta mil hombres de tropas reunidas y muy buenas, para oponerlas ya á los ingleses, si esta vez cumplian la palabra á sus aliados, ya á los suecos, si su nuevo príncipe realizaba sus amenazas.

Añadiendo al ejército activo de cuatrocientos veinte y tres mil hombres este ejército de reserva de ciento treinta mil, algunos destacamentos esparcidos en diversos pequeños puestos en número de doce mil, enfermos debidos en parte al servicio de invierno, que habia exigido el mantenimiento vigoroso del bloqueo continental, y sumando actualmente cuarenta mil, se sube á la masa enorme de seiscientos mil y mas hombres puestos en movimiento para este formidable conflicto. Se contaban entre ellos ochenta y cinco mil ginetes montados, cuarenta mil artilleros, veinte mil conductores de carros, ciento cuarenta mil caballos de silla ó de tiro, ¡qué esfuerzo de genio administrativo no habia sido menester para hacer marchar tantos seres vivos al servicio de la misma causa, sobre todo si se considera que aun quedaban ciento cincuenta mil hombres en los depósitos de Francia, cincuenta mil en Italia, trescientos mil en España, lo cual hacia subir el conjunto de nuestras fuerzas á mas de un millon y cien mil

hombres bajo la mano de un solo gefe! Pero que peligro tambien el de que esta inmensa máquina, tan artificialmente construida, se rompiera de pronto, si un descalabro ó un accidente físico llegaban á imprimirla un fuerte sacudimiento! Entonces, á semejanza de esos poderosos aparatos, maravillas de la ciencia moderna que marchan en irresistible conjunto mientras están en armonia sus resortes, pero que, si esta armonia cesa un momento, caen en un desorden que no es capaz de reparar mano humana, podia desmoronarse con estruendo espantoso y cubrir el continente con sus ruinas. ¡Y cuantas razones para temerlo al considerar la composicion de esta enorme máquina de guerra! Trescientos setenta mil franceses, cincuenta mil polacos, veinte mil italianos, diez mil suizos, los cuales sumaban cuatrocientos cincuenta mil soldados, con quienes se podia contar de seguro, no excediendo á pesar de todo sus fuerzas físicas y morales; finalmente ciento cincuenta mil prusianos, bávaros, sajones, wurtembergeses, westfalianos, holandeses, croatas, españoles y portugueses, detestándonos la mayor parte, mezclados á la verdad entre nuestros soldados con habilidad infinita, de manera de arrastrarles en cierto modo por el torrente de la buena voluntad general; tal era este increíble monton de fuerzas, que era forzoso admirar como prodigio del arte, pero admirar temblando, porque independientemente de su composicion tan varia, esta masa avanzaba del Rhin al Niemen sobre un suelo sembrado de odios. Llevaba consigo un inmenso material y una multitud de animales, entre los cuales el mas leve disturbio podia ocasionar un desorden horroroso, de

que no lograría triunfar ni el mismo genio que había formado tan prodigioso conjunto. Napoleón estaba, pues, en visperas del triunfo supremo de su arte, ó de la confusion de este arte llevado al exceso, en visperas de la dominacion universal ó de una catástrofe espantable sin ejemplo en la historia. Y desgraciadamente no tenía por excusa el odio patriótico y hereditario que devoraba el corazón de Anibal, porque el sentimiento que le arrastraba no era otro que la ambicion mas desapoderada que haya echado raíces en el corazón de un hijo de la fortuna.

Su primer cuidado debía ser llevar de España, de Italia, de Francia, de la Alemania Meridional hasta las fronteras de la Polonia aquella multitud de hombres, moverlos con orden, con miramientos, de manera que no les agobiara la fatiga, ni se cubriera el camino de enfermos y de rezagados, de manera sobre todo que no se causara una emocion demasiado fuerte á los rusos, y no se les provocara, como ya se ha dicho, á invadir la Polonia y la Vieja Prusia. Napoleón aplicó á estos fines cuanto pueden sugerir la astucia y el arte.

Ya hemos indicado su proyectó de operar todo su movimiento bajo la eji da del mariscal Davout, que, casi presente en los lugares, pues se hallaba entre el Elba y el Oder, solo necesitaba hacer diez ó doce marchas para plantarse junto al Vistula con la masa imponente de ciento cincuenta mil hombres, y estar en aptitud de contener á los rusos, si la necesidad lo requeria. Detrás de él debían avanzar sucesivamente todos los cuerpos, á fin de tomar posicion junto al Vistula. Como se ha visto, ya había expedido Napoleón las órdenes precisas

al ejército de Italia, que tenía que trasponer la mayor distancia para llegar á incorporarse á las tropas juntas en Alemania. Cuando el primer movimiento de este ejército, fijado para el fin de febrero se descubriera, proponiase Napoleón trasladar en los primeros dias de marzo al mariscal Davout junto al Oder, á los sajones un poco mas allá hasta Kalisch, para que se pudiesen unir mas pronto á los polacos, hacer avanzar al mismo tiempo en segunda línea á Oudinot sobre Berlin, á Gerónimo sobre Glogau, á Ney sobre Erfurt, y mandar en seguida que hicieran alto hasta fines de marzo, para dar tiempo á que á todos sus cuerpos se les juntara su cola y especialmente su multitud de carros. Otra vez queria Napoleón poner en movimiento el 1.º de abril sus masas, trasladan á Davout hácia el Vistula entre Thorn y Marienburgo, juntar sajones y polacos en torno de Varsovia, los westfalianos de Gerónimo en Posen, y establecer despues siempre en segunda línea, junto al Oder, á Oudinot en Stettin, á Ney en Francfort, al príncipe Eugenio con sus italianos y los bávaros en Glogau. La Guardia y los parques estaban destinados á formar una tercera línea entre Dresde y Berlin. Ocupados todos estos puntos, se debía hacer hasta el 15 de abril otro nuevo alto, y emprender el movimiento este dia, quedando Davout personalmente en Danzick junto al bajo Vistula, para acabar allí la preparacion del material, y avanzando la segunda y tercera línea hácia el Vistula, y estableciéndose allí en el orden siguiente: los prusianos á vanguardia entre Elbing, Pillau y Koenigsberg (lo cual no podia dar lugar á ninguna observacion de parte de los rusos, puesto

que los prusianos estaban en su casa), las tropas de Davout detrás entre Marienburgo y Marienwerder, las de Oudinot en Danzick, las de Ney en Thorn, las del príncipe Eugenio en Ploch, los polacos, los sajones, los westfalianos en Varsovia, la Guardia en Poson. Napoleon deseaba que se permaneciera en esta posición la mayor parte del mes de mayo, y que se ocupara este tiempo en reunir los hombres y el material que se hubieran quedado á retaguardia, en echar puentes sobre los diversos brazos del Vistula, en organizar la navegación del Frische-Haff, en aprestar para sus numerosos carros los caballos y bueyes de Prusia, en completar los almacenes con sus vituallas, en terminar la remonta de la caballería con sus caballos. Ultimamente llegado el mes de junio y brotada ya la yerba en los campos, había que avanzar entre Koenigsberg y Grodno y cruzar el Niemen del 15 al 20 de junio.

Dadas fueron las instrucciones de Napoleon á tenor de este plan. El príncipe Eugenio recibió órden de atravesar el Tirol con el menos ruido posible y bastante de prisa para estar en Ratisbona á principios de marzo. A los generales bávaros se previno que estuvieran prontos para incorporarse al príncipe Eugenio en el mismo punto y la misma fecha; Ney, Gerónimo, Oudinot, debían ponerse desde luego en línea con la derecha procedente de Italia. Cuando se descubrieran estos diversos movimientos, había de lanzar el mariscal Davout, á tenor de sus instrucciones, la división de Friant hácia la Pomerania Sueca, para castigar á Suecia por su conducta, de impulsar á sus demás divisiones hácia el Oder desde Stettin á Custrin, de hacer

que los prusianos ocuparan á Pillau y los demás puntos que cubren la navegación del Frische-Haff, de darse la mano por medio de su caballería con los polacos á la parte de Varsovia, y de no detenerse, si, contra todas las verosimilitudes, tomaran la ofensiva los rusos, y de marchar contra ellos en derechura, rechazándolos mas allá del Niemen. Por preparados que pudieran estar los rusos, el mariscal Davout con los ciento cincuenta mil hombres de que disponía, estaba en aptitud de libertar de sus estragos las ricas cosechas de Polonia y la Vieja Prusia.

Arreglado así todo, Napoleon quiso añadir las precauciones diplomáticas á las precauciones militares, con el fin de evitar que los rusos tomaran súbito la iniciativa. Ya con sus frialdades y su calculado silencio, se había ahorrado la misión de Mr. de Nesselrode. Hasta podía temer el salir tan airoso en esto, pues haciendo la guerra demasiado segura, cabía que el emperador Alejandro desistiera de su sistema de contemporizaciones. A fin de contrarestar este peligro, hizo dirigir á Mr. de Lauriston, por un correo seguro, un despacho muy detallado y de consiguiente muy secreto, en que el plan se descubría del todo; en que la marcha del príncipe Eugenio, la del mariscal Davout y la de los demás cuerpos franceses estaban expuestas á las claras; en que se explicaba que el objeto de todos estos movimientos era trasladarse junto al Vistula, hacer allí asiento, extenderse de seguida hácia Elbing y Koenigsberg, para salvar de manos de los rusos los ricos graneros de Polonia y la Vieja Prusia. Se decía que, para lograrlo, era menester ganar tiempo á toda costa, é impedir que

los rusos, fuertemente provocados, llegasen á devastar el país de donde se quería sacar una parte de los recursos; que, con esta mira, se necesitaba que, al ser conocido el movimiento del ejército de Italia, como que lo había de emprender antes que otro alguno, se negara absolutamente, conviniendo no obstante en la marcha de algunos conscritos toscanos y piemonteses, enviados mas allá de los Alpes para unirse á sus cuerpos en Alemania; que luego, cuando ya no fuera posible la negativa, se necesitaba confesar la noticia de la concentracion del ejército francés junto al Oder, pero añadiendo que esta concentracion no implicaba necesariamente la guerra, como tampoco la implicaba la concentracion de los rusos junto al Dwina y el Dnieper; que, avanzando hasta el Oder, estaba lejos el ejército francés de operar un movimiento igual al operado por el ejército ruso; que la dignidad del emperador Napoleon le imponía la obligacion de no quedarse detrás del emperador Alejandro; que si acontecia que el ejército francés avanzase algo mas allá del Oder, seria solo para tomar una posicion que correspondiera exactamente á la del ejército ruso; que la intencion formal de Napoleon era siempre negociar, no combatir, pero que negociando queria conservar una actitud proporcionada á su poderío.

En este despacho se prevenía á Mr. de Lauriston que usara un lenguaje tan tranquilizador como fuera posible; que inculcara á los rusos la idea de una negociacion armada y no de una guerra decidida; que hasta se volviera á pedir la mision de Mr. de Nesselrode, como si se sintiera que no se hubiese verificado, y se insistiera en que se tornase á este proyecto; que se ofreciera, si los ánimos se inflama-

ban demasiado en San Petersburgo, una entrevista de los dos emperadores junto al Vistula, cuidando sin embargo de no apelar á este arbitrio hasta el último extremo, pues en todo se pensaba en Paris menos en que la tal entrevista se realizase, y solo se tiraba á ganar tiempo, con el fin de llegar al Niemen antes de que lo cruzaran los rusos. Últimamente se autorizaba á Mr. de Lauriston para contraer el compromiso de detener al ejército francés junto al Vistula, si era forzoso contraerlo para precaver hostilidades prematuras, si bien dándose aires de negociador que, por su deseo ardiente de la paz, se excedia de sus instrucciones, y si á pesar de todos estos artificios no se lograba impedir el paso del Niemen, Mr. de Lauriston debía anunciar al punto la guerra, la guerra inmediata, pedir sus pasaportes y obligar á las legaciones de las cortes aliadas á pedir los suyos. Pero se recomendaba particularmente á Mr. de Lauriston que lo pusiera todo por obra para evitar un estallido tan subitáneo y tan opuesto á las miras del emperador.

Se podia contar con el celo de Mr. de Lauriston para evitar una ruptura, bien que se le revelaba claramente que el único resultado de sus esfuerzos seria aplazarla. Pero, deseando ardientemente impedir la, debía tenerse por felicísimo de lograr retardarla á lo menos. Sin embargo, temeroso Napoleon de no conseguir su designio, quiso recurrir todavia á un medio mas directo sobre el emperador Alejandro. Entonces tenia á su lado á Mr. de Czernicheff, empleado en frecuentes misiones de San Petersburgo en Paris, con numerosas relaciones en la corte de Francia, muy complacido y con arte para agradar, y habiendo abu-

sado de las libertades que se le permitían hasta el extremo de corromper á uno de los principales oficiales del ministerio de la Guerra. Se empezaba á traslucir este hecho, mas no era ocasion de un estallido. Asi pues Napoleon imaginó enviar á Mr. de Czernicheff á San Petersburgo; para protestar cerca de Alejandro de sus pacíficas intenciones; que Napoleon ignoraba lo que de él se queria; que no armaba mas que porque se armaba en su contra; que solo deseaba las condiciones de Tilsit; y que si, en vez de pasarse á cuchillo, se prefería explicarse, pronto estaba á cambiar una negociacion por la guerra.

Para tentar este paso, nada conforme á la actitud tomada respecto de Rusia, Napoleon tenia un pretexto bastante natural. En sus últimas expansiones con Mr. de Lauriston, considerando el emperador Alejandro y el canciller de Romanzoff como cosa decidida la guerra, é indagando el motivo que podia tener Napoleon para deseirla, dijeron que sin duda Polonia era la que les ocasionaba esta nueva contienda; que no hallando completa Napoleon la creacion del gran ducado de Varsovia, habia determinado reconstituir la Polonia del todo; que esto era evidentemente el deseo que en lo intimo del cerazon alimentaba, y el que habia dictado la negativa á firmar la convencion propuesta en 1810. Trasmitiéndolo Mr. de Lauriston todo con exactitud extremada, en sus despachos mas recientes habia comunicado esta conjetura del emperador Alejandro y de su ministro. Tanto bastaba para proporcionar á Napoleon la coyuntura de un paso, pues debia apresurarse á negar la intencion que se le atribuía.

Moraba en el palacio del Eliseo, adonde habia ido á establecerse á pesar de estar frio y húmedo, como deshabilitado durante largo tiempo. Allí habia contraído una indisposicion fuerte y no podia hablar sino con trabajo. Sin embargo, platicó á la larga con Mr. de Czernicheff en un tono de hombría de bien y de donaire, de que sabia usar oportunamente y siempre con gran fruto. Le dijo que por sus últimas noticias de San Petersburgo veia que sobre sus proyectos se forjaban ideas absolutamente falsas; que se le atribuía la intencion de reconstituir la Polonia, y que á este designio se achacaban sus aprestos militares; que era un error craso, que de ninguna manera pensaba en la reconstitucion de la Polonia; que ni ilusion ni reticencia abrigaba acerca de la posibilidad de empresa semejante; que, si en ella hubiera pensado seriamente la ensayara en 1807 y 1809, y que, no habiéndola intentado entonces, claro era que no creia deberla llevar á remate; que si en 1810 se habia negado á la convencion, por la cual le exigia el emperador Alejandro que se comprometiera á no restablecer jamás la Polonia, fué tan solo porque la forma del compromiso, que se trataba de imponerle, se resentia de deshonrosa, y no porque alimentase el pensamiento que se suponía; que le interesaba que sobre esto no se engañase la corte de San Petersburgo, ni se forjase quiméricos temores; que la única razon para sus armamentos estribaba en que creia ver á Rusia cambiar en aquel momento de alianza, y pasarse del campo francés al campo inglés con armas y bagajes; que el ruido hecho de resultas de lo del ducado de Oidennurgo, el ukase de 34 de diciembre de 1810

relativo á las manufacturas, la introduccion en los puertos rusos del pabellon americano, y finalmente los armamentos rusos, llevados hasta el extremo de retirar sus tropas de Turquía y de exponerse á una derrota, habian sido á sus ojos convincentísimas señales de un cambio radical de disposiciones por parte del emperador Alejandro, y que de resultas se habia puesto en guardia, y emprendido los armamentos de que era testigo la Europa; que á mayor abundamiento se podia reparar el daño; que en Tilsit se habia concluido la paz cuando Alejandro le dijo que aborrecia á los ingleses; que todo fué fácil desde que hizo esta declaracion terminante, y que ya nada le disputó de lo que deseaba; que la situacion era exactamente la misma; que la paz ó la guerra dependian de las verdaderas disposiciones del czar; que si se queria avenir con la Inglaterra necesario era prepararse á la guerra inmediata; que si por el contrario queria mantenerse en formales hostilidades con ella, cerrarle sus puertos, ayudar á Napoleon á reducirla por medio de la prohibicion de todo comercio, no habia mas que explicarse, y no solo la paz seria salvada, sino que la intimididad mas perfecta quedaria restablecida.

Repitiendo Napoleon su eterno tema sobre el restablecimiento fraudulento de las relaciones mercantiles de Rusia con Inglaterra, Mr. de Czernicheff repitió el tema ruso, y nada nuevo se dijo por una parte ni por otra. Pero Napoleon trató de producir en el ánimo de Mr. de Czernicheff la impresion de que la guerra no era inevitable, que distaba mucho de ser para él resolucion fija, y que una explicacion de las dos potencias armadas, la

una junto al Niemen, la otra junto al Vistula, podria arreglarlo todo. De nada mas necesitaba, pues en tanto que Rusia conservara la esperanza de salvar la paz, se abstendria de toda agresion y no pasaria el Niemen, aunque se adelantaran hasta el Vistula los franceses. Efectivamente Napoleon produjo impresion grande en el animo de Mr. de Czernicheff y le hubiera persuadido del todo, si este no recibiera algunas horas antes de las oficinas de la guerra pruebas seguras de la actividad de nuestros preparativos, preparativos tan vastos y tan precipitados que era imposible conciliarlos con la idea de una demostracion militar sencilla y destinada á apoyar las negociaciones.

Sin embargo, Mr. de Czernicheff partió menos convencido de la inminencia de la guerra que lo hubiera estado sin esta entrevista y con una carta del emperador Napoleon para el emperador Alejandro, carta cortés, amistosa, pero altanera, comprometiendo á Alejandro á creer todo lo que Mr. de Czernicheff le dijera de su parte, y repitiéndole que por mucho que avanzasen uno y otro en aprestos de guerra, si se queria, todo podria acabar como entre amigos.

Aquel mismo dia Mr. de Bassano dirigió á Mr. de Lauriston un nuevo despacho, que descubria las intenciones de Napoleon por completo. «Vuestro deber (le decia) es acreditar constantemente las mas pacíficas disposiciones. Tiene interés el emperador en que puedan sus tropas avanzar poco á poco hácia el Vistula, tomar allí descanso, establecerse, fortificarse, formar cabezas de puente, y por último poner de su parte todas las ventajas y asegurarse la iniciativa de los movimientos.

»Bien ha tratado el emperador al coronel Czernicheff, pero no os ocultaré que este oficial ha empleado su tiempo en París en intrigar y sembrar la corrupción. Lo sabía el emperador y le ha dejado hacer, agradándole que estuviese enterado de todo. Realmente los preparativos de S. M. son inmensos, y no puede menos de ganar en que sean conocidos.....

»Sin duda el emperador Alejandro os enseñará la carta que le ha escrito S. M., y que es muy sencilla.....

»No piensa el emperador en una entrevista; ni se cuida tampoco de una negociacion que en París no se ha de llevar á cabo. Ninguna confianza tiene en una negociacion cualquiera, á no ser que los cuatrocientos cincuenta mil hombres que ha puesto en movimiento (solo aludia aqui al ejército activo) y su inmenso aparato indozcan á hacer serias reflexiones al gabinete de San Petersburgo, y le traigan sinceramente al sistema que en Tilsit fué establecido, y no vuelva á colocar á la Rusia en el estado de inferioridad en que se hallaba entonces. Vuestro objeto único, señor conde, debe ser ganar tiempo. Ya la cabeza del ejército de Italia está en Munich, y el movimiento general se descubre por todas partes. Sostened en toda ocasion que si estalla la guerra, solo de Rusia será la culpa; que los asuntos de Polonia no entran por nada en las determinaciones de S. M.: que no se propone otro fin que el restablecimiento del sistema, al cual ha dado harto á entender Rusia que deseaba renunciar con sus armamentos y sus pasos.»

Este despacho explicaba la verdadera idea de Napoleon, idea de dominacion universal y supre-

ma, especialmente respecto de Rusia, á la cual pensaba reducir al estado de inferioridad en que se hallaba al dia siguiente de Friedland, en que no habia cesado de hallarse, en que hasta se avenia á continuar un dia y otro, puesto que le dejaba hacer todo cuanto queria en Europa, pero inferioridad que ella no se conformaba á que fuera tan manifiesta, ni mercantilmente tan perjudicial como él exigia. Y á la verdad bien habia para contentarse con tal sumision de parte de una potencia, que era entonces la primera del continente despues de Francia, y de seguro igual á Inglaterra en Europa.

Seguidamente Napoleon se trasladó á Saint-Cloud con toda la corte, aunque la estacion fuese todavia rigorosa, pues se estaba á fines de marzo: trasladóse alli por un motivo que, en medio de su omnipotencia, debe parecer bien extraño, era por evadirse de las murmuraciones del pueblo, que aun no habia experimentado, pero que se hacian oír por todas partes, y amenazaban estallar hasta en su presencia. Tiempo hacia que en el pueblo de París no era ya comun esta osadia de quejarse, y revelaba la intensidad de sus padecimientos, que provenian de muchas causas, la carestia, la quinta, el llamamiento de guardias nacionales, y por último la guerra, que ocasionaba ó agravaba todos estos males.

Una espantosa sequia, que se habia prolongado todo el verano de 1811, mezclándose ademas horribles tempestades en algunas comarcas, habia destruído la cosecha de cereales casi en toda Europa, produciéndose no obstante vinos excelentes, conocidos con el nombre de *vinos de la cometa*. Ma-

la habia sido la cosecha hasta en Polonia, sin producir la carestia á pesar de todo, gracias á las cosechas anteriores engraneras y no vendidas, pero sin poner término á la miseria resultante de la carencia de mercados. En Alemania, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en España, habia sido inmenso el estrago de cereales. En Francia los trigos habian subido á 50, 60, y 70 francos el hectolitro, precio muy superior al que hoy representaria este propio guarismo. Ya el pueblo no tenia mas espera, y en muchas localidades perturbaba el comercio, detenia los carros, invadia los mercados, clamaba contra los acaparadores, y con su ordinaria ceguedad procedia asi contra sus verdaderos intereses, pues era causa de que el género se ocultara, no saliera al mercado y aumentara de precio, no solo en proporcion de su escasez efectiva, sino tambien de su escasez aparente.

A pesar de ser Napoleon enemigo de las doctrinas revolucionarias (y designamos de este modo, no los puros y nobles principios de 89, sino las opiniones insensatas, nacidas de la exaltacion de las pasiones populares) á pesar de ser enemigo Napoleon de estas doctrinas, á ellas tornaba poco á poco, dejándose arrastrar como en todas las cosas mas allá de los límites de la razon. Enemigo del regicidio, viósele en un dia de cólera mandar fusilar al duque de Enghien; amargo censor de la constitucion civil del clero, tenia al papa cautivo en Savona; desaprobador severo de las violencias del Directorio, tenia á la sazón atestadas las cárceles de detenidos por causas religiosas; desprecia-
 dor de la política revolucionaria, que habia suscitado la guerra en todas partes, se hallaba en

guerra con toda Europa por colocar á sus hermanos en la mayor parte de los tronos del Occidente; finalmente, habiendo perseguido con sus sarcasmos los principios administrativos de 1793, tales como el máximo y los rigores comerciales respecto de América, acababa de crear en la Europa entera con su legislacion sobre los géneros coloniales el sistema de comercio mas extraño y mas violento que puede imaginarse. Bajo este último aspecto su guerra al comercio inglés le podia servir de excusa por los graves efectos que producía. Pero respecto de cereales, estrechado á huir de las murmuraciones del pueblo, á descargar su política de toda conexión con la carestia de los comestibles, á adular en suma á la masas, á las cuales hacia sufrir por tantos lados, formó un consejo de subsistencias, compuesto del ministro de lo Interior, del director general de abastos, de los consejeros de Estado, Real y Dubois, de los prefectos del Sena y de policia, y por último del archicanciller; y allí sostenia doctrinas indignas de su razon elevada, hablando nada menos que de tasar los granos, y de fijar su precio á voluntad de las administraciones locales. Fundábase en el hecho de que los propietarios y los colonos abusaban de la estrechez del pueblo para subir los precios sin medida, lo cual era exacto y deplorable, pero no podia ser corregido ni reparado por una tarifa arbitraria, porque no hallándose suficientemente pagados los poseedores de cereales, cesarian de abastecer los mercados, guardarían en sus casas los granos que venderían aun á precios mas subidos, harian nacer entre el pueblo la tentacion del pillage, y provocarian asi desórdenes mucho mas trascendenta-

les que aquellos á que se procuraba poner coto. El principe archicanciller Cambaceres habia resistido las falsas teorías de Napoleon, y hasta ahora le habia hecho desistir de ceder á su primer impulso. Pero no debia continuar victorioso por largo tiempo, sobre todo relativamente al abastecimiento de Paris. Mas numeroso, mas sensible el pueblo de la capital que otro alguno, situado mas cerca de los oídos de los soberanos, tiene el privilegio de conmoverlos mas y ocuparlos mas asiduamente. Napoleon habia empleado mucho años y muchos millones en crear en Paris una reserva de granos y harinas de quinientos mil quintales, que la administración de lo interior habia dejado bajar á trescientos mil, cuando, distraida por otras atenciones, descuidó esta. No se podia pues abaratar el precio, derramando en el mercado de la capital las cantidades acumuladas por el Estado. Lo que faltaba mas no era el grano, sino la molienda. En vez de los treinta mil sacos diarios de harina que se habia proyectado tener para presentar cotidianamente en la alhóndiga una cantidad bastante, no se juntaban mas que diez y siete mil á lo sumo, y esto no bastaba para mantener á 70 ó 72 francos el precio del saco de harina, que propendia á subir á 120. Al precio del cual no se queria que se excediera, no quedaba otro arbitrio que el de resignarse á surtir á Paris del todo, siendo su consumo diario de mil quinientos sacos de harina, y para conseguirlo, se necesitaba, no solo agotar la reserva de granos, sino emplear medios extraordinarios con el fin de que se moliera. Poco escrupuloso Napoleon en los medios al tratarse de aplacar el hambre del pueblo de Paris y de impedir que

atribuyese sus padecimientos á la guerra, hizo requerir á todos los molinos del contorno, moler los granos de autoridad, y prohibir las compras de granos que se hacian en torno de la capital para Nantes y otras ciudades. No logrando, ni aun con sus procederés violentos, moderar el alza, que era tanto mas fuerte cuanto mas se segregaba el comercio, otorgó una indemnización á los tahoneros, para resarcirles de la diferencia entre el precio á que les obligaba á vender el pan y el precio efectivo que este pan les costaba. Se repartieron tambien de orden suya, y esto era mas legitimo, sopas gratuitas, siempre con el objeto de hacer callar, á expensas del resto de Francia, á aquel pueblo de Paris tan próximo al soberano y tan temido. Y entretanto amenazaba con no pararse en estas providencias, y hablaba de tasar los granos, si aumentaba la carestía. Ahora bien, una amenaza de esta especie bastaba para agravar el mal, alejando definitivamente la intervencion del comercio.

La formación de las cohortes de la guardia nacional era otra de las causas de safrimiento y murmuraciones. No pareceria creible, y sin embargo, es verdadero, que Napoleon lleno de la idea de su poderio hasta el extremo de provocar sin necesidad un nuevo conflicto en Europa, estaba asediado por el pensamiento vago, confuso, pero incansante de un gran peligro; y que, por ejemplo, sus precauciones en punto de fortificaciones se fundaban todas en la probabilidad de una invasion del territorio de Francia, prueba de la deplorable lucha que la pasión y el genio sostenian dentro de su alma. Iluminándole á ratos el genio, bien que arrastrándole la pasión habitualmente, no camina-

ba á su objeto fatal menos en derechura, agitado á veces, mas nunca retenido. En semejante situacion de ánimo habia discurrido que no bastaba con cierto número de cuartos batallones, incompletísimos al ser retirados de España, completados en Francia con parte de la quinta de 1812 y destinados á crear entre el Rhin y el Elba una poderosa reserva; que no bastaba con que ciento treinta quintos batallones formaran, segun se ha visto, los batallones de depósito, llenos con los quintos de 1811 y de 1812, y constituyendo otra reserva de las más imponentes en lo interior del imperio, y habia querido añadirles cieno veinte mil hombres efectivos, sacados á título de primer llamamiento de la Guardia Nacional, organizados en cohortes, y tomados de los mozos sorteados en las quintas de 1809, 1810, 1811 y 1812, á treinta mil hombres de cada una. Para persuadirles de que no eran mas que guardias nacionales, se les prometió que no saldrían de sus departamentos, mas no lo creían de ningun modo, y se consideraban simplemente como conscritos de los cuatro años anteriores, libres de toda obligacion segun las leyes, y á pesar de todo reclamados nuevamente para *ser enviados al matadero*, segun á la sazón se decia. Asi esta última providencia, cuya utilidad era desgraciadamente positiva, aunque no palpable, y que demostraba en cuánto peligro habia puesto Napoleon su existencia y la nuestra, produjo una irritacion general en Metz, Lila, Rennes, Tolosa y otras grandes ciudades de Francia. En casi todas ellas hubo verdaderos motines. Hasta en París los estudiantes, animados comunmente de sentimientos belicosos, expresando ahora las disposiciones pa-

eficas de la nacion con la vivacidad de sus años, lanzaron en las aulas públicas gritos sediciosos contra las nuevas levas de gente y ahuyentaron con violencia á los individuos de policia, calificándolos con el apodo execrado de *soplones*.

Acrecentándose mas estos padecimientos de todas clases, Napoleon renovó en los departamentos el uso de las columnas movilizadas para hacer ejecutar las leyes de la quinta. La masa de prófugos, disminuida el año anterior de sesenta mil á veinte mil hombres, habia vuelto á subir á cuarenta ó cincuenta mil ahora, de resultas de los llamamientos numerosos hechos en los últimos tiempos. Otra vez se trataba de disminuirlos, capturando unos veinte mil hombres, para llenar los cuadros de los regimientos de las islas. De aqui se habian de originar nuevos vejámenes, nuevos clamores, nuevas causas de irritacion. Segun se ha referido anteriormente, los militares de las columnas movilizadas se establecian en las casas de las familias de los prófugos, y les exigian alojamiento, comida y dietas de muchos francos al día, reduciéndolas á menudo á la mayor miseria. Departamento hubo, donde se arrancaron de esta suerte sesenta, ochenta y aun 100.000 francos á las familias mas pobres. Algunos prefectos elevaron reclamaciones, pero los mas guardaron silencio, y diéronse á ejecutar la ley á todo trance. Si en Francia, cuya grandeza al menos indemnizaba de tales angustias, se sentian tan vivamente, en los países recientemente conquistados que en el auge de Francia no podian ver mas que un medio de que su esclavitud se perpetuase, produjeron un efecto funesto. En el Haya, en Rotterdam, en Ams-

terdam hubo motines con ocasion de la quinta. En el Ost-Frise fué asaltado y puesto en fuga el prefecto que dirigia personalmente las operaciones del sorteo. Habiendo intercedido el principe Lebrun, gobernador de Holanda, en favor de los delinquentes, se expuso a ser reprendido en áspero tono por su flaqueza. Napoleon quiso que algunos infelices, fusilados con aparato, sirvieran de escarmiento á los que trataran de imitarles; triste escarmiento que les enseñaba á someterse en el instante, para lanzarse contra nosotros cuando se nos viniera encima toda la Europa.

Aun era mayor en los departamentos anseáticos la repugnancia al sorteo de soldados y de marinos, pues si Holanda podia esperar ciertas ventajas de su agregacion al imperio, para las ciudades de Brema, de Hamburgo y Lubeck, puertos naturales de Alemania, no habia conveniencia alguna en pertenecer á Francia, y así tan ajados estaban sus intereses como sus sentimientos. Se les habia asustado, mas no sometido, fusilando á un pobre patron de barco, que habia llevado viajeros a Heligoland. De noche se cubria la ciudad de Hamburgo de pasquines injuriosos, que no se daba mano á hacer desaparecer la policia. Como ya hemos dicho, la poblacion toda auxiliaba no solo la desercion de los alemanes, italianos y españoles á nuestro servicio, sino la de los mismos franceses, y los trataba como amigos tan luego como abandonaban las filas. Les daban albergue de dia, les guiaban de noche, les hacian pasar los rios en barcas, y les daban de comer de valde para que se restituyesen á su patria.

Parcialmente se habian insurreccionado los re-

gimientos anseáticos, compuestos de los antiguos soldados al servicio de Hamburgo, de Brema, de Lubeck, entre los cuales se introdujo cierto número de oficiales franceses. Algunas compañías de estos regimientos, empleadas en guardar las extraviadas playas del mar del Norte, violentando á los oficiales fieles, se apoderaron de las barcas de los pescadores, y se refugiaron á la isla de Heligoland. Necesario fué volver á enviar hácia lo interior al mas sospechoso de aquellos tres regimientos, el 42.^o, y colocarle en medio de tropas seguras, bajo la mano del mariscal Davout. Nada se decia que moviese á satisfaccion suma respecto de las tropas holandesas, ni de las tropas westfalianas, aunque estas últimas fuesen objeto por parte del rey Gerónimo de no interrumpidas atenciones. En Brunswick, ciudad populosa, echándose de menos á su antiguo duque, hubo una conmocion de la cual salieron maltratados muchos soldados. Intervino el rey Gerónimo para que los delinquentes fueran castigados con menos rigor, á lo que respondió Napoleon con una orden del dia, por cuya virtud todo delito cometido contra el ejército francés debia ser juzgado al punto por comisiones militares compuestas únicamente de oficiales franceses (1).

Trasladándose del Norte al Mediodia del imperio, por ejemplo, á Italia, no se hallaban mejores disposiciones. Ninguna libertad politica, poca independencia nacional, un yugo menos desagradable que el de los austriacos, si bien rigoroso á su

(1) Todo lo precedente está extractado de la correspondencia del mariscal Davout, y de los partes de policia del duque de Rovigo.

modo, la quinta, las guerras incesantes, la privación de todo comercio, los disturbios con la iglesia, acababan por convertir en enemigos de Francia á los italianos, que al principio se entregaron á ella como á porfia. Verdad es que en Lombardía, donde el gobierno del príncipe Eugenio se mostraba suave, equitativo, regular, donde por otra parte se reemplazaba al gobierno durísimo del Austria, se gozaba de bastante sosiego; verdad es que el Piamonte (con excepción de Génova que suspiraba por que se abrieran al fin los mares) todos se iban habituando á Francia, y se le perdonaba algo mas que en otros puntos el que fuese tan helicosa; pero en Toscana, donde se tenía horror á la guerra, donde siempre se había vivido bajo un gobierno italiano, suave, prudente, filósofo, donde empezaba á reinar el espíritu de la Italia Meridional, donde ejercía el clero cierta influencia; en Roma, donde el pueblo se mostraba inconsolable por haber perdido el papado, donde la antipatía á los soberanos ultramontanos era tan marcada como en la Calabria, el odio tan poco disimulado allí como en el resto del imperio, una derrota podía dar margen á un general levantamiento. Para producirlo bastaba que se presentase las mas reducida tropa de ingleses.

Estos sentimientos, divulgados en tan diferentes países, sin duda no eran repercutidos por el espejo de la publicidad cotidiana, que, aumentando los objetos, obliga á verlos hasta á aquellos que los quisieran pasar por alto; para sí los abrigaba cada uno, pero, al saber por las relaciones de comerciantes y de viajeros, que en tal ó en cual provincia se experimentaban las mismas angustias,

echaba mas raíces el odio, y arreciaba la tempestad sin ser descubierta. Ciertamente Napoleon tenía sobrada tensión de espíritu para que se le escondiera semejante estado de cosas, pero, lejos de deducir que había necesidad de no agravarlo con una nueva guerra, lejos de raciocinar como á la vuelta de la campaña de Wagram, cuando pensó un instante en dar la paz á la Europa y calmarla del todo, deducía que era urgente la guerra de Rusia, á fin de comprimir los levantamientos próximos á estallar en 1812, según lo había hecho en 1809. Después de conquistadas la paz y la dominación universal, se ocuparía en dulcificar su gobierno, y en hacerlo cómodo para los pueblos tras de haberlo hecho tan glorioso. Raciocinaba pues al modo de ciertos corazones azeados al vicio, conociendo que era menester dejarlo, deseándolo sinceramente, bien que dilatándolo de día en día, de suerte que para ellos acaba la existencia antes de que hayan tenido tiempo de enmendarse. Solo era sensible Napoleon á los clamores de París, á los gritos del hambre popular que vibraban en sus oídos, y por esta razón se había ido á Saint-Cloud á buscar no menos que con un mes de anticipación la primavera.

A pesar del servilismo creciente en torno suyo, y que se mostraba mas humildemente admirador á medida que las faltas iban siendo mayores, notaba en cierta contracción de semblantes, en cierto silencio, que se temía la nueva guerra, á la cual parecía precipitarse, y se impacientaba, por decirlo así, de que no se le presentasen objeciones, que adivinaba por que se las dirigía á sí mismo, y contestaba á menudo á gentes que no decían

ni palabra y á quienes jamás habian ocurrido las tales objeciones, ó que, si habian pensado en ellas, nunca se hubieran atrevido á declararlas de plano. Sin embargo, entre los personajes de mas importancia habia uno, el archicanciller Cambaceres, á quien hacia ya mucho tiempo, segun hemos tenido ocasion de notar, que no hablaba sino de los asuntos interiores, sobre los cuales le consultaba de buen grado, y á quien evitaba hablar de los negocios extranjeros, pues sobre esta materia, sin desdeñar su dictamen, sabia que le era contrario. Con este grave personaje tuvo dos ó tres conferencias sobre la próxima guerra de Rusia: el archicanciller, á pesar de su timidez, que no llegaba hasta el extremo de hacer traicion á un soberano á quien amaba sinceramente, induciéndole á engaño; esforzóse por disuadirle de tal empresa: le halló mas fatalmente determinado que convenido de veras, y como arrastrado por una necesidad irresistible. Napoleon díjole como á todos, que, fuese lo que fuese, tarde ó temprano habria que venir una vez mas á las manos con Rusia, batida pero no anonadada, y á la cual era necesario descargar un nuevo golpe, á fin de acabar de someterla; y que, pues era necesario, en la tardanza estaba el peligro; que eran completas sus facultades personales, sus ejércitos soberbios, y que preferia imponerse esta ruda tarea ahora que aun era jóven á haberla de desempeñar cuando se sintiera viejo y debilitado: que, á mayor abundamiento, preferia tomarla sobre sí á legársela á su sucesor, que no era mas que un niño y probablemente no tendria su suficiencia; que la suerte estaba echada, y haria lo que creyera que debia po-

ner por obra, y que Dios sobre todo. Por lo demas, no se ocultaban á Napoleon las dificultades de la empresa, antes bien declaraba textualmente que no era guerra para improvisada y llevada de prisa, como tantas otras que habia acometido y rematado velozmente; que era asunto cuando menos de dos campañas; que se engañaba quien creyera que iba á engolfarse de pronto en llanuras silvestres, taladas segun todas las verosimilitudes, para caer en garras del hambre y del frio; que este año avanzaria lo mas hasta el Dwina y el Dnieper; que trataria de establecerse alli ante todo, de fortificarse, de crear inmensos almacenes, y que al otro año avanzaria mas lejos y descargaría el golpe mortal sobre Rusia.

Dudando mucho que tuviese la paciencia necesaria, el principe Cambaceres, despues de insistir sobre las dificultades de esta guerra, hablóle tambien de las disposiciones de Alemania, de la cual hacian todas las relaciones una alarmante pintura, y de lo escasamente que se podia contar con la constancia de los pequeños principes alemanes aliados suyos, con la franqueza de Austria, con la fuerza del rey de Prusia para satisfacer sus compromisos. Napoleon ratificó de quiméricos los temores que le expresaba su prudentísimo consejero. Dijo que los pequeños principes alemanes habian ganado territorios que no podrian conservar sin su prepotencia, y que esto bastaba para retenerles en su alianza; que Austria, á trueque de recuperar la Iliria, se hallaba resignada de antemano á cuanto exigiera de ella; que Prusia, trémula y sometida, seria fiel por miedo al terrible castigo á que una traicion la expondría; que, en todo

caso, tomadas tenia sus precauciones, y que una potencia armada y acampada junto al Elba le daría razon de todas las malas voluntades, manifiestas u ocultas, que dejase á su espalda.

Evidentemente Napoleon se daba por comprometido consigo propio y con el mundo á perseverar en su funesta empresa, sucediera lo que sucediese, y salia de algunos instantes de vacilaciones tornando la mente á los increíbles triunfos de su vida, y á las esperanzas de dominacion universal que aun le autorizaban á concebir los tales triunfos. De consiguiente la insistencia era ociosa, y, segun las instituciones vigentes, no habia mas que bajar la cabeza, con dolor si se amaba á Napoleon, con desesperacion si se amaba á Francia.

No haciendo caso alguno de estas ligerisimas resistencias, apresuróse Napoleon á dedicarse á sus últimos negocios, para salir de París al primer movimiento de los rusos. Salvo los carros que iban un poco atrasados, todo se desarrollaba á medida de su deseo, y antes de mayo, y sobre todo antes de junio, podia contar con tener cuanto habia ordenado para la tremenda lucha á que se lanzaba. Su tesoro, al menos por entonces, se hallaba en estado de hacer frente á sus inmensos gastos. Sus presupuestos, reducidos sistemáticamente al guarrismo de 740 ó 770.000,000 (860 ó 890 con los gastos de recaudacion) se habian elevado de pronto á cerca de 950.000,000 (1.070,000 con los gastos de recaudacion). Este aumento era debido en parte á la incorporacion de los Estados romanos, de Iliria, de Holanda y los departamentos anseáticos. Proporcionádole habian los Estados romanos un aumento de ingresos de 12.000,000,

la Iliria de 11, la Holanda de 55, los departamentos anseáticos de 20, lo cual sumaba un total de cerca de 100.000,000, sin que los gastos hubieran subido hasta igual suma. Efectivamente, gracias á la reunion de todas estas administraciones á la de Francia, ya dotada con largueza, se suprimieron ó disminuyeron muchos gastos. Solamente Holanda costaba mas de lo que producía, á causa de su deuda, que del producto de 55.000,000 absorbía 31 próximamente.

A los 100.000,000 poco mas ó menos, que acabamos de enumerar, habian añadido ademas los rendimientos de aduanas unos 60.000,000 de renta, lo cual debian á la famosa tarifa del mes de agosto de 1810, que permitía la introduccion de los géneros coloniales mediante un derecho de 50 por 100. Asi en 160.000,000 se habian podido aumentar los ingresos, y resultaba déficit á pesar de todo. No se debía achacar á los gastos de los paises reunidos, pues, segun acaba de verse, estos gastos no igualaban al nuevo producto, sino á la guerra. Los dos ministerios del personal y del material de la guerra, que en 1810 absorbían el primero 250.000,000, el segundo 150, total 400, habian exigido en 1811 cerca de 480, y pronto debían exigir mas de 500. La marina, antes costeada con 140.000,000 iba á costar 170 de resultas de la reunion de las marinas holandesa y anseática. Asi los nuevos recursos quedaban absorbidos con mucho por los gastos de la administracion militar. Verdad es que al aumento de ingresos de 160.000,000, cuyo origen hemos detallado, habia que añadir otro recurso, bien que accidental y debido igualmente á las aduanas. Háse visto cómo

se confiscaron muchos géneros coloniales cogidos en fraude, cómo se apresaron y vendieron en beneficio del tesoro no pocos buques americanos y otomanos, acusados de contravención á los decretos de Berlín y de Milan, y porción de lanas pertenecientes á ilustres familias españolas proscritas: háse visto en fin, cómo se había permitido en Francia, mediante un 50 por 40, la introducción del cúmulo de géneros coloniales existentes en Holanda, en Holstein, antes de las últimas leyes del bloqueo continental. Todos los productos procedentes de estos diversos orígenes se habían reunido bajo la sola denominación de *productos extraordinarios de aduanas*, y percibidos se elevaban á 150.000,000, que debían suplir el dinero que proporciona el crédito al país que lo tiene. De esta suma añadió Napoleón cerca de 90 000,000 para pagar los residuos de los presupuestos anteriores, y así no quedaba atrasado ninguno, lo cual daba al movimiento de las cajas una facilidad muy grande y muy apreciable en el momento en que se iba á remover tan enorme cantidad de hombres y de cosas. Por consiguiente le quedaban unos 60.000,000, y además su haber extraordinario, que, después de todas las dotaciones concedidas y de todas las sumas gastadas en obras públicas, aun se elevaba á cerca de 340.000,000 incluyendo los productos de la última guerra de Austria. Sin duda se recuerda que de estos 340.000,000 había prestado 84 al tesoro, al suprimirse las obligaciones de los recaudadores generales; en dinero contante conservaba 85, la mayor parte de ellos en las bóvedas de las Tullerías, en valores perfectamente líquidos 38, y por último 132 en obligacio-

nes de Westfalia, de Sajonia, de Baviera, de Rusia y de Austria. Con estas últimas sumas no se podía contar sino después de la victoria, y tampoco se debía enumerar como recurso la cantidad prestada antes al tesoro. Seguros y del todo disponibles tenía 85.000,000 en dinero contante, 38 en buenos valores, esto es, 123.000,000 ó casi 1^o, agregando los 60 000,000 todavía existentes en la caja extraordinaria de aduanas. Con un presupuesto de ingresos, que permitía destinar 500.000,000 á los dos ministerios de la Guerra y 160 al de Marina, con una suma de 180.000,000 efectivos en una caja de reserva, con una deuda casi nula, y cubierto ya todo atraso, se podía considerar suficientemente provisto, con especialidad si la guerra, que Napoleón creía hacer felizmente, llegaba á sostener la guerra. Así podía asalariar regularmente una fuerza que, con el último llamamiento hecho á los guardias nacionales, iba á exceder de un millón y doscientos mil hombres, de los cuales novecientos mil eran franceses. Y si se pregunta cómo podía sostener con quinientos millones á novecientos mil hombres, haremos notar que había trescientos mil en la Península que no costaban más que cuarenta millones al tesoro, suministrando el resto la España, ya en contribuciones de guerra, ya en especie tomada sobre el terreno (1); que ha-

(1) En 1810 y 1811 el ejército de España había costado en gastos calculables 163.000,000 de los cuales había pagado España en contribuciones 88 y el tesoro francés 77. Además España había suministrado cuanto se cogió en especie sobre los lugares, y todas las contribuciones disimuladas por sus exatores. Este es el resultado de una laboriosísima cuenta hecha por el ministro del Tesoro y presentada á Napoleón.

bia en Iliria (1) y en Alemania cierto número de soldados, que recibían del país una parte de su subsistencia, como por ejemplo las tropas residentes en Westfalia; y que finalmente los gastos y los valores de aquel tiempo eran muy diferentes de los de ahora. Tales eran los recursos rentísticos de Napoleón, perfectamente adaptados á sus recursos militares; pero unos y otros amenazados siempre, á causa del uso imoderado que se disponía á hacer de ellos.

Dando la última mano á los asuntos interiores naturalmente se había Napoleón ocupado mucho en otros negocios exteriores que los de Rusia, los cuales se iban á arreglar con las armas. A la sazón el principal de todos era el ajuste próximo á celebrarse con América y en contra de Inglaterra. Nada tenía mayor importancia, y nada ponía más de manifiesto cuanto erraba en ir á buscar en una guerra al Norte los medios de reducir á los enemigos que se había concitado en el mundo. A pesar de los triunfos de lord Wellington en España, habíase agravado aun más la situación de Inglaterra. Ya el papel moneda perdía el 48 por 100: los géneros coloniales se habían envilecido hasta el extremo de que por ejemplo, los azúcares que se vendían en París á seis francos la libra, apenas valían seis ó siete sueldos en Londres. Cubierto se hallaba el Támesis de buques cargados, y convertidos en almacenes. De seiscientos á setecientos habían subido á

(1) Decimos Iliria, y no Italia, porque las tropas de Italia estaban pagadas íntegramente por el tesoro francés, mediante un subsidio anual de 20.000.000 que percibía del reino de Italia, y se hallaba agregado al presupuesto del imperio.

dos mil las quiebras anuales de Londres. Una nueva baja había experimentado el crédito, y de resultas de todas estas causas las fábricas, prósperas al principio, habían parado del todo. De trabajo carecían los jornaleros, y pesando, para colmo de desgracia, sobre Inglaterra la carestía casi tanto como sobre Francia, el pueblo tenía menos recursos para pagar su pan y cabalmente cuando se vendía más caro. Casi en todas las provincias corrían los campos bandadas hambrientas destruyendo los telares. Así la salida abierta por Rusia al comercio británico en el continente y por la cual Napoleón le reconvenía, no había cambiado sensiblemente la situación de Inglaterra. ¿Y qué hubiera acontecido, si prolongando algún tiempo más semejante estado de cosas, se lanzara sobre lord Wellington parte de las fuerzas que se iban á meter por entre las nieves del Norte?

A punto estaba el gabinete británico de agravar todavía más estos males con su extravagante porte respecto de América. Si se exceptúan las colonias españolas, francesas y holandesas, que ofrecían un desembocadero casi nulo, por consecuencia de la acumulación de mercancías que allí se había formado, la América del Norte era el único gran país que había quedado accesible al comercio británico. Allí enviaba Inglaterra por valor de 200 á 250.000.000 de sus productos, y de ellos sacaba casi igual suma. Mercado utilísimo era este para su comercio y su industria en semejante estado de cosas, fuera de que entre los productos con que pagaba á la América había muchos géneros coloniales, que de una manera ú otra acababan los americanos por introducir en el continente á pesar

de los rigores del bloqueo. De consiguiente razon habia para que Inglaterra tratase á América con contemplaciones. Lejos de esto se portaba respecto de ella á semejanza de Napoleon con los estados del continente, extraviada como él por la pasion y por el orgullo de sistema. Sus famosas órdenes del consejo, á las cuales Napoleon opuso sus decretos no menos famosos de Berlin y Milan, originaban la disputa, que estaba á punto de convertirse en guerra declarada.

Recordaremos una vez mas que Inglaterra, con sus órdenes del consejo, habia bloqueado desde luego (por medio del *bloqueo sobre el papel*) todas las costas del imperio francés y de sus aliados, y exigido despues que, para penetrar en ellos, se fuese al Tamesis á pedir la licencia de navegar y á satisfacer el derecho fijado para obtenerla, á lo que Napoleon respondió declarando desnacionalizado y de buena presa todo buque que se sometiese á semejante dictadura. Se ha visto que los americanos, para librar sus buques de estadoble violencia, les prohibieron al principio, en virtud de la *ley de embargo*, frecuentar las costas de Europa, y que luego limitaron esta prohibicion á las costas de Francia y de Inglaterra, añadiendo que esta medida seria revocada respecto de cualquiera de estas dos potencias que renunciara á su sistema de rigores. Conduciéndose Napoleon con hábil mesura en este punto, habia renunciado á sus decretos de Berlin y Milan relativamente á los americanos, y dijo que habia obrado de este modo con la esperanza de ver á los americanos defender al cabo su pabellon contra los que le hacian ultrage. En respuesta á esta prudente conducta los americanos al-

zaron la prohibicion respecto de Francia, la mantuvieron respecto de Inglaterra, y sobre este asunto se hallaban á la sazón los americanos y los ingleses en abierta disputa.

Si la razon inspirara á Inglaterra, debiera imitar la conducta de Napoleon pura y simplemente, revocando sus órdenes del consejo y permitiendo á los americanos comunicarse con Francia. De seguro el bien que de esto resultase para nosotros no podia igualar al que recibieran los ingleses. Sin duda pagáramos á menos precio el azúcar, el café, y lo que era mas importante, el añil, el algodón, tan útiles á nuestras manufacturas; pero una parte del azúcar, del café, del algodón introducidos en Francia, hubieran venido de las colonias inglesas. Ahora bien, si el alto precio de los géneros coloniales era para los franceses una molestia, su hacinamiento era para los ingleses una calamidad. Por tanto Inglaterra ganara mas que Francia en permitir que circularsen libremente los americanos; pero, prevaleciendo hasta la locura el espíritu de dominacion marítima en los ministros ingleses, como el espíritu de dominacion continental en Napoleon, solo introdujo Inglaterra algunas ligeras modificaciones en sus órdenes del consejo, en vez de revocarlas del todo. Asi cesó de exigir que los americanos fueran al Tamesis á pagar tributo; pero declaró bloqueados los puertos del imperio francés desde las bocas del Ems hasta las fronteras de Portugal, desde Tolon hasta Orbitello. Siempre era la pretension del bloqueo ficticio, ó *bloqueo sobre el papel*, consistente en querer cerrar playas y puertos que no habia posibilidad de bloquear realmente con una fuerza efectiva.

Los americanos respondieron que esto no era restablecer el derecho comun de los neutrales, pues este derecho rechazaba absolutamente el bloqueo ficticio, y declararon que persistiendo Inglaterra en parte de sus órdenes del consejo, ellos persistirían en su *ley de embargo*, aunque hubiesen desistido respecto de Francia. Con argumentos miserables replicaban los ministros ingleses á las razones de los americanos. Pretendian que los franceses no habian renunciado formalmente á los decretos de Berlin y de Milan; que la renuncia hecha no era auténtica en la forma; que por otra parte aun eran detenidos muchos buques americanos á la entrada de los puertos franceses, lo cual era positivo é inevitable por haber permitido Inglaterra el establecimiento de una fabrica de falsos papeles que exigia grandes precauciones; que finalmente los americanos no habian exigido de Francia la facultad de introducir allí los productos de la industria británica, lo cual era pueril, porque si los americanos se fundaban al pedir que bajo su pabellon no se apresasen las propiedades inglesas, no podian exigir que Francia admitiera los productos ingleses que su sistema comercial rechazaba. Estas razones eran insostenibles, y los americanos las consideraban como tales. Otro error de Inglaterra, infinitamente grave y renovado todos los dias con tanta audacia como violencia, hacia inminentes con América las hostilidades. Bajo pretexto de que muchos de sus marineros, por librarse de las cargas del servicio de guerra, emigraban á las regiones americanas, prescribia que se visitasen todos sus buques, lo cual es siempre licito á los de guerra, cuando se reduce la visita á comprobar la sinceri-

dad del pabellon, mas nunca de otro modo, y se aprovechaba de esta coyuntura para llevarse todos los marineros que hablaban la lengua inglesa. Ahora bien, hablando las dos naciones el mismo idioma, acontecia que se apoderaba casi de tantos marineros americanos la marina británica como de marineros ingleses, y de consiguiente ejecutaba la *presa* no solo sobre los súbditos británicos, sino sobre los súbditos extrangeros, abusando de la identidad de idioma debida á la identidad de origen. Muchas veces la resistencia de los buques americanos produjo colisiones en el mar que resonaron en la América toda. Asi la exasperacion llegaba á su colmo, y los espíritus previsores creian inevitable la guerra.

De aqui sacaba la opinion inglesa cargos numerosos y justos contra el gabinete, y uno de los mas insignes oradores de Inglaterra, lord Brougham, en toda la fuerza de la juventud y del talento, anonadó á los ministros, demostrándoles hasta qué punto su sistema marítimo se resentia de insensato. Efectivamente, mientras se obstinaban en sus órdenes del consejo respecto de los americanos, bajo pretexto de impedir las comunicaciones con Francia, autorizaron, por virtud del sistema de licencias, á una porcion de pequeños pabellones suecos, noruegos, prusianos, para comunicarse con Francia, de suerte que la marina mercante inglesa era sustituida con estos pequeños neutrales, á los cuales se permitia por excepcion lo que se negaba á los grandes neutrales, es decir, á los americanos, que podian invocar en su favor el derecho de las naciones. Ademas el hábito de disimular su origen, introducido por el

sistema de las licencias, habia dado margen á una multitud de subterfugios y propagado entre los comerciantes prácticas inmorales, que eran alarmantes de veras.

Sin duda la oposicion exageraba las faltas del gabinete, como acontece á menudo, ó no las caracterizaba siempre con exactitud bastante; pero las atacaba con legitima violencia. Expresado hubiera la verdad completa y exacta, diciendo que el interés de Inglaterra consistia en abrirse el acceso de todo el mundo, al par que el interés de Napoleón estribaba en cerrárselo; que dando á Francia el azúcar, el café, el algodón á precio mas barato, se hacia Inglaterra cien veces menos bien que el que alcanzaba para sí propia al derramar fuera lo superabundante de sus almacenes. Consistiendo su interés en abrirlo todo, y el de Napoleón en cerrarlo, era una conducta soberanamente disparatada obstinarse en sus órdenes del consejo, prepararse así la mas molesta de las privaciones, la de las relaciones con América, y además una guerra peligrosa hasta lo infinito, si á esta guerra se venia á juntar un nuevo triunfo de Napoleón en las llanuras del Norte.

Irritada la ciudad de Londres en el mas alto grado, presentó una peticion al principe de Gales, regente hacia un año, para solicitar la destitucion de los ministros, y gran parte del comercio apoyó con sus votos esta instancia atrevida. El principe de Gales, á cuyo poder se pusieron restricciones por término de un año, acababa de entrar en plena posesion de las prerogativas de la corona, y todo anunciaba que gozaria definitivamente de ellas, no ofreciendo esperanza alguna de mejoría

la salud de Jorge III, su padre. Aun cuando se hubiese acostumbrado á los antiguos ministros de éste, y casi indispuerto con los hombres de Estado, á quienes tuvo pensamiento de hacer ministros suyos, hubiera querido reunir á unos y otros en un ministerio de *coalicion* con el fin de dar alguna satisfaccion á la opinion pública violentamente excitada. Por desgracia el marqués de Wellesley, hermano de lord Wellington, y ministro de Negocios Extranjeros, casi acababa de dejar su cartera, y no por algun especial motivo, sino solo á causa de no poder simpatizar por mas tiempo con el carácter estrecho y violento de Mr. de Perceval, verdadera exageracion del carácter de Mr. Pitt, con sus faltas y sin sus talentos. Por tanto era muy poco probable que, si el marqués de Wellesley, espíritu ingenuo, tan flexible como elevado, perteneciente al mismo partido que Mr. de Perceval, no habia podido simpatizar con este ministro, se le llegasen á unir Mrs. Grenville y Grey, gefes del partido contrario, poco manejables uno y otro, con el orgullo de una gran poscion y la arrogancia de convicciones muy arraigadas. Además les dividia absolutamente la grave cuestion de la emancipacion irlandesa. De todas las partes de Inglaterra era la mas infeliz la Irlanda. Su estado de sufrimiento exigia que, por precaucion, se dejasen allí tropas, que en Portugal se pudieran emplear con harto mas provecho. Inflexible la oposicion sobre este punto, sostenia apasionadamente que el último medio de calmar la Irlanda y de tener disponibles las tropas dedicadas á su custodia, era emanciparla, es decir concederla igualdad de derechos con todas las partes del

Reino Unido; y aunque el príncipe regente hubiese ofrecido dejar la cuestión indecisa, lord Grenville y lord Grey rechazaron las aberturas en tal sentido de un modo altanero. De consiguiente no cabía transacción alguna; mas la situación era tan extremada que el menor revés de las armas británicas debía hacer sucumbir la política de la guerra. Así, á pesar de las ventajas de los ingleses en España y de las contrariedades que allí habíamos sufrido, llevando las fuerzas á este punto, en vez de obstinarse en precipitadas al abismo del Norte, aun podía Napoleón conseguir que propendiese á la paz la política de Inglaterra. Un solo descabro que se la hiciera sufrir bastaba, y así la coyuntura del año anterior no se había aun malogrado del todo; tanto parecía que se apresuraba Inglaterra á compensar los errores de Napoleón con los suyos. ¡Espectáculo singular el del mundo! ¡Con frecuencia no es mas que un asalto de faltas, en el cual no sucumbe sino el que mas comete! Y en estas faltas incurren los gobiernos mas hábiles á menudo, cuando la pasión se apodera de ellos, pues el talento no es nada donde la pasión predomina.

Aunque Napoleón cerrase los ojos ante tal estado de cosas, comprendió que, obstinándose Inglaterra en hacer sufrir á los americanos toda clase de vejaciones, le convenia atraérselos con tratamientos diametralmente contrarios. Algunas mas vejaciones por una parte, algunas mas facilidades por otra, y América se encontraría en hostilidades con Inglaterra, lo cual era un resultado de suma importancia. Toda la dificultad estribaba en conceder á los americanos las ventajas comerciales en armonía con sus deseos, sin aflojar en el bloqueo

continental á pesar de todo. Para obviar este inconveniente no les quiso conceder Napoleón al principio mas que la facultad de comerciar con las licencias expedidas á los negociantes, de quienes estaba seguro. Siendo para ellos estas licencias una traba de las mas incómodas, renunció á este sistema, bien que señalándoles los puertos de América, de donde podían partir, y los puertos de Francia, adonde debían llegar. Concentrando la vigilancia en un corto número de puntos, esperaba poder impedir el fraude. Finalmente, para proteger á Lion y Burdeos, fué su voluntad que los buques americanos tuviesen obligación de traer á Francia cierta cantidad de sedas y vinos. Estas restricciones desagradaron en América singularmente, y se escribió desde todas partes que se necesitaba otra cosa para que el gobierno de la Union se separase de Inglaterra y se volviese definitivamente hácia Francia. Mr. Collin de Sussy, ministro de Comercio, ideó un sistema que, dando satisfacción á los americanos, precavía los inconvenientes de su libre entrada en nuestros puertos; propuso la supresion de todas las trabas que inspiraban las quejas, y admitir libremente á los americanos, rechazando tan solo los azúcares y los cafés, cuyo origen no podía reconocerse, y que eran casi exclusivamente ingleses, bien que recibiendo en cambio los algodones, cuya procedencia era fácil de comprobar, así como las maderas, los tabacos y otras materias de que necesitábamos y que venían de América sin disputa. Siempre desconfiando Napoleón y propenso á ceder poco para tener mucho, no admitió desde luego las proposiciones de Mr. de Sussy, si bien disminuyó

en cierto modo las trabas de que se quejaban los americanos, é hizo partir á Mr. Serurier para Filadelfia, á fin de prometerles la mas lata admision en Francia, si rompian definitivamente con Inglaterra. Se lisonjeaba de consiguiente, y las resultas probaron que no se engañaba, de tener la alianza de América contra Inglaterra dentro de pocos meses.

No limitó á esto los esfuerzos de su diplomacia en perspectiva de la nueva guerra. Aun quando se hallaba muy irritado con Suecia, al aproximarse la crisis, prestó Napoleon oídos á algunas insinuaciones, procedentes de Estokolmo, segun todas las probabilidades, trasmitidas por la esposa del príncipe Bernadotte, hermana de la reina de España. Esta princesa manifestábase desconsolada por la ruptura que amenazaba estallar entre Suecia y Francia, y no habia querido partir de Paris hasta este instante. Al parecer se insinuaba que Mr. Alquier se habia dado mala maña; que no habia sabido contemplar la susceptibilidad del príncipe real; que éste nada anhelaba mas que aliarse con Francia, si se le suministraban razones ventajosas y honrosas: que su condescendencia respecto del comercio clandestino provenia simplemente del mal estado de la hacienda sueca: que este comercio producía rentas de aduanas con las cuales se vivía en Estokolmo, y que si Francia queria que Suecia pudiese tener tropas en pie de guerra, forzoso era que le proporcionase un subsidio; que bajo esta condicion el príncipe cerraria sus puertos á los ingleses, y suministraría un ejército á Francia contra Rusia. Mucho dudaba Napoleon de la sinceridad de estas aberturas, mas podia acontecer

que Bernadotte, cuyas proposiciones fueron oidas con reserva por Rusia é Inglaterra (circunstancia de que en Paris se tenia conocimiento), se sintiera inclinado á volverse hácia Francia, y de ningun modo convenia rechazar á tal aliado, pues seria de provechosisima diversion contra el enemigo un ejército sueco marchando sobre Finlandia, al par que un ejército Francés marchaba sobre Lithuania. Asi por conducto de la princesa real hizo proponer á Bernadotte unirse á Francia, y dirigir treinta ó cuarenta mil hombres contra Finlandia, y en cambio le prometió no tratar con el emperador Alejandro sin forzarle á restituir esta provincia á Suecia. En lugar del subsidio que no podia darle, consentia Napoleon en permitir entrar y vender por Stralsund veinte millones de géneros coloniales, cuyo precio seria inmediatamente pagado por el comercio. Una persona intermedia, señalada por la princesa real, fué autorizada á partir sin demora para llevar estas condiciones á Estokolmo.

Mientras atendia á estos cuidados, seguia Napoleon con la vista la marcha de sus tropas. Acababa de terminar marzo, y hasta ahora todo salia á medida de su deseo. Invadida habia sido la Pomerania sueca por una de las divisiones del mariscal Davout, la del general Friant, y despues de echar mano á los residuos del contrabando organizado por los suecos, dirigióse á Stettin sobre el Oder. Mas allá habia avanzado la division de Gudin, tomando posicion en Stargard, y teniendo delante la caballeria del general Bruyere por el camino de Danzick. Se habia establecido la division de Desaix en Custrin junto al Oder, teniendo

su caballería ligera en Landsberg y en dirección de Thorn. Con las divisiones de Morand y Compans y con los coraceros agregados á su cuerpo de ejército, se había aproximado el mariscal Davout al Oder, y estaba pronto á cruzar á la primera señal este río. Sus tropas habían marchado ordenadamente, despacio, observando una disciplina rigurosa y provistas de todo por el gobierno prusiano, que, á la vista de aquellos soldados formidables, se apresuraba á satisfacer los compromisos contraídos con su soberano. Después de concentrarse en Munster el mariscal Oudinot, se había escalonado sobre el camino de Berlín, y habíase dirigido el mariscal Ney de Maguncia á Erfurt, de Erfurt á Torgau junto al Elba. Pasado habían el Oder los sajones. Trasponiendo los Alpes con su ejército el virey de Italia, había cruzado la Baviera, incorporándose los bávaros y llegado casi hasta el Oder. En observancia de las órdenes imperiales, los oficiales de todas las graduaciones habían ido á la cabeza de los soldados, manteniendo la disciplina en sus tropas, y enfrenando su lengua cuanto les era posible, si bien no lo conseguían siempre. En el cuerpo del mariscal Ney y del príncipe Eugenio se cometían lamentables excesos, ya porque, necesitando atravesar mayor distancia, experimentasen privaciones de que se desquitaban á expensas de los países donde sentaban la planta, ya porque estuviese menos preparado á recibirlos el camino que se les había señalado. Por lo demás se proporcionaron descansos frecuentes, de modo que cada cuerpo tuvo espacio para unirse al que no había podido seguir, y la cola se estrechaba siempre sobre la cabeza. Una

inmensa reata de carros, y tal como jamás se vio en época alguna, marcaba la huella de nuestras columnas mucho tiempo después de su paso.

Hasta ahora nada se había oído decir del Niemen, y ningún rumor anunciaba que este vasto despliegue de fuerzas, ya evidente á los ojos de todos, hubiese provocado á los rusos á tomar la iniciativa. De consiguiente Napoleón, en conformidad de su plan, prescribió un nuevo movimiento á sus tropas á principios de abril para empujarlas del Oder al Vistula con intención de proporcionarlas allí un nuevo descanso, y de aguardar las tres cosas que estaba resuelto á aguardar pacientemente en esta gigantesca marcha, la unión de sus columnas, la llegada de sus carros y el progreso de la vegetación (1).

Ordenó el mariscal Davout que se dirigiera sobre el Vistula con sus cinco divisiones y toda su caballería; al mariscal Oudinot que entrara en Ber-

(1) Juzgando escritores mal informados, por la serie de los sucesos de la campaña, que las estaciones comenzaron más tarde, han atribuido á otras causas que las verdaderas la lentitud de los movimientos de Napoleón. Por ejemplo, han pretendido que los asuntos interiores, especialmente la carestía, le retuvieron en París, y causaron los desastres de 1812 con el retraso en abrir la campaña. Error craso. Sabiendo Napoleón por experiencia cómo consumen y diezman las tropas las marchas lejanas, quería cruzar lentamente el espacio del Rhin al Vistula, terminar la organización de sus carros, y más que nada hallar sobre la tierra el alimento de los ciento cincuenta mil caballos que llevaba consigo. Su correspondencia y sus órdenes no dejan duda alguna sobre esto. Respecto de la carestía no tenía que hacer nada y no ejerció ninguna influencia sobre sus operaciones militares.

lin con el mayor aparato militar, detenerse allí un momento y encaminarse al Oder de seguida; á los sajones y á los westfalianos tomar posicion en Kalisch; á los bávaros y al ejército de Italia ganar á Glogau, y, finalmente, á la Guardia escalonarse sobre el camino de Posen. Despues de marchar las tropas durante cinco ó seis dias debian descansar casi otros tantos. Siempre encargado el mariscal Davout de organizarlo todo, tenia orden de hacer moler á toda prisa los trigos de Danzick y de colocar en barriles la harina que resultara; de preparar al punto la navegacion del Frische-Half y del Pregel; de terminar los puentes del Vístula, de formar en Thorn y en Elbing con los suministros de Prusia almacenes semejantes á los de Danzick; de ocupar bien á Pillau y la punta de Nehrun, y especialmente de estar muy á la mira de los movimientos de los rusos. Siempre el plan era que, si estos pasaban el Niemen y tomaban formalmente la ofensiva, se marchara en derechura á ellos con los ciento cincuenta mil hombres del mariscal Davout y los ochenta mil del rey Gerónimo. Si, por el contrario, no se movian los rusos, se debia mantener muy tranquilo, no presentando mas allá de Elbing avanzadas francesas, sino de prusianos, que desde Danzick á Kœnigsberg estaban en su casa. Todo lo habia dispuesto Napoleon para partir á la primera señal en persona y llegar á su vanguardia con la celeridad de un correo. Por lo demas, una vez situado el mariscal Davout junto al Vístula, ya no era de temer una marcha precipitada de los rusos, y solo habia que formar un deseo, el de que se retardasen las hostilidades hasta que brotaran las yerbas.

Para asegurar todavia mas el cumplimiento de este deseo, despachó un nuevo correo á Mr. de Lauriston, con el fin de anunciarle este segundo movimiento y de inspirarle el lenguaje que debia usar con este motivo. Mr. de Lauriston tenia orden de decir que, habiendo sabido el emperador de los franceses la marcha de los ejércitos rusos hácia el Dwina y el Dnieper (pura invencion, pues ningun aviso le habia llegado sobre esto), se habia decidido á situarse junto al Vístula, por el temor de la invasion del Gran Ducado, pero que siempre tenia intencion de tratar manteniéndose sobre las armas, y aun de encontrar al emperador Alejandro entre el Vístula y el Niemen, y de arreglarlo todo, si era posible, en una conferencia amistosa, como la de Tilsit ó la de Erfurt. Para que se prestase crédito á estas disposiciones, se hallaba autorizado Mr. de Lauriston á declarar que las tropas francesas no pasarían el Vístula, y que si acaso se veian mas allá, por ejemplo hasta Elbing, algunos uniformes franceses, serian avanzadas de caballería ligera, encargadas del servicio de vigilancia, que en rededor de un gran ejército no se debia descuidar nunca.

De cuanto se acaba de referir que sucedia en Francia, se habia sentido vigorosamente el rechazo en San Petersburgo. La presencia de Mr. de Czernicheff, llegado el 30 de marzo con una carta amistosa de Napoleon, pero con impresiones diametralmente contrarias, pues habia hallado masas de tropas formidables por el camino, no era á propósito para atenuar las noticias recibidas de todas las partes del continente. El movimiento del mariscal Davout sobre el Oder, y mas allá de este rio,

la invasión de la Pomerania sueca, la requisición de los contingentes alemanes, el paso de los Alpes por el ejército de Italia, el anuncio positivo de los dos tratados de alianza con Prusia y Austria, acabaron de disipar las últimas vacilaciones del emperador Alejandro, y causándole, como á su corte, un pesar profundo, pues no se dudaba que sería terrible la lucha; y que, si no era venturosa, la grandeza de Rusia recibiría un golpe decisivo, igual al descargado ya sobre la grandeza de Austria y de Prusia. Con especialidad las noticias de los dos tratados, firmados por Prusia y Austria, revelaron al emperador Alejandro y al canciller de Romanzoff la inminencia del peligro. Enterado el emperador Alejandro muy exactamente de lo que pasaba en la diplomacia francesa, por infidelidades de origen desconocido, á pesar de muchas indagaciones, sabía que Napoleón hizo aguardar desde mucho antes á Prusia un tratado de alianza, á fin de no infundir demasiados recelos en San Petersburgo. Y pues se había resuelto á concluir este tratado, necesario era deducir que había abrazado su partido hasta el punto de no guardar ya miramientos. El disimulo de la corte de Viena acerca de sus compromisos, no podía engañar á Alejandro, perfectamente instruido de todas las transacciones europeas, y era irrisorio para quien presenciaba los apuros de Mr. de Saint-Julien, embajador de Austria en San Petersburgo. Efectivamente, éste se esforzaba por recatarse de todos, temiendo verse obligado á confesar los nuevos vínculos contraídos por su corte, ó quedar confundido si los negaba. Respecto de Prusia, menos osada en la mentira, lo había declarado todo. Ya di-

jimos que había enviado á Mr. de Knesbeck á San Petersburgo, para exponer al emperador Alejandro la triste necesidad en que se hallaba de tomar parte en la guerra y de ponerse al lado de Francia. Ora fuese que Mr. de Knesbeck estuviera autorizado por el monarca, ora que cediese á las pasiones nacionales, es la verdad que llevó mas allá sus confidencias. Dijo que el rey obraba mal de su grado, pues todos sus votos eran á favor de los rusos, y que no desesperaba de estar muy pronto en aptitud de unirse á ellos; que hasta era inevitable este suceso, si se procedía hábilmente, y con este motivo Mr. de Knesbeck, que era un oficial ilustrado, hizo oír consejos muy prudentes, muy funestos para nosotros, muy útiles para el czar, que no sabía á quien escuchar en medio de las opiniones militares de toda especie provocadas en torno suyo por la gravedad de las circunstancias. Le había aconsejado que no se expusiera á recibir el primer choque de Napoleón, sino que por el contrario atrajera á los franceses á lo interior de Rusia, y no los atacara hasta que estuvieran rendidos por el cansancio y por el hambre. Para cuando llegase este caso había prometido que toda Alemania se uniría á Rusia con el fin de acabar la ruina del osado invasor que desde doce años atrás desolaba á la Europa.

Si esto era una simple prevision de Mr. de Knesbeck, trasformada en consejos que le inspiraban sus sentimientos nacionales sin noticia alguna de su soberano, ó si estaba autorizado para llevar tan allá las excusas de Federico Guillermo cerca del emperador Alejandro, es cosa imposible de saber ahora, aun cuando poseamos la declara-

cion de Mr. Knesebeck, que fué quizá mas culpable despues que entonces, para blasonar de mas previsor y patriota que lo fué realmente. Sea como quiera, muchas cosas excusa la opresion bajo que vivia Prusia por aquel tiempo: sin embargo, sentiriamos que Mr. de Knesebeck hubiera tenido autorizacion para usar tal lenguaje, y lo sentiriamos por la dignidad de un rey, que era un hombre de bien completo. Alejandro acogió con indulgencia harto altanera las explicaciones de Federico Guillermo, y con infinita atencion los habiles consejos de su enviado; díjole que deploraba la determinacion de Prusia, pero que, defendiendo tanto la causa de Alemania como la de Rusia, no desesperaba de tener muy pronto á los soldados prusianos de su parte. Con Mr. de Saint-Julien mostróse menos indulgente. Despues de ocultarse por largo tiempo, ya no pudo evitar el encuentro del emperador Alejandro. Al principio negó la existencia del tratado de alianza, y al parecer no sin algun fundamento, pues su corte, para que mejor engañase, comenzó por mantenerle en engaño, haciendo que lo ignorase todo. Y si algo sabia nó era sino por algunas confidencias de Mr. de Lauriston, quien le dijo mas de lo que hubiera querido saber. Trató, pues, de poner en duda la existencia del reciente tratado de Austria con Francia, alegando en apoyo que nada se le habia avisado de Viena, pero Alejandro le interrumpió inmediatamente. No negueis, le dijo, lo sé todo: personas intermedias y seguras, que nunca me han inducido á engaño, me han enviado copia del tratado últimamente firmado por vuestra corte: despues, enseñándosela á Mr. de Saint-Julien confundido, añá-

dió que estaba profundamente asombrado de la conducta seguida por Austria, y que la consideraba como un verdadero abandono de la causa europea; que no era él solo quiense hallaba interesado en esta lucha, sino todos los príncipes que apetecian conservar una sombra de independenciam; que mientras no habia visto en la alianza francesa mas que á los pequeños príncipes alemanes, colocados bajo la mano de Napoleon, y aun á Prusia, privada de todas sus fuerzas, no habia experimentado ni sorpresa, ni desaliento, pero que la accesion de Austria á esta especie de liga no podia menos de confundirle y de conmovérle en sus mas firmes resoluciones; que solo no podia defender á Europa; que, puesto que se le abandonaba, seguiria el ejemplo de todos, entrando con Napoleon en tratos; que al cabo saldria menos perdidoso que los demas de esta sumision universal, hallándose lejos de Francia, siendo poco lo que Napoleon le pedia, y pudiendo salir del paso con algunas mortificaciones de amor propio; y que, pasadas estas mortificaciones, quedaria tranquilo y aun independiente por la distancia, mientras los demas serian esclavos. Al pronunciar Alejandro estas palabras, mostrábase conmovido, airado, y habia algo de menosprecio en su actitud y en su lenguaje. A estar Mr. de Saint-Julien menos sorprendido y menos turbado, le hubiera podido responder que en 1809 no escrupulizó Rusia declarar la guerra á Austria, sin curarse de la independenciam de Europa, y que, si hoy llamaba á todos á la resistencia, consistia en que, en vez de llegarle á ofrecer los despojos de sus vecinos, se le exigia el sacrificio de su comercio á la politica maritima de Fran-

cia, de cuyas resultas empezaba á ver la independencia de Europa en peligro. Mr. de Saint-Julien, que pertenecía á aquella vasta parcialidad aristocrática esparcida por todo el continente y animada contra Francia de un odio profundo, no supo excusarse mas que alegando su ignorancia, y prometió que dentro de poco tendria que dar esplicaciones satisfactorias. Fáciles de prever eran estas explicaciones como reducidas á que no se debía considerar formal la alianza con Francia, que se habia concluido á la fuerza, y que en esta nueva guerra no se haria mucho daño á las armas rusas (1).

De consiguiente, el emperador Alejandro no conservaba la mas leve duda sobre el desenlace de esta crisis, y consideraba del todo imposible un ajuste amistoso. Resuelto estaba, sin embargo, de acuerdo con Mr. de Romanzoff, siempre muy adicto á la política de Tilsit, á no tomar la iniciativa de las hostilidades, y á reservarse de este modo la única eventualidad de paz que aun quedaba, si, contra todas las verosimilitudes, solo se habia armado Napoleon para negociar sobre las armas. Su proyecto era mantener sus avanzadas junto al Niemen, sin pasar este rio, sin llegar siquiera á su curso por el contorno de Memel, donde la orilla izquierda pertenecía en parte á Prusia, y respetar así escrupulosamente el territorio de los aliados de Napoleon. Algunos espíritus exaltados, con especialidad entre los refugiados alemanes al

(1) Hablo á tenor del mismo despacho de Mr. Saint-Julien, llegado á conocimiento del gobierno francés, y escrito con un pesar de la alianza, que prueba su sinceridad.

servicio de Prusia, aspiraban á empujar á Alejandro hácia adelante, y le aconsejaban que invadiera, no solamente la Vieja Prusia, sino tambien el Gran Ducado, siempre con el designio de agrandar el desierto que se trataba de crear ante los pasos de Napoleon. Negóse el czar á ello, y halló acordes con él á su familia, á su córte y á su nacion, pues si no se queria sufrir el yugo de Napoleon, tampoco se deseaba precipitar la guerra con tan formidable adversario. Tomó, pues, el partido de aguardar todavía un acto, no ya mas significativo, pero sí mas agresivo que la marcha de los franceses sobre el Vístula, para partir de San Petersburgo. En las últimas entrevistas que con Mr. de Lauriston tuvo, no disimuló ninguno de sus sentimientos, y muchas veces se le escaparon algunas lágrimas al hablar de la guerra que creia segura, y de la cóaccion á que se le queria sujetar contra toda justicia, contra el tratado de Tilsit, que no decia nada de esto, á renunciar á todo comercio con los neutrales. Repitió que nada tenia que ver con los decretos de Berlin y de Milan, expedidos sin consultarle; que solo estaba comprometido á mantener el estado de hostilidad contra Inglaterra, á cerrar sus puertos, compromiso que cumplia mejor que Napoleon con su sistema de las licencias, y que exigir mas equivalia á pedirle lo imposible, á reducirle á la guerra, que haria de mal grado, como en su manera de ser podia verse, pero que la haria terrible y á la desesperada luego que se le obligase á desenvainar el acero.

Preocupado de continuo con las noticias procedentes de las fronteras, que aguardaba ver traspuertas de un momento á otro, preguntó á Mr. de

Lauriston, si por acaso tenia facultad para suspender el movimiento de las tropas francesas. Mr. de Lauriston, que sobre este punto no estaba autorizado mas que á precaver el paso del Niemen por los rusos, no se explicó á las claras, si bien contestó que por sí enviaria aviso á las avanzadas francesas, para tratar de detener su marcha, si se presentaba alguna proposicion que mereciese ser transmitida á París. Comprendiendo el emperador Alejandro por la vaguedad de este lenguaje que Mr. de Lauriston no podia gran cosa, repuso que al cabo era muy natural que Napoleon, cuyos designios estaban siempre muy bien calculados, no hubiese dejado á un embajador suyo el arbitrio de detener los movimientos de sus ejércitos, y pareció renunciar completamente á este recurso extremo. Mr. de Lauriston le estrechó mucho para que, si no enviaba á Mr. de Nesselrode, respondiese á lo menos al paso que Napoleon habia dado por medio de Mr. de Czernicheff, despachando á alguno con instrucciones, con poderes, y una carta que se debia á Napoleon en todo caso, pues habia escrito primero. Como importunado Alejandro por tal instancia, que satisficiera instantáneamente de considerarla propia á salvar la paz, respondió que á alguien enviaria sin duda, pero que de nada serviria este paso y que no habia probabilidad alguna de negociar con fruto, pues ciertamente para negociar no habia Napoleon removido tales masas de hombres y lleváolas tan lejos.

Efectivamente, para no incurrir en falta y no quedar con sentimiento, Alejandro se determinó á escribir á Napoleon una carta en respuesta de la que Mr. de Czernicheff habia llevado, carta triste,

dulce, pero ativa, en la cual manifestaba que en todas las épocas habia querido arreglarse de una manera amistosa, y que algun dia testificaria al mundo lo que habia hecho por conseguirlo; que despachaba al principe Kourakin poderes para negociar, poderes que á mayor abundamiento siempre tuvo este personage, y que deseaba ardentemente que sobre las nuevas bases indicadas se pudiese llegar á un pacifico acomodo. Mr. de Serdobin debia ser el portador de este último mensaje. Las condiciones, que estaba encargado de transmitir al principe Kourakin, eran de aquellas que se proponen cuando ya no se espera nada y solo se procura salvar el decoro. Alejandro estaba dispuesto, decia, á entrar en negociaciones y á tomar por Oldenburgo la indemnizacion que se le ofreciera, fuese la que fuese; á introducir en el ukase de diciembre de 1810, de que se quejaba la industria francesa, tal cambio que fuese compatible con los intereses rusos; hasta á examinar si el sistema de comercio imaginado por Napoleon podia ser adoptado en Rusia, bajo condicion de que no se pediria la exclusion absoluta de los neutrales, americanos sobre todo, y de que se evacuaria la Vieja Prusia, el ducado de Varsovia y la Pomerania sueca. En este caso comprometíase Alejandro á desarmar inmediatamente y á tratar de un modo pacifico y amistoso de cuantos puntos originaban las cuestiones entre ambas potencias.

Hablar á Napoleon de un movimiento retrógrado era cosa que no se ensayara, si se hubiese creído que deseaba negociar en París formalmente. Pero Alejandro y Mr. de Romanzoff no conservaban ya esperanza alguna, y si enviaron á Mr. de

Serdobin, fué de resultas de las vivas instancias de Mr. de Lauriston, quien probaba los últimos esfuerzos por salvar la paz, aun no teniendo tampoco ni una luz de esperanza. Cerca de un mes habia trascurrido desde la llegada de Mr. de Czernicheff, cuando el 8 de abril partió Mr. de Serdobin de San Petersburgo. Algunos dias mas pasó el emperador Alejandro en agitacion extremada, y durante este tiempo la sociedad rusa, que comprendia sus sentimientos, y los apoyaba respetuosamente, esmerábase en tratar á los franceses con miramientos en todas partes, en no provocarlos, en no mostrárseles ni jactanciosos ni asustados, y en acreditarles solo una resolucion tomada con pesadumbre, pero firme.

Aun no se habia contraído compromiso con Inglaterra, bajo la idea vigorosamente fija de mantenerse libre, y de no aventurar ningun paso que pudiera hacer la guerra inevitable. Mas por medio de Suecia se entablaron tratos indirectos, que produjeran una avenencia en el instante en que ya no hubiese que guardar contemplaciones. Llegado ó próximo á llegar este instante, puesto que Napoleón no habia vacilado en concluir sus alianzas con Prusia y Austria, Alejandro hizo partir á Mr. de Schutelen para Estokolmo, á fin de tratar con Mr. Thorton, agente inglés enviado á esta capital, y acordar juntos, no solamente las condiciones de la paz con Inglaterra, sino las de una alianza ofensiva y defensiva, bajo el concepto de una guerra á muerte contra la Francia.

Sirviéndose de la mediacion de Suecia, necesitábase al cabo entenderse con ella sobre lo que le concernia, y optar entre su alianza íntima ó su

hostilidad declarada, pues con tanta premura exigia el príncipe Bernadotte, que, sin estar aun revestido de la autoridad real, la ejercia, una respuesta á sus proposiciones. Largo tiempo habia titubeado Rusia en comprometerse con la córte de Estokolmo, porque aun no queria estar ligada, porque consideraba como gravísimo despojar á Dinamarca en provecho de Suecia, porque finalmente no tenia confianza en el carácter del nuevo príncipe real, pues, fiel ó traidor hácia su antigua patria, merecia igualmente que se le mirase con recelo. Sin embargo, la urgencia hacia que se desvanecieran estas razones. Ya no habia que guardar miramientos: ya no habia que contemplar á Dinamarca, tratándose de ser ó no ser para el imperio ruso, y en cuanto á las verdaderas relaciones de Bernadotte con Francia, la ocupacion de la Pomerania sueca por las tropas del mariscal Davout acababa de ponerlas en completa evidencia. Por consiguiente el 3 de abril (24 de marzo para los rusos) concluyó el emperador Alejandro un tratado con la córte de Estokolmo, segun el cual le concedia el objeto ardiente de sus votos, es decir, la Noruega. En este tratado, destinado á permanecer secreto, se garantizaban las dos potencias sus posesiones actuales, es decir que Suecia garantizaba á Rusia la Finlandia, y sancionaba así su desposesion propia. En cambio Rusia prometia á Suecia ayudarla á conquistar á Noruega en lo presente y á conservarla en lo venidero. Para el cumplimiento de estas miras comunes, debia Suecia reunir un ejército de treinta mil hombres, y de prestarle otro de veinte mil la Rusia: al frente de estos cincuenta mil hombres el príncipe real habia

de invadir primeramente la Noruega: consumada esta operacion, que se tenia por muy fácil, obligábasele á bajar á cualquier punto de Alemania para coger de revés á las tropas francesas. Se sobreentendia que los subsidios y las tropas de Inglaterra concurririan á esta diversion formidable. Respecto de Dinamarca, despojada tan prestamente, se debia dar un paso de cortesía, avisarla de lo estipulado, ofrecerle prestarse á ello mediante una indemnizacion en Alemania, que no se designaba, pero que no podria dejar de proporcionar la futura guerra. Si no consentia Dinamarca en una proposicion presentada en tal sentido, se le debia declarar hostil al instante, y como se podia dudar del efecto de este tratado en la opinion de Europa, y aun en la de Suecia, que era honrada y amiga de Francia, acordóse, sin escribirlo, que el gabinete sueco empezaria por declarar, no su alianza con Rusia, sino su neutralidad respecto de las potencias beligerantes. De la neutralidad pasaria despues al estado de guerra contra Francia.

Para Alejandro la cuestion mas importante era la paz con los turcos. Por virtud de la persistencia con que se les exigia una parte de su territorio, rompieron las negociaciones y renovaron las hostilidades. Razon decisiva para los turcos sobre no ceder nada, fué la certidumbre de una próxima guerra de Francia con Rusia. No obstante, se obstinaban en no ser nuestros aliados, porque el resentimiento de la conducta observada en Tilsit no se habia borrado de su alma, aunque la nueva política de Francia era de indole propia á desagradarla. Su anhelo se reducía á aprovechar la ocasion para salir indemnes de esta guerra, sin mos-

trarse parte en la disputa que se iba empeñar entre dos potencias, á las cuales tenian la imprevision de aborrecer á la sazón en el mismo grado. Nada podia ser mas funesto para Rusia que una continuacion de hostilidades contra los turcos, pues independientemente de un ejército de sesenta mil hombres sobre las armas, lo cual no suponía menos de cien mil efectivos, veíase obligada á mantener otro de cuarenta mil á las órdenes del general Tormasof, para que las fuerzas del Dwina y el Dnieper se dieran la mano con las del Danubio. Recuperar la disponibilidad de estos dos ejércitos era de importancia suma, cualquiera que fuese el plan de campaña que se adoptase. En torno de Alejandro fermentaban las cabezas, tanto entre los generales rusos como entre los oficiales alemanes, que por librarse de la influencia de Napoleon se habian refugiado en su corte. Todos los dados á quimeras juzgaban posible invadir la Iliria y la Italia con dichos cien mil rusos, arrastrar al Austria, y preparar quizá la ruina del imperio francés en desquite de la agresion intentada por Napoleon contra Rusia. A su vez este resultado era casi seguro, si se firmaba sin dilaciones la paz con Turquía, y si se llevaba la avenencia hasta una alianza. Sin aspirar á resultados tan extensos pensaban los espíritus mas prácticos que los cien mil hombres, trasladados del Danubio al Vistula y cogiendo de flanco á los franceses, bastarian para cambiar la suerte de la guerra. Alejandro que, á fuerza de ocuparse en combinaciones militares, habia llegado á adquirir ideas exactas sobre la materia, se inclinaba á este último dictámen. A su lado tenía un hombre, que por sus opiniones casi libera-

les, y por su talento brillante y vivaz le agradaba sobremanera y de quien esperaba eminentes servicios; era el almirante Tchitchakoff. En el fijó los ojos para encargarle de una mision importante en Oriente, y la eleccion estaba bien entendida, porque el almirante era idóneo tanto para la parte práctica como para la parte quimérica del papel que se le destinaba en aquella comarca. Alejandro le dió el mando inmediato del ejército del Danubio y el mando eventual del ejército del general Tomasoff, actualmente en Volhinia; le encargó hacer en Turquía la paz ó la guerra, le autorizó para prescindir de una porcion de exigencias rusas, para contentarse, por ejemplo, con la Besarabia, tomando el Pruth por frontera en vez del Sereth, para negociar á este precio, no solo la paz, sino una alianza con los turcos, para atacarlos de pronto, si, por el contrario, no lograba hacerlos entrar en la politica rusa, para caer finalmente sobre ellos y arrancarles con un acto vigoroso lo que no se alcanzara por la via de las negociaciones, para apoderarse quizá de Constantinopla, y para tornar en seguida con los turcos ó sin ellos y lanzarse ó sobre el imperio francés por Layback ó sobre las tropas francesas por Lemberg y Varsovia. La brillante imaginacion y el valor intrépido del almirante se acomodaban á estos papeles tan diversos como azarosos.

En medio de estas resoluciones, que interrumpian ó precipitaban las noticias que iban llegando, crecia la ansiedad en San Petersburgo, cuando apareció de repente un empleado de la legacion rusa, Mr. Divoff, enviado de Paris por el principe Kourakin para dar cuenta de un incidente funesto,

y de fresca data. Al salir de Paris Mr. de Czernicheff olvidó harto imprudentemente en su habitacion una carta, que comprometia de la manera mas grave á un empleado del ministerio de la Guerra, el que le habia vendido parte de los secretos de Francia. Esta carta, puesta en manos de la policia, reveló todos los manejos de que Mr. de Czernicheff se habia valido para corromper la fidelidad de las oficinas. Por consecuencia de las indagaciones de la policia fué preso uno de los criados de la embajada rusa, y negada su libertad al principe Kourakin, quien la reclamaba en nombre de los privilegios diplomáticos sin fruto. Abrióse proceso y todo auguraba que se cortarian una ó mas cabezas por este crimen de traicion, que, respecto de los agentes franceses, no admitia excusa ni indulgencia. Pero lo mas grande era que Mr. Divoff, portador de los documentos de este asunto desagradable, habia encontrado las tropas del mariscal Davout mas allá de Elbing. No era el pliego de que estaba encargado, por grave que fuese, lo que produjo en San Petersburgo una emocion decisiva, sino el hecho de que llevaba noticia tras de verlo con sus propios ojos. Tanto los parciales antiguos y fogosos de la guerra, como los modernos y resignados opinaron que Alejandro no se podia ya dispensar de dirigirse á su cuartel general, y que aun asi apenas llegaria quizá á tiempo de estar entre sus tropas cuando los franceses pasaran el Niemen; que ya no cabian dilaciones; que hasta para evitar imprudencias convenia que se hallara presente, pues tan animados estaban los generales rusos en el ejército de Lituania que eran capaces de aventurar algun

paso indiscreto, que desvaneciese las últimas probabilidades de paz, si aun quedaba alguna. Mr. de Romanzoff quiso oponerse á esta partida, porque dejar salir á Alejandro de San Petersburgo equivalia á obligar á Napoleon á abandonar á París y á hacer la colision inevitable. Mas no lo pudo conseguir en medio de la emocion que reinaba, y la partida de Alejandro para el cuartel general, fue instantáneamente resuelta. Contribuyó especialmente á precipitar esta determinacion el deseo de dar satisfaccion al sentimiento público por un lado, y por otro el de impedir que los generales comprometieran las últimas probabilidades de paz con algun acto irreparable. No tuvo tiempo de ver á Mr. de Lauriston, si bien encargó que se le diera testimonio de lo mucho que estimaba su noble conducta, y que se le reiterara la seguridad de que no abandonaba su capital para comenzar la guerra, sino al revés, para retardarla, si era posible, afirmando por última vez que hasta en su cuartel general estaria pronto á negociar sobre las bases mas equitativas y moderadas.

En la mañana del 23 de abril se dirigió á la iglesia el czar para asistir al oficio divino con su familia, y seguidamente partió por entre una poblacion numerosa, conmovida por su emocion propia y por la que descubria en el rostro de su soberano. Subió al coche en medio de vivas, y se puso en marcha juntamente con los personajes de mas nota de su gobierno y de su corte. Allí se contaban el ministro de lo Interior príncipe de Kotchoubey, el ministro de policia Balachoff, el gran maestro Tolstoy, Mr. de Nesselrode, el general Pfuhl, aleman que enseñaba al emperador la cien-

cia de la guerra, y, por último, un sueco expatriado, Mr. de Armsfeld, muy metido en las intrigas de entonces. Algunos dias mas tarde debia juntarse á la comitiva imperial Mr. de Romanzoff para ponerse á la cabeza de las negociaciones, si acontecia que se negociase. Al encaminarse el emperador á Wilna, se proponia hacer parada en el palacio de los Souboff, donde, en cierto modo, iba á dirigir un llamamiento á todos los partidos, visitando una familia famosa por el papel que habia representado a la muerte de Pablo I. El general Benningsen, célebre por el mismo título y otros mas, pues habia mandado con gloria el ejército ruso, debia encontrarse allí igualmente. Asi los sentimientos mas legítimos eran inmolados á la sazón en interés comun de la patria amenazada. En el momento de su partida recibió el emperador una comunicacion bastante satisfactoria. Le hizo decir Austria que no habia por qué infundiera recelos su tratado de alianza con Francia, dado que no le fué posible obrar de otro modo, pero que los treinta mil austriacos enviados á la frontera de Galitzia estarian allí mas en observacion que en actividad, y que si Rusia nada emprendia contra Austria, poco tendria que temer de aquellos treinta mil soldados (1). Y Alejandro, que habia sospe-

(1) Jamás aventuro hechos sin seguridad absoluta, y tanto mas tomo esta precaucion cuanto son mas graves. He podido proporcionarme una correspondencia muy amplia y muy curiosa entre el emperador Alejandro y el almirante Tchitchakoff durante el año de 1812. Este almirante gozaba de toda la confianza de su soberano y la merecia. En su correspondencia he hallado la prueba del hecho que afirmo, y ademas la indicacion clara y

chado que así fuera, aceleró su viage, dirigiéndose á Wilna. Mr. de Lauriston quedó solo en San Petersburgo, rodeado de contemplaciones, mas tambien de silencio, y aguardando que su córte lo sacase de tan falsa posicion con una órden de partida, no queriendo añadir con solicitar sus pasaportes una nueva señal de guerra á todas las que se habian dado á pesar suyo.

Para dejar á Paris no aguardaba Napoleon mas que la salida de Alejandro de San Petersburgo. Le habia comunicado Mr. de Lauriston los preparativos antes de la partida, y así tambien tuvo tiempo de tomar sus disposiciones. Consistió la principal en prescribir á sus tropas un tercer movimiento para llevarlas definitivamente á la linea del Vistula, donde debian pasar todo el mes de mayo. Ya se hallaba el mariscal Davout junto á las márgenes de este rio, y aun lo habia cruzado para avanzar hasta Elbing. Napoleon le ordenó que, sin interrumpir las operaciones particulares que tenia á cargo relativamente al material y á la navegacion, se concentrara entre Marienwerder y Marienburgo y Elbing, yendo siempre los prusianos hácia el Niemen á la vanguardia. Al mariscal Oudinot previno que se encontrara en Danzick para formar la izquierda del mariscal Davout, á Ney que se estableciera en Thorn para formar su derecha, al principe Eugenio que se trasladara á Plock junto al Vistula con los bávaros y los italia-

puntual de los sentimientos que atribuyo tanto á Alejandro como á su córte. Debo añadir, que no debo á la familia del almirante, depositaria de sus papeles y establecida en Francia, la comunicacion de estas cartas tan importantes para la historia.

nos, al rey Gerónimo que reuniera en Varsovia á los polacos, á los sajones y á los westfalianos, á la Guardia que se juntara en Posen, á los austriacos que estuvieran prontos á desembocar por Galitzia en Volhynia. En esa nueva posicion ocupaba el ejército la linea del Vistula, desde la Bohemia al Báltico, y debia presentar la enorme masa de quinientos mil hombres, no incluyendo las reservas, sirviendonos siempre los prusianos de vanguardia en la frontera rusa, sin que se les pueera reconvenir por ningun acto de agresion, puesto que estaban en su casa. De esta suerte cabia esperar sin recelo alguno los progresos de la vegetacion del Norte, porque al primer movimiento de los rusos se estaria en aptitud de obstruirles el camino, antes de que tuviesen tiempo de entregarse á la devastacion mas leve.

Aun cuando no hubiese por qué temer el que se lanzaran de repente á las hostilidades, con la memoria de lo acontecido en 1807, recordando Napoleon que jamás pudo operar eficazmente en aquellas comarcas antes del mes de junio, quiso proporcionarse todavia con mas certidumbre todo el mes de mayo de tiempo y recurrió á nuevos subterfugios para lograrlo, subterfugios que le debian ser funestos, como si la Providencia, resuelta á castigar su imprudencia politica confundiendo su prudencia militar, le hubiese empujado á cuanto debia perderle, pues el retardo de las operaciones iba á ser una de las causas principales de las desdichas de esta campaña. Temiendo Napoleon que, rodeado Alejandro en el ejército de los caracteres mas fogosos, no teniendo á su lado á Mr. de Lauriston para contrapesar su influencia,

acabase por tomar la iniciativa, resolvió despacharle un nuevo enviado, que le pudiera repetir los discursos que habia oido á Mr. de Lauriston tantas veces, y repetírselos, ya que no con nuevo lenguaje, á lo menos con nueva cara. Napoleon tenia á la mano una de las personas mas idóneas para desempeñar un papel de esta clase. Mr. de Narbonne, entrado en su servicio el año de 1809 como gobernador de Raab, enviado despues de ministro á Baviera, y ahora con mision en Berlin, donde tenia que hacer soportar hartas cosas al desventurado rey de Prusia, cuyo territorio se saqueaba al cruzarlo con algunos centenares de miles de hombres. De consiguiente, Napoleon ordenó á Mr. de Narbonne que se dirigiera al cuartel general de Alejandro para cumplimentarle, y para que, aun esquivando discusiones ajenas á su mision, le testificara el deseo y aun la esperanza de una negociacion armada, que se celebrara junto al Niemen entre los dos soberanos y que acabara no en la guerra, sino en la renovacion de la alianza entre los dos imperios. Mr. de Narbonne debia dar por motivo de su mision la voluntad de precaver ó de reparar las faltas de los generales, que, por impaciencia ó irreflexion, hubieran podido entregarse á actos agresivos sin órdenes de su gobierno. Si los rusos se hallaban en este caso, Mr. de Narbonne debia acreditar la mayor indulgencia. Si, por ejemplo, con el deseo muy natural de ocupar las orillas del Niemen como nosotros las del Vistula, habian invadido las pequeñas porciones de territorio prusiano, que en las inmediaciones de Memel formaban la izquierda de este rio, debia considerar semejante conducta como

una precaucion militar muy digna de excusa, ofrecer entenderse de una manera amistosa, y entretener á Alejandro durante veinte ó treinta dias con la idea y la confianza de una negociacion, cuyo desenlace no seria la guerra. Ademas estaba encargado de darle á conocer la circunstancia diplomática que á continuacion se expresa.

Jamás se habia lanzado Napoleon á ninguna de sus grandes guerras sin empezar por una intimacion pacífica dirigida á Inglaterra. Esta vez ideó obrar de igual modo, enviar un mensaje al príncipe regente por la marina de Boloña, y proponerle la paz bajo las condiciones siguientes. Francia é Inglaterra conservarían lo adquirido hasta entonces, salvo algunos arreglos particulares, ora en Italia, ora en España. En Italia Murat se quedaria con Nápoles y renunciaría á Sicilia, que sería patrimonio de los Borbones napolitanos. En la Peninsula se quedaria José con España, pero dejaria el Portugal á la casa de Braganza. Segun se debe hacer memoria, esta era la paz propuesta por conducto de Mr. de Labouchere al marqués de Wellesley. No habia probabilidad de que la proposicion fuera ni aun escuchada, mas de todos modos significaba una manifestacion pacífica, que podia producir algun efecto moral en vísperas de la guerra mas terrible de la historia, y por otra parte, debia suministrar asunto á nuevas conferencias con Alejandro. Mr. de Narbonne estaba especialmente encargado de participárselo al soberano ruso, y de darle una nueva prueba de las disposiciones amistosas y conciliadoras del potente emperador de los franceses.

No por mandar Napoleon á Mr. de Narbonne

que usara de tal lenguaje, dejó de revelar la verdad entera, á fin de que desempeñase mejor su cargo. Declaróle que no se trataba de ir preparando una paz que no se queria, sino de ganar tiempo, con el fin de retardar un mes las operaciones militares, y, como era buen oficial y buen observador, le recomendó que lo examinara todo en torno suyo, hombres y cosas, soldados, generales y diplomáticos, para que el estado mayor francés pudiera sacar provechoso partido de las luces adquiridas en el cuartel general ruso. Mr. de Narbonne tenia orden de dejar á Berlin tan luego como recibiera la carta, y debia estar en camino para Wilna desde los primeros dias de mayo.

Tomadas estas últimas precauciones, se dispuso Napoleon al viage. Su proyecto era trasladarse de París á Dresde, permanecer allí dos ó tres semanas antes de ponerse á la cabeza de sus ejércitos, tener una corte magnífica, y dar un espectáculo de poderio, que nunca se habia ofrecido quizá al mundo ni en los tiempos de Carlo-Magno, de César y de Alejandro. Autorizacion solicitaba para ir allí el emperador de Austria con el objeto de ver á su hija, y de preparar el papel que habia de representar muy pronto entre Francia y Prusia. Tambien significaba deseos de presentarse allí el rey de Prusia, para reclamar en favor de su pueblo, que miles de soldados hollaban con sus plantas. Cuando tales soberanos podian visitar, hablar y dirigir súplicas al futuro vencedor del mundo, ocioso es decir, cuantos otros aspiraban á la misma honra. General era la porfía, y como Napoleon queria pasmar á su adversario, desplegando su poder político no menos que su pujanza militar,

acogió todas estas demandas, y en cierto modo citó á la Europa entera para Dresde. Allí le debian acompañar la emperatriz y su córte.

En el momento de alejarse, y á pesar de las instancias del príncipe archicanciller, decidióse á una providencia administrativa de las mas violentas, y que punto menos que el cadalso, tan antipático por fortuna á su corazón como á su talento, hacia su gobierno igual á todos los gobiernos revolucionarios que le habian precedido. Esta providencia fué la tasa de granos. Habia continuado afligiendo al país la carestía, vendiéndose el hectolitro de trigo á 60 y 70 francos; precio que seria hoy exorbitante y lo era mas entonces. Prorumpia la población en el grito ordinario del hambre, pasión la mas legítima y ciega de todas, y acusaba de acaparamiento á los arrendatarios y comerciantes. Hasta entonces se habia limitado Napoleon á derramar en el mercado de París los granos de reserva, lo cual, sin ser un acto de violencia, era á pesar de todo una manera de segregar la acción benéfica del comercio, absorbiéndolo todo. Pero resultando ineficaz este recurso, aun para contener en París la subida de los granos, donde se operaba el derrame de la reserva, no resistió Napoleon al deseo de impedir violentamente esta carestía excesiva, y creyendo poder obrar con el comercio como con la Europa, decidió por un acto de su voluntad omnipotente y en muchos decretos, expedidos á principios de mayo, que tuvieran facultad los prefectos, no solo para tasar los trigos, según las circunstancias locales, sino para hacer que saliesen al mercado á la fuerza. Así, la misma vispera del dia en que marchaba á una guerra

insensata, ensayaba violentar lo que nunca ha podido violentarse, el comercio, imponiéndole precios arbitrarios. Era como un testimonio de afecto que deseaba dar á este pueblo francés, del cual iba á llevar millares de hijos á la muerte; triste testimonio que no era mas que una lisonja vana y funesta para apaciguar los murmullos que el hambre y la quinta hacian subir hasta su trono. Después de confiar sus poderes personales al archicanciller Cambaceres; después de recomendarle, no que usara fielmente de ellos, sobre lo cual no abrigaba duda, sino con energia, de lo cual estaba menos seguro, después de dejarle para custodia de su esposa, de su hijo y del centro del Imperio, algunas centenares de veteranos de la Guardia Imperial, incapaces de todo servicio activo; después de repetir, no solo al principe Cambaceres, sino á todos aquellos á quienes tuvo ocasion de dirigir la palabra, que nada aventuraria en esta guerra distante, que obraria con lentitud, con mesura, y que consumaria en dos campañas, y aún en tres si era necesario, lo que no creyera prudente intentar en una; después de reiterar estas seguridades, sin tranquilizar á nadie del todo, partió el 9 de mayo con la emperatriz para Dresde, rodeado, no ya del afecto de los pueblos, sino de su admiracion, de su temor, de su sumision; partida funesta, que no pudo impedir resistencia alguna de los hombres, ni de las instituciones, pues entre los hombres ninguno era capaz de hacerse oír ni osara ensayarlo, y respecto de las instituciones, solo habia una, su voluntad, la que le llevaba al Niemen y á Moscou.

Se habia hecho preceder Napoleon por el prin-

cipe Berthier para la expedicion de sus órdenes militares, y habia dejado detrás al duque de Bassano para el despacho de ciertos negocios diplomáticos que aún exigian algunas atenciones. Acompañado iba de su servidumbre militar y su servidumbre civil, con un aparato que los soberanos mas magníficos no habian sobrepujado, sin mostrar menos sencillez en su persona, ni ser menos accesible, como convenia á un hombre extraordinario que jamás temia presentarse á otros hombres, tan seguro de influir sobre ellos con el prestigio de su genio como con el fausto sin par que le rodeaba.

Llegado el día 11 á Maguncia, empleó el 12 en visitar las obras de la plaza, en dictar órdenes, y comenzó el espectáculo de las recepciones soberanas, en las cuales debian figurar unos tras otros, la mayor parte de los principes del continente. En Maguncia recibió al gran duque y á la gran duquesa de Hesse-Darmstadt y al principe de Anhalt-Cöthen. La corte imperial cruzó el Rhin el día 13, se detuvo un instante en Aschaffenburgo en casa del principe primado, siempre sinceramente prendado del genio de Napoleon y no creyendo estarlo de su poderio, y halló luego en el curso del dia al rey de Wurtemberg, soberano orgulloso de un pequeño estado, que, por su carácter violento al par que indomable y su penetrante talento, se habia captado de Napoleon mas contemplaciones que las obtenidas por los mas grandes soberanos, y que le hacia la cortesía de salirle al encuentro, mas no la lisonja de acompañarle hasta Dresde. Pernoctó la corte imperial en Wurzburg en casa del gran duque, el cual lo fué antes

de Toscana, tío de la emperatriz, príncipe excelente, conservando hacia el emperador Napoleón la misma amistad que en otro tiempo le inspiró en Italia el general Bonaparte, amistad sincera, aunque interesada. Al día siguiente 14 fué Napoleón á dormir á Bareuth, el 15 á Planen, cruzando la Alemania por entre una afluencia inaudita de poblaciones germánicas, en quienes la curiosidad contrapesaba el odio. Efectivamente nunca el potentado, á quien detestaban, les había parecido rodeado de mas prestigio. Se hablaba con cierta especie de sorpresa y de terror de los seiscientos mil hombres que acudían á su llamamiento de todos los puntos de Europa; se le atribuían proyectos mucho mas extraordinarios que los que había concebido: decíase que se encaminaba por Rusia á la India: también se divulgaban mil fábulas cien veces mas locas que sus resoluciones verdaderas, y casi se creía en la consumación de todas, tanto sus triunfos constantes habían desanimado el odio y desacostumbrádole á esperar lo que deseaba. Inmensas hogueras estaban preparadas en los caminos, y llegada la noche se las prendía fuego, á fin de alumbrar su marcha, de suerte que la emoción de la curiosidad producía casi las expansiones del amor y del alborozo. A la mañana del 16 los buenos soberanos de Sajonia se adelantaron hasta Freiberg al encuentro de su poderoso aliado, y por la noche entraron á su lado en la capital de su reino.

Al levantarse Napoleón el día 17 recibió á los oficiales de su corona, á los de la corona de Sajonia, y á los príncipes alemanes que le habían precedido ó seguido á Dresde. Mostróse lleno de cor-

tesia, pero altivo, y debió parecerles embriagado de su pujanza, mucho mas que lo estaba realmente, pues, al acercarse al peligro, habían cruzado las profundidades de su espíritu ciertas vislumbres, y marchaba á esta nueva lucha menos convencido que arrastrado por aquella corriente de guerras á la cual se había abandonado. Pero sus dudas eran de duración corta, y apenas interrumpían la inmensa confianza que le inspiraba la constancia de sus triunfos, la extensión de sus fuerzas y la conciencia de su genio. Atento con los príncipes alemanes, no se mostró cabal amigo mas que del buen rey de Sajonia, á quien amaba y de quien era amado, á quien había arrancado de una vida sencilla y recta para lanzarle en el torrente de sus propias aventuras, y á quien acababa de seducir dándole, bajo el nombre de gran ducado de Varsovia, la soberanía de Polonia, una de las antiguas glorias de su familia, soberanía que aun debía aumentarse, si era feliz la guerra de 1812. Este excelente rey sentíase encantado y gloriábase de huésped tan ilustre, y le enseñaba con orgullo á sus súbditos, que casi olvidaban sus sentimientos alemanes ante el espectáculo de los esplendores dados y prometidos á la familia reinante de Sajonia.

Napoleón aguardaba en Dresde á su suegro el emperador de Austria y á la emperatriz su suegravastago por línea de hembras de la casa de Modena, casada en terceras nupcias con el emperador Francisco II, madre adoptiva para María Luisa, princesa dotada de muchas prendas excelentes, bien que vana, altanera y aborrecedora de las grandezas que había sido invitada á ver con sus

propios ojos. Al dirigirse á Dresde habia obedecido á la politica de su esposo y á su curiosidad propia.

A Dresde llegaron el emperador y la emperatriz de Austria al dia siguiente que Napoleon y María Luisa, cabalmente para dejar tiempo á estos de tomar posesion del palacio del rey de Sajonia. El emperador Francisco, que amaba á su hija, y que, sin olvidar la politica de su casa, se complacia en ver á esta hija feliz, colmada de gloria y de atenciones por su esposo, abrazóla con satisfaccion muy viva. Casi francamente abrió los brazos á su yerno, y vivió en Dresde con cierta especie de inconsecuencia mas sincera y mas frecuente de lo que se imagina; balanceándose entre el placer de hallar á su hija tan grande y el pesar de sentir al Austria tan abatida; flotando así entre dos sentimientos distintos sin procurar darse cuenta de ellos; prometiendo á Napoleon su auxilio despues de haber participado á Alejandro que este auxilio seria nulo; diciéndose que en suma habia obrado de la mejor manera al asegurarse á la vez contra los triunfos de uno y otro adversario; creyendo, á pesar de todo, mucho mas en los de Napoleon, y preparándose á aprovecharse de ellos por las condiciones de su tratado de alianza. Tan débiles son las almas y tan vacilantes los espíritus generalmente que muchos hombres, aun honrados, viven sin remordimientos por traiciones semejantes, excusándose á sus ojos con la necesidad de una posicion falsa, no tratando á menudo ni aun de excusarse, y sabiendo perfectamente eludir con la irreflexion el influjo de la conciencia.

El emperador Francisco habia preparado á su

hija un presente singular y que pintaba muy bien el espíritu de la corte de Austria. Uno de esos pobres cruidos, que no es de esperar que tengan ya imitadores en Francia, y de los cuales en Italia todavía quedaban algunos, sabios que hallan genealogías á quien las aprecia y las paga, habia descubierto que allá por la edad media reinaron los Bonapartes en Treviso. Despues de haber ordenado el emperador Francisco las oportunas investigaciones, llevaba á su hija y á su yerno el resultado de ellas. Este se rió con todas veras, salvo el servirse en ciertos momentos del hallazgo: María Luisa añadió este lamedor á su incomparable grandeza, y sus cortesanos pudieron decir que esta familia fué destinada en todos tiempos á reinar sobre los hombres.

Tratada por Napoleon la emperatriz de Austria con atenciones delicadas, lisonjeada de su acogida, celosa á veces de las magnificencias de su hijastra, bien que indemnizada por los mil regalos que recibia cotidianamente, suavizóse mucho, salvo el volver á su habitual denigramiento cuando estuviese en Viena de retorno. Napoleon, que no hubiera cedido el paso á ningun monarca del mundo, cediólo esta vez á su suegro con una deferencia filial del todo, y no cesó de dar el brazo á su suegra con la cortesía mas anhelante, hasta el extremo de ufanarse el emperador Francisco del papel que representaba en Dresde, como si la casa de Austria hubiera recuperado con tales procedimientos algo de lo que habia perdido.

Asistióse el primer dia al suntuoso banquete dado por el rey de Sajonia, mas despues fué Napoleon, cuya servidumbre se hallaba en Dresde,

quien reunió á su mesa á los numerosos soberanos llegados á su encuentro, y aun al rey de Sajonia, que en su propia capital parecia recibir hospitalidad en vez de darla. Inmensa multitud llenaba á Dresde, aun habiendo segregado Napoleon y enviado á Posen todo lo militar de su comitiva, hasta á su cuñado Murat, hasta su hermano Gerónimo, despachados uno y otro á sus cuarteles generales. A pesar de la precaucion esta, la afluencia de los príncipes, de sus grandes oficiales, de sus ministros, era extraordinaria. Cuando Napoleon salia á caballo ó en coche, se agolpaba la muchedumbre para verle, y era necesario que los granaderos sajones, únicos que á la sazón le daban la guardia, acudiesen para evitar accidentes. En lo interior de los habitaciones imperiales no era el anhelo menos tumultuoso. Todos se precipitaban á su paso no bien aparecia; tropezábanse unos con otros por ser vistos, por obtener una palabra, una mirada; si acaso se descubria que por demasiada impaciencia se habia codeado á un superior, á un primer ministro, quizá á un monarca, se retrocedia con respeto, se alegaban excusas, y se volvía á empezar á correr tras el objeto de todas estas demostraciones. No estaban menos prontos á salirle al paso los personajes políticos eminentes, pues al deseo de estar en su presencia, de ser honrados con sus palabras, se juntaban la curiosidad, el interés de adivinar algunas de sus intenciones en el sesgo de sus discursos, lo cual no impedía que, cuando se estaba fuera del tumulto, y se creia no haber cerca ni oídos indiscretos, ni bocas infieles, se preguntara si aquella escena deslumbradora no se hallaba próxima á un trágico desenlace, si en

las distancias y los hielos que iba á arrostrar el conquistador no habria probabilidad de sacudir el yugo aborrecido en secreto, aunque públicamente adorado. Mas despues de entregarse sin ruido á estas esperanzas, se volvía pronto al temor, á la sumision, con el recuerdo de una felicidad constante: á la sazón y sobre todo en público no se auguraban mas que victorias, declarándose á Napoleon invencible y al czar tocado de locura; y si no se podian decir estas cosas á Napoleon, á menudo de difícil acceso, aunque siempre cortés, ibase á decirlas á Mr. de Basano, recién llegado á Dresde, y cuya vanidad saboreaba con delicia el incienso que Napoleon hallaba insípido. Pero estas pomposas representaciones no eran mas que un velo echado sobre una actividad política y militar incesante. Los mil correos que seguian á Napoleon llevaban innumerables negocios, que despachaba de noche, cuando de día no le era posible.

Especialmente con el rey de Prusia, llamado también á esta cita y aun no llegado, tenia que tratar de cuestiones harto graves y delicadas. General y violento habia venido á ser el clamor de los pueblos alemanes contra el paso de las tropas. Napoleon habia contado, para alimentar sus ejércitos durante la marcha, con los suministros que Prusia se habia comprometido á proporcionar á un precio dado. Pero no queriendo revelar la direccion de sus movimientos, no dijo de antemano qué caminos seguirian sus tropas, y se hallaban reducidas á devorar á su tránsito las subsistencias de las poblaciones. Provistos siempre con antelacion los soldados del mariscal Davout, acabados de salir los del mariscal Oudinot de sus manos, causaron menos perjui-

cios porque experimentaron menos necesidades. Al revés los del mariscal Ney y los del príncipe Eugenio, viniendo de mas lejos, habiendo sufrido mucho y contando en sus filas á gran número de alemanes, se portaron malamente. Los wutembergeses en el cuerpo del mariscal Ney, los bávaros en el cuerpo del príncipe Eugenio, excitaron gritos de dolor por el camino, cuidándose poco de ser merecedores de una reprobacion que habia de recaer sobre los franceses mas que sobre ellos. Aun sobrevino otra circunstancia mas grave. A pesar de poseer Napoleon á Stettin y Custrin junto al Oder, y á Magdeburgo y Hamburgo junto al Elba, queria asimismo tener entrada en Spandau, especialmente á causa de Berlin, de cuya ciudad estaba muy cercana esta fortaleza. Le hacia tambien falta Pillau, que era la llave del Frische-Haff, excelente mar interior, gracias al cual se podia ir por agua desde Danzick á Koenigsberg sin encontrar á los ingleses. Apenas se habló de estas plazas en el tratado de alianza, pero se dijo que Prusia no tendria en ellas mas que veteranos y que Francia podria depositar dentro su material de guerra. A estas estipulaciones insidiosas se apeló para apoderarse de Pillau y Spandau. Primeramente con el material fueron introducidos artilleros franceses para custodiarlo, y despues batallones de infanteria. Eso produjo la emocion mas viva en Berlin, y toda la destreza de Mr. de Narbonne, que se ocupó en estos negocios antes de salir para Wilna, no bastó á tranquilizar al rey de Prusia y á Mr. de Hardenberg. Estos reincidieron en sus terrores habituales. Ver queria el monarca á Napoleon á toda costa, mas siempre triste con sus infortunios,

detestando las fiestas y el fausto, creyendo leer en todas las miradas una compasion ofensiva, hallándose mal en su casa y peor en la agena, bubiera querido recibir á Napoleon en Postdam mas bien que irle á llevar en medio de las pompas de Dresde sus temores, sus pesares y sus apremiantes cuestiones. sin embargo, necesitando abocarse con él fuese donde fuese, á fin de que le tranquilizara relativamente á sus designios y de hacerle oír el grito de los pueblos, estaba resuelto á dirigirse á Dresde, si era absolutamente necesario, y envió cerca de Napoleon á Mr. de Hatzfeld para explicarse sobre este negocio. Mr. de Hatzfeld era aquel gran señor prusiano á quien Napoleon estuvo á punto de fusilar en 1806 á y quien despues tuvo en singular estima y gracia (lo cual prueba, aun prescindiendo de otras razones mas altas, que no conviene apresurarse á fusilar las gentes); iba á exponer las perplejidades de su soberano.

Napoleon le hizo muy buena acogida y tranquilizóle todo lo que pudo; mas no cuidándose de oír muy de cerca las quejas de los prusianos, ni de perder el tiempo en dar un largo rodeo, y sobre todo queriendo completar la grande escena, que promovia en Dresde, con la presencia del rey de Prusia, previno que se le dijera que no podia ir á Postdam por no cogerle al paso y que tenia muchas cosas de que hablarle en el mismo Dresde. Este deseo equivalia á un mandato, que inmediatamente fué trasmitido al rey Federico Guillermo.

Al llegar á Dresde Mr. de Basano llevó otros asuntos no menos graves, ante todo la respuesta de Inglaterra al último mensaje pacifico de Francia, y ademas la relacion de un paso muy singu-

lar y muy imprevisto dado por el príncipe Kourakin. Con menos arrogancia que de costumbre había recibido el ministerio inglés esta nueva proposición de paz, mostrándose como un gabinete á quien fatigaba la lucha y á quien había hecho increíble la experiencia. A pesar de los cambios operados en Europa, le bastara la adjudicación de Sicilia á los Borbones y la de Portugal á la casa de Braganza, si se añadiera á estas concesiones la restitución de la corona de España á Fernando VII, no porque el gabinete británico estimase mucho al prisionero de Valenzey, sino porque, prendado de los españoles el público de Londres, no quería abandonarlos de ningún modo. Había pues un principio de avenencia en los datos de las dos naciones, pero independientemente del obstáculo siempre entero y siempre insuperable de la corona de España, y el gabinete inglés no había aparentado creer que la proposición fuese formal, aun recibiendo la más cortesmente que de costumbre.

Por lo demás esta respuesta de Inglaterra á nuestras aberturas no tenía más importancia que las aberturas mismas, pero el último paso del príncipe Kourakin afectó á Napoleon muy de otra manera. Constantemente atento á retardar las hostilidades hasta el mes de junio, para dar lugar á que brotara la yerba y descansaran sus tropas junto el Vístula unos veinte días, no había cesado de recelar una súbita iniciativa de los rusos, á pesar de todas sus precauciones. Ahora bien, el paso del príncipe Kourakin era de índole propia á confirmarle en sus temores. Este príncipe, fastuoso y afable, muy adicto á la paz y habiendo trabajado sin tregua por conservarla, acababa no obstante de

pedir sus pasaportes en vísperas de partir Mr. de Basano. Sus razones, que á la sazón era difícil averiguar, se reducían á las siguientes. Ante todo se le había negado la restitución del criado de la embajada comprometido, en el asunto del oficial del ministerio de la Guerra: éste había sido juzgado, convicto y fusilado; el criado seguía preso: además no se creyeron dignas de ser discutidas las proposiciones llevadas por Mr. de Serdobin, á causa de que no quería explicarse, y de que la condición de retroceder hasta el Oder cuando menos desagradaba en altísimo grado. Susceptible el príncipe Kourakin, aunque conciliador de suyo, tomando estas negativas y este silencio por un desden hacia su persona, creyendo que al punto á que habían llegado las cosas, estaría expuesto en París á tratamientos cada vez más humillantes, sin órdenes de su gobierno, solicitó sus pasaportes. Mr. de Basano esforzó en patentizarle toda la gravedad de semejante paso, le explicó la negativa á la restitución del criado con las inculpaciones que resultaban en su contra, la negativa á negociar sobre las bases llevadas por Mr. de Serdobin, á causa de que la proposición de un movimiento retrógrado era inadmisibile, y así había logrado inclinarle á suspender ó retirar la demanda de sus pasaportes. Pero quedaba el hecho inexplicable de la demanda, y Napoleon estaba apegado á su plan de tal modo que la menor duda sobre su ejecución le llenaba de inquietudes. Sus tropas descansaban á orillas del Vístula desde los primeros días de mayo. Persistía en el proyecto de dejarlas allí hasta la aproximación del mes siguiente, de gastar luego quince días en trasladarlas á orillas del Nie-

men, y de empezar así las hostilidades á mediados de junio. Temiendo que Alejandro no se contuviese bastante desde que no tenía á Mr. de Lauriston á su lado, no contando mucho con la influencia de Mr. de Narbonne, después de los pasos ya dados, ordenó otro nuevo, para precaver el peligro que ocasionaba sus temores. Mr. de Lauriston se había quedado en San Petersburgo al modo que el príncipe Kourakin en París á la partida de los dos emperadores. Aunque tratado siempre Mr. de Lauriston con miramientos, no veía á nadie, á veces encontraba á Mr. de Saltikoff, encargado de las relaciones exteriores por ausencia del canciller, pero le encontraba para no decir ni oír cosa alguna. Napoleón le despachó el 20 de mayo una orden para que solicitara ir sin demora á Wilna, cerca de la persona del czar, con motivo de comunicaciones, que solo á él ó á su canciller podían ser hechas; para que marchara á Wilna al punto, viera á Alejandro y á Mr. de Romanzoff, les instruyera de la demanda de pasaportes presentada por el príncipe Kourakin, clamara mucho sobre este paso hostil dado tan de pronto, clamara asimismo sobre la proposición llevada por Mr. de Serdobin y cuya sustancia era exigir por preliminar de toda negociación la evacuación inmediata de la Vieja Prusia (suposición exagerada, pues la evacuación debía de seguir y no de preceder á las negociaciones); declarara que en ninguna época, ni después de Austerlitz, ni después de Friedland, había impuesto el emperador al czar una condición tan deshonrosa, y por último se informara si resueltamente se quería la guerra, si se quería que fuese inevitable y violenta atentando contra el honor de un ad-

versario, que no contaba la debilidad entre sus defectos, ni la humildad entre sus virtudes. Si Mr. de Lauriston no obtenía permiso para penetrar hasta donde se hallaba el emperador Alejandro, lo cual sería riguroso, pues un embajador puede siempre solicitar aproximarse al soberano cerca del cual está acreditado, debía tomar sus pasaportes. Pero debiendo provocar estas comunicaciones enviadas á Wilna contestaciones dirigidas á San Petersburgo, no podían menos de consumir tiempo, y como solo se trataba de ganar quince ó veinte días, era de creer que se consiguiese el objeto. Si Mr. de Lauriston obtenía la venia para dirigirse á Wilna, le estaba ordenado que con sus ejercitados ojos de militar lo observase todo, y aun despachase diariamente correos bien elegidos al cuartel general francés, pues como Napoleón expresaba con fundamento, en la hora de hostilidades inminentes, en que todas las comunicaciones son mas difíciles que después de rota la guerra, un correo entendido, que acaba de pasar por entre las avanzadas, es el mejor de los informantes.

Otros negocios llamaron además la atención de Napoleón en medio de las fiestas de Dresde, y en efecto bien tenían con que ocuparle Suecia y Turquía. De Estokolmo se acababan de recibir nuevas comunicaciones, que parecían emanadas del príncipe real, y eran de índole adecuada á dar á entender que sería fácil atraerle, y Napoleón, que no se figuraba hasta qué punto había penetrado en su corazón el odio, hasta qué punto la ambición de los suecos se había tornado de la Finlandia á la Noruega, y que por otra parte ignoraba el tratado

secreto del 5 de abril no dejaba de esperar una diversion operada por treinta ó cuarenta mil suecos sobre el flanco de los rusos. Asi aguardaba impaciente á Mr. de Signeul, anunciado muchas veces, pero que no llegaba nunca.

Al parecer le prometian otra diversion no menos importante las noticias de Turquía. Estas versaban sobre los sucesos que habian motivado el envio del almirante Tchitchakoff junto al bajo Danubio, esto es, sobre la negativa de los turcos á entrar en trato y sobre la renovacion de las hostilidades contra los rusos. Además creyéndose los turcos engañados por todos, y queriendo á su vez engañarlos, no dijeron que al negar la Moldavia y la Valaquia, estuviesen prontos por amor á la paz á ceder la Besarabia, y á fin de comprometer á los franceses á entrar inmediatamente en campaña, les prometieron su alianza, que estaban determinados á no conceder nunca. Napoleon, que al dejar á Paris habia nombrado embajador en Constantinopla al general Andreossy, personaje entendido y grave, hizo que se le despacharan instrucciones apremiantes, para celebrar sin demora la alianza con los turcos, anunciando que á la llegada de estas nuevas instrucciones, ya se habrian comenzado las hostilidades. Lisonjeóse de consiguiente de que, llevando ya consigo á los austriacos y á los prusianos contra los rusos, tambien lograria echarles sobre los flancos á los suecos por una parte y á los turcos por otra.

Antes de engolfarse en las regiones septentrionales faltaba arreglar el grande asunto de Polonia, por cuyo motivo parecia empeñada esta guerra. Si alguna vez se ofreció ocasion oportuna para deró-

gar el acto odioso é impolítico de la desmembracion de la Polonia, que Federico el Grande tuvo la audacia de concebir, que Maria Teresa tuvo la debilidad de consentir, que Catalina tuvo la habilidad de proponer, era de seguro esta en que uno de los mas grandes capitanes del los tiempos modernos, no teniendo ya que contar con los coparticipes de Polonia, habiendo ya despojado á Prusia, de la parte que le cupo entonces, y pudiendo indemnizar al Austria de la que aun le pertenecia, marchaba contra la Rusia al frente de seiscientos mil soldados. Una batalla semejante á las ganadas en los campos de Austerlitz, de Jena, de Friedland, debia bastar al parecer ahora. Asi todos esperaban ver reconstituida la Polonia, y aun pensaban que este era el verdadero motivo que ponía una vez mas á Napoleon las armas en la mano. Se engañaban, segun esta narracion ha debido probarlo; pero, empujado á esta nueva guerra, por el doble impulso de su destino y de su caracter, y trasladándose mas allá del Vistula y del Niemen, ¿qué cosa podia hacer mejor que reconstituir la Polonia? ¿Y á qué uso mas noble habia de destinar con efecto estas provincias que una guerra feliz le someteria muy pronto? Todo anunciaba al menos que iba á conquistar la Lithuania y la Volhynia, y podia comprar la Galitzia. ¿No era natural que las incorporase al gran ducado de Varsovia para constituir la en reino? Sin ser uno de aquellos políticos sistemáticos para quienes la restauracion de la Polonia es el grande objeto á que deberian propender sin tregua las naciones de Europa, Napoleon, llevado de nuevo á luchar con Rusia, habia admitido el proyecto de esta restauracion como consecuencia natural

de la guerra á que estaba á punto de lanzarse. Por desgracia, su buen sentido, que en estas empresas temerarias le perseguía como una especie de remordimiento, le permitía esperar muy poco el éxito de esta obra reparadora. Durante su primera campaña de 1807, halló entusiasmo en Posen, en Cracovia, en Varsovia sobre todo, y en algunas grandes ciudades, comunes focos de los sentimientos nacionales, pero en ninguna parte había notado aquel impetu universal é irresistible que pudiera hacer practicable una reconstitucion nacional. Y las cosas no habían mudado sensiblemente en 1812. Dividida estaba la alta nobleza, la pequeña arruinada, el pueblo trabajosamente ocupado en luchar contra la miseria, y en todo caso nadie contaba bastante por completo con el triunfo, para arrojarse en cuerpo y alma á la nueva empresa. Añadase, como circunstancia agravante, que el bloqueo continental, especialmente oneroso para Polonia, había adherido muy poco los intereses del país á la Francia, y enagenado enteramente á los judíos, que de tan gran provecho pudieran ser en una guerra á causa de sus recursos comerciales. Casi exclusivamente se hallaba el fervor de los sentimientos polacos en el ejército, parte del cual había lidiado junto á nosotros en Italia, en Alemania, en España, y cuya otra parte, formada bajo el príncipe Poniatowski, bien que siempre en nuestra escuela, había ganado prez el año de 1809 en la defensa del Gran Ducado. Efectivamente ambas estaban llenas de noble ardimiento. A cerca de treinta y seis mil hombres subía el cuerpo fiado al príncipe Poniatowski. Nueve ó diez mil se habían juntado en una division, que, bajo el mando del ge-

neral Grandjean, servia en el cuerpo del mariscal Davout, y un número casi igual en otra division, que, á las órdenes del general Girard, servia en el cuerpo de reserva del mariscal Victor. Finalmente, con el título de legion del Vistula, llegaban de España tres excelentes regimientos, que Napoleon quería colocar en su Guardia. Con algunos depósitos esparcidos en Danzick, en Modlin, en Varsovia, y con muchos regimientos polacos, ascendia este ejército en totalidad á unos setenta mil hombres, dignos camaradas de los franceses, amándolos y siendo amados por ellos, y llevando hasta la rabia el odio á los rusos. Allí estaba la verdadera Polonia: tambien estaba en la grande y patriótica ciudad de Varsovia, y en otras dos ó tres ciudades del gran ducado, siendo muy facil despertarsu entusiasmo. Pero no se lisonjeaba Napoleon de levantar á la nacion por virtud de una conmocion general, súbita, eléctrica y que pudiera obrar prodigios, recordando el año de 1807, en que, á pesar de la novedad y del impetu de esperanzas á la sazón indefinidas fueron tan escasas las results. No prometiéndose de los polacos todo lo que necesitara de ellos, no quería prometerles todo lo que pudieran apetecer, y por ejemplo, no pensaba comprometerse á exigir de Rusia su restablecimiento en cuerpo de nacion, sino en el caso de que le ayudasen á vencerla completamente. Contaba mas que nada con la posibilidad de dar incremento al ejército polaco, de elevarlo á ciento cincuenta y quiza á doscientos mil hombres y de rehacer á la nacion por tal medio. Esto era practicable sin duda, pues la valiente raza de los polacos aun podia suministrar en la pequeña nobleza excelentes oficiales, en el pue-

blo excelentes soldados y en número muy considerable, bien que bajo una condicion á pesar de todo, la de suplir los gastos de esta organizacion por la arruinada Polonia. Para ello se necesitaba gastar cincuenta y aun quizá cien millones, reunir en un solo cuerpo á cuantos polacos hubiera en vez de diseminarlos en la inmensidad del ejército francés, y emplear toda una campaña en engrasarle con cien mil reclutas, sacados del Vístula al Niemen. Por desgracia no era probable que, viniendo Napoleon desde tan lejos, se quisiera limitar al papel de instructor de los polacos y se aviniera además á destinar á este uso una parte de sus economías. No teniendo los poderosos recursos del crédito, no proporcionándose recursos rentísticos sino á fuerza de orden, necesitando alimentar á ejércitos inmensos, vino á ser casi avaro. Se le habia visto negar á su hermano José sumas que facilitarían infinitamente la sumision de España, quejarse ácremente de Murat, de Gerónimo, de Luis, á causa de reglamentos de contabilidad, cuya importancia no parecia merecerlo, y se puede decir que era tan pródigo de la sangre de los pueblos como económico de su dinero, muy al cabo de que casi aman tanto la una como el otro. Dudoso era pues que hiciese por la reconstitucion de Polonia el principal esfuerzo, el de gastar dinero, esfuerzo que fuera el mas eficaz, pues, formado un ejército, casi se ha formado una nacion.

Sin esperar Napoleon mucho de Polonia, se lijoseaba no obstante de que, al ruido de expedicion tan vasta, acometida al parecer por ella sola, se podria excitar en su seno un patriótico empuje, y sacarla al menos hombres y dinero. De con-

siguiente se hallaba resuelto á no perdonar manera de provocar semejante empuje, salvo una cosa á pesar de todo, la de comprometerse irrevocablemente en una lucha á muerte contra Rusia, á menos que la Polonia obrase maravillas, pues, aun lanzándose á esta guerra, su buen sentido, tardo por desgracia, le decia ya, y tal vez demasiado, que no convenia hacerla implacable. Se complacia en creer que un golpe brillante como el de Austerlitz, el de Jena, el de Friedland, pondria al emperador Alejandro á sus plantas, y podria proporcionarle la paz continental y maritima muy pronto. No temia, como se ha dicho algunas veces, la libertad de los polacos, porque la libertad empezaba ya á no meterle miedo despues de sofocarla totalmente en Francia. Mas el compromiso de no firmar mas que una paz triunfal, como se necesitara para obtener de Rusia y Austria el restablecimiento de la Polonia, no lo queria contraer con nadie, pues no lo habia contraido con él la fortuna. Bajo el influjo de estas disposiciones algun tanto inciertas, y que desgraciadamente las podian producir semejantes en los polacos, resolvió elegir un hombre distinguido para enviarle con titulo de embajador á Varsovia, lo cual era sin duda una primera declaracion harto explicita de que miraba el gran ducado de Varsovia como un nuevo Estado, no simplemente anejo á Sajonia, sino con propia existencia y en aptitud de llegar á ser el antiguo reino de Polonia. Este personage debia dirigir á los polacos, impulsarlos á confederarse, á levantarse en masa, á reunirse en una dieta general y en dietinas, á duplicar, á triplicar el ejército del principe Poniatowski, á enviar á todas las provincias mas antigua-

mente desmembradas de Polonia, como la Lithuania y la Volhynia, emisarios para excitarlas al mismo movimiento, aplazando no obstante estos proceder en Galitzia, á causa de que era menester contemplar como aliada á la córte de Viena. Este embajador, encargado de reconstituir la antigua Polonia, debia ser un personage de nota, tan idóneo para inspirar cordura como osadía, capaz de adquirir un gran ascendiente, y cuyo solo nombre indicara la importancia de la empresa, que debia dirigir por especial encargo. Para mision tan ardua pensó Napoleon en Mr. de Talleyrand, y aunque este personage indolente y burlon no tuviese todo el calor que para tal papel se requeria, estaba perfectamente elegido, pues, prescindiendo de que durante su vida lo habia sido todo, hasta revolucionario y todavia podia serlo, tenia un arte para adular las pasiones, una destreza para manejarlas, una grandeza personal, que le hubieran hecho entonces el verdadero restaurador de Polonia, dado caso de que pudiera ser restaurada. A todas estas dotes añadía una conveniencia que no debia ser desdeñada, y era la de figurar como confidente, como favorito hasta la infidelidad de la córte de Viena, y por tanto debia inquietar menos que otro alguno á esta córte en el desempeño de una mision delicada, especialmente por causa de ella. Mas por este mismo lado fracasó el proyecto, pues, con una especie de impaciencia poco digna de él, cometió en Viena sobre este asunto, ora por darse importancia, ora por hacerse bien quisto, indiscreciones, que desagradaron singularmente á Napoleon, despertaron en su ánimo nuevas desconfianzas, y le determinaron de esta suerte á privar-

se de un instrumento precioso. De consiguiente renunció á la idea de valerse de Mr. de Talleyrand, y llegado á Dresde, buscando alguien en su rededor á quien enviar á Varsovia, fijóse en un arzobispo, á causa de convenir bien un sacerdote á la católica Polonia. Este arzobispo fué el de Malinas, Mr. de Pradt. Dificil era escoger hombre que tuviese mas talento y menos maña. Sin consecuencia, sin tacto, sin el arte de moverse entre los partidos, sin ninguno de los conocimientos administrativos con que hubiera convenido ayudar á los polacos, solamente capaz de chispeantes agudezas, y ademas harto miedoso, no podia ofrecer mas resultado que el de añadir á la confusion de un levantamiento patriótico la propia confusion de su talento. Pero Napoleon, muy restrictivo en elecciones de hombres para destinarlos á un pais libre, hallando á la mano á Mr. de Pradt, por haber llevado consigo su limosneria, llamó á este prelado de pronto, le anunció su mision, y trazóle el giro y el objeto de ella en tono breve é imperioso, si bien con una sinceridad perfecta. Le dijo que iba á procurar reducir á menos grandeza, á menos ambicion, á menos soberbia, al coloso ruso, aunque sin la pretension de destruirle. Con tales designios era cosa indicada rehacer la Polonia, pero bajo condicion de que la Polonia concurriera vigorosamente á rehacerse por sí misma, y le suministrara los medios de vencer á Rusia, de vencerla bastante por completo para que se viese obligada á consentir en empresa semejante. Por qué medios lograria batir á una potencia que tenia por refugio la inmensidad del espacio, y que no perdía gran cosa en abandonar territorio, pues era territorio sin cultivo y sin

habitantes, ni tenia que decirlo, ni aun se habia fijado definitivamente en la manera de llevarlo á remate. Quizá descargaría un golpe tremendo y acabaría la guerra dentro de algunos meses. Mas esto no era posible si el enemigo no aparecía bastante cerca para herirle en el corazón. Si la suerte se presentaba menos propicia, se establecería en los límites de la Vieja Polonia, se ocuparía en organizarla, le pediría doscientos ó trescientos mil hombres, les agregaría cien mil de los suyos, y les dejaría el cuidado de apurar la constancia y los recursos de Rusia. En ambos casos, y especialmente en el postrero, habia necesidad de que la Polonia mostrase un grande empuje, que diese su sangre con abundancia, pues solo con la suya no podía Francia volverla á la vida. Además de mucho empuje se necesitaba mucha prudencia respecto del Austria, propietaria de la Galitzia, y no bien dispuesta á desprenderse de ella, portarse de consiguiente con tanta cordura como audacia, de modo que no se hiciera fracasar la empresa á los principios. Mas se necesitaba sobre todo de entera adhesión por parte de Polonia, pues los esfuerzos que él hiciera por ella siempre serian proporcionados á los que ella hiciera por sí misma. Partid, señor arzobispo, añadió Napoleon, partid sin demora, gastad mucho, animad á todos los corazones, haced que Polonia se ponga á caballo sin indisponerme con Austria, y habreis comprendido y desempeñado vuestra comision perfectamente. Dicho esto, despidió al arzobispo sin dejarle tiempo de alegar objeciones, que no pensaba en oponer á la verdad, aunque despues haya hecho alarde de lo contrario. Partió el arzobispo, asustado y desvane-

cido á la vez por su tarea, pues tenia ambicion de ser en su tiempo uno de los grandes políticos de que el clero suministró en otros dias modelos tan imponentes; pero carecia de la paciencia y del valor que reclamaban los papeles que tomaba á cargo, y no bien los empezaba, le acometía el disgusto y el miedo. Se le anunciaron ricas dotaciones, y se le previno que inmediatamente se pusiera en camino para Varsovia. Su nombramiento fué tan repentino que no tenia á su disposicion ninguna de las cosas indispensables para dar brillo á una embajada: tomó dinero prestado, tomó servidumbre, secretarios, y se encaminó á su destino.

Oportunísima era para las dificultades del momento la orden que se le habia dado de contemplar á Austria al par que trabajaba por exaltar el espíritu de los polacos. Efectivamente Austria, que se tenia entonces bajo la mano, hallándose en Dresde el emperador y su primer ministro, no se mostraba anhelante por concurrir á la reconstitucion de la Polonia. Sin embargo, en su interés estaba, y quizá por primera y última vez era posible la tal empresa: además Prusia y Rusia habian perdido y debian perder mas que ella en territorio, y al cabo la Iliria era una buena compensación por la Galitzia. Pero oprimida por Napoleon entonces, natural era que Austria pensase muy poco en crearse barreras contra Rusia: por otra parte desconfiaba de la compensación que se le destinaba. Con efecto, Napoleon, que la hacia esperar la Iliria, podría muy bien tomar la Galitzia, y luego no restituirla en Iliria mas que pedazos que distasen mucho de indemnizarla. Tan maltratada habia quedado en los ajustes del siglo, sobre todo cuando Napoleon

fué autor de ellos, que no tenia el menor deseo de verse en el caso de tratar con él nuevamente sobre cuestiones de territorio. Asi sobre este asunto su lenguaje era frio, evasivo, dilatorio, y conociendo Napoleón que muy pronto la iba á tener á su llanco y á su espalda, la prodigaba contemplaciones, y todo lo aguardaba de una deidad, de la cual tenia costumbre de aguardarlo todo, la victoria.

Ya habia dedicado Napoleon unos quince dias á estos diversos negocios, y se disponia á partir cuando el rey de Prusia, despues de acelerar sus preparativos de viage, apareció en Dresde, para completar allí la afluencia de cortesanos con corona. Su llegada fué el 26 de mayo, y se le recibió con los miramientos debidos á su carácter, respetable, aunque falseado por una dura necesidad, y á su categoría, muy elevada aun entre los reyes, á pesar de los infortunios de Prusia.

Con sinceridad le habló Napoleon de sus proyectos, entre los cuales no entraba la destruccion de Prusia de ningun modo, aunque se dijese asi en Berlin y en toda Alemania, destruccion, sin embargo, que seria un hecho al instante, si tenia la razon mas leve para desconfiar de una potencia, cuyo territorio era la base indispensable de sus operaciones. Sobre este punto llegó á tranquilizar á Federico Guillermo y á su canceller Mr. de Hardenberg, y á persuadirles de que la ocupacion de Spandau, de Pillau, era consecuencia, no de una segunda intencion, sino de una prudencia naturalísima al aventurarse tan lejos y por entre poblaciones tan trabajadas por el espíritu mas hostil: se excusó de los males causados á los súbditos del rey, alegando la urgencia y la necesidad, y consintien-

do en que figuraran en la cuenta abierta con Prusia todos los suministros arrancados á los habitantes por los cuerpos en marcha; finalmente, prometió al rey y á su ministro una amplia compensacion territorial, si la guerra era venturosa. Asi y todo, á pesar de la claridad de su lenguaje, tan lleno de franqueza como de altanería, no logró dar al rey ni al ministro aquella seguridad completa de que necesitaban para ser sinceros, y que por otra parte no podia inspirar un conquistador tan ejecutivo y versátil en sus proyectos que, desde su aparicion en el mundo, imponia cada año una nueva faz al continente europeo. Sin embargo, el rey Federico Guillermo, que habia determinado retirarse á Silesia, para no estar en Postdam bajo el cañon de Spandau, ni en Berlin bajo la autoridad de un gobernador francés, consintió en no abandonar su real morada, á fin de mostrar una confianza en su aliado que debia influir de un modo favorable sobre el espíritu de los pueblos. El rey presentó á Napoleon su hijo, se le ofreció como ayudante de campo, y pareció menos triste que de costumbre, aunque rodeado, en esta prodigiosa asamblea de principes, de menos atenciones que las que merecia y que el mismo Napoleon le dedicaba. Reyes ó pueblos, los hombres se muestran poco generosos respecto del infortunio, y no tributan homenaje mas que á la fuerza, á la gloria, al fausto. Les conmueve como un espectáculo la desventura desgarradora, y la triste y discreta les halla frios, indiferentes y solícitos por evitarla. No otro era el presente caso, y tal príncipe, de los que se habian vendido á Napoleon por territorios, hallaba mal que Federico Guillermo hubiera abrazado la

alianza de Francia por salvar los restos de su corona. Con todo, manifestábase mesura, estando ante un señor temible, que no hubiera consentido ninguna inconveniencia á su vista. Se limitaba todo á descuidar el infortunio y á sacrificar ante la fortuna, en medio de un tumulto inaudito de idas y venidas, de fiestas y posternaciones, á las cuales, para completar esta escena extraña, no faltaban ni los votos secretos contra el que era objeto de todos los homenajes, ni los cuchicheos, secretísimos de igual modo, sobre los peligros á que se iba á exponer muy en breve.

A su fin tocaba el mes de mayo, iba á comenzar la estación de las operaciones militares, y convenia poner término á esta representacion, que se prolongara inútilmente, habiendo ya producido todo el efecto político que se podia esperar de ella. Además Mr. de Narbonne acababa de llegar de Wilna tras el desempeño de la mision que le fué confiada cerca del emperador Alejandro. De allí traia el convencimiento de lo inevitable de la guerra, á no ser que se renunciase á las exigencias impuestas relativamente á la cuestion mercantil, y que se prometiese la evacuacion de los Estados prusianos dentro de un plazo muy breve. Afirmaba que, triste pero resuelto, sostendria el emperador obstinadamente la lucha y se retiraria si era forzoso á las profundidades de su imperio, mas bien que concluir una paz de esclavo, como hasta el presente la habian concluido todos los monarcas de Europa; y que de consiguiente habia que aguardar una guerra seria, probablemente larga, y de seguro muy sangrienta. Por lo demas afirmaba que el emperador Alejandro no tomaria la iniciativa de

las hostilidades. Aunque, segun se acercaba Napoleón á la dificultad, conociera mejor su magnitud, nada habia en los informes de Mr. de Narbonne capaz de hacerle variar de designio. A la sazón todavía rebotaba de esperanza respecto de la Puerta y de Suecia; parecia satisfecho de la sumision de los principes germánicos, y especialmente de los dos principales, el emperador de Austria y el rey de Prusia. Engañado, á pesar de su sagacidad profunda, por la aparente deferencia de estos soberanos, grandes y pequeños, por sus protestas de adhesion, por la afluencia de los mismos pueblos, á quienes una ardiente curiosidad habia atraído á su paso, creia que todo lo seguiria avasallando en el continente y que concurririan á sus miras las fuerzas reunidas de Europa. Solo una cosa le sorprendia, sin embarazarle á pesar de todo, y era la resolucion de Alejandro, que no esperaba hallar tan constante y tan firme como se le pintaba; pero se lisonjaba de desvanecérsela muy pronto con algun gran golpe descargado sobre el ejército ruso. A mayor abundamiento, de cuanto le significó Mr. de Narbonne, lo único que le interesaba de lleno era la declaracion reiterada de Alejandro de que la agresion no seria suya y de que, antes de que obrara, dejaria violar su frontera. Esta declaracion daba á Napoleón una seguridad completa respecto de la terminacion pacífica de sus movimientos preparatorios, y por tanto ya no abrigaba la menor duda sobre tener todo el tiempo necesario para moverse del Vistula al Niemen. Mas juzgó ser llegado el momento de la partida, por necesitar desde el 1.º al 15 de junio para trasladar su ejército de un rio á otro, sobre todo no queriendo

marchar precipitadamente. Decidió, pues, salir de Dresde el 29 de mayo, para dirigirse al Niemen por Posen, Thorn, Danzick y Koenigsberg. Después de colmar á su suegro de contemplaciones filiales del todo, á su suegra de exquisitas atenciones y de magníficos regalos, y de reducir á menudo la conocida mala voluntad de esta princesa á una inconsecuencia risible; después de dar testimonio de los miramientos más cabales al rey de Prusia, de la más cordial amistad á su huésped, el rey de Sajonia, y de una cortesía altanera, si bien grata, á sus reales visitadores, abrazó á la emperatriz con emoción, y la dejó más afligida que se pudiera suponer de una esposa que la política había elegido, pero que se enamoró pronto de la persona, del poderío, y de la extremada bondad con que la trataba su glorioso consorte. Se convino en que iría á vivir á Praga, al seno de su familia, á olvidar entre fiestas, homenajes y recuerdos de infancia, esta primera separación, que entonces no parecía capaz de soportar por largo tiempo.

Después de estas despedidas, abandonando Napoleón á la emperatriz las pompas de la corte, tomando para sí una comitiva esencialmente militar, haciendo que le siguieran Mrs. de Caulaincourt, Berthier, Duroc, dejando en Dresde á Mrs. de Basano y Daru con el fin de que terminaran algunos negocios, salió para Posen el 29 de mayo, divulgando el rumor de que iría á Varsovia, sin pensar en ello de ningún modo. Efectivamente no quería contraer compromisos personales con los polacos hasta saber lo que podía conseguir de ellos; pero quería dejarles esperanzas indefinidas, y per-

suadir al mismo tiempo al enemigo de que sus primeros esfuerzos se dirigirían sobre Volhynia, mientras pensaba dirigirlos de manera diametralmente opuesta.

Llegado á Glogau y luego á Posen halló en todas partes la huella reciente de los sufrimientos que sus tropas habían causado á las poblaciones. Resignándose respecto de los que habían experimentado los prusianos, mostróse menos indiferente respecto de los sufridos por los polacos, necesitando excitar su celo y no su odio. En Thorn se sublevó él mismo contra los excesos cometidos por los wurtembergenses, los bávaros y en general los alemanes que, menos blandos que los franceses y achacando la culpa de la presente guerra á los polacos, devastaron y saquearon sin compasión todo el ducado de Posen. Napoleón dirigió graves cargos al mariscal Ney, que mandaba á los wurtembergenses, y al príncipe Eugenio que mandaba á los de Baviera, trató muy duramente al príncipe hereditario de Wurtemberg que mandaba sus propias tropas, y clamó sobre que le iban á atraer una guerra de Portugal con talar los países que el ejército atravesaba ¿Qué sería cuando se hallara en los países ya devastados por el enemigo?

Aunque tal vez hubiera algo que censurar en la conducta de los gefes que motivaron sus reprobaciones, tenían una excusa que hacer valer en la longitud de las marchas á que necesitaban dar cima, y para las cuales apenas había sido bastante el tiempo prescrito aunque largo. Viniendo el príncipe Eugenio con los italianos y los franceses desde Verona y con los bávaros desde Augsburgo, y el mariscal Ney desde Maguncia con la mayor

parte de sus tropas, hubieron de pasar trabajos para satisfacer las necesidades de su gente, y no pudieron conseguirlo sino á costa de los países por donde habian cruzado. Sus apuros se acrecentaron sobremanera de resultas de la numerosa artillería con que Napoleón les habia provisto, y mas que nada de resultas de los enormes carros para la conducción de viveres. Juzgóse que la especie de carro destinado á sustituir al antiguo cajón de infantería, era harto pesado para las fangosas llanuras de la Lithuania, y se preferían los carros ligeros llamados de violin. Abandonábanse, pues, los primeros y se reemplazaban con los segundos, al menos en cuanto se podia. Cargando el mariscal Davout con mucha responsabilidad por su parte, ya habia mandado construir carros de violin en cantidad grande, y á mayor abundamiento sirvióse de carros del país, mediante el oportuno pago. Aun se tocaron otros desengaños. Los bueyes, con que se probó á reemplazar los caballos, no ofrecían al parecer tantas ventajas como se creyó en el principio: eran difíciles de herrar, difíciles de conducir, por consecuencia de su aglomeración, contraían enfermedades peligrosas, y así venían á ser un alimento muy mal sano, cuando se destinaban á este uso. Por último, los batallones del tren, tropa especial, encargada de un trabajo ingrato y peligroso en los países que habia de cruzar, fueron llenos de reclutas apenas formados y que apenas tenían aun las cualidades de su arma. De consiguiente ya habia no pocas ilusiones reconocidas por tales, ora en el valor, ora en la extensión de los medios imaginados por Napoleón para vencer el grande obstáculo de las distancias. Una

porción de carros retrasados, procedentes unos de Italia, otros del Rhin, obstruían los caminos de Alemania, abrian hondos carriles en ellos, ó sellenaban de numerosos caballos muertos como destinados muy jóvenes á un servicio tan duro. Suplidos eran con los caballos que se tomaban á los naturales, dándoles bonos contra Prusia en pago. Por lo demás, se lisonjeaba con que un alto de algunos dias junto al Niemen permitiría que esta larga fila de carros llegase y diese principio detrás del ejército al servicio de viveres, segun se tenia dispuesto. Por fortuna, la excelente navegacion del Friche-Haff, organizada por el mariscal Davout, debía bastar al transporte de los almacenes generales del ejército hasta el Niemen, pues hasta allí no los hubiera podido trasportar por tierra ninguna fuerza viva.

Tumulto inaudito presentaba la ciudad de Thorn, donde Napoleón llegó el 2 de junio, despues de emplear cuatro dias en visitar á Glogau, Posen y los puntos intermedios. La juventud mas elegante de entonces, perteneciente á la moderna y á la antigua nobleza, habia querido esta campaña, cuyo peligro avaloraban no mas que los hombres sesudos, bien que, ejecutada á la vista de Napoleón y con inmensos recursos, prometía á los espíritus ligeros las mas brillantes victorias y las mas espléndidas recompensas. A oír á esta juventud aturdida, se caminaba á segurísimos triunfos, se iba á conquistar las capitales del Norte y aun quizá del Oriente, á visitar como vencedores á San Petersburgo, á Moscou, y quién sabe cuantos otros puntos. Para estos viages maravillosos se habian provisto de ricos equipages, y era grande el nú-

meros de viageros. Efectivamente, además del estado mayor de Napoleón, había el del mayor general Berthier, el del rey Murat, el del rey Gerónimo, el del príncipe Eugenio, y los de los mariscales Davout, Ney, Oudinot, etc.: había ayudantes de campo de ayudantes de campo, pues los oficiales del emperador tenían á sus órdenes otros oficiales. Estando destinado el cuartel general á centralizar bajo la mano de Napoleón una porción de servicios, comprendía por sí solo muchos miles de hombres, muchos miles de caballos y una prodigiosa cantidad de carros. Esta confusión se acrecentaba con la diversidad de naciones y de idiomas, pues se hablaba al mismo tiempo francés, alemán, italiano, español, portugués, á habitantes que no sabían más que polaco. Así llegó á un exceso espantoso aquel sistema militar y pomposamente monárquico creado en torno de Napoleón, y esto en el instante en que se necesitaba más que nunca ir equipados á la ligera. A Napoleón ensordeció é irritó el tumulto de Thorn, alarmándole los apuros que la afición al lujo de unos y la previsión de otros iban á multiplicar en su camino. Ordenes rigurosas expidió para aligerar lo posible la carga que al parecer se echaban encima con gusto. Hizo diversos reglamentos sobre el número de carros que, según su categoría de rey, de príncipe, ó de mariscal, podía llevar cada uno; dividió su cuartel general en grande y pequeño, uno que debía seguir á distancia el teatro móvil de las operaciones militares, y otro más ligero compuesto de algunos oficiales y de algunos objetos indispensables, destinado á seguirle á todas partes y á dormir con él cerca del enemigo. Redujo los estados mayo-

res de los reyes y príncipes que servían bajo su mando, y obligó á retroceder camino á una tropa de diplomáticos que los monarcas aliados suyos eligieron entre los más perspicaces de su carrera para que siguieran al grande ejército y les tuvieran al corriente de los sucesos todos. Napoleón esmeróse en segregar estos testigos, tan molestos por su curiosidad como por su aparato, y prohibióles acercarse al cuartel general en un radio de veinte leguas.

Después de estas severidades muy razonables, bien que inútiles de allí á poco relativamente á los estados mayores, ocupóse en limitar los trasportes del ejército á lo estrictamente necesario. No queriendo llevar consigo más que los viveres indispensables para los hombres y para la caballería, decidió poner al verde á todos los caballos de tiro, no más que harina ó pan quiso que llevaran los carros, para cada cuerpo destinó un número fijo de ellos, y además cierta cantidad de ganado para matarlo á cada jornada. De esta suerte esperaba que para vivir no se desbandarían de noche, y que todos marcharían agrupados en rededor de su bandera. Para el 6 de junio fijó el movimiento del Vístula al Niemen. Formando el rey Gerónimo la derecha, con los sajones á las órdenes de Reynier, con los polacos á las de Poniatowski, con los wurtembergenses bajo su mando directo, debía adelantarse por Pultusk, Ostrolenka, Gonióndz, sobre Grodno. Solo Reynier, desviándose algo de esta dirección hacia la derecha, estaba encargado de remontar el Bug, para dar la mano á los austriacos. Formando el centro el virey Eugenio, con los bávaros á las órdenes de Saint-Cyr, con el ejército

de Italia bajo sus órdenes inmediatas, debía partir el 6 de Soldau, donde se habia dirigido al salir de Plock para pasar por Ostelsburgo, Rastenburgo, Oleskow y desembocar en el Niemen por las cercanías de Prenn, cruzando así las mas tristes provincias de Polonia. Los mariscales Oudinot, Ney, Davout, la Guardia, componiendo la izquierda del ejército y su masa mas importante, debian remontar los caminos de la Vieja Prusia, adelantarse paralelamente, bien que por diversas vias, de manera de no estorbarse unos á otros, y de llegar á las márgenes del Niemen desde Tilsit á Kowno: Ney: pasando por Osterode, Schippenbeil, Gerdaun: Oudinot por Marienwerder, Liebstadt, Eylau, Vehlau; Davout por Elbing, Braunsberg, Tapian. Orden tenian la Guardia y los parques de mantenerse á retaguardia, y á cierta distancia, con el fin de evitar acumulaciones. Con su habitual profundidad en combinar habia calculado Napoleon que, siendo el cuerpo del mariscal Davout el que estaba mas á la izquierda y á causa del recodo que forma el Vistula partiendo de Bromberg hácia el Norte, se hallaria mas cerca de Koenigsberg y en aptitud de hacer frente al enemigo con noventa mil hombres, si contra todas las verosimilitudes tomaban los rusos la iniciativa. Contaba con que del 15 al 16 de junio estarian todos sus cuerpos en línea á lo largo del Niemen, y que, con tres ó cuatro dias de descanso, ya podrian el 20 entrar en operaciones. Despues de expedir sus últimas órdenes y de ver partir las excelentes tropas del mariscal Ney, y de inspeccionar en Marienwerder las de Oudinot que no eran menos hermosas, dirigióse por Marienburgo á Danzick, donde tenia que exa-

minar muchos objetos y que platicar además con sus lugartenientes Davout y Murat, pues ya hácia dos ó tres años que no se hallaba con uno ni otro.

En Marienburgo, junto al Vistula, fué donde Napoleon vió al mariscal Davout á la hora en que este iba á partir para Koenigsberg á tomar la cabeza del movimiento. No fué la acogida conforme á la antigua confianza que siempre tuvo Napoleon en el gran talento y sólido carácter del mariscal ilustre. Indicadas merecen ser las causas de semejante resfriamiento.

Acababa el mariscal Davout de ejercer un vasto mando. Fuera del cuidado de bloquear todas las costas del Norte, fiado no menos á su probidad que á su severidad, tuvo el encargo de organizar el ejército y lo desempeñó con una superioridad que, aparte Napoleon siempre, no pertenecia en aquella época mas que á él y al mariscal Suchet. Hasta trescientos mil hombres tuvo á sus órdenes á un mismo tiempo, y gracias á los admirables cuadros y á una aplicacion constante, convirtiólos, no en soldados hechos que supieran marchar, alimentarse y combatir, sino en reclutas bien instruidos, notables por su perfeccion en las manobras, y atrevidos como la juventud. Por lo que hace al cuerpo de Davout propiamente dicho, compuesto de los mas veteranos de Europa en gran parte, formado actualmente de cinco divisiones, y presentando con la artilleria y la caballeria un ejército de cerca de noventa mil hombres, jamás se habia visto en el mundo nada mas excelente. Todo estaba allí calculado bajo el aspecto del equipo, del armamento, de la subsistencia, para ir á las extremidades de Europa. Además de sus muni-

ciones de guerra y sus útiles de campamento los soldados del primer cuerpo llevaban víveres para diez días en sus morrales, y como á menudo el soldado arroja sus provisiones por los caminos, prefiriendo esperar la subsistencia del acaso á llevarla á la espalda, cada uno de ellos tenia que dar cuenta todas las noches de sus víveres como de sus armas. Ademas del alimento para diez días en los morrales de los soldados, para otros quince los llevaban los convoyes, y aun habiéndose tomado para la Guardia una parte de los medios de transporte preparados para el primer cuerpo, la prevision de su gefe suplio al punto esta falta. Un ganado de bueyes fiado á soldados formados en este servicio y yendo detras de los regimientos, suministraba ultimamente un almacén movable de carne. Tal fué la organizacion dada por el mariscal Davout al cuerpo de ejército de su mando. Ademas tuvo que reunir el gigantesco material de un ejército de seiscientos mil hombres, consistente en mil ochocientas bocas de fuego con municiones para dos campañas, en seis trenes de puentes, dos parques de sitio, un gran parque de ingenieros, y los vastos almacenes de Danzick, de Elbing, de Braunsberg.

El mariscal Davout habia ejecutado estas cosas fuera de proporcion con todas las conocidas de igual clase, siguiendo las ordenes de Napoleon, bien que modificándolas cuando era necesario segun su propia experiencia, segun las circunstancias locales, y sin temor de suplir ó de corregir á su soberano. Si obrando de esta suerte complacia ó desagradaba, si sus émulos calumniaban su actividad incesante y alguna tanto dominadora, cosas

eran en que el mariscal Davout no habia parado mientes. Por desgracia tenia cerca de Napoleon un enemigo secreto y peligroso, y era el mayor general Berthier. Este quedó inconsolable por acusarse de haber comprometido el ejército en 1809, al par que al mariscal Davout se atribuia el mérito de haberlo salvado: ademas le envidiaba por el talento algo analogo al suyo, pues ademas de ser Davout un tremendo general de combate, fuera junto á Napoleon un gefe de estado mayor consumado, de tener un poco menos de aspereza. Por estos motivos pocos dignos de su carácter y renombre, el principe Berthier, que con la edad vino á ser de mal humor y desconfiado, ponía de relieve ante Napoleon las mas mínimas resistencias opuestas por el mariscal Davout á las ordenes imperiales, y si algunos detalles no correspondian al plan general concebido desde lejos, lo cual debia suceder á menudo, provocaba una carta severa en su contra. Por un fatal conjunto de circunstancias, los polacos, en demanda de un rey para el caso próximo de ser reconstituidos, viendo al mediocre Bernadotte elegido principe heredero de Suecia, pensaron en el principe de Eckmühl, porque hallaron en su probidad, en su firmeza, en su genio organizador, prendas venturosamente elegidas para crearles una monarquia militar del todo, y hasta en su severidad taciturna un correctivo útil de su carácter bravo, brillante, bien que ligero. Después de pensarlo, dijéronlo y repitiéronlo en sus salones de Varsovia hasta el punto de ser oidos en las Tullerías; y ofuscado Napoleon por la tentativa monárquica ensayada en Portugal, mas ofendido aun por la tentativa monárquica ensayada y rea-

lizada en Suecia, pareciéndole que sus lugartenientes se hacian demasiado ambiciosos en su escuela, conjeturando que un grito espontáneo de los pueblos podía hacer sin intervencion suya un rey de uno de sus lugartenientes y que por tanto no le debería su encumbramiento, concibió desagrado sumo de resultas de esta disposicion de los polacos, y achacó la culpa al mariscal Davout, que lo ignoraba y no se cuidaba de tal cosa. Noble este mariscal de cuna, experimentó cierta especie de asombro al verse nombrado príncipe de Eckmühl, y no consideró esta grandeza prestada mas que como una renta accidental, que economizada cuerdamente por una esposa previsora, proporcionaría un bienestar seguro á sus hijos. Viviendo siempre en las llanuras del Norte y enmedio de sus soldados, hasta el punto de no estar durante diez años en Paris mas que tres meses; exclusivamente ocupado en su oficio, taciturno, duro consigo tanto como con los demas, pertenecía al corto número de sus compañeros de armas que no se habian embriagado en el opiparó banquete de la fortuna. Sin indagar Napoleon la verdad de plano, hallando por donde quiera á orillas del Vistula la huella de una profunda obediencia al mariscal Davout, movida por su voluntad una inmensidad de cosas y su nombre en boca de todos, mostróse no celoso (¿de quién podía estarlo?) sino cansado de una importancia á que habia dado vida; oyó de buen grado á los que, juntamente con Berthier, decian que este mariscal lo hacia todo, lo ordenaba todo, y en todo obraba á lo señor mientras podía obrar á lo rey; prestó oídos á los que tachaban de ambicion su voluntad activa, de orgullo su gravedad severa,

de segunda intencion su taciturnidad de costumbre. Con frialdad recibió al mariscal y en muchas ocasiones dió la razon á Berthier en su contra. No hizo alto en ello el mariscal, acostumbrado como estaba á los arranques de Napoleon, atribuyendo su renovacion mas frecuente á una irritabilidad que crecia con los años, con las fatigas, con los desvelos, y corrió á Koenigsberg á prepararlo todo ante los pasos del ejército y superar las dificultades de una empresa, que en su buen sentido hubiera calificado de insensata, si su voluntad vigorosa no se hubiera doblado á la mas cabal obediencia. No obstante, su gran valimiento habia pasado. ¡Así Lannes habia muerto, Massena estaba en completa desgracia, Davout á los principios de ella! ¡Así Napoleon, inconstante respecto de sus lugartenientes, como lo iba á ser en breve respecto de su persona la fortuna, anticipaba para ellos los caprichos de esta versátil deidad y sembraba de muertes y desgracia, el fatal camino que muy pronto le iba á arrastrar á una caída espantosa!

Llegado Napoleon el 7 de junio á Danzick, encontró allí á otro de sus lugartenientes, á Murat, menos venturoso con ser rey que Davout con no pasar de simple gefe de ejército. Este príncipe, según hemos tenido ocasion de manifestar varias veces, bueno pero inconsecuente, capaz de ser desleal por orgullo, por ambicion, por mal consejo, siempre el mas brillante de los ginetes, el mas temerario de los héroes, habia inspirado á Napoleon tales desconfianzas de resultas de algunas comunicaciones marítimas con los ingleses, que el general Grenier recibió órdenes, como ya

se ha visto, para estar pronto á marchar sobre Nápoles. El emperador, que no temía en Murat mas que la ligereza, le habia llamado al ejército ante todo por tener á su disposicion al mejor general de caballeria del siglo, y ademas por tener bajo su mano un pariente que cerca seria siempre sumiso y adicto, y lejos se abandonára al acaso de todas las sugerencias. A la simple indicacion de esta voluntad, apresuróse Murat á correr al cuartel general para servir á las órdenes de su cuñado y volver á tomar su mando de siempre, el de la reserva de caballeria. Con el fin de evitar la inconsecuencia de sus dichos, no quiso que fuese á Dresde, y le ordenó marchar al Vístula en derecha. Cansado, enfermo, se detuvo Murat en Berlin, donde fué resarcido de los rigores de su soberano con las fervientes atenciones de la corte de Prusia. Al verle Napoleon en Danzick, pálido, desmejorado, sin su habitual buen semblante, preguntóle bruscamente qué tenia, y si no estaba contento con ser rey. Señor (respondió Murat) no lo estoy mucho. Ni á vos ni á vuestros hermanos os hice reyes (repuso Napoleon con dureza) para que reinéis á vuestro modo, sino al mio, para perseverar en ser franceses sobre tronos extrangeros. Vencido Napoleon tras estas palabras por la hombría de bien de Murat, y no siendo duro sino por arrebatos, volvióle á tratar con aquella familiaridad, desigual como las circunstancias, si bien agradable y avasalladora, que siempre hallaban cerca de él sus lugartenientes. Tambien halló alli al gobernador Rapp, que le habia desagradado con algunos informes sinceros sobre el estado de Polonia y con algunas facilidades sospechosas

otorgadas al comercio de Danzick, pero á quien perdonaba en gracia de su prodigiosa bravura y de su espíritu original é ingénuo. Allí pasó muchos dias con Berthier, Murat, Caulaincourt, Duroc, Rapp, ocupado en inspeccionar las fortificaciones de una plaza que tan importante papel debia representar en esta guerra; en visitar los almacenes y los puentes del Vístula, rectificando, completando cuanto se habia hecho, con un golpe de vista que nada igualaba cuando tenia delante las cosas, y platicando, luego que lo rigoroso del calor en aquella estacion y aquellas latitudes le obligaba á retirarse á su alojamiento, con sus compañeros de armas familiarmente, y mostrándose mas persuadido que lo estaba de la utilidad de una guerra, que ellos temian de una manera profunda. De Danzick se dirigió á Elbing, de Elbing á Koenigsberg, para ocuparse en los medios de navegacion interior que debia trasportar sus vastas provisiones del depósito de Danzick al mismo seno de las provincias rusas.

Ya el mariscal Davout habia organizado esta navegacion de orden suya. Aun la perfeccionó Napoleon, y por sí mismo dispuso los últimos aprestos. Para comprender la utilidad de ella bastaba dar una ojeada á la configuracion de estas comarcas. Dividido en dos, á semejanza de todos los rios caudalosos, el Vístula cerca de su embocadura por efecto de los hundimientos que cortan y separan su curso, lanza uno de sus brazos hácia Danzick y otro hácia Elbing. Este desemboca en una vasta laguna, que se llama el Frische-Half y que separa del Báltico una lengua, de tierra, con una abertura en Pillau tan solo, y que va á recibir el Pre-

gel hácia Koenigsberg. Siguiendo los dos brazos del Vistula los convoyes de barcos procedentes de Danzick, y penetrando en el Frische-Haff, podian arribar hasta Koenigsberg á la vela. Ya era esta una gran travesía por agua. Desde Koenigsberg se debia remontar el Pregel hasta Tapiau, desde Tapiau á Labiau, otro río, el Deime, podia abrir paso á barcos de menos porte y hacerlos llegar á otra laguna, la de Curische-Haff, que se extiende hasta Memel. Por una via mas corta facilitaba el canal de Federico desembocar en el Niemen junto al mismo Tilsit. Despues se debia remontar este río hasta Kownó, y alli entrar en el Wilia. Este río, navegable hasta Wilna, permitia rematar por agua, es decir, por un medio de trasporte que admite toda clase de carga, una travesía total de cerca de doscientas leguas. El coronel Baste, este gefe de los marinos de la Guardia, ya señalado en Bailen y junto al Danubio, tan intrépido por mar como por tierra, y dotado ademas de una actividad infatigable, fué encargado de dirigir esta navegacion, que, comenzando en Danzick, pasando por el Vistula, el Frische-Haff, el Pregel, el Deime, el Curische-Haff, el Niemen, el Wilia, no terminaba hasta Wilna. Debia juntar los barcos, adaptarlos á cada corriente, evitar cuanto fuera posible los trasbordos, organizar, finalmente, los medios de conduccion para suplir la vela, cuando se aléjaran del mar, ora con caballos, ora con gentes del pais colocadas de trecho en trecho y oportunamente retribuidas. Se le fió igualmente la defensa del Frische-Haff, y del Curische-Haff, y se le dieron para este uso dos batallones de marinos de la Guardia imperial, que debian ocupar estas vastas

lagunas con lanchas cañoneras fuertemente armadas.

En seguida Napoleon dedicó sus desvelos á las plazas de Danzick, de Pillau, de Koenigsberg. Dentro de todas habia sajones ó polacos tan seguros como franceses, badeses que no lo eran tanto, pero marinos y artilleros exclusivamente franceses. En Danzick se hallaban los depósitos de la Guardia y del mariscal Davout. Con unos y con otros, independientemente de las fuerzas dejadas en las obras, se podia formar una division movable de ocho mil hombres en Danzick y de seis mil en Koenigsberg, las cuales, comunicándose por medio de la caballería, siempre estarian en aptitud de juntarse á tiempo contra un ataque imprevisto. Habiéndose asegurado Napoleon por sus propios ojos de la ejecucion de sus órdenes, prescribió la inmediata partida del primer convoy compuesto de veinte mil quintales de harina, dos mil quintales de arroz, quinientas mil raciones de galleta y todo el material de seis trenes de puente, de cuyo pormenor ya hemos dado noticia, y cuya direccion superior tenia el ilustre general Eblé á su cargo. Igual cantidad debia llevar el segundo convoy de harina, de arroz y de galleta, y ademas avenas y municiones de artillería. Harinas debian llevar los siguientes, rara vez granos, á menudo vestuario y uno de los trenes de sitio, el destinado al ataque de Riga.

Mientras se encaminaban al Pregel y al Niemen estos convoyes, atendió Napoleon á los hospitales, y los hizo organizar entre Koenigsberg, Braunsberg y Elbing para veinte mil enfermos. Habiendo dedicado á estos objetos diferentes la

primera quincena de junio, aprestóse al cabo á comenzar esta formidable y célebre campaña, á la cual convenia hacer que precedieran ciertas diplomáticas formalidades. Antes de dirigirse á orillas del Niemen las dedicó algunos momentos.

Se le habia unido el duque de Basano y llevóle noticias de Suecia, que se aguardaron en Dresde sin fruto. Al dia siguiente de la salida de Napoleon de esta capital llegó á ella Mr. Signeul de Estokolmo con un mensaje del príncipe real. Astuto este hizo una comunicacion doble, una oficial por conducto de los ministros acreditados en Suecia y destinada á todas las córtes, otra profundamente secreta, transmitida á Mr. Signeul muy en confianza y dada en respuesta á las aberturas de que la princesa real habia sugerido la idea. Fria, altanera la comunicacion oficial anunciaba el designio de permanecer neutral entre las potencias beligerantes, lo cual era ya una infraccion de las obligaciones contraidas en el último tratado de paz respecto de Francia. Decia que los verdaderos enemigos de Suecia eran los que atacaban la independencia del Norte de Europa; que bajo este aspecto Rusia aparecia á la sazón mas amenazada que amenazadora; que por esta razon, si no iba en su ayuda, tampoco se pronunciaba en su contra; que á mayor abundamiento se ofrecia á terciar en el asunto, y hacer que Rusia aceptase la mediacion de Suecia, si Francia queria la paz sinceramente. En lo ridiculo tocaba esta pretension de mediar entre dos potentados tales como Napoleon y Alejandro; pero era consecuencia forzosa de los compromisos contraidos por el tratado de 5 de abril con Rusia. Por lo que hace á la comunicacion se-

creta, tan infiel Bernadotte á su nuevo aliado como á su antigua patria, repetia que ya nada tenia que ver con Finlandia, pues, codiciada siempre por Rusia, pondria á Suecia en conflicto perpétuo con esta potencia; que la indemnizacion natural de Finlandia era la Noruega, provincia destinada por su situacion á ser sueca, mal incorporada á Dinamarca, de la cual la separaba el mar, al paso que formaba con Suecia un solo todo y constituia, por decirlo asi, la mitad de ella; que esta preciosa conquista se debia proporcionar á Bernadotte para su advenimiento al trono; que en la Pomerania Sueca estaba indicada la compensacion que se debia ofrecer á Dinamarca, cuya importancia despues de todo no era tan grande que hubiera por qué inquietarse mucho de su aquiescencia; que, finalmente, para equipar un ejército no podia Suecia prescindir de un subsidio; que la facultad de introducir géneros coloniales en el continente, evaluada en 20.000,000, seria ilusoria, no pudiendo menos de echar de ver las causas de esta introduccion los ingleses, y debiendo de tratar de impedirlos muy luego. Bajo estas dos condiciones de la Noruega y de un subsidio efectivo de 20.000,000, ofrecia el príncipe real unirse á Francia por un tratado, violando sin duda el celebrado en abril con Rusia.

Al oír Napoleon esta comunicacion llevada por Mr. de Basano, abandonóse á un violento acceso de cólera. ¡Miserable (exclamó muchas veces) me propone una traicion respecto de un aliado fiel como Dinamarca, y tasa en este precio su fidelidad respecto de Francia! Habla de Noruega, del interés de Suecia en poseer esta provincia, y olvida

que el principal interés de Suecia consiste en reducir el poderio de Rusia, que la devorará tarde ó temprano; que si Finlandia la pone con Rusia en colision forzosa, es porque Finlandia la cubre y descubre á Rusia; que el reposo adquirido momentáneamente con este tremendo vecino de resultas del abandono de Finlandia, será perturbado mas tarde, cuando Rusia necesite del Sund, y que en un dia de hielos podrán plantarse los soldados rusos de las islas de Aland en Stokolmo; que esta es la única ocasion de abatir á Rusia, y desperdiciada no volverá á presentarse, porque no se verá dos veces á un guerrero como yo marchando al frente de seiscientos mil soldados contra el formidable Imperio del Norte.... ¡Miserable (repitió Napoleon muchas veces) falta á su gloria, á Suecia, á su patria; no merece que me ocupe de su persona; no quiero que nadie me le nombre, y prohibo que se le dé respuesta alguna, ni oficial, ni oficiosa. Ya mas tranquilo despues de este primer arrebato, persistió, no obstante, en dejar sin respuesta á Mr. Signeul, que para aguardar las determinaciones del gabinete francés se habia dirigido á los baños de Bohemia.

Aunque muy honrada y casi forzosa por la dificultad de inclinar á Dinamarca á ceder la Noruega, era muy de sentir esta resolución, pues treinta ó cuarenta mil suecos, amenazando á San Petersburgo en vez de amenazar á Hamburgo, podrian cambiar el desenlace de esta guerra. Quizá, ofreciendo indemnizaciones á Dinamarca, aunque fuera necesario buscarlas, no solo en la Pomerania sueca, sino en los departamentos anseáticos, se la hubiera podido reducir á satisfacer á Berna-

dotte; pero la irritacion y la confianza en sus propios recursos no permitieron á Napoleon ni siquiera pensar en tal cosa.

El segundo asunto diplomático en que necesitaba ocuparse era relativo á la declaracion que debia ser publicada al empezar la guerra. Ahora ya no se trataba de saber si Rusia tomara ó no tomara la iniciativa de las hostilidades. Cerca del Niemen estábamos con cuatrocientos mil hombres, sin contar doscientos mil dejados en reserva, y no habia por qué inquietarse de lo que hiciera aquella córte. Tampoco se trataba de adormecer á Alejandro, sino de descargar sobre él la responsabilidad de esta guerra. Mr. de Lauriston, encargado de solicitar la vènia para dirigirse á Wilna y detener algunos dias mas á Alejandro, no habia podido contestar todavia. Si, por ejemplo, se llegara á saber que su peticion de trasladarse cerca de Alejandro habia sido desatendida, hallábase en esta negativa un excelente pretexto para ordenarle que tomara sus pasaportes; pero se ignoraba del todo. Sea como quiera, se necesitaba un motivo, pues ya era el 46 de junio y del 20 al 25 habia precision de pasar el Niemen, y de hallar antes algun motivo para una ruptura inmediata, con el fin de hacerlo de una manera decorosa. Con su fecunda sagacidad ideó Napoleon uno poco sólido, pero especioso, bastante especioso para engañar hasta á varios historiadores, y esta razon era que, habiendo exigido Rusia como preliminar de toda negociacion la evacuacion del territorio prusiano, habia querido imponer á Francia una condicion humillante. Mas aqui habia una inexactitud radical. Rusia habia reclamado la evacuacion, no como

condicion previa, sino como consecuencia fija de cualquiera negociacion que se entablara sobre los asuntos cuestionados. Descuidose esta distincion y se resolvió sostener que la condicion previamente exigida de llevar a Napoleon del Niemen al Vistula y hasta el Elba, era un ultrage que no podia soportar Francia; que se habia cuidado de mantener esta condicion secreta, para evitar darse por ofendido de ella, pero acababa de divulgarse, empezaba á ser conocida por todo el mundo, y dejando de permanecer la ofensa oculta, no podia ser sufrida, y debia producir la guerra inmediata. Decíase que á esta ofensa se juntaba una especie de provocacion reiterada del príncipe Kourakin, que habia pedido sus pasaportes á Mr. de Basano la vispera de la partida de este, volviéndolos á solicitar posteriormente con insistencia. Forzoso es convenir en que esta condicion de evacuar el territorio prusiano, conocida apenas por algunas personas bien enteradas, y significando solamente la evacuacion despues de haberse entendido, y en que la peticion de los pasaportes hecha por el príncipe Kourakin, retirada al principio, renovada luego cuando se vió en Paris solo, sin comunicacion con ningun ministro, no eran de aquellas ofensas insoportables, por las cuales está obligada una nacion á derramar toda su sangre, y que en todo caso Napoleon habia emprendido contra los demas hartas cosas para que á su vez se mostrara un poco sufrido. Pero urgía un pretexto plausible, y á falta de otro mejor adoptó Napoleon éste. Por consecuencia ordenó á Mr. de Lauriston que tomara inmediatamente sus pasaportes, bajo pretexto de que, habiéndose hecho publica la pretension

de hacernos evacuar la Prusia, no podia ser tolerado el ultrage; y en el supuesto de que Mr. de Lauriston se hubiese tal vez dirigido ya á Wilna, (lo cual anulaba absolutamente la idea de que la negativa á la admision en este punto ocasionara las hostilidades), se le recomendó que antes del 22 no presentara la peticion de los pasaportes, proponiéndose Napoleon pasar el Niemen del 22 al 23 de junio. Advirtiésele al mismo tiempo que el despacho que se le enviaba el 16 desde Königsberg llevaria fecha mas antigua, siendo desde Thorn y del 12, para que al entregárselo á los rusos se persuadieran de que aun se hallaba Napoleon distante, y menos en aptitud de obrar que lo estaba realmente. Despachóse, pues, á Mr. de Lauriston desde Königsberg un correo con las órdenes y las instrucciones de que acabamos de dar noticia (1).

(1) Viandose Mr. de Fain para su manuscrito de 1812 de los datos del duque de Basano, que fué su informador principal, é ignorando muchos despachos que no le fueron comunicados, pertenece al número de los historiadores que han representado á Napoleon como conducido á la guerra á pesar suyo, y despues de apurar todos los medios para evitarla. A sus ojos las misiones dadas sucesivamente á Mr. de Narbonne y Mr. de Lauriston no tuvieron otro objeto que precaver la ruptura con Rusia, y, sin embargo, el mismo texto de los despachos prueba irrefutablemente que su único fin se reducía á ganar tiempo, con un interés exclusivamente militar. En cuanto á la condicion de evacuar la Prusia y las plazas fuertes del Oder, la toma por ultrage, siendo así que no podia mas que la seguridad de la evacuacion ésta, luego de terminada la negociacion á gusto de ambas partes. Relativamente á las plazas del Oder, no se pedia que Napoleon las restituyera hasta despues de cobradas las

Llena esta formalidad diplomática, juzgando Napoleón que el instante de obrar era llegado, partió de Königsberg al día siguiente para unirse junto al Pregel á sus tropas, pasarlas revista, y asegurarse definitivamente de si tenían todo lo necesario para entrar en campaña. Diez días de viveres necesitaba proporcionarles solamente para las primeras operaciones, lisonjeándose de ejecutar maniobras decisivas durante este espacio, y no queriendo ser molestado en sus movimientos

contribuciones de guerra, así como la que resultaba del ajuste de 17 de setiembre de 1808. Ultimamente, Mr. Fain hace datar la resolución de romper solo desde Gumbinnen y el 19, día en que Mr. Prevost, secretario de la legación francesa en San Petersburgo, vino á anunciar la repulsa sufrida por Mr. de Lauriston respecto del deseo que había expresado de dirigirse á Wilna, siendo así que esta resolución, ya muy antigua, fué tomada materialmente el 16 en Königsberg, aunque trasladada al 12 por una mentira declarada en la fecha. Añadiremos que hay historiadores, tan sencillos en su odio como Mr. Fain en su idolatría, quienes suponen que, al recibir á Mr. Prevost el 19, abandonóse Napoleón á arrebatos de una cólera burlesca, y no siendo ya dueño de sí mismo, rompió la paz y cruzó el Niemen. Pero los documentos auténticos echan por tierra todas estas relaciones del amor y del odio y fijan el día 16, cuando Napoleón creía por sus cálculos llegado el instante de obrar, como el de la resolución de la ruptura. Napoleón no hizo un solo esfuerzo por la paz, como que deseaba la guerra, si bien al acercarse el momento conocía más el peligro, y no fingió negociar sino para ganar tiempo de llegar al Niemen sin disparar un tiro. Presentándole como víctima se le pone en ridículo, pues se le quitan al león su melena y sus uñas y se le convierte en cordero. Se le quita también su fuerza sin darle una mansedumbre que no tenía, y de su figura tan grande como original se hace una especie de caricatura.

por la dificultad de subsistencias, dificultad que no existía en Italia y Alemania, donde siempre se hallaban grandes lugares que devorar, pero que era inmensa en Lithuania, donde las mas de las veces no se encontraban mas que bosques y pantanos. Teniendo sus soldados con que vivir durante diez días, esperaba como en Ulma el año de 1805, en Jena el de 1806, en Ratisbona el de 1809, descargar uno de aquellos golpes terribles, que desde el principio de las operaciones abrumaban á sus contrarios y les desconcertaban para el resto de la guerra. Hasta Tapiau junto al Pregel habían conducido viveres los primeros convoyes por agua: á fuerza de carros era preciso trasportarlos hasta Gumbinnen cuando menos, punto bastante cercano á aquel por donde se debía cruzar el Niemen. A partir de este punto con diez días de viveres debíamos llegar al centro de la Lithuania. Para asegurarse Napoleón de este resultado, dirigióse á Insterburgo, donde entró el 17 de junio por la tarde.

Calculado tenía de una manera definitiva en su mente el plan general de las primeras operaciones, y por donde quería pasar el Niemen era por Kowno. Sus miras en esto, vastas como siempre, eran también profundas según costumbre, pues si ha podido tener iguales como táctico sobre el campo de batalla, nunca tuvo superiores ni iguales en la dirección general de las operaciones militares. Para comprender sus razones hay que dirigir una mirada sobre las vastas comarcas que iban á servir de teatro á esta guerra tremenda, la mas grande sin duda y la mas trágica de los siglos.

Las inmensas llanuras que desde el mar Báltico se extienden hasta el mar Negro y el mar Caspio, son cruzadas á una parte por el Oder, el Vistula, el Pregel, el Niemen y el Dwina, rios que corren hácia el Oeste, y á otra por el Dniester, el Dnieper ó Boristenes, el Don, el Volga, rios que corren hácia el Este, y que comprenden, como es sabido, el territorio de la Vieja Prusia, de la antigua Polonia y de Rusia. En este vastísimo campo era donde Napoleón, que figura entre los guerreros conocidos como el que ha abarcado mayores espacios, pues de Poniente á Oriente fué desde Cádiz hasta Moscow, y del Mediodía al Norte desde el Jordan hasta las fuentes del Volga, iba á intentar vencer con los esfuerzos de su genio, la mayor dificultad de la guerra, la de las distancias, sobre todo cuando no están habitadas ni cultivadas. Las partes inferiores, y por decirlo así, las embocaduras del Oder, del Vistula, del Pregel, del Niemen, forman el territorio triste, si bien prodigiosamente fértil de la Vieja Prusia. Remontando estos rios y marchando de Occidente á Oriente, se llega á comarcas mas arenosas, menos cubiertas de vegetales, donde existen menos cultivo material y moral, menos habitaciones, mas selvas y pantanos, donde aparecen en vez de ciudades numerosas, limpias, ricas y protestantes, aldeas católicas, sucias, agrupadas, por decirlo así, en torno de castillos habitados por una nobleza brava y ociosa, y un hormiguero de judíos pululando por todas partes donde hallan que explotar la pereza y la ignorancia de pueblos semi-barbaros. Cuanto mas se sube, yendo á Oriente, hácia las fuentes del Vistula, del Narew, del Nie-

men, del Dwina, mas se descubren los caracteres que dejamos descritos. Luego que se llega al nacimiento del Vistula y de sus afluentes, del Niemen y del Dwina, para trasladarse á la otra vertiente, esto es, al nacimiento del Dniester y del Dnieper, se halla un terreno, cuya pendiente incierta, no ofreciendo ningun derrame á las aguas, se halla cubierta de pantanos y de selvas umbrías: allí se está en la Vieja Polonia, en la Lithuania, en lo mas espeso de aquellas comarcas húmedas, llenas de arbustos, que se cruzan por las largas series de puentes echados, no solo sobre los rios, sino tambien sobre los pantanos, y donde los caminos, á falta de piedra que allí no se halla, están asentados sobre lechos de fajas, ó sobre rodillos de madera. Marchando de continuo por esta region hácia el Este se encuentra uno entre las fuentes del Dwina y el Dnieper, que distan como veinte leguas, y así se ocupa una especie de abertura, comprendida desde Witepsk hasta Smolensko, por donde se sale de la Vieja Polonia para entrar en Rusia. Entonces, corriendo mas francamente las aguas, desaparecen pantanos y selvas, y se ven delante las llanuras de la Vieja Rusia, en cuyo centro se alza Moscow, Moscow la Santa, como la llama el patriotismo de sus hijos. Napoleón, con su golpe de vista sin par, descubrió de una mirada, que, procediendo de Occidente, su marcha se debía dirigir á esta abertura, que está situada entre las fuentes del Dwina y del Dnieper, entre Witepsk y Smolensko. Allí están, en efecto, las puertas de Oriente, allí fué donde antiguamente los polacos y los moseovitas, en sus triunfos y en sus derrotas, se detuvieron reci-

procamente hasta cierto punto, porque el Dwina por un lado y el Dnieper por otro eran el límite entre Rusia y la antigua Polonia, antes de la partición famosa, desgracia y aprobio del último siglo.

Pero antes de llamar á estas puertas habia que atravesar la Vieja Prusia, y la parte recientemente restaurada de la Polonia, que habia recibido el nombre de Gran Ducado de Varsovia. La frontera que separaba el Gran Ducado y la Vieja Prusia del territorio ruso era la siguiente.

El curso superior del Bug y tambien el curso superior del Narew, afluentes uno y otro del Vistula, formaban en sus diversas inflexiones la línea fronteriza del Gran Ducado á la parte de Rusia. Despues de seguir esta línea fronteriza ya el Bug, ya el Narew, desde Brezese-Litouski hasta Grodno, unia al Niemen con este punto, y se prolongaba á la margen del río, elevándose al Norte, y separaba así la Polonia propiamente dicha de la Lithuania. En Kowno, tomando el Niemen definitivamente su direccion hacia el Oeste y corriendo á Tilsit, separaba, no ya la Polonia, sino la Vieja Prusia de Rusia. De consiguiente, la línea fronteriza que se habia de cruzar, corria al Norte desde Brezese á Grodno, siguiendo alternativamente el Bug ó el Narew, despues todavia mas al Norte de Grodno á Kowno, siguiendo el Niemen, y, por último, torciendo de pronto hacia el Poniente cerca de Kowno iba hasta Tilsit, y continuaba el curso del Niemen desde este punto. Así, pues, hacia un recodo á su extremidad Norte cerca de Kowno, y era por donde Napoleon habia resuelto pasar el Niemen, para recuperar de un

solo golpe, trasladándose junto al Dwina y el Dnieper, todos los restos de la antigua Polonia. punto donde se detendria tal vez, segun las circunstancias, ó desde el cual tambien acaso partiria para forzar las fronteras de la antigua Rusia y engolfarse en sus vastas llanuras.

Sus razones fueron estas. Para penetrar en Rusia se presentaban cuatro caminos: uno al Mediodia, dirigiéndose al Este por las provincias meridionales del imperio ruso, cruzando el Bug por Brezese, siguiendo la orilla derecha del Pripet hasta que desagua en el Dnieper mas arriba de Kiew, atravesando, por consiguiente, la Volhynja, antigua provincia polaca, y declinando desde Kiew, hacia el Norte, para dirigirse á Moscow por las mas hermosas provincias del imperio: el segundo, trazado entre el Mediodia y el Norte, dirigiéndose al Nordeste por Grodno, Minsk, Smolensko, en plena Lithuania, pasando por entre el agujero que separa el Dwina del Dnieper, y tirando despues á Moscow por la línea mas corta; el tercero, paralelo al anterior, si bien situado un poco mas arriba, yendo por Kowno, Wilna, sobre el agujero del Dwina y el Dnieper, penetrando por Witepsk en la Vieja Rusia, en vez de penetrar por Smolensko, y desembocando igualmente en Moscow; y, por último, el cuarto, abierto en derechura hacia el Norte por entre las provincias septentrionales del imperio ruso, por Tilsit, Mitau, Riga, Nerva, para ir á parar á San Petersburgo.

De estos cuatro caminos, el del Mediodia por Brezese y Kiew, y el del Norte por Tilsit y Riga, tenian el inconveniente de los partidos extremos,

y eran inadmisibles para un hombre de juicio tan seguro como el de Napoleón en materia de grandes operaciones militares. Uno y otro exponían al invasor á una formidable maniobra por parte de los rusos, que reconcentrados en Lituania, podrían lanzarse en masa por Kobrin, Pinsk ó Mósyr sobre el flanco del ejército que marchara á Kiew, ó por Witepsk y Polostk sobre el flanco del ejército que marchara á San Petersburgo. Cada uno de estos dos caminos extremos tenía además sus inconvenientes particulares. El que, atravesando las provincias meridionales, pasaba por entre la Volhynia y la Galitzia, recorría hermosos países, pero colocara al ejército francés bajo la dependencia absoluta del Austria, y ponerse en manos de esta potencia del todo equivalía á proporcionarla peligrosas tentaciones. El que se elevaba al Norte no recorría mas que provincias cubiertas de pantanos y matorrales, bajo el clima mas áspero de Rusia, y en comarcas donde el suelo no hubiera proporcionado la mas mínima porción de subsistencia á las tropas.

No había, pues, que pensar en ninguna de estas dos vías, y solo cabía elegir entre las otras dos intermedias, ambas al Norte, ambas terminando en Moscow, sin perjuicio de una marcha á San Petersburgo por medio de una inflexion al Norte, ambas penetrando asimismo por el agujero que separa las fuentes del Dwina y las del Dnieper; una por Grodno, Minks y Smolensko, otra por Kowno, Wilna y Witepsk.

Después de un maduro exámen prefirió Napoleón el último de estos dos caminos. Aunque mas corto el primero de Grodno á Minks, costeaba la

parte mas cenagosa del país conocido con el nombre de Pantano de Pinsk, donde mediante un choque vigoroso del enemigo, podía ser uno lanzado para no salir de allí nunca. Aunque el segundo, algo menos directo, llevando de Kowno á Wilna, capital de la Lituania, y de Wilna á Witepsk, atravesaba países áridos, como lo eran, por otra parte, cuantos había que recorrer, no presentaba el mismo inconveniente que el anterior, y además, y esto debía decidir definitivamente en su favor la preferencia, proporcionaba el medio seguro de cortar al enemigo en dos masas, que podrían muy bien no verse ya juntas en el resto de la campaña.

Tal como ya se podía entrever la distribución de las fuerzas rusas, era efectivamente adecuada á confirmar á Napoleón en la idea que meditaba y había concebido desde que le llegaron los primeros informes de la hueste contraria.

Aun cuando los rusos tuvieran sus avanzadas en su misma frontera, junto al curso superior del Bug y del Narew, y todo á lo largo del Niemen, no habían considerado, sin embargo, mas que al Dwina y al Dnieper como verdadera línea de defensa. Ya hemos indicado que estos rios nacen como á veinte leguas uno de otro, para correr el Dwina hácia el Báltico y el Dnieper hácia el mar Negro, y presentan, salvo la abertura que existe entre Witepsk y Smolensko, una línea continua é inmensa, que se dirige desde el Noroeste al Sudeste y cruza todo el imperio desde Biga á Nicolatseff. No bien comenzaron los rusos la concentracion de sus fuerzas, formaron naturalmente dos reuniones principales, una junto al Dwina, desde Witepsk

á Dunaburgo, otro junto al Dnieper, desde Smolensco á Rogaczew, y estas reuniones se convirtieron poco á poco en dos ejércitos, que avanzaron, el primero hasta Wilna, el segundo hasta Minks, con el designio de unirse mas tarde, ó de obrar separadamente, segun las circunstancias. Pero ambos tenian su base en la linea que acaba de ser descrita. El primero, mandado por el general Barclay de Tolly, establecido junto al Dwina, con su cuartel general en Wilna, y sus avanzadas en Kowno junto al Niemen, debia recibir las reservas del Norte del imperio. El segundo, mandado por el príncipe Bagration, establecido junto al Dnieper, con su cuartel general en Minks, y sus avanzadas en Grodno junto al Niemen, debia recibir las reservas del centro del imperio, y darse la mano por medio del ejército del general Tomasoff con las tropas de Turquía. Tal era la distribucion de las fuerzas rusas, interin se adoptaba en Wilna un partido definitivo sobre el plan de campaña. Natural era esta distribucion segun la configuracion de los lugares, y aun no se podia tachar de falta, sabiéndose resolver á tiempo ante un contrario tan ejecutivo como aquel con quien se iba á venir á las manos.

Napoleon, que, entre otras dotes del genio militar, poseia en el mas alto grado la de adivinar el pensamiento del enemigo, entrevió casi á las claras esta distribucion de las masas rusas. Con las noticias siempre confusas, á menudo contradictorias de los agentes enviados de reconocimiento, descubrió perfectamente la existencia de un ejército del Dwina, de otro del Dnieper, habiendo debido avanzar el primero en la direccion de Wilna

y Kowno, el segundo en la direccion de Minks y Grodno; aquel de ciento cincuenta mil hombres, segun se decia, á las órdenes de Barclay de Tolly, y éste de cien mil á las del príncipe Bagration. Poco le importaba el número, como que solo en primera linea llevaba cuatrocientos mil hombres; la única circunstancia que debia considerar era la disposicion de las fuerzas contrarias.

Inmediatamente abrazó su partido. Segun se acaba de ver, el Niemen, corre al Norte desde Grodno á Kowno, y torciendo despues de pronto, corre á Poniente desde Kowno á Tilsit. Adelantándose Napoleon sobre Kowno y hacia el seno mismo del ángulo formado por el Niemen, no tenia mas que cruzarlo por el mismo Kowno con una masa de doscientos mil hombres, trasladarse á Wilna con aquel vigor fulminante que señalaba siempre el principio de sus operaciones, y colocándose allí entre el ejército de Barclay de Tolly ó del Dwina y el ejército del príncipe Bagration ó del Dnieper, quedaba seguro de separar al uno del otro para el resto de la campaña. Hasta podia adelantarse á Moscow, si queria, no teniendo á su izquierda y á su derecha mas que los restos divididos del poder ruso.

Ademas de esta principal ventaja, este modo de operar tenia otras ventajas accesorias de interés no pequeño, penetrando en el fondo de este ángulo, cuya cima se hallaba en Kowno, se marchaba llevando cubiertas las alas por los dos lados del ángulo mismo. Cruzando el Niemen por Kowno, y avanzando hasta Wilna, se encontraba al paso el Wilia, rio navegable, que venia á ser de esta suerte una prolongacion preciosa. Por últi-

mo, penetrando en Wilna, se descargaba el primer golpe, cuyo efecto moral debia ser muy grande, pues se expulsaba á Alejandro de su primer cuartel general; y se tomaba la capital de la Lithuania, lo cual no era de mediocre importancia para los polacos.

Una vez concebidas estas miras, dignas de su genio, ocupóse Napoleon en realizarlas. De consiguiente, determinó reunir bajo su mano, para hacer punta á Kowno, los cuerpos de los mariscales Davout, Oudinot, Ney, la Guardia imperial, y además dos de los cuatro cuerpos de reserva de caballería. Este era una masa de cerca de doscientos mil hombres, después de algunas reducciones operadas en los efectivos por lo largo de las marchas. Mientras con esta masa abrumadora, y compuesta de lo mejor que habia, se adelantara Napoleon por Kowno sobre Wilna, el mariscal Macdonald, de quien no quedó contento en Cataluña, pero de quien hacia caso para la gran guerra, debia pasar el Niemen por Tilsit á su izquierda, tomar posesion de las dos orillas, ahuyentar de allí á los cosacos, y asegurar la navegacion de nuestros convoyes. Napoleon le habia formado un cuerpo de cerca de treinta mil hombres con la division polaca de Grandjean, y con el contingente prusiano, reducido á diez y seis ó diez y siete mil hombres, por efecto de las guarniciones dejadas en Pillau y otros puntos. Objeto de las operaciones ulteriores del mariscal Macdonald, debia ser la Curlandia. A su derecha habia preparado Napoleon otro paso del Niemen, encargándosele al príncipe Eugenio. Este príncipe, que formaba recientemente en Plock el centro del ejército y que

en este momento iba á formar su derecha, con las tropas francesas é italianas partidas de Verona, con la Guardia Real italiana, con los bávaros y con el tercer cuerpo de la caballería de reserva, mandado por el general Grouchy, componiendo un total de cerca de ochenta mil hombres, debia pasar el Niemen algo mas abajo de Kowno por un lugar llamado Prenn. Todavía mas á la derecha y mas al Sur, esto es, en Grodno, debia el rey Gerónimo cruzar el Niemen con los polacos, los sajones, los westfalianos y el cuarto cuerpo de la caballería de reserva, mandado por el general Latour-Maubourg. Esta extrema derecha contaba cerca de setenta mil hombres. Eran trescientos ochenta mil combatientes, formando con los parques un total de cuatrocientos mil hombres, llevando consigo mil bocas de fuego abundantemente municionadas, independientemente de una reserva de ciento cuarenta á ciento cincuenta mil hombres dejados á la espalda, en la cual habia sesenta mil enfermos, muchos de ellos atacados de leves indisposiciones, con todos los cuales se sumaban los seiscientos ó seiscientos diez mil hombres de que hemos hablado. Conviene notar que ya se habia elevado de cuarenta á sesenta mil el número de enfermos, por las marchas del Elba al Oder, del Oder al Vistula, del Vistula al Niemen. No entran en la cuenta de este ejército colosal los treinta mil austriacos, partidos de Galitzia para dirigirse á Brecese, y los cuales hacian subir á cerca de seiscientos cuarenta mil el número de los soldados empleados en esta cruzada de las naciones occidentales contra Rusia, cruzada emprendida desgraciadamente en una época en que estas nacio-

nes, mas sensibles al mal presente que al peligro futuro, prefirieran reunir sus fuerzas contra Francia á reunir las contra Rusia.

Napoleon habia prescripto á su hermano Gerónimo que, si descubria que el príncipe Bagration remontaba la orilla derecha del Niemen desde Grodno á Kowno, imitase este movimiento remontando la orilla izquierda, y se arrimase así al príncipe Eugenio, mientras éste se arrimaba a la masa principal de las tropas. Si el príncipe Bagration, por el contrario, atrayendo á sí el cuerpo de Tormasoff, que estaba en Volhynia, operaba el movimiento opuesto, para lanzarse sobre Varsovia y los austriacos, se debia aprovechar de esta buena fortuna, dejarle hacer, avisar á los austriacos para que se replegasen sobre Varsovia y Modlin, y luego, cuando el príncipe Bagration estuviera bien engolfado por la izquierda y á nuestra espalda, de manera de no ser posible el retroceso, se le echaria encima y le coparia con toda su gente, como fué copado Mack siete años antes en Ulma.

Después de ordenar muy al pormenor estas vastas disposiciones, salió Napoleon de Königsberg el 17 para trasladarse sucesivamente á Vehlau, Insterburgo, Gumennen, junto al Pregel, rio que corre paralelo al Niemen, si bien algunas leguas mas atrás y á cuya orilla habian llegado á situarse todos nuestros cuerpos de ejército para recibir sus víveres. Pasólos revista, halló al de Davout perfectamente dispuesto y provisto; al de Oudinot algo trabajado por la marcha y el hambre, pues habia atravesado un país menos rico, y con medios de transporte no tan bien organizados; al de Ney en el

mismo estado por iguales causas. Convenientemente provista la Guardia tenia la actitud que correspondia á su bienestar y á su disciplina. Los veinte y dos mil ginetes de los generales Nansouty y Montbrun, de los cuales, la mitad eran coraceros, presentaban á las órdenes de Murat sus magníficos escuadrones, y mostraban un extraordinario ardimiento. No formaban mas que la mitad de la caballeria perteneciente al ejército principal que Napoleon dirigia en persona, pues habia un número casi igual distribuido en los cuerpos de Davout, Oudinot y Ney. Por medio de los carros ya llegados, apresuróse Napoleon á prescribir que se trasladaran de Velhau á Gumbinnen bastantes raciones, para que cada uno tuviera por lo menos víveres para seis dias en lugar de diez que habia esperado reunir para las primeras operaciones. Delante destacó la caballeria de reserva á las órdenes de Murat, la reserva de artilleria, los trenes de puente, y previno al mariscal Davout que los escoltara con su cuerpo sobre Wilkowitzk, para estar del 22 al 23 delante de Kowno.

Mientras estaba en Gumbinnen, un secretario de legacion, Mr. Prevost, llegó á anunciarle que el general Lauriston no habia podido conseguir trasladarse á Wilna, lo cual, sabido algunos dias antes, fuera un agravio muy útil de que echar mano y que hacer valer cerca de la corte de Rusia. Mas ya no era tiempo, y por otra parte se habian suministrado á Mr. de Lauriston suficientes motivos, visto lo sério de polémica semejante, para apoyar la peticion de sus pasaportes (1). Sin

(1) Este detalle prueba cuán poco formales son los

hacer caso Napoleón de una noticia que nada interesante la revelaba, pues no daba importancia alguna á que Mr. de Lauriston fuese ó no recibido en Wilna, salió de Gumbinnen el 23 y llegó á Wilkowsk el 22, no estando ya separado de Kowno y el Niemen mas que por el gran bosque de Wilkowsk. De consiguiente, la hora fatal era para él llegada, y hallabase á orillas de este rio, el cual se puede decir que era el Rubicon de su próspera suerte. Todos sus cuerpos se encontraban á orillas del Niemen, y ya no podía vacilar en cruzarlo.

Uniformes eran las noticias de su extrema izquierda á su extrema derecha, y revelaba una completa inmovilidad por parte de los rusos. Asi sus designios se cumplian tristemente, y daba de lleno en el lazo que le tendia la fortuna. Sobre su izquierda mandó al mariscal Macdonald que pasara el Niemen por Tilsit sin demora: sobre su derecha recomendó al príncipe Eugenio que se aproximara a Prenn, con el fin de pasar este rio lo mas pronto posible, y al rey Gerónimo que lo mas tarde el 30 se hallara en Grodno. Comunicó todo lo que iba á pasar al duque de Bellune á Berlin, para que este mariscal armase á Spandau y estuviese muy alerta, porque se iban á disparar los primeros tiros, y se seguirian grandes suce-

asertos de los panegiristas y de los detractores de Napoleón, que atribuyen á la vuelta de Mr. Prevost la resolución de la guerra, diciendo unos que no pudo aguantar tantos ultrages, y otros que se entregó á la ciega cólera de un tirano que no sabe contenerse. Las fechas por si solas destruyen esas suposiciones de la idolatria ó del encono.

sos, y respecto de los alemanes importaba tener abierto el ojo y pronta la mano.

Después de pernoctar el 23 de junio en el seno del bosque de Wilkowsk dentro de una pequeña hacienda, y rodeado de doscientos mil soldados, Napoleón desembocó del bosque con este ejército soberbio, y fué á situarse mas arriba de Kowno enfrente del rio de cuyo paso se trataba. Por todas partes dominaba la orilla que ocupábamos á la orilla opuesta, el tiempo estaba muy hermoso, y veíase correr el Niemen de nuestra izquierda á nuestra derecha hasta que mansamente desaparecia hácia el ocaso. Nada anunciaba la presencia del enemigo, á no ser algunas tropas de cosacos, que corrían como pájaros salvajes á lo largo de la márgen del rio, y algunas granjas incendiadas, cuyo humo se perdía en los aires. Después de un esmerado reconocimiento, descubrió el general Haxo legua y media mas arriba de Kowno, hácia un sitio llamado Poniemon, un punto en que, formando el Niemen un recodo muy pronunciado, ofrecia grandes facilidades para cruzar de una orilla á otra. Gracias á este sesgo semicircular del rio en torno de la márgen opuesta, se presentaba á nuestros ojos como una llanura rodeada de todos lados por nuestras tropas, dominada por nuestra artillería, y brindando un punto de desembarque de los mas cómodos bajo la protección de quinientas ó seiscientas bocas de fuego. Cogiendo Napoleón la capa de un lancero polaco á tiro de pistola de algunos flanqueadores de caballería, fué á reconocer en compañía del general Haxo aquellos lugares, y hallándolos tan favorables como éste decia, ordenó el establecimiento de los puentes

para aquella misma noche (1). El general Eblé, que habia hecho llegar sus trenes de barcas, tuvo orden de echar tres puentes, con la ayuda de la division de Morand, la primera del mariscal Davout.

Con efecto, á las doce de la noche del 23 de junio los cazadores de la division de Morand saltaron dentro de algunas barcas; atravesaron el Niemen, que por este punto tendria de sesenta á ochenta toesas de anchura, tomaron posesion de la orilla derecha sin disparar un solo tiro, y ayudaron á los pontoneros á fijar las amarras á las cuales se debian atar las barcas. Al acabar la noche se hallaron sólidamente establecidos tres puentes, á cien toesas uno de otro, y la caballería ligera pudo pasar á la opuesta orilla.

Al amanecer el 24 de junio, lo cual en aquel pais y aquella estacion podia significar á las tres de la madrugada, asomó el sol esplendente y vino á alumbrar con sus rayos una magnífica escena. Leyóse á las tropas, llenas de ardimiento, una proclama corta y enérgica y concebida en los términos siguientes:

«Soldados, ha empezado la segunda guerra de Polonia. Terminada fué la primera en Friedland y en Tilsit.... En Tilsit juró Rusia eterna alianza con Francia y guerra á Inglaterra. Hoy viola sus juramentos: no quiere dar ninguna explicacion de su extraña conducta hasta que repasen el Rhin

(1) Se ha negado el hecho del disfraz tomado por Napoleón, pero es auténtico, y consta además por el boletín del paso que redactó Napoleón mismo, y en el cual no mintiera sobre una circunstancia tan poco importante, rodeado de tantos testigos oculares.

las aguilas francesas, dejando así á su discrecion á nuestros aliados.... Rusia es arrastrada por la fatalidad y se deben cumplir sus destinos. ¿Nos cree por ventura degenerados? ¿No somos ya los soldados de Austerlitz? Nos coloca entre la deshonra y la guerra; nuestra eleccion no puede ser dudosa. Marchemos, pues, adelante, pasemos el Niemen, llevemos la guerra á su territorio. Gloriosa será para las armas francesas la segunda guerra de Polonia. Pero la paz que celebremos llevará consigo su garantía, y pondrá término á la funesta influencia que ejerce Rusia ya hace cincuenta años sobre los asuntos de Europa.»

Aplaudida calorosamente esta proclama, bajaron las tropas de las cumbres, formando tres largas columnas, que alternativamente asomaban ó desaparecian sumiéndose en las quebradas que desembocaban en el rio. Todas las piezas de á doce colocadas en el semicírculo de las cumbres, dominaban la llanura á la cual iba á salir el ejército, cuidado inútil del todo, porque el enemigo no se presentaba por ninguna parte. Fuera de su tienda y rodeado de sus oficiales, contemplaba Napoleón con su antejo el espectáculo de esta fuerza prodigiosa, pues si raras veces se ha visto á doscientos mil hombres obrando á la par en una guerra, mas raras veces aun se les ha visto reunidos en un mismo punto y con tal aparato. ¡Y, sin embargo, casi á la misma hora y á corta distancia pasaban otros doscientos mil el Niemen!

La infantería del mariscal Davout, precedida de la caballería ligera, fué la primera que se trasladó á la orilla del rio, y pasando cada division á su turno á la opuesta orilla, alineóse en batalla á

lo largo de la llanura, la infantería en columnas cerradas, con la artillería en los huecos de una á otra, delante la caballería ligera y detrás la caballería pesada. Siguiéron los cuerpos de los mariscales Oudinot y Ney; la Guardia despues de ellos, y los parques despues de la Guardia. Al cabo de algunas horas la orilla derecha fué cubierta por estas magnificas tropas que, bajando de las alturas de la orilla izquierda, desarrollándose en largas filas sobre los tres puentes, parecían correr á semejanza de tres torrentes inagotables por aquella redonda llanura que llenaba ya con sus apretadas olas. Los rayos del sol centelleaban sobre las bayonetas y los cascós; entusiasmadas las tropas de sí mismas y de su caudillo, lanzaban sin descanso el grito de ¡Viva el Emperador! No se debía esperar ni desear de ellas la fria razon que hubiera podido avalorar y prevenir esta fabulosa empresa. Solo soñaban triunfos y correrías lejanas, pues estaban persuadidos de que la expedición de Rusia iba á acabar en las Indias. A menudo se ha hecho mención de una tempestad repentina, llegando como oráculo siniestro á dar un aviso no escuchado; Ah, no fué así! El tiempo no cesó de estar soberbio (1), y Napoleon, que no habia tenido las advertencias de la opinion pública, tampoco tuvo las de la superstición.

Tras de contemplar algunas horas este espectáculo extraordinario, contemplacion deslumbradora é infecunda, montó Napoleon á caballo, dejó

(1) Efectivamente, hubo tempestad, si bien mas lejos y algunos dias mas tarde. Sufrióla el ejército de Italia á pasar el Niemen por Preun.

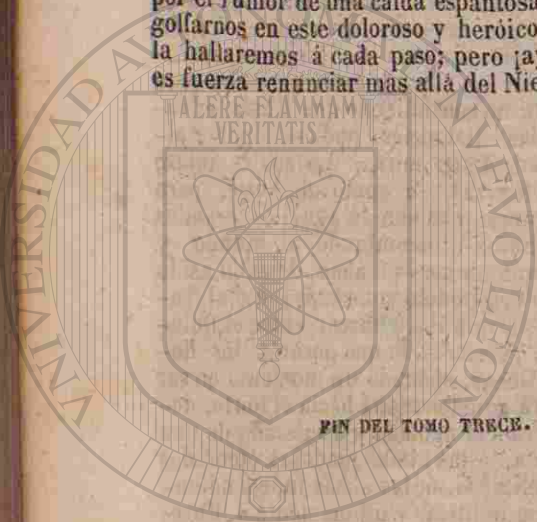
la altura donde fué levantada su tienda, bajó á su vez á la orilla del Niemen, lo pasó por uno de los puentes, y girando de pronto á la izquierda, precedido por algunos escuadrones, dirigióse á Kowno. Nuestra caballería ligera penetró allí sin dificultad en pos de los cosacos, que se apresuraron á repasar el Wilia, río navegable, segun hemos dicho, que desde Wilna corre hácia Kowno y se junta allí al Niemen, despues de cerca de cuarenta leguas del curso mas tortuoso. Acompañado Napoleon por los lanceros polacos de la Guardia, queria hacerse inmediatamente dueño de las dos orillas del Wilia, con el fin de restablecer allí los puentes y de poder seguir el alcance de la retaguardia rusa. Adivinando los lanceros polacos sus deseos, se arrojaron al río, estrechando sus filas y nadando con todas las fuerzas de sus caballos. Mas llegados al centro de la corriente, y vencidos por su violencia, comenzaron á desunirse y á dejarse arastrar por las ondas, de manera que hubo que ir en su ayuda con barcos, y se logró salvar así á muchos de ellos. Por desgracia, veinte ó treinta pagaron con la vida este acto de obediencia entusiasta. Inmediatamente fueron establecidas sobre las dos orillas del Wilia las comunicaciones, y desde entonces fué posible remontarlo por las dos márgenes hasta Wilna. Napoleon marchó á dormir á Kowno, despues de ordenar al mariscal Davout que escalnara sobre el camino de Wilna sus vanguardias.

Así la suerte estaba echada. Napoleon iba á lo interior de la Rusia al frente de cuatrocientos mil soldados y seguido por otros doscientos mil. ¡Admirad el impetu de los caracteres! Dos años antes

este mismo hombre, de vuelta de Austria, habiendo reflexionado sobre la lección de Essling un instante, pensó en restituir la paz al mundo y á su imperio; en dar á su trono la estabilidad hereditaria, á su carácter la apariencia de los deleites de la familia, y á impulsos de esta idea uni6se en matrimonio á una archiduquesa, enlazándose así con Austria, la corte mas rancia y mas constante en sus designios. Quería aplacar los odios, evacuar la Alemania y trasladar á España todas sus fuerzas, para obligar allí á la paz á Inglaterra, y con Inglaterra al mundo, que no aguardaba mas que la señal de esta para someterse. Tales eran en 1810 sus intenciones, y procurando de buena fé realizarlas, imaginó el bloqueo continental, que debia constreñir á Inglaterra á la paz de resultas de sus sufrimientos comerciales, se esforzó por sujetar á este sistema á Holanda, y resistiéndolo ésta, se la arrebató á su propio hermano, uni6la á su imperio, y produjo en Europa, de cuyo aplacamiento trataba, la emoci6n de incorporar por simple decreto un gran estado á Francia. Despues, hallando el bloqueo incompleto, se apoderaba, para perfeccionarlo, de las ciudades anseáticas, Brema, Hamburgo, Lubeck, y como si el leon no pudiera descansar mas que devorando nuevas presas, a6adió á todo el Valais, Florencia, Roma, y hallaba extraño que en alguna parte se ofuscaran sobre tales empresas. Durante este tiempo, lanzó sobre Lisboa á Massena, su principal lugarteniente, para que descargara el golpe mortal sobre el ejéercito de Inglaterra; y conociendo en el estremecimiento del continente que era menester conservar fuerzas imponentes en el Norte, for-

maba una gran reuni6n de soldados junto al Elba; no dedicaba ya de resultas mas que fuerzas insuficientes á España; dejaba que Massena, por no ser socorrido, perdiera parte de su gloria; permitia que desde un lugar ignorado como Torres-Vedras surgiese una esperanza para la Europa exasperada, y se levantase un capitan fatal para él y para nosotros. Luego, no consintiendo que Rusia, envalentonada por las distancias, pudiera oponer algunas objeciones á sus miras, trasladaba súbito sus ideas, sus fuerzas, su genio al Norte, para acabar allí la guerra con uno de aquellos grandes golpes á que habia acostumbrado al mundo, y acostumbrado mucho mas su alma, dejando así lo cierto, que hubiera podido conseguir junto al Tajo, por lo dudoso, que iba á buscar entre el Dnieper y el Dwina. ¡Véase en lo que pararon los designios de este César, soñando un momento en ser Augusto! Y ahora se adelantaba hácia el Norte, dejando detras á Francia agotada y disgustada de una gloria sangrienta, á las almas piadosas ofendidas por su tiranía religiosa, á las almas independientes por su tiranía política, y últimamente á Europa sublevada contra el yugo extranjero que hacia pesar sobre ella; y llevaba consigo un ejéercito donde fermentaban sordamente la mayor parte de estos sentimientos, donde se entendian todas las lenguas, y que no tenia mas vínculo que el de su genio y el de su prosperidad invariable hasta entonces. ¿Qué seria á tales distancias de aquel prodigioso artificio de un ejéercito de seiscientos mil soldados de todas las naciones, siguiendo á una estrella, si esta estrella que seguian llegaba á palidecer de repente? Por desgracia, el Universo lo

ha sabido, y para no olvidarlo nunca; mas para su instruccion conviene enseñarle con el pormenor mismo de los sucesos lo que no ha sabido mas que por el rumor de una caída espantosa. Vamos á engolfarnos en este doloroso y heróico relato: gloria la hallaremos á cada paso; pero ¡ay! á la ventura es fuerza renunciar mas allá del Niemen.



FIN DEL TOMO TRECE.

INDICE.

LIBRO CUARENTA Y UNO.

EL CONCILIO.

PAGS.

Nacimiento del rey de Roma el 20 de marzo de 1811.—Aplazamiento de la ceremonia del bautizo para el mes de junio.—Diversas circunstancias que á la sazón entristecen á Francia y comprimen el vuelo del público alborozo.—Aumento de desconfianza respecto de Rusia, aceleracion de los armamentos y rigor con que se hace la quinta.—Crisis mercantil é industrial producida por el exceso de fabricacion y la complicacion de las leyes de aduanas.—Numerosas quiebras en las industrias de hilados y tejidos de algodón, de paños, de sedas, de azúcar refinada, etc.—Auxilios que Napoleon proporciona al comercio y la industria.—Agréganse á estas causas de malestar los disturbios religiosos.—Es-

fuerzos del papa y de parte del clero para imposibilitar la administracion provisional de las diócesis.—Intrigas cerca de los cabildos para impedirles conferir á los nuevos prelados la calidad de vicarios capitulares.—Breves del papa á los cabildos de París, de Florencia y de Asti.—Casualidad que hace descubrir estos breves.—Arresto de Mr. de Astros; expulsion violenta de Mr. de Portalis del consejo de Estado.—Rigores contra el clero y sumision de los cabildos recalcitrantes.—Viéndose Napoleon expuesto á los peligros de un cisma, proyecta la reunion de un concilio, del cual espera servirse para vencer la resistencia del papa.—Exámen de las cuestiones á que da márgen la reunion del concilio, y su convocatoria para el mes de junio y día del bautizo del rey de Roma.—Curso de los asuntos exteriores hasta la época del bautizo y del concilio.—Napoleon retira al duque de Cadore la cartera de Negocios Extranjeros para dársela al duque de Basano.—Partida de Mr. de Lauriston para reemplazar á Mr. de Caulaincourt en San Petersburgo.—Lentitudes calculadas de su viaje.—Conferencias del emperador Alejandro con Mrs. de Caulaincourt y de Lauriston.—Sabido el emperador Alejandro que sus armamentos han ofuscado á Napoleon, explica el origen y extension de ellos, y se empeña en probar que han seguido y no precedido á los de Francia.—Su deseo sincero de la

paz, bien que con la resolucion irrevocable de atenerse relativamente al bloqueo continental á las providencias ya adoptadas.—De las explicaciones del emperador Alejandro deduce Napoleon que la guerra es segura, aun cuando no antes de un año.—Consiguientemente se toma para sus armamentos mas tiempo y les da mayores proporciones.—Lo prepara todo con el fin de emprender la guerra al asomar la primavera de 1812.—Miras y direccion de su diplomacia para con las diferentes potencias de Europa.—Estado de la corte de Viena despues del matrimonio de Napoleon con Maria Luisa; politica del emperador Francisco y de Mr. de Metternich.—Probabilidad de una alianza con Austria, sus condiciones, su grado de sinceridad.—Estado de la corte de Prusia.—El rey Federico Guillermo y Mr. de Hardenberg, sus inquietudes y su politica.—Suecia y Dinamarca.—Celo de Dinamarca por cooperar al bloqueo continental.—Mala fé de Suecia.—Se aprovecha esta potencia de la paz concedida por Francia para constituirse en agente intermedio del comercio clandestino.—Establecimiento de Gothemburgo destinado á reemplazar al de Heligoland.—Dificultades relativas á la sucesion al trono.—Queda esta vacante de resultas de la muerte del principe real adoptado por el nuevo rey Carlos XIII.—Numerosos partidos en Suecia y sus diversas miras sobre la eleccion del sucesor al trono.—En

su apuro se fijan de repente en el príncipe de Ponte-Corvo (mariscal Bernadotte), esperando grangearse el favor de Francia. —Ageno Napoleon á la eleccion, permite que el príncipe de Ponte-Corvo acepte. —No bien llegado el recién electo á Suecia, codicia la Noruega para lisonjear la ambicion de sus nuevos súbditos y propone á Napoleon que le facilite su conquista. —Fiel Napoleon á Dinamarca rechaza la propuesta. —Disposiciones generales de Alemania en el momento en que parece prepararse una guerra general en el Norte. —Al par que Napoleon combina sus ejércitos y sus alianzas, se ocupa activamente en sus asuntos interiores. —Bautizo del rey de Roma. —Grandes fiestas con que se solemniza. —Preparativos del concilio. —Causas de preferirse un concilio nacional á un concilio general. —Cuestiones que le serán propuestas. —Resúmen de todas en una, la eleccion canónica de los obispos. —Antes de reunirse el concilio son enviados tres prelados á Savona para tantear la manera de entenderse con el papa y no hacer al concilio mas que proposiciones concertadas con la Santa Sede. —Estos prelados son el arzobispo de Tours y los obispos de Nantes y de Tréveris. —Su viaje á Savona. —Recibimiento que les hace el papa. —Pio VII presta un consentimiento indirecto al sistema propuesto para la institucion canónica, y aplaza el arreglo general de los asuntos de la Iglesia para

la época en que se le restituya la libertad y un consejo. —Vuelta de los tres prelados á Paris. —Reunion del concilio el 17 de junio. —Disposiciones de los diversos partidos que lo componen. —Ceremonial, discurso de apertura y juramento de fidelidad á la Santa Sede. —Apenas reunidos los prelados, les domina un sentimiento comun de simpatia hácia los infortunios de Pio VII y de aversion secreta al despotismo de Napoleon. —Les contiene el miedo. —Primeras sesiones del concilio. —Proyecto de contestacion al discurso imperial. —Dificultades de la redaccion. —Se inflaman los espíritus durante la sesion en que se discute, y un prelado propone dirigirse á Saint-Cloud en cuerpo y con el fin de solicitar la libertad del papa. —Ataja el presidente este movimiento suspendiendo la sesion. —Se adopta el proyecto de contestacion despues de muchas supresiones, y Napoleon se niega á recibirlo. —Papel moderador de Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, y de Mr. de Barral, arzobispo de Tours. —Torpeza y orgullo del cardenal de Fesch. —Se somete á una comision la cuestion principal sobre la institucion canónica. —Divergencia de pareceres en el seno de esta comision. —A pesar de los esfuerzos de Mr. Duvoisin, se declara la mayoría de sus individuos contra la competencia del concilio. —Irritado Napoleon quiere disolverlo. —Se le exhorta á que espere el resultado definitivo. —Mr. Duvoisin com-

promete á la comision á que tome por base las proposiciones admitidas por el papa en Savona.—Se adopta este dictámen al pronto, mas no se aprueba definitivamente, sin remitirse de nuevo al papa, suponiendo la incompetencia del concilio.—Este dictámen, presentado por el obispo de Tournay, excita una escena tempestuosa en el concilio y manifestaciones casi facciosas.—Napoleon disuelve el concilio y envia á Vincennes á los obispos de Gante, de Tournay y de Troyes.—Espantados los prelados se prestan á transacciones.—Se recogen los dictámenes individualmente, y asegurada una mayoría, se vuelve á juntar el concilio el 5 de agosto.—Esta asamblea da un decreto casi conforme al que se descaba de ella, pero con un recurso al papa que no envuelve á pesar de todo la idea de la incompetencia del concilio.—Nueva diputacion de algunos cardenales y prelados á Savona con el fin de obtener la adhesion del papa á los actos del concilio.—Cansado Napoleon de esta disputa religiosa, ya no propende mas que á desembarazarse de los prelados reunidos en París y á aprovechar la coyuntura de la diputacion enviada á Savona, para alcanzar la institucion de los veinte y siete prelados efectos y no instituidos.—Fija de continuo la mente en la próxima guerra del Norte, se lisonjea de que, victorioso una vez mas, todo el mundo cederá á su ascendiente.—Nuevas explicaciones con Ru-

sia.—Conversacion de Napoleon con el principe Kourakin en la noche del 13 de agosto.—Esta conversacion deja pocas esperanzas de paz é incita á Napoleon á continuar con mayor actividad aun sus aprestos.—Marcha de los cuartos y sextos batallones.—Destino de los sesenta mil refractarios á quienes se ha obligado á reunirse de nuevo.—Modo de sujetarlos al servicio militar.—Formacion de cuatro ejércitos para la guerra de Rusia y preparacion de una reserva para España.—Viaje de Napoleon á Holanda y á las provincias del Rhin.—Plan de defensa de Holanda.—La presencia de Napoleon sirve de pretexto para juntar la caballeria de línea y encaminarla hacia el Elba.—Creacion de los lanceros.—Inspeccion de las tropas destinadas á la guerra de Rusia.—Permanencia en Wesel, en Colonia y en las ciudades del Rhin.—Asuntos diversos en que se ocupa Napoleon durante su viage.—Arreglo con Prusia.—Es llamado de Estokolmo el ministro de Francia.—Continuacion y término aparente de la disputa religiosa.—Aceptacion por Pio VII del decreto del concilio con razones que no convienen á Napoleon.—Este acepta la parte dispositiva sin el considerando, y envia á sus diócesis á los prelados que habian compuesto el concilio.—Su regreso á París en noviembre y su aplicacion á despachar todos los asuntos interiores, á fin de no dejar nada atrasado al partir para Rusia.

LIBRO CUARENTA Y DOS.

TARRAGONA.

Continuacion de los sucesos de la Peninsula.—Regreso de José á Madrid, y condiciones con las cuales regresa.—Estado de España, fatiga de los ánimos y posibilidad de someterlos, concediendo á José algunos socorros pecuniarios y enviándole nuevas fuerzas.—Situacion crítica de Badajoz despues de la batalla de la Albuera.—Prisa del mariscal Marmont, sucesor de Massena, en correr al socorro de esta plaza.—Marcha de este mariscal, su union al mariscal Soul y salvacion de Badajoz despues de una vigorosa resistencia por parte de la guarnicion.—Reunion de estos dos mariscales, seguida de su separacion casi inmediata.—Se dirige el mariscal Soul á reprimir á las bandas *insurgentes* de Andalucía y el mariscal Marmont viene á establecerse junto al Tajo, de manera de acudir en socorro de Ciudad-Rodrigo ó Badajoz segun las circunstancias.—Despues de fracasar lord Wellington en su empresa delante de Badajoz, se ve obligado por las enfermedades á tomar cuarteles de verano, si bien se dispone á atacar á Badajoz ó á Ciudad-Rodrigo al primer falso movi-

miento de los ejércitos franceses.—Operaciones en Aragon y Cataluña.—Encargado el general Suchet del mando de la baja Cataluña y de parte de las fuerzas de esta provincia, se traslada delante de Tarragona.—Memorable sitio y toma de esta importante plaza.—Es elevado el general Suchet á mariscal.—Recuperacion de Figueras ocupada un momento por los españoles.—Habiendo hecho lord Wellington sus aprestos para sitiar á Ciudad-Rodrigo y aproximándose á esta plaza abandona el mariscal Marmont las orillas del Tajo en setiembre y reunido al general Dorsenne, que habia reemplazado al mariscal Bessieres en Castilla, marcha sobre Ciudad-Rodrigo y consigue avituallarla de nuevo.—Estremado peligro del ejército inglés.—Mas unidos los dos caudillos franceses le hubieran hecho sufrir una gran derrota.—Pacífico fin del verano en España y resolucion tomada por Napoleon de señorear á Valencia antes del invierno.—Partida del mariscal Suchet el 15 de setiembre y su marcha por medio del reino de Valencia.—Resistencia de Murviedro y vãos esfuerzos para tomar esta fortaleza por asalto.—Queriendo el general Blake salvar á Murviedro, llega á presentar batalla á los franceses.—Victoria de Murviedro ganada el 25 de octubre de 1811.—Rendicion de Murviedro.—Aunque victorioso el mariscal Suchet, no tiene fuerzas suficientes para tomar á Valencia y pide

Biblioteca popular. T. XIII. 37

refuerzos.—Napoleon hace convergir hácia él todas las tropas disponibles en España á las órdenes de los generales Caffarelli, Reille y Montbrun.—Embustida y toma de Valencia el 9 de enero de 1812 con el socorro de dos divisiones llevadas por el general Reille.—Inutilidad del movimiento prescripto al general Montbrun y correría de éste hasta Alicante.—Aprovechándose lord Wellington de la concentracion en torno de Valencia de todas las fuerzas disponibles de los franceses, se apresura á embestir á Ciudad-Rodrigo.—Toma esta plaza el 19 de enero de 1812 antes de que el mariscal Marmont haya podido socorrerla.—Injustos cargos dirigidos al mariscal Marmont.—A la sazón Napoleon, en vez de enviar nuevas tropas á España, retira de allí su Guardia, los polacos, la mitad de los dragones y cierto número de cuartos batallones.—Dispone que el mariscal Marmont se traslade del Tajo al Duero, encargándole exclusivamente defender el Norte de la Península contra los ingleses.—Aprovechándose lord Wellington de estas circunstancias, corre á Badajoz y toma esta plaza por asalto el 7 de abril de 1812 á pesar de una conducta heroica por parte de la guarnicion.—Con Ciudad-Rodrigo y Badajoz caen los dos baluartes de la frontera de España contra los ingleses.—Preparándose Napoleon á partir para Rusia, nombra al cabo á José general en jefe de todos los ejércitos de la

Península, dejándole fuerzas insuficientes y dispersas.—Resumen de las sucesos de España durante los años de 1810 y 1811, y los primeros meses de 1812. 224

LIBRO CUARENTA Y TRES.

PASO DEL NIEMEN.

Continuacion de los sucesos del Norte.—Disipando una victoria de los rusos junto al Danubio toda apariencia de debilidad por su parte, dispone el emperador Alejandro enviar á Mr. de Nesselrode á Paris, á fin de ajustar amistosamente las diferencias suscitadas con Francia.—Al saberlo Napoleon y no estando por esta mision pacifica trata al príncipe de Kourakin con frialdad extremada, y manifiesta respecto de la mision de Mr. de Nesselrode disposiciones que obligan á la Rusia á renunciar á ella. Ultimos y vastos preparativos de guerra.—Inmensidad y distribucion de las fuerzas reunidas por Napoleon.—Movimiento de todos sus ejércitos sobre una línea que se extiende desde los Alpes hasta las bocas de Rhin y avanza hácia el Vistula.—Sus precauciones para llegar insensiblemente hasta el Niemen sin provocar á los rusos á invadir la Polonia y la Vieja Prusia.—Orden expedida á Mr. de Lau-

riston para usar de lenguaje pacífico, y envío de Mr. de Czernicheff para persuadir al emperador Alejandro de que solo se trata de una negociacion apoyada por una demostracion armada.—Alianzas politicas de Napoleon.—Tratados de cooperacion con la Prusia y el Austria.—Negociaciones para anudar una alianza con Suecia y la Puerta.—Esfuerzos para que estallen las hostilidades entre América é Inglaterra, y probabilidad de conseguirlo.—Últimas disposiciones de Napoleon antes de dejar á Paris.—Situacion interior del imperio: carestía, rentas, estado de los ánimos.—Situacion de San Petersburgo.—Modo con que la mision de Mr. de Czernicheff es acogida por el emperador Alejandro.—Ilustrado este por los movimientos del ejército francés y por los tratados de alianza concluidos con Prusia y Austria, se decide á ir á su cuartel general, afirmando siempre que está pronto á entrar en negociaciones.—Al enterarse Napoleon de esta marcha ordena un nuevo movimiento á sus tropas, envia á Mr. de Narbonne á Wilna para atenuar el efecto que debe producir este movimiento, y sale de Paris el 9 de mayo de 1812, acompañado de la emperatriz y de toda su corte.—Llegada de Napoleon á Dresde.—Reunion en esta capital de casi todos los soberanos del continente.—Espectáculo prodigioso de poderio.—Advertido Napoleon de que el principe Kourakin ha pedido sus pasaportes encarga á

Mr. de Lauriston dar un nuevo paso cerca del emperador Alejandro, con el fin de precaver hostilidades prematuras.—Ilusorias esperanzas respecto de Suecia y Turquía.—Miras relativamente á Polonia.—Probabilidades de ser reconstituida.—Envío de Mr. de Pradt como embajador de Francia á Varsovia.—Regreso de Mr. de Narbonne á Dresde despues de haber desempeñado su mision en Wilna.—Resultas de esta mision.—Ya trascurrido el mes de mayo, sale Napoleon de Dresde para dirigirse á su cuartel general.—Horribles sufrimientos de los pueblos hollados por nuestras tropas.—Napoleon en Thorn.—Inmenso aparato del ejército y escesivo desarrollo de los estados mayores.—Providencias de Napoleon para poner remedio.—Su acogida al mariscal Davout y al rey Murat.—Su permanencia en Danzick.—Vasto sistema de navegacion interior para trasportar nuestros convoyes hasta el centro de Lithuania.—Llegada á Königsberg.—Ruptura definitiva con Bernadotte á consecuencia de noticias que se reciben de Suecia.—Declaracion de guerra á Rusia, fundada en un pretexto especioso.—Plan de campaña.—Llegada á las orillas del Niemen.—Paso de este rio el 24 de junio.—Contraste de los proyectos de Napoleon en 1810 y de sus empresas en 1812.—Funestos presentimientos.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUB

LIOT